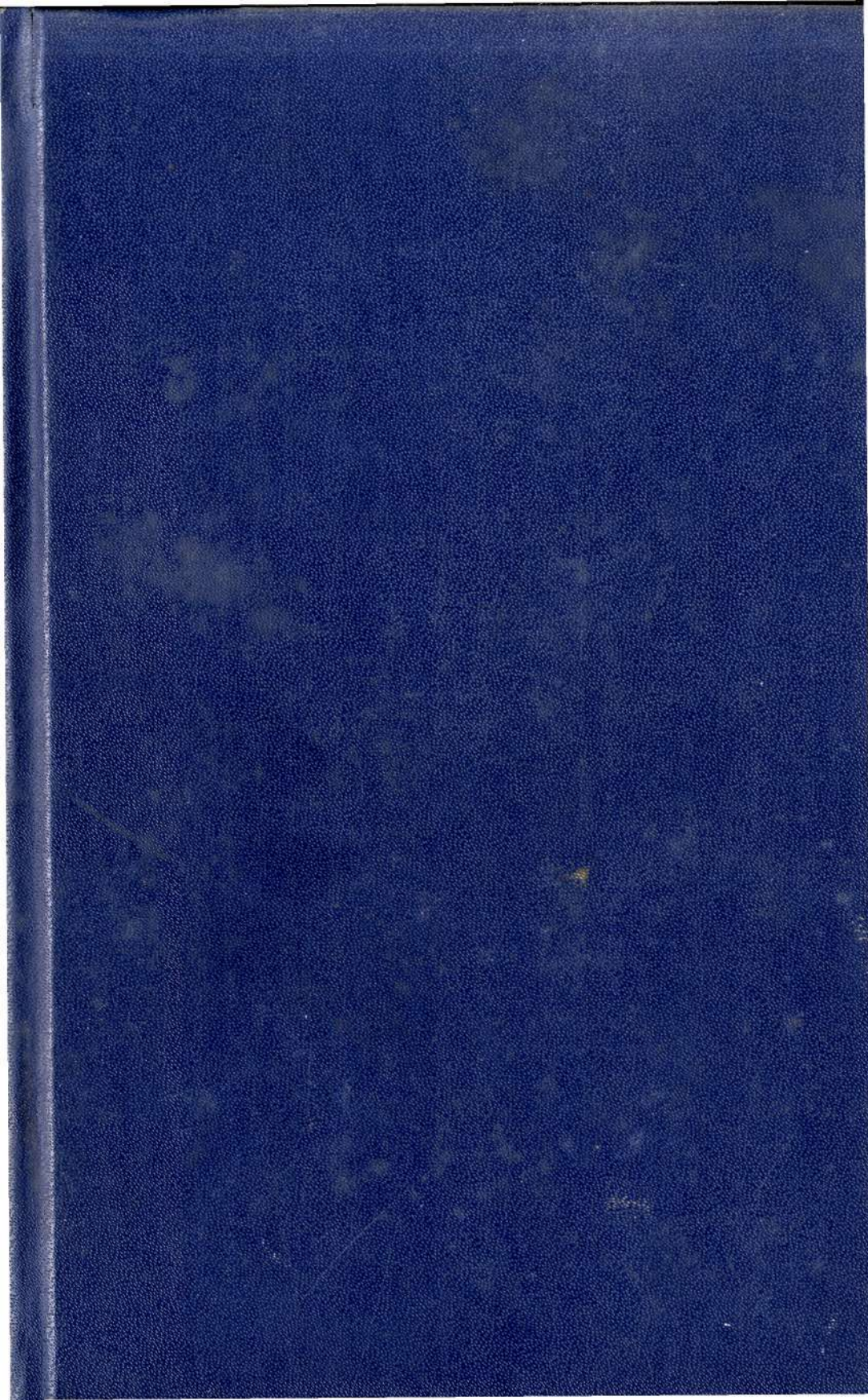




INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO, LA HABANA, 1972

**RAMIRO
GUERRA**

**GUERRA
DE LOS
10 AÑOS**

1

RIV



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES



PROCEDENCIA Inst del Libro
96 H 12956 22-80 ✓
FECHA: Nov 3/72 02

+

9-052
6ue
G

es 1 TI

A mi ilustre amigo, Coronel del Ejército Libertador, Cosme de la Torriente y Peraza, al servicio de los más elevados intereses materiales y morales de Cuba, en la guerra y en la paz, durante más de cincuenta y seis años.

El presente libro es una obra de
investigación y de estudio y
debe ser considerado como tal.
El autor no se responsabiliza
de los errores que puedan
haberse cometido en su redacción.

PREFACIO

El autor de este libro dejó constancia en el prefacio de su Manual de Historia de Cuba, que dicha obra no pretendía ser una narración completa de los hechos de la historia cubana. Expresó también que una obra como el Manual no podía realizarse sino a base de la labor de investigación histórica acumulada a través del tiempo.

Con mayor motivo que entonces, procedo ahora repetir las mismas palabras, porque la Guerra de los Diez Años, es un gran proceso histórico más reciente, imposible de apreciar todavía en completa perspectiva de posteridad. Cada investigador, quedó dicho entonces y se repite hoy, aporta datos y documentos que después de la necesaria depuración crítica, sirven de base a los trabajos de interpretación y de síntesis. Los correspondientes a la gran guerra cubana de 1868 a 1878, se hallan dispersos —muchos de ellos reservados intencionalmente— en Cuba, Estados Unidos, España, y otros varios países de América y de Europa. La consulta de toda esa gran masa documental resulta en la actualidad prácticamente imposible, aún para el investigador más laborioso, dotado de abundantes recursos para viajar y dedicarse por entero al estudio en archivos, bibliotecas y colecciones particulares, con largos años por delante para la realización de esa ímproba labor. Por otra parte, la depuración crítica de los documentos y los esfuerzos de interpretación y de síntesis, ofrecen enormes dificultades. Aquella guerra, en el campo cubano como en el español, y en las relaciones entre uno y otro, desarrollóse en un ambiente de violencia material y de pasiones exacerbadas hasta el último límite. Discernir la realidad de los hechos con la objetividad de un investigador sincero, sin otro propósito que ser fiel a la verdad, tal como se la percibe y se la entiende, es un empeño que rebasa los límites de la capacidad individual de los más grandes historiadores en las condiciones actuales.

Por otra parte, es mi convicción que la historia de la Guerra de los Diez Años debe escribirse sin más demora. Los historiadores cubanos estamos obligados a realizar esa labor. Resta aún, desde luego, inmensa

cantidad de materiales por ser conocida, pero acaso transcurrirán muchos años antes de que pueda llegar a serlo. Hay otra cantidad de documentos en el Archivo Nacional y en varios centros oficiales y bibliotecas accesibles a los historiadores. Buena parte de material documental de primera mano ha sido publicada; finalmente, se han compuesto numerosas obras, ensayos, biografías, estudios de hechos y períodos determinados, folletos, artículos de revistas y publicaciones de todas clases sobre personalidades de aquella guerra, episodios determinados de la misma, etc., que constituyen, en su conjunto, una bibliografía extensísima, un gran caudal de información para el historiador. Es posible, por tanto, comenzar a hacer estudios globales de exposición, interpretación y síntesis. Cualquiera que sea la acuciosidad conque los historiadores se dediquen a tales trabajos, serán obras parciales, incompletas, con lagunas considerables y errores de mucho bulto. Pero llenarán, por lo menos, la función esencial de preparar el terreno para los lineamientos de obras futuras más completas, de la misma manera que los primeros planos de cualquiera gran construcción de un ingeniero no vienen sino a bosquejar los ensayos de creación del mismo con respecto a su obra final.

Volviendo al citado prefacio del Manual de Historia de Cuba, impreso en 1938, debo recordar que expresé con toda sinceridad la opinión de que cada generación debe escribir la historia de su comunidad, con los materiales disponibles en el momento. Un país, declaró entonces, no podrá tener jamás una historia, sino muchas historias. De nuestra gran epopeya de 1868-1878, cabe decir lo mismo.

En mi adolescencia, viví en toda su intensidad la Guerra de Independencia de 1895-1898. Errónea o acertadamente, abrigo la creencia de que mis experiencias de aquellos años terribles de heroísmo y de sacrificios de todo género, grabados para siempre en mi memoria, me ayudan un tanto a representarme, a entender y apreciar lo que fué la lucha más formidable, en múltiples aspectos, de la Guerra de los Diez Años. Reconozco que la vastedad de la tarea rebasa los límites de lo individual; que mi falta de medios me impide la consulta y el examen de todo el material y la bibliografía disponibles, y que el tiempo que puedo sustraer a mi labor diaria para dedicarlo a la historia, es muy escaso. No obstante, siéntome en el deber de intentar escribir y publicar todo lo que me sea posible, en un cuadro de conjunto, sobre la Guerra de los Diez Años. No me mueve otra ambición que la de contribuir a

hacerla inteligible, a allanar el camino a quienes se inclinen a tomar por él, y a estimular la publicación de otras obras, individuales o colectivas, más completas en todos sentidos, sobre la heroica y gloriosa década.

A este primer volumen seguirá otro; quizá dos más, si logro poder dar cima al propósito de saldar la deuda que, como historiador, tengo contraída con mi país.

RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ.

La Víbora, marzo 27 de 1950.

NOTA: El autor cumple con el deber de expresar su agradecimiento a los esposos Dra. Estela Agramonte y Pierra y Dr. Francisco Rodríguez León, por haber puesto a su disposición desde hace años todos los libros de su valiosa biblioteca que ha solicitado de ellos para la preparación de esta obra. Igual expresión de gracias hace presente al Dr. Emeterio S. Santovenia, Presidente de la Academia de la Historia por facilitarle libros, folletos y documentos de su biblioteca particular con el mismo fin; gracias extensivas a los Dres. José M. Pérez Cabrera y Manuel I. Mesa Rodríguez, miembros de número de la Academia de la Historia por servicios similares. Al personal de la Biblioteca Nacional y al de la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, expresa su gratitud también el autor, por sus cortesías y diligencia en atenderle, asimismo como al Capitán del Ejército Libertador, Sr. Joaquín Llaverías, director del Archivo Nacional.

Expresa igualmente su gratitud el autor al Dr. Gerardo Canet, que le ha prestado una colaboración del más alto valor, con el admirable trabajo por él realizado en la confección de los cuatro mapas especialmente preparados para esta obra, de manera tan excelente como todos los de su "Atlas de Cuba".

Finalmente, el autor no estima justo dejar de mencionar que sin el asiduo, paciente e infatigable concurso de sus hijas Graciela y Ana que residen con él, no le hubiera sido posible dar cima a esta obra. Cada página de la misma ha sido escrita a máquina, y vuelta a escribir, enmendada y corregida, dos, tres y cuatro veces, con una devoción ejemplar, en horas sustraídas al descanso de sus diarias labores propias. Jorge, su hijo, ha ayudado mucho también, pasando en limpio a máquina algunos de los últimos capítulos y corrigiendo pruebas.

Muchas personas, entre ellas compañeros muy estimados de la Academia de la Historia, amigos, los demás hijos y otros familiares del autor le han alentado y estimulado noblemente. Gracias a todos y a la "Cultural S. A." por las facilidades brindadas para la edición de este libro, en lo que han trabajado con marcado interés y buen deseo, muchos expertos obreros del taller de la casa impresora.

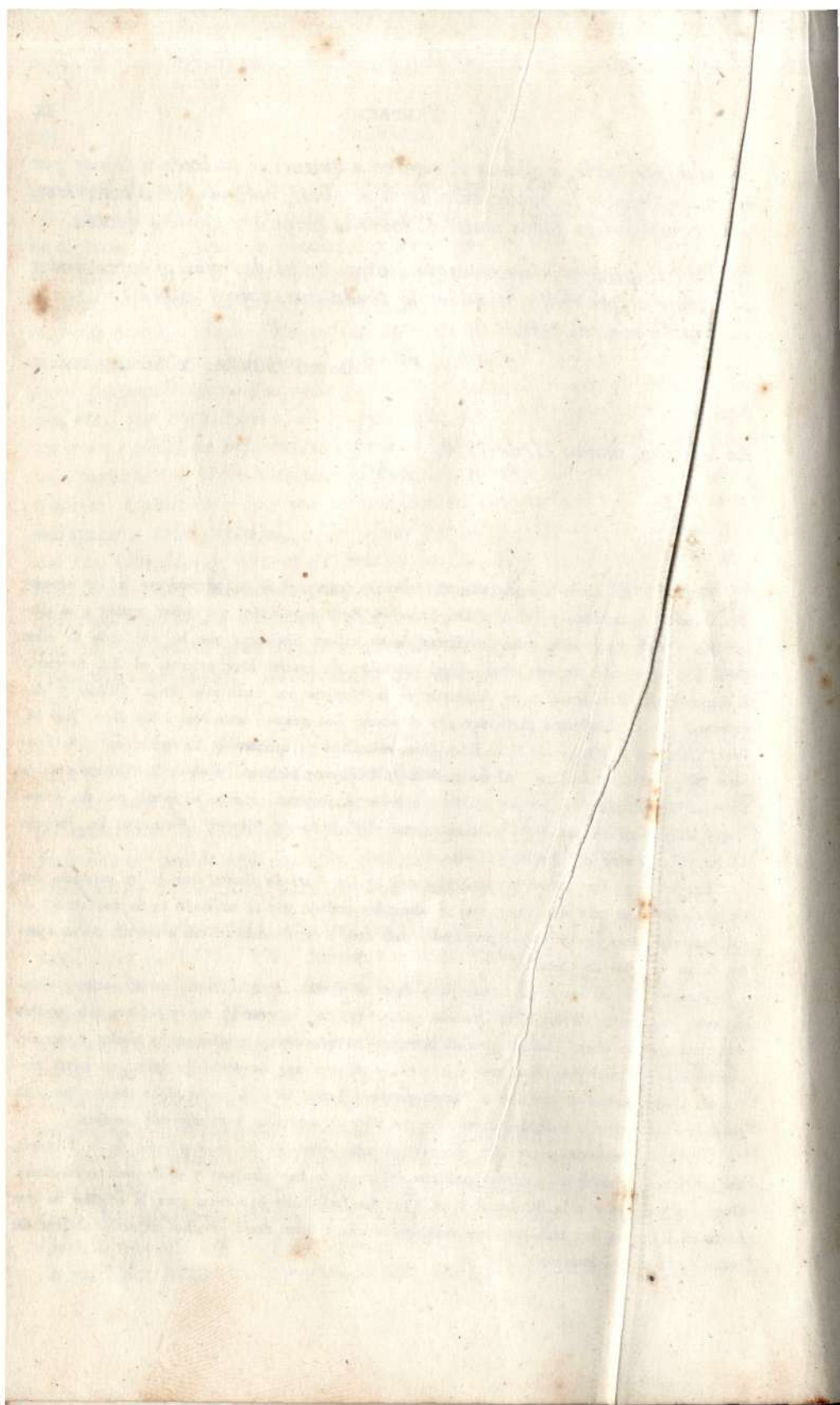


TABLA DE MATERIAS

PREFACIO	Pag. VII
PROLOGO	XV

LIBRO PRIMERO

Heterogénea población de Cuba en 1868. Condiciones peculiares de Oriente.
Objetivo esencial de la insurrección cubana.

	<u>Pág.</u>
CAP. I Composición y distribución territorial de la población cubana en 1868	1
X CAP. II Condiciones económico-sociales particulares de Oriente en 1868. Terratenientes, negros libres y negros esclavos en la guerra	16
X CAP. III El Manifiesto del 10 de Octubre. Política de Céspedes	34

LIBRO SEGUNDO

La insurrección en el Departamento Oriental. Formas de su propagación en todo el territorio cubano.

	<u>Pág.</u>
CAP. IV Primeros pasos de la revolución en Oriente	54
CAP. V Ofensiva española contra Bayamo	66
CAP. VI La revolución en Camagüey	86
CAP. VII Disparidad política interna de la revolución	113
CAP. VIII El alzamiento y la guerra en Las Villas	130
X CAP. IX La Habana, Matanzas y Pinar del Río en el primer período de la Guerra de los Diez Años	145
CAP. X La acción revolucionaria en el exterior. Política favorable a España del Presidente Andrew Johnson	164

LIBRO TERCERO

España y la población peninsular de Cuba frente a la revolución por la independencia. Política de exterminio de los voluntarios.

	<u>Pág.</u>
CAP. XI Implacable política de guerra del Gral. Lersundi. Los voluntarios	181
CAP. XII La acción política y militar española durante los primeros meses del mando del Gral. Domingo Dulce. Enero-Abril 1869	198
CAP. XIII La expoliación del embargo de bienes cubanos. Dulce depuesto por los voluntarios	219

LIBRO CUARTO

Unificación del movimiento revolucionario. Acuerdos de Guáimaro. Gobierno dual, con subordinación de Oriente. La Cámara, poder supremo revolucionario.

	<u>Pág.</u>
CAP. XIV ... La revolución a principios de abril de 1869	232
CAP. XV ... La Asamblea de Guáimaro	247
CAP. XVI ... La guerra, problema máximo del gobierno cubano	265
CAP. XVII ... Inefectividad de un mando en jefe cubano	277
CAP. XVIII ... La Cámara, poder supremo de la revolución	299

LIBRO QUINTO

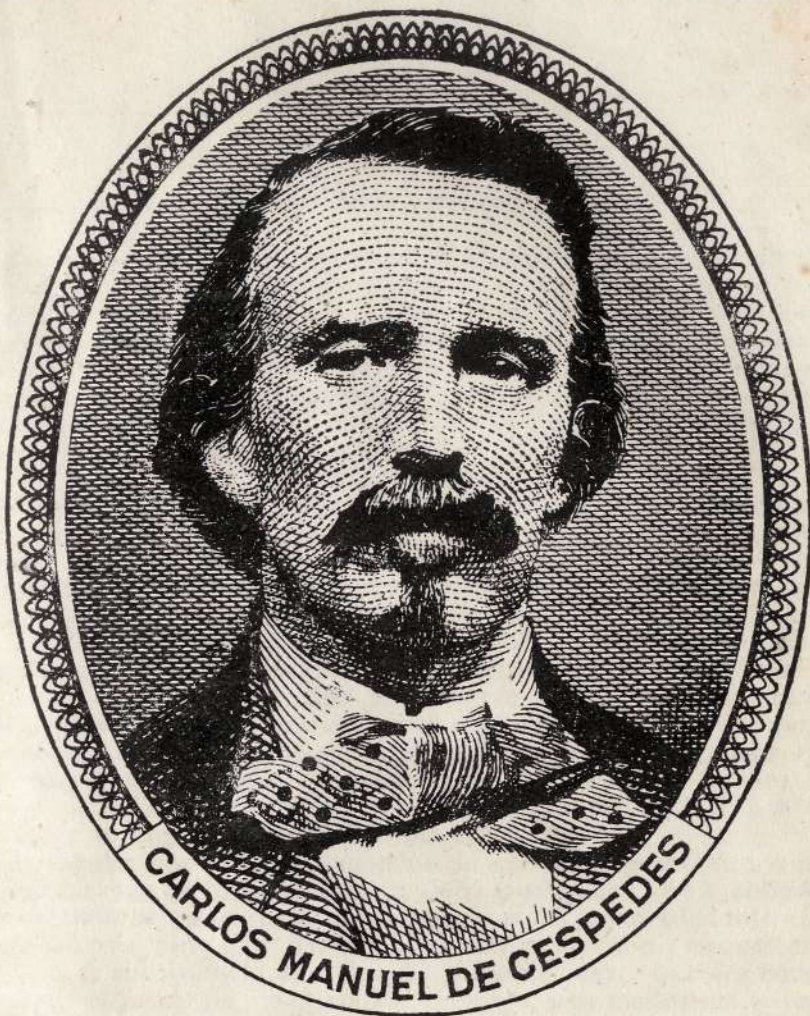
Unidad del frente español en una política de exterminio. Labor diplomática exterior cubana. Política conservadora del Presidente Grant.

	<u>Pág.</u>
CAP. XIX ... Consolidación del poder de los "buenos españoles"	324
CAP. XX ... Política revolucionaria exterior; gestiones de Morales Lemus en los Estados Unidos	338
CAP. XXI ... Promesa fallida del Presidente Grant	356

LIBRO SEXTO

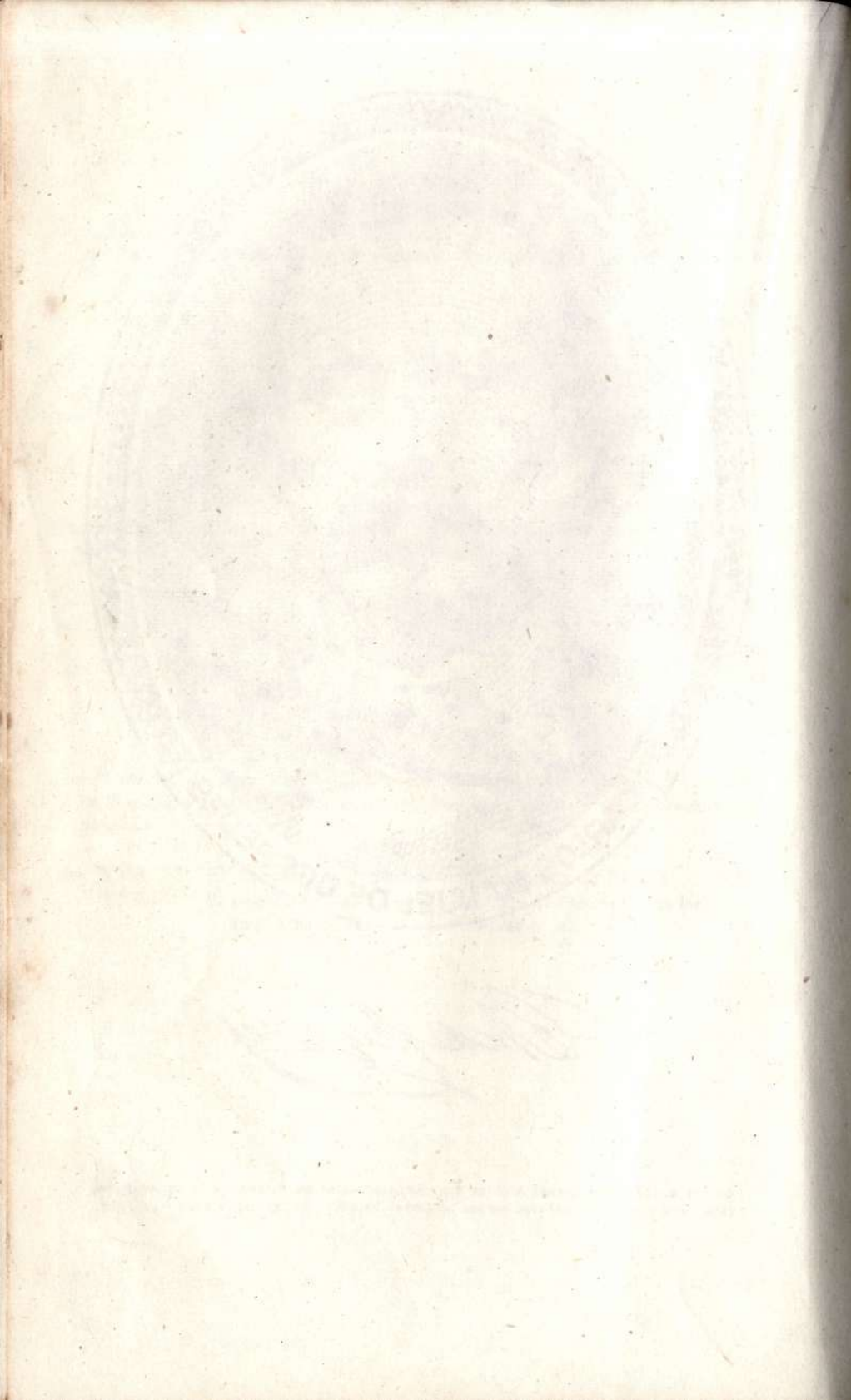
Buenos oficios de los Estados Unidos para poner fin a la guerra. Oposición de España a tratar con los cubanos. Sumisión cubana, única solución española.

	<u>Pág.</u>
CAP. XXII ... El sometimiento cubano: solución única de España ...	370
CAP. XXIII ... El pueblo de Cuba frente a frente a la Metrópoli en lar- ga guerra de desgaste al finalizar el año 1869	385



Carlos Manuel de Cespedes

CARLOS MANUEL DE CESPEDES Y LOPEZ DEL CASTILLO. NACIO EN BAYAMO EN 18 DE ABRIL DE 1819. MURIO EN SAN LORENZO, SIERRA MAESTRA, ORIENTE, EN 27 DE FEBRERO DE 1874.



PRÓLOGO

LAS IDEAS HISTÓRICAS DE RAMIRO GUERRA

Cuando aparece su primera obra histórica, después de 1920, fruto de la labor esforzada de varios años, Ramiro Guerra es un hombre en plena madurez física e intelectual que tiene tras sí importantes trabajos de carácter pedagógico y una larga experiencia docente. Pero su camino no ha sido fácil. Lenta, difícilmente, a puro esfuerzo personal ha logrado adquirir una vasta cultura, pese a su origen humilde y a los obstáculos que opone la época turbulenta en que transcurre su adolescencia.

Salido del seno de la población rural habanera, nació y pasó los primeros veinte años de su vida en la pequeña finca cercana al pueblo de Batabanó que, por varias décadas, había pertenecido a su familia. La fecha de su nacimiento —31 de enero de 1880— le inserta en una generación que presenciara transformaciones sociales y económicas de honda repercusión nacional. Baste recordar que es el año en que la metrópoli española decreta la abolición legal de la esclavitud y en que cobra ímpetu inusitado ese proceso de concentración de propiedad de la tierra y de los ingenios que él describirá más tarde con extraordinaria maestría. Más que por ulterior reflexión libresca, el impacto de estos cambios sobre la población campesina y en el paisaje agrario cubano se integrará como conocimiento que brota de un proceso que se desarrolla ante su vista y en el seno de su propio marco familiar.

Agobiados por consecutivos años de estrechez económica, sus abuelos pierden la propiedad de la finca y su padre se ve obligado a asalariarse en los centrales azucareros de los alrededores. El propio Guerra, niño aún, debe ayudar con su trabajo personal en el sitio a la subsistencia de todos. El golpe de suerte que les hace recuperar el fundo no significó, sin embargo, una modificación radical en sus condiciones de vida porque, transformado en colonia cañera del ingenio "Andrea", el descenso en los precios del azúcar se acentúa después de 1890 y, en consecuencia, se estrechan considerablemente los ingresos de la familia.

Se vive, además, con permanente intranquilidad. La depresión económica reduce toda posibilidad de empleo y, por ende, los campos vuelven a sufrir una ola de bandolerismo y pillaje sin precedentes. A ello se agrega el creciente fermento político que irradia desde los pueblos de Quivicán y Batabanó donde se conspira activamente contra España. A medida que se acerca la fecha del alzamiento, el clima revolucionario se intensifica y los ánimos se ponen al rojo vivo. Cuando, iniciada la guerra, la tropa invasora de Máximo Gómez atraviesa el sur de la provincia habanera, numerosos serán los campesinos que marchen a unirse a sus filas.

La familia Guerra, uno de cuyos miembros se ha incorporado al ejército mambí, tiene que abandonar el fundo y unirse al éxodo

de la población rural a la que se ha ordenado reconcentrarse en los pueblos para eliminar todo punto de apoyo al movimiento de los soldados libertadores. La violencia, la destrucción y la muerte, constantes terribles de estos años, dejarán en Ramiro Guerra un recuerdo imborrable.

Mucho tiempo después, ya en la ancianidad, describirá en sus dos libros autobiográficos —Mudos testigos (1948) y Por las veredas del pasado (1957)— los hitos más importantes de este proceso. Y en páginas llenas de verdadera emoción, en una prosa casi coloquial, contará el derrumbe de este mundo que está indisolublemente ligado a sus primeras experiencias. Las impresiones de esta época, tan rica en densidad histórica, no podían menos que aportar un tono y un sello característico a las obras del historiador.

Pero ninguna dificultad le impide, por tenacidad y vocación irresistible, adquirir en la propia finca o en el cercano pueblo esa rudimentaria, manca enseñanza primaria que era como consustancial del régimen colonial español en Cuba. Está terminando su bachillerato en el instituto de segunda enseñanza de La Habana cuando el inicio de la guerra de independencia interrumpe sus estudios. No logrará reanudarlos hasta 1898 en que se incorpora al movimiento de formación de maestros organizado por el norteamericano Frye. Se le designa para desempeñar un aula rural. En 1900, por su inteligencia y asiduidad en el trabajo, es seleccionado para recibir un breve curso de adiestramiento en la universidad de Harvard. Le absorben, desde entonces, las tareas docentes. Inicia así su carrera pedagógica en la que alcanzará cargos de mucha responsabilidad. Será, sucesivamente, superintendente de escuelas de la provincia de Pinar del Río; luego superintendente general de escuelas de Cuba; director y profesor de la escuela normal para maestros de La Habana y profesor de la universidad capitalina.

Enfrascado en su trabajo de educador, el interés de Ramiro Guerra deriva hacia los problemas históricos. Ya por esta época, y a lo largo de muchos años, va acumulando la información necesaria para una obra que se bosqueja y precisa en medio de sus tareas profesionales. Concibe la idea de escribir una historia de Cuba que abarque el proceso de desarrollo nacional desde el periodo precolombino hasta las décadas iniciales de la república. La Historia de Cuba (1921-25), en dos tomos, es el resultado de este primer proyecto que quedó reducido, infortunadamente, al análisis de la evolución colonial hasta 1607.

A pesar de su carácter inconcluso, difícilmente pueda subestimarse la importancia y la influencia de largo alcance que esta obra ejerció en la historiografía cubana. Su trascendencia está dada, más que por las fuentes utilizadas y la nueva bibliografía incorporada a la comprensión del tema, por la novedad de los criterios y los métodos historiográficos que aportan una modernidad, un rigor científico desconocidos en los trabajos de esta época y de esta clase en nuestro país.

Guerra no quiere limitarse a ser el mero organizador pasivo del material informativo que acopia ni reducir la tarea del historiador a la simple descripción cronológica de los hechos. Así lo

expresa claramente en el largo prólogo que escribe para la obra y donde elabora los criterios esenciales que han de guiar su labor historiográfica. Cree, ante todo, que la historia tiene como objetivo primordial explicar científicamente el proceso de formación y desarrollo de una comunidad nacional, esclareciendo la naturaleza de los factores que en este proceso intervienen y lo condicionan.

La adopción de un método que permita al investigador orientarse frente a la, con frecuencia, abundante masa de testimonios y sucesos le parece un paso imprescindible. El historiador, colocado frente a enormes y confusas masas de hechos, no puede abordar la explicación y descripción concienzuda de los mismos sin agruparlos y ordenarlos previamente. Esta necesidad de discriminar, de entre la información histórica, lo que ha de ser retenido y ordenado no puede estar aislada del establecimiento de criterios previos que normen esa selección. La hipótesis de trabajo, o como la denomina nuestro autor, la generalización previa, se transforma así en un elemento esencial del proceso de investigación. A Guerra no se le escapa el peligro que está implícito en esta manipulación del material si estas hipótesis se conciben como dogmas absolutos, rígidos, que estorban el conocimiento de la realidad, si la generalización anterior a la investigación determina su resultado. Por el contrario, estima que si sólo se adelantan a título de simples hipótesis sujetas a ulteriores rectificaciones, aportan la inmensa ventaja de dirigir la observación, facilitar el análisis y allanar el camino a la inferencia.

El contenido de estas generalizaciones previas está vinculado, desde luego, a la concepción histórica del investigador. Guerra concibe la evolución histórica como un proceso de carácter objetivo, que se halla regido por ciertas leyes generales, y no por el azar. Toda comunidad está sometida a la influencia decisiva de tres factores que el autor considera en su interrelación: el ambiente geográfico, el medio social y la psicología humana. Cada grupo humano, inserto en un determinado medio natural, se desarrollará con relativa facilidad o se estancará en virtud de las resistencias y los obstáculos que éste oponga para su aprovechamiento. Sin embargo, para Guerra, el hombre no sufre pasivamente esta influencia del ambiente, por el contrario, se trata de una relación en la que el ser humano se enfrenta a las fuerzas naturales con el objetivo de dominarlas y modificarlas en provecho propio. El peso que el autor atribuye a este factor en todo el proceso es considerable; según su concepción el fondo permanente de la historia está representado por esa lucha del hombre con los elementos naturales. Las diversas razas, entendidas como grupos sico-fisiológicos y no étnicos, presentan predisposiciones de naturaleza espiritual que son modificadas por el ambiente en el sentido que éste permite el desarrollo de unas cualidades humanas y restringe otras; de ahí que en el transcurso de los siglos la Naturaleza rehaga al hombre e imprima nuevos rumbos a la evolución individual y social.

Pero, naturalmente, el hombre no puede subsistir aislado. El segundo factor que determina el contenido de la historia es la vida social. Todas las colectividades se hallan sujetas desde que se

esboza su formación a la doble influencia de la Naturaleza y de la energía social que ellas mismas desarrollan en virtud de su organización peculiar. Dentro de cada grupo social existe un conflicto permanente de intereses. Por un lado, los hombres tienen necesidad de cooperar en su lucha contra las fuerzas naturales; de otro, el egoísmo, inherente a la naturaleza humana, crea constantes tensiones dentro del grupo pues cada individuo pretende apropiarse la mayor suma de bienes conquistados en el seno de la comunidad. De esta lucha de tendencias contradictorias resultan las instituciones sociales y políticas que fijan bases para asegurar la pervivencia del grupo. A medida que las sociedades progresan intelectual y moralmente las instituciones llegan a establecerse sobre bases más equitativas y justas porque predominan al fin las soluciones que favorecen el interés colectivo.

Este proceso que se desarrolla en el seno de cada colectividad se reproduce en el plano internacional complicando de modo extraordinario el proceso histórico. La influencia de grupos sociales extraños puede acelerar y orientar de manera provechosa la evolución de una sociedad o puede, según los casos, impedir toda vida independiente del grupo. Agentes poderosos de evolución histórica son las realidades que Guerra llama sicológicas y bajo cuya denominación agrupa la ciencia, la ideología y el arte que matizan y enriquecen, con su diversidad, la trama del proceso histórico.

Es ésta la concepción que ha servido de base a la elaboración de su Historia de Cuba. Contemplada desde esta perspectiva, sus limitaciones son evidentes. Y sin embargo, los nuevos criterios del autor significaron un gran paso de avance para la historiografía nacional.

Al proponerse explicar los elementos que integran el proceso histórico, Guerra incorporó a la tradicional e insuficiente historia que se concentraba en el acontecer político, otros factores de la actividad humana, no tomados en consideración hasta entonces. Es verdad que al conjunto de estos factores atribuye, en un pluralismo sin jerarquización alguna, el desarrollo social. Pero, al propio tiempo, la sola consideración de éstos ampliaba, de manera considerable, el campo de la problemática científica de la disciplina.

Por otra parte, la inserción de la historia cubana en un marco de referencia universal y el enfoque económico-social de la realidad interna, todavía poco elaborado y sin influencia decisiva en la concepción del autor, elevó a un nuevo plano el quehacer historiográfico entre nosotros. Ya no se trataba aquí de manejar hechos únicos, irrepetibles, sino del análisis de procesos sociales complejos que demandan del historiador una nueva posición frente a la historia, concebida ahora en estrecha vinculación con los supuestos teóricos y metodológicos de las demás ciencias sociales.

La propia obra de Guerra demuestra, por las referencias al pie de página, hasta qué punto están presentes estos nuevos caminos con la utilización de textos sociológicos, geográficos y de otras disciplinas para la elaboración de sus tesis.

Después de publicado el último tomo de la Historia, el autor prosiguió ahondando en el estudio de las peculiaridades de la colo-

nización en el mundo antillano. Había descubierto diferencias significativas en la evolución histórica de las islas lo que, unido a su creciente interés por los asuntos azucareros dada la crítica situación de la industria en Cuba, le estimularon para la rápida conclusión del trabajo.

Azúcar y población en las Antillas (1927) es, sin duda, su obra más conocida, la que alcanzó profunda repercusión nacional. Su objetivo es el de analizar, en perspectiva histórica, el origen y el desarrollo del proceso de formación de una estructura latifundiaria y las consecuencias sociales que tal transformación acarrea para cualquier país. Guerra compara la evolución de dos países que, a su juicio, ejemplifican el mismo proceso en épocas diferentes: Barbados, colonia inglesa, y Cuba. Para Barbados, esta estructura agraria se establece en fecha temprana y está vinculada con el inicio de la industria azucarera. Con una copiosa información, el autor demuestra cómo el crecimiento de la producción azucarera ha ido acompañado de la desaparición del cultivador blanco independiente al par que aumentaba, sin contrapeso social eficaz, la población esclava.

País dominado económicamente por un puñado de propietarios residentes en el extranjero, Barbados, como el resto de las colonias inglesas y francesas del Caribe, es un inmenso y monstruoso cañaveral al que se ha eliminado toda posibilidad de desarrollo armónico. Contra esta suerte que Guerra comprende ya como consecuencia de la acción de intereses económicos específicos y no como resultado de limitantes climáticos, previene refiriéndose a Cuba.

Al contrario de lo bosquejado antes, en Cuba la expansión azucarera fue más bien tardía. Precisamente fue este retraso la causa de que durante más de dos siglos pudiese gestarse una comunidad en que todos sus componentes se moldeaban y fundían en un grupo con características específicas. El propio desarrollo azucarero no se produjo por la intervención de intereses ajenos a la comunidad sino que estuvo encabezado por los terratenientes cubanos residentes en el país y cuyos intereses estaban tomando expresión a través de una naciente nacionalidad. Sólo a fines del siglo XIX, con los cambios tecnológicos en la industria, se dio la posibilidad de que un proceso similar al de Barbados se desencadenara en Cuba. La incidencia del imperialismo norteamericano, después de 1900, dio un fuerte impulso a esta tendencia sustrayendo, además, la propiedad de la tierra y de los ingenios de manos cubanas. Guerra alerta contra la repetición de un ciclo que le parece inevitable si no se adoptan medidas enérgicas que detengan el crecimiento del latifundio. Recomienda la prohibición de adquirir más tierras si éstas pasan a compañías extranjeras y la importación de braceros que deprecian los salarios de los trabajadores cubanos, señalando que es imprescindible asegurar a los colonos condiciones de vida que les permitan subsistir y mantener una decorosa independencia frente a las presiones de poderosos intereses.

El libro de Ramiro Guerra apareció en momentos de honda crisis nacional. No sólo era evidente ya que la industria azucarera

estaba asentada sobre bases que no permitían un desarrollo progresivo de la economía sino que se ganaba creciente conciencia sobre el impacto negativo de la dominación imperialista a quien se señalaba con justeza como impulsor y principal sostén de las deformaciones sociales existentes. Por esto la obra se convirtió en un arma de los grupos que encabezaban el movimiento de lucha contra el status neocolonial al brindar, con sólidos argumentos, la prueba irrefutable de esa crisis permanente a que Cuba estaba condenada de no transformar de raíz su estructura monoprodutora.

Las medidas propuestas por Guerra no se adoptaron entonces. Sólo diez años más tarde algunas de sus ideas fueron recogidas y promulgadas como leyes; tal es el caso de la ley de coordinación azucarera donde se aseguraban al colonato una participación en las ganancias de la industria, normando las relaciones que debían regir entre los diferentes sectores de la rama azucarera. Y pese a las optimistas notas que el propio autor puso a las reediciones de la obra en 1934 y 1944 en el sentido de que los aspectos más negativos por él señalados se habían superado, lo cierto es que su voz de alerta no logró detener el proceso.

A raíz de la publicación de su *Azúcar y población*, Ramiro Guerra fue llamado para ocupar la secretaría de la presidencia de la república durante el régimen del general Gerardo Machado. Derrocado éste por un poderoso movimiento popular, Guerra se expatrió, radicándose en los Estados Unidos.

Allí recogerá el material para su próxima obra, la *Expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos* (1935), en la que aborda el análisis de los mecanismos que han normado la transformación de la nación norteamericana en una potencia agresiva que, a expensas de España y México, ha sentado las bases de su actual poderío económico. Guerra señala que este expansionismo, estudiado en sus raíces históricas, no puede menos que llevar a la conclusión de que en América, bajo nuestros ojos, se está desarrollando un nuevo ciclo de dominación colonial. Colonización diferente a la de los siglos XVI y XVII, pero idéntica por sus fines y sus métodos de rapiña. Ya no son necesarias las conquistas físicas de las tierras latinoamericanas; el siglo XX ha visto crecer y consolidarse un sistema nuevo, más refinado, de explotación colonial que no es menos expoliador y rapaz. Teóricamente su planteo se detiene ahí, pero sin duda la obra aporta una rica información y con su *Azúcar y población* constituye una firme base para el estudio del desarrollo, en el período inmediatamente anterior y posterior a 1900, del proceso cubano.

Tres años más tarde, en 1938, se publica su *Manual de historia de Cuba* en el que reelabora, sin abandonar sus posiciones positivistas, pero con un criterio más certero de la diferente jerarquía científica de los factores que maneja, sus tesis históricas expuestas en las obras anteriores. Por la índole del trabajo que realiza, en la síntesis todos los factores aparecen más orgánicamente interrelacionados y se tiene la impresión de que el autor abandona un poco el estaticismo que caracterizaba su primera obra. El análisis deriva sensiblemente hacia el enfoque económico-social a través del cual

logra responder satisfactoriamente numerosos problemas concretos del período estudiado.

El lento crecimiento de los núcleos demográficos y de la economía durante los primeros siglos coloniales prepara el vigoroso auge de la segunda mitad del siglo XVIII; con razón afirma Guerra que sin esta armazón, oscuramente construida, ni el tránsito mundial hacia una nueva fase del capitalismo con su demanda creciente de productos tropicales ni la desaparición de Haití como primer exportador de géneros coloniales habrían encontrado en Cuba la resonancia necesaria. El profundo proceso de cambios que la isla debe sufrir para ocupar el lugar de la antigua colonia francesa provoca tensiones y conflictos internos de largo alcance. El potente crecimiento de la agricultura comercial, al par que fortalece al grupo de los grandes terratenientes, debilita al pequeño cultivador; reitera aquí el autor su criterio, respaldado por el análisis que ha realizado ya del proceso en las colonias inglesas, que la permanencia de un vigoroso sector de campesinos pequeños y terratenientes medios garantiza un desarrollo armónico a la nación y es su más firme sostén. Nuevos factores de desbalance social se agregan con la numerosa importación de esclavos africanos y colonos asiáticos. Bien puede decirse, como conclusión de este proceso, que hubo mayor riqueza por un lado a la par que mayor pobreza y esclavitud por otro.

Al analizar la compleja situación política cubana de la primera mitad del siglo XIX, Guerra aborda el estudio de las diversas tendencias refiriéndolas a los grupos de intereses contradictorios que giran en torno a la cuestión de la esclavitud. Enfrentados al poder colonial español por las limitantes que opone a sus propias aspiraciones económicas y sociales, los hacendados sin embargo no adoptan una posición radical en relación con la independencia. Para Guerra esta actitud estaba en perfecta concordancia con la naturaleza contradictoria de su propia posición social. Este grupo se hallaba fuertemente inclinado a tratar de satisfacer sus reivindicaciones sin romper los vínculos con la metrópoli porque estaba convencido que para la seguridad interior y exterior de la Isla era absolutamente indispensable la protección de un poder fuerte, extremo del cual dependían la vida y la fortuna de los pobladores. Esta clase temía, sobre todas las cosas, dada la alta proporción de los africanos en la población, el peligro que podía acarrear una rebelión de los esclavos similar a la de Haití. Por eso tratará de buscar, desesperadamente, una fórmula que concilie el logro de sus objetivos políticos y la tranquilidad de las dotaciones. El fermento separatista, por el contrario, empezaba a manifestarse entre algunos profesionales y grupos de clase media para quienes la igualdad democrática y la independencia eran fines indisolublemente ligados y que, sin las trabas vinculadas a la posesión de esclavos, se orientaban decididamente por el rompimiento definitivo con España.

La coincidencia orgánica de la toma de posición por la independencia o la solución reformista con el status de cada grupo dentro de una sociedad que se asienta sobre el trabajo esclavo y la gran

producción azucarera son conclusiones que orientarán las futuras búsquedas de Ramiro Guerra en el momento en que emprende la elaboración de su última obra histórica publicada, la Guerra de los Diez Años (1950-1952). Explicar la génesis de la primera guerra de independencia le plantea nuevos problemas en relación con esta su primera elaboración de los grupos sociales y sus ideas políticas.

En el Manual, estos grupos habían sido tratados como sectores sociales con intereses, aspiraciones e ideas políticas más o menos globalmente homogéneas. Sin embargo, cuando el autor profundiza en el estudio de cada uno de esos sectores sociales no puede menos que constatar la existencia de diversas capas cuya divergencia entre sí es, a veces, muy aguda. Se trata precisamente ahora, para él, de ahondar en las raíces más profundas que originan esas diferencias.

Guerra señala que la heterogeneidad racial, económica, y de status social y político, era el hecho dominante en la comunidad cubana en 1868. Este conjunto de elementos diversos, de idioma, tradiciones, ocupaciones y medios de vida muy distintos, en posición frecuentemente antagónica daba a la sociedad colonial una riqueza de matices que dificultan su aprehensión generalizadora. Sin embargo, lo que interesa ahora al autor es comprobar la existencia de evoluciones regionales diferentes que expliquen la posición tan definida que cada una de éstas habría de tomar durante la guerra. Segura guía para discernir los variados niveles de desarrollo económico de cada una es la relativa expansión de la agricultura comercial que otorga una peculiar composición social y étnica, en especial, la preponderancia notable o limitada de la población esclava con todo lo que esto implica para la adopción de una actitud radical ante las soluciones separatistas.

La aportación verdaderamente original del autor a la historiografía sobre la guerra está contenida, precisamente, en estos primeros capítulos de la obra en que explora la existencia de diferentes medios sociales, el occidente y el oriente de la isla, ambiente éste último en que se han formado los que serán conductores de la lucha anticolonial.

Lástima que Guerra no haya extendido, al campo de los grupos que intervienen en la contienda, este análisis que pudiera haber aportado valiosos elementos para la comprensión de los diferentes momentos de la lucha. Por otra parte, su enfoque más bien estático del proceso histórico no le ha permitido analizar, en toda su dimensión, los cambios que, en sus ideas y actitudes, van sufriendo las personalidades y los grupos por razón de su propia inserción en el fenómeno revolucionario. Menos valor, a nuestro juicio, tiene el resto de la obra, si bien la copiosa información que brinda la convierte en una fuente de imprescindible consulta.

Después de su regreso a Cuba, y a partir de 1940, Ramiro Guerra no se limitó a la exclusiva elaboración de las obras que hemos comentado. En su carácter de funcionario de la Asociación Nacional de Hacendados, el autor continuó trabajando sobre los problemas de la industria azucarera, labor que se proyectó en la prensa nacional y en su libro La industria azucarera de Cuba (1940)

en la que ofrece una descripción detallada del estado y de la problemática de este sector económico. Más tarde, en el campo también de la economía, publicará su Filosofía de la producción cubana, agrícola e industrial (1944) que representa, en cierto modo, un paso atrás en relación con los criterios expuestos en Azúcar y población y cuyas conclusiones parecen justificar la necesidad histórica de la monoproducción cubana.

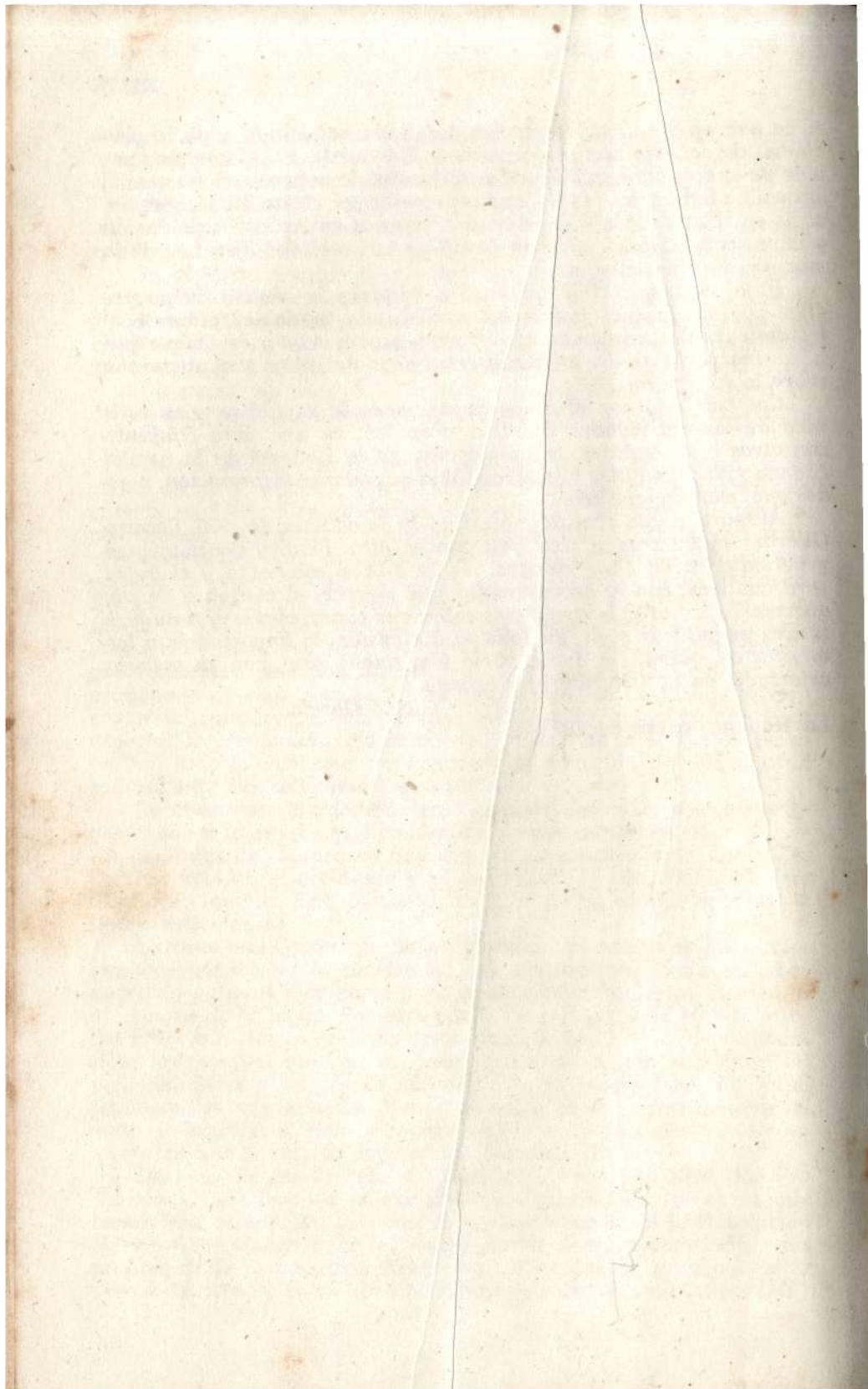
Bajo su inspiración comenzó a editarse la revista Trimestre (1946-50), de la cual fue director, dedicada fundamentalmente al tratamiento de problemas históricos y económicos y en la que publicó una parte de los primeros resultados del libro que preparaba sobre la guerra de 1868.

Coincidiendo con el cincuentenario de la república y su retirada de las actividades públicas propulsó, en una obra conjunta con otros historiadores, la publicación de la Historia de la nación cubana (1952), en diez tomos, con una abundante información, pero desigual valor científico.

Al morir a una avanzada edad, el 30 de octubre de 1970, Ramiro Guerra dejaba tras sí una voluminosa obra histórica, pedagógica y periodística de altos méritos. No es éste el momento y el lugar para analizar, con el detenimiento que merece, el conjunto de sus aportes. Estudios más completos sobre sus concepciones y tesis históricas permitirán fijar, en toda su dimensión, la importancia y los méritos de quien, sin duda, abrió una nueva fase, con su trabajo esforzado, en la historiografía cubana.

Gloria García.

La Habana, enero de 1971.



LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

COMPOSICION Y DISTRIBUCION TERRITORIAL DE LA POBLACION DE CUBA EN 1868

En 1868, Cuba contaba con una población total aproximada de 1,359,112 habitantes, según computaciones de la época; 776,144 blancos y 582,968 "de color", mestizos de blanco y negro, y negros (1). El elemento racial blanco de la población distaba mucho de ser homogéneo. En cuanto a su país de origen, distinguíanse primeramente el sector de los "peninsulares" y "canarios", y el de los "hijos o naturales del país" como lo llamaban los peninsulares. Un reducido número de yucatecos y otro algo mayor de asiáticos, se enumeraban en el sector blanco de la población, con algunos pocos extranjeros de otros países.

En el sector de los peninsulares y canarios, incluidos entre los primeros los naturales de las Islas Baleares, distinguíanse varios sub-grupos, con funciones y posición social distintas, y relaciones de diferente naturaleza con los hijos del país. Este último sector mostraba también subdivisiones. Destacábase, en primer lugar, la clase usualmente llamada de los terratenientes, formada durante una larga y oscura gestación social, en la que se incluía a los profesionales y a todas las personas con alguna riqueza. El núcleo de esta clase lo componían familias descendientes de los más antiguos pobladores de la Isla. En general, era una clase arraigada al suelo, rica, culta, morigerada y de gran influencia (2). Otra subdivisión importante del sector de los hijos del país, formábala la gente blanca no acomodada, pobre o de muy escasos recursos. La mayoría de la misma residía en fincas rústicas, estancias, "sitios", y potreros, en muy modestas condiciones de vida o en extrema pobreza. Campesinos

(1) El estimado de la cifra y la composición de la población, se han tomado, jurisdicción por jurisdicción, del *Diccionario Geográfico, Estadístico, e Histórico de la Isla de Cuba*, por Jacobo de la Pezuela. Las cifras de Pezuela corresponden generalmente al año 1862, poco después de tomado el censo oficial en 1860-61. Cálculos técnicos hechos por el Prof. Julián Alienes, estiman un aumento aproximado de 190,875 habitantes en 1868. Para evitar cálculos complicados y erróneos, dado que el aumento citado no podría considerarse uniforme en todas las jurisdicciones de la Isla, los datos que se usan en esta obra son los de Pezuela. El aumento de la población de 1862 a 1868 no tiene especial significación histórica.

(2) VARONA, ENRIQUE JOSÉ. Prólogo de la obra *Rafael Morales y González* por Vidal Morales y Morales. Pág. 6, Habana, 1904.

no terratenientes sus miembros, eran arrendatarios, aparceros y "precaristas" casi en su totalidad. Otra parte de esta subdivisión cubana blanca, la minoría, habitaba en los centros urbanos, en la condición de clase media de bajo nivel, y de proletariado.

El sector racial negro o "de color", integrado por negros de "nación" (nacidos en Africa) y por negros y mestizos "criollos" (nacidos en Cuba), no era homogéneo tampoco, en cuanto a la posición de sus miembros en lo económico, lo social y lo político. Dividíase en dos subsectores bien definidos: uno, el de los mestizos y negros libres, de nación o criollos; otro, el de los esclavos, negros en su inmensa mayoría. El subsector libre, residía en gran parte en los campos, en condiciones similares a las de la clase campesina blanca no terrateniente, en un nivel de vida algo más bajo y en un status social algo inferior también. Los mestizos y campesinos negros libres eran aparceros y precaristas en su mayoría. Dedicábanse como los campesinos blancos, a la labranza, y a algunas pocas industrias rurales: arrieros, carboneros, boyeros, colmeneros, canasteros, etc. Este subsector, como el de los blancos de igual categoría, contaba con una parte de sus miembros residentes en ciudades y poblaciones. Formaban un artesanado no muy amplio, un germen de clase obrera especializada, y un proletariado, la mayoría, en condiciones este último, similares a las de los blancos. El segundo subsector mestizo y negro, integrábalo los esclavos. En los campos, vivían encerrados en los barracones de los ingenios, cafetales y demás bateyes, obligados bárbaramente a un trabajo brutal y agotador durante largas horas al día, del primero al último del año. Una minoría de esclavos residía en las ciudades y los pueblos, en la casa de sus propietarios, empleada en el servicio doméstico y en ocupaciones varias, como caleseros, caballericesos, etc.

Los chinos formaban, finalmente, un grupo racial y económico bien definido, con ocupaciones específicas: trabajadores de campo en los ingenios, hortelanos en las afueras de las poblaciones, y algunos pocos dedicados al comercio.

La heterogeneidad racial, económica, y de status social y político, era el hecho dominante en la comunidad cubana en 1868. Un conglomerado de elementos diversos, de idioma, tradiciones, ocupaciones y medios de vida muy distintos, en posición frecuentemente antagónica. En este conglomerado destacábase el peninsular dominador, —funcionario, empleado público, soldado, sacerdote, fraile, profesional, comerciante, artesano, dependiente de tiendas y comercios, ocupaciones de tipo urbano casi siempre— si bien a medida que había avanzado el siglo XIX,

el peninsular enriquecido había mostrado una marcada inclinación a figurar en la clase de los hacendados o propietarios de ingenios.

Los variados elementos constitutivos de la población de la Isla hallábanse repartidos en las 31 jurisdicciones o alcaldías mayores, con un teniente gobernador a su frente, en las que estaba dividido el territorio, a los fines de la gobernación civil, administrativa, judicial y militar. En el censo de población de 1861, esas 31 jurisdicciones se agrupaban en dos grandes divisiones. Una constaba de las 21 jurisdicciones correspondientes al llamado Departamento Occidental, extendido desde Sancti-Spíritus hasta el extremo de Pinar del Río. La otra, de 10 jurisdicciones integrantes del Departamento Oriental, que comprendía entonces las actuales provincias de Oriente y Camagüey. La división más usual en la época era, no obstante, en cuatro grandes secciones: Oriente o Departamento Oriental; Camagüey o Departamento Central; Las Villas, que comprendía la provincia de este nombre, incluyendo Ciego de Avila y Morón, que pasaron poco después a formar parte de Camagüey; y el Departamento Occidental, formado por las actuales provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río.

Las 31 jurisdicciones, subdividíanse cada una de ellas en "partidos", clasificados de primera y segunda clase, a cargo de capitanes y tenientes pedáneos, sometidos a la autoridad del Teniente Gobernador de la jurisdicción. Con respecto al territorio de las actuales seis provincias de Cuba, distribuíanse las jurisdicciones en la forma que se expresa a continuación, dato útil para seguir la marcha de la guerra y para la más fácil explicación y comprensión de determinados hechos fundamentales de la misma. La actual provincia de Oriente se subdividía en ocho jurisdicciones: Cuba o Santiago, Jiguaní, Bayamo, Manzanillo, Tunas (1), Holguín, Baracoa y Guantánamo. Camagüey en dos: Puerto Príncipe y Nuevitás, agregados a Puerto Príncipe los dos partidos, muy escasamente poblados en 1868, de Ciego de Avila y Morón, pertenecientes entonces a las jurisdicciones de Sancti-Spíritus y Remedios respectivamente. Las Villas comprendían seis jurisdicciones: Santa Clara o Villaclara, Cienfuegos, Trinidad, Sancti-Spíritus, Remedios y Sagua la Grande. Matanzas tres: Cárdenas, Colón y Matanzas. La Habana, siete: Bejucal, Guanabacoa, Güines, Habana, Jaruco, San Antonio de los Baños y Santa María del Rosario. Pinar del Río, cuatro: Bahía Honda, Guanajay, Pinar del Río y San Cristóbal.

Los elementos integrantes de la población de la Isla no estaban distribuidos en proporciones iguales o aproximadamente iguales en los cua-

(1) Tunas se incluía generalmente en Camagüey.

tro Departamentos, ni en las jurisdicciones correspondientes a cada una de las provincias actuales. Esa desigual distribución era uniforme, en determinados sentidos. Uno y otro hecho fueron de importancia histórica en la guerra. La población cubana blanca, terrateniente o no terrateniente, acusaba la mayor uniformidad en cuanto a su distribución en los cuatro grandes Departamentos de la Isla y en las jurisdicciones de cada uno de ellos. Cubanos blancos los había en 'crecido número, proporcionalmente, en todas las jurisdicciones, de acuerdo con la densidad de población de cada una de ellas, dependiente ésta, a su vez, del mayor o menor desarrollo agrícola. En marcado contraste con esa distribución uniforme de la población blanca cubana, los habitantes peninsulares, los mestizos y negros libres, y los esclavos, resultaban distribuidos en proporciones que variaban, del este al oeste de la Isla, en un cierto orden regular, hecho determinado por causas económicas principalmente, unidas a otras de orden histórico. La cifra más baja y el más bajo tanto por ciento de población peninsular, correspondía a las jurisdicciones del Departamento de Oriente, agrupada dicha población peninsular en la periferia, ciudades y poblaciones costeras de Santiago de Cuba, Manzanillo, Gibara y Guantánamo. En Camagüey, la cifra y el por ciento de los peninsulares, con respecto a la población total camagüeyana, eran algo mayores que en Oriente; en Las Villas mayores que en Camagüey; en Matanzas más elevados que en Las Villas; y en La Habana y Pinar del Río, tomadas ambas provincias conjuntamente, agrupábanse el mayor número de habitantes peninsulares y el más alto tanto por ciento de los mismos, comparado con los por cientos de las demás provincias.

Una distribución proporcionalmente igual, de Oriente a Occidente, observábase también respecto de la población esclava, en cuanto al número y al por ciento de la misma. En Oriente, el por ciento de esclavos, en proporción a la población total de las ocho jurisdicciones, era 19.8; en Camagüey, 21; en Las Villas, 25.1; y en el Departamento Occidental —Matanzas, Habana y Pinar del Río— el por ciento de esclavos se elevaba a 31.5. La casi única diferencia apreciable en esta distribución de los esclavos, comparada con la de la población peninsular, mayor de este a oeste, según se ha expuesto, era que el mayor número de esclavos y el más alto tanto por ciento de éstos, no se hallaban en las provincias de la Habana y Pinar del Río, como ocurría con los peninsulares sino en la de Matanzas; Matanzas superaba en número de esclavos y en por ciento de éstos, 46.8 de la población de la provincia, a todas las demás. La Habana contaba con un crecido número y un alto

por ciento de esclavos, 22.2, algo menor que el de Las Villas, esto último a causa de la elevada cifra de peninsulares y extranjeros de otras procedencias, avicinados en la ciudad de la Habana. Pinar del Río superaba en por ciento de esclavos, 30.3, a todas las provincias, excepto Matanzas.

La distribución proporcional, de Oriente a Occidente, de mestizos y negros libres, era diametralmente opuesta a la de los peninsulares y los esclavos; es decir, disminuía de Oriente a Occidente, en lugar de aumentar. Los mestizos y negros libres eran en la provincia de Oriente el 32% de la población total; en Camagüey, el 15.7%; en Las Villas, el 14.1%; y en el Departamento Occidental (Matanzas, Habana y Pinar del Río) el 11%, como promedio. A Pinar del Río correspondía el 12%, y a Matanzas la cifra mínima, 5.5%.

En el conglomerado de elementos integrantes de la población de Cuba en 1868, diversos y disímiles según ha quedado expuesto, la clase cubana terrateniente ocupaba el lugar más destacado, en cuanto a instrucción, cultura y potencia económica, en toda la Isla. Junto con los profesionales, una de las ramificaciones de la clase terrateniente, esta ejercía una función formativa y directora de la opinión pública cubana, hasta donde podía haberla o era susceptible de estimulación y dirección durante el régimen colonial. Considerada en su totalidad, la clase terrateniente era, según quedó apuntado, la de más elevada cultura. Había asimilado la instrucción asequible en los centros de enseñanza de Cuba, ampliada y completada con los viajes y el estudio en países donde la cultura había florecido durante siglos y se mantenía con mayor vitalidad. Conocía con alguna amplitud las principales fuentes de dicha cultura en lo moderno y en lo remoto pasado, y gustaba visitar de preferencia los países de donde procedían en lo contemporáneo —los anglosajones de Europa y América, países de libertad y los demás de Europa—, los adelantos de la civilización, mercados para el intercambio comercial de Cuba. A esos países, la clase terrateniente exportaba los artículos que eran la base de su potencia económica, y de dichos centros de civilización importaba los de primera necesidad, comodidad o lujo que hacían más fácil y agradable la vida en la tierra cubana. Los viajes de estudio y de placer al exterior, eran una tradición cubana desde principios del siglo XIX. Los viajeros de la clase terrateniente de más elevado espíritu y de mayor preocupación por los problemas políticos y sociales, incluidos en éstos los de la educación y la cultura general, en sus visitas a los países extranjeros, apreciaron las profundas diferencias existentes entre los regímenes políticos de angloamericanos, anglosajones y algunos otros de los más adelantados pueblos de la Europa continental, y el régimen colonial vigente en Cuba, por la modifi-

cación del cual venían luchando ya los terratenientes desde fines del siglo XVIII, con esfuerzos cada vez mayores en los dos tercios ya transcurridos del siglo XIX. Esos hombres de más depurada cultura, anhelaron más vivamente que los demás una vida de libertad y mayor decoro para su país. Fueron el fermento catalizador de los procesos de transformación, dignificación y renovación total, sobre bases de mayor autonomía o completa independencia de la comunidad cubana. La fuerza de esta clase, no obstante el valor intrínseco de la misma, era muy limitada, sin embargo, en un sistema de gobierno casi absoluto como el de Cuba. No dimanaba ni podía dimanar, de hecho, de su número —una minoría— ni de su superior preparación, su riqueza, sus medios de vida y su arraigo a la tierra. Radicaba potencial y esencialmente, en su vinculación con las demás clases cubanas, y en la influencia material y moral, aún cuando fuese difusa, que ejercía sobre las mismas (1). Aislada y apartada de dichas clases, sus medios de acción frente al gobierno metropolitano, los capitanes generales, la burocracia colonial y los peninsulares adueñados del comercio, eran muy poco efectivos, casi nulos, en 1868.

◀ Los otros dos grupos o clases sociales que por su número, su dependencia directa de la tierra, su adaptación al medio, sus hábitos de vida, integraban la mayor fuerza social, actual y potencial de Cuba, en 1868, eran los campesinos blancos y los de color libres, afincados de una manera o de otra en sus pequeños predios rústicos. Gente pobre toda ella, algunos de los blancos encontraban empleo en los ingenios, potreros y cafetales de la clase terrateniente. Entre los de color, cierto número se ganaba la vida como arrieros, carboneros, leñadores, o en otras varias ocupaciones del campo, además de la agricultura; por lo general en un nivel de vida similar al de los campesinos blancos o bien algo inferior.

La gente de campo blanca pobre y la de color, tuvieron ya representación en Cuba desde los primeros años de la colonia. La primera, o sea la blanca, daba ya señales de existencia en 1574. El oidor de la Audiencia de Santo Domingo, Alonso de Cáceres, cuando aprobó y puso

(1) En la *Memoria de su mando en Cuba*, el capitán general Lersundi dejó constancia de la influencia de la clase cubana terrateniente y culta que promovió y dirigió el movimiento reformista, en cuanto a inclinar a los campesinos blancos y a los hombres de color libres, a recabar derechos de que se hallaban privados, y a favor de la causa de la independencia. "Por entonces, —escribió Lersundi—, y en virtud de tales novedades, la Isla entera se vió poblada de periódicos que publicaban descaradamente doctrinas incendiarias; la enseñanza pública costeada por el Estado desde la Universidad hasta la última escuela de aldea, convertida en una conspiración constante contra la unidad nacional; aún a los obreros más rudos, sin distinción de colores, se les daban lecturas encaminadas al mismo fin, consiguiendo con tan diabólicos sistemas, minar por su base dos de los más robustos pilares en que se fundaban el poder de España y el sosiego de esta provincia: la gente libre de color y los campesinos o guajiros como aquí se les llaman" ... PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*, vol. I, pág. 239.

en vigor las primeras ordenanzas municipales de Cuba en visita oficial a Cuba, reconoció a los "estancieros" y "sitieros" el derecho de obtener parcelas de tierra para fomentar "estancias de mantenimientos", inclusive dentro de los grandes fundos de los terratenientes. Esta gente estanciera o sitiera, como se la llamó corrientemente, se multiplicó año tras año. Llegó a ser la más numerosa del elemento racial, blanco, y fué un factor progresivamente muy importante en lo económico y lo social, aún cuando vivió siempre de la labranza en muy duras condiciones. En 1868, era una clase sobria, y sufrida, arraigada a la tierra, bien adaptada a las condiciones de su medio ambiente geográfico natural. Conocía palmo a palmo los campos donde libraba la subsistencia, sin secretos para el "guajiro". Carente de toda preparación y experiencia políticas en 1868, era una clase descontenta de un régimen que la oprimía y dentro de la cual se mantenía en una situación miserable.

El campesino cubano blanco se sentía y se reconocía a sí mismo, distinto del peninsular español, residente en las poblaciones, dedicado al comercio o en posesión de las posiciones oficiales, desde las más altas a las de menor categoría. Considerábase distinto también del canario, "el isleño", no obstante ser éste labrador casi siempre, lo cual acortaba la distancia entre ambos. El estanciero o sitiero blanco, afirmábase en su condición de cubano. Se estimaba con cierta superioridad natural sobre el isleño y el peninsular, por ser éstos pocos conocedores del país, por hallarse expuestos a enfermedades de que el cubano, bien adaptado al clima, era inmune —la fiebre amarilla señaladamente— y por ser más conocedor de las actividades de la vida campesina. Los campesinos blancos más inteligentes y mejor preparados se sentían unidos por afinidades espirituales y por cierta comunidad de intereses, son la clase terrateniente. Recibían la influencia ideológica y moral de ésta, y se imbuían poco a poco de las concepciones y aspiraciones políticas de la misma (1).

El sector de los negros y mestizos libres, elemento integrante de la población de Cuba desde los primeros años de la colonización, nutrióse, en pequeña minoría durante cerca de tres siglos del de los esclavos, en estrecha afinidad con éstos. A partir de mediados del siglo XIX, su proporción fué cada vez más alta, comparada con la cifra de los siervos.

(1) Al referirse a la influencia de la clase terrateniente y culta sobre los guajiros, el general Lersundi dice en su Memoria: "Exasperados por lo irritante y lo insoportable del nuevo tributo (el Impuesto directo decretado por el ministro de Ultramar Alejandro de Castro) están dispuestos (los guajiros) a pelear hasta morir contra el gobierno, deponiendo su antiguo y acendrado españolismo" y agrega Lersundi: "Aprovechando el terrible elemento que les ofrecía la exasperación de los guajiros por la contribución directa, hábilmente explotada, se decidieron a dar el grito de independencia". PIRALA, ANTONIO, obra citada, vol. I, pág. 240.

En 1868, se daba el caso excepcional de que en seis de las ocho jurisdicciones de Oriente, las personas de color libres eran considerablemente más numerosas que las esclavas.

Unidas de manera indisoluble esclavitud y azúcar durante varios siglos, la importancia de los negros en la comunidad cubana destacóse ya marcadamente tan pronto la producción de Cuba comenzó a tomar vuelo en el siglo XVIII. La paz de Utrecht, firmada en 11 de abril de 1713 para poner término a la Guerra de Sucesión española, en la que fueron beligerantes España, Francia, Inglaterra, Holanda, aseguró a los británicos, por una de las cláusulas del Tratado, ciertas franquicias comerciales. Junto con éstas, contóse el "Asiento" para la introducción de esclavos en las Indias, otorgado a la Compañía Inglesa del Mar del Sur, como uno de los gajes de la victoria británica ⁽¹⁾. A partir de esa concesión y en concomitancia con otros hechos diversos, el desarrollo económico de Cuba tomó impulso gradualmente, produciéndose, como condición indispensable del mismo, en forma paralela, un aumento constante de la esclavitud, con lo que el hombre negro tuvo cada vez mayor peso en la comunidad cubana.

Impulsada fuertemente la importación de esclavos, en el breve período de la ocupación británica (1762-1763), durante la llamada Guerra de los Siete Años, el crecimiento económico de Cuba siguió adelante después de la restauración española, con el aumento proporcional del número de esclavos. En 1789, a fin de estimular la importación de éstos, el gobierno metropolitano adoptó la importante medida de autorizar por dos años la introducción libre, bajo todas las banderas, de 20,000 africanos. La concesión fué prorrogada por seis años, a virtud de gestiones de Don Francisco de Arango y Parreño en Madrid, y de manera permanente poco más tarde, a petición del propio Arango, en representación del Ayuntamiento de la Habana y de otras corporaciones de Cuba.

Los efectos de la libre introducción de esclavos, estimulada por la gran demanda de éstos, muy sostenida a partir de la década 1790-1800, se hicieron sentir con muy diversos e importantes resultados demográficos, sociales y políticos. El primordial de todos, consistió en invertir la proporción de los dos elementos raciales constitutivos del pueblo cubano. El hecho de esa inversión, se comprobó numéricamente al tomarse el censo de 1825 ⁽²⁾. La población blanca, mayoría hasta entonces,

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, vol. I, pág. 132.

(2) El censo arrojó un total de 704,487 habitantes; 311,051 blancos y 393,436 de color: 44 y 56% respectivamente de la población total. Por cada 10 blancos había 9 esclavos, con una proporción mucho mayor de adultos entre los esclavos.

después de la extinción de los indios, pasó a ser minoría. La población negra esclava, de minoría, se convirtió en una mayoría muy fuerte.

El fundamental cambio en la proporción de los elementos demográficos, fué casi coincidente con la sublevación de los esclavos franceses en Haití y el inicio en la Gran Bretaña del movimiento acaudillado por Wilberforce para la supresión del tráfico de esclavos y la abolición de la esclavitud. Determinó un doble y profundo temor en la clase terrateniente cubana. Por un lado, el de que los esclavos se sublevaran, a semejanza de lo que había ocurrido en la isla vecina. Por otro, el de que llegase a suprimirse el tráfico esclavista y se aboliese la servidumbre, sobre los cuales —tráfico y esclavitud— descansaba ya toda la organización económica, y con ésta, la riqueza en progresivo desarrollo de la Isla. Los dos temores acrecentáronse a partir del 26 de marzo de 1811, fecha en que el diputado mexicano, presbítero Miguel Guridi y Alcocer, presentó a las Cortes de los dominios españoles reunidas en Cádiz, su proposición, apoyada por Agustín de Argüelles, personaje español influyentísimo en dicha asamblea, de supresión del tráfico negrero, tal como lo habían hecho ya Gran Bretaña y otros países de 1806. La intervención del diputado cubano Andrés de Jáuregui, que se opuso a la proposición del presbítero Guridi, impidió la aprobación de ésta de inmediato. Las airadas protestas dirigidas a las Cortes desde Cuba por las corporaciones habaneras —Concejo Municipal, Sociedad Económica de Amigos del País, Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio— frustraron el intento de supresión del tráfico, la preocupación y la zozobra de los propietarios de esclavos en Cuba se tradujeron en permanentes temor de ruina económica. La historia política y social cubana giró en lo adelante, en grandísima parte, en torno del problema negro y esclavista, por la mera presencia de la enorme masa esclava. En el orden político y social, los esclavos no tenían acción alguna. Sin embargo, los temores de la clase terrateniente fueron hábil y constantemente explotados por los gobernantes de Madrid y las autoridades de la colonia en toda la primera mitad del siglo pasado. Dichas autoridades, de acuerdo con los gobiernos metropolitanos, utilizaron la amenaza de la supresión del tráfico, y la de la abolición, para contrarrestar las demandas de libertad y autonomía de la clase terrateniente, y obligar a ésta a inclinar la cerviz ante los defensores de la "integridad nacional". A ese efecto, la Metrópoli mantuvo suspendida dicha amenaza sobre la clase terrateniente. La abolición de la esclavitud sería decretada inmediatamente y la isla entregada a los negros, en caso de un positivo peligro de perderse para España. Totalmente privados de derechos y en la más miserables condiciones de vida,

el esclavo pesó decisivamente en el orden político en la comunidad cubana, tal como pesaba ya, de modo tanto o más decisivo, en lo económico.

La barrera de contención, en su oposición a la Metrópoli, de la clase terrateniente, levantada y mantenida por los temores antedichos a las sublevaciones de los esclavos, fué causa, según se registra en nuestra historia, de que desde 1800 a 1868, dicha clase se manifestara invariablemente opuesta a revoluciones por la independencia. En el período de efervescencia separatista de 1820-1830, dicha oposición se manifestó por boca de Arango y Parreño ⁽¹⁾. En los años subsiguientes, fundado en los mismos temores, el opositor más destacado fué José Antonio Saco. La primera consecuencia de una revolución general en la Isla habría de ser, a juicio de los terratenientes esclavistas, la sublevación inmediata de los siervos; el efecto forzoso de esa sublevación, el completo aniquilamiento de la riqueza cubana y el total exterminio de la población blanca ⁽²⁾. Numerosas evidencias históricas testifican que esos temores estuvieron también en la raíz de los movimientos anexionistas, en las décadas 1840-1860. La anexión se concebía como un medio de poner término a la dominación española sin peligro de sublevaciones de esclavos. El procedimiento consistiría en un ataque rápido y decisivo a la Metrópoli en Cuba, con el apoyo de los Estados esclavistas del sur de los Estados Unidos. La abolición de la esclavitud por Abraham Lincoln, en proclama de 23 de septiembre de 1862, y la evidencia de que los gobiernos de los Estados Unidos ajustaban su política a sus propias miras y conveniencias no a los planes de los anexionistas, desengañaron a éstos. Muchos dieron un cambio de frente completo. Volvieron la mirada a España, e intentaron, unidos a otros cubanos de ideas liberales, el llamado "movimiento reformista", encaminado a una conciliación y un entendimiento con Madrid. El fracaso del reformismo, tal como lo apreciaron los principales directores de éste y la opinión cubana en general, en 1867-1868, se consideró total. El descontento y la irritación contra la Metrópoli, facilitaron el estallido revolucionario encabezado por Céspedes en *La Demajagua*, extendido como voraz incendio en las jurisdicciones de Manzanillo, Bayamo, Jiguaní, Tunas, Holguín y parte de la jurisdicción de Cuba.

Dada la actitud, constantemente manifestada por la clase terrateniente a lo largo de toda la parte transcurrida del siglo XIX, de oposi-

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual*, pág. 263.

(2) "Quién no tiembla —decía Luz y Caballero a Tacón en 1834, hablando por boca de Saco— al contemplar el enjambre de africanos de que todos nos hallamos cercados." GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual*, pág. 322.

ción a toda insurrección separatista, la iniciada el 10 de octubre de 1868, preparada, dirigida y encabezada por terratenientes de Bayamo, Manzanillo, y otras jurisdicciones del Departamento Oriental, pareció a los contemporáneos y ha continuado pareciendo después, un hecho insólito en la historia cubana. La muralla de contención levantada por el temor a la abolición de la esclavitud, y a la sublevación y posible aspiración a la hegemonía de la raza negra, quedó derribada por Carlos Manuel de Céspedes. La rapidez con que se extendió por las cinco jurisdicciones occidentales del Departamento de Oriente —Manzanillo, Bayamo, Jiguaní, Tunas y Holguín, y parte de la de Cuba—, puso de manifiesto que dicha muralla se había desplomado casi en todo Oriente al grito de ¡Viva Cuba libre!

La apariencia insólita del hecho se desvanece cuando se estudia a fondo la situación prevaleciente en la vasta extensión del territorio sublevado. En 1868, en todas las jurisdicciones insurreccionadas, prevalecían condiciones demográficas y económicas peculiares, distintas de las de las restantes jurisdicciones de Oriente y de todo el resto de la Isla, efecto de un lento proceso histórico producido casi en la sombra. La población blanca cubana de Oriente, así la parte correspondiente a la clase terrateniente como a la población campesina blanca y a los blancos residentes en los poblados, habíale perdido todo temor al negro, libre o esclavo. El obstáculo a la revolución separatista había desaparecido. Las evidencias históricas son muy claras tocante al particular. Guardan una estrecha relación con el desarrollo de la producción azucarera y cafetalera en la Isla a partir de los comienzos del siglo XIX.

La libre introducción de esclavos en grandes cantidades permitió el fomento de los ingenios y cafetales en gran escala, actividad económica que, como ocurre de manera invariable en todo país nuevo abierto a la explotación agrícola e industrial, se desarrolló siguiendo la línea de menor resistencia. Esa línea la ofrecían las tierras fértiles mejor situadas para la exportación al exterior de los dos productos comerciales, la cosecha de los cuales se multiplicaba a grandes saltos, el azúcar, con sus productos derivados de mieles y alcohol, y el café.

Por razones de orden geográfico —la mayor estrechez de la Isla, buenos puertos en costas libres, y exuberancia y fertilidad de las tierras— las zonas más favorecidas para el cultivo de la caña y del café se hallaban ubicadas en su mayor extensión en la parte occidental de la Isla, con su centro de expansión en las regiones aledañas a la ciudad de la Habana, urbe la más populosa de Cuba, en la cual una actividad comercial intensa acumulaba el capital en mayores cantidades.

Desde ese centro habanero de origen, los ingenios y los cafetales se extendieron por el actual territorio de la provincia, a distancias accesibles de su puerto de exportación, el de la Habana. Un desarrollo de esas dos industrias básicas, algo más limitado en cuanto a la azucarera, prodújose también hacia el extremo oriental de la Isla, necesitado de atender al fomento de sus propias condiciones de vida, fuera como se hallaba de la esfera de influencia comercial y económica de la Habana. Dicho desarrollo se circunscribió particularmente a las jurisdicciones de Santiago de Cuba y Guantánamo, con salidas ambas al exterior por sus puertos respectivos del mismo nombre para el embarque del café y del azúcar. En las áreas cañeras y cafetaleras de la provincia habanera, y en las de Santiago de Cuba y Guantánamo, el creciente desarrollo de una agricultura industrializada o comercializada de tipo capitalista, para la exportación, trajo consigo, en estrecha y directa proporción, el empleo de los esclavos. En consecuencia, produjéronse a la par, en esas áreas, "el ennegrecimiento" de la población y con éste, el temor al negro.

Ya con fuerte impulso en las dos primeras décadas del siglo, ambas ramas de la producción continuaron incrementándose. En el occidente de Cuba, desde la zona o área provincial habanera, los ingenios se extendieron, a lo largo de la costa, por la parte norte de la actual provincia de Pinar del Río, desde Guanajay a Bahía Honda. Los cafetales florecieron en Artemisa, en los partidos de terrenos quebrados de la jurisdicción de Guanajay, como el del Jobo, y el del Mariel. Subieron por la cordillera de los Organos, y se espaciaron por las dos vertientes de la misma hasta más allá de San Cristóbal (1). Del este de la Habana, la caña y el café se extendieron y multiplicaron en la actual provincia de Matanzas. En las excelentes tierras coloradas matanceras, ambos cultivos encontraron un suelo fertilísimo, con salida al mar los productos por los puertos ventajosamente situados de Cárdenas y Matanzas. Excepcionalmente rápido, el desarrollo azucarero de Matanzas, tomó muy pronto mayor vuelo con la construcción de líneas férreas. Gracias a éstas, la mayor dificultad para establecer ingenios en los llanos matanceros más alejados de la costa, representada por el peso de las grandes cajas y los bocoyes de azúcar, quedó vencida (2).

En el área inicial azucarera y cafetalera de Oriente, el crecimiento de ambas industrias fué algo más lento que en la Habana y Matanzas, a causa de la ubicación menos favorable de las dos zonas que integraban dicha área para la exportación al extranjero, y de la mayor escasez

(1) SANTOVENIA Y ECHAIDE, EMETERIO. *Pinar del Río*, México, 1946, págs. 120-125.

(2) PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario...*, vol. IV, págs. 23 y 334-345.

de capital. A pesar de ello, en la de Guantánamo, menos adelantada que la de Santiago, hubo ya ingenios con maquinaria de vapor en 1821.

El crecimiento comparativo de las dos industrias, azucarera y cafetalera, se había hecho desigual en todas las zonas productoras de la Isla a mediados del siglo. En contraste con la extensión creciente de la industria azucarera, la producción de café decayó y desapareció en la provincia de la Habana. Sólo logró mantenerse en condiciones favorables en la Cordillera de los Organos y en las zonas montañosas de Trinidad, Santiago de Cuba y Guantánamo.

Caña y café habían hecho su aparición también, aún cuando algo más tarde que en la Habana y Oriente, en diversos lugares circunscritos de la actual provincia de Las Villas. El café, en las partes montañosas; la caña, en las llanas, con puertos en la costa, de Cienfuegos, Sagua, Remedios y Trinidad. El cultivo de ambas plantas no tomó mucho vuelo inicialmente a causa de la escasez de capital y de esclavos. En razón de esa dificultad y de su gran extensión territorial, Las Villas continuaron siendo principalmente una región ganadera y productora de tabaco. Este cultivo se facilitó por no estar a cargo sólo de empresarios de capital considerable, sino también de agricultores en pequeño. En Camagüey, en los partidos de Caonao, al norte, y de Maraguán, al sudeste, prodújose, ya adelantado el siglo, la penetración y el crecimiento de la industria azucarera, en medida casi tan amplia como en Oriente. La ganadería, a pesar de todo, continuó siendo la principal industria de los camagüeyanos, en el territorio de la actual provincia. En Oriente acabó también por hacer su aparición la industria azucarera en tierras inmediatas a los puertos de Manzanillo y de Gibara, en menor proporción en Bayamo. Prodújose en la forma de un corto número de ingenios con maquinaria de vapor. Ejemplos excepcionales de éstos, fueron "Las Mangas", de Pedro Figuerdo, en la jurisdicción de Bayamo, partido de Caureje; tres ingenios de Francisco Vicente Aguilera, entre Bayamo y Manzanillo; y *La Demajagua*, de Carlos Manuel de Céspedes, en el partido de Yaribacoa, de la última jurisdicción mencionada. En algunos lugares del interior de Oriente, se establecieron, como en todas las otras áreas azucareras de la Isla, trapiches de bueyes que producían en corta cantidad de azúcar, "raspadura" y "melado" y que requerían escaso capital. Estos trapiches constituían la gran mayoría de las fábricas de azúcar en Manzanillo, Bayamo, Jiguaní y Holguín en 1860 (1). Como

(1) CARLOS REBELLO. *Estados relativos a la producción azucarera de la Isla de Cuba*, La Habana, 1860. Jiguaní producía 198 tons. de azúcar; Bayamo, 1,047; Manzanillo, 1,415; Tunas, 48; Holguín, 1,694. Las cinco jurisdicciones en total, 4,403 toneladas largas, cifra insignificante, entre cajas y bocoyes, equivalentes a unos 30,800 sacos de 325 libras.

hecho general, en las cinco jurisdicciones occidentales del Departamento Oriental, el café y el azúcar no habían logrado hacer avances importantes en 1868. Predominaban la ganadería y el cultivo en pequeño para la subsistencia. Uníase a éste, con carácter comercial, el del tabaco, artículo vendible, dada la facilidad de su transportación a larga distancia, de producción al alcance del pequeño agricultor a virtud del capital mínimo requerido para las cosechas.

La ubicación geográfica de las dos grandes industrias esclavistas de la Isla, abroquelada la del café en las áreas montañosas, mientras la invasión de la caña ganaba terreno en los fértiles llanos antes ocupados por los cafetales, marca, de manera inconfundible, las zonas donde para producir más azúcar y más café, los esclavos fueron introducidos en mayor número. Las evidencias históricas muestran que la barrera de contención determinada por el temor a los negros esclavos fué más fuerte para los terratenientes con sus propiedades enclavadas en dichas zonas, ya se tratase de aspiraciones políticas de autonomía o de las más premiosas de mayor libertad económica.

Los propietarios de ingenios o de cafetales en las comarcas azucareras y cafetaleras más fuertes, sobre todo en las azucareras, eran absentistas en su gran mayoría. Observábase este hecho, en todo el Occidente de Cuba y en las jurisdicciones de Santiago de Cuba y Guantánamo. El hacendado absentista operaba sus ingenios por medio de administradores y mayores, visitándolos pocas veces al año. En consecuencia, la esclavitud fué más dura en tales ingenios, y el miedo a las sublevaciones de esclavos mayor y más fundado. En esas zonas de mayor peligro de las áreas azucareras y cafetaleras, la clase terrateniente, temía como a la muerte las sublevaciones separatistas. Debíase el temor no tanto al separatismo en sí, como al peligro que representaría cualquiera insurrección por la independencia, con respecto a la abolición de la esclavitud y al alzamiento de las "negradas". Las zonas azucareras más libres de tales temores eran aquellas en que la producción comercializada esclavista había hecho menores avances. Esas zonas de pocos ingenios y trapiches, muy escasos y diseminados, con escasos esclavos, hallábanse también en algunas regiones de Las Villas y Camagüey, con excepción, en la última provincia, de los dos partidos de Caonao y Maraguán. El contraste entre las jurisdicciones propiamente azucareras y las que producían azúcar en muy escasa cantidad, marcábase claramente en el mismo Departamento Oriental. Las dos jurisdicciones con amplia industria azucarera de Santiago de Cuba y Guantánamo, producían 27,000 toneladas largas al año en 1860, mientras que las otras cinco, Jiguaní,

Bayamo, Manzanillo, Tunas y Holguín sólo alcanzaban en el mismo año la producción de 4,400 toneladas largas ya mencionada.

Azúcar, esclavos y peninsulares aumentaban paralela y progresivamente desde el territorio de la actual provincia de Oriente a la parte occidental de la Isla, no obstante que las dos jurisdicciones orientales de Cuba y Guantánamo contaban con numerosos esclavos; que la producción azucarera y cafetalera de tipo capitalista era considerable en ambas, y que el núcleo de comerciantes españoles resultaba bastante crecido. Los azucareros habían temido siempre, según se ha dejado dicho, las revoluciones, que, inevitablemente, acarrearían el incendio de los campos de caña y de los bateyes y conducirían a la abolición de la esclavitud, base de la industria. En cuanto a los esclavos, no se hallaban en condiciones de tomar iniciativa alguna para lanzarse a un revolución que era obra de los blancos. Sus cadenas tenían que ser rotas previamente por hombres libres, dispuestos a sacarlos, con las armas en la mano, de barracones y bateyes, para ponerlos al servicio de la independencia. Los peninsulares, a su vez, habrían de defender su privilegiada posición de dominadores, conjuntamente con sus intereses. La fuerza conque estaban llamados a hacerlo, iba a ser proporcional al número de los mismos en cada localidad, en las que las guarniciones de soldados regulares, los cuarteles, los puestos militares y las fortalezas eran más fuertes y numerosos, en proporción a la más alta cifra de los habitantes en los centros urbanos, al más activo movimiento comercial y a la mayor producción azucarera y el vecindario rural más denso en los campos. Este conjunto de condiciones demográficas, políticas, sociales y económicas constituía el más grande obstáculo a la extensión de la insurrección de Oriente a Occidente, región de la Isla esta última donde la población peninsular, el gobierno colonial y la metrópoli disponían de mayores fuerzas de defensa y de agresión. El Occidente, que comprendía las actuales provincias de Las Villas, Matanzas, Habana y Pinar del Río, en particular las tres últimas, proporcionaba al Gobierno de Madrid y a los Capitanes Generales recursos financieros y de toda otra clase, en la suficiente cantidad para sostenerse y poder dominar cualquier movimiento insurreccional por la independencia. Contaban también en la región los Capitanes Generales, con una numerosa población peninsular, de hombres célibes en su gran mayoría, con alguna preparación y experiencia militares muchos de ellos, dispuestos a tomar las armas en defensa de la "integridad nacional", y muy particularmente de su supremacía de dominadores y de sus intereses.

CAPÍTULO II

CONDICIONES ECONOMICO-SOCIALES PARTICULARES DE ORIENTE EN 1868

TERRATENIENTES, NEGROS LIBRES Y NEGROS ESCLAVOS EN LA GUERRA

La historia no es la exposición de cuadros imaginativos, creación de la fantasía humana, aún cuando el historiador deba de hacer uso de todo su poder imaginativo. Es obra real del hombre, en su perpetuo esfuerzo por vivir, durar, aprovechar los recursos naturales de su ambiente geográfico circunscrito, tratar de aumentar sus bienes materiales, organizarse para el trabajo con más o menos equidad y justicia, y realizar todos los demás fines humanos, de ilimitados horizontes.

La obra histórica de hombres afanados en el diario librar de la subsistencia, no se realiza en campos imaginarios. Se efectúa en la tierra, dura, áspera, indiferente y hostil, de vida propia multimilenaria, distinta de y extraña a todo objetivo humano. Al hombre le es absolutamente imposible apartar su planta de la tierra que lo sostiene y lo sustenta. Se afinca en ella, actúa sobre ella, procura acomodarla a las necesidades humanas y no puede sustraerse en manera alguna, de un modo absoluto, a la constante e inmutable influencia que sobre él hace sentir la geografía.

Por tanto, la historia es obra combinada, común, inextricable, del hombre y de la tierra. No se explica ni se hace inteligible sino mediante el conocimiento, tan completo como resulte hacedero, de la tierra misma, tal como ésta sea y se encuentre ya en proceso de utilización por el hombre, en el momento en que comienza a desarrollarse una fase particular de la historia de un país o de un grupo humano cualquiera. No basta conocer a los hombres que actúan. Hay que estar informados, asimismo, de las condiciones generales, en lo natural y en lo que ha llegado a ser obra humana, de las áreas en las cuales el más móvil y más activo agente histórico, el hombre, desarrolla y enmarca su actividad. Para comprender el sentido profundo y hacer inteligible la Guerra de los Diez Años, hay que empezar por conocer, en sus aspectos más ge-

nerales, lo que eran Oriente y todo el resto de la Isla, como teatro de acción humana en 1868.

A la luz de los antecedentes expuestos respecto al temor a la abolición brusca y a los negros, el gran movimiento insurreccional que hizo estallar Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, no podía dejar de parecer a los contemporáneos y a no pocos historiadores posteriormente, un acontecimiento insólito, según ha quedado expuesto. Una tan violenta explosión subversiva, extendida a más de la mitad del Departamento Oriental en cuestión de horas, constituyó un hecho singular extraordinario, nunca hasta entonces ocurrido en Cuba, a virtud del temor reiteradamente mencionado de la clase terrateniente a las revoluciones contra el régimen colonial. En 1868, el tráfico negrero había desaparecido ya virtualmente. Aceptábase en principio que abolida la esclavitud en los Estados Unidos, estaba llamada a desaparecer en Cuba en plazo más o menos corto. No obstante, continuábase temiendo la abolición decretada de un plumazo, a manera de como lo había hecho Lincoln durante la guerra de Secesión. Impuesta la abolición sin indemnización para los propietarios, libres de un día para otro los esclavos, aparte de la profunda perturbación económica, podrían pretender dominar la Isla, inclusive sublevándose a la manera haitiana. Sin embargo, Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo, Francisco Maceo Osorio y demás terratenientes y hacendados bayameses que comenzaron en Bayamo el año 1867 los trabajos de la conspiración para promover la guerra de independencia, no abrigaban los temores mencionados. Tampoco participaban de los mismos los terratenientes, ganaderos y hacendados de Manzanillo, Jiguaní, Tunas y Holguín, que se sumaron a la conspiración y concurrieron, por medio de sus representantes, a las juntas de San Miguel del Rompe, Muñoz, Ranchón de los Caletones, El Rosario y otras, decididos a empuñar las armas, impacientes muchos de ellos por lanzarse a la revolución sin mayor demora. En realidad, ocurrió que las condiciones económicas, sociales y políticas que habían prevalecido durante largos años y prevalecían en las cinco jurisdicciones mencionadas, no estimularon el fortalecimiento, de hecho, de la barrera de contención representada por el miedo, en ninguna de ellas. Sumadas dichas condiciones a las causas generales de descontento, minaron la citada barrera y la derribaron de un solo golpe, mientras que el contén continuó frenando a la gran mayoría de la clase terrateniente, con fuertes intereses enclavados en las zonas en que la esclavitud era la base de la economía y mantenía en fuerza el miedo al negro.

Con arreglo al sistema gubernativo colonial vigente en 1868, al alzarse Céspedes en el Departamento Oriental, éste se hallaba dividido en

las ocho jurisdicciones ya mencionadas anteriormente. Cada una de esas jurisdicciones tenía a su frente a un Teniente Gobernador. Al de la jurisdicción de Cuba hallábanse sometidos los de las otras siete, en orden jerárquico, a virtud de ser el Teniente Gobernador de Santiago la autoridad superior de todo el Departamento, subordinada sólo a la del Capitán General. Jefe militar y político de los demás, el Teniente Gobernador santiaguero debía tener en la milicia española el grado de brigadier. A los otros, les correspondían grados de coronel a abajo, en concordancia con la mayor o menor importancia de las jurisdicciones. Estas se subdividían a su vez en "partidos", según se dejó expuesto en otro lugar, equivalentes a los actuales barrios de los municipios cubanos. Clasificados de primera, segunda y tercera clase, los partidos se hallaban en el orden gubernativo y policiaco bajo la jefatura de sus capitanes pedáneos, auxiliados por tenientes pedáneos y cabos de ronda. Este sistema centralizado y unitario, funcionaba en conexión con los concejos municipales, pero con jurisdicción propia, independiente de éstos, de los cuales los tenientes gobernadores eran, por ministerio de la ley, presidentes natos.

La unidad del sistema gubernativo no había logrado la unificación de las jurisdicciones. Desiguales en extensión, topografía, número de habitantes, composición demográfica y en buena parte en cuanto a producción, a causa de la diferencia de calidad de las tierras y de la mayor o menor facilidad de las comunicaciones con el exterior, cada jurisdicción mostraba particularidades distintivas propias, en cuanto a la estructura y al desarrollo de su economía. Por arbitrarios que hubiesen podido ser en su origen los motivos que indujeron a establecer la división de Oriente en las ocho jurisdicciones existentes en 1868 —y no lo fueron en verdad— dicha división no podía considerarse obra artificial sin fundamento sólido, del gobierno de la colonia. Aisladas unas de otras por la distancia y por barreras geográficas naturales difíciles de salvar, ninguna jurisdicción contaba con un sólo kilómetro de carretera. No existía tampoco ni un puente que facilitase el cruce de los ríos, algunos de los cuales marcaban los límites entre varias de las jurisdicciones. En cuanto a ferrocarriles, existían sólo tres cortísimos tramos, dos en la jurisdicción de Cuba y el otro en la de Guantánamo.

Las peculiaridades de topografía y la naturaleza del suelo habían contribuido también a crear en cada jurisdicción, en el curso de dos o tres siglos de lento desarrollo en casi total independencia y aislamiento, la composición especial de la población antedicha. Unido este hecho al tipo particular de economía de cada una de ellas, les imprimían otros caracteres distintivos, efecto combinado de la geografía y de la histo-

ria. En el estado o grado de poblamiento u "hominización" en que se hallaba Oriente, el hecho dominante en lo social y económico era, pues, una gran diversidad regional. Contribuía a acentuarla y destacarla, la circunstancia de que el Departamento, a causa de la forma del mismo y de otras particularidades geográficas, carecía de un centro urbano bien ubicado y populoso que oficiase de verdadera capital e hiciese sentir su influencia niveladora en toda la extensión del territorio. La apuntada diversidad regional, evidente aún en cierta medida en nuestros días, no obstante la extraordinaria influencia unificadora actual de las comunicaciones, creaba múltiples dificultades en diversos sentidos. Era prueba también, tal como continúa siéndolo hoy, de la recia vitalidad, la gran fuerza propia y el espíritu de independencia de Oriente, factores que lo han llevado a desempeñar un papel de primer orden en la historia cubana.

La jurisdicción de Cuba, cuya capital, la ciudad de Santiago, lo era a la vez de todo el Departamento, contaba en 1868 con un territorio de los más extensos de la isla, y un número de habitantes superado sólo por el de la jurisdicción habanera. Dividíase en seis partidos; dos de primera clase, Cobre y Jutinicú, y cuatro de segunda, Caney, Enramada, Palma Soriano y Yaguas, excluida la ciudad de Santiago. El Teniente Gobernador que ejercía el mando, el 1868, Gral. Joaquín Rave-net, conjuntamente con su autoridad superior militar y civil, asumía las funciones de vice-real patrono de la Iglesia, con parroquias, conventos, etc., en el Departamento; de presidente de las juntas departamentales de Fomento, Fortificación, Sanidad, Instrucción Pública y Beneficencia; y de presidente nato del Ayuntamiento y de la Sub-delegación de Hacienda en la jurisdicción. El número de habitantes de ésta, según las compilaciones estadísticas de 1861 y 1862, con poca variación en 1868, estaba integrado por 96,028 vecinos. De éstos, 27,743 enumerados como blancos; 35,842 negros y mestizos libres; y 32,443 mestizos y negros esclavos, divididos éstos en cantidades aproximadamente iguales de varones y hembras. En la capital residían 36,752 vecinos, 38.9% de los habitantes de la jurisdicción, entre blancos, mestizos y negros, inclusive 1,170 peninsulares, excluida la guarnición, formada por unos mil soldados de línea, 740 de infantería y el resto de caballería (1).

Las cifras destacan el hecho de que la población mestiza y negra superaba considerablemente la blanca. Esta peculiar composición racial había sido grandemente determinada por la naturaleza de la economía

(1) PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de la Isla de Cuba*. Cuatro volúmenes, La Habana, 1863. Los datos referentes a la jurisdicción de Cuba han sido tomados del diccionario de Pezuela y comprobados con los de otras varias fuentes, así como los de todas las demás.

de la jurisdicción, minera y cafetalera en el Cobre, y en todo el sector de la Sierra Maestra comprendido desde los límites con Manzanillo, Bayamo y Jiguaní al oeste, hasta los de Guantánamo al este. La industria azucarera predominaba en toda la parte de terreno llano o semi-quebrado extendida al norte de la ciudad, traspuesta la Sierra Maestra, con una producción algo mayor de 20 mil toneladas largas anuales. Santiago contaba con una producción estimable de tabaco en los valles de la Sierra y las riberas de ríos y arroyos. Las "estancias" y los "sitios de labor", tipos de fincas rústicas entre los cuales, según el geógrafo Esteban Pichardo, resultaba difícil establecer una distinción neta, eran poco numerosos proporcionalmente. Otro tanto ocurría respecto de las "haciendas de crianza" y los "potreros", difíciles asimismo de diferenciar según Pichardo (1). Los ingenios (con maquinaria de vapor) y los trapiches (operados con bueyes), los cafetales y las minas eran, mayores unas y menores otras, empresas industriales de tipo comercial o capitalista. Requerían gran cantidad de brazos esclavos e imprimían, junto con el importante comercio de la urbe capitalina, un marcado carácter distintivo a la economía santiaguera. Dichas fincas eran propiedades pertenecientes a personas blancas, acomodadas o ricas, absentistas casi todas, en lo que a los ingenios correspondía, operados por medio de administradores, encargados y mayores. Los ingenios y trapiches, numerosos los primeros relativamente en la jurisdicción, sumaban 125; los cafetales, 447. Las vegas de tabaco, pequeñas todas, alcanzaban a 2,186 y las estancias y sitios de labor a 1,773. Vegas y estancias eran principalmente granjas de subsistencia de gente blanca pobre, o de mestizos y negros libres, quienes cosechaban y criaban algo para la venta. Blancos y negros cultivaban la tierra en condición de aparceros o "precaristas". El número de propietarios entre ellos era cortísimo. El tabaco, sembrado en pequeñas cantidades, los llamados frutos menores, las frutas, y la cría de algún cerdo, aves de corral y algunas colmenas, eran artículos de consumo para la familia, parte de los cuales se vendían en Santiago. Constituían la casi única fuente de ingresos de los agricultores pobres mencionados, con los que éstos pagaban sus reducidas compras en la ciudad.

La empresa comercial agrícola dominaba de hecho en la economía de la jurisdicción de Cuba, con su centro de operaciones mercantiles y de exportación e importación en la ciudad de Santiago. Los cafetales de la jurisdicción santiaguera, numerosos y ricos, se hallaban montados en mejores condiciones que los de cualquiera otra zona del Departa-

(1) PICHARDO, ESTEBAN. *Geografía de Cuba*. Tercera parte, pág. 14.

mento. Manteníase en ellos la tradición de sus fundadores, cafetaleros franceses, en su gran mayoría refugiados de Haití. Distinguíanse esos cafetales por la superioridad de los métodos de cultivo y de la administración de las fincas, por el embellecimiento de éstas y porque en todos ellos la siembra, el cuidado de los cafetos, la recolección, la preparación y el transporte del grano, estaban a cargo de esclavos exclusivamente, dirigidos por mayores, y sometidos a una disciplina muy severa y estricta. La mayoría de las casas de tales cafetales, eran residencias señoriales, bellas y confortables. En la soledad de las montañas cubiertas de frondosos bosques, hallábanse habilitadas para la defensa, a cargo ésta del personal blanco, integrado por la familia del propietario, los mayores y capataces. Eran "plantaciones" típicas, muy distintas de los pobres y reducidos cafetales de aparceros y precaristas.

Al noroeste de Santiago, a una distancia aproximada de 20 leguas difíciles de salvar, hallábase la jurisdicción de Jiguaní. Constaba de tres partidos, Jiguaní —el de la cabecera—, Baire, y Santa Rita. Los límites de Jiguaní estaban fijados claramente por los ríos Contramaestre y Cautillo, al este y al oeste, afluentes del Cauto; por este río, al norte; y por la jurisdicción de Santiago, partido del Cobre, al sur, pues Jiguaní no tenía salida al mar. Territorio principalmente selvático y montañoso, con sus restos de población india mestiza, contaba hacia la parte norte con anchos valles, abiertos en la forma de fértiles llanos de considerable extensión. La población total de Jiguaní en sus tres partidos, sumaba 17,827 vecinos. De éstos 12,473 blancos, 4,731 mestizos y negros libres y sólo 620 —el 4%—, esclavos, 354 de ellos varones de todas las edades. El 4% de esclavos de la jurisdicción de Jiguaní contrasta con el 34% de la jurisdicción de Santiago. Los peninsulares residentes en Jiguaní eran la pequeña cifra de 63, inclusive 4 mujeres. La autoridad superior de la jurisdicción era un Teniente Gobernador con el grado de capitán. Baire y Santa Rita eran capitanías pedáneas, con pequeños poblados del mismo nombre por cabecera. Clasificado de segunda clase, el partido de Baire merece una mención especial. Contaba con unas seis mil caballerías de tierra extremadamente fértiles, en las que existían 17 pequeños trapiches operados por bueyes, 17 potreros, 1,200 estancias y sitios de labor. Unidos a las vegas de tabaco, parte de cuyo artículo se elaboraba en Jiguaní, imprimían un carácter particular a la economía de Baire.

El partido contaba con 8,130 vecinos: 5,870 blancos, 2,089 mestizos y negros libres, y sólo 179 esclavos de ambos sexos, de todas las edades. Santa Rita era también un partido de sitiería, habitado por gente libre, con 696 estancias, 39 haciendas de cría y sólo dos trapiches. La

población de la jurisdicción de Jiguaní, casi libre en su totalidad, residía en los campos. En el poblado de la cabecera vivían sólo 420 vecinos. En su conjunto, los habitantes eran gente labradora toda, o de posición modesta, dedicada a producir para la subsistencia esencialmente, con venta de algunos productos para cubrir sus restantes necesidades. La empresa agrícola propiamente industrial o comercializada no existía en la jurisdicción, hecho que explica el cortísimo número de esclavos.

Situada entre las de Jiguaní y Manzanillo, la jurisdicción de Bayamo, fronteriza al norte con Holguín y Tunas y al sur con la Sierra Maestra, jurisdicción de Cuba, contaba con extensos terrenos llanos, algunos quebrados y otros altos en las laderas de la Sierra Maestra. La población total de Bayamo se elevaba a 33,673 vecinos: 17,046 blancos, 13,809 mestizos y negros libres, y 2,727 esclavos. De éstos 1,515 varones de todas las edades. La proporción de esclavos con respecto a la población total era corta, 9%, comparada con el 34% de Santiago. De los 1,515 esclavos varones, 468 eran menores de 15 años y 119 estaban comprendidos entre 60 ó 100 ó más, de manera que sólo 928 tenían edades entre 16 y 60 años. La economía bayamesa no se asentaba, en ningún sentido, exclusivamente sobre el trabajo esclavo; ni la cuestión de la esclavitud era un serio problema en Bayamo en el orden social. Los vecinos peninsulares —guarnición aparte— sumaban sólo 128 hombres y 5 mujeres. De los habitantes de la jurisdicción bayamesa en total, el 91% eran blancos, mestizos y negros libres. Sobre el trabajo libre reposaba, por consiguiente, la economía de Bayamo, esencialmente ganadera y de si-tiería, con 27 trapiches operados por bueyes y sólo un pequeño ingenio. La producción azucarera de Bayamo, en 1860, alcanzaba sólo a 1,047 toneladas (1). Las haciendas de crianza y los potreros llegaban a 248, con cerca de 70,000 cabezas de ganado. Los sitios de labor sumaban 1,563. Bayamo, como Jiguaní, caracterizábase, comparado con Santiago, por su alta proporción de población blanca, la condición libre de la gran mayoría de su población mestiza y negra, el cortísimo número de peninsulares y el hecho de no ser absentistas sus ganaderos, hacendados y terratenientes. Estos administraban directamente sus fincas y mantenían con sus trabajadores, tanto libres como esclavos, con quienes convivían, relaciones de tipo humano, no las puramente económicas de señor y siervo, como ocurría en las zonas intensamente esclavistas. El trato frecuente y el conocimiento personal con un cierto carácter familiar o patriarcal no existente en las jurisdicciones de densa población esclava, suavizaban las condiciones de la servidumbre.

(1) CARLOS REBELLO, obra citada, pág. 107.

9-052 41 412956
Gué

Con terrenos bajos a lo largo del litoral, llanos en el centro, quebrados y montañosos al sur —extensa parte de la Sierra Maestra— Manzanillo, jurisdicción con una larga línea de costas, contaba 26,489 vecinos en 1862. De los mismos, 13,675 eran blancos; 11,093 negros y mestizos libres; y sólo 1,713 esclavos de los dos sexos y de todas las edades, varios centenares de ellos de menos de cinco años. La composición de la población manzanillera era, según puede apreciarse, muy semejante a la de Bayamo. Exceptuábase la diferencia de contar Manzanillo con una cifra más elevada de peninsulares, 572, a virtud de ser puerto de mar su cabecera, el poblado de Manzanillo. El comercio de esta plaza importaba efectos de todas clases para su propia jurisdicción y las de Bayamo y Jiguaní, y exportaba los de las tres jurisdicciones. Dicho comercio ejercía, a la vez, la función económica de financiar o refaccionar la producción en toda la vasta zona que tenía su comunicación con el exterior por Manzanillo. La economía manzanillera mostraba —aparte del comercio importador y exportador— alguna diferencia, no muy marcada, con la de Bayamo. Los ingenios eran pocos, varios de ellos de vapor. Sumados a los trapiches operados por bueyes, formaban un total de 26 fábricas de azúcar, que en 1860 producían unas 1,420 toneladas largas. Las haciendas de crianza y los potreros sumaban 311 con unas 57,000 cabezas de ganado. Las estancias y los sitios llegaban a 1,360. Las vegas de tabaco, principal diferencia de la economía manzanillera con la de Bayamo, alcanzaban a 821, ya que Manzanillo, con su mayor actividad comercial y las facilidades de exportación, era un mercado más amplio para el tabaco que Bayamo. Por la misma razón, en Manzanillo existían 8 algodones, 33 colmenares montados comercialmente, y algunas otras industrias: dos alambiques, 10 tejares y alfarerías, 2 tenerías y 6 caleras y yeseras. La proporción de la población esclava con respecto al total de los habitantes de la jurisdicción, era ligeramente más baja que la de Bayamo, pues no pasaba de 6%. En varios de los más importantes partidos de Manzanillo la esclavitud casi no existía. En el partido de Guá, al sur de la cabecera, colindante con el de Yaribacoa, en el que estaba situado en 1868 el ingenio con maquinaria de vapor de Céspedes, de un total de 3,359 vecinos, 1,254 eran blancos y 2,051 negros y mestizos. Los esclavos sólo sumaban 54, de ellos 39 varones de todas las edades. En el partido de Vicana o Bicana, colindante con Guá, de sus 2,484 vecinos, enumerados en su gran mayoría como mestizos, los esclavos de uno y otro sexo y de todas las edades, sólo llegaban a 33. Finalmente, en el partido de Yara, con 4,312 vecinos —3,088 blancos, 1,041 mestizos y 73 negros— el censo sólo incluía 110 esclavos de uno y otro sexo, de todas las edades.



Yaribacoa, Guá, Vicana y Yara eran partidos en los cuales tenían sus tierras las familias de Carlos Manuel de Céspedes, Bartolomé Masó, Jaime Santiesteban, Manuel Calvar y otros terratenientes que se alzaron en *La Demajagua*, más los ingenios pertenecientes a Francisco Vicente Aguilera. En esos mismos partidos se sublevó prácticamente casi toda la población rural, se libraron las primeras escaramuzas de la guerra, y se organizaron las primeras "partidas" por los hermanos Marcano y otros jefes, partidas con las que Céspedes ocupó Barrancas y se apoderó de Bayamo. Las evidencias históricas ponen de manifiesto que la economía manzanillera como la de Bayamo, no se asentaba sobre el trabajo esclavo. La cuestión de la esclavitud no era un problema que preocupase la comunidad local, ya que la esclavitud, de hecho si no de derecho, estaba si no totalmente extinguida, próxima a la extinción.

Lindante con Camagüey por el oeste, de cuyos extensos potreros la separaba en gran parte el río Jobabo; por el norte con el mar; por el este con Holguín, y por el sur con Bayamo, la jurisdicción de Tunas, llana en casi su totalidad, con parte baja y pantanosa al sur, hallábase en una estratégica posición entre Oriente y Camagüey, cubierta de bosques en su mayor extensión en 1868. Muy escasa su población, reducíase a unos 6,825 vecinos, según el censo de 1861. De ellos, 4,089 eran blancos, 2,251 mestizos y negros libres, y 480 esclavos de uno y otro sexo, en casi igual proporción, 7% de la población total. En la parte meridional, el partido de *Cabaniguán*, donde se hallaban varias grandes haciendas ganaderas de Francisco Vicente Aguilera, contaba con 3,393 vecinos: 2,333 blancos, 845 mestizos y negros libres, y sólo 215 esclavos —6%—, varones y hembras, de todas las edades. Los vecinos peninsulares de Tunas sumaban 180, la mayoría canarios, con 32 mujeres inclusive. La economía de Tunas era primitiva, pastoral. De la vasta extensión de sus tierras, muchos miles de caballerías, sólo 94 se hallaban en cultivo. Existían dos trapiches pequeños, 204 haciendas de crianza y unas 340 estancias o sitios. Las cabezas de ganado, única riqueza de Tunas en la época, sumaban 57,000, cifra igual a la de Manzanillo. A causa de su gran extensión y de hallarse casi despoblada, era una zona divisoria entre Camagüey y Oriente. La cabecera, el poblado de Tunas, sobre el camino central de la Isla, era una población estratégica en la paz, llamada a serlo mucho más en la guerra: lugar de descanso, aprovisionamiento y base de operaciones entre Camagüey y Oriente. Centro de una red de comunicaciones en el extenso territorio de su jurisdicción, el poblado de Tunas comunicaba por un camino real con Manatí, puerto en la costa septentrional.

En la parte norte de Oriente, extendida entre las tierras tuneras y las de Baracoa, existía otra extensa y muy importante jurisdicción con carácter propio: la de Holguín. La población holguinera alcanzaba un total de 52,123 habitantes, distribuidos en diez partidos. El más poblado era el de Gibara, cuyo puerto servía de salida de Holguín al mar. Los demás contaban todos con casi igual número de vecinos. La gran mayoría de éstos, 40,572, pertenecía a la raza blanca; 7,027 eran mestizos y negros libres, y 4,249 esclavos de los dos sexos, 8.5% de la población total. Los vecinos oriundos de provincias españolas eran proporcionalmente más numerosos que los de cualquiera otra jurisdicción de Oriente. Los peninsulares sumaban 1,292 con 41 mujeres, y los canarios 2,289, entre los cuales se contaban 464 mujeres. Constituidos en familias, los habitantes canarios eran labradores casi todos, establecidos en sitios de labor y vegas de tabaco. La producción de artículos alimenticios, inclusive granos, era abundante, especialmente el plátano y otras "viandas", e imprimía a la economía holguinera un carácter particular que se ha mantenido en cierta medida hasta nuestros días. La organización económica estaba integrada por 83 ingenios y trapiches, 378 haciendas de crianza y potreros, unas 3,000 estancias y 600 vegas de tabaco. En posición céntrica en su jurisdicción, la ciudad de Holguín se comunicaba con su puerto de Gibara —"una España chiquita", según se solía llamarla, a virtud de su mucho comercio español—. Holguín era centro de irradiación de caminos vecinales a sus diez partidos, y de otros que conducían a Tunas, Bayamo, Jiguaní y Cuba, jurisdicción esta con la que se comunicaba con relativa facilidad. Varios de esos caminos se enlazaban con el camino real de la Isla. La cabecera de la jurisdicción, la ciudad de Holguín, contaba unos 5,000 vecinos. Seguía en población urbana a Santiago, pero muy atrás. La baja cifra relativa de población de la cabecera, pone de manifiesto que la gran mayoría de los habitantes de la jurisdicción residía en caseríos y en los campos, aparte de la población de Gibara. El carácter rural de la población holguinera contrasta con el alto tanto por ciento de la población urbana de la jurisdicción de Cuba, puesto que la ciudad de Santiago contaba con algo más de 31,000 vecinos, cerca del 33% de los de la jurisdicción, mientras que los 5,000 de la ciudad de Holguín no llegaban al 10%.

En Oriente existían otras dos jurisdicciones, Baracoa y Guantánamo. Aislada en su vasta y casi despoblada región montañosa del extremo oriental de la Isla, dependiente casi sólo de la comunicación marítima, la jurisdicción de Baracoa contaba con 11,285 vecinos, 4,905

blancos, 4,791 negros y mestizos libres, y 1,581 esclavos, 14% de la población total, cifra mucho más alta que las correspondientes a las cinco jurisdicciones del oeste del Departamento Oriental. La economía baracoense era extremadamente pobre. Se producía para la alimentación casi exclusivamente. Hasta la ganadería alcanzaba muy escaso desarrollo.

Jurisdicción muy importante, Guantánamo no requiere una descripción minuciosa. De su población total, unos 19,000 vecinos, sólo 4,331 eran blancos, 5,643 mestizos y negros libres, y el grupo mayor, 8,645, esclavos, el 44%. Guantánamo superaba a la jurisdicción santiaguera en la alta proporción de los esclavos. Por lo demás, su organización económica se asemejaba a la de la jurisdicción de Cuba. La producción guantanamera estaba más acentuadamente industrializada que la de Santiago, a base de los mismos productos destinados a embarques fuera de la jurisdicción: azúcar, café y tabaco. Los ingenios y trapiches alcanzaban a 25, no pocos de los primeros con buena maquinaria desde el primer tercio del siglo; los cafetales, a más de 80; las vegas de tabaco, a 625. Las estancias y los sitios de labor eran excepcionalmente pocos; la ganadería, escasa, en 150 haciendas y potreros. Los hacendados contaban ya desde 1857 con un ferrocarril, construido a un costo de \$ 358,444, con capital reunido por acciones entre ellos mismos. Unía el poblado de Santa Catalina de Guaso con la Caimanera, para la exportación de azúcar, café y tabaco. El tipo capitalista de la economía guantanamera había conducido, más marcadamente aún que en Santiago, a la existencia de una fuerte mayoría de población negra y mestiza, cerca del 73%, en la cual los esclavos se hallaban en la más alta proporción (1). Hay evidencias históricas de que en los primeros años de la década 1860-1870 continuábase aún la introducción de negros "bozales" del Africa en Guantánamo. El contraste de Guantánamo con las jurisdicciones de Jiguaní, Bayamo, Manzanillo, Tunas y Holguín en cuanto a la composición de la población y el carácter de la economía, es muy significativo. Las consecuencias históricas de ese hecho fueron muy marcadas en la guerra desencadenada por el alzamiento iniciado en *La Demajagua*. Guantánamo fué un baluarte del régimen colonial.

En resumen, el Departamento Oriental sumaba en los años inmediatos a 1868, según las compilaciones estadísticas de 1861 y 1862, con algo más de 264,000 habitantes, divididos en las dos grandes secciones ya indicadas, la occidental y la oriental. Las cinco jurisdicciones de la parte occidental, Jiguaní, Bayamo, Manzanillo, Tunas y Holguín, reu-

(1) Guantánamo contaba con 2 esclavos por cada habitante blanco de todas las edades.

nían 137,000 habitantes en números redondos; las tres de la parte oriental, Santiago o Cuba, Guantánamo y Baracoa, contaban 127,000 (1). La composición de la población en las tres jurisdicciones del este era marcadamente distinta de la del oeste del Departamento. Las cinco jurisdicciones del oeste registraban en total 87,385 blancos y 38,911 mestizos y negros libres, o sea algo más de 126,000 habitantes libres. Los esclavos eran sólo unos 9,200, 7% del total de la población. Las tres jurisdicciones del este, Cuba, Guantánamo y Baracoa, sumaban 37,979 blancos y 46,276 mestizos y negros libres, es decir, un total de 84,205 personas libres. Los esclavos eran 49,669, el 39% de la población total. La conspiración para la lucha contra España se inició en las cinco jurisdicciones del oeste, de fuerte mayoría de población blanca y de color libre. Dicha conspiración se desarrolló con mayor facilidad, intensidad y amplitud en esas cinco jurisdicciones que en las tres del este de Oriente, y que en cualesquiera otras de la Isla. Así mismo, la insurrección estalló y se propagó rapidísimamente en las cinco jurisdicciones, ya dichas de Bayamo, Manzanillo, Jiguaní, Tunas y Holguín, las cuales estaban llamadas a sostener el mayor peso de la guerra hasta el final. En la jurisdicción de Cuba, se insurreccionó con rapidez y en masa la parte de la población libre blanca y negra residente en los partidos rurales, situados al norte de la Sierra que separa la ciudad de Cuba del interior de Oriente, Jutinicú, Palma, Enramada y Yaguas, los más alejados de Santiago, ciudad de la cual se sumaron a la insurrección numerosos jóvenes blancos de nivel de instrucción algo más alto que el de la mayoría de la juventud santiaguera de la época. La población campesina blanca y los mestizos y negros libres de los partidos mencionados tomaron pronto las armas. A su vez, los comerciantes españoles de la ciudad y los hacendados y cafetaleros, reaccionaron desde el primer momento en contra de la sublevación. En Guantánamo, la reacción anti-revolucionaria fué más marcada aún. A Guantánamo, como a buena parte de la jurisdicción de Cuba, el partido de El Cobre en primer término, a los insurrectos les fué necesario llevar más tarde la guerra a sangre y fuego. El temor a la destrucción de una riqueza basada en la esclavitud, y el miedo a la numerosa población libre y esclava de color, se opusieron con energía a la insurrección comenzada en *La Demajagua*, extendida a todo el oeste de Oriente y la parte norte de la jurisdicción de Cuba. Un pasado esclavista se levantó en El Cobre, en algunas otras partes de Santiago y en Guantánamo, así como en las ciudades costeras de Manzanillo y Gibara, frente a la decisión de luchar

(1) Oriente contaba con 23.1% de población urbana y 76.9 rural. Las cinco jurisdicciones del oeste oriental, 15.8 de gente urbana y 84.2, rural.

por la independencia y la libertad de la población libre de las cinco jurisdicciones occidentales del Departamento, de la parte norte de la de Cuba, en las que blancos y negros convivían en paz. Los nueve mil y tantos esclavos de las cinco jurisdicciones sublevadas ⁽¹⁾, entre los cuales no pasaban de tres o cuatro mil los que eran hombres adultos en plena capacidad de trabajo, no pesaron en las determinaciones de sus propietarios blancos, en cuanto a detener a éstos en su lucha contra la metrópoli. Los impulsos y el ansia de reivindicaciones que lanzaban a dichos propietarios a la guerra libertadora, eran irresistiblemente avasalladores. El estrecho egoísmo de continuar aprovechándose del trabajo esclavo, aprovechamiento en radical contradicción con las aspiraciones profundas a la independencia y a la libertad de Céspedes y sus compañeros, carecía de fuerza bastante para mantener la sumisión de éstos al régimen colonial que detestaban y se hallaban decididos a destruir. En un arranque de fervor revolucionario, los propietarios no sólo libertaron, de hecho, sus esclavos. Hicieron algo de más transcendental importancia: los incorporaron o les permitieron incorporarse en condición de hombres libres a la revolución. De esa manera, les facilitaron poder elevarse desde el mismo día 10 de Octubre a la alta dignidad de libertadores.

La insurrección en Oriente fué, según las evidencias históricas expuestas, un alzamiento de gente libre, blanca, mestiza y negra, en una gran mayoría, de población rural. A esa insurrección arrastraron desde su inicio, como habrían de hacerlo progresivamente en mayor número a medida que fué siendo posible, a todos los esclavos que libraban de sus cadenas. Separados al estallar la insurrección los tres sectores integrantes de la población cubana —blancos, mestizos y negros libres, y esclavos— cada sector tuvo al principio una función y una posición algo distintas. La guerra estaba llamada a borrar gradualmente esa diferencia.

Históricamente, no hay duda alguna de que los hombres que iniciaron la conspiración en Oriente desde 1867 y los que hicieron estallar la insurrección en *La Demajagua* el 10 de Octubre de 1868, eran personas pertenecientes al sector blanco de la población de las cinco jurisdicciones del oeste y de parte de la de Cuba. Sumaba ese sector del oeste 88,000 habitantes blancos en números redondos según se ha dejado expuesto. Incluíanse entre ellos un cierto número de españoles y otro cierto número de cubanos de los centros urbanos que no se sumaron al movimiento revolucionario. Al lanzarse a la guerra, los insurrectos de ese sector blanco asumieron, por la posición superior en que

(1) 6.9% de la población total de los mismos.

se hallaban, la dirección de la guerra y echaron sobre sí una inmensa carga de responsabilidades. Todo fué sacrificado: familia, posición social, bienes materiales, la vida misma, con una resolución insuperable. Los terratenientes, ganaderos, hacendados y gente campesina blanca dedicada ésta a la sitiería, tomaron las armas por la independencia y la libertad con la conciencia de que Cuba era su tierra por derecho natural de nacimiento. Los españoles, a juicio de los insurrectos, carecían de todo arraigo válido en la isla, en razón de ser un corto número de dominadores, y, esencialmente, a virtud del hecho de que los peninsulares no labraban el suelo ni lo hacían producir. Dispuestos a sacrificar cuanto poseían, en una guerra que la historia de las ex-colonias españolas enseñaban que habría de ser acaso la más cruenta de las guerras de independencia de las Américas, hombres como Francisco Vicente Aguilera, Carlos Manuel de Céspedes, Pedro Félix y Luis Figueredo, Bartolomé Masó, Donato Mármol, Manuel Calvar, Calixto García, Vicente García, Julio y Belisario Grave de Peralta y otros muchos terratenientes, ganaderos y hacendados que tomaron las armas desde los primeros días del alzamiento, se destacaron por su temple moral, y figuraron en primera línea, blanco del odio de los integristas. La historia ha de hacer constar que junto a jefes y directores, hombro con hombro, compartiendo los más cruentos sacrificios, estuvo la masa anónima, campesina mayormente —hombres y mujeres, ancianos y niños— que abonó con su sangre, sus huesos y sus lágrimas los campos asolados de Cuba Libre. La participación de la mujer, de la familia íntegramente, en la lucha, dió a la insurrección el carácter de un alzamiento general. Historiadores peninsulares como *Antonio Pirala* y el acérrimo adversario de los cubanos separatistas *Justo Zaragoza*, reconocen en sus obras, lo mismo que numerosos militares españoles participantes en la guerra, la abnegación de las mujeres cubanas y el carácter de insurrección total del alzamiento. “Acostumbrado a la vida trabajosa de sus casi des pobladas montañas, el oriental acogió la idea de la revolución con ansia frenética. Se agrupó en masa al pie de la nueva bandera y la sostuvo en alto. Tuvo la intuición de la catástrofe. Comprendió que el sacrificio habría de ser completo, y desde el primer momento en que empuñó las armas abandonó sus propiedades, contempló impávido cómo el enemigo le incendiaba su hogar o lo redujo a pavesas él mismo, no preguntó por la forma del naciente gobierno y admitió tácitamente la jefatura del hombre audaz que dió en *La Demajagua* el grito de independencia y libertad (1).

(1) COLLAZO, ENRIQUE. *Desde Yara hasta el Zanjón. Aportaciones históricas*. 2ª edición, La Habana, 1893, pág. 6.

Con respecto a la participación de la mujer en la guerra, el historiador Pirala transcribe en sus "Anales de la Guerra de Cuba" opiniones que enaltecen a las cubanas justicieramente. "Las mujeres", consignó Pirala, "son las que han hecho la insurrección de Cuba. Ellas, si no fueron las primeras en sentir los impulsos de la dignidad ultrajada, fueron las primeras en manifestarlo . . . Hablaban sin ambages, sin embozo y sin miedo; a nosotros (los españoles), de nuestros desmanes; a los suyos (los cubanos), de sus derechos desconocidos y de sus deberes. Antes de la insurrección se despojaron de sus joyas para cambiarlas por hierro. Después que estalló, como las matronas de Roma y de Esparta, le señalaban a los suyos el camino y les decían: "Allí está vuestro puesto". Y los seguían, compartían con ellos todos los azares de la lucha, todos los rigores de la intemperie. O para dejarlos desembarazados y expeditos, volvían a las ciudades, escualidas, casi desnudas, moribundas, viudas unas, otras con los huérfanos al pecho, secos por el hambre y las enfermedades. Habían visto también con los ojos secos, los cadáveres de sus esposos, de sus hijos . . . Y siempre firmes, decididas, haciendo en su interior votos fervientes al cielo por el triunfo de los suyos" . . . (1).

El segundo gran sector de los habitantes de Oriente, el de la población mestiza y negra libre, se sumó a la revolución desde el primer instante, con un impulso tan espontáneo, general y resuelto, como el de los insurrectos del sector blanco. Los hombres libres de la raza negra habían podido apreciar que la libertad civil de que gozaban no les había proporcionado un pedazo de tierra en el cual levantar un techo para su familia y cultivar algunos frutos para la subsistencia y el intercambio con el comerciante peninsular de los pueblos. La libertad civil no les había facilitado la manera de salir del estado de extrema pobreza en que vivían, similar al de la población blanca campesina pobre. Tampoco les había hecho avanzar en el camino de la equiparación, bajo la égida de una ley igualitaria, en un plano al nivel del hombre blanco. Pero la libertad civil les había proporcionado ciertos fundamentales beneficios que estimulaban en ellos la aspiración a adelantar más en el camino de su dignificación personal. Vivían con alguna independencia. Adquirían la variada preparación y la substancial experiencia que son frutos del trabajo libre, debido a la iniciativa propia. Habían podido también constituir sus familias, criar sus hijos bajo un techo en el cual cobijarlos, aún cuando fuese en la mayor pobreza. Estas eran ventajas sociales primordiales de las que el esclavo estaba privado totalmente. El trabajo independiente y la constitución de un hogar habían aumentado el sen-

(1) PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*, vol I, pág. 335.

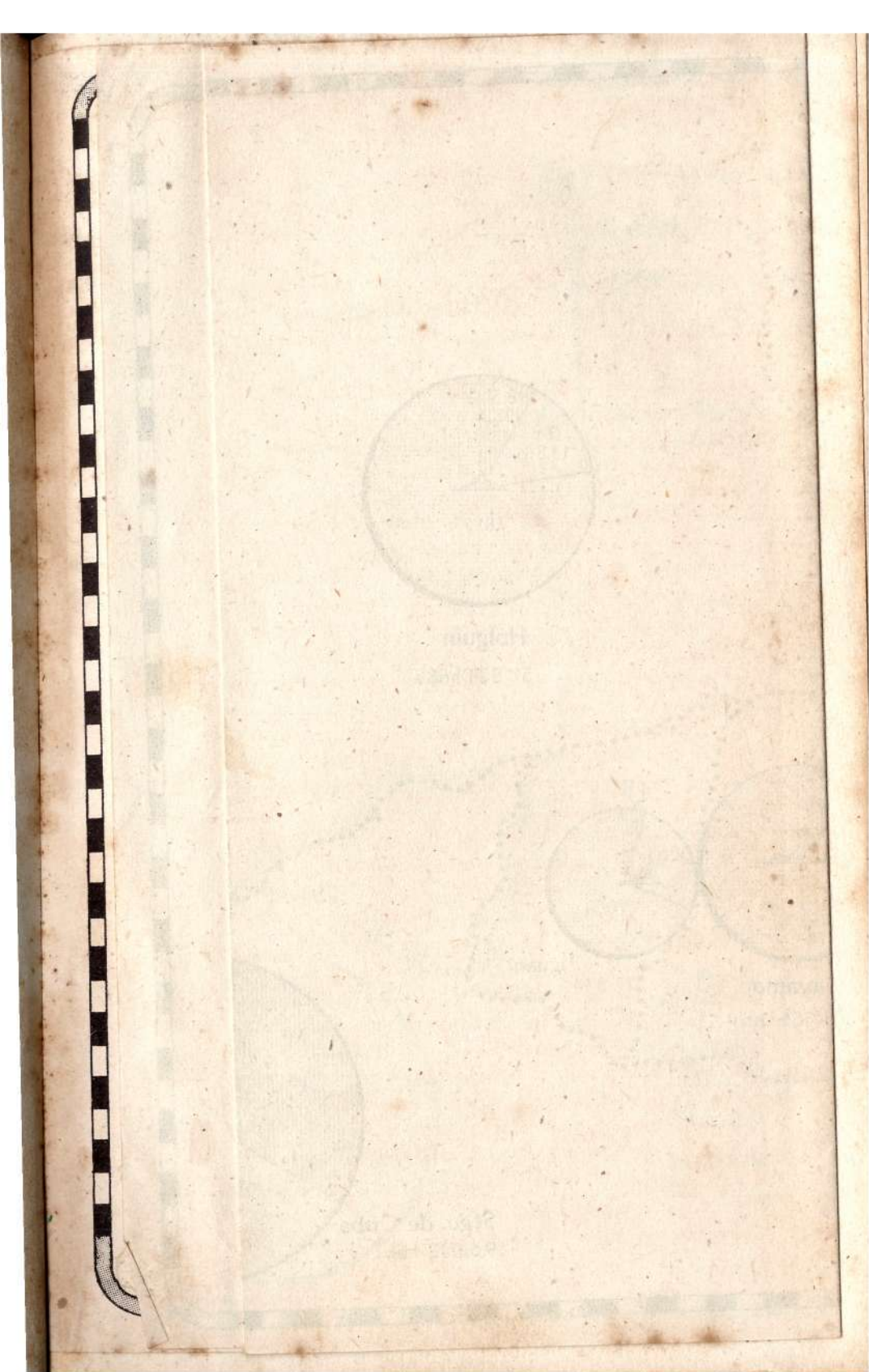
tido de la responsabilidad y elevado algo el nivel de vida en lo material y lo moral de la población de color libre, en términos que les permitían apreciar el largo camino aún por recorrer para sentirse en la plenitud de su libertad y su decoro. Debían ayudarse, ayudar a los suyos, ayudar a los esclavos a obtener su libertad, y estrechar sus relaciones, a base de mutuo respeto, con sus convecinos blancos más comprensivos y de menos prejuicios raciales, para ir juntos adelante. Respecto a este último particular, las evidencias históricas prueban que algunos hombres de color, en posición de poder lograrlo, tuvieron indicios de la conspiración revolucionaria que se tramaba en Bayamo y otros lugares, y apreciaron la excepcional oportunidad que una revolución para poner término a la dominación española les brindaba para luchar por sus propias reivindicaciones (1). Estas eran radicalmente incompatibles —así lo entendían los más inteligentes y preparados— con la existencia del régimen colonial, que les cerraba el camino a una vida mejor y más digna. Estaba en el interés de ellos, y esto concordaba con sus más profundos instintos y sentimientos, el tomar las armas para contribuir con todas sus fuerzas a destruir el odioso régimen, y a echar a España de Cuba. A virtud de lo expuesto y de otros varios motivos no menos poderosos, con más el hecho de que en 1868 la población mestiza y negra residía en su gran mayoría en las zonas rurales, en la condición ya dicha de aparceros y precaristas, arrieros y mozos asalariados, la insurrección comenzada en *La Demajagua* encontró, desde el primer instante de su estallido, resueltos, firmes e inquebrantables mantenedores, entre los 85,000 mestizos y negros libres de Oriente. De sus filas habrían de salir muchos de los más valerosos y aguerridos jefes y oficiales del Ejército Libertador. Antonio Maceo, en primer lugar; su hermano José, Flor Crombet, Guillermo Moncada, Francisco Borrero, Jesús Rabí, Agustín Cebreco... fueron grandes figuras representativas del sector de hombres libres de color, llamadas a destacarse en el curso de toda la guerra de los Diez Años, hasta el final. Como en el caso del sector campesino blanco, la historia no puede dejar de reconocer tampoco la capacidad de lucha, el espíritu de sacrificio y el indomable poder de resistencia de la masa anónima de la población mestiza y negra libre. En la historia cubana, la familia de los Maceo es un ejemplo altamente representativo. Todos sus miembros —hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos— pusieron al

(1) El Capitán General Lersundi, que asistía a los bailes de la gente de color en Guanabacoa, llamados "cunas", posiblemente con fines políticos, decía con respecto a la influencia de la clase terrateniente cubana culta sobre la población de color libre, que "este robusto pilar en que se fundaba el poder de España" había sido minado diabólicamente en su base por la propaganda separatista, "aspirando a la igualdad... por lo cual son hoy de fidelidad dudosa". PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*, vol I, págs. 240-241.

servicio de la causa de la independencia desde el día del estallido de la insurrección el 10 de octubre de 1868, hasta el día en que se disparó el último tiro en la guerra, con posterioridad a la Protesta de Baraguá. Pero es una evidencia histórica que muchos miles de familias negras lucharon y murieron oscuramente en la misma forma por la libertad de Cuba, con un objetivo en el que iban envueltas, más o menos claramente vistas y apreciadas en toda su importancia, sus propias reivindicaciones. La guerra, además, les permitió vivir desde el momento de su estallido, en condiciones más ventajosas que en la paz del coloniaje, y en igualdad fundamental con los blancos.

Arrastrados y lanzados a la lucha inicialmente por sus amos, y después por los insurrectos todos, blancos y negros, los esclavos no pudieron proceder por sí ni discernir las cosas en la horrible situación en que vivían. Sus cadenas tuvieron que ser rotas violentamente por la revolución para que pudieran llegar a sumarse a ésta, como se dejó expuesto ya en otro lugar. En cada caso en que esto fué un hecho, dominados los antiguos siervos por un ansia instintiva de libertad, pelearon y murieron por la independencia. En la guerra habrían de prestar toda clase de servicios. Unos serían soldados, principalmente de infantería; otros, convoyeros, forrajeadores, agricultores en los lugares más apartados. Realizarían también diversas labores en los improvisados campamentos y talleres establecidos por la revolución en campos, bosques y serranías. Ayudarían de esa manera a sostener la lucha hasta el último extremo, para alcanzar, como justa retribución de su oscura labor heroica, la condición superior de hombres libres y de libertadores. Con más motivo que para los hombres de color libres, la guerra, al libertar el esclavo en los campos, mejoró su condición material y lo puso en camino de la dignificación personal y la igualdad esencial con el blanco.

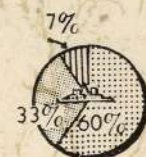
Diversos los tres mencionados factores de la población de las jurisdicciones orientales en 1868, la revolución los acercaría, los compenetraría y los fundiría poco a poco, en la encendida fragua de la guerra, en un plano de igualdad, dentro de los cuadros del Ejército Libertador. Unidos en la lucha por una causa común y un común sacrificio, en corto tiempo los libertadores orientales llevarían la guerra, con su ejemplo y su incitación, a las zonas esclavistas azucareras y cafetaleras de Cuba y Guantánamo, pese a todos los obstáculos y la firme oposición militar española. Arrastrarían el Camagüey a la revolución, vencidas las vacilaciones de los terratenientes azucareros y ganaderos de los partidos de Caonao y Maraguán, que tuvieron por personalidad representativa a Napoleón Arango. El incendio revolucionario se extendería poco después a todas las regiones de las Cinco Villas, en particular y con mayor



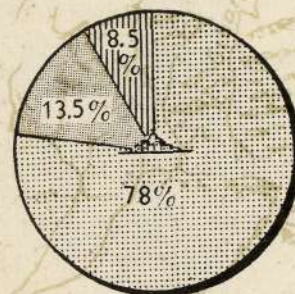
Composición de la población de Oriente, por jurisdicciones, al comienzo de la Guerra de los Diez Años

Población
blanca
 de color
libre
 de color
esclava

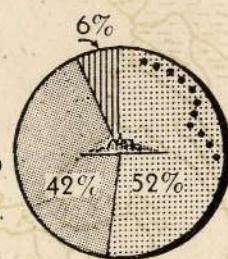
Escala 0 10 20 30 Km



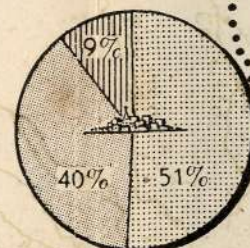
Las Tunas
6.820 hab.



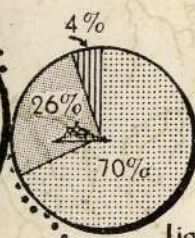
Holguín
51.828 hab.



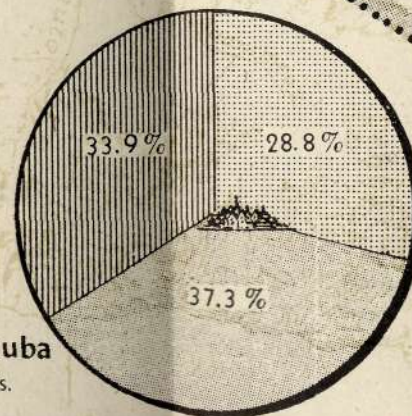
Manzanillo
26.431 hab.



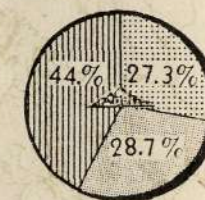
Bayamo
33.555 hab.



Jiguani
17.814 hab.



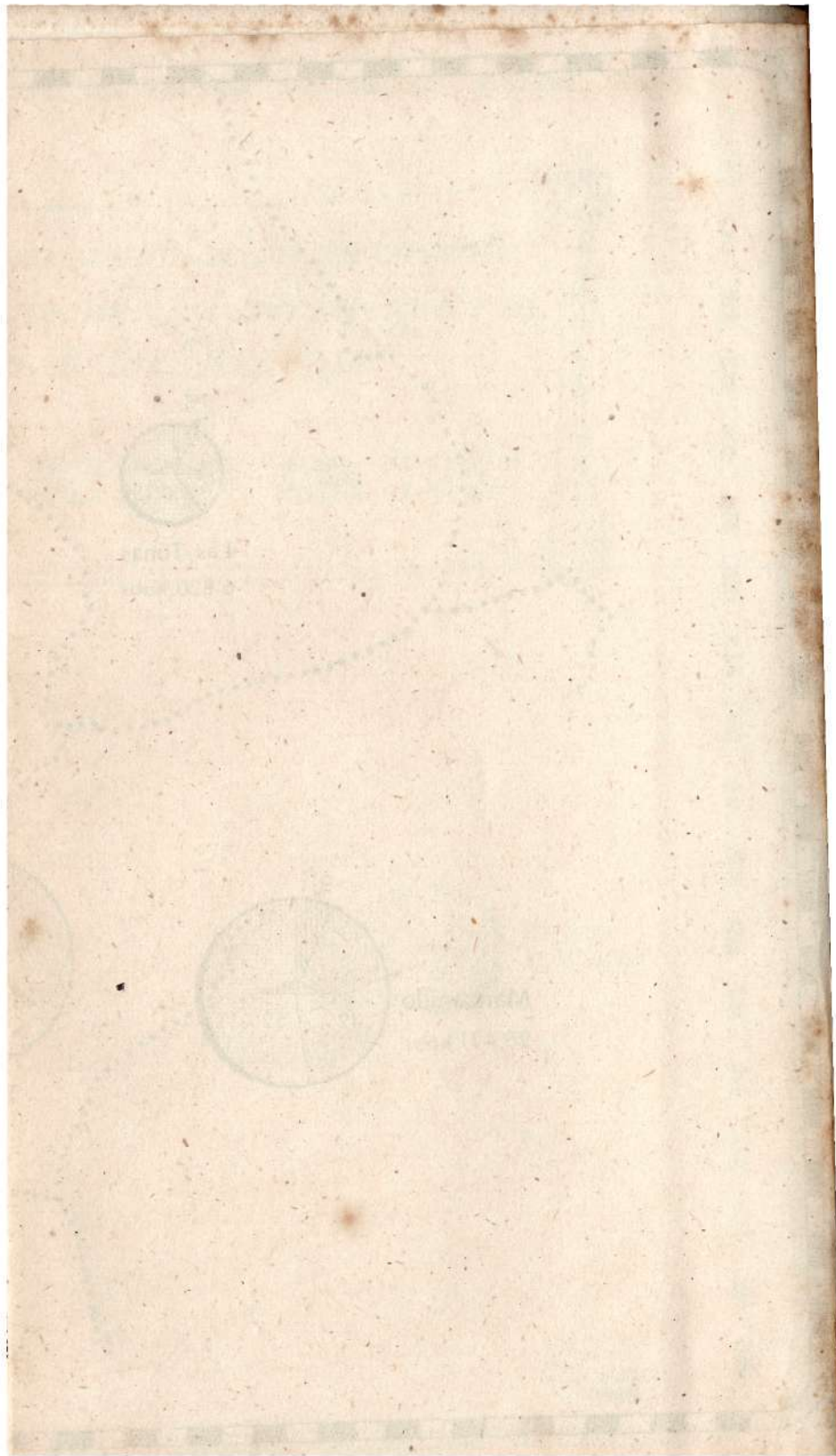
Stgo. de Cuba
96.028 hab.



Guantánamo
19.619 hab.



Baracoa
11.277 hab.



fuerza en aquellas zonas donde existían condiciones un tanto similares, en cuanto a la composición de la población y al poco peso económico de los esclavos, a las prevalecientes en la mitad occidental del Departamento de Oriente. Finalmente, estimularían siempre con su ejemplo, y llevarían a su más alto nivel el fervor revolucionario de gran parte de la más entusiástica juventud ilustrada y de los desengañados hombres maduros del Departamento Occidental, donde radicaba la mayor fuerza de la metrópoli en Cuba, con el mayor número y la mayor riqueza de los peninsulares.

CAPÍTULO III

EL MANIFIESTO DEL 10 DE OCTUBRE POLITICA DE CESPEDES

El alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes el 10 de Octubre en *La Demajagua* fué un acto de extrema audacia. No cabe pensar, sin embargo, que fuese impremeditado. Las evidencias en sentido contrario son concluyentes.

En 1868, Céspedes era hombre entrado en años, con una larga experiencia profesional en el ejercicio de su carrera de abogado. Había desempeñado diversas funciones públicas en Bayamo, y tenía a su cargo el manejo y la administración de sus cuantiosos bienes de hacendado, ganadero y terrateniente. Jefe de una antigua y numerosa familia, pesaban sobre él grandes responsabilidades. En la comunidad donde vivía radicaban sus intereses materiales y morales. Recibida su enseñanza primaria en su ciudad natal de Bayamo, su bachillerato lo había cursado en la Habana. Casado en 1839 con su prima María del Carmen Céspedes, en 1840, a los 21 años de edad, emprendió viaje de estudios a Europa. En Barcelona siguió cursos de Derecho en la Universidad, pasó a Madrid, y obtuvo el título de Licenciado en Leyes. Cumplidos dos años de residencia en España, viajó por Francia, Italia, Alemania e Inglaterra, durante otros dos. Retornó a Cuba y se estableció en Bayamo, en 1844. De espíritu cultivado y aficionado a las bellas letras, colaboró en periódicos y revistas a poco de su regreso a Cuba, sin alcanzar verdadera reputación literaria. En Bayamo y Manzanillo, el círculo de sus relaciones sociales fué muy extenso, ampliado a otros lugares de Oriente, Camagüey y la Habana. Una vida social activa en Bayamo y Manzanillo, lo colocó en la posición de una personalidad distinguida, respetada e influyente entre sus convecinos bayameses y manzanilleros (1).

Un adolescente todavía en los primeros años de la década de los treinta, durante el gobierno de Tacón, y un jovenzuelo cuando se produjeron la escisión del general Lorenzo en 1836, el distanciamiento pri-

(1) CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL. *Carlos Manuel de Céspedes*. París, 1895. PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Céspedes. El padre de la patria cubana*. Madrid, 1931.

mero y el rompimiento después entre la alta sociedad criolla y la juventud liberal habanera y Tacón, el extrañamiento de Saco y la no admisión de los diputados cubanos en las Cortes en 1837, no hay evidencia histórica de que Céspedes fuese impresionado por ninguno de dichos acontecimientos. Ausente de la Isla en los primeros cuatro años de la década de los cuarenta, corto período en el que se completó el planteamiento de los grandes problemas políticos, económicos y sociales iniciados desde el mando de Vives, inclusive los muy agudos de la esclavitud y los de la génesis del anexionismo, Céspedes no tuvo oportunidad de intervenir ni de verse mezclado en ellos. Sus ideas políticas tuvieron como primero y más sólido fundamento, sus estudios y observaciones en Europa, y las influencias por él recibidas en España, Francia y Gran Bretaña principalmente, de los 21 a los 25 años de edad.

Durante el período formativo de sus estudios de Derecho en Barcelona y en Madrid, y de su recorrido, ya graduado, por los países europeos antedichos, el sistema político impuesto a la Europa continental por la Santa Alianza conservaba gran parte de su fuerza, apuntalado por el más señalado sostenedor y mantenedor del mismo, el Príncipe Metternich, no obstante estar siendo reciamente batido en brecha por los liberales de todos los matices. La democracia y el liberalismo, a la manera británica, irradiaban lenta e irresistiblemente de Inglaterra a los países vecinos del Continente. Sumadas las fuerzas democráticas y liberales a las del industrialismo, en vigoroso desarrollo a partir de la Revolución Industrial en Gran Bretaña, y a las del Romanticismo, que ganaba terreno en el campo de las letras y las artes, amenazaban de demolición la todavía imponente estructura que Rusia, Prusia y Austria habían logrado hacer prevalecer en el Congreso de Viena en 1815. Lentamente minado en sus cimientos, el sistema de la Santa Alianza comenzaba a ceder el paso a las grandes transformaciones políticas, económicas y sociales llamadas a cambiar en gran parte la faz de Europa en la segunda mitad del siglo, particularmente a partir de la revolución de 1848.

Diez años antes de la llegada de Céspedes al Viejo Mundo, la sacudida revolucionaria de 1830 en Francia, había puesto término al reinado de Carlos X, sustituido por Luis Felipe, el llamado "rey burgués". El cambio de dinastía significó la transferencia del poder y de la dirección de la política económica en Francia, de la aristocracia a la clase media. El pueblo francés empezaba a sumarse más acentuadamente a la corriente del liberalismo. Significativamente, el título tradicional de "Rey de Francia y de Navarra" se sustituyó por el de "Rey de los

Franceses", y la expresión absolutista, "por la gracia de Dios", se limitó y complementó con la frase "y la voluntad de la nación" (1).

No obstante que eran reciamente combatidas, las ideas liberales ganaban terreno con la organización y aparición de diversos grupos republicanos, de socialistas radicales dirigidos por Luis Blanc, y de anarquistas partidarios de las ideas de Proudhon. Céspedes pudo darse cuenta, seguramente, de la efervescencia de las ideas en Francia, a la cual contribuía la mayor libertad de expresión que las corrientes renovadoras se iban asegurando en París y algunos centros industriales franceses. En la misma España, el joven cubano tuvo ocasión de observar de cerca en Cataluña la intensa agitación de los amigos y partidarios de Espartero, señaladamente del General Juan Prim, en lucha abierta con los elementos de la extrema conservadora, acaudillados por el General Narváez, con el apoyo de la reina Isabel II. Existe la versión, acaso un tanto exagerada de que Céspedes mantuvo estrechas relaciones de conocimiento y amistad con Prim, y que hubo un momento en que se sintió inclinado a tomar parte en las luchas político-revolucionarias españolas con el citado general. No llegó a hacerlo, y sea como fuere, en Inglaterra, posteriormente, estuvo en condiciones de apreciar el liberalismo de la época victoriana en plena acción. El contribuyente no estaba obligado al pago del impuesto si no había tenido voz y voto en la discusión y aprobación del mismo, por medio de sus representantes. Práctica era esta de honda raigambre, desde los lejanos tiempos de la Carta Magna, a semejanza de como estuvo arraigada en la tradición española de las Cortes, con anterioridad a los Reyes Católicos. El joven observador bayamés pudo ver, y sin duda vió en operación, los derechos fundamentales de libertad de reunión y de expresión. Supo, asimismo, de la fuerza de la representación nacional en asambleas legislativas revestidas con amplios poderes, fundamental libertad británica firmemente establecida y respetada. En los años de su visita, la Ley de Reforma de 1832 y el "Compromiso Victoriano" del mismo año, hacía diez que estaban en vigor. Observador estudioso, Céspedes se halló en condiciones de advertir y apreciar los saludables efectos de la libertad, en el régimen substancialmente democrático, de un país ordenado, pacífico y próspero.

En 1844, año del regreso de Céspedes a Cuba, habían comenzado ya muy malos y agitados tiempos en la Isla. Estimulado por Turnbull, el movimiento antiesclavista, en marcha desde 1840, se había intensi-

(1) HAYES, CARLTON J. H. *A Political and Cultural of Modern Europe*, volumen II, *A Century of Predominantly Industrial Society, since 1830*. The MacMillan Co., New York, 1939. pág. 71.

ficado. Las sublevaciones de los esclavos, al frustrarse sus esperanzas de liberación, habían traído los horrores de la Conspiración de la Escalera. La desastrosa crisis económica de 1846-1847, precipitó la ruina de los cafetales. Las conspiraciones revolucionarias y las tentativas anexionistas de la época, promovieron las expediciones de Narciso López a Cárdenas y a Pinar del Río. Las grandes preocupaciones, el descontento y las amenazas constantes de rebelión, se hacían sentir con fuerza creciente, en una colonia gobernada despóticamente, sin libertades y sin garantías de seguridad, bienestar y paz de ninguna clase. El contraste debió de ser muy fuerte para Céspedes. En total inconformidad con el régimen colonial, no más tarde de 1851 y 1852, era ya perseguido por la autoridad española.

Considerado no sólo desafecto, sino marcadamente hostil a la metrópoli, sufrió penas de extrañamiento a Palma Soriano y Baracoa, y de reclusión a bordo de un navío en la bahía de Santiago de Cuba. Establecido en Manzanillo después de su tercera condena en el año 1855, dedicóse a atender su bufete y al fomento de las propiedades rústicas de su familia. En esta última ocupación, adquirió experiencia en la ganadería y la administración, por corto tiempo, en su ingenio *La Demajagua*, uno de los pocos con maquinaria de vapor de la jurisdicción de Manzanillo, en 1868. En esos mismos años laboriosos, ocupó los cargos de "Síndico de los esclavos", función concejil destinada a la protección de éstos; de presidente de la Junta de Fomento Local y de Regidor del Concejo Municipal en diversos períodos, y miembro activo de la masonería. Fué, además, fundador, sostenedor y animador de las Sociedades Filarmónicas de Bayamo y Manzanillo, y asiduo participante en otras actividades sociales y culturales de la comunidad, de manera destacada y persistente. En julio de 1868, mes en que asistió a la primera junta de conspiradores por la independencia en San Miguel de Rompe, Céspedes era hombre de complexión robusta y gran vigor físico, sólida preparación, voluntad firme y disciplinada, dueño siempre de sí mismo, con la experiencia de una vida de estudio y variados trabajos, y de persecuciones sufridas a causa de sus ideas separatistas.

Al estallar la insurrección en 1868, las condiciones del Departamento Oriental, a la par que facilitaban el alzamiento en cinco jurisdicciones del mismo, hacían muy difícil la unidad del movimiento separatista y el poder dirigirlo rectamente al logro de su objetivo —la expulsión de España de la Isla—, dividido como se hallaba Oriente en ocho jurisdicciones casi aisladas y con marcadas diferencias las unas de las otras. España no tenía, aparentemente, más sostén en el Departa-

mento —soldados aparte— que el de la tradición, el respeto a la autoridad y la condición pacífica de la población cubana. Los cinco o seis mil peninsulares y canarios, con sólo una corta minoría de mujeres casi todas canarias, avecindados casi todos en los puertos, llenaban una mera función de distribuidores. Tenían a su cargo la compra y exportación de los productos del suelo y del subsuelo, conjuntamente con la importación y distribución de las mercaderías extranjeras. En 1868, los cubanos en condiciones de formar juicio sobre la situación general del país, no los consideraban creadores ni fomentadores de riqueza. Les imputaban, a la inversa, el acapararla en proporción excesiva con referencia a la labor social útil por ellos desempeñada en la comunidad. Eran mal vistos, en general, además, por el hecho de que constituían casi de manera total los grupos de “voluntarios”, organizados con el pretexto de contribuir a mantener el orden, para fines de dominación. El hecho de estar los peninsulares concentrados en los pueblos —Santiago de Cuba, Manzanillo, Guantánamo, Gibara— les resultaba conveniente en este sentido. Sin arraigo el peninsular en cuanto a la riqueza rústica, España no contaba con otro instrumento de dominación efectiva que el de la fuerza. Sus representantes en Oriente eran el comerciante, el cobrador de contribuciones, el soldado y el personal eclesiástico, que prestaba algún servicio a la población en la enseñanza, y mantenía con los vecinos las relaciones espirituales propias de su ministerio, a pesar de lo cual se le consideraba instrumento de sostén del régimen.

Aparte de lo que a la población se refiere, las condiciones generales del Departamento Oriental habrían de hacer la guerra extremadamente penosa y difícil, tanto para las fuerzas españolas como para los insurrectos. La diversidad geográfica regional y la escasez de comunicación entre las jurisdicciones, iban a ser tan desfavorables en cierta medida para la insurrección como para España. Eran un factor de localismo, llamado a obstaculizar la formación de un Ejército Libertador organizado sobre un pie estrictamente militar, bajo un mando único, dispuesto a operar con independencia de todo espíritu cantonal o de localidad. En segundo lugar, hacían prácticamente muy poco efectiva una jefatura central, tanto militar como civil, acatada y obedecida con igual espíritu de subordinación y disciplina en las ocho jurisdicciones orientales. El ejército español estaba libre de estas dos dificultades; tenía un mando único en la Isla y en Oriente.

General en jefe elegido por Manzanillo, secundado explosivamente en Jiguaní, y con alguna oposición en Bayamo, Céspedes no gozaba en las demás jurisdicciones de mayor influencia que la que le daba su gesto audaz de La Demajagua. En Santiago, Guantánamo, Baracoa,

Holguín y Tunas, contaba con pocas relaciones, hecha excepción del conocimiento personal de los delegados asistentes a las juntas de conspiradores de San Miguel y Muñoz. La elección que se hizo de Aguilera para presidir la junta directora de la conspiración en el curso de ésta, constituye prueba de que, ni aún en su jurisdicción nativa de Bayamo, era Céspedes la persona de mayor ascendiente entre sus conterráneos. Su autoridad iba a ser constantemente discutida en razón de sus condiciones personales, y a virtud de que falto Oriente de un centro populoso dominante, estratégicamente situado, como era la ciudad de Puerto Príncipe en Camagüey, en el Departamento Oriental no había ni podía haber personalidades cubanas verdaderamente representativas de toda la región. Las ventajas para la insurrección, dadas las condiciones prevalecientes, eran pocas: el cortísimo número de peninsulares en las poblaciones del interior; la ausencia casi total de los mismos en los campos, que privaba de confidentes y de guías de toda confianza a las tropas españolas; el completo conocimiento del terreno por los insurrectos; el decidido apoyo de la población campesina a éstos; y la carencia de caminos fácilmente transitables, más penosa para las fuerzas españolas que para los insurrectos.

Hombre de acometividad y de imperturbable valor, Céspedes hizo frente siempre con serenidad y firmeza a las más difíciles y peligrosas situaciones. Resuelto en el acometer, la impulsividad y la impremeditación no fueron señaladas nunca como rasgos salientes de su carácter, ni hay evidencias de que determinasen sus actos en ninguna situación de importancia. La decidida actitud de hacer estallar la insurrección a la mayor brevedad, manifestada por él desde la primera junta de conspiradores de San Miguel, reconoció por causa su firme convicción de que había llegado la hora de actuar de manera pronta y decisiva, en la situación precaria en que se hallaba la metrópoli. Las dudas y las vacilaciones de los representantes de Camagüey, fundadas en la falta de preparación para la guerra, compartidas por Aguilera y algunos otros orientales, no hicieron mella en el ánimo de Céspedes, ni le indujeron a variar de opinión. En la junta del Ranchón de los Caletones por él presidida, su actitud fué de expectante reserva. Observó el estado de irritación y de impaciencia por tomar las armas de los asistentes, y quedó convencido de que la vehemente apelación de Aguilera para que no se precipitase el alzamiento no había logrado hacerlos variar de parecer, no obstante el respeto que a todos inspiraba Aguilera y la consideración que de todos merecía. Los términos en que se produjeron Aguilera y los conspiradores presentes, plantearon una clara alternativa. Era ésta, si habría un aplazamiento de la insurrección, seguido del inevi-

table alzamiento de grupos aislados de los más impulsivos e impacientes, expuestos a ser fácilmente vencidos después de poner sobre aviso al Capitán General Lersundi y a todas las autoridades españolas; o si un jefe cubano con autoridad y prestigio asumiría el deber de afrontar la grave responsabilidad de provocar la insurrección. Céspedes se decidió en este último sentido. De ahí que iniciase personalmente, acompañado de treinta y siete insurrectos, la cruenta Guerra de los Diez Años.

Conocedor de España y de las guerras de independencia de la América, Céspedes no pudo dejar de prever la inmensa destrucción de vidas y propiedades, ni la pavorosa carga de sacrificios y sufrimientos de todo orden —físicos y morales— que caerían sobre el pueblo de Cuba, obligado a pagar al más alto precio de sangre, lágrimas y ruinas, su independencia y su libertad. La terrible crueldad y el fiero ensañamiento con que los españoles individualmente, en grupos, facciones y partidos se habían combatido los unos a los otros, en atroces guerras civiles de exterminio en su propio país, no muchos años atrás, eran bien conocidos. Preparábanse en España a continuar atacándose en la misma forma, de manera que era de colegir que una insurrección dirigida a poner término a la dominación española en Cuba, no se trataría de vencer de manera distinta por los gobiernos de la metrópoli. Lo indefectible habría de ser que procederían a procurar aplastar la insurrección cubana con el mismo implacable rigor puesto en práctica al producirse la de las antiguas colonias de la América, convertidas tras largos años de lucha feroz en repúblicas independientes. Frente a tan inexorable destino, Céspedes, el primer responsable de precipitar el inevitable conflicto, hallóse obligado a asumir personalmente el deber de dirigir la lucha hasta el final victorioso de la misma. Le fué inexcusable para ello, comenzar por desprenderse y desasirse de todo cuanto había sido la razón de ser de su existencia. Sus dos jóvenes hijos y otros familiares de los más allegados, quedaron incorporados a sus cortas fuerzas. Otorgó la libertad a sus esclavos y les abrió el camino de la revolución, en un plano de igualdad. Uno y otro hecho testifican que Céspedes aceptó como inevitable el sacrificio de su propia familia y de sus intereses materiales, consagrado por entero a la obra de liberación a que dió inicio el 10 de octubre.

Al adoptar tan graves y definitivas determinaciones, no se hallaba facultado previamente por una mayoría de sus conterráneos de Oriente, mucho menos de toda la Isla, para provocar la insurrección ni para dirigirla. Respecto del primer extremo, el hacer estallar la revolución, no abrigada dudas de que procedía de conformidad con el sentir gene-

ral de Oriente. Su decisión merecería la aprobación de la inmensa mayoría de los orientales. Confiaba ser secundado inmediatamente en Bayamo, Manzanillo, Jiguaní y otras jurisdicciones del Departamento. En lo concerniente al segundo extremo —el de ocupar la jefatura de la revolución— no contaba con igual seguridad. Debía inspirar confianza, recabar que su designación fuese aceptada por la mayoría, asegurarse la cooperación de todos, y obtener el más amplio respaldo de sus actos. A ese fin, era procedente justificar la apelación a las armas ante el pueblo entero de Cuba y ante las naciones extranjeras que pudieran sentirse inclinadas a favor de la independencia cubana. Lo era, asimismo, la proclamación de los principios en que se inspiraban los insurrectos. Urgía fijar el objetivo de carácter inmediato de la insurrección y circunscribirlo a la conquista de la independencia. Había que exponer la política de guerra que se proponía seguir; dar a conocer la designación recaída en él para el cargo de general en jefe con plenas facultades para dirigir la guerra, y ofrecer la seguridad de que todas las medidas acordadas y que se acordasen tendrían carácter provisional. Al pueblo cubano se le respetaría íntegramente el derecho de decidir sobre su destino futuro una vez expulsada España de Cuba, mediante la celebración de asambleas elegidas por sufragio popular, en el libre uso los ciudadanos de soberana potestad. Sobre todos esos particulares, adelantó a hacer públicas y amplias declaraciones en un documento titulado "Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, dirigido a sus compatriotas y a todas las naciones", redactado y suscrito por él, fechado el 10 de octubre, ya en ejercicio de los poderes que aseveraba le habían sido conferidos ⁽¹⁾.

Las causas que arrastraban al pueblo cubano a la guerra —declaró Céspedes en el Manifiesto— eran perfectamente conocidas. España gobernaba a Cuba con un ensangretado brazo de hierro. La metrópoli se arrogaba la facultad de imponer tributos y contribuciones; atentaba contra la seguridad de las propiedades y privaba a la Isla de libertad civil, política y religiosa. Con mengua de los tribunales civiles, los cubanos veíanse expulsados de su patria a extraños climas, o ejecutados sin forma de proceso, por comisiones militares establecidas en plena paz. No existía forma legal alguna de ejercitar el derecho de reunión, como no fuese bajo la presidencia de jefes militares. Toda petición de remedio

(1) Según versión de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, el Manifiesto se imprimió en Manzanillo para darle circulación dentro y fuera de Cuba. Véase *Manuel de Quesada y Loy-naz*, por CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y QUESADA, tercera edición, págs. 39 y 40, La Habana, 1935. El texto completo del Manifiesto fué reproducido en la obra *Anales de la Guerra de Cuba*, por ANTONIO PIRALA, vol. I, págs. 252-254, y en el tomo II de la obra *Las Insurrecciones en Cuba*, por JUSTO ZARAGOZA, págs. 728-731.

de los males públicos, se juzgaba y castigaba como un acto de disimulada rebeldía. Privado de las libertades humanas esenciales, el cubano hallábase constreñido a callar y obedecer.

La plaga infinita de empleados hambrientos conque la metrópoli inundaba la Isla, devoraba el producto de los bienes y del trabajo. La despótica autoridad ejercida por el gobierno peninsular se usaba para privar al cubano de los empleos públicos. No se seguía esta práctica al solo propósito de favorecer a los peninsulares. Respondía también a la malvada intención de que los cubanos no adquiriesen la menor experiencia en el gobierno ni tuviesen oportunidad de aprender el arte de dirigir los destinos de una nación. Con el mismo perverso fin, imponíase un restrictivo sistema de enseñanza. Era firme política de la metrópoli que el pueblo cubano viviese en la ignorancia más completa. De esa manera, el desconocimiento total de los sagrados derechos de que se hallaba asistido, le impediría la justa y cívica reclamación de la observancia de los mismos.

Cuba carecía de enemigos entre las naciones que la rodeaban. No necesitaba de ejércitos ni de marina de guerra permanentes que ahogasen con sus enormes gastos las fuentes de la riqueza pública y privada. A pesar de ello, España imponía a Cuba el sostenimiento de costosas y enormes fuerzas armadas. Estas no tenían otra misión que la de forzar al cubano a inclinar la cerviz bajo el férreo y degradante yugo de la metrópoli.

Los valiosos productos de la industria y la agricultura cubanas eran mirados con ojeriza en los países extranjeros. El origen de este hecho radicaba en el sistema aduanero establecido por España para cortar a dichos países su comercio con Cuba. En represalia, las procedencias de Cuba estaban sujetas en sus mercados naturales extranjeros a tarifas tan altas, que los productos cubanos no podían venderse sino a precios elevadísimos. El corto remanente de la venta, pagado el importe de las tarifas, no alcanzaba para cubrir los gastos del espoleado e infeliz productor cubano. Sin la feracidad de su tierra, el hijo de Cuba estaba condenado a perecer en completa miseria. Cuba se hallaba imposibilitada para prosperar. La inmigración blanca, la única que convenía al país, se veía alejada de las playas de éste, a causa de las innumerables trabas conque se la enredaba y de la prevención y ojeriza conque era mirada por las autoridades coloniales.

Los cubanos no podían hablar, ni escribir libremente; casi no podían pensar. Innumerables veces había ofrecido la metrópoli respetar los derechos de Cuba. Jamás había cumplido su palabra. Escasamente había transcurrido un año de la burla sangrienta hecha al país de otor-

garle un vestigio de representación (1). El único objeto de tal otorgamiento, había sido disimular la implantación de un nuevo impuesto mal llamado "único". Adicionado a todos los demás, ninguno de los cuales había sido derogado, arruinaba las propiedades cubanas.

Expuesto a perder para siempre hacienda, honra y vida, e impedido de hacer uso de la fuerza de la palabra en discusión pacífica, para recabar sus derechos, el cubano veíase en la indispensable necesidad de apelar a la fuerza de las armas en el campo de batalla. Cuando a un pueblo se le sometía al extremo de degradación y de miseria que el régimen colonial le imponía al de Cuba, nadie podía considerarse autorizado para reprobarle que apelase a las armas a fin de salir de un estado tan lleno de oprobio. El ejemplo de las más grandes naciones autorizaba al cubano para lanzarse a la guerra. Cuba no podía continuar privada de los derechos que gozaban los pueblos civilizados. No correspondía a éstos el reprobar la apelación de los cubanos a la lucha armada. El proceder propio de las naciones civilizadas era interponer su influencia para sacar de las garras de un bárbaro opresor, a un pueblo digno de mejor suerte. A dichas naciones y al Dios de la conciencia de cada cubano apelaban los insurrectos. No los extraviaba el rencor. No los halagaban las ambiciones. Sólo aspiraban a ser libres y a sentirse iguales los unos a los otros, tales como creara el Supremo Hacedor a todos los hombres.

A continuación del capítulo de cargos, Céspedes consignó en el Manifiesto los principios políticos, económicos y sociales de los revolucionarios, y fijó con toda claridad el objetivo inmediato y circunscrito de la insurrección. Consagraban en primer término los alzados en La Demajagua, los dos "venerables" principios de "libertad e igualdad". Amaban la tolerancia, el orden y la justicia en todas las materias. Respetaban la vida y la propiedad de todos los ciudadanos pacíficos, inclusive de los españoles residentes en Cuba. Admiraban el sufragio universal, que asegura la soberanía del pueblo. Deseaban la emancipación gradual y bajo indemnización de la esclavitud; el libre cambio con las naciones amigas que usasen de reciprocidad; la representación nacional para decretar las leyes y los impuestos. Finalmente, proclamaban, en general, la religiosa observancia de todos los derechos imprescriptibles del hombre.

El fin u objetivo inmediato de la insurrección, lo expresó Céspedes con toda rotundidad: Constituir a Cuba nación independiente "porque así cumple a la grandeza de su futuro destino y porque los cubanos es-

(1) Las elecciones para los miembros de la Junta de Información.

tán seguros de que bajo el cetro de España nunca gozarán del franco ejercicio de los derechos que les pertenecen". "Cuba —decíase enfáticamente en el Manifiesto— no puede pertenecer por más tiempo a una potencia que, como Caín, mata a sus hermanos, y como Saturno, devora a sus hijos." La Isla aspiraba a ser una nación grande y civilizada. Tendía un brazo amigo y un corazón fraterno a todos los pueblos. Si la misma España consentía en dejarla libre y tranquila, Cuba la estrecharía en su seno, como hija amante de una buena madre. Si la metrópoli persistía en su sistema de dominación y de exterminio, tendría que segar el cuello de todos los cubanos que tomaban las armas, y el de todos los que habrían de tomarlas, generación tras generación. Jamás conseguiría hacer de Cuba para siempre un vil rebaño de esclavos".

Terminada la exposición de los principios y del objetivo de la insurrección, el Manifiesto dió cuenta concisamente del plan aprobado para la conquista de la independencia y de la forma en que dicho plan habría de ejecutarse. Habíase convenido unánimemente en nombrar un jefe único, encargado de dirigir las operaciones militares con plenitud de facultades. Bajo su responsabilidad, quedaba autorizado especialmente para nombrar un segundo. Designaría, asimismo, los demás subalternos necesarios en los ramos de la Administración mientras durase el estado de guerra, puesto que conocido el carácter de los gobernantes españoles, ésta habría de seguir, forzosamente, a la proclamación de la libertad de Cuba. Habíase nombrado, también, una comisión gubernativa compuesta de cinco miembros. Misión de ésta sería el auxiliar al general en jefe "en la parte política civil y los demás ramos de que se ocupa un país bien reglamentado". A partir de la fecha de la publicación del Manifiesto, quedaba decretada, la abolición de todos los derechos, impuestos, contribuciones y demás exacciones que venían cobrándose hasta el momento por el gobierno de España, cualesquiera que fuesen la forma y el pretexto con que se hubiese venido efectuando la cobranza. Disponíase, igualmente, que a título de "ofrenda patriótica" para cubrir los gastos en el curso de la guerra, se pagase un cinco por ciento de la renta conocida, tal como estaba calculada en el trimestre octubre-diciembre, 1868. Hacíase la reserva de que "si el citado cinco por ciento de la renta no resultaba suficiente, podría aumentarse en lo sucesivo, o adoptarse alguna operación de crédito, según lo estimasen conveniente las juntas de ciudadanos que deberían celebrarse al efecto".

Finalmente, en los últimos párrafos del documento, prescribíase que todos los servicios a la patria recibirían remuneración; que en los ne-

gocios, en general, se observase la legislación vigente, interpretada en sentido liberal, hasta que otra cosa se determinase; y que todas las disposiciones adoptadas tendrían carácter transitorio, hasta que la nación, "ya libre de sus enemigos y más ampliamente representada, se constituyese en el modo y forma que juzgase más acertados". El Manifiesto apareció suscrito por una sola firma, la del general en jefe, Carlos Manuel de Céspedes. Explícitamente quedó expresado de esa manera que éste era el "jefe único" nombrado para dirigir las operaciones "con plenitud de facultades".

Aparte de los fines generales correspondientes a los documentos de su clase, el Manifiesto respondió a un objetivo político particular evidente: el de investir la insurrección, y con ésta a su jefe, de la mayor fuerza y autoridad posibles en el orden revolucionario ante cubanos y extranjeros. En atención a esta finalidad del documento, Céspedes le dió el carácter de una proclama de la "Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba". Tal entidad no existía, en verdad, a menos que se considerase como tal, lo que era arbitrario, ciertamente, el corto grupo de cinco personas designadas por el propio Céspedes para formar la comisión gubernativa destinada a auxiliarle en la parte política civil. Era muy importante que la proclama pareciese obra de la tal Junta, sin embargo, con respecto a la opinión en el extranjero. Un corto número de enemigos del régimen colonial español insurreccionados en un pequeño ingenio, situado en un apartado lugar de la Isla, proclamando la independencia de Cuba y alzándose en armas contra la metrópoli, podía no ser más que una tentativa local de rebeldía, sin mayor importancia militar y política, ni sería peligrosidad para España. Una insurrección preparada, organizada y hecha estallar por una Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, revestía los sucesos de La Demajagua con la significación de haberse iniciado una nueva guerra de independencia americana. En lo que a Cuba correspondía, las decisiones tomadas por Céspedes y sus amigos en El Rosario y La Demajagua, era esencial también que apareciesen ser la obra de una junta de tal carácter. Facilitaría el ganarse el respaldo de los cubanos, en toda o la mayor parte de la Isla y en la emigración, conjuntamente con el apoyo de la opinión pública en los Estados Unidos y la simpatía de las repúblicas Latino-Americanas.

Decidido Céspedes a asumir el riesgo de que los demás jefes de la conspiración desautorizasen el alzamiento, era un acto de audacia menor el invocar la existencia de una "Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba", organismo cuyo nombre sugería el estar integrada por una amplia representación del pueblo cubano. Los conspiradores reunidos en

corto número en El Rosario, y el número también reducido (37 hombres) de los sublevados en La Demajagua, no actuaban en representación ni eran voceros de junta alguna, en verdad. Céspedes parece haber fiado en que, proclamada la independencia, se reconocía la conveniencia de que la insurrección pareciese ser obra de una entidad política ampliamente representativa. De esa manera, la proclamación quedaría revestida de mayor dignidad y fuerza, y confirmados, a la vez, los poderes y la autoridad por él y sus compañeros asumidos.

Céspedes consignó en el Manifiesto que éste se lanzaba a la publicidad siguiendo "la costumbre establecida por todos los gobiernos civilizados". El jefe de la revolución cubana actuaba investido ya del carácter formal de un jefe de Estado. Una vez que la independencia de Cuba había sido proclamada, y que se había establecido un gobierno representativo, investido de la necesaria autoridad dentro de la Isla, procedía entrar en relaciones con las naciones extranjeras. El Gobierno cubano se hallaba asistido del derecho de ser reconocido y tratado como tal. En este aspecto del Manifiesto, Céspedes dejó fijada su posición en cuanto a las relaciones que habría de tratar de mantener con los gobiernos extranjeros.

Escrito por un abogado en ejercicio, hacendado y terrateniente de ideas liberales, acérrimo separatista y que había seguido de cerca los acontecimientos ocurridos en Cuba desde su regreso de Europa en 1844, la exposición de hechos destinada a justificar la revolución repitió casi literalmente las imputaciones lanzadas contra España por los enemigos del régimen colonial de todos los matices, en particular, por los voceros de la clase social a que pertenecía. Hay una diferencia esencial, no obstante: Céspedes y sus compañeros se declararon en la posición extrema de inquebrantables partidarios de la independencia. El texto del Manifiesto no deja duda alguna al respecto. No había posibilidad de entendimiento pacífico con España, como no fuese sobre la base de la independencia absoluta. De la primera a la última palabra, en el documento no se descubre la menor traza de matiz autonómico, anexionista o reformista. Sostiénense criterios políticos, económicos y sociales muy semejantes a los de Saco y los hombres del Reformismo tocante a algunas cuestiones económicas y sociales, inspirados en los principios democráticos del liberalismo entonces en boga; pero en la cuestión fundamental de la independencia, la posición de los alzados en La Demajagua, a diferencia de Saco y de los reformistas, es la de un separatismo absoluto e intransigente. Para Céspedes y sus compañeros, no hay solución cubana posible bajo el gobierno de España. La independencia de Cuba, una vez proclamada, es para ellos una realidad, una cuestión de

hecho y de derecho. De ella hay que partir. El pueblo cubano alzado en armas, no aceptaría jamás nada que pudiese menoscabar el ideal de una total independencia cubana.

Otras discrepancias substanciales con Saco, Luz y Caballero, los anexionistas del tipo de El Lugareño y los reformistas —Pozos Dulces, O'Farrill, Aldama, Morales Lemus y otros— se aprecian en el Manifiesto. En una u otra forma, todos los patricios mencionados abogaron por un régimen de libertad para Cuba. De *igualdad* no hablaron nunca, o lo hicieron en forma extremadamente discreta, sin alcance político ni social. En el Manifiesto de La Demajagua constan, en marcado contraste, terminantes y repetidas declaraciones favorables a la *igualdad*. *Libertad e igualdad* son términos que se usan por Céspedes conjuntamente, con su doble alcance político y social. "Queremos —dícese en el documento— ser *libres e iguales*, como hizo el Creador a todos los hombres". A renglón seguido se repite: "Nosotros consagramos estos dos venerables principios; nosotros creemos que *todos los hombres somos iguales*." Líneas más adelante, en el Manifiesto se insiste en que los insurrectos "demandan la religiosa observancia de los derechos imprescriptibles del hombre". Libertad e igualdad, sin discriminación, están incluidas dentro de esos derechos imprescriptibles proclamados.

En 1868, la palabra *igualdad* tenía en Cuba un sentido político y social particular con respecto a la población negra. La parte de ésta civilmente libre, distaba mucho de hallarse en una posición de igualdad con los blancos, relegados los hombres de color a un plano social inferior. El llegar a borrar esa diferencia, era una de las aspiraciones más profundas del hombre negro libre, no resignado a vivir en condición de inferioridad perpetuamente. La unión de los dos términos, *libertad e igualdad* en el Manifiesto, constituía, en tal concepto, un paso de avance de gran alcance en el sentido de la justicia social. "Cuba Libre", al quedar proclamada, no reconocía fueros ni privilegios personales; borraba la discriminación racial. La eliminación de ésta, comenzó a hacerse efectiva en el acto mismo de la proclamación de la independencia, el 10 de octubre de 1868. Céspedes dió aplicación práctica inmediata a la declaración igualitaria en dos extremos fundamentales: primero, le otorgó la libertad a sus esclavos, segundo, los incorporó a la lucha por la independencia en un plano de completa igualdad con los blancos.

El hombre negro, libre civilmente, deseaba no sólo la libertad civil para él y para los esclavos. Aspiraba también a la igualdad social de los negros todos, con la población blanca. La declaración de principios del Manifiesto, y sobre todo, el hecho de haber pasado el mismo 10 de octubre los esclavos de Céspedes a la condición de hombres libres y a

la elevada jerarquía de "libertadores", dejó ampliamente abiertas las puertas a la raza negra para el logro de la reivindicación total de sus derechos. El contraste de la declaración de igualdad del Manifiesto con la actitud de los reformistas respecto a cuestión tan esencial, es evidente. Los liberales habaneros mostraron, en tesis general, conmiseración y piedad hacia los esclavos. En cuanto a la reivindicación de un derecho de justicia social y de "igualdad", no formularon declaración específica alguna. No dieron tampoco un paso en el terreno de la aplicación de ambos principios. Abogaron por la supresión total de la "trata" en previsión de "un peligro negro", similar al de Haití. En la Junta de Información, llegaron a declararse a favor de la abolición de la esclavitud, gradualmente y con indemnización, después de haber sido suprimida por Abraham Lincoln en los Estados Unidos. Aún entonces, no avanzaron más allá, para adentrarse en el campo de la igualdad social. En marcado contraste, el Manifiesto de la Demajagua fué explícito en su declaración genérica sobre esa cuestión fundamental. Los actos de Céspedes, el mismo día del alzamiento, ajustados a las palabras de su proclama, lo fueron decisivos, asimismo.

En concordancia con la declaración referente a la libertad y la igualdad, en el documento se consignó otra, igualmente explícita, consecuente con aquélla, respecto al problema de la esclavitud. Los alzados de La Demajagua consignaron que "deseaban" la abolición. La expresión del propósito abolicionista en la forma de un "deseo", no debe inducir a error en cuanto a la sinceridad del mismo. En el Manifiesto se emplea esa forma usual del "deseo", al referirse a las cuestiones que competían al pueblo cubano "ampliamente representado", no a los insurrectos, alzados en armas para la lucha por la independencia. A virtud del hecho de tratarse de una innegable, general e irrefrenable aspiración cubana, respecto de la cual Céspedes partió del principio de que existía unanimidad de pareceres, estimóse autorizado para proclamar la independencia. Dadas las circunstancias en que se lanzó a comenzar el alzamiento, frente a las vacilaciones de los demás conspiradores, pudo considerarse obligado a asumir la responsabilidad de dirigir la guerra, dictar y poner en vigor todas las medidas conducentes a ese fin. No se estimó revestido de poderes, no obstante, para imponerle al pueblo cubano sus ideas y sus criterios personales respecto a la futura organización económica, social y política de la nación. Consignó en el Manifiesto, con elevado espíritu democrático, que éste era asunto a resolver una vez alcanzada la independencia, por asambleas elegidas al efecto. Las resoluciones expresadas en el documento respecto a la observancia de la legislación vigente interpretada en sentido libe-

ral, y sobre el carácter puramente transitorio de cuantas disposiciones se dictasen para la prosecución de la guerra, se ajustaban estrictamente a ese criterio. La fraseología usada es esencialmente la misma, en todo lo referente a las cuestiones finales no concernientes a la guerra. El texto del Manifiesto es evidencia de que Céspedes cuidó de no usar expresiones que pudiesen dar la impresión de que pretendía imponer sus miras respecto a la futura organización del Estado cubano. Expuso los *deseos* de los insurrectos en términos generales; no impuso criterios de ninguna clase. *Amamos* —dice en el documento-programa— la tolerancia, el orden y la justicia en todas las materias. *Respetamos* la vida y las propiedades de todos los ciudadanos pacíficos, aunque sean los mismos españoles, residentes en este territorio. *Admiramos* el sufragio universal, que asegura la soberanía del pueblo. *Deseamos* la emancipación gradual y bajo indemnización de la esclavitud; el libre intercambio con las naciones amigas que usen de reciprocidad; la representación nacional para decretar las leyes e impuestos...”. En el documento no se va más allá. El “deseo” que expresó de que la emancipación fuese gradual, se ajustó al sentir de la representación cubana enviada a la Junta de Información, inspirado en el propósito de prevenir grandes y bruscas alteraciones en las condiciones de la producción y de la vida normal de la comunidad. El principio de la gradualidad no estaba en contradicción con el principio abolicionista. Existía el precedente de que en la Gran Bretaña, la nación donde el movimiento abolicionista se inició y desarrolló con mayor fuerza, decretóse la abolición gradual, con autorización a los propietarios de esclavos de otorgar la libertad inmediatamente a los que poseían. Personalmente, Céspedes ofreció el ejemplo de liberación inmediata a los propietarios de Cuba, el 10 de octubre. Su proceder se ajustó, además, a la declaración explícita contenida en el Manifiesto de que las propiedades de todos los ciudadanos pacíficos serían respetadas. La proclamación de este principio hacía obligatoria la indemnización, como en todo caso de expropiación en interés público. El requisito de la indemnización no era mal visto. Estimábase aceptable, moralmente, hasta por los más intransigentes abolicionistas. El derecho del propietario a ser indemnizado, no retardaba la emancipación si no se hacía requisito indispensable el pago previo e inmediato de ésta. Dicho pago podía efectuarse a posteriori por el Estado (1).

(1) Este fué el criterio mantenido por la Asamblea de Representantes del Centro el 23 de febrero de 1869, y por la Cámara de Representantes constituida en Guáimaro en abril del mismo año. El decreto de la Asamblea, ratificado por la Cámara decía, en su primer artículo: “1º Queda abolida la esclavitud”; y en el “2º Oportunamente serán indemnizados los dueños de esclavos”.

En la cuestión de la indemnización estaba implícita, además, otra muy importante, íntimamente ligada durante años a la aspiración a la independencia. El esclavo constituía una propiedad legítimamente adquirida al amparo de las leyes. Planteada la emancipación de la esclavitud por razones superiores de humanidad y de justicia social, la carga financiera que habría de ocasionar la implantación de la trascendental reforma debía recaer sobre los contribuyentes en su conjunto, no de manera exclusiva sobre los propietarios de esclavos. La aplicación de un criterio contrario, sobre no ser equitativa ni ajustarse a un principio inmanente de justicia, atacaba en sus fundamentos el derecho de propiedad. Si se establecía el precedente, no obstante lo previsto en las leyes, de que los ciudadanos podían ser privados de sus bienes sin indemnización, cada vez que se estimase necesario para implantar una reforma social cualquiera, la integridad del derecho de propiedad quedaba gravemente afectada.

La emancipación sin indemnización tropezaba con una cuestión política. Consistía ésta en la defensa de intereses cubanos muy importantes, contra una amenaza repetidamente usada por la metrópoli para combatir la aspiración a la independencia. Los gobiernos españoles se habían mostrado siempre indiferentes u hostiles a la indemnización, cada vez que la cuestión de la abolición había sido considerada. El motivo que inducía a la metrópoli a mantener esa actitud, sabíase que era el de tratar de sostener el régimen colonial por todos los medios, de preferencia aquéllos que fuesen más perjudiciales a los intereses cubanos. Una reforma social o de cualquiera otra clase que acarrease la pérdida de propiedad de un individuo o de una colectividad, requería, de acuerdo con la legislación española, la indemnización de dicha pérdida, como clara e ineludible obligación del Estado. Tal había sido el criterio británico. En contra de los más castizos principios mantenidos sobre el asunto en España, la metrópoli se había mostrado resuelta siempre a eludir esa obligación, en el caso de la abolición de la esclavitud en Cuba. No importaba que la "propiedad" de que se trataba —los esclavos— hubiese sido adquirida y mantenida al amparo de leyes seculares en el territorio peninsular y en las colonias. La política metropolitana tocante al punto, respecto de Cuba, estaba determinada por el hecho de que los esclavos constituían en su gran mayoría una propiedad perteneciente a la clase terrateniente cubana. Esta clase había mostrado generalmente un espíritu liberal en el orden político, y una marcada inconformidad con el sistema colonial en lo económico. Veníale bien a la metrópoli, si la abolición había de llegar a producirse como inevitable necesidad, que

el costo de la gran reforma social gravitase enteramente sobre el terrateniente cubano y no sobre el Estado español.

Los gobiernos peninsulares favorecían esa solución como una medida política muy efectiva para mantener sumisa y quebrantar, si llegaba el caso, la clase terrateniente criolla. Desde que comenzaron a surgir peligros para la dominación española, en el primer tercio del siglo XIX, la metrópoli y los voceros de la misma nunca vacilaron en amenazar a la citada clase cubana y a los cubanos liberales y separatistas, con la movilización de la población negra. España declararía libres a los esclavos, los armaría y los utilizaría con grandes ventajas para ella en la defensa del régimen de la colonia y de la "integridad nacional". En el pensamiento de todo terrateniente cubano prevalecía un criterio radicalmente contrario a la política integrista de echar la carga del costo de la emancipación, en el caso desesperado de tener que hacerla, sobre los propietarios rurales cubanos.

Es de colegir también que aparte de sus propias opiniones personales y de las de sus compañeros sobre el fondo del asunto de la indemnización, al empuñar las armas contra España, Céspedes apreciaba la necesidad de no enagenarse la confianza y el apoyo de la clase cubana terrateniente en el Oeste de Cuba, la más fuerte, numerosa y de mayor influencia, en la guerra a muerte iniciada contra la metrópoli. A ese efecto, Céspedes ofrecía a dicha clase la garantía de que la pérdida, al decretarse la emancipación, le sería compensada. La gradualidad y la indemnización eran meras cuestiones de procedimiento, necesarias para realizar la abolición de la esclavitud sin grandes trastornos. No estaban en contradicción con el deseo ni con el propósito de hacer efectiva la manumisión. En todo caso, la emancipación inmediata podía y debía ser realizada por los mismos propietarios. En uso de la facultad de libre disposición de sus bienes, garantizada por la ley, éstos podían manumitir sus esclavos. En 10 de Octubre, al proclamar la independencia, él, Céspedes, dió el ejemplo. Fué más allá: abrió de par en par a los manumitidos las puertas para la reivindicación de sus más elevados derechos humanos. No otro alcance tuvo el reconocimiento del derecho de poder servir la causa de la libertad y de la independencia de Cuba en un plano de completa igualdad con los blancos. La oportunidad así ofrecida a los que habían sido siervos hasta la víspera, les iba a permitir y a facilitarles, de manera efectiva en el terreno de los hechos, el poder alcanzar las más altas posiciones en el Ejército Libertador. Al precio de derramar su sangre por una causa común a negros y blancos, Céspedes le abrió al hombre negro el único —y el más amplio— camino, que en las condiciones prevalecientes en 1868 le permitía

salir del ostracismo moral en que vivía. El proceder de Céspedes en La Demajagua fué un factor decisivo de libertad, superación y dignificación del negro, y de equiparación de éste con el blanco. La validación formal de la emancipación en el terreno jurídico podría venir más tarde, por etapas, cuando la nación más ampliamente representada así lo acordase. Céspedes no se arrogó el derecho de decretarla. Pero el hecho real de la abolición y de la equiparación del siervo, ya libre con su amo de ayer, quedó cumplido el 10 de Octubre en La Demajagua, sin violar los principios del Manifiesto. A partir de aquel día memorable, el esclavo manumitido quedó en el mismo plano que sus antiguos amos en cuanto a la posición material y moral más alta a que los blancos podían aspirar: la de llegar a ser los libertadores de Cuba (1).

El propósito de alto sentido político de Céspedes, de abstenerse de hacer innovaciones en el régimen social, se manifestó no sólo en la cuestión de la abolición de la esclavitud. Hízose evidente también en la disposición contenida en el Manifiesto referente a mantener la observancia de la legislación vigente, "interpretada en sentido liberal", hasta que otra cosa se determinase. Esta disposición respondió a la norma democrática del respeto a la voluntad nacional. La facultad legislativa era potestad exclusiva de la nación, "ampliamente representada". Céspedes no podía dejar de apreciar la indispensable necesidad de mantener los fundamentos de la sociedad civil durante la guerra. Para el amparo de las familias y en evitación de que el país cayese en la anarquía, sin leyes por las cuales regirse, sin autoridades para hacerlas efectivas y sin tribunales para castigar a los infractores, era imperativo un orden provisional que impidiese el caos. Había ineludible necesidad, por otra parte, de dictar medidas para la dirección de la guerra. Céspedes se consideró facultado para atender a esta urgencia, si bien consignó de manera expresa que dichas medidas tendrían todas carácter transitorio, provisional, limitadas al período de las hostilidades. No se consideró con poderes delegados por el pueblo cubano para legislar en el orden

(1) De como el esclavo convertido en luchador por la independencia pudo ir elevándose en las filas del Ejército Libertador, da idea un párrafo de una carta de Céspedes a su esposa, Ana de Quesada, dirigida a Nueva York en 26 de noviembre de 1872: "El día 22 falleció el Teniente Coronel Francisco Aguilera. Fué esclavo, caletero del Mayor General; empezó a servir de soldado en el levantamiento y ascendió hasta el grado que tenía. Fué herido muchas veces, y se cree que la enfermedad de que murió le provino de una contusión que recibió en un combate. Era entendido, valiente y subordinado. Generalmente se le ha sentido. Se le hizo un entierro muy lucido, después de haberlo velado conforme a los ritos de la Masonería, de que era miembro. Además de una numerosa concurrencia, acompañó al cadáver un medio batallón y le hizo los honores de ordenanza. Celebró las honras fúnebres el presbítero Claudio Odio, y los masones le tributaron también los que les son peculiares. Tuvo el consuelo de morir en el seno de su familia. Yo estuve representado en el duelo y en el entierro por mi ayudante Fernando Figueredo". CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL. *Carlos Manuel de Céspedes*, París, páginas 232-233.

civil. Tal fué la razón por la cual apeló al expediente temporal de mantener la legislación civil española, con la que el pueblo cubano estaba familiarizado. Por el momento, bastaba, a su juicio, con sustituir los funcionarios españoles por funcionarios cubanos partidarios de la independencia.

En resumen, a título de intérpretes del sentir y de la voluntad del pueblo de Cuba, en lo concerniente a la independencia y a la apelación a las armas, Céspedes y sus compañeros no vacilaron en proclamar aquélla y hacer estallar la revolución. Pero consecuentes con sus ideas democráticas respecto a una amplia representación popular, se abstuvieron de dictarle al pueblo de Cuba su organización futura, derecho que reconocieron ser potestad exclusiva e inalienable de éste. Tal concepto es el eje fundamental de la política cespedita. Ofrece la clave para la interpretación y apreciación de la misma.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO IV

PRIMEROS PASOS DE LA REVOLUCION EN ORIENTE

En la guerra, los acontecimientos se producen con inusitada rapidez generalmente. En los primeros días subsecuentes al 10 de Octubre, los hechos se sucedieron de un día a otro de manera vertiginosa, sin soluciones de continuidad. El acto insurreccional de *La Demajagua* fué seguido de la escaramuza en Yara, del alzamiento en otros muchos lugares de Oriente, de la toma de Jiguaní, Baire y Santa Rita, del Dátil, de Cauto del Embarcadero y otros lugares. Inmediatamente efectuáronse la concentración y organización de grupos numerosos de hombres armados, al mando de jefes que reconocían la jefatura superior de Céspedes; la marcha de éste sobre Barrancas; y el ataque, toma y ocupación de Bayamo. La insurrección se extendió con la violencia de un incendio en los cañaverales cubanos. En consecuencia, a Céspedes se le crearon problemas de gran urgencia. La toma de Bayamo y Jiguaní, cabeceras de municipios, y la de otras poblaciones, constriñó a Céspedes a comenzar a poner en ejecución algunas partes esenciales del programa político de guerra expuesto en el Manifiesto del 10 de Octubre. Tuvo que dictar urgentes disposiciones referentes a la dirección de la guerra y que actuar sin demora en lo concerniente a la organización de las poblaciones y del territorio rural conquistado.

Erigida, de hecho, Bayamo en centro y cabecera de la revolución, la posesión de la ciudad facilitó que el mando y la autoridad de Céspedes, reconocidos ya por la Junta Revolucionaria de los bayameses, quedasen revestidos del carácter y el prestigio de un gobierno formal, en sustitución del de los derrotados funcionarios del gobierno español. La expulsión de las autoridades representativas del poder metropolitano en la Isla, por la fuerza de las armas, objetivo inmediato del movimiento revolucionario, había comenzado a producirse.

En concordancia con los términos del Manifiesto del 10 de Octubre, Céspedes entendió que la organización general del gobierno debía mantenerse limitada a los cambios absolutamente indispensables, hasta el triunfo final de la revolución. Mostró, empero, marcado empeño,

desde que comenzó a ejercer sus funciones, en que el nuevo gobierno apareciese revestido de los atributos y del aparato formal exterior de la autoridad colonial desplazada. Rodeado de una entusiástica multitud que lo aclamaba y de jefes insurrectos de gran prestigio y popularidad, dispuestos a secundarlo y a cumplir sus órdenes, general el regocijo por la sustitución del gobierno español por un gobierno cubano, a Céspedes le fué posible tomar decisiones con la rapidez y la firmeza en resolver y ejecutar demandadas por las circunstancias.

Estas no permitían dilaciones, ciertamente. La reacción del capitán general Lersundi, tomado por sorpresa en la Habana, comenzó a manifestarse con un objetivo militar inmediato: la recuperación de Bayamo para aplastar la revolución en su inicio. De extrema gravedad el peligro, las primeras resoluciones del general en jefe cubano dirigieron a contrarrestarlo. La labor, ya iniciada, de organizar las bisonas fuerzas insurrectas y designar jefes autorizados para el mando de las mismas prosiguióse activamente. Era de extrema urgencia echar a la mayor brevedad las bases de un disciplinado y fuerte Ejército Libertador. Los mandos recayeron, como lo imponían las circunstancias, en los principales jefes de la conspiración y de los grupos o partidas alzadas en armas en los diversos lugares. El primer paso consistió, como era esencial, en conferir grados a los jefes naturales, por su influencia personal, del improvisado ejército. En Palmas Altas, antes de la toma de Bayamo, Bartolomé Masó y Jaime Santiesteban, personalidades influyentes y de prestigio, alzados con Céspedes el 10 de Octubre, recibieron los grados de teniente general, segundo del general en jefe el primero, y teniente general, jefe de las fuerzas de Manzanillo el segundo. Manuel de Jesús Calvar, alzado también en *La Demajagua*, obtuvo igualmente un alto grado militar. En *Calambrosio*, donde se dió a los reclutas un principio de organización, Luis Marcano, dominicano de nacimiento, militar valeroso con experiencia en el mando, incorporado a Céspedes en *Cabagán* al frente de 300 hombres, quedó designado teniente general, jefe de operaciones. En la designación de oficiales y clases, adoptóse el procedimiento democrático, aún cuando no fuese estrictamente militar, de que cada partida alzada eligiese libremente los oficiales y clases que habrían de corresponderle. Finalmente, en marcha de Barrancas contra Bayamo, el 17 de Octubre, al recibir la comisión que formaban Pedro Figueredo, Lucas del Castillo, Carlos Pérez y Bernardo Fornaris, encargada de participarle a Céspedes que la Junta bayamesa lo reconocía como jefe, el íntimo y consecuente amigo de Céspedes, Pedro Figueredo, fué designado teniente general, jefe del Estado Mayor General, y consejeros del general en jefe, o sea miembros de la comisión asesora los

demás. Los cuadros del Ejército Libertador comenzaban a establecerse con distinguidas personalidades revolucionarias.

Ocupada Bayamo, fué necesario proceder con urgencia a hacer nuevas designaciones. Francisco Vicente Aguilera, alzado en su hacienda *Santa Ana del Cayojo* el 17 de Octubre, recibió el nombramiento de general de división. Al propio tiempo, Céspedes le transmitió instrucciones de que cubriese el camino de Holguín, mientras él efectuaba el ataque a Bayamo, con órdenes de dirigirse posteriormente a la ciudad con toda rapidez, tan pronto como ésta cayese en manos de los cubanos. Donato Mármol, persona de mucho arraigo e influencia en las jurisdicciones de Cuba y Jiguaní, que con Félix Figueredo, Calixto García, Rafael Bárzaga, Francisco Marcano (dominicano hermano de Luis), Máximo Gómez y otros jefes, habían actuado en la ocupación de Jiguaní, Baire, Santa Rita y otros lugares, recibieron diversos grados. Mármol, de mayor general; de brigadieres Félix Figueredo y Máximo Gómez; de coroneles Calixto García, Bárzaga y otros. Vicente García y Francisco Muñoz Rubalcava, alzados en Tunas, y Belisario y Julio Grave de Peralta, en Holguín, recibieron grados militares elevados, con arreglo a su jerarquía revolucionaria.

Más tarde, los adversarios políticos de Céspedes censurarían a éste la profusión con que concedió altos grados en los primeros días de la revolución. Imputáronle, como principal responsabilidad, la de que echaba una carga financiera muy pesada sobre la nación, a causa de ser demasiado liberal en la concesión y distribución de altos grados en el ejército. Dadas las circunstancias, la inevitable confusión y la precipitación del momento, y la urgencia de organizar el Ejército Libertador frente a la amenaza española inminente, el cargo luce trivial y falto de fundamento. El mantener al frente de cada partida armada al jefe a quien se debía la formación y organización de la misma, a virtud del hecho de que gozaba de la mayor confianza de sus hombres, era una perentoria necesidad. Resultaba premioso, así mismo, testimoniarle a dichos jefes, en estricta justicia, el aprecio que el general en jefe hacía de los merecimientos de cada uno de ellos. Era, así mismo, un vigoroso estímulo para la ruda lucha con que habrían de enfrentarse. Tales procedimientos fueron garantía de acierto en las designaciones. Todos los jefes nombrados en los primeros días por Céspedes, figuraron entre los más distinguidos del Ejército Libertador, al cual permanecieron fieles, salvo una sola excepción, hasta el fin de la vida de cada uno de ellos.

Al efectuar esos primeros nombramientos, de alcance político y moralmente estimulador, Céspedes no perdió de vista las necesidades estrictamente

tamente militares. En ese orden, prestó cuidadosa consideración al fundamental problema de designar para el mando, muy particularmente para la organización de las fuerzas revolucionarias, a jefes de la mayor experiencia militar posible, aún cuando no fuesen cubanos. Los hermanos Luis y Francisco Marcano, naturales de la República Dominicana, recibieron altos grados en razón de su experiencia en la guerra, adquirida en su propio país. Máximo Gómez obtuvo también, por igual motivo, un grado de brigadier, breves días después de haber comenzado a prestar servicios a la causa de la independencia, y el cargo de jefe de estado mayor de Mármol. Al rendirse la guarnición de Bayamo, los generales del ejército español Francisco Heredia y Modesto Díaz, dominicanos ambos, quedaron prisioneros. Céspedes, en entrevistas privadas con uno y otro, logró inducir a Modesto Díaz a ingresar en la revolución y a que comenzase a prestar servicios inmediatamente con el mismo grado en el Ejército Libertador. El general Díaz correspondió lealmente a tal prueba de confianza hasta el último día de su vida. La participación de los dos Marcano en la organización de las fuerzas revolucionarias, y la de Máximo Gómez y Modesto Díaz en las operaciones militares en los primeros críticos momentos, fueron de gran importancia. El general Gómez, que auxilió a Mármol a organizar y disciplinar sus fuerzas, mostró desde el primer momento en combate contra la columna del coronel español Quirós en marcha contra Bayamo, sus dotes de mando y las admirables cualidades de carácter y de extraordinaria capacidad militar que no tardarían en hacer de él una de las primeras figuras de las guerras de independencia de Cuba (1). Modesto Díaz, en unión de Aguilera, carente éste de toda experiencia en la guerra, salió al paso al teniente coronel Campillo en marcha contra Bayamo. Lo derrotaron en el paso del riachuelo *Babatuaba* y lo forzaron a retirarse a Manzanillo. En medio de la febril agitación y turbulencia de los primeros días, los hechos probaron el acierto de Céspedes al efectuar sus designaciones.

Aparte de dictar las urgentes disposiciones de carácter militar, Céspedes puso en práctica con no menor decisión y rapidez las medidas indispensables para reorganizar la administración municipal de Bayamo y de Jiguaní, cabeceras de dos jurisdicciones, con más de 50,000 habitan-

(1) El Gral. Máximo Gómez describió en su *Diario* la parte de la acción que decidió la retirada de Quirós con una sencillez y una modestia ejemplares: "Quirós ocupó a Baire en la noche de ese día (28 de octubre) y permanecimos hostilizándole en aquel caserío hasta el día 4 de noviembre que ocupamos la Tienda de Pino donde se dió la acción del mismo día, en la que logré avanzar en un momento dado, como con treinta o cuarenta hombres que me acompañaban y di una carga al machete. El enemigo retrocedió con un número considerable de bajas y se concentró en el caserío, hasta el 8 que emprendió marcha para Cuba"... Págs. 5 y 6.

tes, la quinta parte de todos los del Departamento Oriental, ocupadas por las fuerzas libertadoras, junto con la totalidad de sus territorios respectivos. Consecuente con los principios del Manifiesto del 10 de Octubre en lo concerniente a la observancia de la legislación vigente, no se introdujeron alteraciones en el régimen del municipio. Por su carácter representativo y democrático, éste era una institución de gobierno local de mucho arraigo en Bayamo. El cambio limitóse a sustituir las autoridades y los funcionarios del gobierno español por otro personal designado por el nuevo gobierno cubano. Bayamo tuvo un nuevo teniente gobernador, el abogado Jorge Carlos Milanés, natural de la ciudad, en sustitución del rendido coronel español Udaeta. En cuanto al ayuntamiento, continuó con la misma organización e iguales funciones, integrado por un nuevo personal de alcalde, teniente alcalde y regidores. Las designaciones se efectuaron con la mira de procurar adeptos a la causa revolucionaria, ajustarse a los principios democráticos y hacer efectiva la declaración de igualdad contenida en el Manifiesto. En tal virtud, dióse entrada en el Consejo Municipal a tres peninsulares y a dos hombres de color. Estos últimos fueron las dos primeras personas de raza negra que ejercieron funciones de regidores en Cuba. Naturales de Bayamo, llamábanse Juan García, albañil, muerto en la revolución, y Manuel Muñoz, músico (1).

En los barrios rurales mantuviéronse los cargos de capitán pedáneo, teniente pedáneo, cabos de ronda, etc., con las funciones correspondientes a los mismos, sustituidas las personas que los ocupaban antes de la revolución por otras adictas a ésta. Igual criterio se aplicó en Jiguani y otras poblaciones y barrios rurales, inclusive en lo referente a conceder representación a las personas de color en el Concejo Municipal.

Las disposiciones mencionadas se inspiraron en el propósito de evitar el caos, mantener el orden e inspirar confianza a todos los habitantes de las regiones insurreccionadas, sin establecer distinciones entre los mismos. Céspedes tuvo una marcada intención de respetar las costumbres, los hábitos, la constitución familiar, el régimen de la propiedad y la religión. La revolución venía a significar, por el momento, de acuerdo con lo expresado en el Manifiesto, no la subversión y la destrucción del orden legal y social existente, sino la expulsión del gobierno español de Cuba y el establecimiento de la independencia. La práctica de tal política constituía, evidentemente, una garantía de respeto a los derechos

(1) Manuel Muñoz sobrevivió a la guerra. En 1893 vivía aún en Bayamo en funciones de director de una orquesta particular, "doblado por los años y abrumado por el infortunio", según el testimonio del historiador y esclarecido patriota Fernando Figueredo y Socarrás.

individuales de todos los sectores de la comunidad. Una vez vencida la Metrópoli y expulsada de Cuba, los ciudadanos armados del voto podrían tomar parte en la labor de constituir el nuevo Estado. Tendrían oportunidad de tratar de hacer valer sus ideas, y podrían procurar asegurar el prevalecimiento de éstas, en igualdad de condiciones todos.

El trato a los peninsulares se ajustó a los propósitos y los objetivos expuestos. A la revolución interesaba la neutralidad de los españoles avecindados en Cuba y, si era posible, sumarse la fuerza por ellos representada en la mayor amplitud que fuese dable. Por ser de justicia y para lograr ese objetivo, los bienes y los derechos naturales de los peninsulares debían ser respetados. Procedía ofrecerles, así mismo, la oportunidad de cooperar con los cubanos —fuera del campo de las actividades bélicas— en la esfera del gobierno local y en la labor de administrar los servicios y los intereses del procomún. La guerra no se hacía contra los españoles individualmente, por el hecho de serlo. Se dirigía contra la dominación de la Metrópoli, de manera exclusiva.

A la población libre de color, Céspedes le brindó las mismas oportunidades que a la población blanca, en un plano de estricta igualdad. La revolución comenzó por no hacer distingos de raza en sus filas. La representación ofrecida en los concejos municipales de las poblaciones ocupadas por las fuerzas revolucionarias a las personas de color, así lo puso de manifiesto. Cumplió el doble propósito de contar con todos los elementos integrantes de la población cubana y dió cabida en los organismos del gobierno local a las clases más modestas de la comunidad.

Sobre otras dos cuestiones más, de gran importancia, adoptó Céspedes una posición claramente definida ajustada a las declaraciones del Manifiesto. Fué una la de establecer el gobierno general con carácter de provisional y transitorio; la otra, la de fijar las relaciones del nuevo régimen cubano con la Iglesia.

Las medidas dictadas y puestas en práctica para la reorganización municipal de Bayamo y Jiguaní estuvieron acordes, según se ha expuesto, con los términos del Manifiesto del 10 de Octubre. El sistema no sufrió alteración en cuanto a la observancia de la legislación vigente. Bayamo, al propio tiempo que se reorganizaba su ayuntamiento, quedó proclamada capital provisional de la Isla, sede o asiento del gobierno de la revolución. Ya en funciones éste, al jefe del mismo, dentro del marco de la legislación en vigor, vinieron a corresponderle la denominación, las facultades y los deberes de la autoridad superior central de la Isla. Imponíase esto, a juicio de Céspedes, porque con tal autoridad superior central, el Capitán General, el más alto jefe político, administrativo y

militar de la Isla, estaban obligados a mantener relaciones prescriptas por la ley, los reglamentos y demás disposiciones gubernativas vigentes, los tenientes gobernadores, los concejos municipales, los funcionarios de la hacienda y de las demás instituciones de gobierno. Los funcionarios de todo orden, inclusive, en la medida regulada por la ley, los jueces y demás agentes del poder judicial, así en la esfera de lo criminal como de lo civil, estaban subordinados en la legislación colonial declarada vigente de manera provisional, al Capitán General de la Isla. Las relaciones mencionadas eran fundamentalmente de subordinación y obediencia. Las leyes prescribían que todos los organismos oficiales y los funcionarios y empleados reconociesen la autoridad superior del Capitán General de la Isla, y con ésta, la de las demás autoridades y los funcionarios en orden jerárquico, con obligación de secundarlos, seguir sus instrucciones y cumplir sus órdenes.

Mantenido en "Cuba Libre" el sistema local, vino a resultar lo más fácil, propio y hacedero, a juicio de Céspedes, el mantenerlo en lo general. Era la manera más sencilla y expedita de hacer marchar el gobierno y de resolver problemas y obviar dificultades, dentro de un régimen administrativo y político en el cual el Capitán General casi lo era todo. Lo indicado y lo procedente, si se aplicaba la legislación vigente en lo local, era aplicarla igualmente en lo tocante al gobierno general, única forma de no tener que legislar de improviso, sin la adecuada representación. Tomada esa vía, se usaría el procedimiento revolucionario de sustituir las personas. El capitán general español, dependiente de la metrópoli, autoridad superior de la Isla, debía ser substituído por un capitán general de Cuba Libre, que cesaría inmediatamente a la terminación de la guerra. A título de jefe supremo de la revolución, el cargo correspondía a Céspedes. Realizada la substitución de personas, las autoridades y los funcionarios locales podrían seguir cumpliendo lo prescripto en las leyes respecto a sus relaciones con la autoridad superior de Cuba. Esa autoridad no era ya Francisco Lersundi, representante de España en el Palacio de Gobierno de la ciudad de la Habana. Era Carlos Manuel de Céspedes, jefe superior de la revolución, en la ciudad de Bayamo y en todo el territorio de Cuba Libre.

Expeditivo en su simplicidad, el arreglo ofrecía, en el apremio del momento, la ventaja adicional para Céspedes de que revestido como estaba el Capitán General de Cuba por la legislación colonial de amplísimos poderes, en nada se mermaba la amplitud de facultades que le había sido conferida al general en jefe cubano, según lo preceptuado en el Manifiesto firmado en *La Demajagua*. Ofreció, en la práctica, no

obstante, el grave inconveniente de que asumía, aún cuando fuese provisionalmente, un cargo repudiado por los revolucionarios y la opinión liberal cubana en general.

Con la Iglesia, el proceder de Céspedes se ajustó a idénticos criterios. Masón, Venerable Maestro de la Logia de Manzanillo, en sus funciones de capitán general de Cuba, Céspedes entendió que debía mantener con el clero un orden de relaciones en un plano exactamente igual al que le correspondía a la autoridad superior de la Isla de acuerdo con las leyes coloniales. La bandera cubana, enarbolada en *La Demajagua*, debía ser bendecida en la Iglesia Parroquial bayamesa. La proclamación de la independencia de Cuba y la liberación de Bayamo y de parte del territorio del Departamento Oriental, debían solemnizarse con un *Te Deum* por el clero local. Al ser recibido en el templo, el capitán general de Cuba Libre debía acogerse con el ceremonial establecido para la autoridad superior española de la Isla. Se le conduciría bajo palio, y se le asignaría el lugar especial correspondiente en el templo a dicha autoridad. Estas prácticas eran las propias de un sistema. El clero católico, este era el hecho político esencial, hallábase obligado a reconocer la autoridad del capitán general de Cuba Libre. Debía, asimismo, guardarle los respetos y las consideraciones que según la ley, la costumbre y las prácticas corrientes de la Iglesia Católica, correspondían a la autoridad superior de Cuba. La revolución, por su parte, manifestaba con sus actos, de manera pública y solemne, que su independencia en materia religiosa no significaba necesariamente hostilidad a la Iglesia Católica. No consideraba a ésta, a priori, enemiga de la revolución ni de la causa de la independencia de Cuba. España, como poder colonial opresor, era una cosa; la Iglesia Católica era otra. Libre Cuba, las relaciones de la Iglesia con el Estado cubano y las de éste con aquélla, podrían mantenerse en el plano que se determinase de común acuerdo. En el ínterin, tales relaciones debían continuar siendo las correspondientes a un sistema cuya estructura general se mantenía en pie, aún cuando sólo fuese provisionalmente. El propósito de tratar de asegurarse la neutralidad de elementos que podrían llegar a ser enemigos de la revolución, era evidente. Lo era, asimismo, el de procurar lograr, de hecho, en cierta medida, el reconocimiento del gobierno de Cuba Libre por el poder universal de la Iglesia. En un orden político interno, convenía atraerse de manera conciliadora y hábil al clero local, cuya influencia era grande en las familias. Algunos sacerdotes cubanos, poco numerosos éstos, eran conocidamente separatistas. Objetivamente, esos fines se hicieron manifiestos en la política de Céspedes con

referencia al Catolicismo. Tratábase también de un fundado respeto a la religión de la mayor parte de la población cubana, reconocidamente católica.

La fase inicial de la acción revolucionaria y de la organización de un poder provisional encargado de dirigirla y de sustituir la autoridad española, en proceso de ser expulsada de la Isla, comprendió otros dos particulares de valor político, simbólico y emocional. Fueron éstos, la adopción de una bandera para la nueva nación, la llamada "bandera de La Demajagua", distinta de la usada por Narciso López en sus intentos de invasión de Cuba, y la de un himno de inspiración popular, destinado a avivar y enardecer el espíritu patriótico, y a sostener al pueblo cubano en la lucha y el sacrificio: el "Himno de Bayamo" que, con ligeras alteraciones, es el Himno Nacional de Cuba en la actualidad (1).

La histórica bandera de La Demajagua o de Yara, nombres con los cuales se le suele designar, fué confeccionada en horas inmediatas al alzamiento en medio de una excitación febril. Al formarla con las escasas telas que se tenían a mano, Céspedes se inspiró en la de la república de Chile. Según una versión histórica, ninguna de las personas reunidas en La Demajagua el 10 de octubre, recordaba con exactitud la bandera tremolada en Cárdenas y en Las Pozas por el general Narciso López y por Joaquín de Agüero en Camagüey, en los años 1850 y 1851. Agrega la misma fuente, que algunos de los presentes en La Demajagua el citado día, estimaron de buen augurio el que no se hubiera podido reproducir la bandera de López y Agüero; había sido siempre muy desgraciada, a juicio de ellos. La versión induce a creer que hubo alguna inclinación, subconsciente o intencionada, a confeccionar una nueva bandera, distinta de la de López, y que se tomó de modelo, premeditadamente, la chilena.

Beligerante contra España en la guerra del Pacífico, el Gobierno de Chile había venido realizando esfuerzos para promover una insurrección contra España en Cuba. El agente confidencial de Chile en los Estados Unidos, Vicuña Mackenna, escritor y periodista muy distinguido, entró en relación en Nueva York con la Sciedad Republicana de

(1) La bandera con que Céspedes proclamó la independencia de Cuba en La Demajagua, el 10 de octubre de 1868, fué confeccionada por la joven Candelaria Acosta, con arreglo a las indicaciones del propio Céspedes. Esta bandera pudo ser conservada, y se encuentra en la actualidad en el salón de sesiones de la Cámara de Representantes.

El Himno Nacional fué compuesto, tanto en su letra como en su música, por el ilustre patriota bayamés Figueredo. Se cantó por primera vez con gran entusiasmo en las calles de Bayamo, el 18 de octubre, al ser invadida y tomada la legendaria ciudad por los insurrectos al mando de Céspedes.

Cuba y Puerto Rico, formada por un muy corto número de exilados cubanos y portorriqueños. Era su propóstio inducirlos a promover una insurrección contra España en ambas islas. Con fondos proporcionados por el gobierno chileno, Vicuña Mackenna fundó el periódico "La Voz de América", destinado a la propaganda insurreccional. De una tirada de 4,000 ejemplares, 1,400 se hacían circular secretamente en Cuba (1). En 1866, el gobierno chileno, para estimular a los separatistas cubanos y portorriqueños, les ofreció seguridades de que autorizaría el uso de la bandera de Chile en los buques que pudiesen armar en corso contra España una vez que estallase la insurrección (2). Céspedes y los más importantes jefes de la conspiración en Oriente estaban al cabo de estos hechos. La simpatía que todos sentían por Chile era muy viva, y la bandera de la nación amiga, dispuesta a prestar ayuda a los cubanos para la conquista de su independencia, era conocida y amada como el símbolo de una república libre de las Américas que había vencido a España en la lucha chilena por la libertad. En tal virtud, Céspedes, inspirándose en la bandera chilena, imaginó una bandera nueva que, luciendo los mismos colores y la forma de la de Carreras y O'Higgins, se diferenciase del modelo en la disposición de aquéllos (3). Las banderas de Colombia, Venezuela y Ecuador estaban compuestas de los mismos colores que la de Chile, con ligeras variantes. Para evitar posibles confusiones, Céspedes tomó un lápiz y creó la bandera de La Demajagua, usando los dichos colores, pero dándoles distinta disposición. El rojo, con el blanco, ocuparían la parte superior; el azul marino, se extendería a lo largo de la inferior, situándose la estrella blanca en el centro del cuadro rojo (4). La bandera cubana actual, ideada y confeccionada veinte años antes que la de La Demajagua, había tenido como fuente de inspiración la bandera de los Estados Unidos, país democrático y libre, en el cual hallaban hospitalidad los revolucionarios cubanos, y en la de Texas, con su "lone star", antes de anexarse a la Unión americana.

Narciso López había ideado una bandera, para la insurrección que se proponía hacer estallar en Cienfuegos y Trinidad (5). Fracasado el in-

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. Obra citada, págs. 581-583.

(2) GAY CALBÓ, ENRIQUE. *La Bandera, El Escudo y el Himno*. Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1945, pág. 21.

(3) CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y DE QUESADA. *Las Banderas de Yara y Bayamo*. París, 1929, págs. 28 y 29.

(4) *IBIDEM*. Pág. 29.

(5) GAY CALBÓ, ENRIQUE. *El Centenario de la Bandera (1849-1949)*. Discurso leído en la sesión solemne celebrada en la Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1949, págs. 7 y 8.

tento y escapado el general López a los Estados Unidos, el 28 de junio de 1848, en una reunión de exilados separatistas cubanos en Nueva York, en la casa del poeta y dibujante Miguel Teurbe Tolón, sugirió la confección de una bandera para Cuba Libre, la actual bandera oficial de la República, distinta de la primera que proyectara él mismo en el curso de la frustrada conspiración en la Isla. Versiones muy dignas de crédito, aseguran que esta otra bandera fué conocida y hecha circular en Cuba, inclusive en Oriente, antes y después de que el general López la hiciese flamear en Cárdenas, y de que Joaquín de Agüero e Isidoro Armenteros derramasen por ella su sangre en sus desgraciadas tentativas insurreccionales (1). Parece dudoso, aunque es admisible, que ninguna de las personas reunidas en La Demajagua para el alzamiento del 10 de octubre de 1868, recordase como estaba compuesta la bandera hecha flamear en Cárdenas por López, en vista de los hechos expuestos. Sea como fuere, la bandera de La Demajagua fué la que se usó en Oriente durante los primeros seis meses de la guerra.

El himno fué obra de los bayameses. Según versión autorizada, a mediados de agosto de 1867, en el bufete de Pedro Figueredo reunieron con éste, Francisco Maceo Osorio y Francisco Vicente Aguilera para cambiar impresiones sobre proyectos de revolución e independencia. En el curso del intercambio de ideas, convinieron en la necesidad de que un himno, a semejanza de "La Marsellesa" en Francia, enardeciera el espíritu de los patriotas, dispuestos a luchar hasta la muerte por la libertad de Cuba. Maceo Osorio expresó a Figueredo que siendo éste músico, correspondíale el honor de componer la Marsellesa cubana. Aceptada por Figueredo la encomienda, en la madrugada de aquella misma noche, 14 de agosto de 1867, quedaron compuestas la música y las estrofas del himno. Manuel Muñoz, modesto músico bayamés, patriota de corazón, encargóse de realizar la orquestación del himno, completando en esa forma la obra de Figueredo. Según una versión histórica, el gobernador de Bayamo, coronel Udaeta, al escuchar en cierta oportunidad la música del que habría de ser poco después himno de guerra cubano, cantado en aquel caso con la letra de una canción popular, apreció que tenía el carácter de una marcha militar, sin que, no obstante su sospecha, tomase determinación alguna. Cuando más tarde, prisionero en Bayamo en poder de los insurrectos, escuchó el himno cantado con su verdadera letra por la muchedumbre rebosante de júbilo, Udaeta comprendió, aunque tarde, que había estado en lo cierto al sospechar que se trataba de un canto bélico. Manuel Muñoz, el mo-

(1) GAY CALBÓ, ENRIQUE. *IBIDEM.*

desto co-autor del himno con Figueredo, fué uno de los dos regidores del ayuntamiento de Bayamo, representantes del sector de personas de color libres, al ser reorganizado el Concejo Municipal por Céspedes. Con la bandera y el himno, la revolución tuvo la enseña representativa de Cuba libre que flamearía en los combates por la independencia, y la música inspiradora de la devoción a la patria, unificadora del sentimiento cubano y estimuladora de los sacrificios por la libertad y el engrandecimiento de Cuba.

CAPÍTULO V

OFENSIVA ESPAÑOLA CONTRA BAYAMO

Los primeros días del alzamiento de 10 de octubre transcurrieron en medio de la sorpresa y la confusión consiguientes. Culminaron en la exaltación jubilosa de la toma de Bayamo y en los primeros pasos en firme para la organización del Ejército Libertador y la del territorio liberado, según se dejó expuesto en el capítulo IV.

Inicialmente afirmado en su posición de jefe del movimiento revolucionario, es decir, de jefe de un gobierno provisional cubano que se daba por existente al quedar proclamada la independencia, a Céspedes se le plantearon desde el mismo día de su victoria bayamesa numerosos problemas militares, políticos, administrativos y sociales de gran importancia. Al mismo tiempo, comenzó a tropezar con las dificultades de una oposición más o menos abierta dentro del campo revolucionario, por diversas causas, entre otras, por la forma en que se había erigido en jefe de la revolución, aparte de la inmediata reacción contraria de los peninsulares y de las autoridades españolas, tanto militares como civiles. La oposición dentro del campo revolucionario se produjo en Bayamo más marcadamente, y en algunas otras partes del área en armas, en lo que toca a Oriente. En Camagüey, donde los jefes de la conspiración se manifestaron inconformes con el acto de Céspedes de haber precipitado el estallido de la revolución, el descontento fué mayor aún, y la oposición contra Céspedes más determinada y fuerte.

En la zona cafetalera de El Cobre, se hizo sentir la primera resistencia armada antirrevolucionaria. Propietarios y comerciantes organizaron a su costa una fuerza de caballería para la defensa de los cafetales y la población. En Holguín y Tunas, lugares donde la guarnición española se dispuso a la resistencia, estuvo asimismo, fuertemente apoyada por el vecindario, los comerciantes principalmente. Por último, produjose también la vigorosa reacción hostil de la autoridad superior española de la Isla, capitán general Francisco Lersundi.

Ignorando todavía el estallido de la insurrección, el general Lersundi, al siguiente día de haber proclamado Céspedes la independencia de Cuba en La Demajagua, continuaba gravemente preocupado por la

revolución de septiembre en España, por el destronamiento de Isabel II y por el establecimiento de un gobierno provisional, encabezado por Francisco Serrano y Juan Prim. El primer paso de Lersundi al recibir las noticias de los graves sucesos producidos en "la Península", consistió en dictar una orden del día a los soldados, milicianos y voluntarios, en la que les declaró que en la metrópoli habían tenido lugar graves sucesos, pero que felizmente reinaba completa tranquilidad material en toda España. En tales circunstancias, recordaba a los militares a quienes se dirigía, a título de autoridad superior en la Isla, que ellos eran españoles; que España tenía confiados a la lealtad y al cuidado de sus fuerzas armadas, la paz e integridad del territorio cubano, parte integrante de la nación española, y el amparo y protección de sus honrados y laboriosos habitantes; y les manifestaba que si alguien atentara contra cualquiera de esos objetos queridos, el capitán general esperaba que soldados, milicianos y voluntarios cumplirían como siempre su deber, como él estaba dispuesto a cumplir con el suyo. Ese mismo día, 11 de octubre, Lersundi dirigióse también a los habitantes de Cuba, informándoles de los mismos graves acontecimientos ocurridos en la metrópoli, y apelando a todos para que contribuyesen a mantener en paz la Isla, la tranquilidad pública, el orden y "la integridad nacional".

Las primeras informaciones recibidas el día 11 por Lersundi, respecto al movimiento revolucionario iniciado en La Demajagua, restaban importancia al mismo, pero una semana más tarde, la rendición de Udaeta y la ocupación de Bayamo por los insurrectos, le hicieron comprender la gravedad de la situación. Sus primeras medidas se dirigieron inmediatamente a la reocupación de Bayamo. Con tal propósito ordenó la salida de Manzanillo del teniente coronel Juan López del Campillo, con las fuerzas de que pudiera disponer, contra Bayamo, y la del coronel Quirós, con setecientos hombres y una pieza de artillería, de la Ciudad de Santiago de Cuba, con el mismo objetivo militar. A la vez, comenzó a dictar medidas enérgicamente represivas.

En 20 de octubre, el capitán general español dió publicación en la *Gaceta Oficial* a un bando en el que fijó la política a seguir contra los revolucionarios y las medidas de represión que debían ponerse en práctica por las autoridades en toda la Isla. Turbado el orden público en algunas localidades del Departamento Oriental, decía Lersundi, y siendo conducente robustecer la acción firme, eficaz y pronta de la autoridad pública para que el castigo de los que desoyesen la voz del deber fuera tan ejemplar y ejecutivo como las circunstancias lo exigían, había tenido a bien disponer que las Comisiones Militares establecidas por decreto de 12 de enero de 1868, conociesen a partir de la fecha del bando,

con la exclusión de toda jurisdicción y fuero, de los delitos de traición, rebelión y sedición; que quedasen sujetos, en consecuencia, al juicio y fallo de dichas Comisiones Militares, todos los que se alzaren públicamente para destruir la integridad nacional, los que bajo cualquier pretexto se rebelasen contra el gobierno o las autoridades constituídas o trastornasen de cualquier modo el orden público, los que redactasen, imprimiesen o circularasen escritos con noticias subversivas, los que interrumpiesen las comunicaciones telegráficas, los que destruyesen o interceptasen la correspondencia pública, los que destruyesen las vías férreas u opusiesen obstáculo en los demás caminos públicos para proteger a los revolucionarios, los conspiradores y los auxiliares de quienes cometiesen cualquiera de los mencionados delitos, así como sus cómplices y encubridores. En la tramitación de las causas, debían observarse los términos breves y perentorios marcados en las Ordenanzas del Ejército; en la designación de las penas, las leyes comunes del Reino, vigentes en Cuba. Lo dispuesto por la Capitanía General, no derogaba ni modificaba los bandos y disposiciones que hubieren dictado o dictasen, en uso de sus facultades propias o delegadas de la Capitanía General, los gobernadores militares de los distritos en que la rebelión se había manifestado o se manifestara, o los jefes de las fuerzas que operasen contra los insurrectos.

Al dictar el bando mencionado, Lersundi se situó en una posición diametralmente opuesta a la mantenida por Céspedes en el Manifiesto del 10 de octubre. Repelió toda idea de reconocer a los insurrectos como una fuerza enemiga con derecho a ser tratada con sujeción a las leyes de la guerra civilizada, y calificó a los alzados en La Demajagua y demás lugares del Departamento Oriental, de traidores, rebeldes y sediciosos, según los términos del bando. Los campos quedaron perfectamente deslindados. La metrópoli no tomaba en cuenta que la insurrección de Cuba era similar a las de sus colonias en la América, las cuales, tras años de lucha habían quedado victoriosas y conducido al establecimiento de repúblicas independientes, reconocidas al fin y al cabo por España, y con las que ésta mantenía relaciones ajustadas a los principios del derecho internacional entonces vigente. Toda idea de arreglo o de transacción con los revolucionarios cubanos que aspiraban a la independencia quedaba rechazada de plano por el bando de Lersundi, dispuesto a que fuesen castigados sumariamente con las más severas penas, por tribunales militares de excepción.

Al extenderse el alzamiento a extensas zonas del Departamento Oriental, causó inevitablemente desde el primer momento una profunda perturbación de las condiciones de la vida en las mismas. Paralizó

casi por completo las actividades corrientes de la agricultura, la industria y el comercio. Creóse una situación de incertidumbre, intranquilidad, desorden e inseguridad, no obstante todos los esfuerzos por evitarlo de los jefes insurrectos y las garantías ofrecidas en el Manifiesto del 10 de octubre, reforzadas en un bando de Céspedes, fechado en 13 de noviembre, en respuesta al de Lersundi, una vez que éste fué conocido por el jefe cubano. Al propagarse la revolución hacia el este, en dirección al área de los cafetales, en el distrito de El Cobre, jurisdicción de Cuba, y en las estribaciones de la Sierra Maestra al norte de Santiago y en dirección a Guantánamo, los cafetaleros temieron que la marea revolucionaria barriese sus propiedades, sublevase sus numerosas dotaciones de esclavos y arrasase sus bellas fincas, la principal riqueza de toda la extensa zona montañosa mencionada. Ajenos en gran parte a la gran lucha por la independencia, el instinto de conservación y la inminente amenaza de destrucción de sus propiedades condujo a cafetaleros, comerciantes y terratenientes peninsulares o españolizados, a aprestarse a la defensa, y a organizar por su propia cuenta la fuerza armada ya dicha para contener la revolución en los límites del partido de El Cobre. Puestos de acuerdo los propietarios de las fincas rústicas dedicados al cultivo del café, y los comerciantes españoles del poblado, la fuerza armada sostenida y pagada por ellos, unos setenta hombres, quedó al mando del teniente pedáneo, Jesús Pérez. Esta primera oposición armada de carácter local a la revolución pudo ser eliminada, gracias a que Pérez, cubano habituado a la vida del campo, después de varias entrevistas con Donato Mármol, decidió pasarse a las fuerzas insurrectas con la guerrilla de su mando, bien armada y municionada.

Desde la zona de Bayamo, las fuerzas insurrectas bayamesas en cooperación con los cubanos alzados en las jurisdicciones de Holguín y Tunas, trataron de ocupar la ciudad de Holguín y el estratégico poblado de Tunas. Centro de un área de numerosa población blanca, abundante en recursos de todas clases, Holguín se hallaba en comunicación con Gibara, su puerto en la costa norte. La pérdida de Holguín privaría a las fuerzas españolas de una base de operaciones de gran valor en el norte del Departamento, centro de una vasta red de caminos a todos los numerosos partidos de la jurisdicción, y de otros a Tunas, Puerto Príncipe, Bayamo y Cuba. Al noroeste de Bayamo, casi equidistante de Holguín por el camino de Camagüey a Bayamo, y de Holguín a Santiago de Cuba, Tunas era otra base estratégica importante. La pérdida de ambas poblaciones privaría a los españoles de todo punto de apoyo en el interior de la mitad occidental de Oriente, dejándolos

reducidos a la posesión de Manzanillo, al este, de Gibara, al norte, y de Santiago, al sur.

El jefe militar español de Holguín, comandante Francisco Camps y Feliú, tan pronto tuvo noticias de la sublevación de Céspedes en la Demajagua, dictó disposiciones para poner a la plaza en estado de defensa y mantener el orden a toda costa, dispuesto a resistir cualquier ataque de los insurrectos. El jefe cubano de aquella jurisdicción, general Julio Grave de Peralta, terrateniente holguinero, quien con su hermano Belisario de los mismos apellidos, abandonó su finca para tomar parte activa en la revolución, apreciaba el valor estratégico de Holguín para las fuerzas españolas y su importancia como centro de acción para los insurrectos en todo el norte del Departamento. Tuvo, pues, como su primer objetivo la ocupación de la ciudad. En 30 de octubre, las fuerzas de su mando, con el concurso del general venezolano al servicio de la causa de la independencia, Amadeo Manuit, enviado por Céspedes en apoyo de Peralta, penetraron en la ciudad e intimaron la rendición de la guarnición española. Camps y Feliú, atrinchado con sus fuerzas en una gran casa de mampostería, que ha pasado a la historia con el nombre de "La Periquera", rechazó la intimación y abrió fuego sobre las fuerzas insurrectas. Sin artillería para batir el baluarte español y sin fusiles ni municiones bastantes para abrumar a la guarnición con un fuego superior al de ésta, los sitiadores no pudieron rendir a la guarnición durante un asedio de varias semanas, hasta quedar de hecho levantado el sitio, en 6 de diciembre, día en que Camps y Feliú recibió el auxilio de una fuerte columna procedente de Gibara.

Tunas también resistió el ataque cubano. Dos días antes de iniciarse éste contra el baluarte holguinero, desde Puerto Príncipe marcharon a reforzar a Tunas, enviados por el brigadier Mena, una compañía del batallón de la Corona y un escuadrón de caballería. La posición estratégica del poblado era apreciada por el mando español tanto como por los insurrectos cubanos. La jefatura superior de los tuneros alzados en armas habíala asumido Vicente García, uno de los primeros jefes de la conspiración en el Departamento Oriental, que en lugar seguro de su zona tunera facilitó el reunirse a los primeros conspiradores. Prevenida la guarnición española, auxiliada por el comercio local, del inminente ataque al poblado, y reforzada por las fuerzas enviadas por Mena desde Puerto Príncipe y por otras desembarcadas en Manatí procedentes de la Habana, Tunas rechazó los continuados ataques del jefe cubano. Al impedir que pudiese ser tomado el importante centro de operaciones y de abastecimientos del extenso territorio

comprendido entre Camagüey y Holguín por una parte, y entre Camagüey y Bayamo por otra, los españoles se aseguraron una importante ventaja.

Aparte de las primeras manifestaciones de reacción militar española en Oriente, Céspedes se tropezó con el obstáculo de la resistencia inicial de los jefes de la conspiración en Camagüey, en cuanto a secundar, como lo habían hecho Francisco Vicente Aguilera y los demás jefes del Departamento de Oriente, la insurrección iniciada en La Demajagua, y a aceptar la jefatura militar y política asumida por él. Esa negativa y la actitud ambigua de Napoleón Arango, inclinado a entrar en negociaciones con Valmaseda sobre lo que se llamó el "programa de Cádiz" (1), impidieron a los camagüeyanos el realizar un ataque por sorpresa a la ciudad de Puerto Príncipe, en la que el gobernador militar y civil brigadier Julián Mena, habíase puesto a la defensiva, encerrándose con sus fuerzas en el convento de la Merced. Mientras tanto, Lersundi, convencido ya de la gravedad de la situación, además de dictar las disposiciones mencionadas, designó al general Segundo Cabo, Blas de Villate, conde de Valmaseda, jefe de operaciones en Oriente, con orden de partir para Manzanillo, vía del surgidero de Batabanó. Valmaseda debía batir a los insurrectos en la zona manzanillera, recuperar a Bayamo, dirigirse a Tunas y marchar a Camagüey, a fin de imponer respeto en la provincia y mantenerla sumisa.

Al efectuar su desembarque en Manzanillo, al frente de sus tropas, Valmaseda encontróse con una situación más seria de lo que se pensaba en La Habana. La plaza estaba incomunicada con el interior y prácticamente rodeada por fuerzas insurrectas dispuestas a obstaculizar la marcha del Conde a Bayamo. Informado el jefe español de que Napoleón Arango había pasado a Oriente a entrevistarse con Céspedes y a tratar de inducirlo a entrar en arreglos con la metrópoli a base de la aceptación del ya dicho programa de Cádiz, Valmaseda logró entrar en comunicación con el jefe camagüeyano e intentó asimismo hacerlo con los jefes manzanilleros, con el resultado de obtener de éstos una rotunda repulsa, en carta firmada por Francisco Vicente Aguilera, Lucas del Castillo y Joaquín Acosta (2).

En marcha ya la guerra en Oriente, cada bando beligerante se dispuso a proseguir sin pérdida de tiempo la conquista de sus objetivos esenciales. Los de los insurrectos estaban claramente definidos. Debían

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, págs. 644-646.

(2) PIRALA. *Anales de la Guerra de Cuba*, vol. 1, págs. 300-301. La carta de los tres jefes cubanos en contestación a una circular de Valmaseda terminaba manifestándole estar dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre antes que deponer las armas que habían empuñado en defensa de los imprescriptibles derechos de Cuba a su libertad e independencia.

apresurarse a extender y afianzar el alzamiento con la mayor rapidez, en todo el Departamento Oriental, y a apoderarse de las poblaciones de valor estratégico para el enemigo en el interior de Oriente. Los de las fuerzas españolas eran igualmente claros: impedir que la insurrección se propagase, batirla, y aplastarla en las posiciones ocupadas por los insurrectos en los primeros días de la sorpresa.

El arte de dirigir las operaciones militares hasta enfrentar en el terreno del combate las fuerzas enemigas —la estrategia— no tiene aplicación solamente en las grandes guerras entre poderosos Estados. Aún en luchas del carácter de la guerra cubana de los Diez Años, bajo la aparentemente caótica multitud de pequeños y grandes encuentros, asaltos a poblaciones, ataques a convoyes, escaramuzas y movimientos incesantes de las fuerzas contendientes, en un ir y venir casi imposible de seguir ni en los más detallados mapas disponibles, hay, en el fondo, una estrategia implícita. Resulta determinada por la topografía, las vías de comunicación, las fuerzas contendientes y los recursos de cada beligerante, en relación a los objetivos generales de éstos. La estrategia de los insurrectos cubanos, además de tender a propagar y afianzar la revolución en la mayor extensión posible del territorio, y apoderarse de las poblaciones del interior que pudieran servir de base de operaciones al enemigo, los llevaba a asediar estrechamente las ciudades y poblaciones costeras, fortificadas por los españoles, bases utilizables por éstos para los avances al interior. Estos objetivos estratégicos se hicieron ostensibles con la toma de Jiguaní, Baire, Bayamo y varios poblados de mayor o menor número de habitantes; con los ataques a Holguín y Tunas, y con la estrecha vigilancia, prácticamente un asedio, de Manzanillo, Santiago de Cuba, Manatí y Gibara, puertos los dos últimos de Tunas y Holguín respectivamente. Las fuerzas españolas después del doble esfuerzo inútil de los coroneles Campillo y Quirós, dirigidos en combinación con el objetivo de recuperar a Bayamo, se concentraron en la defensa de Holguín y Tunas, en la protección de Manzanillo y Santiago de Cuba, en la de Manatí y Gibara, y en mantener abiertas las líneas de comunicación entre todas sus bases y centros de operaciones. Estas actividades, esencialmente defensivas, les permitirían ganar tiempo y acumular tropas y material de guerra en número suficiente para los avances ofensivos posteriores en el interior.

Céspedes designó al general Donato Mármol, bajo la superior dirección de Luis Marcano, Teniente General Jefe de Operaciones, para el mando del vasto sector militar de Cuba, que comprendía las jurisdicciones de Cuba, Jiguaní, Guantánamo y Baracoa. Holguín tuvo su jefe local, el general Julio Grave de Peralta.

Con su considerable extensión y su posición estratégica al oeste, intermedia entre Oriente y Camagüey, Tunas constituyó un mando aislado, con Vicente García al frente del mismo y Francisco Muñoz Rubalcava, de segundo jefe. La importante jurisdicción de Bayamo, al norte y sur del Cauto, y la de Manzanillo, triángulo con su base en la línea limítrofe con Bayamo y su vértice en Cabo Cruz, quedaron al mando de los generales Modesto Díaz, Francisco Vicente Aguilera, y Luis Marcano. Las fuerzas de estos jefes tuvieron como objetivo el mantener activa la insurrección en las dos jurisdicciones y en constante alarma a Manzanillo, vigilado y asediado estrechamente, hasta que se pudiese disponer de elementos ofensivos para el asalto de la plaza. Con los jefes mencionados operaban otros igualmente distinguidos: Manuel Calvar, Bartolomé Masó, Francisco Javier de Céspedes, Jaime Santiesteban, Luis Figueredo, Juan Hall y varios más. En esta forma, quedaron bosquejados, en principio, los que habrían de ser los tres grandes sectores militares de la revolución en Oriente: Holguín y Cuba; Tunas; Bayamo y Manzanillo, sector este último denominado más tarde "Provisional de Cauto".

Por su parte, el capitán general Lersundi, a la primera noticia de la insurrección, aún cuando no le concedió gran importancia, dispuso la inmediata salida de un batallón de Cazadores de San Quintín para el Departamento Oriental. Tres compañías con el jefe del batallón a su frente, debían desembarcar en Manzanillo. Sus instrucciones eran iniciar inmediatamente operaciones ofensivas contra los insurrectos. Las tres compañías restantes despachadas desde la Habana, por la costa norte, se destinaron a Gibara, con la misión de reforzar a Holguín. Conocedor del estado de opinión en Camagüey, Lersundi abrigaba el temor, de que si no se aplastaba pronto el alzamiento en Oriente, se extendería al Departamento Central. Estas primeras disposiciones se dictaron el 12 de octubre. El 17, ordenó la salida para Manzanillo de un escuadrón con cien caballos, del regimiento de la Reina, vía Batabanó, destacado en San Antonio de los Baños, y el embarque del Segundo batallón de la Habana, con destino a Manatí, al mando del coronel Loño, designado jefe de operaciones en la jurisdicción de Tunas. De Manatí, Loño debía marchar a situarse en Tunas. El Capitán General despachó el 23 para Nuevitas el batallón de Cazadores de Bailén, y el 24 el primer batallón del Regimiento de la Habana para Manzanillo, por el sur. Los propósitos de Lersundi eran acumular fuerzas en Manzanillo contra Bayamo; en Holguín y Tunas, para la defensa de ambas posiciones estratégicas, cooperar a la recuperación de Bayamo, y vigilar estrechamente a Camagüey.

La ocupación de Bayamo por Céspedes y la propagación del alzamiento revolucionario en gran parte del Departamento Oriental, no dejaron duda alguna a Lersundi respecto a la gravedad de la insurrección. Al objeto de asegurar sobre el terreno la unidad de mando, designó al general segundo cabo, Blas de Villate, Conde de Valmaseda, como quedó dicho, jefe de operaciones, quien partió de la Habana inmediatamente, a tomar el mando de todas las fuerzas españolas en campaña. La designación debióse a la elevada autoridad que daba al Conde el cargo de segundo jefe militar y civil de la Isla, con la ventaja de que Valmaseda había sido Comandante General del Departamento de Oriente y Gobernador de Puerto Príncipe. Conocía, pues, el terreno donde habría de operar y tenía relaciones con los núcleos de peninsulares de las zonas donde se había producido la insurrección. Investido de amplias atribuciones en lo militar y lo civil, Valmaseda partió hacia Manzanillo por la costa sur, vía Batabanó, el 6 de noviembre. Había sido precedido por una sección de artillería de montaña despachada para Nuevitas y otra para Manzanillo los días 2 y 5 respectivamente. Lersundi apresuróse a acumular todas las tropas disponibles en los lugares estratégicos más convenientes. Valmaseda arribó a Manzanillo acompañado de los jefes y oficiales de su cuartel general y de un nuevo comandante militar designado para el Departamento de Oriente, General Fructuoso García Muñoz, en sustitución del General Joaquín Ravenet en Santiago, de un nuevo jefe para Manzanillo, el Coronel Ampudia, y de otros militares más.

La salida de Valmaseda de la Habana coincidió con la noticia de los primeros brotes revolucionarios en Camagüey. Confirmado el hecho, indujo a Lersundi a cambiar en parte sus planes. Despachó una orden al Conde de que aplazase el ataque a Bayamo y se trasladase rápidamente a la ciudad de Puerto Príncipe, vía Santa Cruz del Sur. Valmaseda debía prevenir y contener la insurrección en Camagüey, evitando que los pocos alzados camagüeyanos engrosasen sus filas, y empujándolos en dirección a Oriente. Logrado ese objetivo, el Conde debía marchar a Tunas, combinar sus operaciones con las del Coronel Loño, situado en dicha estratégica población, y dirigirse sobre Bayamo ⁽¹⁾. Concentrada su atención en Camagüey, Lersundi hallábase dominado por la idea fija de evitar un mayor alzamiento en el Departamento e impedir la unión de los pocos insurrectos camagüeyanos en armas con los de Tunas, Bayamo y Manzanillo. De esta manera, en los primeros días de noviembre quedaron definidos los objetivos del mando español

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, págs. 660-661.

y en marcha hacia el frente los jefes y las tropas encargados de realizarlos.

Arribado a Manzanillo, cuya situación era insegura en 8 de noviembre, Valmaseda había movido los resortes políticos a la vez que preparaba las operaciones militares, según quedó expuesto. Fracasó en sus intentos con los jefes orientales, pero tuvo éxito con Napoleón Arango. Acogidas favorablemente en principio por éste las proposiciones pacifistas de Valmaseda, dirigióse rápidamente a Camagüey, a fin de actuar de mediador entre los camagüeyanos separatistas y el jefe español. Grupos de insurrectos de más de doscientos hombres al mando de Angel del Castillo, Bernabé de Varona y otros patriotas, hallábanse ansiosos de atacar al Conde, en su marcha de Santa Cruz a Puerto Príncipe, pero la mediación de Napoleón Arango, haciendo valer su condición de influyente jefe revolucionario, logró disuadirlos del propósito y convencerlos de que debían esperar. Gracias a ello, Valmaseda arribó sin disparar un tiro a la capital camagüeyana (1).

El estado de la opinión en la ciudad, la frialdad con que fué recibido y la disposición favorable a la insurrección que pudo apreciar en los principieños, permitieron a Valmaseda darse cuenta de la gravedad de la situación. En 20 de noviembre, al día siguiente de su llegada a la cabecera del Departamento Central, publicó una alocución apaciguadora. Sus ofertas de franquicias y concesiones de parte del gobierno de Madrid no produjeron efecto alguno favorable a sus propósitos. A los camagüeyanos partidarios de la independencia no les importaban ya las concesiones que el gobierno de la Metrópoli les prometiese para lograr que depusieran las armas; aspiraban a ponerle término a la dominación española (2). Conocido por el jefe español el resultado de una junta celebrada por los insurrectos en Las Minas (26 de noviembre de 1868) en la que púsose de manifiesto que Napoleón Arango había perdido su influencia en el campo cubano, y de la decisión de la mayoría de proseguir la lucha, el fracaso de sus gestiones le irritó vivamente. Un nuevo bando, dictado en su condición de jefe de las operaciones militares, similar al publicado por Lersundi en 20 de octubre, impuso penas severísimas—de fusilamiento inclusive—a cuantos prosiguiesen la lucha contra España. En cumplimiento de dicha disposición, el 7 de diciembre se efectuaron las primeras ejecuciones, fusilados en Camagüey dos prisioneros cubanos, Agustín Padilla y Manuel Barroso, primeras vícti-

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, págs. 661-662.

(2) "El General pudo ver después de su alocución al presentarse en público más rostros adustos y desdeñosos que amigables o deferentes siquiera... Napoleón Arango sólo arrastró consigo a una docena de personas que volvieron a poco a las filas insurrectas." PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. I, pág. 306.

mas del bando feroz de Valmaseda (1). Sustituída en esa forma su política de paz por la de guerra a muerte, el Conde se apresuró a trasladarse a Nuevitas. Su objetivo era doble: restablecer las comunicaciones ferroviarias entre Puerto Príncipe y su salida marítima del norte, interrumpidas por los insurrectos, y dirigirse por mar a la Habana. Proponíase informar a Lersundi, obtener de éste refuerzos y artillería, y regresar con rapidez para marchar contra Bayamo por tierra, desde San Miguel de Nuevitas. En su avance a lo largo de la vía férrea, Valmaseda chocó con las fuerzas insurrectas al mando de Augusto Arango, Eduardo Agramonte y otros jefes camagüeyanos en Bonilla, hallándose en las filas cubanas Ignacio Agramonte también. El recio combate confirmó las previsiones del jefe español respecto a la decisión de los insurrectos de luchar hasta el fin. Hostilizado desde algunas fincas, las destruyó por el fuego, arribó al puerto y el 11 de diciembre embarcó para la Habana (2). De regreso el 20 del mismo mes, con refuerzos considerables, emprendió desde San Miguel, como se proponía, dos días más tarde, su marcha contra Bayamo, vía Cascorro, Guáimaro y Tunas, al frente de una poderosa columna de más de 2,000 hombres de las tres armas, con cuatro piezas de artillería y un numeroso convoy de vituallas y material de guerra, transportado en carretas y a lomo. El comandante Valeriano Weyler y Nicolau, con experiencia de la guerra en el trópico adquirida en Santo Domingo, en lucha contra los dominicanos opuestos a la incorporación a España, acordada por el Presidente Santana, era el jefe de estado mayor de Valmaseda. Otros jefes y oficiales veteranos de la misma guerra formaban parte de la fuerte columna.

Mientras los enemigos preparaban su ofensiva, Céspedes continuó la mayor parte del tiempo en Bayamo, dedicado a resolver los urgentes problemas que le creaban la organización del gobierno de la ciudad y del territorio ocupado por la insurrección, y a mantener la vigilancia y el asedio sobre Manzanillo. Muy pendiente del resultado, que esperaba fuese favorable, de los ataques cubanos a Holguín y Tunas, infructuosos al fin y al cabo, no era procedente retirar de dichos dos lugares las fuerzas conque contaban Julio Grave de Peralta en el primero y Vicente García en el segundo. Los insurrectos de Jiguaní y Cuba, bajo la jefatura superior, más nominal que efectiva, del general Luis Marciano en el carácter de éste de teniente general jefe de operaciones, hallábanse bajo el mando directo de Donato Mármol. Secundado eficazmente por los jefes a sus órdenes, Mármol comenzó a llevar adelante el

(1) TORRES LASQUETI, JUAN. Obra citada, pág. 312.

(2) PIRALA. Obra citada, vol. I, pág. 307.

propósito de extender el alzamiento a la zona cafetalera del Cobre, situado en uno de los caminos que conducían de Santiago a Bayamo, a Palma Soriano y a las proximidades de la ciudad de Santiago de Cuba. En la marcha sobre el Cobre, paso inicial de la ejecución de esos planes, Marcano y Mármol tropezaron por primera vez con una fuerte resistencia. Combinaron la amenaza de ataque a la villa con la mediación de personas influyentes de ésta, interesadas en evitar que pudiese llegar a ser incendiada, pero no lograron forzar la guarnición a rendirse, la cual fué socorrida a tiempo por una columna española enviada desde Santiago. Sin embargo, acabaron por asegurar el triunfo, al forzar la retirada de la columna de auxilio, la cual regresó a Santiago con el corto número de defensores del poblado, ocupado inmediatamente por los cubanos.

Establecidas en el Cobre, las fuerzas insurrectas cerraron uno de los más importantes caminos por los cuales podían avanzar las tropas españolas desde Santiago contra Baire, Jiguaní y Bayamo. Obtenido este éxito estratégico, Máximo Gómez, jefe de estado mayor de Mármol, ocupó los principales pasos o puertos de la Sierra, que comunicaban a Santiago de Cuba con el interior del Departamento, llamados Puerto Bayamo, Puerto del Isleño y Puerto Boniato. Mármol, a su vez, prosiguió su avance desde Palma Soriano rumbo al este, y estableció un fuerte campamento atrincherado en Sabanilla, sobre uno de los caminos que conducían de Jiguaní a Guantánamo, región esta última a la cual Mármol se proponía extender la insurrección.

Situado al nordeste de la ciudad de Santiago, a pocas horas de marcha de la misma, el campamento de Sabanilla ofrecía la doble ventaja de ser un centro de atracción de adictos a la causa de la independencia en la ciudad y sus cercanías, entre los cuales se distinguieron Pío Rosado y José María Rodríguez, y de vigilar todo intento de avance de las fuerzas españolas desde Santiago por el camino del Cristo y Dos Bocas, para torcer hacia el oeste, en dirección a San Luis, Palma Soriano, Baire, Jiguaní y Bayamo. Una columna española que desde la ciudad intentase avanzar por esa vía, cerrados como estaban los pasos del Cobre y los puertos de la Sierra, ocupados por subalternos a las órdenes de Máximo Gómez, se exponía a recibir un ataque de flanco o por retaguardia desde Sabanilla, en combinación con otras fuerzas que se le opondrían de frente en su marcha. Mármol llegó a reunir una numerosa tropa en Sabanilla. Procedió activamente a fortificar el lugar, y a adiestrar y preparar sus bisoños reclutas para contener cualquier avance del enemigo desde Santiago hacia el interior, dispuesto a llevar adelante a la mayor brevedad su plan de avance en dirección a Guantánamo.

Prevía el jefe cubano que si los españoles llegaban a acumular fuerzas numerosas en Oriente y a ocupar las zonas llanas del interior, la región montañosa comprendida en el gran triángulo con su base de Nipe a Santiago y el vértice en Maisí, podría constituir un baluarte inexpugnable para Cuba Libre.

Los proyectos de Mármol quedaron pronto interrumpidos. Preocupado Valmaseda con la alarmante situación que había podido apreciar en Manzanillo y en el Departamento Central, aceleró su marcha contra Bayamo. El 26 de diciembre, a los cuatro días de haber partido de San Miguel de Nuevitas, llegó a Cascorro; dos días después, el 28, arribó a Guáimaro. Los camagüeyanos no habían organizado aún fuerzas de consideración, de manera que sólo pudieron hostilizar la marcha de la columna española con pequeños grupos, tiroteándola en los lugares más favorables. Procuraron también crearle toda clase de obstáculos en el camino por donde avanzaba, inclusive con el derribo de árboles corpulentos para hacer más difícil el paso de los soldados españoles e impedir, como al fin hubieron de lograrlo, la marcha de las carretas en las cuales conducían víveres y material de guerra. El 30 de diciembre, la columna española cruzó el Jobabo, límite de los dos Departamentos. En la finca Dolores los españoles se vieron ya fuertemente atacados por los revolucionarios de Tunas. Algo más adelante, en la histórica hacienda de El Rompe, Valmaseda libró otra acción con los tuneros mandados por los generales Vicente García y Modesto Díaz, enviado éste por Céspedes en auxilio del primero, sin que los cubanos pudiesen lograr detener el avance del Conde. Situado en Tunas, de acuerdo con las instrucciones recibidas de Lersundi, el coronel Loño se adelantó en Auxilio de Valmaseda al frente de una columna de 700 hombres, movimiento que le facilitó a éste el arribo a Tunas el 1º de enero, 1869.

El valor estratégico de Tunas se puso de manifiesto en esta ocasión. Durante cinco días, la columna de Valmaseda descansó de su larga y penosa marcha, y se aprovisionó de viandas y de numerosas reses vacunas, artículos de primera necesidad para el alimento de sus soldados, recolectados por patrullas de éstos en las fincas rústicas y potreros más inmediatos. El poblado de Tunas, donde habían comenzado a escasear los alimentos, quedó aprovisionado para algunas semanas, a la vez que la columna de Valmaseda, repuesta de las fatigas anteriores, reanudó su marcha suficientemente abastecida.

Informado Céspedes de la inminente amenaza contra Bayamo constituida por el avance de la columna de Valmaseda, encontróse en posición difícil. No le era posible retirar las fuerzas que vigilaban y ase-

diaban a Manzanillo, cuya guarnición había sido reforzada por Valmaseda, para convertir la plaza en una base de operaciones contra Bayamo, la más próxima y peligrosa de todas. No podía Céspedes tampoco retirar tropas de la zona de Holguín. Estas mantenían la ciudad prácticamente incomunicada con Gibara, no obstante que el coronel español Benegasi, al mando de una columna organizada en el puerto gibareño, había logrado levantar en 6 de diciembre el sitio que los cubanos mantenían contra los defensores encerrados en La Periquera. Holguín era una posición desde la cual Bayamo podía ser amenazado también, por lo cual la casi total incomunicación de la misma con Gibara debía ser mantenida. El núcleo mayor de fuerzas disponibles era el que se hallaba a las órdenes de Mármol, en el campamento de Sabanilla. En tal virtud, Céspedes le transmitió instrucciones al jefe de Cuba, de que asumiese la responsabilidad de marchar a oponérsele a Valmaseda con todas las fuerzas que tuviese reunidas. La orden de Céspedes alteraba todos los planes de Mármol. No obstante, éste se puso en marcha inmediatamente hacia los vados de El Salado y el Cauto, en el camino de Tunas a Bayamo, a una distancia de Sabanilla no menor de 30 leguas. Algunos de los jefes a sus órdenes le hicieron observaciones respecto a la improcedencia de abandonar el campamento de Sabanilla y a la insuficiencia de los elementos con que contaba para enfrentarse con la poderosa columna de Valmaseda, sin que lograsen disuadir a Mármol de cumplir la orden recibida de Céspedes. Según fuentes españolas, la fuerza con que Mármol emprendió la marcha, estaba formada por 60 ó 70 jóvenes salidos hacía poco de Santiago de Cuba, los cuales constituían la oficialidad; unos 250 hombres ya algo fogueados, armados de escopetas y carabinas, con escasas municiones; y finalmente, más de 2,000 negros, de infantería, reclutados en cafetales e ingenios, armados solamente de machetes ordinarios de trabajo y de varas de madera o chuzos, aguzados a manera de lanzas. La columna de Mármol iba embarazada con unas 150 acémilas, que transportaban víveres, café y otros artículos. De esas acémilas, sólo 2 cargaban municiones de guerra a granel (1). El general cubano tomó por el camino real de la Isla, entre Yarayabo y Palma Soriano, cruzó el Contramaestre, pasó por Jiguaní, Baire, Sta. Rita y Bayamo, vadeó el Cauto, ganó en rapidez a Valmaseda, y construyó improvisados atrincheramientos en algunos de los pasos del "Salado", afluente septentrional del Cauto y en los de este último río, sector comprendido entre Cauto El Embarcadero y Cauto El Paso. Desde el punto de vista militar, la labor encomendada a Mármol era extremadamente

(1) PIRALA. Obra citada, vol. I, pág. 326.

difícil, no sólo por la decisiva superioridad de las armas de la columna de Valmaseda, sino porque los lugares por donde éste podría cruzar el Salado y el Cauto eran numerosos. La línea que Mármol se veía obligado a defender con sus escasas y pésimamente armadas fuerzas era muy extensa; Valmaseda, a la inversa, podía concentrar toda la potencia ofensiva de su columna en cualquiera de los vados que tuviera por conveniente.

Bien al cabo de la posición y de las fuerzas con que contaban los insurrectos, gracias a su servicio de información y de espionaje, el Conde, antes de reiniciar la marcha el 5 de enero, consultó y oyó el parecer de oficiales españoles y de las autoridades locales conocedoras del terreno, a virtud de su larga estancia en la región tunera.

El mismo día 5, en horas de la tarde, la columna hizo alto en el potrero Las Arenas. Al siguiente, Valmaseda simuló un cambio de objetivo, aparentando tomar rumbo a Holguín vía Guajaco. En la mañana del 8, contramarchó en la verdadera dirección, y logró cruzar El Salado por un lugar donde el río, de una anchura de siete metros, era vadeable. La versión de fuente española hace constar que Mármol, tomado por sorpresa, acudió a la defensa de aquel importante vado cuando ya las tropas de Valmaseda habían cruzado el río y destruido las trincheras levantadas por los insurrectos en la margen opuesta. Las mal armadas fuerzas cubanas acudieron a atacar rudamente al enemigo. El fusil, el cañón y la bayoneta de los españoles entraron en juego de un lado; del otro, las escasas armas de fuego, el machete y las demás improvisadas armas de los cubanos. Desde las primeras horas de la mañana hasta ya entrada la noche, se prolongó la obstinada y sangrienta lucha, sin que Mármol lograra obligar a Valmaseda a repasar el río. Las pérdidas cubanas fueron de gran consideración, causadas principalmente por la artillería. Las españolas, según la versión de Valmaseda, si bien "dolorosas", fueron escasas.

Conquistado el paso de El Salado, al siguiente día, 9 de enero, en marcha durante la noche, la columna de Valmaseda arribó a Cauto el Paso a la una de la madrugada. Atrincherados los cubanos en la margen opuesta del río, ni las guerrillas ni la artillería de Valmaseda pudieron desalojarlos, en un combate que se prolongó largas horas. El 11, Valmaseda levantó su campamento para dirigirse, ocultando sus movimientos, a Cauto el Embarcadero, a unas 3 leguas al oeste. En este lugar, el fuego de fusilería y de cañón de Valmaseda tardó horas en vencer la resistencia cubana. Al fin y al cabo, la superioridad del armamento de la tropa española acabó por imponerse. El jefe español comenzó a desalojar a los mal armados insurrectos, y a cruzar en algunas

barezas el caudaloso Cauto, último obstáculo que le cerraba el camino de Bayamo. Acampado al sur del río con la parte de sus fuerzas que había logrado cruzarlo mientras el resto continuaba efectuándolo, en la tarde del trece Valmaseda tuvo noticias del incendio y destrucción de Bayamo por los propios habitantes de la ciudad. El Conde hizo noche el 14 en el ingenio Las Mangas, propiedad de Pedro Figueredo. Prosiguió el avance con toda clase de precauciones, y el 16 entró en Bayamo, reducido a pavesas, todavía humeantes, abandonado totalmente por sus habitantes. Durante cerca de tres meses, Bayamo había sido la cabecera del gobierno de la revolución y el centro principal de la lucha por la independencia.

Las operaciones de Valmaseda tuvieron un alcance militar y político de mucha trascendencia. La larga marcha de 22 de diciembre a 16 de enero se efectuó a través de un país enteramente hostil, en el cual las tropas de su mando sólo eran dueñas del terreno que pisaban. Hostilizadas sin cesar por un paisanaje casi desarmado, dispuesto a luchar hasta el último extremo por la independencia, el jefe español llegó a la conclusión de que todo intento de conciliación con los insurrectos era inútil. Estos, tal como lo había proclamado Céspedes en La Demajagua, se hallaban resueltos a luchar hasta la muerte. España se veía envuelta en una nueva y sangrienta guerra de independencia, más devastadora y formidable acaso que todas las sostenidas en las primeras décadas del siglo contra sus antiguas colonias de todo el Continente Americano, repúblicas independientes ya reconocidas por España en 1868. El pueblo cubano manifestaba de manera inequívoca su decisión de luchar hasta el fin, conquistar la independencia y cerrar el ciclo de la dominación de España en el Nuevo Mundo. En vista de tales hechos, el Conde de Valmaseda no concibió otra solución para el problema que se presentaba a España, que el exterminio de la población cubana desafecta, y el arrasamiento total de la riqueza de Cuba, si ello resultaba necesario para mantener la "integridad nacional" y lo que entendía ser el honor de España. La posibilidad de llegar a un entendimiento con los cubanos a base de la independencia de la Isla, en un convenio amistoso con España, no parece haber pasado en ningún instante por la mente del jefe de operaciones español. En consecuencia, a partir de la recuperación de la ciudad, la guerra a muerte fué la única solución para los voluntarios, aumentados y exitados por Lersundi y para los militares españoles. La evidencia histórica es que esas fueron las soberbias e iracundas conclusiones de Valmaseda ante la resistencia con que tropezó en su avance y frente a las ruinas humeantes de Bayamo. Estas no le evocaron en ningún instante los heroísmos de Sagunto, Numancia y Gerona. Para él y

los oficiales de su columna, la destrucción de la ciudad era la obra criminal de partidas de desalmados incendiarios, traidores a la patria española, hijos ingratos y descastados, merecedores de ser fusilados sin necesidad del requisito formal del consejo de guerra ⁽¹⁾.

La información privada transmitida a Lersundi por Valmaseda en carta con la firma de "Blas de Villate", testifica la sublevación en masa

(1) Las dificultades con que tropezó Valmaseda en su marcha, hostilizado sin cesar por la población campesina sublevada fueron expuestas por él gráficamente desde las Tunas el 2 de enero (1869) en carta al general Lersundi. El documento tiene un valor histórico para formar juicio del estado general de la insurrección y del heroísmo conque casi sin armas de fuego, sin municiones, y sin experiencia alguna de la guerra, defendieron los insurrectos cubanos a Bayamo, desde el momento mismo en que Valmaseda inició su marcha contra la heroica ciudad desde San Miguel de Nuevitas, en 22 de diciembre (1868). "Ayer a las cuatro de la tarde —decía Valmaseda a Lersundi— he llegado a este punto (Tunas) después de haber pasado por los pueblos de Cascorro y Guaimaro, no habiéndolo hecho por Sibanicú por no alcanzarme el tiempo material para la cita que tenía dada a Loño el 30 del pasado mes en las casas de Rompe, donde él había de salir con parte de su columna a proteger mi movimiento de avance... Mi marcha hasta Guaimaro ha sido constantemente hostilizada por el enemigo, y fueron tantos los obstáculos que los caminos y los enemigos presentaban al paso de las carretas que llevábamos, que las abandoné entre Sibanicú y Cascorro para aligerar y hacer posible mi marcha. Este convoy que saqué de San Miguel, difícil de conducir hasta en tiempos de paz, pude, a fuerza de obstinación, hacerlo marchar doce leguas, pero el enemigo empezó a hacer talas de árboles en el camino y cada árbol caído me detenía una hora y tuve que desistí de mi proyecto. Dejé pues, las carretas, y los ciento dieciocho bueyes que llevaba los utilicé, cargándoles sobre los yugos, municiones, galletas, arroz, etc., y las provisiones restantes en acémilas. Ya con estas medidas aligeré la marcha de mi columna, pero para que las cosas salieron un poco torcidas, tuve dos días de agua seguidos, que hicieron una pasta de la galleta y me echaron a perder el arroz, dejándome para lo sucesivo con sólo los alimentos de carne y sal de que me proveí en abundancia.

"Contarle a usted mis trabajos en esta marcha sería largo, y le parecerían a usted imposibles... Por fin estoy ya en Las Tunas, después de batirme con muchos enemigos apostados entre el río Jobabo y Rompe...

"Según me decía Loño en una de las comunicaciones que me dirigió a San Miguel, con el convoy conque emprendió su marcha, tendría víveres para su columna hasta el 7 de enero, y como yo esperaba dejarlas todas a la guarnición de 300 hombres que dejase en Las Tunas, y marcharnos nosotros a *vivir sobre el país* (el subrayado es del autor de esta obra) creí que mi salida de aquí fuera el 3. Hoy me encuentro conque aquí no hay víveres para dejarle a la guarnición y que tengo que proveerle de ellos; que el enemigo ha amontonado sus defensas en el camino de El Manatí (puerto de Tunas en la costa norte) tanto que el último convoy que trajo Loño, si bien concluyó sus operaciones llegando a Tunas, fué con sensibles bajas y perdiendo algunos víveres. Estas dificultades entorpecen mi marcha sobre Bayamo de una manera sensible, pero no tengo medios de vencer estos contratiempos y voy a exponer a V. E. la que voy a ejecutar, y probablemente los días en que podré hacerlo, pues casi conozco el número total de mis enemigos mas los medios de defensa que han adoptado.

"Esta noche a las 4 de la madrugada saldrá el Teniente Coronel Cañizares con una columna de 700 hombres para buscar provisiones, lleva todas las acémilas que están en buen estado y el encargo de llegar allí (a Manatí) en dos días, dos más para cargar el convoy y tres para volver, de modo que son 7, y el 9 habrá regresado. El 10 saldré yo de aquí y cuento estar en Cauto el Embarcadero el 13 y en Bayamo el 16 ó el 17. Allí dejaré una guarnición de 400 hombres, pasaré a tomar a Jiguani el 20 ó el 22, fortificándolo algún tanto y guarneciéndolo con 300 ó 400 hombres. Continuaré mi viaje para estar en Cuba (Santiago de) o Manzanillo el 27 ó 29 y comunicarle a Ud. el estado de la revolución y mis nuevos proyectos para lo sucesivo...

"Como una pequeña muestra diré a Ud. que hoy hace cuatro días que la columna que sacó Loño hasta Rompe, y la mía, no comen más que carne con sal, sin galletas ni plátanos, y que estoy esperando para el día de mañana y los sucesivos, el resultado del *merodeo* (subrayado nuestro) que se haga en las fincas que están a dos leguas de aquí al tiempo de ir a por el forraje para la caballería. Esto parecerá a V. E. grave y desolador a la vez, pero es la triste verdad." *Anales de la Guerra de Cuba*, por A. PIRALA. Págs, 848-851.

de la población cubana en los campos, y la tenacidad y el heroísmo con que, carentes de medios ofensivos y defensivos, los insurrectos se opusieron constantemente a la marcha de Valmaseda.

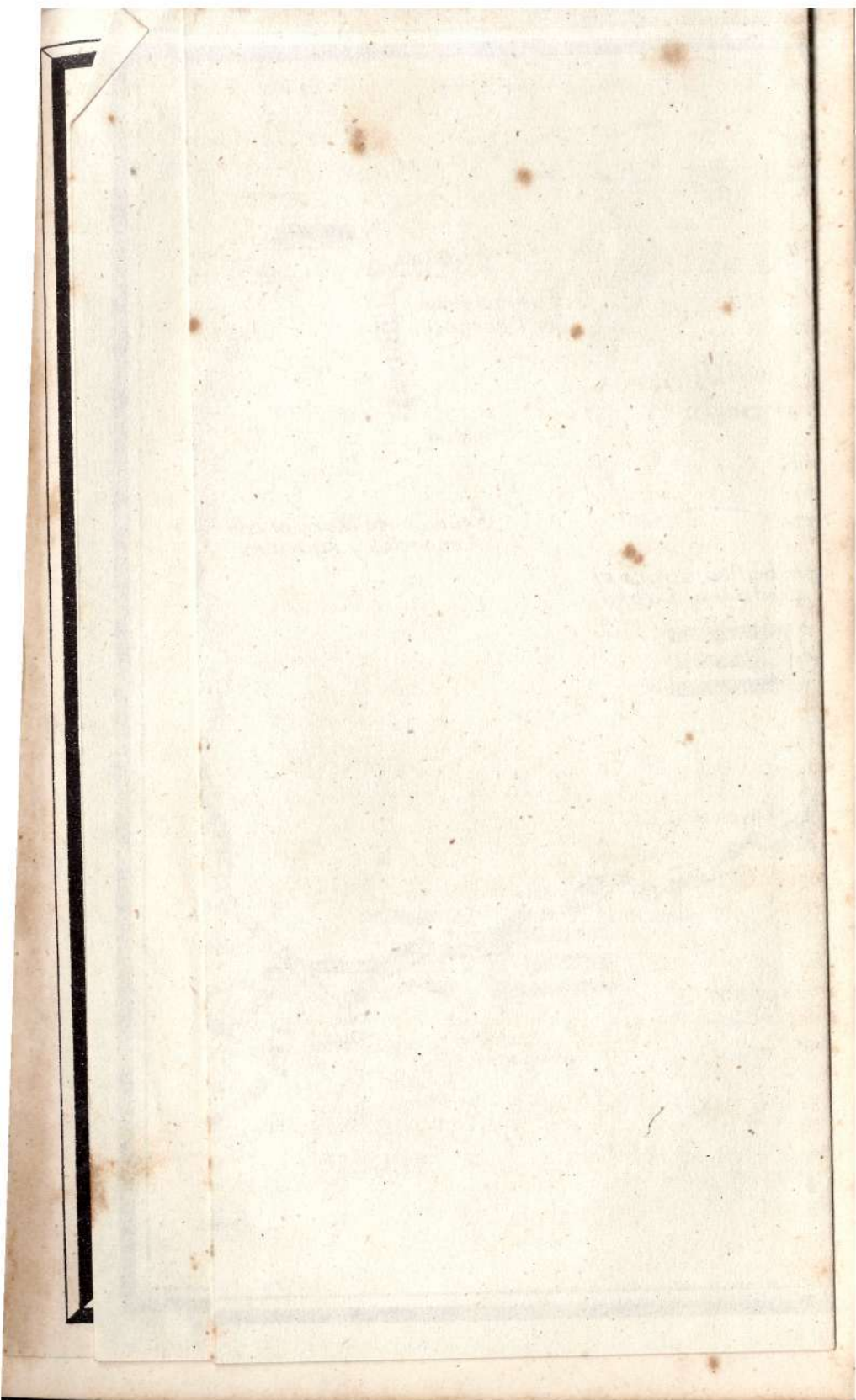
La destrucción de Bayamo por el fuego fué calificada de parodia impudente de la ruina de Sagunto y de Numancia, por los apasionados intransigentes españoles, a fin de restarle grandeza al heroico sacrificio de la ciudad. "Los saguntinos y los numantinos habían muerto peleando heroicamente, decían, en defensa de sus ciudades respectivas: en Bayamo nada semejante había ocurrido. La ciudad no había sido defendida." Los hechos prueban lo contrario. Lersundi planeó desde la Habana un movimiento convergente de conjunto contra Bayamo en apoyo del ataque directo y a fondo de Valmaseda, movimiento en el cual tomaron parte todas las fuerzas españolas disponibles en Oriente. Una columna al mando del Coronel de Ingenieros José López Cámara, formada por mil hombres, con refuerzos enviados desde la Capital de la Isla por Lersundi, debía avanzar desde Santiago de Cuba por el camino de Cuabitas, El Cristo y San Luis, sobre Palma Soriano, Baire, Jiguaní y Bayamo. Otra, al mando del Coronel Benegasi, debía partir de Holguín contra Mayarí, a fin de distraer fuerzas insurrectas en aquella dirección. Una tercera columna al mando del Coronel Andriani debía de avanzar desde Manzanillo, compuesta por las fuerzas dejadas por Valmaseda en dicha base marítima, contra la sede bayamesa del gobierno revolucionario. Finalmente, el vapor Damují, armado en guerra, subiría por el Cauto, con raciones y materiales de diversas clases en apoyo de Valmaseda.

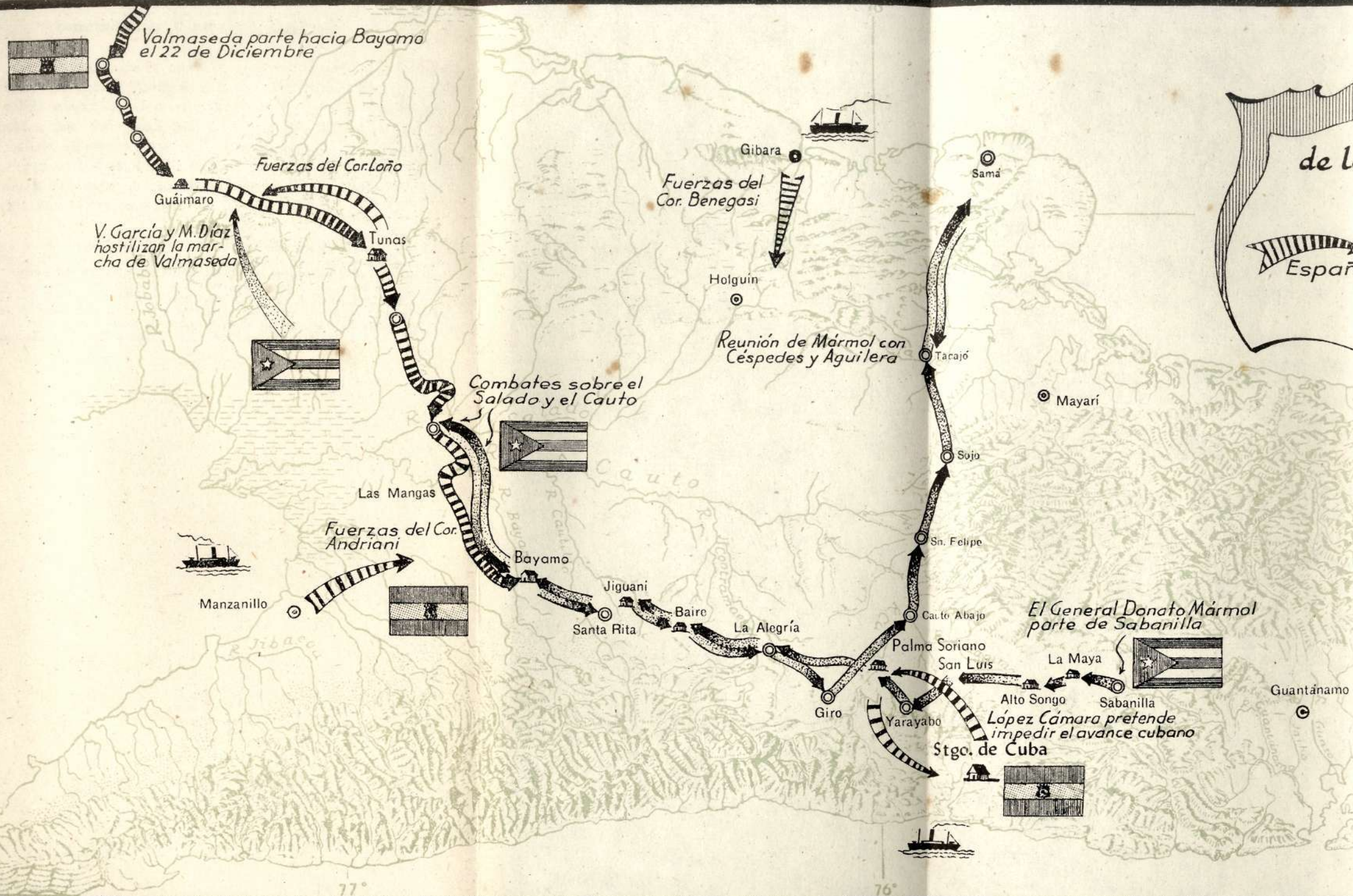
Ninguna de las operaciones confiadas a dichas fuerzas alcanzó su objetivo. La columna de Cámara, hostilizada constantemente, no se arriesgó a penetrar más allá de Palma Soriano, y regresó a Santiago, vía El Cobre. La de Benegasi, atacada vigorosamente en el camino de Gibara a Holguín, vió muy disminuidas sus fuerzas en una lucha constante con las tropas cubanas que vigilaban la línea de comunicaciones entre la base de Holguín y su puerto, con el resultado de que Benegasi, al intentar conducir un convoy a la ciudad, tuviese que retirarse herido a Gibara. En Manzanillo, el coronel Andriani no se arriesgó a salir con el único batallón disponible a batirse con las fuerzas insurrectas que asediaban la plaza, y tomar el camino de Bayamo. En cuanto al vapor Damují, rechazado dos veces al intentar subir por el Cauto, quedó bloqueado en el río por las palizadas arrojadas con tal propósito por los insurrectos. Era la opinión de Valmaseda que este hecho constituía "una gran desgracia" porque entorpecería el abastecimiento de las tropas durante algunos días si Lersundi no enviaba otro vapor que sacase a

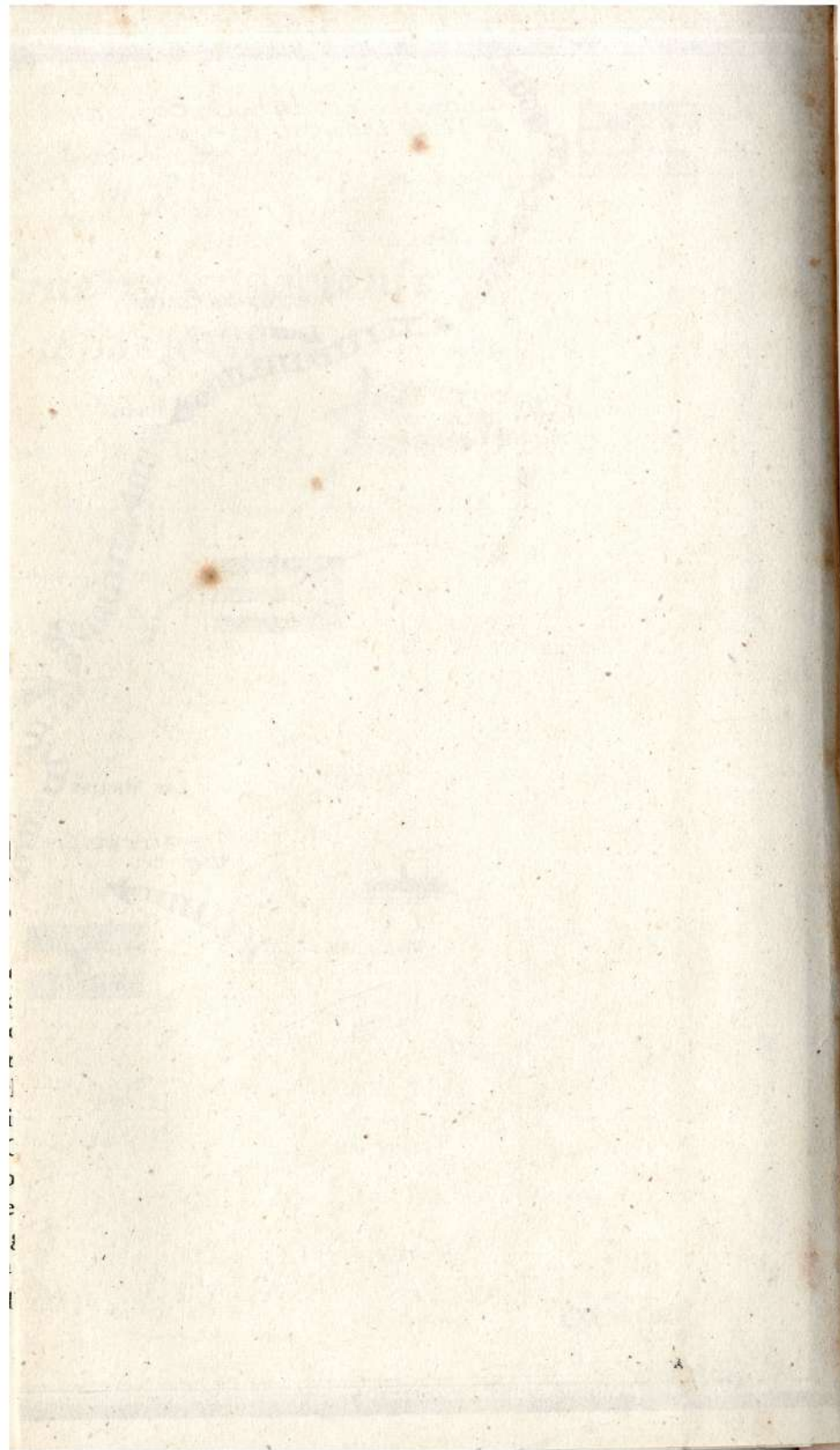
los españoles del "atolladero". El vapor "Damují", según el jefe de operaciones del Ejército español, sólo debió entrar hasta Guamo, donde el río tiene más de un kilómetro de anchura, pero aventurarse más arriba sin la protección de las fuerzas que sus propias columnas habrían de prestarle por tierra, había sido una imprudencia indisculpable.

La evidencia histórica es que los insurrectos orientales defendieron a Bayamo a larga distancia por todos los medios a su alcance y en todas las direcciones posibles. Sólo la superioridad del armamento y en particular de la artillería española, pudo hacer posible la recuperación de Bayamo por Valmaseda. Los insurrectos se daban clara cuenta de esa superioridad de la artillería y trataron de suplir la que les faltaba por todos los medios. En su carta a Lersundi, Valmaseda le anuncia el envío de tres cañones cogidos a los insurrectos, no porque dichos cañones tuviesen importancia alguna, sino para que Lersundi viese los trabajos del enemigo y la necesidad que había de ocuparle los pueblos, pues con esos "embudos de madera" hacían creer a sus moradores que la revolución triunfaría y que contaban con todos los medios para acabar con los españoles. La resolución de un pueblo en armas de acudir a instrumentos tan rudimentarios para contrarrestar la superioridad del armamento del enemigo, no impresionó al jefe español. Es indudable, no obstante, que si los cañones de madera, recurso desesperado de las fuerzas insurrectas sin elementos de guerra, hubieran sido la mitad de lo efectivos que la artillería española, Valmaseda no hubiera cruzado los ríos Salado y Cauto ni reocupado a Bayamo. La ciudad estaba enteramente abierta; no contaba con medio alguno de resistencia contra la artillería española. Los insurrectos, todavía sin experiencia militar alguna, defendieron la capital de la revolución, donde les era posible defenderla, en los campos, a leguas de distancia, dondequiera que la naturaleza les ofrecía una ventaja cualquiera.

La ocupación de Bayamo por Valmaseda no abatió el espíritu de los insurrectos. El jefe español no pudo disfrutar tranquilo en Bayamo de su victoria ni proceder al aplastamiento de la revolución en Oriente, como era su propósito, ya que el fracaso de la operación combinada para auxiliarlo en su marcha contra Bayamo le impidió reunir en la incendiada ciudad tropas suficientes para llevar adelante sus planes. Por otra parte, Céspedes dictó disposiciones para hostilizarlo constantemente. Modesto Díaz, Juan Hall y otros jefes de Manzanillo recibieron órdenes al efecto, cumplidas con efectividad. También dispuso Céspedes que los generales Francisco Marcano, Vicente García y Donato Mármol atacasen en todas las oportunidades las tropas del jefe español, instrucciones que cumplieron valerosamente. Llegó un momento en que el







Conde se sintió inseguro en su cuartel general de Bayamo, no obstante ser la torre de Zarragoitia donde se alojaba, un edificio de mampostería de muy sólida construcción convertida en un baluarte inexpugnable para los insurrectos. Informado por Valmaseda de la peligrosa situación en que se hallaba, el nuevo Capitán General Domingo Dulce, sucesor de Lersundi, "encareció al gobierno (de Madrid) la necesidad de refuerzos, comprendiendo la verdadera importancia de la insurrección y la falta de tropas que tenía el conquistador de Bayamo" (1).

(1) "Las escasas fuerzas de que este General (Valmaseda) podía disponer, apenas bastaban a la defensa y auxilio de las familias que iban repoblando la incendiada ciudad, precisándole esto a vivir encerrado y a menudo sin comunicación con las poblaciones de la costa, por impedirlo, además, las partidas insurrectas, cada vez más numerosas, y tan envalentonadas que a fines de enero trataron de atacar de nuevo a Bayamo, circulando al efecto el cabecilla bayamés (Céspedes) las órdenes oportunas a los que llamaba sus generales. A pesar del aparato desplegado por éstos y del reducido número de 600 soldados de que Valmaseda disponía, no se llevó a cabo el ataque insurrecto." ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 299.

CAPÍTULO VI

LA REVOLUCION EN CAMAGÜEY

Al decidirse en 4 de noviembre los camagüeyanos a empuñar las armas, las condiciones generales del Departamento Central resultaban determinadas, como en Oriente, por la topografía, el número y la proporción de los distintos elementos de la población, el carácter de la economía y otros varios factores igualmente importantes. A diferencia de Oriente, Camagüey se caracterizaba en lo geográfico por ser casi totalmente llano, por su uniformidad o carencia de diversidad regional, por la forma maciza y rectangular de su territorio y por la ubicación de su capital, Puerto Príncipe, único centro urbano importante, en una posición central equidistante de ambas costas y de todos los lugares del Departamento. Los habitantes avecindados en la capital príncipeña, muy elevados en número en proporción a los de todo el territorio camagüeyano, aseguraban a la ciudad una absoluta hegemonía en todo Camagüey, carente de otros núcleos urbanos fuertes que compitiesen con la cabecera natural, geográfica, gubernativa y política de la región. Nuevitas, puerto de la capital al norte; Cascorro y Guáimaro, en posición interior al este, y Santa Cruz, embarcadero de Puerto Príncipe en la costa meridional, eran pequeños poblados sin vida propia, en estrecha dependencia de la capital, única urbe camagüeyana importante. Los partidos de Ciego de Avila y Morón, que habían formado parte el primero de la tenencia de gobierno de Sancti Spíritus y el segundo de la de Remedios, tenían por cabecera los poblados de muy escasa importancia que daban nombre a ambos partidos. Camagüey comprendía sólo dos jurisdicciones, cuatro más tarde, siendo las más importantes Puerto Príncipe y Nuevitas, subordinada ésta en todos los órdenes a la primera.

Sumados los habitantes de Camagüey, incluyendo Ciego de Avila y Morón, resultaba un total de 71,399 vecinos, un 27% de la población de Oriente (1). La composición de la población acusaba 45,475 blancos y 25,929 mestizos y negros. De éstos, 11,467 eran libres y 14,457 esclavos. La proporción de la población blanca de todo Camagüey con-

(1) 34,636 de población urbana, 48.5%; 36,764 población rural, 51.5%.

trastaba con la de la jurisdicción de Cuba en Oriente, donde los habitantes mestizos y negros constituían la mayoría. En la jurisdicción de Cuba (Santiago), de un total de 96,028 pobladores, los blancos alcanzaban a 27,743, el 26%; en Camagüey, los 45,475 blancos eran el 65% del total de 71,399 vecinos de todo el Departamento. Otra diferencia, ésta con todo Oriente, era que Camagüey contaba con un número proporcionalmente mayor de personas mestizas y negras esclavas que libres, lo contrario que en Oriente, donde había una fuerte mayoría de población de color libre, en comparación con los esclavos. Comparado Camagüey con las cinco jurisdicciones occidentales de Oriente, contaba con una proporción de esclavos mucho más alta, 24% contra 6%.

La peculiaridad distintiva de la economía camagüeyana era el indisputable predominio de la ganadería, con 1,554 haciendas de crianza y potreros, y un estimado de 350,000 cabezas de ganado. De éstas, 22,171 pertenecían al ganado caballar, cifra elevada, gracias a la que Camagüey pudo organizar sus escuadrones en la guerra, adecuados para operar en tierra llana, mientras en Oriente predominó la infantería, tropa de montaña. Camagüey contaba también con una fuerte industria azucarera, 101 ingenios, de los cuales una cifra alta, 24, eran de vapor, la mayoría de éstos ubicada en los partidos Caonao, Maraguán y Najasa. Los sitios de labor y las estancias eran muy pocos, 633 en total. Esta corta cifra contrasta con las muy altas de Oriente, donde un solo pequeño partido, el de Baire, con 8,130 vecinos, contaba con 1,250 estancias y sitios de labor y 250 vegas de tabaco. Esta diferencia debía a que el mayor número de los 85,200 mestizos y negros libres de Oriente, eran pequeños sitieros y estancieros, junto con millares de labradores blancos, sitieros y estancieros también.

La concentración ya apuntada de un alto tanto por ciento de los habitantes de Camagüey en la ciudad de Puerto Príncipe, residencia habitual de los ganaderos y hacendados de la región, había facilitado el desarrollo de algunas industrias para abastecimiento local y creado condiciones que hacían posible una vida social intensa, a lo cual contribuía el estar mucho menos distante de la Habana y tener más fácil comunicación con ésta que Santiago (1).

Unidad y uniformidad geográficas, alto tanto por ciento de población blanca, predominio de la ganadería en haciendas de crianza y potreros de gran extensión, ingenios bastante numerosos en ciertos partidos, y concentración de los habitantes cubanos en una sola ciudad

(1) En la obra de TORRES LASQUETI, JUAN, *Colección de datos históricos de Puerto Príncipe*, citanse las frecuentes visitas a la ciudad de compañías dramáticas, cantantes, músicos, etc., procedentes de la Habana y el entusiasmo que despertaban entre los acomodados príncipeños.

populosa, eran, en resumen, los más peculiares aspectos de Camagüey en 1868. Las condiciones geográficas, económicas y sociales del Departamento facilitaban la unidad política de éste. Las personalidades más destacadas de la ciudad de Puerto Príncipe ejercían una influencia decisiva, de hecho, sobre la gran mayoría de los habitantes de toda la región, gracias a lo cual se aseguraba la unidad de miras y de acción de los camagüeyanos, caso muy distinto del de Oriente.

Al hacer estallar Céspedes la insurrección en La Demajagua, Camagüey hallábase bajo el mando del brigadier español Julián Mena, designado en 21 de septiembre (1868) para la comandancia general y el gobierno del Departamento. Mena no era nuevo en Camagüey; en época anterior había ejercido los mismos cargos en Puerto Príncipe.

El gobernador conocía el descontento político y el malestar general existentes entre los camagüeyanos, de manera que se sintió muy alarmado por las noticias recibidas telegráficamente, de la insurrección de Céspedes. Su primera providencia consistió en poner las fuerzas de su mando sobre las armas, acuartelándolas en el centro de la ciudad. Dictó medidas para evitar que los insurrectos de Oriente se infiltrasen en Camagüey y procuró mantenerse en comunicación con Tunas. Trató también de aquietar los ánimos e inspirar confianza. Con tal propósito publicó una proclama en la que ofrecía garantías de seguridad y de paz ⁽¹⁾.

Lersundi había notificado a Mena por medio de un enviado de confianza, que en el ejercicio de su cargo de Capitán General de Cuba daría cumplimiento a las instrucciones del Gobierno supremo en cuanto a reformas en el régimen y la administración de la Isla, no obstante que él, Lersundi, como particular, fuese hostil a la revolución, victoriosa en España. Mena, quien por su parte fiaba en la eficacia de reformas liberales para sosegar los ánimos y combatir la insurrección, comunicó a Lersundi sus opiniones respecto al particular. A su juicio, Cuba entera estaba pendiente de las franquicias prometidas por el Gobierno de la metrópoli. De obtenerlas, la gran mayoría del país se pronunciaría contra el movimiento revolucionario; en caso contrario, secundaría la insurrección iniciada en La Demajagua. La opinión del Comandante General de Puerto Príncipe era terminante respecto a la necesidad de la no abolición de la esclavitud. Si el gobierno satisfacía los deseos de reforma sin decretar la emancipación de los esclavos, los cubanos permanecerían gustosos bajo la bandera española. Era urgente garantizarles que la Isla pasaría a ser una provincia española, con los

(1) PIRALA. Obra citada, vol. I, pág. 280.

mismos derechos y la misma representación que las de España. La única diferencia consistiría en que en Cuba se mantendría la esclavitud por el momento, hasta que con el tiempo se preparase juiciosamente la emancipación.

En la misma fecha de 12 de octubre en que el brigadier Mena dirigió la comunicación antes mencionada a Lersundi, se dió el contraste de que le trasmitiese un parte cifrado en el que le informaba de hechos que contradecían sus conclusiones arriba expuestas. Los insurrectos sublevados en Tunas habían entrado en Cascorro. Rumorábase que Guáimaro, guarnecido por un corto destacamento de la Guardia Civil había sido atacado. Por no contar él, Mena, con fuerzas suficientes, le resultaba imposible socorrer dicho destacamento. El 28 de octubre había aparecido un grupo de 25 sublevados en el partido de Santa Cruz del Sur. En la jurisdicción de Puerto Príncipe, inclusive en la ciudad, notábase mucha agitación. Los inclinados a la revolución parecían estar en actitud expectante, aguardando instrucciones o noticias de la Habana y de Bayamo ⁽¹⁾.

Mena estaba en lo cierto respecto a sus últimas apreciaciones. Mientras Napoleón Arango se ocupaba en secundar las gestiones pacifistas y antirrevolucionarias del Gobernador español, numerosos e influyentes jefes camagüeyanos, decididos partidarios de la independencia, actuaban en sentido contrario, dispuestos a lanzarse a la guerra. Destacábanse entre ellos en primera línea dos hijos de Camagüey de gran influencia en la región: Salvador Cisneros Betancourt e Ignacio Agramonte y Loynaz. Persona acaudalada y de respeto Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía, alcalde que había sido de Puerto Príncipe en los años 1862 y 1863, Presidente de la Sociedad Filarmónica de Camagüey, era muy estimado por sus conterráneos; muy particularmente por los conspiradores camagüeyanos, quienes lo consideraban el jefe civil de la revolución en Puerto Príncipe. Cisneros Betancourt, que contaba 47 años de edad, recibía el apoyo de una juventud numerosa y entusiasta, entre la que se destacaban Ignacio Agramonte, su primo Eduardo Agramonte y Piña, Angel del Castillo, los hermanos Tomás y Cristóbal Mendoza, Bernabé de Varona y otros muchos compañeros.

Nacido en la ciudad de Puerto Príncipe el 23 de diciembre de 1841, Agramonte no había cumplido 27 años de edad cuando Céspedes hizo estallar la insurrección en La Demajagua ⁽²⁾. Formado hasta los 14

(1) PIRALA. Obra citada, vol. I, pág. 281.

(2) "Fueron sus padres el Regidor Licenciado Don Ignacio Agramonte y Sánchez, abogado rico, de familia muy antigua y la Sra. Doña Filomena Loynaz y Caballero, de familia no menos ilustre." BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana*, La Habana, 1928, pág. 11.

años en el ambiente de Puerto Príncipe, de costumbres muy severas en los años de su niñez, Ignacio como su primo Eduardo, pertenecía a una familia de elevada posición económica y social, reputada por sus virtudes y su honorabilidad. Sus primeros estudios los realizó en su ciudad natal. A partir de 1855 los continuó en la Habana, en el Colegio El Salvador, de Luz y Caballero, por corto tiempo y en Barcelona, España, donde se hizo bachiller. Finalmente, cursó Leyes en la Universidad y se graduó en Derecho Civil y Canónico en febrero de 1866.

La formación mental de Agramonte prodújose, dada la fecha de su nacimiento, con posterioridad a la gran conmoción revolucionaria europea de 1848, acontecimiento que tuvo repercusión inmediata en Cuba con respecto a los problemas de la esclavitud. Años más tarde, la influencia de dicho extenso movimiento revolucionario, se fué haciendo sentir con gran fuerza en el desarrollo de las ideas liberales entre los cubanos de más alto nivel de instrucción y cultura, y entre la juventud cultivada de espíritu romántico. En los años en que Agramonte era un adolescente, estudiante en la Universidad de la Habana, el liberalismo, después de haber sido batido a continuación de las explosiones revolucionarias de Francia y otros países de Europa en 1848, ganaba terreno en la lucha pacífica de las ideas. En un ambiente de mayor libertad que en los años del predominio de Metternich, los ardientes mantenedores y defensores de las doctrinas liberales luchaban por hacerlas prevalecer en la resolución de los grandes problemas humanos del momento. A virtud de su producción exportable y de su comercio, Cuba se hallaba en comunicación frecuente no sólo con España, sino también con Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y otros varios países del Viejo Mundo. El realizar viajes de placer y de estudio a Europa, e importar de esos artículos corrientes de comer y vestir, y otros más costosos, de lujo, bien de uso individual o para la comodidad en el hogar y el embellecimiento de éste, eran prácticas corrientes de los cubanos acomodados de mayor cultura. Recibíanse asimismo, periódicos, revistas y libros, que mantenían al corriente de los acontecimientos más importantes del extranjero. En uno de los países con los cuales se sostenía un activo intercambio, la Gran Bretaña, cuyas instituciones admiraba Saco y daba a conocer en sus escritos, el liberalismo continuaba sus avances de manera efectiva. Los grandes terratenientes conservadores no habían logrado prevenir la extensión del comercio libre, firmemente establecido, a la vez que los industriales partidarios del "dejar hacer", tampoco habían podido impedir la extensión de la legislación favorable al trabajo. El unionismo había comenzado a desarrollarse.

Junto con las uniones de trabajadores, aparecieron las sociedades cooperativas obreras, a partir de la fundación de Rochdale, establecida en 1844. Gradualmente, las asociaciones cooperativas se multiplicaban, ampliaban sus funciones y establecían relaciones las unas con las otras. Muy lejos todavía del milenio, las clases obreras británicas hallábanse mucho mejor en 1860 que en las primeras décadas de la revolución industrial.

Celosos guardianes del "Compromiso Victoriano" de 1832, los grandes manufactureros y terratenientes británicos eran una sobria y optimista oligarquía. No obstante ser muy prosaicos en su aparente gravedad, tenían una mente algo poética y un corazón un tanto impulsivo. Tomaban el romanticismo, que se extendía por Europa a manera de una explosión literaria, con gran entusiasmo. Leían a Tennyson con abandono, miraban con favor la arquitectura medieval, y sentían una noble simpatía por la palabra "libertad". Cualquiera nación que aspirara a la libertad, cualquier negro que suspirara por ella —particularmente si la nación y el negro estaban en lugares remotos de las costas inglesas— suscitaba la compasión de "caballeros andantes" entre los grandes terratenientes de la nobleza, y los ricos industriales de la Gran Bretaña. "Progreso" era otra palabra favorita de aquéllos y de éstos, con la acepción de maquinismo, riqueza individual y bienestar de la nación ⁽¹⁾. Importadora de parte considerable de la producción cubana, con amplio crédito abierto al comercio de Cuba, Gran Bretaña adelantaba en el camino del liberalismo, del mejoramiento de la clase trabajadora, y en su histórica labor de hacer efectivos los derechos de la Carta Magna. Saco, con indiscutible autoridad, era admirador y constante divulgador muy leído de los adelantos británicos.

En lo que a Francia toca, la revolución que en 1848 derribó a Luis Felipe de Orleans, eligió una Asamblea Nacional por sufragio universal y directo. Los asambleístas proclamaron la segunda república francesa; ensayaron poner en vigor disposiciones para garantizar el trabajo a todo el que lo necesitase, mediante la creación de los talleres nacionales demandados por los socialistas con Luis Blanc a la cabeza; abolieron la esclavitud en las colonias francesas, y establecieron una comisión especial encargada de preparar un programa de leyes sociales. Alarmados, al cabo de corto tiempo a causa del fracaso de sus propias medidas radicales, la mayoría de los asambleístas cambió de postura y acabó por fijarle bases políticas y sociales a la nueva república, en conformidad

(1) HAYES, CARLTON J. H. *A Political and Cultural History of Modern Europe*, volumen II, págs. 51 y siguientes.

con los deseos y las miras de los elementos moderados. Elegido Presidente de la nación, el Príncipe Luis Napoleón, no tardó en traicionar la República y proclamar un nuevo Imperio, pero ni él ni sus ministros hicieron esfuerzos por impedir que las ideas liberales continuaran progresando en Francia, e irradiándose a la mayor parte de Europa.

A semejanza de lo que ocurría en Gran Bretaña, acaso de modo más extremista, la literatura francesa se inclinó marcadamente al romanticismo, lo difundió en Europa y lo hizo llegar a las Américas. En asociación más o menos estrecha con las corrientes del liberalismo, el movimiento romántico que cruzó el océano en las obras de los más destacados escritores y artistas franceses, italianos y españoles, hizo sentir sus efectos en Cuba, de manera no menos intensa que en los demás países americanos.

En comunicación constante con los Estados Unidos, la influencia democrática norteamericana pesó también en la Isla, estimulada por motivos de vecindad geográfica, de intercambio comercial y de la labor de prédica y divulgación de los anexionistas cubanos, entre los cuales se destacó siempre en primera línea Gaspar Betancourt Cisneros, prócer camagüeyano de gran prestigio en su región y en toda Cuba.

Unida a otras causas de orden económico, la reacción de Europa contra los movimientos revolucionarios de 1848 creó la inmensa corriente de inmigrantes europeos de Irlanda, Alemania, Italia, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, los países nórdicos, y de otras varias procedencias, que fueron elementos formativos todos del "melting pot" norteamericano. Nutridas con numerosos refugiados políticos, las grandes masas de esos inmigrantes inconformes con las condiciones prevalecientes en sus países respectivos, gozaron de la simpatía de gran parte de la opinión liberal norteamericana. En el ambiente de libertad de la nueva patria, no tardaron en crear organizaciones destinadas a favorecer a distancia las reivindicaciones liberales y nacionalistas en sus países respectivos. Hubo una "Joven Italia", una "Joven Alemania", una "Joven Polonia", y hasta algunos emigrados cubanos constituyeron una "Joven Cuba", con favorecedores en algunos de los Estados norteamericanos del Sur. Se estaba en los años en que Ana Beecher Stowe escribía su "Cabaña del Tío Tom", en que John Brown libraba la campaña antiesclavista que lo condujo a la horca en Virginia, y en que los enemigos activos de la esclavitud en el Norte facilitaban por vías cuidadosamente secretas, el cruce, por los esclavos del Sur, de la línea del "Compromiso de 1850" —Dixon-Mason Line— para pasar a la tierra de la libertad. Fuertemente hostil a los británicos, gran parte de la opi-

nión americana, apoyaba con entusiasmo todos los "irredentismos", en particular aquellos coincidentes con los intereses y el prestigio de los Estados Unidos, a favor de los cuales abogaban los ultranacionalistas, mientras acusaban a los Presidentes Taylor y Fillmore de haberse rendido a los ingleses. El movimiento llamado de la "Joven América" cobró gran fuerza entre los elementos agrarios del noroeste, a los cuales se unían, aunque por motivos distintos, los propagandistas del "destino manifiesto" en el Sur. En los Estados Unidos, proclamábase ardorosamente la lucha por ideales de progreso y de libertad, justificación del apoyo a las juventudes extranjeras. Debía haber, por tanto, argüían sus propugnadores, una "Joven América". Las naciones, como los hombres, tenían un período de infancia, uno de plenitud viril y uno de envejecimiento. El joven gigante del Oeste, "América", se hallaba en pie, rebosante de pujanza y de masculinidad. No era posible que los decadentes Poderes del "Viejo Mundo" abrigasen la vana esperanza de hacer desaparecer los derechos del hombre, refrenar el crecimiento e impedir el progreso del pueblo norteamericano. Un glorioso destino se abría ante la "Joven América", obligada a asumir el deber de realizarlo. Desde los tiempos de Franklin y de Freneau, había reconocido unánimemente que la única gran democracia del mundo tenía una propia y alta misión que llenar. Imponíase el deber de introducir un nuevo y superior orden político en todos los pueblos tiranizados por monarquías decrépitas. No se ignoraba el lado material en la vida. No lo perdía de vista la Joven América. Grandes, poderosos y ricos como eran los Estados Unidos, debían ser más grandes, poderosos y ricos aún. Nuevas repúblicas se establecerían en el corazón de Europa. El comercio libre se impondría en un mundo libre. Los Estados Unidos dispondrían de amplios mercados para el sobrante de su producción, una necesidad sentida con mayor agudeza cada día en el Sur y el Oeste. El milenio se acercaría a su realización con el triunfo mundial de los ideales norteamericanos de libertad y democracia (1).

Vivamente interesados en estas prédicas muchos liberales cubanos y los anexionistas de buena fe, participaron de las mismas cautivadoras esperanzas y las propagaron en la Isla de una manera o de otra desde 1848.

Los grandes acontecimientos políticos y las corrientes del liberalismo, el romanticismo, el librecomercio mercantil, el abolicionismo, el na-

(1) GUERRA SÁNCHEZ, RAMIRO. *La Expansión Territorial de los Estados Unidos*, La Habana, 1935, págs. 259-260. Consúltase CORTI, M. E., *Joung America* en *The American Historical Review*, vol. XXII, pág. 34.

cionalismo y el irredentismo, de Europa y los Estados Unidos, repercutían fuertemente en Cuba. Avivaban el entusiasmo de la juventud y promovían la efervescencia de las ideas en el campo de la literatura. Contribuían también a crear corrientes renovadores en los sectores de la educación y la economía, e inevitablemente alcanzaban vigorosa repercusión en el campo de la política. El resultado inevitable no se hizo de esperar. Quebrantado el anexionismo en la década 1850-1860, cobró fuerza temporalmente el movimiento reformista. Fracasado éste, quedó libre el camino al separatismo, sin temor alguno a las consecuencias de una revolución en Cuba y sin que lograrse impedirlo la "cortina de hierro" de la censura española (1).

Las más extremas medidas aisladoras y represivas a partir de 1848, del gobierno metropolitano y de los capitanes generales, resultaron ineficaces. No lograron impedir que la juventud habanera acogiese con entusiasmo cuantas noticias e informaciones lograba recibir del extranjero, filtradas a través de la censura, sobre acontecimientos políticos, avances del liberalismo, novedades más en boga en el campo de las ideas, y progresos de las ciencias, las artes y la educación. Las tentativas y los esfuerzos de liberación de los pueblos oprimidos, Irlanda, Italia y Polonia, eran seguidos con interés, a la par que sus héroes despertaban gran admiración. La lectura de la "Historia de los Girondinos" de Lamartine, y de otras obras referentes a la Revolución Francesa de 1789, enardecía y transportaba a la gente joven. Igual efecto producía la de las obras de Víctor Hugo "El Año Terrible", "El Hombre que ríe", "Los Miserables"... Admirábase a Jean Valjean, a Monseñor Benedicto, a Enjolrás, a Mario, al mismo Javert, ejemplo del hombre esclavo del deber, víctima, al fin y al cabo, de la contradicción entre el fondo de humanidad de su alma y su rígida consagración a la misión social de perseguir a los que una ley inexorable cerraba todo camino de redención. No pocas de las obras históricas y de imaginación más en boga de los autores románticos, distribuidas por entregas, circulaban de mano en mano. Con especial fervor leíanse las producciones poéticas de Mendive, Luaces, Fornaris y otros escritores cubanos. Descubríanse en ellos alusiones significativas, bíblicas o de otro género, comentadas con entusiasmo. Mayor fervor aún despertaban los poetas revolucionarios de la emigración, perseguidos por la autoridad española, residentes en Estados Unidos, México y otros países. El "Laúd del Desterrado", con poemas de Teurbe Tolón, Pedro Santacilia, José Agustín Quintero, Leopolda Turla y otros, editado en 1857, leíase ocultamente, sin que

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, Cap. XXI, págs. 527-612.

la extrema vigilancia de la censura y la policía pudiesen impedirlo. Dentro de las limitaciones impuestas por el régimen, no poca de la gente joven se ejercitaba en el periodismo, asistía las reuniones o "veladas" literarias y artísticas del Liceo de Guanabacoa, de la casa de Nicolás Azcárate en la misma villa, y en particular de las de José Ramón Betancourt, José Silverio Jorrín, y Rafael María Mendive, altamente estimado éste por su consagración a la educación de la niñez y de la juventud. Entre los jóvenes influenciados por las corrientes del pensamiento liberal, del romanticismo y del irredentismo, contábanse estudiantes pertenecientes a familias acomodadas —Ignacio Agramonte, Eduardo Agramonte y Piña, Luis Ayestarán y Moliner, Federico y Luis Victoriano Betancourt, Francisco Javier Cisneros, Antonio Zambra— unidos a otros que conocían las estrecheces y los agobios de una vida trabajosa y difícil —Rafael Morales y González, Manuel Sangüily, Enrique Piñeyro, Tomás y Cristóbal Mendoza— quienes compartían el estudio con el trabajo, generalmente de "pasantes", profesores en colegios privados, maestros a domicilio, amanuenses en bufetes y escribanías, o en otras varias ocupaciones, escasamente retribuidas por lo común. No pocos de estos jóvenes pertenecían a familias modestas o arruinadas a causa de las crisis de 1846-47, 1857-58 y 1866-67, de la destrucción de los cafetales, y de los pequeños ingenios, en proceso de desaparición, determinado por el desarrollo del maquinismo y la escasez de capital de los hacendados después de mediados del siglo. Los jóvenes de escasos recursos, de los cuales Rafael Morales y González era el tipo representativo, mostraban a virtud de la dura experiencia de la propia vida, un gran interés por las cuestiones económicas y sociales. Admiraban a Pozos Dulces, a Alvaro Reinoso, a Tranquilino Sandalio de Noda, a Esteban Pichardo y a cuantos se dedicaban a estudiar las condiciones generales del país con miras a los progresos materiales del mismo. Junto con este interés, hallábanse fuertemente imbuídos de una marcada y generosa preocupación respecto de los grandes problemas sociales de la época: la difusión de la enseñanza entre los trabajadores; la mejora de las condiciones de vida de niños, adolescentes y aún los adultos de la clase pobre; la supresión radical y efectiva de la Trata y de la esclavitud; la protección de la mujer y del niño; la fundación de sociedades antiesclavistas como la del "vientre libre"; la morigeración de las costumbres; la creación de centros de esparcimiento y estudio, en una palabra, de cuanto contribuyese a elevar el nivel intelectual y moral de Cuba. Las reformas de carácter social, leyes sobre la herencia, el matrimonio, la libertad de cultos, el régimen penal, etc., despertaban gran interés, traducido en una constante prédica encaminada a comba-

tir sin tregua los males públicos (1). La camaradería entre estos jóvenes de vida dura y estrecha y los que vivían sin la ruda, atomentadora experiencia de un "Moralitos" o un Manuel Sanguily, era perfecta. El espíritu romántico y generoso de los Agramonte, los Ayestarán y los Luis Victoriano y Federico Betancourt, los llevaba a sentir como propios los dolores de los demás. Eran los "Marios" de "Los Miserables".

En este ambiente habanero, imbuído de las mismas ansias, inquietudes y esperanzas, vivió y se formó Ignacio Agramonte. Su elocuente y ardorosa palabra se hizo oír en las "juevinas" y "sabatinas" universitarias, unido con sus entrañables amigos Ayestarán, Moralitos y otros muchos compañeros (2). Junto a sus conterráneos separatistas, Cisneros Betancourt, los hermanos Napoleón y Augusto Arango, y a los orientales Céspedes, Aguilera, Maceo Osorio, etc., —hombres todos de mayor edad que él— Agramonte, en el crítico año de 1868, era más "actual" y "radical" en sus concepciones político-sociales. Lo era, a la par, la generación conque convivió y en cuya íntima camaradería formóse en la Habana, modelada en buena parte en plena adolescencia y frescura juvenil, por la influencia de los grandes cambios producidos en el mundo a partir de la gran conmoción europea y mundial de 1848.

Evidencia histórica de la forma en que cristalizaron en el espíritu de Ignacio Agramonte las influencias recibidas por éste en lo político, fué su notable discurso de graduación en la Universidad de la Habana. Dentro de las circunstancias de la época, es un sumario, aún cuando resulte incompleto, de sus ideas de entonces. En el citado acto académico, Agramonte expresó la opinión de que el hombre vive en sociedad "por ser ese su estado natural, no a virtud de un pacto social, según la tesis de Hobbes y Rousseau". "La vida en sociedad es indispensable al hombre para el desarrollo de sus facultades físicas, intelectuales y mo-

(1) "Las contrariedades —dice Vidal Morales y Morales con referencia a Rafael Morales y González— parecían estimular, hacer más intensas y prolongar sus energías. Auxiliado por los mismos compañeros que cooperaban con él al buen resultado de la asociación del 'Vientre libre', inició modestamente la obra de ir educando a algunos obreros, exponiéndose a la prisión o al ostracismo... Concibió el plan de fundar en algunos barrios pobres de la capital, en los que habitaban artesanos y jornaleros, escuelas nocturnas, donde siquiera aprendiesen a leer y escribir, empezando por comprar entre todos sus compañeros los utensilios escolares y arreglar un local... Sus admoniciones a la juventud para llamarla al cumplimiento del deber eran del más enérgico patetismo." "En los países que gimen abrumados bajo el enorme peso de la tiranía —decía Moralitos— es tan abyecta y miserable la condición humana que, con mayor motivo que Job, pueden los más esforzados varones exclamar: Maldito sea el día en que nació y maldita la hora en que fué dicho: Concebido es un hombre!... Oh, infortunados países los que están tiranizados! y cuanto mayor es vuestro infortunio si careceis de una juventud que sepa sentir los males de la patria, y la abrigais de tan vil corazón que, mientras unos pocos no se alimentan ni hablan porque la ira y el llanto ahogan su voz y anudan su garganta, ella ríe y canta y bebe y juega y danza!" MORALES Y MORALES, VIDAL. Obra citada, Capítulo II. Véase también SANTOVENIA, EMETERIO S. *Vida y pasión de Rafael Morales*, La Habana, 1945.

(2) MORALES Y MORALES, VIDAL. Obra citada, pág. 21.

rales". La sociedad no se concibe sin orden. El Gobierno del Estado existe para establecerlo, preservarlo y defenderlo. Para prevenir abusos de autoridad, el gobierno debe estar compuesto de tres poderes, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, grandes piezas de la máquina social, independientes entre sí. Ninguno de esos tres poderes debe sobrepujar a los demás. Convertido en un poder omnímodo, absorbería las libertades públicas. Han de actuar armoniosamente, a fin de mantener el equilibrio entre ellos y laborar por fines comunes de beneficio social". La llamada "ley del progreso indefinido" era una realidad para Agramonte. "Grabada estaba en la conciencia humana por la divina mano del Omnipotente" para el desarrollo de las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre. A ese fin, había fijado al hombre "deberes de respeto a Dios", al cumplimiento de los cuales estaba obligado para realizar su destino, marcado por la Providencia. El hombre, al propio tiempo, se hallaba asistido de derechos con respecto a la sociedad, obligada a respetarlos y a proporcionarle al ciudadano los medios necesarios para alcanzar su pleno desarrollo. Esos derechos esenciales del individuo eran inalienables e imprescindibles. Sin el pleno disfrute de los mismos, el hombre no podría llegar al cumplimiento de su destino marcado por la Providencia. Tales derechos no eran renunciables ni podían dejarse incumplidos. Constituían inexcusables deberes respecto de Dios. Bajo ningún pretexto cabía abdicar de esos sagrados derechos ni privar de ellos a ningún ser humano. Hacerlo era convertirse en criminal ante los ojos de la Providencia, cometer un atentado contra ésta y hollar y despreciar sus eternas leyes".

Tres leyes o libertades del hombre dimanaban de los derechos mencionados: la de pensar, la de hablar y la de obrar. En ningún caso debían ser violadas, ni por el individuo ni por el Estado, extremo este último sobre el cual Agramonte argumentaba "in extenso". Apoyado en tales premisas, Agramonte proclamaba la doctrina del individualismo; y "el dejar hacer" en la sociedad democrática. El individuo es y debe ser el guardián y soberano de sus intereses y de su salud física y moral. La sociedad no debe mezclarse en la conducta humana, mientras ésta no dañe a los miembros de ella. Funestas eran siempre las consecuencias de la intervención de la sociedad en la vida individual. Especialmente funestas cuando esa intervención se dirigía a uniformarla, con la destrucción inevitable de la individualidad. La sociedad debía garantizar la propiedad y la seguridad personales, derechos primordiales del individuo demandados por el mero hecho de vivir en sociedad. Finalmente, en conformidad con el postulado de un destino del hombre fijado por Dios, raíz de los deberes humanos hacia la Divina Providencia y de los

derechos del hombre a su libre y completo desarrollo para poder alcanzar dicho destino, Agramonte llegaba a la conclusión de que los derechos esenciales del hombre debían respetarse estrictamente en todos, sin diferencia alguna. "Todos los hombres son iguales y todos son de la misma especie; en todos colocó Dios la razón, iluminando la conciencia y revelando las verdades eternas; todos marchan a un mismo fin; a todos debe la sociedad proporcionar igualmente los medios de llegar a Dios."

De los tres Poderes del Estado, Agramonte se detuvo y extendió en su discurso particularmente, en el primero, el Poder Ejecutivo, como era propio en Cuba, sometida a la arbitrariedad del régimen colonial y las facultades omnímodas. En general, mantuvo con firmeza los principios de descentralización administrativa y de libertad, garantías del desarrollo individual. En la extensa parte de su tesis referente al particular, se ajustó al lema de su tesis de grado: "La administración que permite el franco desarrollo de la acción individual a la sombra de una bien entendida concentración del poder, es la más ocasionada a producir óptimos resultados, porque realiza una verdadera alianza del orden con la libertad."

La intención política del discurso fué evidente; su correlación con las aspiraciones a la libertad y a la independencia, manifiesta también. El cubano se quejaba en 1866, fecha del discurso, de un régimen de gobierno colonial que le privaba de sus libertades y derechos esenciales. Mediante una centralización casi absoluta, dicho régimen anulaba la iniciativa individual y local, y centralizaba en el Capitán General, un militar con facultades discrecionales, toda la autoridad del poder público. Fijado por Dios, el destino del hombre estaba regido por una ley de progreso indefinido. Para poder realizar ese destino, al hombre le era indispensable vivir en una sociedad libre, en la cual sus derechos —que eran deberes hacia Dios— fuesen respetados, única manera de que al individuo le resultase dable alcanzar la plenitud de su desarrollo, fin éste el primordial de la sociedad organizada políticamente. Ir en contra de estos principios, era ir abiertamente contra la Divina Providencia. El régimen colonial, al privar al cubano de sus derechos inalienables, imprescriptibles e irrenunciables, violaba los derechos divinos y humanos del hijo de Cuba. Esta conclusión era de una lógica irrefutable, aún cuando Agramonte no la formulase de manera explícita. El cubano, sobre estar asistido del derecho de combatir dicho régimen, se hallaba obligado a hacerlo por un deber inexcusable, impuesto por la Divina Providencia.

Con este equipo mental habanero-europeo-americano, superpuesto al fondo permanente de su severa educación camagüeyana y hogareña

de la niñez y la adolescencia y con su privilegiada naturaleza física y moral, en 11 de noviembre de 1868, alzóse en armas contra la metrópoli Ignacio Agramonte y Loynaz, ya en el campo muchos de sus compañeros y amigos, desde el día 4 (1).

El alzamiento de 4 de noviembre, no significó que en Camagüey, forzado por la circunstancias, la región se lanzase unánime y resueltamente a una guerra a muerte contra la metrópoli como la que se desarrollaba en Oriente. Las vacilaciones y las dudas que precedieron la insurrección, continuaron en buena parte durante algunas semanas. La carencia de armas y de pertrechos de guerra era extrema. Sabíase que establecido provisionalmente en Nassau, próximo a la costa Septentrional de Camagüey, el General Manuel de Quesada, perteneciente a una distinguida familia camagüeyana, con una reputación militar conquistada junto a Benito Juárez en México, preparaba una expedición para aportar armas y pertrechos de guerra a Camagüey, y asumir el mando de la juventud separatista en la lucha por la independencia, para el comienzo de la cual se conspiraba en el Departamento en coordinación con Oriente. En 1º de septiembre, Quesada había arribado secretamente a Camagüey por la desembocadura del río Máximo. Puesto al habla con Almanzor Guerra éste le facilitó comunicarse con Na-

(1) El coronel Manuel Sanguily, amigo y compañero de Agramonte en la Habana, que combatió varios años a su lado, lo trató a diario y sintió siempre por él la más profunda admiración, nos legó un fiel retrato físico y moral de Agramonte: "Es muy difícil, dice Sanguily, condensar en una página, ni aún en muchas, la personalidad de Ignacio Agramonte, y su acción revolucionaria, como político y como guerrero. Nada requeriría tan gran esfuerzo de imaginación y de exposición como presentarlo tal como fué, tal como fué modificándose, al través de las vicisitudes y peligros, en su ascensión continua hacia la perfección moral y patriótica que llegó a realizar en los momentos de desaparecer para siempre. Los contemporáneos nuestros, la generación actual, necesitaría darse cuenta, siquiera aproximada, del medio aquel, de aquellas circunstancias excepcionales en que tuvo que ejercitar sus facultades excelsas, en beneficio de la revolución y en pro de la independencia nacional; y eso no es posible ahora que han cambiado tanto las condiciones del país cubano..."

"De él apenas si queda, en la rutinaria reverencia pública, un hombre egregio y más o menos vano, junto con el fragmentario recuerdo de hazañas imprecisas. Es pues, necesario esperar a que se escriba la historia de su breve y luminosa vida, que sería tan útil en lo futuro como ejemplo imaculado de civismo y de grandeza moral en tanto grado como lo fué realmente en períodos tempestuosos de gloria y abnegación, de lucha incesante y heroica. Quien pudo y se propuso componerla —un escritor generoso, enamorado de aquella gloria que consideraba supremo en nuestros anales tan fecundos en grandiosas proezas y caracteres sublimes— cayó en el camino dejando incompleta la que hubiera sido magnífica obra de su noble corazón y de su brillante talento. Porque Agramonte merece en realidad un monumento. No se comete injusticia, ni se incurre en exageración, declarando que es uno de los cubanos más dignos de la eterna consagración del arte y de la historia, pues que fué grande por el patriotismo, grande por la inteligencia, la aplicación, y aún la palabra, grande por el carácter, por la energía, por la firmeza de propósitos, por la entereza y la resolución, grande por el valor, por el arrojo, por el desprecio a la vida, grande, sobre todo por la virtud. Fué amigo tierno y leal, buen hijo, buen hermano, buen padre, esposo modelo, dechado de ciudadanos, de caballeros, de patriotas, un hombre impecable y, en cuanto lo consiente la flaqueza ingénica de nuestra pobre humanidad, un ser perfecto, fogoso y apasionado como Bolívar, grave, puro, austero como Washington! Fué, por lo mismo, sabio en el consejo, pronto en la acometida, prudente y acertado en el mando, elocuente en las asambleas, terrible en los combates, —inflexible contra el desorden—, cariñoso y bueno

poleón Arango en el ingenio de la propiedad de éste, en el barrio de Caonao, y con algunos otros conspiradores. La opinión de las personas consultadas fué unánime: Camagüey distaba mucho de hallarse en condiciones de poder lanzarse al campo.

A pesar de las manifestaciones contrarias a sus planes, Quesada llegó a la conclusión de que los trabajos de los conspiradores camagüeyanos irían adelante y de que dentro de un plazo de dos o tres meses habría posibilidad de "hacer algo". A su vez, los jefes de la conspiración quedaron informados de que recibirían en su oportunidad las armas y los pertrechos necesarios, conducidos por Quesada. Lo prudente por el momento era mantenerse en espera, de acuerdo con las resoluciones adoptadas en las juntas celebradas con los orientales y las gestiones que realizaría Cisneros Betancourt en la Habana. Esa disposición de ánimo de los camagüeyanos, explica por qué al proclamar Céspedes la independencia y lanzarse a la insurrección el 10 de octubre, en el Camagüey no se produjo nada semejante a una explosión revolucionaria como en Oriente.

En 1º de noviembre, ya de regreso de la Habana Cisneros Betancourt, todavía la Junta Revolucionaria de Camagüey deliberaba sobre si procedía el alzamiento inmediato o se aguardaba el regreso de un

en sus íntimos afectos, como si el destino hubiese querido completar a aquellos dos héroes del Sur y del Norte, en la persona inmensa del cubano, haciéndolo más respetuoso de las leyes y de la moral que el uno, y menos marmóreo y glacial que el otro, es decir, más humano, sin dejar de ser de la misma especie cuasi divina que sus dos gigantes émulos; aunque por su desventura y la nuestra, si tuvo la gloria de morir en un campo de batalla por la independencia de su patria, que los otros próceres no tuvieron ellos en cambio viven en la fulgencia de apoteosis eterna, consagrados por la victoria que no quiso ungir al que acaso menos mereció sus desdenes...

Eugenio Betancourt Agramonte, nieto del héroe camagüeyano, ha dejado otro retrato que completa al de Sanguily: "Agramonte era hombre muy alto (medía seis pies y dos pulgadas), delgado, pálido, pero derecho y recio, fortalecido por el ejercicio del caballo y de la esgrima; tenía los ojos pardos, grandes, lánguidos y serenos; los cabellos castaños, finos y lacios; bigote corto, poca barba. Sus facciones eran finas: la nariz aguileña, los dientes blancos, iguales y bien puestos, y no gruesos los labios (como se ven en algunos de sus retratos). En la guerra se robusteció mucho y adquirió buenos colores, y al morir (dice uno de sus compañeros de armas) tenía la apariencia militar perfecta.

"Era sereno y reflexivo, de afectos tiernos y apasionados, de voluntad firme e inquebrantable. Era generoso y leal; sabía comunicar sus pensamientos a los demás, bien por medio de su elocuente palabra, o bien por medio de la pluma, con estilo claro y preciso; conocía el modo de llegar al corazón de los demás, todos entendían sus grandes sentimientos, y en más de una ocasión hizo asomar lágrimas a los ojos de soldados rudos, al reprenderlos suave y paternalmente por cualquier falta al orden o a la disciplina. Era modesto y sencillo, enemigo de la vanidad, la mentira y el engaño, inflexible contra el desorden y el vicio, valiente hasta la temeridad, y aunque de opiniones liberales adelantadas, era a la vez práctico y conocedor de lo verdadero, y sabía llevar a la realidad sus esperanzas, porque a la vez era hombre de grandes conceptos y de grandes acciones. Conociendo sus deberes, nunca vaciló en acometer a los enemigos de la justicia y de la virtud; pero siempre lo hizo leal y descubiertamente, asumiendo la plena responsabilidad de sus hechos. Dice Doña Aurelia Castillo de González, que lo conoció personalmente, en su obra *Ignacio Agramonte en la vida Privada*: "Estaba exento de vicios y lleno de virtudes; y ni la sombra de una mancha permitió que pasase sobre el limpio cristal de su honor".

BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana*, páginas 26 y 27.

comisionado enviado a Nassau para obtener informes respecto de la proyectada expedición de Quesada. Un telegrama en cifra, recibido por Cisneros Betancourt el día 2, enviado de la Habana por José Ramón Betancourt, decidió el alzamiento sin más demoras. El despacho telegráfico daba cuenta de la salida del puerto habanero de un buque español con rumbo a Nuevitas, el cual conducía 1,500 fusiles y otros pertrechos de guerra destinados a las fuerzas militares del general Mena en Puerto Príncipe. Esas armas y esos pertrechos, fué opinión unánime, no debían llegar a poder del jefe militar español de Camagüey. El convoy ferroviario de transporte de Nuevitas a la capital camagüeyana debía ser detenido. Capturado el armamento, serviría para equipar a los camagüeyanos dispuestos a entrar en acción. La Junta Revolucionaria, poniéndole término a sus vacilaciones, circuló inmediatamente las órdenes para el alzamiento. Los comprometidos a sublevarse debían reunirse con las armas de que pudiesen disponer en Las Clavellinas, a tres leguas de la ciudad, el día 4. En cumplimiento de estas instrucciones, 76 patriotas de Puerto Príncipe, se lanzaron al campo en la fecha indicada. No eran éstos los primeros camagüeyanos alzados, en verdad. A partir del 11 de octubre, algunos de los más exaltados de éstos, seguidos de cierto número de parciales, habíanse lanzado ya a la lucha en diversos lugares de la región ⁽¹⁾.

La situación de Camagüey continuó no obstante el alzamiento, un tanto incierta. En funciones de general en jefe, Napoleón Arango prosiguió su tortuosa política de buscar arreglos con el brigadier Mena y el Conde de Valmaseda, a base de reformas en el régimen colonial. Los campos no llegaron a quedar deslindados hasta la celebración de la junta en Las Minas (26 de noviembre) y el combate de Valmaseda en Bonilla dos días más tarde. Desvanecida en gran parte la influencia de Napoleón Arango, la sublevación se hizo general.

En carta al general Lersundi, su jefe superior, el brigadier Mena le informó que inclusive las mujeres de Puerto Príncipe habían abandonado la ciudad en gran número, trasladándose a sus residencias campesinas donde dominaban los insurrectos. Camagüey, comunicaba Mena al Capitán General, había sublevado en masa. El, por su parte, no disponía de una sola columna para perseguir a los rebeldes ⁽²⁾. Para la

(1) En 11 de octubre, Bernabé de Varona, sometido a la vigilancia española en Nuevitas a causa de sus antecedentes revolucionarios, logró escaparse y tomar las armas. Igual camino siguieron en el curso del mes Ángel del Castillo, Manuel de Jesús Valdés, Pedro Recio Agramonte, Lópe Recio Borrero, Antonio Aguilera Varona, Fernando Agüero Betancourt y Napoleón y Augusto Arango, el primero de los dos hermanos en la actitud ambigua ya dicha. BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, pág. 60.

(2) PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. I, pág. 341.

defensa de la plaza sólo contaba con un batallón incompleto de voluntarios y una corta fuerza movilizada de infantería, sostenida y pagada ésta por los comerciantes y los propietarios peninsulares, a un costo de 5,000 pesos al mes. En realidad, el gobernador se hallaba estrechamente bloqueado en la capital camagüeyana. En constante vigilancia en las afueras de la ciudad, los insurrectos no permitían la entrada de víveres de ninguna clase. Las provisiones comenzaban a escasear, y muy pronto las tropas no contarían con suficiente repuesto de municiones.

En favorable posición los insurrectos, las fuerzas españolas mantuvieron a la defensiva durante no menos de dos meses, hecho de consecuencias muy importantes en el Departamento. Dominada completamente la parte rural por la insurrección, las familias de la capital principieña, como informaba Mena a Lersundi, se trasladaron a las "quintas" y las amplias casas de vivienda de los potreros. La temporal impotencia española, hizo fácil el desembarque y la defensa de la expedición de Quesada en la ensenada de la Guanaja, lugar costero por el cual efectuaba Camagüey un intercambio comercial bastante activo con Nassau. Al frente de un total de más de 50 jóvenes, habaneros en su gran mayoría, que habían logrado salir de la capital de Isla y marchan a Nassau, a incorporarse a Quesada, éste aportó a Camagüey en el *Galvanic*, nombre del pailebot expedicionario, 2,500 fusiles Enfield, 150 rifles Spencer, medio millón de tiros, 200,000 cápsulas metálicas, un cañón de campaña, 300 granadas y gran cantidad de pólvora (1). El feliz arribo, proporcionó a Camagüey, junto con los materiales que urgentemente necesitaba, la nutrida y brillante representación de un grupo de fieles amigos y admiradores de Agramonte procedente de la Habana, en los campos camagüeyanos. Estaban llamados casi todos ellos a destacarse grandemente al servicio de la revolución.

Con la expedición de Quesada, completóse la obra de desplazamiento de Napoleón Arango comenzada en Las Minas e inclusive la de Augusto Arango, sustituido este último por Quesada, designado general en jefe de Camagüey por el Comité Revolucionario del Centro. Al cerrarse el año, Camagüey hallábase en condiciones de figurar en primera línea en la guerra, con una política propia, independiente de la de Céspedes, contradictoria, en muchos aspectos fundamentales, con la preco-

(1) CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL DE. *Manuel de Quesada y Loynáz*, tercera edición, La Habana, págs. 44-47; MORALES Y MORALES, VIDAL, obra citada, capítulo IV, páginas 97-103. Céspedes y Quesada informa que el material de guerra fué adquirido con fondos aportados por el Comité Revolucionario de la Habana y por los cubanos Martín Castillo y Diego y Enrique Loynáz. El costo total se elevó a \$50,000. Castillo pagó \$10,000 y además regaló los fusiles Spencer, las municiones para éstos, el cañón de campaña y las granadas. Morales y Morales reproduce íntegro el manifiesto lanzado por los jóvenes habaneros expedicionarios. Fué redactado por uno de ellos, Antonio Zambrana, y suscrito por todos.

nizada y seguida por éste en Oriente. La gente joven revolucionaria reunida y alzada contra España en Camagüey, no admitía el diferir la destrucción del régimen colonial en sus más condenables aspectos hasta que se terminase la obra de expulsar a España de Cuba. La revolución debía ser completa en todos sus aspectos, desde el momento. Imponíase el llevar adelante la renovación de la sociedad cubana desde sus cimientos, sin dilaciones impropias carentes de toda justificación. Tal era la opinión de los camagüeyanos.

Las operaciones militares, no obstante contar ya los camagüeyanos con un jefe entendido y de experiencia y haber sido remediado la escasez de armas y municiones, no se activaron por el momento en el Centro. Quesada mantuvo el plan camagüeyano de asedio a la capital, sin arriesgarse a lanzarse al asalto de la misma. En un campamento establecido a siete leguas al norte, concentró sus esfuerzos en la organización, el aumento y la preparación de las fuerzas camagüeyanas y en el establecimiento de servicios de abastecimiento que estimaba indispensables para sostener la lucha. El brigadier Mena, por su parte, sin fuerzas bastantes para operar contra los insurrectos, mantúvose a la defensiva. Abrigaba la esperanza de que el próximo arribo de Dulce a la Habana significaría el inicio de una inmediata y efectiva política de pacificación, apoyada en amplias reformas para Cuba. La situación de inactividad en cuanto a operaciones militares persistió aproximadamente durante no corto número de semanas.

Con posterioridad al combate de Bonilla y a las hostilidades contra Valmaseda, en la marcha de éste de San Miguel de Nuevitas al Jobabo, límite con Tunas, los camagüeyanos sólo habían tenido que enfrentarse con una columna de voluntarios movilizados al mando del coronel Francisco de Acosta y Albear, despachada por Lersundi para Sancti Spíritus, jurisdicción en la que el Capitán General temía un alzamiento. Después de un recorrido por los lugares donde las autoridades locales espirituanas advertían mayores señales de peligro, Acosta y Albear pasó a los partidos de Ciego de Avila y Morón, puesto militar el último donde prestó apoyo al coronel Lamelas, en sus operaciones contra el jefe cubano José Valdés Urra, alzado en la zona moronense. Continuada su marcha hasta la capital camagüeyana, Acosta y Albear entró en la ciudad en 20 de diciembre (1869), hostilizado casi continuamente por los camagüeyanos, carentes todavía de armamento. Tras una breve estancia en Puerto Príncipe, regresó casi inmediatamente a Sancti Spíritus, jurisdicción en la que la situación continuaba siendo insegura.

A fines de noviembre y en los meses de diciembre y enero, primero Lersundi y después Dulce, comenzaron a recibir algunos de los refuer-

zos urgentemente solicitados por ambos a Madrid. Al disponer de tales tropas, ya a mediados de febrero (1869), Dulce había podido despachar una columna de las tres armas con destino a Puerto Príncipe, al mando del brigadier Juan Lesca, designado para sustituir a Mena. Uno de los nuevos jefes llegados de España con los refuerzos de tropas veteranas, Lesca, partió de La Guanaja, el 18 de febrero, en marcha contra Puerto Príncipe. Las fuerzas cubanas, que no pudo mandar Quesada personalmente por hallarse enfermo, le hicieron frente en los pasos de la Sierra de Cubitas, pero Lesca, militar hábil y experimentado, logró abrirse paso en recios combates, no sin sufrir fuertes bajas, y arribó con su columna a la capital camagüeyana siete días más tarde, en 25 de febrero (1869). Recibido el mando de manos de Mena, Lesca organizó una columna de 600 hombres mandada por el coronel Goyeneche, otro de los nuevos jefes llegados con los refuerzos, en auxilio de Santa Cruz, cuya situación era crítica. Hostilizado fuertemente en su marcha, Goyeneche logró cumplir su cometido, y reforzado el puesto costero, regresó a la ciudad de Puerto Príncipe, tiroteado a lo largo del camino por los camagüeyanos. Estas pocas operaciones españolas no cambiaron substancialmente la situación en Camagüey. Excepto las cabeceras de las jurisdicciones de Puerto Príncipe y Nuevitas, el pequeño poblado sureño de Santa Cruz y alguno que otro de menor importancia, con guarniciones españolas a la defensiva, el Departamento del Centro continuó en manos cubanas. Este estado de cosas permitió al Comité Revolucionario camagüeyano dedicarse a las actividades políticas principalmente. Quesada, mientras tanto, continuaba su labor de tratar de crear un ejército propiamente dicho en Camagüey.

En el período comprendido desde el 10 de octubre de 1868 hasta el 10 de abril de 1869, fecha esta última de la reunión de la "Asamblea de Guáimaro", Camagüey contó con tres organizaciones que se sucedieron en la dirección de la política revolucionaria. Primero, la *Junta Revolucionaria de Camagüey*; segundo el *Comité Revolucionario de Camagüey*, y tercero, la *Asamblea de Representantes del Centro*. Hubo también una acción política personal de Napoleón Arango, inspirada en proyectos de arreglos con España.

La política revolucionaria camagüeyana expresóse inicialmente en las reuniones de El Rompe y de Muñoz, en el sentido de estimar indispensable una mayor preparación antes de tomar las armas. Descontenta más tarde la Junta con Céspedes, por haberse adelantado éste a hacer estallar la insurrección, negóse a secundarle de manera inmediata, mostróse inconforme también con la política cespedita expuesta en el Manifiesto del 10 de octubre, de no resolver por el momento sobre las cues-

ciones de organización política, social y económica futuras del país. El Comité Revolucionario camagüeyano considerábase con poderes bastantes para organizar, desde el primer instante, una República democrática y redactar una Constitución política, de acuerdo con los ideales y los motivos que habían lanzado al pueblo cubano a la guerra. Este hallábase deseoso, a juicio del Comité, de entrar en el uso pleno de sus derechos, y de que en el extranjero se facilitara el reconocimiento de un gobierno cubano constituido sobre principios liberales (1).

En el calor de su controversia con Céspedes, en la que sin duda entraba algún resentimiento contra éste por haber precipitado el alzamiento, el Comité no vaciló en calificar la política cespedita de dictatorial. Nunca, declaró de manera enfática, dependería de dictadura alguna, ni marcharía "por el sendero que había trazado la primera autoridad del Departamento Oriental". Amaba el Comité la unión estrecha de todos los cubanos, "sin la cual no concebía el bien de Cuba", pero tal unión debía basarse en instituciones democráticas. "Era imposible cimentarla sobre el capricho o la voluntad de un hombre, sistema condenado por los cubanos alzados en armas contra los opresores de Cuba."

Estos criterios los dejó expuestos el Comité oficialmente en una comunicación dirigida a la Junta Revolucionaria de la Habana. La Junta habanera habíase dirigido al Comité, en el supuesto de ser parte del gobierno de Céspedes, en una comunicación, leída, decía el Comité, "con profundo sentimiento", por el hecho de considerar la Junta que el Comité estaba subordinado al gobierno provisional de Bayamo, siendo así que el Camagüey se mantenía "en total independencia". En su citada respuesta, el Comité dió cuenta a la Junta habanera de haber instado a Céspedes a renunciar sus prerrogativas y facultades omnímodas, a fin de establecer de mutuo acuerdo un Gobierno provisional republicano, respetuoso de todos los derechos del pueblo. En entrevista con Ignacio Agramonte, encargado por el Comité de tratar de persuadir a Céspedes, ésta había al fin y al cabo convenido consultar la opinión de sus generales sobre el establecimiento inmediato del orden democrático en ambos Departamentos reunidos. Camagüey hallábase en espera de la decisión final del jefe de Oriente (2).

El Comité dejaba planteada en los términos expuestos una doble cuestión. Era imperativo, a su juicio, asignarle a la revolución objetivos inmediatos de completa renovación de la organización política, social y económica de Cuba, programa para la ejecución del cual Céspedes no se

(1) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, págs. 76 y 77.

(2) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO, reproduce la comunicación del Comité, fechada en Camagüey a 7 de febrero, 1869. Obra citada, págs. 77-79.

sentía con representación suficientemente amplia del pueblo de Cuba. El criterio cespedita, defendible desde el punto de vista estrictamente democrático, para el Comité camagüeyano resultaba demasiado conservador. La segunda cuestión no era menos importante. Consistía en la falta de una base legítima para la amplísima autoridad y los igualmente extensos poderes asumidos por Céspedes, sin que le hubiesen sido conferidos aquella autoridad ni estos poderes por la mayoría de la representación revolucionaria. Respecto de esta segunda cuestión, la posición de Céspedes era débil, precaria en realidad. Sus conterráneos de Oriente podían haberse allanado, por estos o aquellos motivos, a aceptar la situación de hecho creada en El Rosario y La Demajagua, algo más consolidada a virtud de la rapidez con que se propagó el estallido de la insurrección y de la vacilante política de "dejar hacer" de Aguilera. Pero la posición del Comité Revolucionario de Camagüey era otra respecto de esa fundamental cuestión. Céspedes y los suyos habían pasado por encima de acuerdos adoptados por los delegados de todos los grupos de conspiradores reunidos en Muñoz. El Camagüey, representado por el Comité, hallábase asistido del derecho de no aceptar el Gobierno Provisional de Oriente, y de constituir otro enteramente independiente, no obstante desear los camagüeyanos la unión y considerarla absolutamente esencial. La negativa de Céspedes a constituir un nuevo gobierno representativo de los dos departamentos, daba pábulo a la sospecha de que se aferraba a su posición de autoridad y de poder. En tal virtud, la cuestión de principios envuelta en la primera de las dos cuestiones arriba mencionadas, pasaba a un lugar secundario en comparación con la segunda; y ya en el plano de la desconfianza, Céspedes era combatido con argumentos *ad hominem*, acusado de dictador. Agravada la divergencia, la controversia pasaba de lo ideológico a lo personal, en un tono acre, violento y agresivo.

La fecha de 7 de febrero (1869), día en que el Comité firmó la carta o comunicación a la Junta Revolucionaria de la Habana, casi coincidió con el alzamiento de las Villas, siguiendo los villareños las inspiraciones de la Junta habanera y las incitaciones de los orientales y camagüeyanos. En tal momento, el Comité camagüeyano apreció la conveniencia, a virtud de que su elección había sido hecha por un corto número de revolucionarios (unos ciento cincuenta), de reorganizarse y asentarse sobre una más amplia base electoral. A ese efecto, días más tarde, en 26 de febrero, convocó a elecciones para constituir un nuevo órgano de gobierno revolucionario, la "Asamblea de Representantes del Centro". Este nuevo organismo representativo de Camagüey quedó integrado por cinco miembros, los tres que habían formado el Comité,

más dos miembros adicionales, Francisco Sánchez Betancourt, camagüeyano, y Antonio Zambrana Vázquez, habanero. Compañero y amigo de Agramonte en la Universidad de la Habana, Zambrana había sido expedicionario del *Galvanic*, con Quesada. La ampliación a cinco de los miembros de la Asamblea, respondió al propósito de incluir a Zambrana, manteniendo una cifra impar. La Asamblea camagüeyana, con la adición de Sánchez Betancourt, quedó moral y legalmente revestida de mayor autoridad y prestigio que el desaparecido Comité.

Con una mayoría de tres miembros jóvenes, Ignacio Agramonte, Eduardo Agramonte y Piña, y Antonio Zambrana, y dos de mayor edad y respetabilidad compenetrados con ellos, la Asamblea de Representantes del Centro sostuvo idéntico criterio al del disuelto Comité, respecto de las dos cuestiones fundamentales antedichas de mantenerse independiente del Gobierno Provisional de Oriente y de estimarse con suficiente representación para abordar y resolver, sin restricción alguna, toda clase de problemas políticos sociales y económicos de la Isla.

Como inicio de su labor en tal sentido, el mismo día de su constitución (26 de febrero) aprobó y promulgó un decreto de abolición de la esclavitud de carácter general. Los dueños de esclavos, dispuso, serían indemnizados oportunamente; y los individuos que por virtud del decreto recibían la libertad, quedaban obligados a contribuir con sus esfuerzos a la independencia de Cuba. Los que fueren considerados aptos y necesarios para el servicio militar, engrosarían las filas del Ejército Libertador, con el mismo haber y las mismas consideraciones que los demás soldados. Los que no fueren aptos para tal servicio, mientras durase la guerra continuarían sus trabajos del momento, a fin de conservar en producción las propiedades y subvenir al sustento de los que ofrecían su sangre por la libertad común. Esas obligaciones no eran una carga especial para ellos. Constituían un deber, extensivo por igual a todos los ciudadanos libres exentos del servicio militar, cualquiera que fuese su raza. Un reglamento especial prescribiría el cumplimiento del decreto en todas sus partes. El preámbulo de la disposición era muy breve. La institución de la esclavitud, traída a Cuba por la dominación española, debía extinguirse con ella. La Asamblea de Representantes del Centro, teniendo en consideración los principios de eterna justicia, en nombre de la libertad y del pueblo que representaba, así lo decretaba.

Similar en cuanto a sus objetivos últimos y a mantener, como Céspedes, el principio del derecho de los propietarios a la indemnización, el decreto de la Asamblea impuso obligaciones a los libertos dictadas por un cuerpo en cuya constitución éstos no habían tenido voz ni voto. Por otra parte, el artículo del decreto que ordenó la redacción de un regla-

mento para el mejor cumplimiento del decreto, reconoció de hecho la necesidad de medidas reguladoras del paso de la esclavitud a la libertad de los libertos, es decir, de un período de patronato, la duración del cual no se precisó. La facultad asumida por la Asamblea de actuar en nombre "del pueblo", la llevó a arrogarse el derecho de actuar como organismo representativo de toda la Isla. El decreto, de aplicación general obligatoria, contrastaba con el criterio de Céspedes de no considerarse con representación bastante para la adopción de medidas de tan vasto alcance. El hecho histórico esencial era, no obstante, pese a la aparente diferencia de criterio político respecto a hallarse facultados o no para la adopción de medidas de tal naturaleza, que Céspedes y la Asamblea reconocieron la absoluta incompatibilidad de la esclavitud con la libertad y la independencia de Cuba. Acordes estaban, así mismo, en la participación que el hombre negro, libre o esclavo, habría de tener en la lucha por la independencia. La abolición de la esclavitud fué, en la realidad de los hechos, obra necesaria y forzosa de la revolución libertadora. Esta hubiera violado y desnaturalizado sus principios y sus fines, si hubiese mantenido en pie la odiosa servidumbre. Por imperativos de incontrastable fuera, la libertad del esclavo comenzó, en efecto, a ser un hecho desde el mismo 10 de octubre, en que Céspedes hubo de reconocerlo, al facilitar la incorporación de los esclavos al Ejército Libertador, en igualdad de condiciones a los demás ciudadanos. De dicho 10 de octubre a la fecha del decreto de la Asamblea de Representantes del Centro, mediaron cuatro meses y medio. En ese lapso de tiempo, todos los propietarios de esclavos en Oriente, lanzados a la revolución, dejaron en libertad a sus siervos; y en las partes del territorio a que se fué extendiendo la insurrección, Cobre, Palma Soriano y todo el resto de la jurisdicción de Cuba invadido por las fuerzas cubanas, los esclavos quedaron incorporados en gran número, de una u otra manera, al Ejército Libertador. En la primera quincena de enero, la sangre de esclavos convertidos en soldados de la independencia, derramóse a raudales en el Salado y el Cauto, bajo el fuego de la fusilería y la metralla de la columna de Valmaseda (1).

(1) De cómo el esclavo convertido en hombre libre por la revolución, pudo ir elevándose en el Ejército Libertador, da idea un párrafo de una carta de Céspedes a su esposa, Ana de Quesada, escrita en 26 de noviembre (1872). "El día 22 —dice— falleció el Teniente Coronel Francisco Aguilera. Fué esclavo caletero del Mayor General; empezó a servir de soldado en el levantamiento y ascendió hasta el grado que tenía. Fué herido muchas veces, y se cree que la enfermedad de que murió provino de una contusión que recibió en un combate. Era entendido, valiente y subordinado. Generalmente se le ha sentido mucho. Se le hizo un entierro muy lucido, después de haberlo velado conforme a los ritos de la Masonería, de que era miembro. Además de una numerosa concurrencia, acompañó al cadáver medio batallón y le hizo los honores de ordenanza. Celebró honras fúnebres el presbítero Braulio Odio, y los masones le tributaron también las que le son peculiares. Tuvo el consuelo de morir en el seno de su familia. Yo estuve representado en el entierro por mi Ayudante Fernando Figueredo." CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL. *Carlos Manuel de Céspedes*, págs. 232 y 233.

El decreto de la Asamblea de Representantes del Centro, no tuvo ni podía tener efectividad fuera del campo dominado por la revolución. El agente libertador y emancipador no fué otro que la revolución misma, la cual hacía sentir sus efectos en "Cuba Libre" exclusivamente. El valor del decreto consistía en ser la expresión del ideal de emancipación de la insurrección cubana. La Asamblea parece haber tenido el doble propósito, así mismo, primero, de contraponer su decreto al de Céspedes de 26 de diciembre, como un testimonio de la superioridad de los criterios democráticos de los camagüeyanos en comparación con los de los del jefe superior de Oriente; y segundo, de despejar el camino para la política que los camagüeyanos se proponían seguir respecto de los Estados Unidos, ganándose la simpatía y el apoyo de la opinión antiesclavista americana. Mes y medio más tarde (10 de abril, 1869), reunida la Asamblea de Guáimaro y aprobada la Constitución de la República de Cuba, el artículo 24 de la misma declaró que "Todos los habitantes de la República son enteramente libres". La Cámara de Representantes, creada por la Constitución, aprobó, por su parte, un *Reglamento de Libertos* similar al acordado respecto al particular por la Asamblea de Representantes del Centro (1). El ciudadano que había sido esclavo, quedó oficialmente designado con una denominación particular, la de "liberto", sujeto a disposiciones de carácter especial. En las condiciones prevalecientes, resultó imposible que dichas disposiciones tuviesen aplicación. En Las Villas, la insurrección iniciada el 6 de febrero no se había extendido a todo el territorio. En Matanzas, la Habana y Pinar del

(1) El preámbulo del Reglamento decía: "La Cámara de Representantes de la República cubana, queriendo organizar el servicio que los libertos deben prestar durante la guerra de la independencia, decreta lo siguiente:" El texto completo del Reglamento figura como apéndice en la obra ya citada, *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana*, por EUGENIO BETANCOURT AGRAMONTE, págs. 455-457. El Reglamento disponía en su artículo primero, la creación en la oficina de la Gobernación de cada Estado de la República (Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente) una sección llamada "Oficina Principal de Libertos", la cual tendría sus oficinas subordinadas en las Secretarías de las Autoridades dependientes de la Gobernación. El artículo segundo fijaba "los deberes de la Oficina Principal de Libertos". En primer término, formar el censo de los libertos; segundo, "intervenir en los contratos por los cuales los libertos arrendasen sus servicios a las personas que desearan contratarlos, a fin de que los libertos no fueren engañados y se cumpliese el contrato por ambas partes; tercero, "colocar en familia, con patrón o sin él, a los libertos que no estuviesen en el servicio militar, cuando por cualesquiera razones dejen la casa de sus antiguos dueños, cuando por razones poderosas se separen de sus nuevos patronos o no encontraren quien contratarse sus servicios, bien entendido que en estos casos se colocarían por cuenta del Estado, el cual les reconoce el derecho a una futura indemnización; cuarto, enviar a los asilos que la Oficina Principal de Libertos debía crear al efecto, los que por su edad y achaques no pudiesen dedicarse al trabajo; quinto, terciar entre las dificultades que se suscitasen entre patronos y libertos, aconsejando avenencias o imponiendo penalidades a unos o a otros, si incurriesen en responsabilidad; y sexto, velar porque los patronos de los libertos colocados por cuenta del Estado se dedicasen principalmente al cultivo de frutos de pronta recolección para el Ejército. Los artículos 3º, 4º, 5º, y 6º del decreto fijan los derechos y deberes de libertos y patronos respectivamente.

Río, las autoridades coloniales dominaban totalmente la situación. En Oriente, incendiada Bayamo y ocupada por Valmaseda, que reocupó y guarnicionó a Baire, Jiguaní, Palma Soriano y demás poblaciones, el Gobierno revolucionario no disponía de medios para hacer efectivo el Reglamento de Libertos. Los ex-propietarios de esclavos, refugiados en las estribaciones de la Sierra Maestra, hallábanse en los más intrincados bosques y en otros lugares apartados, perseguidos tenazmente por el implacable Conde, con sus columnas volantes y sus guerrillas. En el mismo Camagüey, donde los españoles operaban poco todavía, el decreto resultó inaplicable y suscitó no pocas dificultades. Fué, principalmente, una expresión de opinión revolucionaria sobre el problema esclavista, y se usó también con miras a la política exterior, en conexión con las comunicaciones dirigidas por la Asamblea al general Senador Banks y al Presidente de los Estados Unidos, Ulises Grant, en 6 de abril, 1869.

En efecto, la elección de Grant para la Presidencia de los Estados Unidos en noviembre de 1868 y su próxima toma de posesión, en 4 de marzo de 1869, no pudo dejar de despertar grandes esperanzas de apoyo del nuevo jefe del Ejecutivo americano a la revolución cubana. Sabíase que Grant estaba mal dispuesto hacia Gran Bretaña, España y Francia, a causa del reconocimiento de la beligerancia al Sur por dichos países durante la Guerra de Secesión, y de las violaciones cometidas contra la Doctrina de Monroe—expedición tripartita de británicos, españoles y franceses en México, anexión de Santo Domingo por España, guerra del Pacífico, etc.—, actos realizados mientras el Gobierno de Washington se hallaba comprometido en la guerra contra los Estados secesionistas. En su breve mensaje inaugural al Congreso, Grant no se refirió a la insurrección cubana, pero incluyó un corto párrafo sobre política exterior que se estimó muy significativo, revelador del temple conque el nuevo Presidente se proponía proceder en sus relaciones con los poderes extranjeros (1). En los cuatro meses que mediaron entre la elección de Grant y la toma de posesión de éste, ocurrieron, además, algunas manifestaciones públicas oficiales en los Estados Unidos, demostrativas de la disposición de espíritu de algunos legisladores y hombres de Estado norteamericanos favorables a Cuba, y del deseo de los mismos a sumarse al

(1) "Con respecto a la política extranjera, trataré con las naciones como la ley equitativa requiere a los individuos tratarse entre sí, y protegeré al ciudadano respetuoso de la ley, sea nativo o nacido en el extranjero, dondequiera que sus derechos sean vulnerados o flote nuestra bandera. Respetaré la ley de las naciones, demandando igual respeto para nosotros. Si otros se apartan de esa regla en sus tratos con nosotros, podremos vernos compelidos a seguir su precedente." RICHARDSON, JAMES D. *A Compilation of the Messages and Papers of the Presidents. 1789-1902*, vol. VII, pág. 8.

pueblo en las simpatías de éste por los insurrectos cubanos ⁽¹⁾. Las primeras y más resonantes se produjeron en el Congreso. Un proyecto de ley presentado a la Cámara de Representantes por Mr. W. E. Robinson, que lo era por Nueva York (11 de enero de 1869), en el que proveía el reconocimiento de la independencia de Cuba y la anexión; otro posterior del mismo legislador modificaba el primero, limitándolo al reconocimiento de la independencia de Cuba. Agregóse pronto un proyecto de acuerdo o resolución de Mr. Shelby M. Cullo, de Illinois, en el que se declaraba que el Congreso y el pueblo de los Estados Unidos no eran indiferentes a la lucha en que estaba empeñada la Isla de Cuba para obtener su independencia. Poco después, en 27 de febrero, presentóse en el Senado un proyecto de resolución, sometido por el senador John Sherman, de Ohio, en que se autorizaba al Presidente a reconocer la independencia de Cuba, tan pronto como en concepto suyo existiese en la Isla un Gobierno *de facto* establecido por los cubanos ⁽²⁾.

Estimulada por estas muestras de simpatía a la causa de Cuba, y en otras formas, de elementos populares, en diversos Estados de la Unión, la Asamblea de Representantes del Centro acordó dirigir y dirigió en la citada fecha de 6 de abril (1869), cuatro días antes de la Asamblea de Guáimaro, sendas comunicaciones al general norteamericano Banks y al Presidente Grant. En la primera, expresó a Banks el agradecimiento de la Asamblea por haber aprobado el Senado la resolución, por él propuesta, que autorizaba al Presidente Grant para reconocer la independencia de Cuba, le manifestaba que a la gran República correspondía, en su condición de defensora de la libertad, como nación a cuyos brazos se lanzarían los cubanos terminada la guerra, y a título de protectora de los destinos de la América, dar con su influjo término inmediato a la terrible contienda que se libraba en Cuba ⁽³⁾. En la comunicación al Presidente Grant, unida a la petición de auxilio, la declaración anexionista de la Asamblea del Centro fué más explícita. Expresábase a Grant el júbilo conque la Asamblea de Representantes del Centro había sabido su elevación a la Presidencia de los Estados Unidos; agregábase que Cuba era merecedora de las simpatías de la Unión Americana, porque los cubanos peleaban y morían por la libertad; y se le exponía que según podía ver en el decreto de la Asamblea del cual se le acompañaba

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida del Dr. José Manuel Mestre*, La Habana, 1909, páginas 141-142.

(2) *IBIDEM*.

(3) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, págs. 97 y 98.

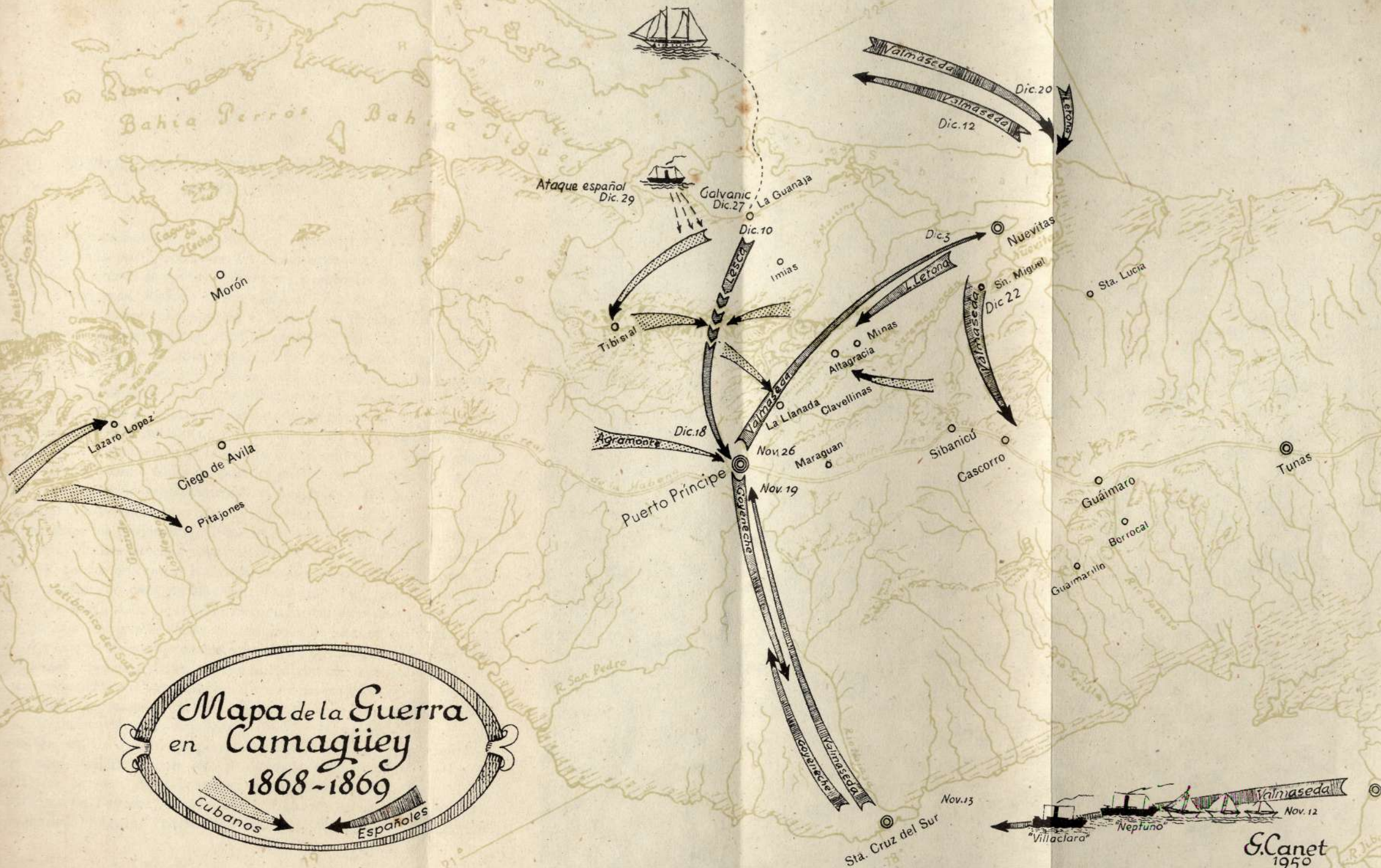
copia impresa, la esclavitud de los negros no existía ya en la Isla y la dominación española en Cuba desaparecería pronto ⁽¹⁾.

Las dos comunicaciones, a Banks y al Presidente Grant, fueron firmadas por los cinco miembros de la Asamblea, Salvador Cisneros Betancourt, Miguel Betancourt Guerra, Francisco Sánchez Betancourt, Ignacio Agramonte y Loynaz y Antonio Zambrana. Eduardo Agramonte y Piña había sido sustituido en la Asamblea por Miguel Betancourt. De ambas se daría cuenta, pocos días después, a la Cámara de Representantes, constituida al aprobarse la Constitución de Guáimaro.

(1) "Parece que la Providencia —decía el párrafo penúltimo de la comunicación de la Asamblea— ha hecho coincidir estos acontecimientos con la exaltación al Poder del partido radical que representais, porque sin el apoyo que de ese partido aguardamos, puestos en lucha los cubanos con un enemigo sanguinario, feroz, desesperado y fuerte, si se consideran nuestros recursos para guerra, vencerán (los cubanos) sí, que siempre vence el que prefiere la muerte a la servidumbre, pero Cuba quedará desolada, asesinados nuestros hijos y nuestras mujeres por el infame gobierno que combatimos, y cuando según el deseo bien manifiesto de nuestro pueblo, la estrella solitaria que hoy nos sirve de bandera, fuera a colocarse entre las que resplandecen en la de los Estados Unidos, sería una estrella pálida y sin valor." BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, págs. 98 y 99.

nes, el al-
que plan-
l natura-
previsión
Octubre.
de encau-
r, el pro-
s esencial
vó a Cés-
sola cues-
ista de la
rosamen-
y dirigir

do con el
o obstan-
regional
entes, en
obstáculo
do único,
acionaria,
autoridad
ser obe-
dad, con
de toda
des eran
onocidos
ntros de
ros y re-
le Cuba,
pensar-



copia impresa, l
dominación esp:

Las dos com
madas por los c
tancourt, Migue
nacio Agramont
y Piña había si
De ambas se da
sentantes, consti

(1) "Parece qu
Asamblea— ha hecho
dical que representais,
cubanos con un enem
cursos para guerra, ve
servidumbre, pero Cu
infame gobierno que c
estrella solitaria que h
de los Estados Unidos
NIO. Obra citada, páj

CAPÍTULO VII

DISPARIDAD POLITICA INTERNA DE LA REVOLUCION

Movimiento esencialmente político en su carácter y sus fines, el alzamiento iniciado por Céspedes en La Demajagua era forzoso que planteara desde el primer momento numerosos problemas de igual naturaleza a los insurrectos. Persona de experiencia, Céspedes tuvo la previsión de trazar el programa contenido en el Manifiesto de Diez de Octubre, documento fundamentalmente político también, para tratar de encauzar la marcha de la revolución. Como se ha visto en otro lugar, el propósito de allanar el camino a la acción revolucionaria en lo más esencial y perentorio, unido al de evitar complicaciones y divisiones, llevó a Céspedes a circunscribir el objetivo inmediato de la guerra en una sola cuestión primordial: la expulsión de España de la Isla y la conquista de la independencia. Dominado por la misma idea de ir recta y vigorosamente al citado fin, asumió todos los poderes para iniciar, impulsar y dirigir la política y la acción revolucionarias al propósito indicado.

Al poner en ejecución un plan aparentemente tan de acuerdo con el sentir de todos los insurrectos, Céspedes habría de tropezar, no obstante, con dificultades prácticamente invencibles. La diversidad regional de Oriente creaba problemas militares, sociales y políticos diferentes, en no corta medida, en cada jurisdicción. Este era ya un primer obstáculo para la fácil unificación de todo el Departamento bajo un mando único, capaz de imprimirle un vigoroso impulso a la acción revolucionaria, jefatura a la que era indispensable investir de la indispensable autoridad y de los más amplios poderes, ya que se hallaba en urgencia de ser obedecida y secundada sin vacilaciones. Oriente no contaba, en verdad, con personalidades representativas de toda la región; mucho menos de toda la Isla. Francisco Vicente Aguilera y Carlos Manuel de Céspedes eran las más destacadas quizás. A pesar de ello, uno y otro eran conocidos y apreciados verdaderamente sólo en Bayamo y Manzanillo, centros de la influencia personal de ambos. Podían considerarse jefes voceros y representantes de Bayamo, Manzanillo y Jiguani; no lo eran de Cuba, Guantánamo, Holguín, Tunas y Baracoa. Mucho menos podía pensar-

se que lo fuesen de Camagüey, Las Villas y el Departamento Occidental, con su gran centro de acción política, social y económica en la ciudad de la Habana. La distancia, la lentitud y dificultad de las comunicaciones y el localismo o regionalismo, efecto del aislamiento, no permitían todavía en 1868 la existencia de personalidades suficientemente conocidas y admiradas. De ascendiente y prestigio bastantes para hacer de ellas agentes con toda la fuerza unificadora indispensable, al objeto de vencer las marcadas diferencias existentes en todos los órdenes, no las había en ninguno de los cuatro Departamentos. Saco, el cubano más generalmente conocido entonces, y el de mayor autoridad, capacidad y reputación, dado que Luz y Caballero y El Lugareño habían muerto, residía en el extranjero desde hacía largos años. Muchas de sus ideas eran ya, por otra parte, cosa del pasado. Las soluciones políticas preconizadas por Saco, contrarias a la acción revolucionaria para la conquista de la independencia, lo mantenían en total desacuerdo con los viejos separatistas militantes y con la juventud. Poderosos los obstáculos mencionados para la unidad del pensamiento político y de la acción de los revolucionarios, no eran los únicos. Otros de no mayor peso hacían sentir también su influencia. Céspedes no pudo forzar el estallido de la insurrección ni asumir la dirección militar y política del movimiento armado, sin violentar las cosas y pasar por encima de los acuerdos de la mayoría de los jefes de la conspiración, muy en particular de los de Camagüey. Las circunstancias resultaban excepcionalmente propicias, a su juicio, en octubre de 1868. Todo incitaba a actuar sin demora. El aplazamiento con miras a mayores seguridades, respondía en el fondo a la misma concepción política fundamental de Saco, inspirada en desconfianzas y temores respecto al posible éxito de una insurrección. Esa tesis política tenía su raíz en los peligros que aquel ilustre hijo de Bayamo descubría en la composición de la población de Cuba y en los problemas sociales a que habría de dar lugar una larga y cruenta guerra. Precisaba romper el nudo gordiano, retar a España, empuñar las armas y echarla de la Isla. Céspedes se lanzó a hacerlo con algunos amigos. Obtuvo un indudable buen éxito inicial, justificativo de su audacia. Una oscura y casi desconocida personalidad local de Bayamo y Manzanillo pasó a ser, a partir del 10 de octubre, la primera figura de Cuba, admirada con extraordinario entusiasmo por los cubanos en la Isla y en el extranjero. Su nombre, pronto conocido en toda la América, y su arresto, aplaudido por todos los amantes de la libertad, le convirtieron, a la vez, en el blanco del odio, la difamación y la calumnia de los integristas más acérrimos e intransigentes y de los voluntarios, incitados y azuzados por Lersundi. Pero si las audaces determinaciones de

Céspedes le ganaron entusiásticos y fervorosos admiradores, le enajenaron a la par la buena voluntad de no pocos de sus compañeros de conspiración. Además de considerarse personalmente lastimados, éstos juzgaron peligroso que Céspedes hubiese precipitado la revolución y se mostraron inconformes conque asumiese poderes tan amplios como los consignados en el Manifiesto del 10 de Octubre.

Fuente de dificultades no menos serias, fué la falta de experiencia política de los cubanos, hecho apuntado certeramente por Céspedes en el Manifiesto. El cubano no había podido discutir abierta, libre y francamente en asambleas y reuniones populares, ni en corporaciones u organismos plenamente representativos, ninguno de los problemas, grandes o pequeños, de interés común del país. Habían tenido que actuar en pequeños grupos de amigos y conocidos de íntima confianza; en conciliábulos secretos de las logias masónicas, absteniéndose de hablar demasiado alto y con toda franqueza. En cuanto al derecho de sufragio, nunca lo habían ejercido, en general, ni se hallaban en condiciones de apreciar su valor y su positiva efectividad en una democracia. En condiciones de impreparación tan evidentes, el estallido insurreccional echó por tierra todas las barreras de contención levantadas en la colonia para la expresión de las ideas. De un día para otro, el cubano insurrecto se halló en posición de lanzarse a la política en plena y absoluta libertad. Sin etapa preparatoria alguna, pasó al más libre uso de los derechos ciudadanos. La inevitable consecuencia fué que en el desordenado y agitado ambiente creado por la insurrección, la desconfianza, la violencia y el apasionamiento estuviesen a la orden del día. En el orden político, las enseñanzas y experiencias del pasado eran de carácter negativo para el cubano. Imperaba la idea de que había que estar constantemente prevenido contra los abusos de los gobernantes y de cuantas personas se hallasen investidas de alguna autoridad, dado que siempre se hacía mal uso de la misma. Era imperativo desconfiar a priori de cuantos ejercieran funciones públicas. Debía vigilárseles de cerca, no dejarse engañar por las apariencias ni aceptar de primera intención declaraciones de buena fe y de rectitud de propósitos que podían ser totalmente insinceras. Céspedes, como los demás jefes de la revolución, estaba llamado a sufrir las consecuencias de tales prevenciones. No podía dejar de ser víctima de la inexperiencia política del pueblo cubano ni de las pésimas enseñanzas recibidas por éste.

Aparte de estas dificultades de orden general, hubo otras específicas de orden militar y político. Las de mayor trascendencia fueron dos: la demora de los camagüeyanos en lanzarse a la lucha contra Valmaseda, y el no podersele asegurar a Cuba Libre desde el principio un

gobierno revolucionario representativo, aceptado y acatado por todos los partidarios de la independencia dentro y fuera de Cuba.

En lo que a Camagüey respecta, la noticia del alzamiento en La Demajagua, produjo, por inesperada, una impresión profunda de sorpresa y desconcierto, convertida pronto en agrio descontento. En las cinco jurisdicciones del oeste del Departamento Oriental y en la de Santiago de Cuba, los conspiradores impacientes por lanzarse a la guerra, y los que simplemente se hallaban enterados de la conspiración, eran numerosos. Sabían desde el principio que Céspedes, como otros varios conspiradores, era partidario de iniciar la insurrección sin demora, por haberlo manifestado firmemente en la junta de El Rompe. Con posterioridad, las diferencias de criterio de Aguilera con la mayoría de los reunidos en El Ranchón y en El Rosario, fueron conocidas también. Ocurrió lo mismo con respecto de las medidas tomadas y circuladas por Aguilera en previsión del alzamiento fijado para el 14 de octubre, con el propósito de secundarlo, decisión de la cual informó a la Junta Revolucionaria de Bayamo por él presidida.

En Camagüey, los jefes de la conspiración nada supieron respecto de la proximidad del estallido, confiados como se hallaban en el acuerdo de aplazamiento adoptado en la junta de Muñoz. Cisneros Betancourt, tácitamente reconocido jefe civil de la revolución en Camagüey, hallábase en la Habana el 10 de octubre, dedicado a su labor de proselitismo revolucionario. La noticia del alzamiento en La Demajagua le produjo la más desagradable sorpresa. Al producirse el estallido de la insurrección sin prevenirlo a tiempo, encontróse en una situación desairada y difícil ante las personalidades habaneras cuya cooperación trataba de obtener. Los otros jefes de la conspiración en Camagüey, aún cuando algunos sentíanse dispuestos a tomar las armas, decidieron aguardar por Cisneros. En el desconcierto y la incertidumbre del momento, Napoleón Arango, hacendado de Caonao, y su hermano Augusto, de mucho prestigio revolucionario éste a virtud de haber luchado junto a Joaquín de Agüero en 1851, y haber sido abandonado por los españoles que lo dieron por muerto en un combate, se adelantaron a asumir un papel preponderante que habría de ser fuente de dificultades. Napoleón, en particular, no excluía en sus planes revolucionarios la posibilidad de llegar a algún arreglo con la metrópoli, en evitación de la guerra, a base de un régimen de amplias reformas para Cuba.

Preocupado por la inactividad camagüeyana, Céspedes, por conducto de algunos emisarios, envió a la Junta Revolucionaria de Camagüey una solicitud de apoyo, con resultados negativos. En una reunión secreta de los directores de la conspiración en Puerto Príncipe, todavía

en ausencia de Cisneros, acordóse, bajo la inspiración de Napoleón Arango, responder a Céspedes que dado que él no había vacilado en llevar adelante su idea de precipitar la revolución, no obstante la opinión en contrario de Camagüey, suya sería toda la responsabilidad. Los camagüeyanos no le secundarían. Culpable sería él, Céspedes, ante la posteridad, de los males que el lanzar a destiempo la insurrección le acarrearía a Cuba ⁽¹⁾. A virtud de este acuerdo, y pese a la efervescencia producida por la noticia del alzamiento, recibida el 11 en Puerto Príncipe, los camagüeyanos permanecieron inactivos. Sólo algunos pequeños grupos aislados se adelantaron a tomar las armas. Estuvo dirigido el primero por Bernabé de Varona (11 de octubre), quién logró escapar a la vigilancia de la autoridad española a que estaba sometido. Hubo otros grupos de sublevados al mando de Angel del Castillo, Manuel de Jesús Valdés, Pedro Recio Agramonte, Lope Recio Agramonte, Antonio Aguilera Varona, Fernando Agüero Betancourt y varios valerosos e impacientes jefes más. Napoleón Arango mantúvose en una posición ambigua. Pronunciado contra el régimen, no rompió definitivamente con éste, mientras que su hermano Augusto, más decidido, no tardó en asumir el mando superior de los camagüeyanos. De todos modos, en Camagüey no se produjo un estallido de rebelión general.

En 21 de octubre, deseoso, según sus propias manifestaciones, de apreciar por sí mismo el estado de cosas que existía en Oriente, y de tratar de inducir a los insurrectos, inclusive a Céspedes, si era posible, a aceptar un plan de reformas ajustado a lo que se llamó el "Programa de Cádiz", con referencia al inicio de la Revolución de septiembre en la Metrópoli, Napoleón Arango tomó su decisión de ir a Bayamo. Sin resultado alguno favorable a sus planes, logró entrevistarse con Céspedes. Al realizar estas gestiones corrió, según declaró más tarde, gran riesgo personal, a virtud del estado de ánimo de los orientales, opuestos a todo arreglo con España que no fuese a base de la independencia.

La estancia de Napoleón Arango en Oriente se prolongó hasta los primeros días de noviembre, circunstancia que aprovechó Valmaseda, al arribar éste a Manzanillo, para entrar en relaciones con él, según se ha expuesto anteriormente. Cisneros Betancourt apresuró su regreso de la Habana a Puerto Príncipe a fines de octubre. Era portador de una insistente recomendación de Morales Lemus y otros ex-reformistas de que los camagüeyanos no dejaran sin apoyo a Céspedes. Sin demora alguna, Cisneros convocó a una reunión secreta en 1º de noviembre,

(1) *The Cuban Rebellion, Address of General Napoleon Arango*. Hoja impresa existente en la biblioteca del Congreso, Washington, D.C. GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, pág. 645.

en la Sociedad Filarmónica para tomar decisiones. Debía decidirse si Camagüey se lanzaba al campo inmediatamente o si se aguardaba el regreso de un emisario enviado a Nassau, a informarse de la fecha de arribo de la expedición que se preparaba al mando de Manuel de Quesada y Loynaz.

Adoptado en principio el acuerdo del alzamiento, hízose efectivo por una causa accidental, el 4 de noviembre, sin una completa unanimidad, división demostrada por el uso que había hecho Napoleón Arango de su influencia entre sus conterráneos camagüeyanos, para evitar que se hostilizase a Valmaseda en la marcha de éste desde Santa Cruz del Sur a la ciudad de Puerto Príncipe. Por todos los motivos expuestos, el Camagüey, con la opinión de Arango de un lado y la de Cisneros Betancourt del otro, en estrecha unión éste con la juventud separatista, no se decidió a romper definitivamente con la metrópoli hasta la celebración de la junta de Minas, en 26 de noviembre, en la que Napoleón Arango perdió casi toda su fuerza. En dicha junta aceptósele la renuncia del cargo de jefe de la revolución en el Departamento, que él había asumido, se designó jefe militar de la región a su hermano Augusto, y se constituyó el "Comité Revolucionario de Camagüey", formado por Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte y Loynaz, y Eduardo Agramonte y Piña. Dos días después, bajo el mando de Augusto Arango y los otros jefes camagüeyanos, los insurrectos de la región se batieron contra Valmaseda en Bonilla, en marcha éste de Puerto Príncipe a Nuevitas.

La decisión final de lanzarse a la guerra, no significó el cese de la oposición de los camagüeyanos a Céspedes. La división quedó de manifiesto con el establecimiento de una jefatura camagüeyana independiente para la dirección política y civil de la guerra, a cargo del citado Comité Revolucionario del Centro. En consecuencia, desde la constitución del Comité, existieron dos gobiernos independientes en Cuba Libre, con una política distinta, excepto en lo tocante a la expulsión de España de Cuba. La unificación de uno y otro gobierno no se intentó en firme hasta el mes de diciembre, transcurridos ya dos meses de la fecha en que fué proclamada la independencia en La Demajagua. Militar y políticamente, la Metrópoli obtuvo positivos beneficios con la división de los revolucionarios.

La falta de unidad y de coordinación entre la acción camagüeyana y la oriental tuvo consecuencias militares inmediatas muy perjudiciales para los insurrectos cubanos. Desde el primer momento del estallido de

la insurrección en Oriente, Lersundi mostró el más vivo interés en aislar de éste a Camagüey. En el plan estratégico que se trazó el jefe español, entraba el mantener el mayor aislamiento entre las dos regiones, la recuperación de Bayamo y la concentración de todas las fuerzas disponibles bajo su mando contra los insurrectos orientales. La inactividad de Camagüey le permitió al Capitán General enviar las primeras tropas recibidas de España a Gibara y Manatí, con destino a auxiliar y reforzar las guarniciones de Holguín y Tunas, y asegurar la defensa de ambas posiciones estratégicas, y situar al coronel Loño en Tunas, con su fuerte columna de 700 hombres.

En Santiago, el general González Muñoz, con las tropas que condujo desde la Habana, pudo reforzar el núcleo de la columna del coronel Cámara, destinada también a cooperar en el ataque de Valmaseda contra Bayamo, mientras trasladaba unidades de infantería y caballería de la provincia de la Habana a Manzanillo, con el doble objetivo de aumentar la seguridad de esta plaza, importante base costera para las operaciones militares en todo el oeste del Departamento Oriental, y de formar parte de una columna que debía cooperar, al mando del coronel Andriani, en el ataque contra Bayamo. La tardanza en decidirse los camagüeyanos a tomar las armas y en organizarse militarmente, fueron factores importantes que facilitaron la ejecución del plan estratégico de Lersundi. Valmaseda pudo atravesar el Camagüey, primero de sur a norte, de Santa Cruz del Sur a Puerto Príncipe, y de Puerto Príncipe a Nuevitas, sin tener que librar otra acción que la de Bonilla, en 28 de noviembre, a los cuarenta días de proclamada la independencia en La Demajagua, y organizar su poderosa columna en San Miguel de Nuevitas, ya adelantado el mes de diciembre, para avanzar de dicho lugar, vía Cascorro, Guáimaro, Tunas y pasos del Salado y del Cauto, contra Bayamo.

La ocupación de Guáimaro por Augusto Arango en diciembre, poblado defendido por un destacamento de la Guardia Civil que fué hecho prisionero, ofreció a Céspedes la oportunidad para trasladarse al citado pueblo y solicitar de los miembros del Comité Revolucionario del Centro que aceptasen la autoridad del gobierno provisional de Oriente y el mando superior que a él, Céspedes, le había sido concedido. Firme en su oposición a la política cespedita, el Comité rechazó la solicitud. Fundó la negativa en el hecho de que los camagüeyanos no estaban de acuerdo con el programa del gobierno cespedita ni con la marcha que el jefe oriental imprimía a la revolución. No obstante, el Comité accedió a designar un representante que se entrevistase con Céspedes. Al mantenerse firme en su negativa, el Comité desatendió

recomendaciones expresas de la Junta Revolucionaria de la Habana, a base de la imputación a Céspedes de haberse convertido en dictador. En esas condiciones, el representante camagüeyano encargado de entrevistarse con Céspedes, Ignacio Agramonte y Loynaz, estaba impedido de llegar a un acuerdo con el jefe de Oriente. Céspedes y Agramonte trataronse con respeto y cordialidad, sin un paso atrás en sus posiciones respectivas. Fracasados los planes unificadores, Céspedes regresó a Oriente (1).

Además de la oposición de los jefes revolucionarios de Camagüey, Céspedes tuvo que hacer frente a la de no pocos destacados orientales. Estos hallábanse descontentos de que se hubiese lanzado a la revolución contraviniendo los acuerdos adoptados en las juntas preparatorias, anteriores a la de El Rosario y El Ranchón de los Caletones, celebradas con más reducida representación. Sentíanse también inconformes con las amplísimas facultades que de hecho Céspedes se había asignado a sí mismo, gracias al apoyo de sus amigos manzanilleros, en el Manifiesto de 10 de octubre.

Inicialmente, la oposición oriental se manifestó con la inconformidad personal de Francisco Vicente Aguilera, respecto de los acuerdos adoptados en El Rosario. Poco después, hizose ostensible en la actitud de los jefes de Bayamo y su jurisdicción, quienes reunidos en junta después del 10 de octubre, deliberaron largamente sobre si debían secundar o no el alzamiento de La Demajagua. Sólo cuando la insurrección se extendió con rapidez, y Céspedes había ocupado ya a Barrancas, en preparación para el ataque a Bayamo, arrastrados los miembros de la junta bayamesa por el desbordado torrente revolucionario, decidieron por mayoría, después de la vehemente insistencia de Pedro Figueredo, sumarse a Céspedes y aceptar la jefatura de éste. Acordada en tales circunstancias la aceptación, no hizo desaparecer el desagrado y la inconformidad de algunos de ellos con respecto a los procedimientos de Céspedes. Ese estado de ánimo se hizo evidente en los mismos días de la toma de Bayamo. Al llegar Aguilera, cuya jefatura reconocían y preferían los opositores de Céspedes, en la media noche del 18 de octubre al frente de sus fuerzas de Cabaniguán, en medio del júbilo patriótico conque la ciudad festejaba su liberación, la presencia del respetado presidente de la junta bayamesa, colocado en segundo plano por los vertiginosos acontecimientos producidos a partir del 10, bastó para determinar una reacción a su favor en el ánimo de algunos

• (1) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, págs. 76 y 77.

de sus compañeros de junta. Francisco Maceo Osorio, de los primeros en iniciar la conspiración con Aguilera en agosto de 1867, tomó la iniciativa. Secundado por otros varios, hizo conocer a Aguilera, el propósito que abrigaban de tratar de restaurarlo en la dirección superior de la revolución. Decidido Aguilera a "dejar hacer" a Céspedes, y a no dar un paso que contribuyese a crear o a ahondar divisiones entre los insurrectos, negóse firmemente a conceder la autorización que de él se solicitaba para proceder. Su determinación frustró el intento de Maceo Osorio y de sus compañeros por el momento, sin que lograrse disipar el descontento por ellos manifestado, que persistió latente (1).

La negativa de Aguilera a conceder la autorización pedida, acarrió consecuencias políticas inmediatas muy importantes. Desvanecida toda posibilidad de plantearse abierta y francamente una discusión con Céspedes sobre el asunto, no se presentó la oportunidad de tratar de llegar a algún arreglo conducente a una completa y sincera unidad de pareceres. Al no plantearse la divergencia de una manera franca y de tipo genuinamente democrático a Céspedes, no hubo manera de lograr, bien una transacción satisfactoria a todos, o de organizar una oposición abierta y responsable. El descontento de los inconformes creó otra mucho más peligrosa, de carácter semi-subterráneo, en diversas formas y sobre muy variados extremos. Manifestóse persistentemente en la constante desaprobación de los procedimientos políticos de Céspedes; en la inconformidad con su posición de jefe exclusivo del movimiento revolucionario; en la tenaz censura de que se hubiese revestido y continuase en el uso de poderes dictatoriales propios del coloniaje, y en acres imputaciones sobre sus intenciones y sus actos. Finalmente en la apasionada y acerba reprobación de cuantas medidas de importancia Céspedes puso en práctica, atribuyéndolas a móviles de ambición y de vanidad personales.

Aguilera había considerado maduramente en su retiro de Cabaniguan durante los días que mediaron del 10 de octubre a su llegada a

(1) La versión de estos hechos la ofrece Eladio Aguilera Rojas, sobrino de Aguilera. Al recibir éste órdenes de Céspedes, tan pronto como llegó a Bayamo para salir a oponérsele en unión del General Modesto Díaz a la columna del coronel español Campillo, en marcha de Manzanillo contra Bayamo, el General Aguilera salió inmediatamente para su ingenio Santa Isabel, ya en cumplimiento de la orden de Céspedes. "En el trayecto —dice Aguilera Rojas— reuniéronse Francisco Maceo Osorio y otros compañeros y amigos, hombres caracterizados de la revolución, los que le manifestaron su inconformidad con la actitud que había asumido Céspedes respecto a la jefatura de la revolución y le pidieron autorizara para obrar ellos de manera que Aguilera ocupara el puesto que le correspondía. Vanos fueron los esfuerzos que a ese efecto hicieron aquellos amigos generosos de Aguilera, pues éste, con el desprendimiento y patriotismo tan propios de él, cerró oídos a consejos que, aunque bien intencionados, tan graves trastornos podían traer a la revolución." ELADIO AGUILERA ROJAS. *Francisco Vicente Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868*, La Habana, 1909, tomo I, pág. 39.

Bayamo el 18, la posibilidad de una discusión con Céspedes sobre los problemas planteados por las amplísimas facultades asumidas por éste. Temió las consecuencias de un choque entre ambos y abandonó la idea. Al recibir la petición de Maceo Osorio, hallábase preparado para negarse a acceder a la misma. Mantuvo firmemente la línea de conducta que se había trazado de dejarle a Céspedes el camino franco y la más completa responsabilidad en el ejercicio de su cargo. En el terreno de los hechos, la decisión de Aguilera equivalió, tácitamente, a la aprobación de la conducta de Céspedes. Sus motivos personales de incomodidad y de resentimiento no tuvieron oportunidad de quedar disipados, como hubiese sido posible, en una discusión franca y abierta con Céspedes. Este, por su parte, tampoco se vió inducido a justificar su proceder, ni pudo asegurar que la autoridad por él asumida quedase reconocida y afianzada unánimemente, sin reservas mentales, por parte de Aguilera y de los revolucionarios inconformes. Posiblemente, éstos hubieran quedado satisfechos con un acuerdo que garantizara a Aguilera una posición civil en la revolución en consonancia con su prestigio personal. La consideración general de que gozaba y la posición preminente a que había sido exaltado en la Junta de Muñoz, lo justificaban plenamente.

Respecto a la meditada actitud de Aguilera de dejar hacer a Céspedes, múltiples evidencias históricas la ponen de manifiesto fuera de toda duda. La junta de El Rosario, celebrada en la noche del 5 de octubre, antes de las cuarenta y ocho horas de efectuada la de El Ranchón, se prolongó hasta las cuatro de la madrugada del 6. Dos horas después de terminada, Aguilera fué informado en su ingenio Santa Gertrudis, cerca de El Rosario, por Francisco Agüero y Arteaga, asistente a la junta y familiar de toda confianza de Aguilera, de los acuerdos adoptados. Agüero Arteaga había sido comisionado a ese objeto por Céspedes, que acababa de ser nombrado jefe superior de la revolución. Considerándose Aguilera jefe de la conspiración, en su carácter de Presidente de la Junta Revolucionaria de Bayamo y de haber asumido la presidencia, que le fué conferida en la junta de Muñoz, de todos los conspiradores, sintióse grandemente sorprendido y lastimado. El había temido que las imprudencias de algunos de los comprometidos infundiesen alarma y pusiesen sobre aviso a las autoridades españolas. No fué más allá en sus temores ni pensó que sus compañeros podían declararse en rebeldía contra los acuerdos de la Junta bayamesa, desconocer la autoridad de la misma y proceder a espaldas de él que la presidía para lanzarse a obrar en completa independencia. Personalmente

sintióse agraviado, pues entendió que había habido la idea preconcebida de prescindir de él al no citársele para dicha reunión de El Rosario. Grandemente preocupado, su primera idea fué dirigirse a Céspedes. Durante horas meditó sobre ello, pesando el pro y el contra de los posibles resultados de la entrevista. Previó una ruptura entre Céspedes y él, de graves consecuencias para la revolución. Vaciló mucho, caviló largamente y llegó a la conclusión de que no era prudente ni hacedero el tratar con Céspedes. Consideró, igualmente, la posibilidad de comunicarse con los conspiradores prontos a lanzarse a la revolución y tratar de persuadirlos a desistir de sus propósitos. Su conclusión fué negativa también. Era inútil, cabe colegir que fué el resultado de sus meditaciones, el luchar contra lo irremediable. Lo más cuerdo era dejar a Céspedes la plena responsabilidad de sus actos en unión de los suyos, sin pensar en ningún instante abstenerse él de tomar las armas. Inició sin la menor dilación los preparativos, con la mayor rapidez, para que los acontecimientos no lo tomasen desprevenido. Decidió a la par, informar a los otros jefes revolucionarios de lo que ocurría, ya que él había sido advertido a tiempo por Céspedes. Tomadas estas decisiones, envió un correo a la Junta de Bayamo, trasmitiéndole instrucciones respecto a la urgencia de estar sobre aviso para tomar las armas en cualquier momento. Los jefes de las distintas localidades debían ser notificados por la Junta de que estuviesen preparados y dispuestos para secundar el movimiento tan pronto éste quedase iniciado ⁽¹⁾. Cumplidos estos urgentes deberes envió armas y otros materiales de guerra a la Junta bayamesa, dispuso el traslado de su familia del ingenio Santa Gertrudis a la ciudad, y partió a media noche del 6 de octubre en una goleta previamente dispuesta en un lugar próximo de la costa, con un cargamento de pertrechos de guerra para el embarcadero de La Zanja y la hacienda Cabaniguán, a la cual arribó el 7. Con toda la premura del caso, y ya en lugar seguro, consagró su atención a preparar el personal disponible para el estallido de la insurrección en la fecha fijada en la junta de El Rosario, o sea, el 14.

De la mañana del 6, en que fué notificado de los acuerdos y los planes de los reunidos en El Rosario, hasta el 14, fecha fijada para el levantamiento, mediaban ocho días. Si Aguilera se hubiera dispuesto sin tardanza a actuar activa y enérgicamente para lograr la modificación de los acuerdos, habría tenido tiempo de intentarlo, a corta distancia como se hallaba de Bayamo, y de la residencia de los demás conspiradores, con medios fáciles en su ingenio de comunicarse con éstos.

(1) AGUILERA ROJAS, ELADIO. Obra citada, tomo I, págs. 23-25.

La evidencia histórica es concluyente: Aguilera aceptó los hechos consumados en El Rosario, y se dispuso a sumarse con todas sus fuerzas al movimiento insurreccional que habría de estallar el 14 y se precipitó el 10.

Cinco días después de su llegada a la zona de Cabaniguán, dedicado en otra de sus haciendas, Santa Ana del Cayojo, a sus preparativos bélicos, recibió por conducto de su fiel familiar Manuel Anastasio Aguilera, pliegos de la Junta de Bayamo, y una completa información verbal de los primeros graves acontecimientos desarrollados en Manzanillo: el alzamiento en La Demajagua y el ataque frustrado de Yara. Las noticias recibidas produjéronle honda impresión, sumido en nuevas dudas y vacilaciones ante el hecho consumado. La acongojada disposición de su ánimo no le llevó a alterar la decisión ya tomada de secundar la revolución. El mismo día 14 alzóse en armas también. Céspedes, por su parte, al tener el día 16, hallándose en Barrancas, conocimiento de la sublevación de Aguilera, que aseguraba el triunfo de los planes cespedistas, ordenó jubiloso y satisfecho la celebración de la noticia con grandes hogueras en el campamento.

Preparadas sus fuerzas, 150 hombres bien montados, armados medianamente, en la mañana del 17 entró en campaña al frente de las mismas Aguilera. Sus reclutas prestaron juramento de luchar por la independencia hasta el fin, momentos antes de emprender la marcha para Bayamo. Al amanecer del 18, cruzado ya el Cauto y a distancia de tres leguas de la ciudad, recibió pliegos de Céspedes por conducto de un correo especial. Solicitaba de él que cubriese el camino de Holguín, al objeto de interceptar el paso a cualquiera tropa española procedente de dicha ciudad, mientras las fuerzas revolucionarias procedían al asalto de Bayamo. En extremo desagradable la orden para Aguilera, deseoso de tomar parte en el ataque a su ciudad natal, cumplióla sin vacilación, interceptando el camino holguinero hasta las seis de la tarde, hora en que recibió nuevos pliegos de Céspedes. Informábale éste de la toma de la ciudad y de que en junta general de jefes se le había nombrado a él, Céspedes, jefe supremo de la revolución. Ya en funciones del cargo, Céspedes le acompañaba un nombramiento de general de división y le transmitía instrucciones de continuar inmediatamente su marcha a Bayamo.

En todos los hechos que se dejan referidos, la acometividad y la audacia de Céspedes, contrastan con la prudencia y la resolución de Aguilera de no dar un paso que pudiese dividir la insurrección en su inicio y dar motivo a que se le juzgase movido por la ambición o el amor

propio (1). La disparidad de carácter y de manera de ser de los dos de las más destacadas figuras de la revolución en sus comienzos, contribuyeron por igual a que la situación de hecho creada por Céspedes, se convirtiese en un estado de derecho en el orden revolucionario. Ambos próceres procedieron de acuerdo con su carácter. Gracias a ello la revolución se aseguró una dirección y una jefatura central únicas en Oriente. Fué lamentable la existencia de un profundo y permanente descontento, llamado a traducirse en una sorda, inmediata y creciente oposición a la autoridad y a la amplitud del poder asumidos por Céspedes. Este no tardó en ser calificado de dictador, en particular, después que dió pábulo a tal imputación al asumir la denominación adicional a la de general en jefe, de Capitán General de la Isla de Cuba, odiosa para los revolucionarios (2).

Además de acusarlo de dictador y de haber asumido el título de Capitán General, la oposición nacida en Oriente, por los motivos expuestos, le imputó a Céspedes entre otras faltas, el ser poco explícito respecto de la abolición de la esclavitud; el no ponerle término radical a la misma; y el seguir una política respecto a la Iglesia, inspirada en un deseo de ostentación personal. Hiciéronle asimismo responsable del desorden y la confusión de las operaciones militares, inevitables en los primeros días del alzamiento.

(1) "No sabemos lo que pasó por el espíritu de Aguilera al leer los despachos de Céspedes, al tener ante sí la realidad de sus crueles presentimientos; al ver como Céspedes, de un subordinado suyo que era, se había convertido en su jefe. Aguilera guardó siempre en lo más profundo de su pecho los sentimientos que lo dominaron en aquel instante doloroso. Jamás habló de ello a nadie. Eso mismo nos hace pensar cuan hondos debieron ser." AGUILERA ROJAS, ELADJO. Obra citada, pág. 38.

(2) El coronel Manuel Sanguliy y Garritte, quien conoció personalmente a Céspedes y a Aguilera, ha dejado trazado un paralelo entre estas dos personalidades de las luchas por la independencia de Cuba. "Estaba yo presente —dice— como espectador en la sesión de la Cámara de Representantes en que se propuso para Secretario de la Guerra y se aclamó con entusiasmo y énternecimiento a Francisco Vicente Aguilera" (en Guáimaro, 11 de abril de 1869). "Como tuve que incorporarme al gobierno constituido, me fué dado por aquellos días el honor de conocerlo. Era un hombre de la más venerable presencia; vestía sencillamente el traje usual a la sazón, que era poco más o menos el de nuestros campesinos; la barba poblada y larga le daba un aspecto patriarcal, pero su fisonomía bondadosa y el suave timbre de su voz revelaban un temperamento sereno y un corazón noble y tierno. Bastaba observarlo un momento al lado de Céspedes para persuadirse de la profunda disparidad de sus caracteres. Aunque Aguilera todavía ostentaba el vigor físico y estaba en la floreciente plenitud de la edad madura, parecía más bien despertar aquellos sentimientos que constituyen el encanto y la dulzura del hogar doméstico; o recordaba a los ancianos de la tradición antigua que en medio de la tribu eran guías, padres y amorosos consejeros. En contraste, Céspedes, que a más de abogado con bufete abierto era asimismo, como su rival, hacendado y ganadero, traía a la imaginación, por su nerviosa apariencia y recia complexión, y más que nada por el épico atrevimiento de su formidable iniciativa en La Demajagua, la memoria de los próceres de la primera colonización, de aquel Vasco Porcayo de Figueroa, por ejemplo, en quien se aunaban la ambición, la autoridad y la osadía para acometer y para fundar y que eran las mismas cualidades eficientes por las que los atrevidos conquistadores del siglo XVI acrecentaban con un mundo nuevo el poderío de la monarquía española." SANGULIY Y GARRITTE, MANUEL. *Nobles Memorias*, La Habana, tomo I, págs. 189-190.

Céspedes no dejó de tomar en consideración las censuras de sus opositores. En buenas prácticas democráticas, procedió a explicar su actitud y a justificar su proceder en términos explícitos tocante a cada uno de los cargos contra él. En 30 de octubre, en una Manifestación pública en el *Cubano Libre*, declaró que al aceptar los empleos con que los pueblos libres del Departamento se habían dignado conferirle en el Ejército Libertador y en todos los ramos del gobierno, no había tenido otro objeto que servir la causa de la libertad de la patria sin que ni por un momento se le hubiese ocurrido envanecerse con distinciones y calificativos de ninguna clase. Él no era más que un soldado decidido a morir defendiendo el estandarte por él levantado. Sólo la necesidad de regularizar el Ejército Revolucionario y de atender a todos los ramos de la administración pública, le habían podido obligar a aparecer ante los ojos de sus compatriotas con distintivos y empleos que no cuadraban con su carácter ni se ajustaban a sus aspiraciones. No quería imponer su gobierno a ninguno de los demás pueblos de la Isla. Hallábase dispuesto a sujetarse a lo que decidiese la mayoría de los habitantes de éstos, tan luego como pudieran reunirse libremente para entrar en el goce de su independencia. Mientras tanto, seguiría el camino de moderación y de orden que se había trazado y atendería las indicaciones de los partidarios de los principios democráticos, y de los amantes de la independencia de los pueblos.

La cuestión de la esclavitud, muy delicada desde el punto de vista político, la afrontó algo más tarde, en 27 de diciembre. El Ayuntamiento de Bayamo le había instado a que procediese a la abolición inmediata y total. No accedió a dictar una medida tan radical; pero en Decreto de 27 de diciembre (1868) fijó por entero y con toda claridad su pensamiento, al dictar disposiciones que constituían un paso adelante en el camino de la abolición.

La revolución de Cuba, expresó Céspedes en el preámbulo del citado decreto, al proclamar la independencia de la patria, había proclamado también todas las libertades. Mal podría aceptar, por tanto, la grande inconsecuencia de limitar aquéllas a una sola parte de la población del país. Cuba libre era incompatible con Cuba esclavista. La abolición de las instituciones españolas debía comprender y comprendía por necesidad y por razón de la más alta justicia, la de la esclavitud, como la más inicua de todas. Como tal, se hallaba consignada la decisión de abolirla, entre los principios proclamados en el primer manifiesto dado por la revolución. Resuelta ya la abolición de la esclavitud en la mente de todos los cubanos verdaderamente liberales, su realización efectiva y total había de ser el primero de los actos que el país

efectuase en uso de sus conquistados derechos. Pero sólo al país cumpliría poner en ejecución esa medida general, cuando en pleno uso de sus derechos pudiese por medio del libre sufragio, acordar la mejor manera de llevarla a cabo con verdadero provecho, así para los antiguos amos como para los nuevos ciudadanos. El objeto de las medidas provisionales del momento, no era ni podría ser el arrogarse facultades de las cuales estaban lejos de considerarse investidos los jefes que se hallaban al frente de las operaciones de la revolución, para precipitar el desenlace de cuestión tan trascendental. Pero el gobierno provisional no podía, a su vez, oponerse al uso del derecho que las leyes franqueaban a los numerosos poseedores de esclavos de emancipar éstos inmediatamente. Concurría esa emancipación, por otra parte, con la conveniencia de utilizar en servicio de la patria común a los libertos, y con la necesidad de acudir a conjurar los males que a ellos y al país podrían resultar, de la falta de empleo inmediato de dichos libertos. Urgía la adopción de disposiciones provisionales, destinada a servir de regla a los jefes militares en operaciones en los diversos distritos del Departamento, para resolver los casos referentes a tal asunto. A ese fin respondía el decreto.

Los esclavos presentados por sus dueños a los jefes militares con el propósito de concederles la libertad, quedaban legalmente libres. A esos propietarios se les reservaría el derecho a ser indemnizados. La nación habría de decretar, como estímulo para emancipar los esclavos, un tipo mayor de indemnización a los propietarios que se adelantasen a hacerlo, que el que se fijase para los dueños de los esclavos emancipados más tarde.

Los libertos serían utilizados por el momento en servicio de la patria. A ese efecto, se designaría una comisión encargada de proporcionarles empleo conveniente, con sujeción a un reglamento que se dictaría.

Fuera del caso previsto, con los esclavos de cubanos leales a la causa española y extranjeros neutrales, se obraría de acuerdo con el principio de respeto a la propiedad proclamado por la revolución.

Los esclavos de los propietarios convictos de ser enemigos de la patria y abiertamente contrarios a la revolución, serían confiscados junto con los demás bienes de los mismos. Sin reserva del derecho de indemnización a los dueños, se les declararía libres. Estos libertos se utilizarían en servicio de la patria en iguales términos que los demás.

Los propietarios que facilitasen sus esclavos para el servicio de la revolución, sin darlos libres por el momento, conservarían su propiedad mientras no se dictase una medida general sobre la esclavitud.

Los esclavos de los palenques, presentados a las autoridades cubanas, serían declarados libres. Estarían asistidos del derecho de vivir entre los demás ciudadanos o continuar en sus poblaciones del monte reconociendo y acatando el gobierno de la revolución.

Finalmente, los esclavos prófugos capturados, o los que sin el consentimiento de sus dueños se presentasen a las autoridades o los jefes militares, no serían aceptados sin previa consulta de sus propietarios, o resolución adoptada por el gobierno de la revolución.

Las actividades de los revolucionarios no marcharon, ni podían marchar, dadas las circunstancias, por cauces idealmente normales, desde el mismo momento en que la independencia quedó proclamada. La impaciencia y el descontento a causa de tal anomalía no pueden entenderse como oposición a Céspedes realmente. Sin embargo, hubo algunas reuniones significativas en las que se discutieron y preconizaron soluciones distintas de las consignadas en el Manifiesto. Después de ocupado Jiguaní, Baire y Santa Rita, reunidos en junta en la primera población citada, el 16 de octubre, Donato Mármol, Luis Figueredo, Francisco Maceo Osorio, Calixto García y otros jefes, se reconoció la necesidad de proceder con rapidez a la organización de un gobierno y se discutió ampliamente el asunto. No llevaban los presentes un plan pensado o escrito. Limitábanse a preguntarse quien gobernaba, qué clase de república había quedado establecida, qué disposiciones servían de pauta a la insurrección, qué leyes habrían de regirlas, y a dónde se iría a parar si no se procedía con urgencia. Una de las personas presentes sugirió un llamamiento a Carlos Manuel de Céspedes, a Francisco Vicente Aguilera, a Pedro Figueredo, a Julio Grave de Peralta y a todos cuantos jefes de alguna representación estuviesen rebelados para proceder sin demora con la asistencia de los reunidos en Jiguaní, a la formación de una Junta Central Revolucionaria. Corresponderíale a ésta asumir el poder y dar al país un programa de gobierno republicano. A ese efecto, declararían libres a todos los habitantes de la Isla de Cuba, inclusive a todos los esclavos. La Junta Central expediría diplomas a los militares; nombraría una comisión dedicada a ocuparse exclusivamente de la organización del Ejército y de la redacción de unas ordenanzas para el mismo; y estaría facultada para emitir órdenes a los que fueran sublevándose en las demás jurisdicciones. La Junta Central podría formarse con representación de las jurisdicciones levantadas contra el gobierno español, bajo la presidencia todos del primer caudillo, Carlos Manuel de Céspedes, o del Vicepresidente, en el caso de que el primero quisiese continuar al frente del Ejército, y se aumentaría con representantes electos en cada jurisdicción sumada al movimiento re-

volucionario. Esos representantes cuidarían de los derechos y deberes correspondientes a cada jurisdicción, así en el reparto de los beneficios y en el de las cargas. La sede de la Junta sería la ciudad de Bayamo, proclamándosela cabecera de la revolución.

Esta proposición no fué tomada en consideración ni discutida por los presentes. Entendieron éstos que se debía permanecer en expectativa de lo que resolviese Céspedes. El proyecto de la Junta expresa con justeza la opinión de no pocos revolucionarios, contrarios a la centralización del poder en una sola mano en lo militar y lo civil, del régimen colonial, y partidarios de un sistema democrático republicano en el que las jurisdicciones tuviesen representación directa en el organismo ejecutivo central del movimiento revolucionario (1). El plan de junta no avanzó más allá de la proposición verbal de su autor en la reunión de jefes arriba mencionada. No obstante, es de tener en cuenta que varios de los revolucionarios allí reunidos se significaron con posterioridad por su oposición a Céspedes.

En Las Villas y en todo el Departamento Occidental, cuyo principal centro de opinión era la ciudad de la Habana, la sublevación de Céspedes se produjo como un hecho totalmente imprevisto. No obstante, fué acogida con viva simpatía. Desde que se tuvo noticias de la misma, recibió el apoyo de muchos de los antiguos anexionistas y reformistas que, en definitiva, abrazaron la causa del separatismo, irritados por el fracaso de la Junta de Información y convencidos de que no había posibilidad de entendimiento con la Metrópoli. José Morales Lemus, Miguel Aldama y José Manuel Mestre fueron los más significados y resueltos. Entre ellos y Céspedes se establecieron y mantuvieron estrechas relaciones inmediatamente desde la Habana y más tarde desde la emigración. Las opiniones y consejos de los habaneros mencionados pesaron mucho en el ánimo de Céspedes e influyeron grandemente en la política interna y en la exterior de la revolución, según se expone más adelante. En cuanto a la juventud separatista residente en la Habana, dispúsose llena de ardimiento a tratar de incorporarse a la revolución en Camagüey y en Oriente a la mayor brevedad posible, por tierra o por mar, alistándose en las primeras expediciones.

(1) ANTONIO PIRALA. *Anales de la Guerra de Cuba*, tomo I, págs. 286-290.

CAPÍTULO VIII

EL ALZAMIENTO Y LA GUERRA EN LAS VILLAS

La actual provincia de Las Villas, una de las seis Comandancias Generales establecidas en la Isla a virtud de Real Orden del mes de julio de 1868, al lanzarse a la revolución el 6 de febrero de 1869, hallábase en una situación muy distinta de la que prevalecía en Oriente el 10 de octubre de dicho año, y en Camagüey el 4 de noviembre, también de 1868, al estallar las insurrecciones de orientales y camagüeyanos.

El extenso territorio de Las Villas hallábase dividido en seis jurisdicciones: Santa Clara, cuya cabecera era la capital de la Comandancia General; Cienfuegos, Sagua la Grande, San Juan de los Remedios, Sancti Spíritus y Trinidad. Contaban con un total de 289,000 habitantes, unos 26,000 más que los de Oriente, en números redondos, según la computación estadística de 1862 (1). Los vecinos blancos sumaban 174,600, inclusive unos 14,000 peninsulares y canarios; los mestizos y negros, 114,800 (40% de la población total). De estos últimos, 72,800 eran esclavos, 25% de toda la población, y 32,000 libres (15%). Las Villas tenían un por ciento mayor de blancos que Oriente, 60% contra 48%. El número y la proporción de los esclavos, en marcado contraste, era mayor en Las Villas que en Oriente, el 25% de la población total villareña, contra el 20% en el Departamento oriental. Camagüey contaba con una proporción de población blanca ligeramente mayor que la de Las Villas, 65% del total, mientras que la proporción de los esclavos en Las Villas, era 5% mayor, comparada con la población total; que en Camagüey.

El por ciento mayor de esclavos en la región villareña, era característico de toda la parte occidental de Cuba, en comparación a Camagüey y Oriente. La cifra más alta de población negra, y muy particularmente de población esclava, correspondía en toda la Isla a Matanzas, según quedó dicho en otro lugar. En el territorio de las actuales provincias de la Habana y Pinar del Río, los por cientos de la población

(1) 64,622 residían en la villas o ciudades de Trinidad (14,400); Sancti-Spíritus (12,850); Villa Clara (10,521); Cienfuegos (10,338); Sagua (9,632); Remedios (6,818). 22.3% en total.

esclava eran muy altos, asimismo. Ese elevado porcentaje de la esclavitud era un factor desfavorable para la insurrección. Infundía temor a la población blanca, sobre todo allí donde la población negra libre era corta, tal como ocurría en Las Villas y en todo el Occidente. El número más crecido de esclavos determinaba también una disposición mayor a la resistencia a la liberación de los esclavos, de parte de los propietarios, dado que el esclavo era la base de la economía en las zonas azucareras. La oposición a la terminación de la esclavitud se hacía más enconada ante la inminencia de que pudiera llegar a producirse de un día para otro, a virtud de un movimiento insurreccional, y, por lo tanto, sin indemnización.

De las seis jurisdicciones villareñas, las tres de población esclava más numerosa eran aquellas donde se había producido un desarrollo mayor de la industria azucarera, caso igual en toda Cuba. Sagua la Grande contaba con 119 ingenios, de ellos 89 de vapor y 30 trapiches, con un número de esclavos que se elevaba a 19,500, o sea el 37% de los 52,000 habitantes de la jurisdicción. Cienfuegos, con 94 ingenios, de los cuales 48 eran de vapor, registraba 17,000 esclavos entre sus 54,000 habitantes, 32% en números redondos. Trinidad, zona azucarera desde los primeros tiempos coloniales, disponía de 10,600 esclavos, de un total de 37,500 habitantes, o sea 28.5%. Estas tres jurisdicciones eran las de mayor producción azucarera, seguidas de Remedios, Sancti Spiritus y Santa Clara. Sagua y Cienfuegos producían cada una tanto azúcar como todo Oriente.

Además del alto número de esclavos, en Las Villas existían otras condiciones desfavorables para la insurrección en febrero de 1869. Algunas eran de carácter permanente, debidas a la topografía de la región. Otras habían sido creadas por el desarrollo de la industria azucarera, que había promovido la construcción de ferrocarriles. En 1869, las vías férreas ponían en comunicación unas con otras y los puertos de las costas, las jurisdicciones de Cienfuegos, Sagua la Grande, Santa Clara y San Juan de los Remedios. Existían también otras líneas de menor importancia en Trinidad y Sancti Spiritus. Los ferrocarriles villareños habían sido construídos por dueños de ingenios, mediante compañías organizadas al efecto, las que estaban obligadas por la ley a ofrecer facilidades para el transporte de tropas españolas. Estas compañías, por su propio interés, participaban en la protección y la defensa de las estaciones, las vías y el material rodante. Por otra parte, el intervalo de tiempo transcurrido desde el comienzo de la insurrección de orientales y camagüeyanos, había permitido a los capitanes generales Lersundi y Dulce tomar medidas para prevenir el estallido en Las Villas o, en todo caso, para ac-

tuar rápidamente contra cualquier movimiento subversivo. Una insurrección villareña se consideraba muy temible dado el crecido número de habitantes de la región y la riqueza de ésta; el hecho de colindar por el oeste con la gran zona azucarera y esclavista de Matanzas; y el de estar cerca de la actual provincia de la Habana, con la capital de la Isla como centro principal de resistencia y de acción del gobierno colonial. Todos estos eran motivos de gran preocupación para las autoridades españolas.

Las condiciones topográficas de la occidental de Las Villas, permitían las comunicaciones entre Sagua la Grande y Cienfuegos, a través de un territorio sin barreras naturales intermedias. Este hecho facilitaba las operaciones combinadas de las fuerzas españolas, y el rápido transporte de tropas por los ferrocarriles de Sagua y Cienfuegos. Por otra parte, ni en una ni en otra jurisdicción existían zonas estratégicas de retirada y de fácil defensa para los insurrectos. La otra jurisdicción fuertemente esclavista, o sea la de Trinidad, aislada y circunscrita al valle del mismo nombre, y con difícil comunicación terrestre con las demás, era de fácil defensa para las tropas españolas. Las jurisdicciones de Santa Clara, en particular hacia la zona sur —Manicaragua, Sigüenza, Escambray, etc.— y las de Sancti Spiritus y Remedios, eran las que resultaban menos desventajosas para las fuerzas insurrectas. Sancti Spiritus tenía fácil comunicación con la tierra llana de Camagüey; y contaba con zonas quebradas y montañosas. En la extensa jurisdicción de Remedios se hallaban comprendidas las alturas del noroeste y del nordeste de la provincia, refugios en caso de necesidad de los insurrectos.

Las Villas carecían, otra desventaja, de unidad en lo político, hecho determinado, como en Oriente, por la geografía y por la historia. En tal virtud, se hacía difícil crearle a la insurrección un mando central fuerte, con autoridad militar y moral sobre toda la región, a la manera de Camagüey. En Las Villas existía, en consecuencia, un regionalismo tan marcado o más que el de Oriente. En la guerra habría de ser una muy grave dificultad para los insurrectos.

Las condiciones antedichas, naturales unas y creadas por el desarrollo general de la región otras, desfavorables en su conjunto para la insurrección, resultaban agravadas por las medidas de previsión y de defensa tomadas por Lersundi y por Dulce. Las Villas tenían una población peninsular y canaria, según se ha indicado, mucho más numerosa que la de Oriente y Camagüey reunidos. De los 14,000 peninsulares y canarios residentes en Las Villas, en números redondos, seis mil o más estaban avocindados en las dos regiones azucareras de Sagua y Cienfuegos, con cerca de cuatro mil en la de Remedios. Cienfuegos mantenía en

la época un comercio muy activo, tanto de importación como de exportación. Abastecía gran parte de la provincia; a tal punto, que él era el cuarto puerto de la Isla en cuanto a exportación de azúcar, a continuación de los de la Habana, Matanzas y Cárdenas. Superaba en más de un tercio la exportación azucarera de Santiago de Cuba. Los adinerados comerciantes de Cienfuegos y la numerosa dependencia de sus establecimientos estaban llamados, en defensa de sus negocios, a constituir numerosos batallones de voluntarios y a señalarse entre los más acérrimos defensores de la madre patria, y por tanto, entre los más enconados enemigos de los insurrectos cubanos. Otro tanto, aunque en escala algo menor, ocurría en Sagua. En cuanto a los peninsulares y canarios de la extensa jurisdicción de Remedios, en su mayoría labradores los canarios, habrían de ofrecer fuerte resistencia a la insurrección, sirviendo de voluntarios, milicianos y guerrilleros.

Ha quedado ya expuesto en capítulos anteriores, que al estallar la insurrección en La Demajagua, el general Lersundi se apresuró a promover por todos los medios, excitando el patriotismo de los peninsulares, el aumento del cupo de los cuerpos de voluntarios existentes. Promovió la creación de otros nuevos, organizados en toda la Isla con tal rapidez, en octubre, noviembre y diciembre, que se elevaron a 35 ó 40 mil.

Los peninsulares de Las Villas respondieron de manera muy efectiva a las incitaciones de Lersundi. En Cienfuegos, había el antecedente de que el elemento peninsular se había manifestado muy excitado durante el movimiento reformista, con motivo de la visita de Eduardo Asquerino a Las Villas, en especial a Villaclara y Cienfuegos. La excitación se había convertido en irritación, a causa de la derrota sufrida por ellos al elegirse los diputados a la Junta de Información. Don Tomás Terry, candidato reformista, venció al de los peninsulares, a lo que se agregaba el hecho de existir en Cienfuegos, lo cual era bien conocido, además del numeroso grupo de reformistas, otro de separatistas, que trabajaba en la sombra. El propósito de imponerse por la fuerza se había hecho ostensible por la minoría peninsular de Cienfuegos, que solicitó del Capitán General en 1867 autorización para crear un batallón de voluntarios. La tramitación de la solicitud sufrió demora, de manera que el citado batallón no llegó a ser establecido, pero tan pronto como Lersundi dictó sus primeras instrucciones a las seis Comandancias Generales de la Isla respecto al aumento de los voluntarios, y el brigadier gobernador de Las Villas, Díaz de Cevallos, dió traslado de las mismas al teniente gobernador de Cienfuegos, coronel Quintana, éste entró en acción. Reunió urgentemente en la casa de gobierno a gran número de

vecinos (25 de octubre, 1868), para proceder "en vista de las circunstancias, a formar un cuerpo de voluntarios nacionales que guarneciesen la población, y dadas las escasas fuerzas del Ejército disponibles, pudiese velar por el orden y la tranquilidad pública en caso necesario" (1). Las comisiones de alistamiento designadas en la junta procedieron con tal rapidez, que a los dos o tres días estaban inscriptos más de 600 voluntarios para un batallón de infantería, y los suficientes para un escuadrón de caballería. Cuatro días después, quedaron organizadas esas fuerzas, con un teniente coronel, primer jefe del batallón y los demás jefes y oficiales. Todo el personal, del teniente coronel al último voluntario, estaba formado por peninsulares del comercio, a cargo del cual corrían los gastos que no eran satisfechos por los propios voluntarios. Para armarlos, Lersundi envió desde la Habana 500 fusiles rayados, con las municiones correspondientes. El primero de noviembre se inició la instrucción de los voluntarios, con la adición de una compañía llamada de "cazadores ligeros" y otras varias, con distintas denominaciones. En 22 de noviembre, efectuóse la primera revista con todo el personal ya organizado que había adquirido alguna preparación. Era la manera de mantener el entusiasmo entre los voluntarios y demás defensores cienfuegueros de la "integridad nacional". Los jefes cienfuegueros se cruzaron telegramas de satisfacción con los siete coroneles de voluntarios de infantería, el regimiento de caballería y el batallón de "bomberos y milicias de color", organizados y reforzados en la capital de la Isla. Contribuyó Cienfuegos, además, a sostener una compañía de un batallón de voluntarios movilizados para la guerra, iniciativa del brigadier gobernador de Santa Clara, y un escuadrón de voluntarios movilizados de caballería, para vigilar y mantener el orden en la jurisdicción cienfueguera.

La actividad conque Cienfuegos procedió a organizar las fuerzas de voluntarios antedichas, de acuerdo con las instrucciones de Lersundi, testifica la rapidez y extensión conque se atendió a cumplirlas en todas las jurisdicciones villareñas. Cienfuegos se distinguió especialmente, a virtud de la mayor riqueza de su comercio y de su jurisdicción.

El teniente gobernador de Sagua, coronel Trillo Figueroa, no quedó a la zaga de Cienfuegos en cuanto a promover el aumento en número considerable de los voluntarios en la jurisdicción. El de Remedios, comandante Herrera, cubano de nacimiento, procedió en igual forma.

(1) EDO, ENRIQUE. *Historia de Cienfuegos*, tercera edición, págs. 311-15.

Actuó con tal eficacia, que en la villa de Remedios pudo pasar revista en 1º de enero a más de 1,100 voluntarios prontos a entrar en acción. Colocó en estado de defensa no sólo a Remedios, la cabecera. Los poblados de Yaguajay, Güeiva, Mayajigua, Taguayabón y Camajuaní organizaron voluntarios en gran número. Con actividad y resultados similares procedieron los tenientes gobernadores de Santa Clara, Trinidad y Sancti Spíritus.

Lersundi no fió sólo en los voluntarios. Envió tropas de línea a Sagua y Remedios del batallón de Tarragona y estableció la base de operaciones de una columna de 600 hombres en Ciego de Avila. La destinó a operar en combinación con el teniente coronel Lamelas, teniente gobernador de Morón. El objetivo militar era evitar que los insurrectos camagüeyanos penetrasen en Remedios y Sancti Spíritus. A esta última ciudad envió, a fines de noviembre, la primera guerrilla volante de más de 100 hombres, y el batallón de voluntarios movilizados llamado "Del Orden" (500 hombres) al mando del coronel Francisco Acosta y Albear. Estas fuerzas hicieron acto de presencia en Arroyo Blanco, donde se notaba efervescencia revolucionaria, y en Ciego de Avila. Desde este último lugar avanzaron hasta Puerto Príncipe para regresar a Ciego, tomado como base de operaciones.

El 6 de febrero, al producirse el alzamiento de los villareños, con sorpresa del coronel Montaos, gobernador de la región, éste se dispuso a tratar de lograr pacíficamente que los alzados depusiesen las armas. Fracasado en sus gestiones, cuatro días después dictó el bando de costumbre en los casos de alteración del orden público. Hizo saber que "diferentes grupos de gente armada en actitud hostil contra el gobierno legal del país habíanse reunido y que declaraba el territorio en estado excepcional". El 16, publicáronse los decretos expedidos el 12 por el Capitán General Domingo Dulce, que había sustituido a Lersundi, por los cuales se suspendió la libertad de imprenta, se restableció la previa censura y se dispuso que fuesen juzgados en consejo de guerra ordinario los acusados de delitos de infidencia. Al siguiente día de publicado el bando del coronel Montaos, o sea el 11 de febrero, los perinsulares de Cienfuegos, puestos sobre las armas inmediatamente, apresuráronse a organizar nuevas y más numerosas fuerzas de voluntarios. Dulce, como Lersundi, despachó inmediatamente tropas para Cienfuegos.

Dada la preparación previa española, los grupos insurrectos en Cienfuegos, Sagua, Remedios, prácticamente en todas Las Villas, viéronse activa y constantemente perseguidos por tropas españolas del ejército regular, voluntarios y milicianos movilizados, desde el primer día de rotas las hostilidades. Todas esas fuerzas tenían de su parte las ventajas

de la preparación militar, del armamento y de los numerosos poblados y bateyes de ingenios y otras fincas que les servían de base de operaciones y de descanso, en condiciones de seguridad. Nada similar se dió en Oriente, donde las autoridades españolas fueron sorprendidas por la insurrección, sin tener casi tropas a mano que oponer a ésta, y donde no podían organizar fuerzas de voluntarios ni de milicianos numerosas, dado el cortísimo número de peninsulares residentes en el Departamento Oriental. Otro tanto ocurrió en Camagüey. El brigadier Mena, según se dejó expuesto en otro lugar, se vió en necesidad de ponerse a la defensiva en la capital del Departamento, encerrado en el Convento de La Merced, mientras la vasta extensión de Camagüey quedó a merced de los revolucionarios. Las Villas sufrieron las consecuencias desastrosas para los cubanos de la anticipada organización de los voluntarios en las seis jurisdicciones villareñas y la del hecho de haberse recibido ya en Cuba en la fecha del alzamiento en 6 de febrero, los primeros refuerzos de tropas urgentemente solicitados, por Lersundi y Dulce, del gobierno de Madrid.

Sufrieron los villareños otra extremadamente grave desventaja. Apercibidas las autoridades españolas de Las Villas, habían formado una extensa relación de sospechosos de desafección a la metrópoli, a quienes mantenían sometidos a una estrecha y continua vigilancia. A la primera noticia del estallido de la insurrección el día 6, aún antes del bando de Montaos, las cárceles y cuarteles de Cienfuegos, Sagua, Remedios, Santa Clara, Trinidad y Sancti Spíritus, y los de todos los poblados de alguna importancia, se vieron llenos de vecinos reducidos a prisión. La mayoría de ellos se contaba entre los más distinguidos, influyentes y respetables de sus localidades respectivas. En grave perturbación y desamparo las familias, los insurrectos quedaron privados de jefes y reclutas que hubieran podido sumárseles y de personas que habrían sido sus más valiosos auxiliares en ciudades, villas y pueblos. Nada semejante ocurrió en Oriente ni en Camagüey, en razón de las distintas condiciones en que se efectuó el alzamiento en ambas regiones (1).

A diferencia de la de Oriente y en buena parte de la de Camagüey, la insurrección de Las Villas se produjo en estrecha conexión con la Junta Revolucionaria de la Habana. Oriente, tal como se ha dejado expuesto en otra parte de esta obra, inició la conspiración con entera independencia de las demás regiones de la Isla, aún cuando procuró relacionarse con ellas y asociarlas al movimiento. Hizo estallar la insurrección

(1) Las adversas condiciones en que se sublevaron Las Villas, fueron reconocidas por los jefes de la región. Eduardo Machado dejó constancia de ello en su autobiografía. Véase: PÉREZ, LUIS MARINO. *Biografía de Miguel Jerónimo Gutiérrez*, La Habana, 1912, págs. 66 al 68.

el 10 de Octubre por su propia cuenta. Camagüey comenzó a conspirar independientemente, aunque entró muy pronto en coordinación con Oriente. En cuanto al hecho en sí de la insurrección, los jefes camagüeyanos no actuaron de momento para secundar a Céspedes. Sólo grupos pequeños viéronse arrastrados a tomar las armas por el ejemplo y la infiltración de los insurrectos orientales, antes de que los jefes camagüeyanos diesen la orden de sublevación en la oportunidad que consideraron propicia. Más próxima a la Habana y con mayores facilidades de comunicación con ésta, Las Villas estuvieron ligadas a la capital de la Isla en su desarrollo económico, en particular desde mediados del siglo XIX, y en otros órdenes también. Al producirse el movimiento reformista, los villareños de la clase acomodada liberal y los profesionales de igual inclinación política, tomaron una participación muy activa en el mismo. Hízose evidente el hecho con motivo de la visita de Eduardo Asquerino a Santa Clara y a Cienfuegos; y de manera muy especial, al efectuarse la elección de los comisionados a la Junta de Información. José Morales Lemus, uno de los promotores y de los jefes más destacados, autorizados y generalmente respetados del movimiento reformista, fué elegido comisionado a la citada Junta por la jurisdicción de San Juan de los Remedios. Antonio Fernández Bramosio, Concejal del Ayuntamiento habanero, íntimamente ligado con Morales Lemus, Pozos Dulces, Miguel Aldama, José Manuel Mestre y Juan Antonio Echevarría, fué elegido comisionado por la jurisdicción de Santa Clara. Derrotado Pozos Dulces por el candidato conservador en la Habana, su colega reformista Fernández Bramosio, que también había sido elegido por la jurisdicción de Cárdenas, optó por la representación cardenense, a fin de que Pozos Dulces pudiera ser designado por Santa Clara. De manera que Las Villas, elegido también el candidato reformista por Cienfuegos, envió a Madrid tres de los más distinguidos representantes o comisionados a la Junta de Información: Morales Lemus, jefe reconocido de los reformistas, dada la actitud de Saco; Pozos Dulces, Director de *El Siglo*, otra de las más altas personalidades del reformismo; y el acaudalado y respetable hacendado Tomás Terry. La vinculación de los villareños con los directores del movimiento reformista en la Habana no podía ser más íntima, robustecida con esas designaciones.

Cuando los reformistas, después de la entrevista con Lersundi el 24 de octubre, quedaron definitivamente desengañados y desesperanzados, decididos en su mayoría a favor de la causa separatista, los jefes del reformismo en Las Villas tomaron igual camino. Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado, Antonio Lorda y otros patriotas villareños, habían comenzado los trabajos preparatorios de la insurrección, en

contacto con personalidades influyentes de Remedios, Sancti Spíritus, Sagua, Cienfuegos y Trinidad. No hubo, sin embargo, ninguna tentativa inmediata de alzamiento en octubre de 1868. Fracasados los muy débiles intentos de insurrección en la Habana, Pinar del Río y Matanzas, y anunciada la sustitución de Lersundi por Dulce, Morales Lemus y los demás jefes reformistas pasados al separatismo, no pudieron actuar inmediatamente después del estallido de La Demajagua, y aunque continuaron sus trabajos revolucionarios, mantuviéronse en espera de los acontecimientos.

En la primera quincena de enero, 1869, las cosas comenzaron a cambiar gravemente con rapidez. Los acontecimientos de que se estaba en espera se precipitaron. Valmaseda adelantaba en su marcha contra Bayamo. En la Habana, los voluntarios, descontentos y enfurecidos por la sustitución de Lersundi, la política de apaciguamiento, la concesión de algunas libertades y las promesas de prontas y amplias reformas políticas y administrativas, hechas por el nuevo Capitán General, Dulce, se lanzaron por el camino de la violencia. En cortos días, del 22 al 26 del mes, realizaron una serie de sangrientos actos que contribuyeron a imprimirle a la guerra un carácter de odio salvaje y de ferocidad y crueldad sin límites, imitados sus desafueros en toda la Isla. El 12 de enero, al tratar la fuerza pública de ocupar un depósito de armas que se decía oculto en una casa de la calle de Carmen, en un barrio habanero, produjo la resistencia armada y la detención de Francisco León y Nuez y Agustín Medina (1). Los voluntarios reclamaron inmediatamente que a ambos presos se les condenase a la pena capital y se les ejecutase sin demora. No calmada todavía la iracundia de los voluntarios provocada por el suceso, diez días más tarde, el 22, se produjeron las sangrientas algaradas del teatro Villanueva, que culminaron en actos de vandalismo realizados por los voluntarios en distintos lugares de la ciudad, el 22 y el 23. El 24, excitados los voluntarios por las versiones de haber sido agredidos algunos de ellos aisladamente en distintas calles habaneras, promovieron los llamados "sucesos del Louvre". Asaltaron el mencionado café, supuesto centro de infidentes; atacaron a cuantas personas estimaron que pertenecían a esa categoría de enemigos; dieron muerte a 15 e hirieron a centenares. Realizaron numerosísimas detenciones y saquearon la casa de Leonardo del Monte, residente en parte de la llamada casa de Aldama. La noticia de la ocupación de Bayamo por Valmaseda, había entusiasmado y enardecido a los voluntarios, incitados a los

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág.

mayores desafueros por el periódico "La Voz de Cuba", que apareció en aquellos días dirigido por Gonzalo Castañón, con una virulenta campaña contra los cubanos y agrias censuras a Dulce "por su política de paz". Fracasada esta política en 26 de enero, con motivo del asesinato de Augusto Arango, hubo un motivo más para el incremento del odio y de la violencia. Pasados dos días de los sucesos del Louvre y del saqueo de la casa de Aldama, Antonio Fernández Bramosio, ex delegado a la Junta de Información, temeroso de ser detenido, solicitó y obtuvo permiso de Dulce para trasladarse al extranjero. Los voluntarios protestaron airadamente y trataron de impedir la salida de quien estimaban un peligroso infidente. Dos días después, en 30 de enero, Morales Lemus logró escapar oculto a Nueva York. Ante esta larga serie de actos de violencia, los jefes de la conspiración en Las Villas, por su propio impulso y en conformidad con instrucciones o recomendaciones previamente recibidas de Morales Lemus, decidieron lanzarse al campo, sin tener en cuenta su carencia casi completa de armas.

Miguel Jerónimo Gutiérrez y Eduardo Machado, designados para pasar a la Habana, días antes de escapar Morales Lemus, celebraron una entrevista con el jefe de la Junta Revolucionaria habanera. Morales Lemus les expresó la urgencia de que apoyasen a los orientales y a los camagüeyanos. Era esencial extender el campo de la guerra, sumar mayores fuerzas a la insurrección, obligar a una mayor dispersión a las tropas españolas, privar a la metrópoli de los recursos que podía obtener y estaba obteniendo de toda la parte todavía pacífica de la Isla, y finalmente, preparar la constitución de un gobierno representativo de toda Cuba, encabezado por Céspedes. El jefe habanero ofreció a Gutiérrez y a Machado que antes de que hubiesen transcurrido veinte días de la fecha en que Las Villas se lanzaran al campo, recibirían armas y municiones para la lucha, enviadas desde el extranjero (1).

Los dos comisionados villareños dieron cuenta a su regreso a Santa Clara del cumplimiento de la misión a ellos encomendada. La hora de los grandes sacrificios por la independencia había sonado para Las Villas. Debían lanzarse heroicamente a la lucha, aún en las adversas condiciones en que se hallaban a causa de la falta casi completa de material de guerra.

En 2 de febrero, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado, Antonio Lorda y demás miembros de la Junta de Santa Clara, en evitación de ser detenidos en cualquier momento, salieron ocultamente de la ciudad. Cursaron órdenes para iniciar la sublevación y ordenaron

(1) PÉREZ, LUIS MARINO. Obra citada, pág. 52.

concentrarse hacia la parte de Manicaragua, a unos 15 kilómetros de la capital villareña. El día 6 de febrero, reunido en el lugar de la cita un número de revolucionarios de toda la provincia, calculado entre 3,000 y 6,000 hombres, sin otras armas de fuego que unas 200 escopetas, los villareños se declararon en abierta rebeldía. Adoptaron desde el primer momento la actual bandera cubana, sin constituir, como Camagüey, un gobierno de la región. Sorprendido por el número de alzados, el coronel Francisco Montaos, jefe español de la Comandancia Militar de Santa Clara, practicó las gestiones ya dichas, encaminadas a persuadir a los insurrectos a que volviesen a sus hogares, con la oferta de reformas. Rechazado el intento pacifista de Montaos, las hostilidades quedaron abiertas totalmente en Las Villas.

Pese a las medidas de prevención puestas en práctica por las autoridades y a las amenazas de los voluntarios, un número considerable de cienfuegueros se lanzó a la guerra el mismo 6 de febrero. Mandábanlo Juan Díaz de Villegas, Carlos Cerice, José González Guerra, los hermanos Eduardo y Miguel Entenza, Luis de la Maza Arredondo, Antonio Díaz de Villegas, Antonio de Armas, Rafael Fernández Bullón y otros jefes locales. La primera medida tomada por los insurrectos cienfuegueros, apoyados inmediatamente por la población campesina, consistió en el incendio de algunos puentes de la vía férrea, con lo cual interrumpieron las comunicaciones con Santa Clara y Sagua. Concentrados entre Camarones y Ranchuelo, uniéronse con masas numerosas de Santa Clara, Sagua y Remedios, y marcharon a otra concentración mayor dispuesta para la Siguanea y Trinidad.

La reacción del general Dulce y el gobierno de Madrid al tener noticias de la sublevación en masa de los villareños fué de extrema iracundia y violencia. Incontinenti, el gobierno central y el propio Dulce procedieron al drástico cambio de política de que se ha dado cuenta ya en otras partes de esta obra. Puestas en vigor las más duras medidas represivas, el gobierno de la Metrópoli procedió con la mayor premura al envío de nuevos refuerzos a Cuba, mientras Dulce, desde la Habana, despachaba inmediatamente todas las tropas disponibles contra los villareños, guarnecida la capital de la Isla sólo por los voluntarios. Cuarenta y ocho horas escasas después del inicio de la insurrección villareña, desembarcó en Cienfuegos una brigada de artillería compuesta de 600 hombres con 6 cañones, al mando del brigadier Morales de los Ríos, reforzados breves días después por varios batallones de infantería y escuadrones de caballería. Los generales Peláez y Letona, llegados de la península al frente de varios millares de hombres, los primeros refuerzos solicitados por Lersundi y Dulce, fueron enviados a Las Villas. Le-

tona fué designado Comandante General de la región. Peláez tuvo su base de operaciones en Cienfuegos. En todo el resto de la provincia, las apercibidas fuerzas españolas tomaron la ofensiva. En Sagua, iniciaron las operaciones contra los insurrectos el teniente gobernador coronel Trillo Figueroa y los también coroneles Catalá e Iriarte, con voluntarios y tropas de línea. En Cienfuegos, los ya dichos generales Peláez y Morales de los Ríos. En Villa Clara, el general Letona y el coronel Mendiña. En Sancti Spiritus, el brigadier Puello. En Remedios, el comandante Herrera, con más de mil voluntarios y unidades de un batallón de regulares. En Trinidad, el coronel Patiño. El territorio de las Cinco Villas era la mayor preocupación de Dulce, a causa de la fuerza demostrada por la insurrección, y de la amenaza que constituía para Matanzas y toda la parte occidental de la Isla. La jurisdicción de Cienfuegos, por ser la que ofrecía más fácil acceso a la parte sur de Matanzas, fué la que estratégicamente se consideró de mayor importancia. Dulce concentró el mayor número de tropas en Cienfuegos y en Sancti Spiritus. En este último punto, por la fácil comunicación de los espirituanos con los revolucionarios de Camagüey, en apoyo recíproco.

Las primeras operaciones del general Peláez en Cienfuegos tuvieron por objetivo impedir que los insurrectos cienfuegueros y villareños concentrados entre Camarones y Ranchuelo pudiesen concurrir a las concentraciones más amplias dispuestas por el mando superior de la insurrección villareña para La Siguanea. No logró evitarlo, y las fuerzas insurrectas de Cienfuegos, al mando de los primeros jefes de las mismas ya mencionados, pudieron comparecer en La Siguanea y pasar al valle de Trinidad. Las partidas insurrectas trinitarias, mandadas por Federico Cavada, designado para el mando superior de la insurrección en Las Villas a virtud de la experiencia militar adquirida por él en la Guerra de Secesión en los Estados Unidos; su hermano Adolfo, también con experiencia militar de la guerra cesionaria; Juan B. Spotorno y otros jefes locales, amenazaban la ciudad de Trinidad desde un ingenio no distante de la misma. Aunque los insurrectos al mando de Cavada y de Spotorno libraron algunos recios combates contra las tropas españolas, los refuerzos enviados rápidamente de Cienfuegos a Trinidad de que ya se ha hecho mención, pusieron a resguardo la vieja ciudad. En Sancti Spiritus, Honorato del Castillo, Marcos García, Serafín Sánchez y otros jefes que comenzaron a distinguirse con gran brillantez, tuvieron en frente al brigadier Puello, al coronel Francisco Acosta y Albear y a otros, con tropas regulares, guerrillas y voluntarios movilizadas. En la zona de Santa Clara y Remedios, Carlos Roloff y Salomé Hernández

destacaban sus nombres, en acción casi constante, contra Trillo Figueroa, de Sagua, y Herrera, de Remedios.

Desde el comienzo del alzamiento en la región villareña, hubo una neta división de funciones entre los jefes civiles de la revolución y los jefes militares. Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado, Antonio Lorda, Arcadio García, Tranquilino Valdés y otros, ejercían funciones de carácter político y civil, principalmente en la condición de representantes a la Cámara que habría de constituirse en Guáimaro, y de miembros del gobierno revolucionario; Adolfo y Federico Cavada, Juan Bautista Spotorno, Mateo Casanova, Honorato del Castillo, Carlos Roloff, Salomé Hernández, Juan Díaz de Villegas, Luis de la Maza Arredondo, José González Guerra y otros jefes militares, llevaban el peso de la guerra, al mando de las fuerzas insurrectas de cada jurisdicción contra las numerosas tropas españolas, dirigidas por los más expertos generales que Dulce concentró en Las Villas.

El más grave problema con que se enfrentaron los villareños fué la falta de armas y municiones. En Camagüey se habían recibido en cantidad, gracias a la expedición de Manuel de Quesada, a fines de diciembre; y en Oriente, Céspedes disponía también de material de guerra, tomado a los españoles en Bayamo y otros lugares, con más alguno recibido del extranjero. Las Villas carecían de todo. Por tal motivo, los insurrectos villareños se encontraron desde los primeros días del alzamiento en una situación insostenible. Dos caminos consideraron posibles en tan difíciles circunstancias. Uno de ellos era avanzar rápida y audazmente al oeste, sublevar las grandes dotaciones de esclavos de los numerosos ingenios de la actual provincia de Matanzas tomando por sorpresa a las autoridades españolas, incendiar los cañaverales y los ingenios, y con miles de libertos armados de sus machetes de trabajo penetrar por las tierras de la Habana arrasándolo todo. De esa manera se llevaría el pánico hasta las puertas de la capital de la Isla, se obligaría al mando español a concentrar todas las tropas disponibles para atender a la defensa de la ciudad, disminuyéndose la presión española en Las Villas y se privaría a la Metrópoli, con la destrucción de la riqueza azucarera de Occidente, de su principal fuente de ingresos para sostener la guerra. Eduardo Machado y el general Roloff eran los decididos mantenedores de este plan, a favor del cual hubo un momento en que se pronunció también Antonio Lorda. Miguel Jerónimo Gutiérrez no lo creía realizable y formuló graves objeciones contra lo que, a su juicio, era un recurso desesperado en una situación que podía tener otra salida. Arguyó que si la aventurada invasión terminaba en un fracaso, Las Villas quedarían en mayor indefensión, sin posibilidad de poder resistir la

abrumadora fuerza española. Con ello, se haría mucho más difícil para más adelante la invasión de Occidente, medida que debía considerarse indispensable para el triunfo de la revolución. Además de esto, Gutiérrez, cuyas opiniones tenían mucho peso y eran oídas con el mayor respecto por sus compañeros, manifestó que se sentía sobrecogido por la audacia del proyecto y las pavorosas consecuencias que podía tener si se llevaba a la práctica. El arraigado temor a una insurrección negra se hizo sentir como en otras ocasiones en la historia cubana. Gutiérrez preveía, y se sentía muy alarmado, el desbordamiento de los cien mil esclavos de la región matancera, "bozales" miles de ellos introducidos en años recientes. La representación de los desastres que podrían sobrevenir le llevaba a hacerse las más sombrías reflexiones, las cuales expuso a sus compañeros. Arcadio García y Tranquilino Valdés, impresionados por las manifestaciones de Gutiérrez, quedaron convencidos de lo extremadamente peligroso del proyecto; Antonio Lorda vaciló en apoyarlo. Gutiérrez agregó que contándose con la promesa del envío de armas hecha por Morales Lemus, ya actuando en febrero como miembro de la Junta Central Republicana constituida por los emigrados cubanos en los Estados Unidos, lo procedente y urgente era pasar a Camagüey, y si era necesario al Departamento Oriental, para obtener algunas armas y pertrechos de guerra mientras se recibían del extranjero los destinados a Las Villas. No había, a su juicio, otra manera de evitar que la insurrección villareña, vigorosamente combatida por los españoles, se desintegrara rápidamente, con la vuelta a sus hogares de numerosos alzados a causa de la falta de armamentos. El criterio de Gutiérrez prevaleció al fin y al cabo. En consecuencia, se adoptó el acuerdo de que los jefes civiles de la insurrección en Las Villas pasasen sin demora a Camagüey a exponer a Céspedes la angustiosa situación en que se hallaban los villareños y a reclamar auxilio con la premura que exigían las circunstancias.

De conformidad con el acuerdo mencionado, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado, Antonio Lorda, Arcadio García y Tranquilino Valdés, quienes debían tomar parte en la constitución del gobierno revolucionario que se preparaba para los primeros días de abril, entendieron, de acuerdo con los jefes militares, que debían de ir acompañados de un numeroso contingente villareño, aunque fuese desarmado, a cargo del cual habría de quedar el transporte a Las Villas de las armas y demás material de guerra que se obtuviese. Ya adelantado el mes de marzo, el general Roloff escoltó y condujo hasta Camagüey a los miembros de la Junta Revolucionaria villareña, y a un numeroso contingente

desarmado, que al mando del general Salomé Hernández, debía provisionarse de armas y material de guerra en Camagüey o en Oriente (1).

En el corto espacio de dos meses, Las Villas, antes de la Asamblea de Guáimaro —febrero 6 a 10 de abril, 1869— extendieron con gran heroísmo y a costa de inmensos sacrificios, el campo de la insurrección. Aumentaron en miles de hombres el número de los insurrectos cubanos; obligaron al mando español a destinar a la región villareña miles de soldados que de otra manera hubiera podido lanzar contra Camagüey y Oriente; finalmente, privaron a la Metrópoli de gran parte de los abundantes recursos que obtenía del territorio villareño para sostener la guerra.

(1) PÉREZ, LUIS MARINO. Obra citada, págs. 66-68.

CAPÍTULO IX

HABANA, MATANZAS Y PINAR DEL RÍO EN EL PRIMER PERÍODO DE LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS

La parte occidental de la Isla, en el territorio correspondiente a las que en la actualidad son las provincias de Habana, Matanzas y Pinar del Río, era la más densamente poblada en los años inmediatos al comienzo de la Guerra de 1868. Habitábala la mayoría de los habitantes de Cuba, con un exceso de más de 150,000 sobre los de Las Villas, Camagüey y Oriente reunidos. Era también la parte que había alcanzado mayor desarrollo económico, en particular respecto a azúcar y a tabaco, los dos principales productos de exportación de la Isla, y en cuanto a comercio. Esta mayor densidad de población y este mayor desarrollo económico debíanse a numerosos factores. Uno de ellos, era la posición más ventajosa para la comunicación marítima exterior. Otro, la menor distancia de las zonas agrícolas a los puertos de salida, la Habana, Matanzas y Cárdenas, por los cuales se embarcaba la mayor cantidad de azúcar y tabaco, las dos más productivas fuentes de ingresos de la Isla.

La composición de la población, según el Censo de 1861, en las quince jurisdicciones comprendidas en la Habana, Matanzas y Pinar del Río, resultaba ser exceptuados los asiáticos y los yucatecos, la siguiente: blancos 322,820; mestizos y negros libres, 24,096; esclavos, 238,849. Los esclavos constituían el 40% de la población total blanca, mestiza y negra. Este por ciento se compara con el 20% en Camagüey y en Oriente, y el 25% en Las Villas. Aunque las tres provincias occidentales sumaban mayor cifra de población blanca que las otras tres, reunidas, resalta la evidencia de que el por ciento de esclavos era mucho más elevado, efecto indubitable de un mayor desarrollo de la empresa agrícola capitalista, particularmente de la industria azucarera.

La actual provincia de Matanzas presentaba el grado extremo de la composición típica de la población de las tres provincias occidentales. Matanzas comprendía tres jurisdicciones: Cárdenas, Colón y Matanzas. La población de estas tres jurisdicciones sumaba 200,778 habitantes, con la composición siguiente, según el censo de 1861: Blancos, 79,990; mexicanos y asiáticos, 15,368; negros y mestizos libres, 11,524; escla-

vos, 23,806. El por ciento de esclavos se elevaba pues, a 46.8% de la población total (1). La peculiar composición de la población matancera debíase al mayor desarrollo de la industria azucarera. Comprendía ésta 370 ingenios de vapor, con más, 31 trapiches. En su conjunto elaboraban mayor cantidad de azúcar que la que producía y exportaba todo el resto de la Isla. El porcentaje de esclavos era elevadísimo en ciertos partidos azucareros típicos, como Alacranes, Lagunillas, Guamacaro y Guamutas, con una población blanca de 11,211 vecinos; de 1,190 mestizos y negros libres, y de 28,835 esclavos, equivalentes estos últimos al 70% de la población total de dichas cuatro localidades. La composición de la población era la misma de las tres provincias occidentales en su conjunto, pero llevadas las cifras al extremo: una población blanca proporcionalmente baja; una proporción más baja todavía de mestizos y negros libres; y una enorme cifra de población esclava. En Matanzas, existía, además, comprendida en la población blanca, una fuerte proporción de peninsulares y de canarios. Al ahondar algo más en el estudio de la población matancera, en esto semejante a la de las otras dos provincias occidentales, se encontró que la proporción de los varones en la población blanca y en la esclava, comparada con la de las hembras, era mucho más elevada. Debíase el hecho entre los blancos, al crecido número de la población peninsular, casi toda formada por célibes; entre la población esclava, a haberse continuado introduciendo bozales del Africa en gran cantidad en los doce o quince años anteriores a 1868. En esos años, en previsión de una posible abolición de la esclavitud, sobre todo después de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, el interés de los hacendados volvió a ser, como en los primeros años del siglo, importar esclavos varones que fuesen útiles inmediatamente para el trabajo. Es sabido que el General Dulce, durante su primer mando en Cuba, tuvo fuertes choques con Julián Zulueta y otros potentados esclavistas, quienes continuaban introduciendo esclavos de contrabando en Matanzas. Los hacendados de las tres provincias occidentales eran en su inmensa mayoría absentistas, con residencia el mayor número de ellos en la capital de la Isla. Dirigidos los ingenios por administradores, mayores y contramayores, los esclavos estaban sometidos al trato más duro y despiadado.

En las circunstancias expuestas, que ya venían existiendo desde fines de la cuarta década del siglo, las conspiraciones de los esclavos en Matanzas y las sublevaciones que se produjeron en 1844, llenaron de

(1) Si se considera que los 15,368 asiáticos y yucatecos de Matanzas eran, de hecho, población servil, el por ciento de ésta se elevaba a 54.3%.

pavor a los hacendados y a la población blanca, y dieron motivo a las más bárbaras medidas represivas de las autoridades coloniales, con O'Donnell a la cabeza. En esas condiciones, es evidente que la clase terrateniente cubana de la parte occidental de la Isla, por muy profundo que fuese el descontento de la mayoría de sus miembros con el régimen colonial a partir del destierro de Saco y de la exclusión de Cuba del ámbito de la Constitución española en 1836, se oponía resueltamente a todo intento revolucionario. El peligro que envolvía la sublevación de los esclavos dominaba sobre toda otra consideración. En la expulsión de España por medio de golpes de mano anexionistas, infligidos por norteamericanos del sur de los Estados Unidos, podían pensar los más exaltados en ciertos años de mayor temor o descontento. En revoluciones separatistas, no. El anexionismo y el reformismo se explican en el oeste de Cuba por la composición de la población y el alto por ciento de los esclavos. Estos representaban no sólo un gravísimo peligro negro. Eran la base casi única de la economía en Matanzas, Habana y Pinar del Río. Al convertirse al separatismo una parte considerable de los terratenientes cubanos de las tres provincias occidentales en 1868, dispusieron a emigrar a los Estados Unidos al verse amenazados de muerte por los voluntarios; pero no hubo hacendados que, como Céspedes, Aguilera, Pedro Figueredo y otros más de las cinco jurisdicciones occidentales de Oriente, se lanzasen a la revolución, declarasen libres a sus esclavos, y los incorporasen al Ejército Libertador. Un proceder de tal naturaleza era prácticamente imposible que tuviera imitadores en el oeste cubano, en 1868.

La provincia habanera, con sus 184,391 habitantes blancos; 48,276 mestizos y negros libres; y 67,975 esclavos, y la ciudad de la Habana, el núcleo urbano más populoso y rico de Cuba, ventajas que debía a su excepcionalmente buena estratégica situación geográfica, centro de la vida política, social y cultural de la Isla, eran el principal baluarte de la Metrópoli. La escisión del general Lorenzo en Santiago de Cuba, no constituyó una excepción en lo tocante a la preponderancia e influencia habanera. En la cuestión política entonces planteada —1836—, aunque los elementos liberales cubanos tomaron una parte, el fautor de la escisión fué el propio general Lorenzo.

El estallido de la insurrección en La Demajagua fué un caso distinto; desplazó el centro cubano de gravitación política de la Habana a Oriente. A partir del 10 de octubre de 1868, dicho centro se fijó en Bayamo, durante cerca de tres meses. Fué ambulatorio después. Unas veces radicó en Camagüey; otras, la mayor parte del tiempo, en Oriente, mientras que la ciudad de la Habana, residencia de los capitanes ge-

nerales españoles y núcleo principal de la población peninsular, continuó siendo la sede del gobierno colonial en Cuba.

El desplazamiento o transposición del principal centro cubano de acción política de la Habana a Oriente, no significó que las tres provincias occidentales de hoy, constituidas en 1868 en tres comandancias generales españolas, permanecieran indiferentes o inactivas, sin tomar parte en el movimiento revolucionario. Matanceros, pinareños y habaneros, principalmente estos últimos, los más numerosos y los que en cierta medida se hallaban en condiciones menos difíciles para actuar, se sumaron a participar en diversas formas en la acción revolucionaria. La inconformidad con el régimen colonial y la consiguiente desafección a la Metrópoli, eran tan generales en el Occidente cubano como en Oriente (1).

El Occidente actuó revolucionariamente a favor de la independencia en diversas formas, más o menos efectivas todas. Primeramente, intentóse efectuar levantamientos en Matanzas, Habana y Pinar del Río, frustrados a causa de las peculiares condiciones de la composición de la población en esa parte de Cuba en la época. Contribuyó a la frustración, haberse aumentado los voluntarios peninsulares en miles de hombres, a virtud de las incitaciones de Lersundi. La parte occidental de la Isla era, según quedó dicho, aquella en la que el gobierno colonial disponía de mayores fuerzas, recursos y medios de acción. El contar con una población peninsular y canaria mucho más numerosa en términos absolutos y proporcionales que la de todo el resto de Cuba, era ya un factor principalísimo, a lo que se agregaba que era la de mayor arraigo en el país. Acrecentados por un régimen que la favorecía y por la posición privilegiada en que se encontraba, poseía grandes intereses propios que defender. Se halló resuelta, por tanto, a tratar de proteger sus propiedades y mantener "la integridad nacional" por todos los medios. Frustrados los intentos de alzamiento, las tres provincias occidentales aportaron numerosos, entusiastas y valerosos reclutas a la revolución, en su mayor cifra de la capital de la Isla. Por tierra unos y transportándose otros a Nassau, para pasar a Cuba en la expedición de Manuel de Quesada y otras varias, lograron arribar a Oriente y Camagüey, a la mayor brevedad que les fué dable. Muchos de ellos se agruparon alrededor de Agramonte; en general, todos lucharon con gran valor en las filas de los libertadores cubanos. Tomaron, además,

(1) "He recorrido los Departamentos Oriental y Central y he visto que en ellos todos los cubanos son insurrectos; y vengo a la Habana y encuentro que aquí son insurrectos los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, los negros, y que hasta el aire que respiramos y los adosquines de la calle son insurrectos." Opinión de un militar español, citada por ANTONIO PIRALA, obra citada, vol. I, pág. 363.

una participación muy activa en la organización y dirección del gobierno revolucionario e hicieron frente, con abnegación y heroísmo, a los más duros sacrificios de la guerra. En tercer lugar, el Occidente cubano mantuvo muy señaladamente, una intensa "guerra de nervios" contra el gobierno, los voluntarios y los peninsulares. Se hizo sentir por la acción constante de los llamados "laborantes", dirigidos por una organización secreta del mismo nombre, mediante proclamas frecuentes y la propagación incesante de rumores, versiones y noticias favorables a la causa cubana y contrarias a la Metrópoli, al objeto de mantener vivo y ardiente el espíritu revolucionario. Finalmente, obligadas miles de familias del Departamento Occidental a partir de enero, 1869, a emigrar a los Estados Unidos y otros países, en todos ellos constituyeron, principalmente en los Estados Unidos, juntas revolucionarias, asociaciones y clubs, consagrados a editar periódicos, realizar una labor incesante de servicios a la revolución en múltiples formas; a aportar y reunir fondos para la adquisición de pertrechos de guerra, organizar expediciones y ayudar a sostener las familias de los jefes revolucionarios que luchaban en Cuba.

Históricamente es un hecho comprobado, que después de la entrevista con el General Lersundi en el Palacio de la Capitanía General el 24 de octubre, 1868, José Morales Lemus, José Manuel Mestre, Antonio Fernández Bramosio, José Antonio Echeverría, y otros significados amigos y colaboradores de los dos primeramente mencionados, unidos a Francisco Javier Cisneros, Enrique Piñeyro, Carlos del Castillo, Hilario Cisneros, el veterano revolucionario de largos años Agustín Santa Rosa, Juan Bellido de Luna, Juan Arnao y muchos más cuyos nombres han quedado desconocidos, desengañados definitivamente de toda posibilidad de acuerdo con España los procedentes del reformismo, se decidieron a participar de la manera más activa en el movimiento revolucionario. Constituyeron secretamente la Junta Revolucionaria de la Habana y trataron de promover los alzamientos frustrados a causa de la vigilancia y la rápida acción españolas.

En Matanzas, Juan Manuel Macías y Juan Arnao, hijos de la provincia, habían intentado ya en 1867 revolucionar la Isla, propósito en el cual colaboró Juan Bellido de Luna, reducido a prisión en Matanzas el 23 de octubre de 1868. Detenido en Jagüey Grande en diciembre, Juan Arnao fué expulsado de la Isla. Un bayamés, Leopoldo Zarragoitia, avecindado en Matanzas desde larga fecha, intentó promover por su parte, un alzamiento en la provincia, a fines de 1869. Reducido a prisión, se le deportó a España en 1871. Juan Bellido de Luna, que había sido puesto en libertad por las autoridades coloniales, intentó

otra vez, en 10 de febrero de 1869, iniciar una sublevación en un ingenio del presbítero Martín García, ubicado en Ceiba Mocha. Un joven, Manuel Despau, procuró promover, asimismo, un alzamiento que debía efectuarse en un lugar cercano al cementerio de Matanzas. La más importante de estas diversas tentativas en la provincia, se produjo en Jagüey Grande, jurisdicción de Colón, donde, el 10 de febrero ya citado, hubo una sublevación, a la cual contribuyó la Junta o Comité Revolucionario de la Habana (1). Formada por unos cien hombres, la partida sublevada estaba al mando de Gabriel G. Menocal, Administrador del ingenio *Australia*, auxiliado por los mexicanos José Inclán y Gabriel González. Tomaron parte en la sublevación, el procurador de Colón, Elías Guerra y algunos vecinos de El Roque. Aunque Menocal, al frente de su partida, se apoderó de Jagüey Grande, lugar donde permaneció algunas horas, vióse obligado a retirarse al no ser secundado, como esperaba, en Macagua, Cárdenas, Matanzas y otros lugares. Batido por los voluntarios *Chapelgorris*, de Guamutas, que reconocían por jefes superiores en la capital de la Isla a Julián de Zulueta y otros prohombres coroneles de voluntarios de la Habana, con ingenios en Matanzas, Menocal acogióse con sus hombres al decreto de amnistía dictado por Dulce en 12 de enero. Los intentos matanceros de revolución provocaron una fuerte reacción española. Numerosos cuerpos de voluntarios, puestos en pie de guerra, adoptaron sangrientas medidas de represión y de castigo. Realizaron toda clase de actos vandálicos contra los cubanos sospechosos de separatismo en las poblaciones y en los campos de la provincia, e inclusive fusilaron numerosos vecinos en casi todos los partidos de las tres jurisdicciones, Matanzas, Cárdenas y Colón (2).

El caso del joven Manuel Despau, arriba mencionado, merece una mención especial, a virtud de que tuvo consecuencias de mucha importancia. Detenido a bordo de una goleta en el puerto de Matanzas, en la cual trataba de escaparse ocultamente de la Isla, los voluntarios matanceros pretendieron fusilarlo inmediatamente. El brigadier López Pinto, teniente gobernador, opúsose enérgicamente al procedimiento sanguinario e irregular de los voluntarios, impidiéndoles llevarlo a efecto. Irritados éstos, una compañía completa de los mismos se trasladó a la Habana en franca rebeldía, con el propósito de exigirle al General Dulce la entrega del preso, que había sido trasladado a la Habana y

(1) MORALES Y MORALES, VIDAL. *Rafael Morales y González*, pág. 90.

(2) TRELLES Y GOVÍN, CARLOS M. *Matanzas en la Independencia de Cuba*. Discurso leído por el autor en sesión de la "Academia de la Historia de Cuba" en 10 de octubre de 1928. Publicaciones de la Academia. La Habana, 1928, págs. 25 a 34.

encerrado en la fortaleza de la Cabaña. El propósito de los voluntarios era conducir a Despau a Matanzas y fusilarlo en un lugar público para escarmiento, en desafío del teniente gobernador. No estaba Dulce dispuesto a acceder a la petición en menoscabo de su autoridad y de la del teniente gobernador matancero. No obstante, sin fuerzas para imponerla, vióse en necesidad de solicitar el apoyo de los voluntarios habaneros, fiado en el prestigio que creía haber adquirido entre éstos a virtud de las últimas medidas represivas que había dictado contra los "infidentes". Obtenido ese apoyo "afeó su conducta a los voluntarios matanceros, les hizo notar los peligros de pretender imponerse a la justicia e interrumpir la marcha de los procedimientos y logró, gracias a la intervención de los voluntarios de la capital, que los de Matanzas desistiesen de sus perentorias demandas y regresaran a sus casas a esperar el fallo de los tribunales" (1).

En la provincia de la Habana, Lersundi había notado señales de inquietud en San Antonio de los Baños, zona en la que Carlos García (2) había iniciado ya actividades revolucionarias. En Bejucal y en Quivicán, existían núcleos, aún cuando fuesen pequeños, de elementos separatistas. En la misma ciudad de la Habana se había constituido y actuaba secretamente la Junta Revolucionaria, dirigida o inspirada por Morales Lemus, Mestre y otros patriotas. Entre otras actividades, hacía circular proclamas en las cuales advertía a los habitantes de los campos que no diesen crédito a las publicaciones oficiales ni a la prensa contraria a la revolución. Falto de recursos morales y materiales para sofocar la iniciada revolución oriental, al objeto de privar a ésta del valioso apoyo material y moral de los habaneros, el gobierno mentía triunfos, denigraba a los insurrectos y les imputaba el ser autores de incendios, asesinatos y otros crímenes. Lo cierto era que alrededor de la bandera enarbolada en Yara se agrupaban ya 30,000 patriotas, en lucha por la libertad de la patria, quienes sin más armas algunos que el machete, habían sabido triunfar de los fusiles, bayonetas y cañones. Al final de las alocuciones estampábase la firma "El Departamento Occidental", reiterándose el llamamiento a las armas a todos los cubanos de Occidente.

(1) ZARAGOZA, JUSTO. *Las Insurrecciones en Cuba*, tomo II, pág. 349. Zaragoza agrega: "Airoso pareció salir en aquel paso el principio de autoridad, pero como para mostrarse arrogante con los voluntarios de Matanzas tuvo Dulce que pedir la cooperación y ayuda de los de la Habana, la energía con aquéllos adquirida a cambio de debilidades con éstos, confirmó desde entonces el principio, funestísimo para la continuación de su mando, de que los voluntarios de la capital serían en lo sucesivo los árbitros en todos los asuntos de interés patrio, y que puesto el General a su disposición no tendría más remedio que atender sus exigencias o marcharse".

(2) URRUTIA, CARLOS. *Los criminales de Cuba y Don José Trujillo*, Barcelona, 1882, págs. 127-134. GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Mudos Testigos*, La Habana, 1948. págs. 184-196.

La Junta, decidida a que la Habana no permaneciese inactiva, no promovió un levantamiento en masa en la región, convencida de que las autoridades españolas contaban con elementos de guerra de que ella carecía. Uno de los trabajos de la Junta y de sus clubs anexos, fué, a la inversa, el de contener el entusiasmo de numerosos jóvenes habaneros deseosos de sumarse sin demora a la insurrección ⁽¹⁾. De ahí que muchos jóvenes buscasen la manera de trasladarse por tierra a Las Villas y Camagüey, y otros se embarcaran para Nassau y diversos lugares del extranjero, a fin de marchar a los campos de Cuba Libre como expedicionarios. En la Habana y Pinar del Río se efectuaron, sin embargo, algunos intentos de sublevación. En la última provincia mencionada, la acción revolucionaria fué propuesta a la Junta habanera por el Ingeniero Francisco Javier Cisneros. El joven Cisneros había trabajado con Pozos Dulces y Morales Lemus en el periódico "El Siglo". A título de agente del periódico recorrió la Isla a principios de 1868 en labor de información revolucionaria. Morales Lemus y Mestre apoyaron a Cisneros, le transmitieron prudentes consejos y le proporcionaron algún dinero para la adquisición de armas y otros elementos materiales. Cisneros obtuvo el concurso de Agustín Santa Rosa, ardiente revolucionario, vigilado y perseguido por las autoridades españolas por haber luchado en Pinar del Río al lado de Narciso López. Santa Rosa debía trasladarse con un grupo de compañeros a San Cristóbal por ferrocarril, lugar en que se contaba con un número de partidarios de la independencia dispuestos a tomar las armas. Conducían en el tren algunas cajas con ochenta fusiles. En el curso del viaje, Santa Rosa hubo de detenerse en Candelaria, se hizo sospechoso a las autoridades locales, quedando ocupadas las armas y fracasado el intento, al ser apresado con sus compañeros en las lomas de San Cristóbal.

La evidencia histórica es que la Junta Revolucionaria de la Habana, convencida como estaba de la urgencia de secundar a Céspedes, según lo recomendaba con insistencia Morales Lemus y lo deseaba ardientemente la gente joven, se tropezaba con la carencia de armas y demás materiales de guerra, elementos de que disponían en abundancia las autoridades coloniales. Enfrentábase, además, con el obstáculo de la peculiar composición de la población en el oeste cubano, con su gran número de esclavos. Este obstáculo resultaba más difícil de vencer a causa de la falta de contacto y de comunicación de los miembros de la Junta y de los jóvenes revolucionarios de la ciudad de la Habana —es-

(1) CISNEROS, FRANCISCO JAVIER. *Relación documentada de cinco expediciones*, Nueva York, 1870, pág. 5 y *La Verdad Histórica sobre los Sucesos de Cuba*, del mismo autor, Nueva York, 1871. SANTOVENIA, EMETERIO S. *Pinar del Río*, México, 1946, págs. 130 y 134.

tudiantes, pasantes de colegios, maestros, profesores, profesionales recientemente graduados, escritores, periodistas, etc.— gente toda casi totalmente extraña a la población campesina, nervio de la guerra por su número, su conocimiento del terreno y por el hecho de estar habituada a las estrecheces y las durezas de la vida en los campos. La población mestiza negra y libre que en Oriente constituía el 31% de la población total del Departamento, y que, residente en su gran mayoría en las zonas rurales, aportó sus fuerzas a la guerra, en el Occidente formaba sólo el 7% de la población total —en Matanzas el 2%— y residía casi toda en los centros urbanos. Una alta proporción de ella, además, había sido atraída por la política negrera española, y formaba parte de las organizaciones de voluntarios denominadas “bomberos”, creadas por las autoridades coloniales para no mezclar a los voluntarios mestizos y negros con los blancos, y nutría las llamadas “milicias de color”. Al igual que la gente joven revolucionaria de estudiantes, maestros y profesionales, los miembros de la Junta habanera no convivían en relación personal constante con los mestizos y los negros libres en el Occidente de Cuba, en la medida en que eso era usual en Oriente. A la inversa, veían con cierta prevención a los mestizos y negros libres desde que a partir de mediados del siglo la política de Pezuela y otros capitanes generales —Lersundi inclusive, que frecuentaba los bailes llamados “cunas” de la “gente de color” en Guanabacoa— habían pretendido atraerse y usar a los “pardos y morenos” de las provincias occidentales como elemento de contención contra los blancos desafectos a la Metrópoli. En cuanto a los esclavos, encerrados en los barracones de los ingenios, bajo la estrecha vigilancia de mayores y contramayores con sus traillas de perros bravos y de los destacamentos de tropas españolas situados en lugares estratégicos para acudir con rapidez a sofocar cualquier intento de rebelión provocado por el maltrato de que los siervos eran víctima, no podían tener iniciativas propias para sublevarse a favor de la independencia. Ni a los miembros de la Junta Revolucionaria de la Habana ni a los más audaces jóvenes separatistas les era posible personarse en los ingenios y lanzar los esclavos en masa a la rebelión, como lo hicieron Céspedes y demás terratenientes en las cinco jurisdicciones occidentales de Oriente, o como lo efectuaron violentamente por la fuerza de las armas, Donato Mármol, Máximo Gómez, Félix Figueredo, Antonio Maceo y otros jefes orientales mediante la invasión de las jurisdicciones de Santiago y Guantánamo. Finalmente, la población campesina blanca de la parte occidental de Cuba estaba bien convencida, por una amarga experiencia, de la fuerza española, en su completa indefensión, desprovista de jefes y de armas. Este sector

de la población de Occidente vivía en una pésima situación económica. Existían un descontento y un malestar muy arraigados entre ella, a causa de la pobreza y los abusos de que era víctima, pero el espíritu separatista no había penetrado sino muy débil y escasamente en las masas campesinas ignorantes. Para Céspedes fué empresa fácil sublevar el oeste de Oriente, y propagar con su ejemplo de manera indirecta, si bien incontenible y efectiva, la insurrección en Camagüey y Las Villas. A Morales Lemus, persona ya madura y a sus compañeros de Junta, habituados a la vida urbana, no les era dable sublevar en igual forma a matanceros, habaneros y pinareños, entre los cuales no se había difundido la propaganda revolucionaria. En el fondo, el temor a la destrucción de la riqueza cubana juntamente con el de la abolición brusca de la esclavitud y al posible desbordamiento del cuarto de millón de esclavos o más de Matanzas, Habana y Pinar del Río, levantábase ante ellos como un terrible fantasma, al igual que en el espíritu conturbado de Miguel Jerónimo Gutiérrez, Arcadio García y Tranquilino Valdés en la Junta de Las Villas. La absoluta certidumbre de la impotencia propia de la Junta Revolucionaria de la Habana para lanzar el Occidente a la guerra, fué una de las principales causas determinantes de los tempranos planes de invasión del Oeste de Cuba acariciados por Céspedes y demás jefes revolucionarios de Oriente. Su experiencia era que a las áreas densamente esclavistas había que llevar la guerra a sangre y fuego. No había otra manera de libertar a los esclavos ni de sumarlos a la revolución. Esta fué una temprana experiencia de los insurrectos en El Cobre y otras partes de la jurisdicción de Cuba. A fines de 1868, y principios de 1869, estaban muy distantes aún los años en que estrechamente unidos Gómez y Maceo, habrían de llevar a guerra hasta el extremo oeste de Pinar del Río, y de sublevar, en condiciones muy distintas de las que prevalecían al comienzo de la Guerra de los Diez Años, las tres provincias occidentales.

Aparte de la aportación de reclutas expedicionarios y de los intentos de insurrección que han sido mencionados, las provincias occidentales, especialmente la Habana, mantuvieron la guerra de nervios a que se ha hecho referencia anteriormente. Desde que se tuvo noticias del alzamiento en La Demajagua y de la toma de Bayamo, la admiración y el entusiasmo por Céspedes, así como el fervor patriótico de los habaneros, hombres y mujeres, fué extraordinario. La guerra de nervios produjose de dos maneras: espontáneamente y con premeditación. En la primera forma, se manifestó en la ostentación constante de sus sentimientos separatistas por la juventud en las más variadas maneras. Las jóvenes mostraban una intencionada preferencia por el uso del cabello

suelto, atado con cintas azules; escogían para sus vestidos telas de este color o blancas, y se adornaban con pequeñas estrellas de cinco puntas. Estos detalles del peinado y de la indumentaria, cuyo significado era bien conocido por los integristas, los irritaba vivamente, considerándolos una provocación. Era usual que se cantasen o se hiciesen circular canciones populares y composiciones poéticas con expresiones que se prestaban a ser interpretadas en sentido patriótico, y con claras alusiones a la libertad y la independencia o al coraje y la intrepidez de los insurrectos cubanos. Jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, hacían correr noticias y versiones, reales a veces, que se abultaban extraordinariamente, u obra de la imaginación y del deseo, en la mayoría de los casos. Constantemente dábase rienda suelta al llamado "laborantismo", con informaciones procedentes del extranjero, verdaderas o supuestas en su mayor parte, procedentes de los Estados Unidos o del campo revolucionario, referentes a grandes victorias y progresos de la insurrección, desastrosas derrotas de las tropas españolas y graves dificultades y peligros para la Metrópoli, en el extranjero o en la propia España.

Por otra parte, procediendo con premeditación, la Junta Revolucionaria de la Habana y los clubs y demás grupos a ella adscritos con mayor o menor disciplina, imprimían y hacían circular de mano en mano manifiestos, proclamas y hojas sueltas destinadas a fomentar, extender e incitar el espíritu revolucionario; a justificar la guerra y las medidas puestas en práctica por los insurrectos; y a tratar de lograr la neutralidad de los peninsulares arraigados y con familia en el país, inspirándoles confianza y asegurándoles que la guerra no se hacía contra el español por el hecho de serlo, sino contra el sistema de gobierno establecido por la Metrópoli. Este sistema, decíase, impedía el libre desarrollo del país y el sosiego y el bienestar de todos los habitantes de Cuba, inclusive de los peninsulares laboriosos que vivían de su trabajo, no de privilegios y favores ilícitos del régimen, limitados al enriquecimiento de unos pocos y perjudiciales para la inmensa mayoría de peninsulares inicuaamente explotados como los cubanos (1). La guerra de nervios mantenida en esta forma por los "laborantes", término despectivo conque los calificaban los integristas, de la misma manera que usaban el de "mambí" aplicado a los insurrectos, mantenía irritados, deseosos de tomar violento desquite y en constante excitación y alarma a todos los defensores del régimen, autoridades, voluntarios, y defensores de buena fe del integrismo por amor a España.

(1) En 18 de noviembre (1868) las autoridades recogieron una proclama dirigida en el sentido indicado a los "Españoles peninsulares residentes en la Isla de Cuba". ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 255, 262 y 739.

El nuevo Capitán General Domingo Dulce, desembarcado en la Habana el 4 de enero (1869) y en posesión del mando el mismo día, dirigió al siguiente su alocución a los cubanos, en la cual recomendaba "unión, fraternidad y olvido de lo pasado". Inmediatamente fué contestada por los laborantes con una hoja impresa titulada "Independencia", en la que advertían a los amantes de ésta que no se dejasen engañar con falsas promesas. Cinco días más tarde, Dulce dictó sus dos decretos de 9 de enero, por los cuales estableció la libertad de imprenta sin sujeción a censura y suprimió las comisiones militares establecidas por Lersundi. Uno y otro decreto vinieron a facilitar la propaganda separatista, aún cuando en la prensa pública ésta tuviese que hacerse de manera un tanto encubierta e indirecta. Prosiguiendo en sus propósitos de paz, el 12 de enero Dulce dictó el decreto por el cual otorgó una amnistía general por causas políticas con un plazo de cuarenta días para cuantos estuviesen con las armas en la mano y quisiesen acogerse a los beneficios del decreto. Dos días antes, como parte de su política u ofensiva pacifista, Dulce había designado las dos comisiones, formadas la primera por Ramón Rodríguez Correa, José de Armas y Céspedes y Hortensio Tamayo, que se dirigió a Nuevitás, y la otra por Francisco Tamayo Fleites, Joaquín de Oro y José Ramírez Vila, que partieron el mismo día 10 para cumplir la misión que se le había encargado, de la cual, así como del resultado de la misma, se ha hablado en otra parte de esta obra. Los planes pacifistas de Dulce estaban llamados a un inmediato y total fracaso, pues precisamente en los restantes días del mes de enero la guerra iba a quedar decidida como una lucha a muerte, tal como lo había previsto Céspedes en el Manifiesto de 10 de octubre, en parte como efecto de la política del mismo Dulce, y por otras distintas causas, además.

La Revolución de septiembre en la Metrópoli, fué acogida con júbilo por una minoría de peninsulares en la Habana y otros lugares de la Isla, pero la mayoría de éstos, en particular los prohombres conservadores y reaccionarios, sentían una marcada antipatía por Serrano, Prim y Dulce, a lo cual se agregaba el temor de no poder contar con igual influencia respecto de los nuevos gobernantes que la disfrutada y usufructuada por ellos con los gobiernos conservadores precedentes, en Cuba y en Madrid. Este numeroso elemento conservador y reaccionario, se sintió alentado por la actividad de Lersundi, y vió con disgusto el derribo de la estatua de Isabel II en el Parque Central; la desafección de Lersundi a la revolución septembrista evidencióse con su inmediata renuncia a la Capitanía General de Cuba. Muchos de los prohombres peninsulares más reaccionarios tenían motivos de resentimiento

personal contra Dulce, de modo que la designación de éste para suceder a Lersundi les produjo el peor efecto. La esperanza manifestada por no pocas personalidades cubanas del Reformismo aumentó el descontento de los más recalcitrantes e influyentes personajes peninsulares de la Habana, Matanzas, Cienfuegos y otros lugares, y cuando la supresión de la censura por Dulce brindó oportunidad para la aparición de numerosos pequeños periódicos en que se hacía una más o menos encubierta propaganda separatista y de ruda condenación a las lacras del coloniaje, ya la reacción violenta que venía incubándose contra el nuevo gobierno de la Metrópoli, su más alto representante en Cuba y los simpatizadores más o menos manifiestos de la revolución iniciada por Céspedes en La Demajagua, acabó por desbordarse en los términos más violentos y salvajes. Los acontecimientos se precipitaron y deslindaron definitivamente los campos.

El 9 de enero, cuando Dulce dictaba los decretos sobre establecimiento de la libertad de imprenta y supresión de las comisiones militares, Valmaseda estaba ya próximo a las márgenes del Cauto, después del cruce de El Salado en su marcha contra Bayamo. El 12, día en que Dulce dictó el decreto de amnistía, en la Habana se produjo el caso de resistencia a la fuerza pública, al tratar ésta de ocupar, en una casa de las calles de Carmen y Figuras, cerca del puente de Chávez, un depósito de armas que se decía existía en dicha casa. A continuación de los disparos que se produjeron en el lugar, fueron detenidos Francisco León y Nuez y Agustín Medina, acusados de hacer resistencia, con otros más, a los agentes de la autoridad. Y mientras Valmaseda lanzaba su ataque final en Cauto el Embarcadero para la recuperación de Bayamo, la ciudad era incendiada y reducida a cenizas, testimonio definitivo de la resolución de los insurrectos de luchar hasta morir por la independencia. En la noche del día 21 de enero, reocupada ya Bayamo por Valmaseda, día en que los jefes cubanos de las jurisdicciones de Cuba y Jiguaní notificaban a la comisión enviada por Dulce que intentaba ver a Céspedes, que ellos no aceptarían proposiciones de paz sino a base de la independencia, se efectuó en la Habana la función en el teatro Villanueva que sirvió de pretexto a los voluntarios para su ataque al teatro en la noche siguiente, y para la realización de los actos vandálicos del 23. Estas primeras agresiones sirvieron para que los voluntarios, según su apologista Justo Zaragoza, se sintieran en el estado de enardecimiento "del recluta después de foguearse"; y "al verse vencedores, empezaran a reconocer lo que valían, y a medir la importancia de lo que acababan de sofocar". Después de estos hechos y en tal estado de ánimo, siguieron adelante en la noche del 24 con las violencias,

aún mayores, del café El Louvre, en el lugar más céntrico de la ciudad y en numerosos barrios de ésta: San Felipe, El Cristo, Santa Teresa, Guadalupe, Arsenal, Ceiba, Chávez, Pueblo Nuevo, Atarés y Cerro. Terminaron con el allanamiento y el saqueo de la casa de Leonardo del Monte, parte del edificio de la de Aldama, y no cesaron con sus agresiones hasta muy adelantado el día 25. El balance de las mismas arrojó una cifra de tres personas muertas y doce heridas en la noche del 22; diez muertos y catorce heridos en el día y la noche del 24; un muerto en la mañana del 25; 45 detenidos en la Fortaleza de El Morro, y un crecido número de heridos asistidos ocultamente en sus casas (1).

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 282.

El espanto que estas violencias produjeron en la Habana, causa de la salida de miles de familias para el extranjero, y la angustia de que llenaron los hogares fué horrible. Próximo a cumplir 16 años de edad, José Martí ha dejado un vívido recuerdo de la ansiedad de su propia madre, con motivo de los sangrientos sucesos que se dejan relatados. En un artículo titulado "El parte de ayer", comentando una noticia de Cuba en la Revista Universal de México, el día 21 de marzo de 1875, reproducido en las "Obras Completas de José Martí", volumen I, página 60, la Habana, Cuba, 1946, Martí rememoró este trágico recuerdo de su adolescencia. "Ni Rivero, ni Greenwall, ni Cohner —escribió Martí— ni el pacto de sangre que firmó Dulce el día de Fernando Poo, con los voluntarios de la Habana, igualan los horribles días de enero (1869) que llenaron de cadáveres de asesinados la calzada del Monte y las calles de Jesús María, que mi madre atravesó para buscarme, y pasando a su lado las balas y cayendo los muertos, la misma horrible noche en que tantos hombres armados cayeron el día 22 sobre tantos hombres indefensos! Era mi madre: fué a buscarme en medio de la gente herida, las calles cruzadas a balazos, y sobre su cabeza misma clavadas las balas que disparaban a una mujer, allí donde aquel inmenso amor pensó encontrarme!".

Este mismo recuerdo, arraigado firmemente en el espíritu de Martí, lo expresó poéticamente en un bello poema de "Versos Sencillos":

El enemigo brutal
nos pone fuego a la casa:
el sable la calle arrasa,
a la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
del sable del español:
la calle, al salir el sol,
era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
entran, llorando, a una muerta:
llama una mano a la puerta
en lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
el portón: y la mujer
que llama, me ha dado el ser.
me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
los valientes habaneros
se quitaron los sombreros
ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
como dos locos, me dijo:
vamos pronto, vamos, hijo:
la niña está sola: vamos.

El allanamiento y saqueo de la casa de Leonardo del Monte, lo describió un testigo presencial que tuvo oportunidad de "contemplar aquel espectáculo", en términos muy vivos, testimonio del proceder salvaje de los voluntarios (1).

Precipitados los acontecimientos en toda la Isla, el 26 de enero ocurrió el asesinato de Augusto Arango en la ciudad de Puerto Príncipe; el 27, la notificación de Céspedes a la comisión enviada por Dulce, de que después del asesinato del jefe camagüeyano no podía continuar discutiendo asunto alguno con el gobierno que representaba. Llevadas a ese extremo las cosas, en los últimos dos o tres días del mes prodújose un éxodo general en la Habana, que incluyó a Morales Lemus, Antonio Fernández Bramosio y otros miembros de la Junta Revolucionaria.

El indomable espíritu de los laborantes no se abatió con la irrefrenable y brutal agresividad de los voluntarios. Semanas más tarde, cuando ya los voluntarios eran dueños de la situación en la Habana y Dulce se había doblegado a las mayores exigencias, firmando lo que llamó Martí "el pacto de sangre", se produjo "el hecho audaz que acababan los insurrectos de llevar a cabo por medio del pequeño vapor mercante "El Comanditario", apoderándose de este buque lleno de pasajeros que hacían el viaje desde la Habana a Cárdenas y a otros puntos de la costa norte (2). La sorpresa y la ira de las autoridades, y en particular de los voluntarios, fué extraordinaria, dado que cuanto más seguros creíanse de la situación, producíanse hechos como el del apoderarse del buque mencionado. Irritado el propio Dulce, y en parte para calmar la excitación de los voluntarios, al siguiente día de la captura de

(1) "Los invasores cometieron entonces los actos de más frenético vandalismo que pudiera concebirse. Destrozaron muebles, arañas y espejos; registraron los escaparates y los "prenderos", haciéndolos pedazos; diseminaron por todas partes las ropas y cuantos objetos de arte la casa contenía, para aprovechar los más valiosos; dispararon tiros en todas direcciones, causando graves daños; rasgaron con las bayonetas cuadros de verdadero mérito; robaron todo lo que les pareció de algún precio y fácil de transportar... El asalto, el fracturamiento, el robo, el conato de incendio, el daño bajo todas sus formas imaginables... El suelo lleno de fragmentos de cristal, de trofeos despedazados, de ropas amontonadas, de cajas de prendas abiertas, de restos de muebles, de vasos y botellas rotos... Las paredes y los tapices, los techos y las persianas con numerosas señales de balas, que al azar fueron disparadas..." BRAVO Y SENTIÉS, MIGUEL A. *Deportación a Fernando Poo. Relación que hace uno de los Deportados*. Nueva York, 1869. Páginas 18 y 19. (El folleto se publicó sin el nombre del autor.)

(2) "A las seis de la tarde del 23 de marzo, y mientras la población toda presenciaba la gran parada de los voluntarios, zarpó del puerto de la Habana 'El Comanditario', en el que a última hora penetraron algunos sujetos fraudulentamente. Ya en alta mar, capitaneados por el sobrecargo, Juan Bautista Osorio, sorprendieron al capitán del vapor, asaltaron a los sesenta pasajeros en sus literas cuando estaban durmiendo, y los encerraron en la cámara hasta la mañana siguiente, que los desembarcaron en Cayo Palanqueta, banco de Cayo Sal, dejándoles provisiones para dos días. Dirigióse el buque, con el nombre de *Yara* y a los órdenes de Osorio, hacia Nassau, para ponerse a disposición de los insurrectos de allá, que esperaban trasladarse a Cuba, y proteger y acompañar la goleta Mary Lowell que llevaba materiales de guerra para Céspedes." ZARAGOZA. Obra citada, vol. II, págs. 336 y 337.

El Comanditario, dictó un decreto en el que declarando dominada por la fuerza de las armas la insurrección en el interior, imponíase el evitar que recibiera auxilios de fuera. A ése efecto, ordenó que los buques que fuesen apresados en aguas españolas o en mares libres cercanos a la Isla con cargamento de gente, de armas y de municiones o de efectos que en modo alguno pudiesen contribuir a promover o fomentar insurrecciones en Cuba, cualesquiera que fuese la procedencia de dichos buques y su destino, previo el examen de sus papeles y registros, se les considerase enemigos de la integridad del territorio español y tratados como piratas con arreglo a las ordenanzas de la Armada. Los individuos que en ellos se aprehendieren, en cualquier número que fuesen, serían inmediatamente pasados por las armas" (1).

Este decreto de Dulce creó serias complicaciones diplomáticas a España con los Estados Unidos y con Inglaterra. El Secretario de Estado norteamericano, Hamilton Fish, que había tomado posesión de su cargo escasamente una semana antes del decreto, pasó una fuerte nota diplomática el 3 de abril, diez días después de publicado el decreto, al Ministro de España en Washington, López Roberts. Protestó enérgicamente contra las disposiciones del decreto de Dulce, lo estimó contrario al derecho internacional, y declaró que violaba el Tratado de 1795 entre España y los Estados Unidos. Fish notificó a López Roberts que si el decreto era mantenido y se intentaba hacer aplicación del mismo, a la Marina de Guerra norteamericana se le transmitirían instrucciones de que impidiese la violación de los derechos de los ciudadanos norteamericanos dispuesta por decreto del Capitán General de Cuba. Gran Bretaña protestó en términos no menos enérgicos ante el gobierno español. El Ministro de Estado del Gabinete de Madrid, Alvarez de Lorenzana, apresuróse a ofrecer explicaciones, estimadas poco satisfactorias por Lord Claredon. No satisfecho éste, en una segunda nota previno al gobierno español de que la Armada británica haría uso de la fuerza para impedir la violación de los derechos de los súbditos ingleses. Conminado por norteamericanos y británicos, el gobierno español se vió forzado a desaprobar el decreto de Dulce. La audacia del sobrecargo de *El Comanditario* y del corto número de sus compañeros, creó al Gobierno de Madrid un incidente diplomático que lo dejó en una posición desairada, obligado a una rápida rectificación (2). Otro episodio, revelador del heroísmo inquebrantable de los cubanos partidarios de la independencia,

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 3367-37 y PIRALA, obra citada, vol. I, pág. 469.

(2) PONTE DOMÍNGUEZ, FRANCISCO J. *Historia de la Guerra de los Diez Años*, páginas 198-201.

se produjo con motivo de la ejecución de Francisco León y Nuez y de Agustín Medina. Condenados a morir en garrote, la ejecución se dispuso en la plazoleta contigua a la Cárcel de la Habana, lugar conocido con el nombre de Placer de la Punta. Un historiador español, testigo presencial, narró los hechos para la posteridad. "El reo León y Nuez, que debía sufrir primero el postrer tormento, recorrió el corto espacio que mediaba desde la cárcel al patíbulo, en medio del más profundo silencio y sin que la muchedumbre de curiosos manifestara la menor muestra de intentar subvertir el orden. Subió con entereza la escalera del fatal andamio, y mientras el verdugo se preparaba a desempeñar su triste oficio, el reo pidió permiso para hablar, cometiendo el Mayor de la plaza la imprudencia, que lo era grande en aquellos instantes, de permitirle la palabra. Empezó pidiendo perdón a todos en tono contrito, y cuando el público se inclinaba a creer en un sincero arrepentimiento, cambió León y Nuez el curso de sus ideas, y diciendo que moría convencido de que la insurrección triunfaría al cabo, terminó su discurso con enérgicos vivas a la independencia de Cuba y a su caudillo (1).

Enfurecidos los voluntarios ante el hecho de que sus bárbaras medidas represivas no abatieran el ánimo de los patriotas, al producirse algunos disparos que según versiones de fuentes españolas, pudieron ser hechas por algunos cubanos desde las ventanas de la botica del hospital situado en el mismo edificio de la cárcel, comenzaron a disparar en todas direcciones. A las descargas de los voluntarios, debieron replicar desde alguna casa de la inmediata calzada de San Lázaro. Fúndase esta versión, de la misma fuente oficial, en que en las desgracias ocurridas en el corto tiempo que duró el suceso, aparecieron muertas en la citada calle siete personas, entre ellas una mujer, más nueve heridos, sin contar el mayor número de éstos, atendidos en sus casas, según datos confidenciales facilitados por los facultativos a la autoridad local. Las violencias de los voluntarios continuaron en diversas partes de la ciudad al siguiente día, 10 de abril. Numerosas personas fueron detenidas, allanadas las casas en distintas calles. El 11 y el 12 la agitación continuó tan intensa en la Habana, que el General Dulce, para aplacar a los voluntarios, publicó el 12 una proclama en la que dió por cierto que la insurrección estaba dominada y vencida la Isla. La

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 353. León Nuez tenía antecedentes revolucionarios. En Nueva York había actuado con Juan Manuel Macías y hasta había proyectado volar la fragata de guerra española, *Trinidad*, en visita al puerto. ROA, RAMÓN, *Con la pluma y el machete*, La Habana, 1950, vol. I, págs. 88 y 288.

declaración del capitán general coincidió con la constitución del gobierno revolucionario cubano el mismo día.

Refugiados en los Estados Unidos Morales Lemus y los más significados miembros de la Junta Revolucionaria habanera, los laborantes continuaron en la capital y en casi todos los núcleos urbanos de Occidente su infatigable propaganda a favor de la independencia, y sus ataques contra los voluntarios y demás defensores de la "integridad nacional" (1).

En la Habana quedáronse, haciendo cuanto podían, José María Gálvez, Gaspar de Arteaga, José Hernández Abreu, José de Cárdenas y Gassie, José Gerardo Domenech, Wenceslao de Villaurrutia, José Lorenzo Odoardo, Federico Jova, Federico Martínez Quintana, Virgilio Lazaga, Plácido Domínguez y Sixto Greca, autor más tarde de unas correspondencias muy populares entre los emigrados cubanos, que firmaba con el pseudónimo de "Quimbo Habanero", y otros muchos patriotas (2).

Sublevadas Las Villas el 6 de febrero, y producido el rápido y drástico cambio de la política conciliatoria del Gobierno de Madrid y de Dulce, las familias cubanas, expuestas a todas las violencias de las autoridades y de los voluntarios, se vieron forzadas a emigrar precipitadamente a los Estados Unidos y a otros países. La emigración se hizo más numerosa con las deportaciones a Fernando Poo por meras órdenes gubernativas, sin formación de causa, y por el embargo de bienes, no sólo a los separatistas declarados, sino también a toda persona acusada de sospechosa o desafecta a la Metrópoli. Las continuadas violencias de los voluntarios, dueños de la situación en la Habana y en todo el Departamento Occidental, unidas a las bárbaras proclamas de Valmaseda, a los decretos represivos de Dulce y a la falta de medios de

(1) Después de consignar que muchos de los laborantes "huyeron al extranjero" y que "otros pocos de aquéllos que con más desenfado habían exhibido su audacia ante la opinión pública, fueron a engrosar las filas de Céspedes", Zarragoza declara que "muchos de los que quedaron en sus casas, misteriosamente y sin que su actividad decayera continuaron los trabajos separatistas con el carácter de laborantes". Tocando todos estos conspiradores, agrega, la imposibilidad de provocar la lucha en los puntos en donde los voluntarios estaban organizados, establecieron centros de acción secreta para mantener viva la idea antiespañola y proveer recursos y auxilios a los insurrectos en el campo, con quienes estaban en perfecto acuerdo. De Céspedes y sus caudillos recibían las comunicaciones sobre la guerra y las proclamas con que llamaban a la defensa de su causa a los soldados españoles; en tanto que ellos expedían otras, animando al pueblo cubano para que rechazara las libertades proclamadas por Dulce. ZARAGOZA, obra citada, vol. II, pág. 291.

(2) MORALES Y MORALES, VIDAL. *Rafael Morales y González*, pág. 90.

éste para imponer su autoridad y contener los desmanes, son la evidencia de la terrible clase de guerra que se desarrollaba en la Isla (1).

El éxodo a que se vieron obligadas miles y miles de familias cubanas, terrible en cuanto a penalidades, quebrantos físicos, económicos y morales y pérdidas de todas clases, nos las acobardó para la lucha. Avivó y acendró el amor a la causa de la independencia en la emigración.

(1) "Presentóse entonces —dice Justo Zaragoza, cuya versión tocante al particular es la de un testigo presencial que no puede tacharse de parcial en contra de la Metrópoli— el espectáculo de una emigración tan considerable y vertiginosa que hubo días en que se disputaron los pasajes con violencias y se llenaron hasta las bodegas de los numerosos buques que salían de la Habana con rumbo a los puertos próximos del continente o de las islas vecinas de dominio extranjero. De todos los puntos de Cuba acudieron presurosos a la capital los fugitivos; no siendo aventurado calcular que en aquel puerto (la Habana) se embarcaron mensualmente de dos mil a tres mil familias de más de cinco individuos cada una, en el tiempo transcurrido de febrero a septiembre de 1869; y pudiendo asegurarse que más de cien mil habitantes, o sea la dozaba parte de la población, abandonaron en aquel período sus hogares para vivir fuera de la Isla... Con papeles firmados por el autor de este libro —agrega Zaragoza— como Secretario del Gobierno Político de la Isla, salieron del puerto del 26 al 30 de enero de 1869, 299 familias pudiéndose calcular en esta proporción el número de los emigrantes, desde aquel hasta que el General Caballero de Rodas se posesionó del mando en la Isla." ZARAGOZA, obra citada, vol. II, págs. 374 y 774.

CAPÍTULO X

LA ACCION REVOLUCIONARIA EN EL EXTERIOR POLITICA FAVORABLE A ESPAÑA DEL PRESIDENTE ANDREW JOHNSON

Los cubanos del nivel social a que pertenecía Céspedes, con una amplia base de cultura y de experiencia adquirida en el estudio, los viajes, sus actividades en los negocios y la administración y manejo de sus bienes, conocían la grande importancia de las relaciones de Cuba con los países extranjeros. Esas relaciones debíanse, por una parte, a la céntrica y estratégica posición de la Isla. A causa de esa ubicación geográfica, no ignoraban que desde los primeros tiempos de la colonización Cuba se había visto envuelta en las controversias y las guerras provocadas por la rivalidad de las potencias colonizadoras en el Nuevo Mundo. Sabían, igualmente, que las luchas de las ex-colonias españolas por su independencia hasta constituirse en naciones libres se habían hecho sentir en Cuba múltiples formas. Finalmente, hallábanse informados de las controversias muy agudas y graves de los Estados Unidos con España por cuestiones cubanas, desde las primeras décadas del siglo XIX hasta 1868. Por su parte, Céspedes conocía por experiencia personal directa de productor para la exportación, que Cuba, productora de azúcar en vasta escala para numerosos mercados extranjeros, efectuaba también embarques de tabaco, aguardiente y algunos otros artículos para la venta en el exterior, e importaba maquinaria y otros efectos para sus ingenios, instrumentos de labranza y otros numerosos artículos para la agricultura, raíles, locomotoras y demás materiales para sus ferrocarriles, a todo lo cual se agregaba la variedad de artículos manufacturados indispensables para hacer vida civilizada en un país tropical. La economía cubana se hallaba estrecha e indisolublemente ligada a la de los países extranjeros, en particular a los de Europa y a los de los Estados Unidos, con todos los cuales la Isla se mantenía en constante comunicación.

Una revolución cubana para la conquista de la independencia y el establecimiento de una nueva república en América, no podía considerarse, pues, un conflicto circunscrito a Cuba y a España. Era un acontecimiento de alcance mundial en el que necesariamente debían estar interesadas muchas de las naciones con las cuales mantenía la Isla activo intercambio. Bien penetrado de la amplitud de la interrelación de ésta con el extranjero, en el Manifiesto de 10 de Octubre Céspedes no se dirigió sólo a sus compatriotas, sino "a todas las naciones". Los cubanos al levantarse en armas en demanda de su independencia, reconocían el doble deber de manifestar al mundo las causas que los habían obligado a lanzarse a una guerra que habría de producir trastornos inevitables. Deseaban, asimismo, exponer los principios que anhelaban cimentar sobre las ruinas de lo presente, para promover y asegurar la felicidad de lo porvenir. En el texto del Manifiesto, se consignaron declaraciones específicas destinadas a fijar la posición de Cuba en relación con los países extranjeros como pueblo laborioso y pacífico. Destacóse en particular, según se ha expuesto en lugar oportuno, el hecho de que Cuba no necesitaba de un ejército ni de una marina de guerra permanentes; se consignó que la Isla estaba dispuesta a practicar el libre cambio con las naciones amigas que usasen de reciprocidad; y se declaró que el ejemplo de las grandes naciones autorizaba a Cuba a emplear, en último recurso, el medio heroico de la guerra, para librarse de la opresión de la Metrópoli. El pueblo cubano no se resignaba a estar privado de derechos de que gozaban los demás pueblos civilizados. En la revolución a que se lanzaba, no demandaba auxilio directo de ningún país. Entendía que a las naciones civilizadas correspondía, por deber de humanidad, interponer su influencia para sacar de las garras de un bárbaro opresor a un pueblo inocente, ilustrado, sensible y generoso.

En las relaciones exteriores de Cuba, así políticas como económicas y de todo otro orden, en 1868 podían distinguirse varios sectores distintos. Uno, el de las relaciones con España; otro, el de las mantenidas por Cuba con las restantes naciones de Europa, en primer término Inglaterra y Francia. El tercer sector era el de los Estados Unidos de América; otro más, el de las Repúblicas del Nuevo Mundo al sur del Río Grande. Finalmente, la Isla mantenía relaciones de menor importancia, con la lejana China, desde que en la década 1840-1850 empezaron a introducirse en la Isla braceros asiáticos para los trabajos de los ingenios.

En los que a obtener apoyo en la guerra correspondía, el sector más importante era el de los Estados Unidos. Desde la constitución de la Unión americana, las relaciones de la Isla con la misma habían sido frecuentes, estrechas y de mucha importancia. Iniciadas en lo correspondiente al intercambio comercial, se habían ido extendiendo de manera cada vez más amplia a otros campos, señaladamente al político. En vida de Céspedes, después del regreso de éste de Europa, en los años comprendidos desde 1848 al estallido de la revolución cubana y la proclamación de la independencia en La Demajagua, una parte considerable de la opinión de los cubanos más representativos se inclinó a la anexión a los Estados Unidos, movidos esos cubanos, entre otras causas, por el carácter republicano y democrático de las instituciones norteamericanas. En el curso de la sangrienta Guerra de Secesión, los cubanos de principios liberales manifestaron claramente sus simpatías a favor de la preservación de la Unión y de la abolición de la esclavitud.

Numerosos motivos inducían, pues, a los insurrectos cubanos a fijar la mirada en la nación vecina. Los Estados Unidos salieron de la dura prueba de la guerra civil convertidos en una potencia de primer orden, por la pujanza militar demostrada, y por la grande y humanitaria obra del Presidente Lincoln al abolir la esclavitud en la República. La Unión desarrolló importantísimas industrias militares durante la guerra. En los arsenales y armerías del Gobierno Federal existían grandes depósitos de armas y de toda clase de pertrechos. Millares de licenciados veteranos, tanto de los ejércitos del Norte como los del Sur, podían sentirse inclinados, dados los sentimientos y las ideas prevalecientes en su país, a luchar por la independencia de Cuba. A lo expuesto agregábase la proximidad de los Estados Unidos a Cuba. El más importante sector de las relaciones exteriores, para la revolución no podía ser otro que el de los Estados Unidos.

Con su reconocida sagacidad, Céspedes lo entendió así desde el primer momento y procuró asegurarse el apoyo de los viejos emigrados cubanos en la Unión, y el de la opinión americana. Con ese doble propósito, aceptó designar, propuesto por Donato Mármol, un agente especial de su gobierno provisional, el C. José Valiente, de abolengo revolucionario desde 1849, miembro de una distinguida familia de Santiago de Cuba e hijo él mismo de la ciudad. Provisto de documentos que acreditaban su representación, Valiente se trasladó secreta y prontamente a Nueva York. Púsose en contacto con un comité de patriotas cubanos existente en la ciudad y con la Junta Republicana de Cuba

y Puerto Rico e inició la prestación de sus importantes y valiosos servicios a la causa de la independencia (1).

Los emigrados políticos de Cuba, que encontraron siempre como los de los demás países del mundo, refugio y hospitalidad en los Estados Unidos desde principios del siglo XIX, secundaron eficazmente al enviado de Céspedes. En enero de 1869, la violencia de los voluntarios y las medidas represivas del gobierno español obligaron a miles de familias cubanas a emigrar precipitadamente. La acogida favorable que hallaron en los Estados Unidos se produjo de manera más sensible, por motivos más fuertes y más justificados. A la disposición general del pueblo norteamericano a abrir sus puertas a los emigrados europeos por razones políticas, en el caso de Cuba uniéronse otros móviles especiales de mucha actualidad e importancia. Triunfante la unidad nacional, en la guerra de Secesión, la gente del Norte y el gobierno de Washington no echaban en olvido el gravísimo riesgo que habían logrado vencer. Nada podía excusar el mal proceder de las potencias que, teniendo o no cuestiones pendientes con los Estados Unidos, habían tratado de aprovecharse de las dificultades internas de la Unión para tomar ventajas sobre ésta.

Tres de esas naciones se habían señalado en particular por ese proceder hostil, provocando la profunda enemistad del pueblo y del gobierno de los Estados Unidos. Eran esas tres naciones Gran Bretaña, España y Francia. Adversarios irreconciliables y tenaces de la Doctrina de Monroe y antagonistas constantes por una u otra causa de los Estados Unidos, los gobiernos de dichas tres naciones vieron, con mal oculta satisfacción, la posibilidad de que la Guerra de Secesión dividiese la Unión en dos secciones rivales y hostiles. Esa fragmentación, si llegaba a producirse, provocaría casi seguramente luchas destructivas entre nortños y sudistas, como la que estaba ya empeñada. En consecuencia, el desarrollo interno de las dos secciones se haría difícil en todos los órdenes. La capacidad de una y de otra, de la sección del Norte en particular, se disminuiría en cuanto a poder asumir una política exterior vigorosa y alcanzar una mayor pujanza industrial y mercantil (2). El Reino Unido, Francia y España adoptaron y coordinaron, en tal virtud, una política inspirada en la determinación de prestarle apoyo a los separatistas del Sur. Negáronse a reconocerle al movimiento secesionista el carácter de una rebelión contra el gobierno legítimo del país, hecho

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, págs. 000-000. RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida de José Manuel Mestre*, págs. 131-133.

(2) BECKER Y GONZÁLEZ, JERÓNIMO. *Historia de las Relaciones Exteriores de España durante el Siglo XIX*, Madrid, 1924, tomo II, pág. 584.

ante el cual los demás poderes debían sujetarse a las prescripciones y las prácticas de la ley internacional vigente entre naciones que mantenían relaciones amistosas. En Londres, París y Madrid se entendió, a la inversa, que existía un estado de guerra entre la Confederación de los Estados Unidos del Sur —una nueva entidad nacional— y la Unión de los Estados del Norte. Basadas las tres cancillerías citadas en esa conclusión, resolvieron reconocer el derecho de beligerancia al Sur e hicieron una declaración de neutralidad.

Considerado por la Unión ese reconocimiento inspirado exclusivamente en móviles hostiles, debe convenirse que en lo tocante a la Gran Bretaña obedecía a otras varias causas. En ésta, y en otros países de Europa también, no eran pocos los que creían de buena fe, a semejanza de lo que ocurría en los mismos Estados del Norte, que resultaba moralmente injusto y prácticamente imposible, el mantener la Unión por la fuerza de las armas. Para tratar de lograrlo era forzoso someter a seis millones de ciudadanos de un grupo contiguo de Estados a permanecer dentro de una colectividad política en la que habían entrado por su libre voluntad, con el derecho, *ipso facto*, de retirarse cuando lo tuvieran a bien y su permanencia en la Unión les irrogase perjuicios. En el Norte, ni la prensa, ni la opinión pública, en general, admitían que tal criterio doctrinal se mantuviese de buena fe. Dominados por una viva irritación, los periódicos atacaban con rudeza y virulencia a los poderes europeos en informaciones, caricaturas y artículos aplaudidos calurosamente, con lo cual contribuían a crear un estado de cosas favorables a los insurrectos cubanos.

Dividida en sus simpatías entre el Norte y el Sur, la opinión inglesa era la menos hostil, aún cuando no se reconocía así por los mantenedores de la Unión. Presidido por Lord Palmerston, con Lord Russell en el Ministerio de Asuntos Extranjeros, y Lord Lyons de Ministro en Washington, el gabinete británico procedió con cierta prudencia, en términos más bien amistosos que hostiles a Washington, al plantearse el problema de la beligerancia. No obstante, consideraciones de política naval británica referentes al bloqueo y al contrabando en tiempo de guerra, llevaron al Gabinete a entender que la Gran Bretaña estaba obligada a proclamar la neutralidad en el conflicto, resolución equivalente, en la práctica, a reconocer la beligerancia al Sur. El Gobierno norteamericano, con el completo respaldo de la opinión pública, en la que prevalecía un fuerte sentimiento antibritánico, consideró tal proclamación un acto de hostilidad, en abierta violación de la ley de las naciones. En consecuencia, protestó enérgicamente contra la misma.

Firme en su criterio, el Gabinete de Saint James sostuvo su declaración de neutralidad ⁽¹⁾ y procuró con éxito que Francia y España siguiesen el mismo curso. Francia, actuando en consulta con los británicos, proclamó su posición neutral por declaración imperial de Napoleón III, de 10 de junio de 1861. España procedió en la misma forma, siete días más tarde, por Real Decreto de la Reina Isabel II ⁽²⁾.

La expedición contra México, acordada en Londres en 31 de octubre de 1861, empeoró las relaciones de los Tres Poderes con los Estados Unidos. En lo que a España toca, se agravaron con la anexión de Santo Domingo y la llamada Guerra del Pacífico con Chile y Perú. Por todos los motivos indicados, a la terminación de la guerra secesionista en el Norte existía un estado de violenta irritación y un sentimiento de odio muy generalizado contra los Gobiernos de Londres, París y Madrid ⁽³⁾.

En un ambiente de tal naturaleza, los miembros del Comité de Patriotas que funcionaba en Nueva York, los de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico en la misma ciudad, los de la Junta Revolucionaria de la Habana y los numerosos emigrados cubanos, se hallaron en una situación propicia para tratar de obtener el apoyo del pueblo americano y eventualmente el del Gobierno de Washington a favor de los insurrectos de Cuba. En los cinco meses transcurridos desde el día en que estalló la insurrección en La Demajagua, hasta el mes de marzo de 1869, "habíase producido en los Estados Unidos con respecto a la revolución cubana, el buen efecto de madurar debidamente el sentimiento del pueblo, de hacerle comprender a éste distintamente la razón y la ascendencia del movimiento, y de asegurarle a los insurrectos no sólo el apoyo moral más pronunciado y una vivísima simpatía, sino lo que era más práctico y más importante, la determinación deliberada de prestarles auxilio" ⁽⁴⁾.

A pesar de todo ello, en las postrimerías del gobierno del presidente Andrew Johnson, las circunstancias no era favorables para que éste pudiera hacer algo efectivo en favor de la revolución cubana, a causa del expansionismo de Seward y de otros motivos. Poderoso en las seis primeras décadas del siglo XIX, el expansionismo americano estuvo contenido durante la presidencia de Lincoln, embargado totalmente con la

(1) *The Cambridge History of British Foreign Policy, 1783-1919*. Nueva York, 1923, vol. II, págs. 488-521.

(2) BECKER Y GONZÁLEZ, JERÓNIMO. Obra citada, tomo II, págs. 583-588.

(3) En las elecciones presidenciales de noviembre (1868), los programas de los dos grandes partidos americanos le retorcián el rabo al león británico". TRUSLOW ADAMS, obra citada, tomo II, pág. 131.

(4) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida de Mestre*, págs. 139 y 140.

guerra de Secesión. Cuando Johnson, en su condición de Vicepresidente pasó a ser el ocupante de la Casa Blanca, al ser asesinado Lincoln el 14 de abril de 1865, las tendencias expansionistas volvieron a manifestarse vigorosamente. El Secretario de Estado de Lincoln, William H. Seward, reconocido expansionista, que continuó en el Gabinete de Johnson, fué el principal propulsor de la expansión en esta nueva etapa. Hombre de infatigable actividad, Seward era leal al Presidente Johnson y al partido a que pertenecía. Cuando el partido y el Presidente rompieron, a causa de la política de éste, favorable a la reconstrucción del Sur, Seward se sintió descorazonado para ocuparse en cuestiones de orden interior. Consagróse entonces con todas sus fuerzas a desarrollar una intensa política extranjera. Sus planes, muy vastos, comprendían la adquisición de posesiones en el Caribe, el avance de los Estados Unidos en la América Central, la compra de Alaska y la anexión del Canadá. Eran sus miras "anexar territorios a derecha e izquierda" (1).

En lo que al Caribe corresponde, sentíase fuertemente apoyado. En el curso de la Guerra Civil, el bloqueo de los puertos del Sur fué roto con frecuencia por barcos procedentes de dicho mar, en el que los Estados Unidos carecían de bases navales. En la costa del Pacífico ocurrieron también, en menor escala, hechos similares, pero en esa costa, el tratado de compra de Alaska, celebrado con Rusia, resolvió la dificultad. En el Caribe quedaba en pie. Para allanarla, el Presidente Johnson sometió a la aprobación del Senado un convenio negociado por Seward con el Rey de Dinamarca, por el cual éste cedía la isla de St. Tomas a los Estados Unidos. El Presidente aprovechó la oportunidad para declarar que estaba de acuerdo con los estadistas de los primeros tiempos, respecto a que las Indias Occidentales gravitaban hacia la Unión. Cabía esperar que serían absorbidas por ésta; el tratado con Dinamarca era un primer paso en esa dirección.

En oposición violenta contra Johnson, el Senado bajo la inspiración del senador Sumner, negóse a ratificar el tratado de compra. El interés político fué más fuerte entre los senadores que el interés nacional, tal como lo entendían el Departamento de Marina y el jefe del Ejecutivo. Apoyado por éste, Seward no se dió por vencido. El mensaje de 9 de diciembre de 1868, dos meses escasos después del alzamiento de Céspedes en La Demajagua, los desmesurados objetivos expansionistas de Seward y Johnson, conjuntamente con los principios en que los fundaban, quedaron expuestos ampliamente. Una política nacional com-

(1) FORD RHODES, JAMES. *History of the United States from the Compromise of 1850 to the end of the Roosevelt Administration*, Nueva York, 1928, vol. I, pág. 324.

prensiva, decíase en el mensaje, sancionaría favorablemente la adquisición e incorporación a los Estados Unidos de varias comunidades adyacentes, insulares y continentales, con tanta premura como fuese posible hacerlo de manera legal y pacífica, sin violar los principios de la justicia, la buena fe o el honor nacionales. La posesión o el control extranjeros de esas comunidades obstaculizaba el crecimiento, y había mermado la influencia de los Estados Unidos. La revolución crónica y la anarquía eran dañosas igualmente. No transcurriría mucho tiempo antes de que surgiera la necesidad de que el Gobierno americano prestase ayuda a la solución de los problemas políticos y sociales que planteaban al mundo las dos repúblicas de la Isla de Santo Domingo y los que estaban produciéndose más claramente que nunca en la Isla de Cuba. Esos problemas se someterían en fecha cercana a la consideración del Congreso con el mayor encarecimiento. El Ejecutivo hallábase convencido de que había llegado el momento en que el procedimiento directo de una proposición de anexión de las dos repúblicas de la Isla de Santo Domingo recibiría el consentimiento de los pueblos interesados y resultaría satisfactorio para las naciones extranjeras. Era cierto que algunos opinaban en contra de la posibilidad de que el sistema político americano pudiera aplicarse con éxito a un área que excediese de la extensión del territorio continental de los Estados Unidos. A pesar del parecer de unos pocos, en la mente americana ganaba terreno rápidamente la convicción de que con las crecientes facilidades para la intercomunicación entre todas las porciones de la tierra, los principios del gobierno democrático, si se mantenían y aplicaban fielmente, tal como estaban establecidos en la Constitución norteamericana, demostrarían poseer suficiente fuerza y flexibilidad para abarcar dentro de su esfera todas las naciones del mundo ⁽¹⁾.

Los avances de Seward en el Caribe fallaron todos, a causa de los mismos motivos de la no aprobación senatorial del tratado con Dinamarca ⁽²⁾. Inútiles fueron sus esfuerzos para establecer una base naval en la bahía de Samaná; para la compra a España de las pequeñas islas de Culebra y Culebrita cerca de Puerto Rico, y para la anexión de Santo Domingo ⁽³⁾.

Apoyadas por el Presidente Johnson las ambiciones expansionistas de Seward, éstas constituían un obstáculo casi insuperable para que el Secretario de Estado se manifestase dispuesto a recomendar el reconoci-

(1) RICHARDSON, JAMES D. Obra citada, vol. VI, págs. 688-689.

(2) TANSIL, C. C. *The purchase of the Danish West Indies*, Baltimore, 1932, pág. 5.

(3) BUSHNELL, HART ALBERT. *The Monroe Doctrine. An Interpretation*. Boston, 1915, pág. 151.

miento de la beligerancia y de la independencia a Cuba, isla que, sin duda, preferiría anexas, como confiaba poder hacerlo con Santo Domingo y Haití. Una dificultad adicional muy importante, era que Seward, próximo ya el término de la Administración de Johnson, hallábase vivamente interesado en el arreglo de diversas cuestiones de política extranjera de mucha trascendencia. Respecto de la América y de España, Seward colocaba en primer lugar la terminación en firme, mediante un tratado, de la guerra del Pacífico. En 1865, los Estados Unidos ofrecieron dos veces la mediación, rechazada por el Gobierno español. La revolución de septiembre en España podía abrir nuevas perspectivas sobre este asunto y otros más; produjo por tanto, mucha satisfacción a Seward. Este como otros muchos americanos, fué de parecer que dicha revolución conduciría al establecimiento de una república española. Si llegaba a fundarse, podía conjeturarse que se distanciaría de los poderes monárquicos de Europa, en cuya caso se vería inducida a establecer más estrechas y amistosas relaciones con los Estados Unidos. Impresionado por esa favorable posibilidad, Seward se apresuró a reconocer al nuevo gobierno español antes de que lo hiciesen los poderes europeos, reconocimiento que se efectuó el 9 de octubre de 1868, la víspera de la proclamación de la independencia por Céspedes en La Demajagua. Poco después el Secretario de Estado ofreció nuevamente la mediación en la guerra de España con sus ex-colonias, aceptada en esta oportunidad por el Gobierno español y por los de Perú, Ecuador y Bolivia, logrando Seward ser secundado por la Gran Bretaña y Francia ⁽¹⁾.

Cabe en lo posible admitir que además de la complacencia debida a la probable introducción de los principios republicanos en una nación europea tan íntimamente ligada con la América, y al arreglo de la cuestión del Pacífico, Seward pensaba que con una España republicana sería más fácil tratar de resolver favorablemente la expansión de los Estados Unidos en Las Antillas, parte esencial de la política expansionista del Secretario de Estado de Lincoln y de Johnson. No es extraño, en razón de lo expuesto, que la política de Seward fuese muy amistosa hacia España, a tal punto que el Ministro español en Washington, Goñi en despachos de octubre y noviembre, 1868, a los Ministros de Estado y Ultramar, les manifestase que el Gobierno de Washington "siempre jus-

(1) "España —decía Johnson al Congreso en su Mensaje de 9 de diciembre de 1868— ha realizado recientemente una revolución marcada por una extraordinaria unanimidad y la preservación del orden. El Gobierno provisional establecido en Madrid, ha sido reconocido, y las amistosas relaciones que felizmente han existido de largo tiempo entre los dos países, permanecen inalterables." RICHARDSON, JAMES D., obra citada, vol. VI, págs. 691 y 686.

to y amigo de España, de nada estaba más lejos" que de crearle dificultades a ésta con motivo de la insurrección cubana (1). Así era en efecto, porque Seward, al oponerse en 30 de octubre a que se enviasen buques de guerra a la Habana, solicitados por el cónsul americano La Reintrie, medida con la que estaba de acuerdo el Secretario de Marina, Gideon Welles, alegó que la presencia de dichos buques en aguas cubanas favorecía a la revolución, podría ser mirada como indicación de impaciencia por la revolución cubana y "podría, quizás, perjudicar la causa republicana en España" (2).

De la administración de Johnson, con Seward al frente del Departamento de Estado, nada podrían esperar a su favor los revolucionarios cubanos.

Había, además, otro obstáculo de mucho mayor peso para retraer a Seward de toda ayuda a los separatistas de Cuba. Era éste la reclamación a la Gran Bretaña, pendiente todavía de ajuste, por los enormes daños causados por el crucero *Alabama* a la Unión durante la guerra secesionista.

De tan decisivas consecuencias adversas para la revolución cubana en cuanto a la política a seguir por los Estados Unidos en Cuba fué dicha reclamación, que el desarrollo de la misma constituye un importante capítulo de la Guerra de los Diez Años. Pone de manifiesto, una vez más, los incalculables e imprevistos efectos de las rivalidades de las potencias en la historia de Cuba.

Estallada la Guerra de Secesión, el Norte y el Sur pusieron la vista en la Gran Bretaña, madre patria de ambos. El Norte buscaba apoyo moral con respecto a la doctrina de la unidad nacional y todo lo que a su juicio significaba para la civilización, así como en lo tocante a la política, de la cual la protagonista era la Gran Bretaña, de la extirpación de la esclavitud. El Sur, a su vez, procuraba obtener el apoyo británico fiado en las dificultades económicas y en los desastres causados por la interrupción de los suministros de algodón a los manufactureros de los condados septentrionales del Reino Unido. La división de la opinión inglesa, tomó sin embargo, líneas inesperadas. Los fabricantes de tejidos, cuyos intereses parecían ser los de un Sur triunfante, repudiaron a los Estados esclavistas y dieron su apoyo moral Norte. Disraeli compartió esta opinión; no prestó apoyo al Sur. En contraste, Gladstone estaba muy impresionado con la doctrina de la auto-determinación en la forma proclamada en el otoño de 1862 por

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 252 y 737.

(2) PORTELL VILÁ, HERMINIO. Obra citada, vol. II, págs. 210 y 211.

Jefferson Davis. No vaciló en afirmar que éste había creado un Ejército, una Marina y lo que era mucho más importante, una nación. La preservación de la Unión era imposible, sostuvo rotundamente, en el verano de 1863 (1).

El problema, dejados aparte las pasiones y el conflicto de las simpatías, era para los estadistas británicos una cuestión de política naval. El puerto de Liverpool no tardó en ponerlo claramente de manifiesto. En el comienzo de la guerra secesionista, dicho puerto se vió lleno de poco escrupulosos agentes de los Estados Confederados, provistos de dinero en abundancia. Atraídos por la influencia de un magneto económico, centenares de marinos aventureros de todas clases, ingleses y americanos, la mayor parte del viejo tipo pirata, afluyeron a Liverpool. Los muelles y malecones del gran puerto viéronse llenos de rumores de aventuras marítimas. Muy pronto, además, el lado naval de la guerra se desarrolló intensamente en Estados Unidos. En abril de 1861, los Confederados apoderáronse del fuerte Sumter, del arsenal militar de Harper's Ferry, sobre el Potomac, y del arsenal naval de Norfolk. El 15 de abril el Presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, llamó la milicia a prestar servicios militares. El 17, Jefferson Davis replicó con una proclama invitando a que se solicitasen cartas patentes de corso y se tomasen represalias contra el Norte. La contra-respuesta inevitable de Lincoln dos días más tarde, fué la declaración del bloqueo de los Estados secesionistas (2).

En este estado de cosas, Liverpool vino a ser vórtice tormentoso de la política británica. El interés de los comerciantes de algodón, estaba en lograr que el bloqueo de los puertos del Sur fuese inefectivo. El objetivo de las fuerzas bloqueadoras era, al contrario, asegurarle la máxima efectividad. En junio, 1862, hízose patente que Liverpool estaba resuelto a romper el bloqueo, no sólo transportando carga de contrabando para el Sur, sino robusteciendo la flota de guerra de los Confederados. Las protestas del Norte vinieron pronto. Charles Francis Adams, Ministro de los Estados Unidos en Londres, en carta de tono fuerte a Lord Russell, Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, fechada en 23 de junio, después de recordar el caso del cañonero *Oreto*, construído en Liverpool, que se hizo a la mar en marzo de 1862 y pasó a ser el *Florida* en la flota de los Sudistas, le notificó especialmente a Russell que un nuevo y mucho más poderoso buque estaba próximo a

(1) WARD, SIR A. W., y GOOD, G. P. *The Cambridge History of British Foreign Policy*. Vol. III, págs. 55 y 56.

(2) *IBIDEM*.

quedar terminado dentro de nueve o diez días. Tratábase, específicamente, del buque número 290, en construcción en los astilleros de Laird, en Birkenhead. Nadie desconocía que se trataba de un buque de guerra. Completo y armado, sería un formidable y peligroso crucero. Si no se le impedía salir al mar podría causar enormes daños al comercio de la Unión. Los constructores que estaban terminándolo afirmaban que nunca se había lanzado al agua un mejor buque de su clase.

En Liverpool nadie dudaba del destino del 290. El santo y seña entre sus tripulantes, ya alistados desde julio de 1862, era el citado número del buque. En su carta a Russell, Adams no extremó sus exigencias. Limitóse a solicitar del Gobierno británico que actuase para impedir la proyectada expedición del buque, o que dejase bien establecido el hecho de que no estaba destinado a hostilizar al pueblo de los Estados Unidos. El 25 de junio, a los dos días de recibida la carta de Adams, Lord Russell contestó que no había perdido tiempo en dar traslado del asunto al departamento correspondiente del Gobierno. Una demora debida al azar o a algún descuido, y la sorprendente opinión de los Comisionados de Aduana de que por el momento no había suficientes motivos para la detención del 290, fueron toleradas por Lord Russell. Sin respuesta final a su carta anterior, Adams, en 24 de julio, dió a conocer a Russell todas las pruebas de que el buque se construía contra la Unión, e incluyó el dictamen de uno de los más eminentes abogados ingleses, en el que éste declaraba que "difícilmente podría darse un caso más claro de infracción de la Foreign Enlistment Act. Si no se imponía la obligación de hacerla cumplir en el caso denunciado, dicha ley pasaría a ser poco más que una letra muerta". Un mes antes, en junio, Lord Russell se había abstenido de tomar una acción inmediata. En 24 de julio, tuvo todavía una última oportunidad, sin que decidiese nada durante cuatro días. El 28, escribió a Adams que sus documentos habían sido trasladados a los funcionarios legales de la Corona. Prodújose una nueva demora en obtener la opinión de éstos, en la cual ratificaron la del colega inglés consultado por Adams. La demora de estos últimos cuatro días fué desastrosa. En la fecha fatal del 28 de julio, el 290 salió del puerto fuera del río Mersey, aparentemente para probar las máquinas, sin que regresase nunca a Liverpool. La mayor parte de la tripulación, recogióla el 290 en una bahía de la costa de Gales. Navegó después alrededor de la costa septentrional de Irlanda, y arribó a la Isla Terceira, de las Azores, el 20 de agosto. En este lugar uniósele una barca inglesa cargada de cañones y material de guerra. Poco después se le unió también el buque *Bahama*, que conducía a bordo al capitán

Semmes, destinado al mando del *Alabama*, nombre con el cual fué bautizado el 290. El *Babama* conducía más cañones y pertrechos de guerra y el resto de la tripulación. Equipado fuera del límite de las tres millas jurisdiccionales y abanderado bajo la insignia de los Estados Confederados, el *Alabama* dió comienzo a una devastadora caza de buques de guerra y barcos mercantes de la Unión. Prolongóse durante 22 meses hasta que tuvo término al ser hundido el célebre crucero frente a Cherburgo en la costa francesa, el 19 de junio de 1864, por el buque de guerra de la Unión *Kearsage*. Un agudo observador británico declaró más tarde, dada la indemnización que se vió obligada a pagar la Gran Bretaña, que los cuatro días de indecisión de Lord Russell le costaron a Inglaterra a razón de un millón de libras esterlinas por día (1).

Demandadas en firme reparaciones por los daños del *Alabama*, por el Presidente Lincoln, el Ministro americano en Londres, en cumplimiento de instrucciones del Secretario de Estado Seward, planteó el asunto al Ministro de Relaciones Exteriores británico, quien declinó toda responsabilidad por los mismos. A medida que éstos se fueron multiplicando, el Gobierno de la Unión repitió sus protestas inútilmente, de manera que al terminarse la guerra secesionista en 1865, la opinión pública en el Norte hallábase en un estado de violenta irritación contra la Gran Bretaña.

Con muy serias complicaciones de orden interior en los Estados Unidos y numerosos problemas pendientes con naciones extranjeras, Seward procuró llegar a una transacción con el gobierno británico, que se hacía posible por el espíritu favorablemente dispuesto a un arreglo de Lord Clarendon al frente de la Cancillería inglesa. A ese efecto, Seward envió a Londres a un nuevo Ministro, Reverdy Johnson, abogado de mucha reputación. En la fecha en que estalló la insurrección de Cuba, las negociaciones marchaban con buen pie, hacia una solución amistosa. Muy interesado Seward en zanjar el asunto antes de cesar en su cargo en marzo de 1869, dada ya por segura la elección para pocas semanas después en noviembre, del General Grant para la Presidencia de los Estados Unidos. Activadas las negociaciones diplomáticas de una y otra parte, firmóse una "Convención" que transó la controversia, en 14 de enero de 1869. Enviado el documento al Senado, cuya hostilidad a la Gran Bretaña continuaba en toda su fuerza, la ratificación hallábase pendiente, con una fuerte mayoría senatorial en contra en la fecha en que Andrew Johnson cesó en la Presidencia y Seward en la Secretaría de Estado.

(1) *The Cambridge History of British Foreign Policy*. Vol. III, pág. 59.

En las circunstancias descritas, era imposible que el Gobierno de Johnson, sin apoyo popular y a punto de ser condenado y depuesto por el Congreso, en los últimos meses del año 1868, pudiera lanzarse, contraviniendo su propia política, a provocar una guerra con España por prestarle apoyo a los revolucionarios cubanos.

Elegido Grant en noviembre de 1868, por una abrumadora mayoría, Presidente de los Estados Unidos, con un Congreso dispuesto a secundarlo, una nueva Administración de gran fuerza y popularidad sustituyó a la débil e impopular de Johnson. La toma de posesión de Grant no se efectuaría hasta el 4 de marzo de 1869, pero el nuevo Congreso entró en funciones desde diciembre de 1868. Esperanzados con las perspectivas de apoyo del nuevo Gobierno, los representantes de la revolución y los emigrados cubanos actuaron intensamente cerca de algunos congresistas. El resultado favorable no se hizo esperar. En las dos ramas del Congreso presentáronse proposiciones de ley favorables al reconocimiento de la beligerancia y de la independencia a los insurrectos cubanos, iniciadas las tareas legislativas en los primeros días de enero de 1869. El 11, el representante a la Cámara por el Estado de Nueva York, W. E. Robinson, presentó a dicho cuerpo un proyecto de acuerdo o resolución, en que se "proveía a la independencia de Cuba, y su anexión a los Estados Unidos". Poco más de un mes más tarde, en 22 de febrero, Robinson rectificó la petición anexionista, con otro proyecto de acuerdo "en que se ordenaba el reconocimiento de la independencia de Cuba" simplemente. El 26 del mismo mes, otro miembro de la Cámara de Representantes, Shelby M. Cullon, de Illinois, presentó también un proyecto de resolución en que se declaraba que el Congreso y el pueblo de los Estados Unidos no eran "indiferentes a la lucha en que estaba empeñada la isla de Cuba para obtener su independencia... ni a la existencia en su seno de la esclavitud africana". Finalmente, en 27 de febrero, el senador John Sherman, de Ohio, propuso que se adoptase por el alto cuerpo a que pertenecía una resolución "en que se autorizaba al Presidente para reconocer la independencia de Cuba, tan pronto como en concepto suyo existiese en aquella isla un Gobierno *de facto* establecido por los cubanos" (1). Estas iniciativas congresionales estimularon vigorosamente a los viejos emigrados en Nueva York y otros lugares a proseguir sus esfuerzos para levantar fondos y enviar expediciones con armas y municiones a Cuba. Reforzados desde fines de enero con los que afluían de la Isla en gran número, todos abrigaban la esperanza de pronta ayuda americana. Las proposiciones de los congresistas

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. Obra citada, pág. 142.

americanos produjeron intensa y favorable impresión también entre los insurrectos de Oriente, Camagüey y Las Villas, a la vez que causaron sería preocupación y alarma en Madrid, al general Dulce en la Habana y a los peninsulares en toda Cuba.

En importancia al sector de los Estados Unidos, seguía en el exterior el de las ex-colonias españolas de la América, constituidas en repúblicas independientes. Las relaciones de España con las citadas repúblicas distaban mucho de ser satisfactorias en 1868. España se demoró en reconocerlas. En 4 de diciembre de 1836, las Cortes Generales de España autorizaron al Gobierno para que pudiera concluir Tratados de Paz y Amistad con los nuevos Estados de la América Española sobre la base del reconocimiento de la independencia de éstos y renuncia de todo derecho territorial de soberanía por parte de la antigua metrópoli. Este acuerdo de las Cortes se debía al deseo de restablecer sobre bases más seguras las relaciones comerciales de las repúblicas con España ya iniciadas en parte y al de poder legalizar un tratado ya preparado con México. En efecto, el 28 del mismo mes de diciembre en que las Cortes concedieron la autorización mencionada al Gobierno, firmóse el Tratado de Paz y Amistad entre México y España, el primero en su clase ⁽¹⁾. Hasta el 25 de abril de 1844 no se firmó un segundo tratado, esta vez con Chile. Después se procedió con mayor rapidez. En 30 de marzo de 1845 con Venezuela, y en orden sucesivo con Costa Rica y Nicaragua en 1850; con Perú en 1853, sin que pudiese ratificarse y esto de una manera irregular, hasta 1855. El Tratado de Paz y Amistad con Santo Domingo firmóse en ese mismo año de 1855; con Argentina, en 1859; con Bolivia, en 1861; con Guatemala, en 1863; y con Salvador, en 1865. Las fechas indican la lentitud con que España fué reconociendo la independencia de las nuevas naciones americanas ⁽²⁾. Con Perú surgieron complicaciones desagradables después de 1855; no se zanjaron hasta 1859 y dejaron una situación un tanto tirante. España quiso hacer una demostración naval, aparentemente amistosa, en el fondo para "dar a conocer en América la fuerza de que podía disponer", y en agosto de 1862 zarpó de Cádiz una escuadra formada por dos fragatas y dos goletas, la cual después de visitar varios puertos de la América del Sur arribó al Callao el 10 de junio de 1863 ⁽³⁾. Mientras tanto, ha-

(1) BECKER Y GONZALEZ, JERÓNIMO. Obra citada, vol. I, págs. 791 y 792.

(2) IBIDEM. Vol. II, págs. 695-707.

(3) IBIDEM. Pág. 707.

bíanse producido la expedición a México en que tomó parte España, la anexión por ésta de Santo Domingo y el reconocimiento de la beligerancia a los Estados Confederados en acción conjunta España con Inglaterra, Francia y otros poderos europeos. "La América española se alarmó, y el Perú hubo de distinguirse por su espíritu de hostilidad, apresurándose a fortificar sus puertos y a reforzar su escuadra" (1). Después de los llamados sucesos de Talambó en Perú, en los cuales recibieron la muerte algunos trabajadores peninsulares, la escuadra española estacionada en el Callao planteó demandas perentorias al Gobierno peruano. No teniendo respuesta inmediata, retiróse del citado puerto y se apoderó de las Islas Chinchas, pertenecientes al Perú. A continuación de una serie de incidentes y de negociaciones frustradas, España terminó por lanzarse a la guerra con Perú y Chile en 1866. Alarmadas por la amenaza española, las repúblicas de Chile, Perú, Bolivia y Ecuador aliáronse contra España. La hostilidad a ésta se hizo general en toda la América. Desastrosa para España, y perturbadora y dañosa para casi toda la América, la guerra del Perú estaba terminada de hecho, si no firmada la paz todavía, en 1868. España, con su política agresiva, había provocado un sentimiento intenso de hostilidad en todos los países americanos, del cual participaban los Estados Unidos también, por los mismos y por los otros motivos ya dichos.

El sector de las repúblicas americanas era muy importante, por consiguiente, para la revolución cubana. Los emigrados en dichas repúblicas, pocos en número en todas ellas, actuaron de manera muy efectiva. Movieron la opinión a favor de la independencia de Cuba, contribuyeron con algunos recursos y los obtuvieron en mayor cantidad en cada una de las repúblicas en que había un grupo algo numeroso, y cooperaron a la organización de expediciones en las que se alistaron como voluntarios, venezolanos, colombianos, peruanos, chilenos, mexicanos y de otras repúblicas, no pocos de los cuales se distinguieron valientemente en los campos de Cuba Libre y ofrendaron la vida a la causa de la independencia de Cuba. Céspedes, la Junta Revolucionaria de la Habana, Valiente, el representante de Céspedes en los Estados Unidos y la Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico, prestaron mucha atención al importante sector de la América hispana.

En lo que al europeo corresponde, exceptuada España, Francia, a virtud de la numerosa y bien acomodada colonia cubana existente en París, e Inglaterra, por razón de las extensas relaciones comerciales con Cuba y de la suma importante de capital inglés invertido en ferrocarril-

(1) BECKER Y GONZÁLEZ, JERÓNIMO. Obra citada, vol. II, pág. 707.

les y otras empresas en la Isla, así como del valor estratégico que el Almirantazgo británico le reconocía, y de ser aguda aún la rivalidad entre Estados Unidos y Gran Bretaña, eran los dos países de Europa más importantes para la revolución. En uno y otro, Céspedes y los representantes de su gobierno provisional trataron de designar agentes hábiles y de prestigio, encargados de mover la opinión, ganarle simpatías y apoyo a la causa de la independencia cubana y de obtener recursos materiales en la mayor cantidad posible. En el resto de Europa existían muy pocas posibilidades de realizar gestiones efectivas a favor de Cuba Libre y republicana.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO XI

IMPLACABLE POLÍTICA DE GUERRA DEL GRAL. LERSUNDI LOS VOLUNTARIOS

La Revolución de septiembre (1868) en España, que llevó al poder a Francisco Serrano, Duque de la Torre, Regente del Reino, y al General Juan Prim, Primer Ministro Jefe del Gobierno y Ministro de la Guerra. Iniciada el 18 de septiembre con el pronunciamiento en Cádiz del Almirante Juan Bautista Topete, no logró constituir un gobierno provisional hasta el 7 de octubre, a pesar de la derrota del general isabelino Marqués de Novaliches en Alcolea, el 28 de septiembre, y de la sublevación de Madrid el 29. El 4 de octubre, declarada junta central la junta revolucionaria de Madrid, nombró el duque de la Torre general en jefe del ejército español y le confirió el encargo de formar un gobierno provisional que rigiera el Estado hasta la reunión de las Cortes Constituyentes (1). La posición del nuevo gobierno, con "Serrano como figura principal y Prim como inspirador", no fué sólida desde el primer momento, sin que quedase encauzado hasta el 10 de octubre, con la formación del Gabinete y la aceptación del mismo por el país. Topete ocupó el cargo de Ministro de Marina, Manuel Becerra el de Estado, Práxedes Mateo Sagasta el de Gobernación y Adelardo López de Ayala el de Ultramar, completándose el Ministerio con otras personalidades revolucionarias.

Con el general Lersundi, monárquico conservador, fiel y decidido partidario de la destronada Reina Isabel II al frente de la Capitanía General de Cuba, la preocupación del nuevo gobierno metropolitano fué muy grande, no sin justificación, porque el general Lersundi, al presidir en el palacio de la Capitanía General en la Habana el acto del besamanos de ritual a la reina el 10 de octubre, y en otros actos oficiales, actuó respecto de la fugitiva Isabel II como si ésta ocupase todavía el trono de España.

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 233-34.

Desde el mismo día 10, fecha de la constitución formal del Gobierno de Sarrano y Prim, tanto éste como López de Ayala se cruzaron frecuentes telegramas con Lersundi. Aquéllos daban cuenta al Capitán General del favorable estado de la opinión en la Metrópoli; éste, de la insurrección iniciada en el Departamento Oriental, restándole importancia (1).

El destronamiento de Isabel II y la constitución del gobierno provisional, pusieron en movimiento inmediatamente, en España y en la Habana, a los españoles inclinados a introducir reformas de carácter liberal en el régimen colonial existente en Cuba, con una participación activa de los elementos locales en la Administración de la Isla. Al propio tiempo, alarmaron a los conservadores recalcitrantes, partidarios del sistema imperante en la colonia, a la sombra del que disfrutaban de los privilegios de dicho régimen y de la influencia en el Palacio de los Capitanes Generales y en la Corte, gracias a los cuales se enriquecían y se hacían todopoderosos en Cuba. Por su parte, los cubanos reformistas, así los residentes en Madrid como en Cuba, esperanzados con el advenimiento al poder en la Metrópoli de un gobierno liberal, actuaron con rapidez para recabar de los nuevos gobernantes reformas fundamentales del mismo carácter, en la Administración de Cuba. En Madrid, Nicolás Azcárate y Calixto Bernal, exdelegados reformistas a la Junta de Información, "aprovecharon los primeros momentos de expansiones liberales para hacer circular un escrito el 2 de octubre, en el que pedían a la Junta Revolucionaria madrileña, diputados cubanos para las próximas Cortes Constituyentes; disposiciones para terminar la esclavitud; libertad de imprenta y de reunión, y el reconocimiento a los habitantes de Ultramar de los mismos derechos políticos de que gozaban los demás españoles". Indicaron también la conveniencia de establecer en Cuba y Puerto Rico, mientras las Cortes resolvieran en definitiva, una junta provisional de gobierno, a cuyo cargo estuviese el de las respectivas islas, de manera que al gobernador superior civil sólo compitiese presidirlas, ejecutando sus acuerdos, y asumiendo el mando únicamente en caso de desorden público (2).

La reacción de los elementos conservadores con intereses, negocios y posiciones en Cuba, ante las gestiones de Azcárate, Bernal y sus amigos, fué inmediata. El 16 de octubre, después de haber celebrado diversas reuniones, constituyeron en Madrid la llamada "Junta Cubana", y comenzaron, reuniéndose en sesiones diarias, a actuar intensamente

(1) ZARAGOZA, JUSTO. *Obra citada*, vol. II, pág. 243.

(2) SEDANO, CARLOS D. *Cuba. Estudios Políticos*. Madrid, 1872, págs. 346 y 347.

cerca del gobierno provisional para que procediese con toda calma y extremada previsión a proyectar reformas destinadas a ser implantadas en Cuba. Al propio tiempo, dedicáronse a agitar la opinión pública, en la Metrópoli y en la Isla, con la reiterada afirmación de que la integridad nacional se hallaba en peligro y que implantar reformas radicales en Cuba significaría la pérdida de la Isla para España. De esta manera, en la Corte se hallaron y quedaron frente a frente, liberales y conservadores, tratando de ganarse el apoyo de los nuevos gobernantes (1).

En la Habana prodújose un movimiento similar de liberales y conservadores españoles, y de cubanos del antiguo reformismo. Los peninsulares convencidos de que era necesario satisfacer en alguna medida las aspiraciones de los cubanos deseosos de reformas liberales en el régimen colonial, como un medio de prevenir la extensión del movimiento insurreccional iniciado en La Demajagua, uniéronse a las más destacadas personalidades del reformismo esperanzadas todavía en obtener un entendimiento con España que evitase una sangrienta guerra en Cuba, y acordaron dirigirse al General Lersundi para solicitar de éste que ofreciese algunas seguridades y adoptase provisionalmente algunas medidas en tal sentido. Los resultados de la gestión fueron contraproducentes. El Capitán General se irritó en extremo y amenazó a los visitantes, en particular a José Manuel Mestre, al general Modet y a Morales Lemus, con proceder enérgicamente contra ellos, a quienes comparó con los que en La Demajagua se habían lanzado a la insurrección contra la madre patria (2). Desautorizada y condenada por Lersundi toda gestión liberal, paralizóse por completo, a la vez que en torno del Capitán General agrupáronse todos los elementos conservadores y reaccionarios en apoyo de la política de éste. En consecuencia, la gran mayoría de los reformistas cubanos, con Morales Lemus, José Manuel Mestre, José Antonio Echevarría, Antonio Fernández Bramosio y otras personalidades más a la cabeza, perdieron toda esperanza de obtener mejoras de la Metrópoli y adoptaron la decisión de prestar todo su apoyo al movimiento insurreccional iniciado por Carlos Manuel de Céspedes. A la división en la Metrópoli de los cubanos reformistas frente a los peninsulares

(1) Los promovedores de la Junta Cubana de Madrid, anunciaron la constitución y los objetivos de la misma en términos bien explícitos: "En atención, decían, a las circunstancias especiales por las que está hoy pasando la nación en virtud de las cuales cada provincia de las que constituyen la España ha sido llamada a ejercer su derecho natural, y en vista de las medidas importantes de que públicamente y notoriamente se habla con referencia a nuestras Antillas, y no hallándose aquí representadas actualmente, nosotros, los infrascriptos, propietarios e interesados de Cuba, en virtud de nuestro derecho, nos constituimos en Junta con el fin de atender a la defensa de nuestros intereses." SEDANO, CARLOS D. Obra citada, pág. 347.

(2) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, págs. 654-657.

conservadores, con propiedades y otros intereses en Cuba, se agregó en la Isla otra más extrema, al fin y al cabo, quedando de hecho todos los peninsulares de un lado, y los cubanos ex-reformistas desengañados totalmente, unidos a los separatistas, del otro. El deslinde de los campos fué completo, si bien entre los peninsulares continuaron existiendo dos tendencias, la de los "jacobinos" o conservadores más intransigentes, y la de los "girondinos", más moderados e inclinados a la implantación de reformas que conciliasen la opinión liberal cubana (1).

Dos días después de la histórica entrevista del 24 en Palacio, Lersundi, impresionado por lo que escuchó de labios de los visitantes, con la noticia de la toma de Bayamo por Céspedes, comprendió que el alzamiento, pequeño en su inicio, había ganado en extensión. En encuentros de poca importancia, las tropas españolas habían batido a los insurrectos, pero ésto significaba poco ante la conmoción producida en el país por los acontecimientos de la Metrópoli, la agitación moral en toda la Isla y el peligro de estar siendo los africanos objeto de sugestiones perversas. Al hecho de que el ejército en Cuba era cortísimo para tiempos normales, agregábase que faltaban 3,500 reemplazos. Era de urgencia que su sucesor —él había pedido su relevo tan pronto quedó constituido el gobierno provisional— trajese los tales reemplazos y otros soldados más. Si el gobierno pensaba hacer las novedades que se anunciaban, necesitaba como primer elemento, el orden. Este no se conservaría en la Isla con sólo la fuerza moral del gobierno, a distancia de 2,000 leguas. El Tesoro estaba exhausto. El impuesto directo, violentamente rechazado por todos, motivo de un fuerte descontento general, hábilmente explotado por los rebeldes alzados en armas y los habitantes, en su propaganda contra la integridad nacional (2).

Con tales despachos a la vista, Prim comprendió que se imponía hacer algo, a la mayor brevedad, para tranquilizar los ánimos en Cuba, y ya más segura la situación del gobierno provisional, en cablegrama del 28 anunció a Lersundi el envío por el vapor correo del 30, de dos documentos, un manifiesto del Gobierno y una circular del Ministro de Ultramar, en los que se consignaban "declaraciones en extremo satisfactorias para los habitantes de Cuba, que, en un todo, serían atendidos como los demás españoles". A Lersundi se le ordenaba dar publicidad a la noticia y anunciar que se otorgarían diversas gracias para el Ejército.

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida del Dr. José Manuel Mestre*, pág. 221. Post-data de 4 de junio de una carta de José Morales Lemus a Nicolás Azcárate, fechada en Filadelfia el 15 de mayo de 1869.

(2) PIRALA, ANTONIO. Obra citada, pág. 282.

Decidido a no continuar al frente de la Capitanía General en Cuba y opuesto a toda clase de reformas liberales en el régimen colonial, en cablegrama del 30 de octubre dirigido al Presidente del Consejo de Ministros, Lersundi manifestó a Serrano, que él, Lersundi, había continuado al frente de su puesto en Cuba sólo por conservar la integridad del territorio español y el orden en la Isla, en momentos de general confusión. La interpretación y ejecución de las medidas que se anunciaban, por su índole y su profundidad, correspondían a su sucesor. El respondía de la Isla únicamente si el gobierno no procedía con precipitación o bajo la impresión de peligros exagerados. En otro caso, debía venir sin demora otro general que viese las cosas de distinta manera y tuviese fe en la bondad de medidas que él creía desastrosas para España. Si después de lo que manifestaba, de acuerdo con la Junta de Autoridades, el Gobierno disponía que diese publicidad al cablegrama del 28 del Ministro de la Guerra, esperaba la ratificación de la orden. La respuesta del Presidente del Consejo le fué satisfactoria. Limitóse a manifestarle que el Gobierno dejaba al criterio de la primera autoridad de la Isla, el publicar o no el telegrama, y que se tendría en cuenta lo expuesto por el Capitán General. Complacido con la decisión gubernamental, Lersundi publicó el cablegrama del 28 con una importante modificación. Sustituyó la frase referente a que los habitantes de Cuba serían atendidos "en un todo como los demás españoles", por la de que el manifiesto contenía declaraciones "satisfactorias para los habitantes de Cuba, que serían justa y debidamente atendidos" (1). Lersundi se sintió entonces tranquilo. Mientras él no fuese sustituido, no se implantarían reformas en Cuba. El Gobierno Provisional, por su parte, comprendió que no tenía más salida que activar la sustitución del capitán general de Cuba.

Hombre de guerra como era Lersundi, con una larga historia de jefe valeroso y enérgico en las guerras civiles españolas, siempre del lado de los elementos políticos conservadores, tan pronto comenzó a darse cuenta de la gravedad del alzamiento en el Departamento Oriental y del estado de excitación prevaleciente en toda la Isla, actuó vigorosamente sin pérdida de momento. Según ha quedado expuesto, despachó todas las tropas de que pudo disponer con la mayor urgencia contra Oriente; vigiló estrechamente a Puerto Príncipe, y adoptó toda clase de precauciones en Las Villas y en el Departamento Occidental. En la Habana había barruntos de revolución. Los *laborantes*, como llamaban

(1) PIRALA, ANTONIO. *Anales*, vol. I, págs 284-85; GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual*, págs. 657-660.

los peninsulares en sentido despectivo a los cubanos separatistas, comenzaron a mantener una intensa y constante "guerra de nervios" contra las autoridades españolas, a la que éstas concedían extrema importancia, puestos a prueba sus medios de investigación y de represión. A la acción militar, Lersundi unió la preventiva y represiva; aquélla, contra los insurrectos; ésta, con medidas de extrema severidad, contra los simpatizadores y auxiliares de los rebeldes en ciudades y pueblos. Unas y otras medidas, imprimieron desde el principio a la guerra el carácter de implacable represión que tomó desde los primeros momentos por parte de la Metrópoli.

Sin excepción alguna, los insurrectos y sus simpatizadores y auxiliares fueron calificados por el Capitán General, en bandos y otras disposiciones, de traidores, criminales de la peor especie, desalmados e incendiarios, contra quienes debía procederse inflexiblemente con mano de hierro. A ese efecto, en 20 de octubre, tan pronto tuvo noticias del ataque y toma de Bayamo por Céspedes, dictó un bando en el que fijó los métodos a emplear para combatir y aplastar la insurrección. Turbado el orden público en algunas localidades del Departamento Oriental, decía el Capitán General, por hombres que pretendían trastornar e insurreccionar el país y violentar la manera social de existir de los honrados habitantes de Cuba, era conducente una acción firme, eficaz y pronta de la autoridad pública, para que el castigo fuese tan ejemplar y ejecutivo como lo exigían las circunstancias. Las Comisiones Militares establecidas por decreto del propio Lersundi en enero (1868), debían conocer a partir del día 20 de octubre, fecha del bando, con exclusión de toda otra jurisdicción y fuero, los delitos de traición, rebelión y sedición. En consecuencia, quedaban sujetos a juicio y fallo de dichas Comisiones militares todos cuantos se alzasen públicamente para destruir "la integridad nacional". A igual enjuiciamiento militar quedarían sometidos los que, bajo cualquier pretexto, se rebelasen contra el gobierno o las autoridades constituídas, o trastornasen de cualquier modo el orden público; los que redactasen, imprimiesen o circularasen escritos subversivos; los que interrumpiesen las comunicaciones telegráficas; los que destruyesen o interceptasen la correspondencia pública; los que destruyesen las vías férreas o pusiesen obstáculos en los demás caminos públicos para proteger a los revoltosos; los conspiradores y auxiliares; en fin, los autores de todos los delitos mencionados y sus cómplices y encubridores. En la tramitación de las causas, debían observarse los términos breves y perentorios marcados en las ordenanzas del ejército, con aplicación de las penas de conformidad con las leyes comunes

del Reino vigentes en Cuba. El bando lersundista no derogaba ni modificaba, los bandos y disposiciones que hubiesen dictado o dictasen, en uso de sus facultades propias o delegadas de la autoridad superior del Capitán General, los gobernadores militares de los distritos en que la rebelión se hubiese manifestado o se manifestase, o los jefes de las fuerzas en operaciones.

No se limitó a estas medidas represivas el Capitán General. Escaso de fuerzas regulares, de las cuales sólo había disponibles 7,000 hombres de los 22,000 para que se consignaban fondos en el presupuesto de la Isla, a causa del mal manejo y el desorden de la administración colonial, solicitó urgentemente refuerzos de la Península para hacer frente a la situación. Asimismo, procedió premiosamente a dictar medidas encaminadas a poner en acción la población peninsular de Cuba —más de 80,000 personas, hombres célibes, adultos y con alguna experiencia militar la gran mayoría— contra los insurrectos. A ese fin estimuló el aumento del cupo de los cuerpos de voluntarios ya existentes, y promovió la creación de otros nuevos en todas las poblaciones de la Isla donde existían núcleos algo numerosos de población peninsular. Para hacer más efectivas estas medidas, estimuló y excitó a las corporaciones municipales, al comercio y a los particulares adinerados, a que contribuyesen con fondos e iniciasen suscripciones, para organizar escuadrones y batallones de voluntarios movilizados, destinados a combatir inmediatamente a los insurrectos. El aumento de los voluntarios, no tardó en producirse, permitiéndole a Lersundi la movilización de estas fuerzas irregulares, el desprenderse de todas las del ejército regular existentes en la Habana, para despacharlas con urgencia por diversas vías a Oriente y Camagüey. Por el norte, a Nuevitas, Manatí, Guantánamo y Santiago; por la costa meridional, vía Surgidero de Batabanó, a Santa Cruz del Sur, Manzanillo y Santiago (1).

(1) "Lersundi disponía de pocas tropas y creó hasta 35,000 voluntarios; Lersundi carecía de recursos y supo levantar el espíritu patriótico para que abriese suscripciones, organizando con los productos de éstas, batallones de movilizados para combatir la insurrección: Lersundi, atendiendo antes a los intereses españoles y a la flaqueza del Tesoro cubano que al mismo gobierno de la Metrópoli, mostró energía bastante, y muy oportuna ante los hombres de la revolución de septiembre negándose a librar letras por valor de cincuenta y cinco millones de reales que en los primeros momentos se le pidieron. Lersundi, por fin, contuvo en el orden político a los laborantes, que con la soberanía del triunfo tuvieron a los peninsulares habitantes de la Isla medrosos y acobardados, hasta que aquel general, con la organización de los voluntarios, con sus excitaciones y por otros medios, logró preparar el camino al verdadero partido español que entonces no se conocía."

"Al conocerse en la Habana la verdadera importancia de la rebelión, las personas más visibles del elemento peninsular, se concertaron y abrieron suscripciones para movilizar 2,000 voluntarios." ZARAGOZA, JUSTO, obra citada, vol. II, págs. 249-51 y 736.

Puestos fuera de la ley los insurrectos y calificados por Lersundi de criminales de la peor especie, substraídos al juicio de los tribunales ordinarios y sometidos al de las comisiones militares y los consejos de guerra, los jefes españoles de las tropas en campaña, procedieron a aplicar medidas de castigo y de represalia de la manera más extrema. Contáronse entre éstas, las de destruir por medio del fuego las propiedades de los insurrectos, dar muerte a las reses vacunas de los campos que las columnas españolas no podían conducir a las poblaciones guarnicionadas, y desjarretar cuanta res caballar podían apresar las tropas. Convenidos del decidido apoyo de la población campesina a la insurrección, los jefes españoles proponíanse privar a ésta de toda clase de recursos.

En su marcha de Puerto Príncipe a Nuevitás en el mes de noviembre, Valmaseda puso en práctica estos mismos procedimientos de destrucción e incendio. El jefe superior de las fuerzas insurrectas camagüeyanas en aquella fecha, Augusto Arango, acusó directamente al Conde en comunicación oficial fechada en Sibanicú a 4 de diciembre, de haber destruído las máquinas de los ingenios La Fé, El Destino, La Unión y Santa Isabel, después de haber pernoctado en los mismos.

Las peores consecuencias de las disposiciones de Lersundi y de la política de guerra de Valmaseda, fueron el ahondar las divisiones ya existentes entre españoles y cubanos, y crear condiciones que habían de imprimirle a la guerra un carácter de odio terrible, verdadera lucha a muerte de ambas partes contendientes.

Cualesquiera que fuesen su posición social y económica, los peninsulares tenían el firme y arraigado concepto, determinante del carácter y del tono de sus relaciones con los hijos del país, de que Cuba era una posesión española por ley divina y humana. La Isla no era una provincia como las demás. Era una lejana colonia conquistada y poblada por España. El peninsular sentíase en todo momento, el representante de la Metrópoli dominadora frente al cubano, súbdito de distinta e inferior categoría.

En el inmigrante peninsular pobre, analfabeto en altísima proporción, labriego procedente de cortijos, aldeas y pequeños pueblos, o artesanos de los centros urbanos de alguna importancia y obreros sin especialización alguna, habituados a un ambiente geográfico y social, y a trabajos y costumbres distintos de los de Cuba, el impulso que lo hacía sentirse en una situación diferente, básicamente antagónica con el cubano, era, acaso, esencialmente instintivo. En el inmigrante que poseía alguna instrucción, y los gobernantes, funcionarios y empleados de todas clases y categorías, el citado impulso básico era esencialmente el

mismo, pero agregábanse también fundamentos racionales de orden histórico y político. España había descubierto, conquistado, colonizado y gobernado a Cuba durante más de trescientos cincuenta años. La había defendido de ataques extranjeros durante más de dos siglos. En la Península y en Cuba, los gobernantes y los escritores y periodistas españoles habían sostenido y podían seguir sosteniendo, con abundancia de citas y de argumentos, que la riqueza y los adelantos de que gozaba la Isla eran obra de España, testimonios de las excelencias de su régimen colonial. Todos los escritos de Saco, las campañas del periódico *El Siglo*, las exposiciones de los delegados reformistas a la Junta de Información y otros alegatos tendenciosos del mismo género, estaban inspirados por el odio a la madre patria y carecían de valor, refutados siempre de la manera más enérgica y convincente por los buenos españoles.

Además de las cuestiones temperamentales, de tradición y de sentimiento, determinantes de la posición de los peninsulares respecto de los cubanos y viceversa, mediaban otras más de división y en último término de antagonismo. Entre ellas, en primera línea, la diferencia de ocupaciones económicas. Los peninsulares que emigraban a Cuba residían preferentemente en los centros urbanos dedicados al comercio de importación y exportación como patronos y dependientes; al comercio interno de la Isla "al por mayor y al por menor", y a ciertas actividades industriales y de artesanía tradicionales en España. Dominaban en el ramo de construcción; en el transporte de cabotaje, la pesca, y una variedad de oficios de los que los cubanos no tenían experiencia ni manera de adquirirla, porque el comerciante, el maestro de obras, el albañil y los maestros y operarios especializados de una variedad de industrias manuales, raramente admitían aprendices cubanos, la mayoría de los cuales por otra parte, tampoco mostraban inclinación a los mismos.

En marcado contraste, el cubano dedicábase en 1868 a la agricultura y a las pocas industrias peculiares de Cuba, como hacendados o fabricantes de azúcar, ganaderos, cultivadores y tabaco y café, o como hábiles en las operaciones de escogido, enterciado y demás manipulaciones del tabaco, inclusive el torcido de puros, los que vivían del trabajo de sus manos. Dominaban también en las llamadas profesiones liberales —abogacía, medicina y profesorado especialmente—, los hijos de las familias de algún acomodo, o los que siendo de familias pobres, salían adelante a virtud de su inteligencia y su perseverancia. Los grandes productores y criadores cubanos y los letrados, médicos, profesores, escritores y poetas de la clase media, formaban en su conjunto un sector semi-aristocrático. Los productores, por el hecho de ser terratenientes

con propiedad de rústica más o menos extensas y valiosas, lo que hacía de ellos una clase señorial o semi-señorial, con arreglo a las tradiciones españolas. Los escritores y profesionales por poseer el más alto nivel de instrucción y por la alta influencia de los hombres de ley en particular, en España desde los tiempos de los Reyes Católicos.

El comercio, actividad económica primordial del peninsular, no era ocupación de "caballeros" ni de "nobles" en España; de manera que aunque resultaba ser la más segura y pródiga fuente de enriquecimiento para el peninsular, lo mantenía en un plano distinto e inferior socialmente al de la clase de los hacendados y terratenientes. Influyó en esto también, el hecho de que el alto comercio peninsular, al amparo de la protección oficial y de su influencia en el palacio de los capitanes generales y en Madrid, desde los tiempos de Tacón, mantenía necesariamente relaciones económicas con los terratenientes productores cubanos, pero distanciados de éstos no sólo por la diferencia de hábitos y costumbres, sino porque los comerciantes acaudalados utilizaron su condición de peninsulares y su influencia para gestionar y obtener medidas de privilegio para el comercio y la marina españoles, en estrecho consorcio con los exportadores a Cuba de la península y con las compañías navieras. Disfrutaban de la protección del arancel de doble columna para el comercio, a la par que la Marina gozaba del derecho de diferencial de bandera. Con uno y otro privilegio, que eliminaban la competencia mercantil y marítima extranjeras, encarecían las importaciones cubanas, mientras que a virtud de la función comercial de exportar e importar cuanto en Cuba se necesitaba de afuera y se producía para el interior, obtenían lucros exorbitantes a costa del productor cubano, sumados a la muy alta tasa del financiamiento de las zafras y las cosechas en la Isla. La oposición de intereses entre el comerciante español y el productor cubano era manifiesta con todas las ventajas del sistema colonial a favor del comercio y las desventajas en contra de los productores y consumidores de Cuba.

Los peninsulares alegaban que los hijos del país, a la sombra y bajo el resguardo de la bandera española habían acumulado riquezas considerables. Probábalos el hecho de ser propietarios de extensas fincas rústicas en todo el territorio y de residencias señoriales lujosamente amuebladas y decoradas en la Habana y las principales ciudades cubanas. A esa riqueza debían su alta posición en la sociedad y el haber constituido una semi-aristocracia, agraciados no pocos con títulos nobiliarios otorgados por los reyes españoles. El refinamiento de que hacían gala los hijos del país enriquecidos, lo debían a su educación en los colegios

autorizados por el gobierno colonial, en la real y pontificia Universidad de la Habana y en las de España, así como a su estancia en Madrid, Barcelona, y otras ciudades españolas y a sus viajes, gracias a su riqueza, por Francia, Inglaterra, Italia, otros países de Europa y los Estados Unidos, derrochando dinero a manos llenas. Estos hijos del país privilegiados, tal era la tesis española, debían ser todos ellos los más llamados a agradecerle a la Metrópoli el mantener en Cuba un régimen al amparo del cual se enriquecían y adquirían preeminencia social. Debían, respeto, lealtad y amor a la madre España.

Pero dábase el caso, a la inversa, que la alta clase cubana y la clase media de alguna instrucción eran, salvo pocas excepciones, desafectas a la madre patria. Los miembros de ambas sentíanse mal dispuestos hacia los peninsulares y abominaban del régimen colonial. Manifestó base su mala disposición contra el gobernante, el funcionario, el empleado y todo peninsular que ejercía una función pública, a virtud de ser éstos agentes de la Metrópoli. Sentían esa mala disposición también contra el comercio peninsular, porque entendían falsamente que los explotaban, usando de su influencia en Madrid, en la capitania general y demás centros gubernativos para obtener ventajas y sacar provechos a expensas del productor y del consumidor cubanos.

No todo se reducía a distanciamiento, antagonismo y mala disposición, sin embargo. Era una realidad que a lo largo del siglo XIX, un cierto número de peninsulares del alto comercio se había ido interesando en varios ramos de la producción agrícola cubana, principalmente de las industrias azucareras y tabacaleras, en esta última más como almacenistas, fabricantes de puros y cigarrillos y exportadores, que como cosecheros. Estos comerciantes enriquecidos habían llegado a ser terratenientes en creciente proporción a partir de la década de 1840 y a poseer intereses similares a los de los hacendados y demás productores cubanos. En tal sentido, sus relaciones con éstos eran generalmente amistosas y estrechas, dado que sus negocios y la similaridad de sus actividades económicas los llevaban a preciar y a admitir la conveniencia de reformas en el régimen colonial favorables a la producción.

Había, asimismo, un número de peninsulares sin prejuicios, instruidos, de ideas, principios y sentimientos liberales. Estos vinculábanse fácilmente con las familias cubanas, reconocían los errores y las injusticias del régimen colonial, semejantes a los que se producían en la gobernación de la península, se dolían de ello y justificaban muchas de las quejas cubanas. A fuer de hombres de sano patriotismo, interesados en el bienestar, el prestigio y el honor de España, estos peninsulares li-

berales lamentaban la división en bandos hostiles o semi-hostiles de cubanos y españoles, procuraban evitarla, y se solidarizaban con las más justas demandas de los hijos del país. Procedían en esto como los comerciantes arriba mencionados, si bien por motivos y razones de un orden más noble y desinteresado. El grupo de los comerciantes, productores y terratenientes en el campo español, formaba, unido al de los peninsulares liberales, lo que llamaba Morales Lemus, el sector de "los girondinos", denominado también por Carlos de Sedano el de los "peninsulares ilustrados".

A poco de estallar la insurrección de La Demajagua, dado el carácter destructivo que tomó pronto la guerra, y la excitación de las pasiones provocada por la misma, considerándose los peninsulares amenazados en sus intereses y en la posición privilegiada de que disfrutaban en Cuba colonial, la inmensa mayoría de los que poseían propiedades y tenían negocios en Cuba, se apresuró a ocupar posiciones en las filas de voluntarios como jefes y oficiales, con sus empleados, dependientes, y demás trabajadores, como clases y soldados de filas. Procedieron, asimismo, a levantar fondos para movilizar algunos batallones destinados a entrar urgentemente en campaña y para fortificar pueblos y puestos militares y proveer de medicinas y otros efectos a las tropas, supliendo de esa manera la falta de recursos del tesoro público. En esa forma, la gran masa de la población peninsular residente en la Isla, convocada y estimulada por Lersundi, tomó parte activa en la guerra desde el comienzo de ésta. Fuertemente reforzados los cuerpos de voluntarios ya existentes, por la prédica del peligro de la "integridad nacional", se promovió y excitó el odio de los nuevos reclutas hacia los cubanos por los medios más reprobables, no sólo a los que hallábanse en la guerra con las armas en la mano, sino a los que consideraba simpatizadores o auxiliares de la revolución, hecho que agravó el conflicto bélico y le imprimió el carácter de una enconada guerra civil.

El insurrecto cubano se enfrentó no solamente con las fuerzas regulares españolas, sino con la casi totalidad de la gente peninsular radicada en la Isla. Las tropas regulares españolas ya dichas, batíanse con los insurrectos en los campos de territorios sublevados, más o menos con arreglo a las prácticas comunes de la guerra. Los voluntarios estaban en posición de llevar ésta, como en efecto la llevaron, a los hogares, en toda la extensión de Cuba, muy particularmente en las ciudades y los pueblos. Las familias cubanas inermes, sin medios de protección ni de defensa, ni manera de ponerse a salvo a menos de poder escapar de Cuba, no podían dejar de ser víctimas de miles de implacables enemi-

gos, integrantes de los cuerpos de voluntarios, sin disciplina ni responsabilidad, con múltiples motivos de resentimiento y encono contra los hijos del país. La defensa de la "integridad nacional" fué el principio justificativo invocado para la persecución, el acoso y la implacable saña y guerra a muerte, contra la población pacífica, calificada por el hecho de ser cubana, de desleal, traidora y merecedora de exterminio.

De primera intención, como ha quedado expuesto, el comercio peninsular que nutrió la casi totalidad de los cuerpos de voluntarios, movilizó algunos batallones de éstos para sostenerlos durante los tres meses que estimaban duraría la campaña hasta aplastar la insurrección. Pero lo más grave para los cubanos fué que a virtud de utilizar Lersundi todas las tropas regulares disponibles contra los sublevados en Oriente y Camagüey, confió a los voluntarios la misión de guarnicionar todos los centros urbanos, desde la Habana hasta el más pequeño poblado donde ondeaba la bandera española. En consecuencia, toda la población cubana residente en ciudades y pueblos, vino a encontrarse a merced de sus convecinos españoles armados y en pie de guerra. Dado que éstos constituían el casi único medio de defensa de las poblaciones y el sostén de las autoridades civiles de la colonia, los voluntarios no tardaron en convertirse en árbitros irresponsables y ensoberbecidos de la situación, señores de vidas y haciendas, por el hecho de no estar sujetos a la disciplina ni a las reglas de las fuerzas regulares.

En el período de mando de Lersundi —10 de octubre de 1868 a 4 de enero de 1869— el enorme poder de los voluntarios no se hizo sentir todavía en la forma ominosa en que se manifestaría más tarde. Hallábanse en período de reclutamiento, organización y preparación militar. Además, Lersundi que los había convocado y enardecido, les había puesto las armas en la mano y les había asignado y confiado una participación importantísima en la guerra; en reciprocidad, inspiraba a los voluntarios una absoluta confianza también. Finalmente, los voluntarios no habían tenido oportunidad de apreciar todavía el extraordinario poder de que resultaban investidos, ni la situación en que se hallaban de poder usarlo a discreción impunemente.

Las peores consecuencias de las disposiciones de Lersundi fueron, en efecto, el promover y excitar el odio de los voluntarios a los cubanos en armas y a todos los que consideraban auxiliares directos o indirectos y aún meros simpatizadores, de los mismos. Reclutados entre los dependientes del comercio en su inmensa mayoría, sometidos a una vida muy dura en la época y de muy escasa instrucción, los voluntarios tenían motivos particulares de resentimiento contra los parroquianos co-

rrientes de los comercios quienes solían hacer blanco de sus burlas al "dependiente", al "carretonero" y los demás empleados de bodegas, tiendas y almacenes. En general, eran marcadamente hostiles a la clase cubana culta de "hijos del país" y a cuantos cubanos ocupaban posiciones elevadas por su riqueza u otras circunstancias. Imputábanle a todos éstos el sentir desprecio hacia los peninsulares, en particular los dependientes de los establecimientos comerciales, quienes eran gente ruda, maltratada y rencorosa, materia inflamable para ser utilizada contra los enemigos de la "integridad nacional". Vestido de uniforme y empuñando su fusil, el voluntario, ensoberbecido y rencoroso, sentíase dispuesto al desquite y la represalia, fácil instrumento de sus jefes, que los excitaban y los usaban para sus propios fines.

El soldado de línea español, sujeto a la disciplina militar, sin los motivos de resentimiento personal del voluntario, mandado por jefes y oficiales con un concepto, por bajo que fuese en algunos, de la responsabilidad, el honor y el decoro militares, podían ser y eran duros y crueles por sistema, no por odio, en términos generales. Guerrear era su oficio, y el ejército profesional español tenía tradiciones y principios que respetar y defender. El insurrecto cubano, por su parte, desde que empuñó las armas, distinguió entre la tropa de línea, el voluntario y el "guerrillero". Sintió respeto y frecuentemente admiración por la primera, disposición de ánimo que en ningún caso mostró por los otros dos tipos de enemigos mencionados. No porque los temiese más, sino porque sentía hacia ellos odio y desprecio. La guerra, atroz, cruel y terrible siempre, no es forzosamente incubadora de odios bárbaros, vergüenza de la naturaleza humana. Son las bajas pasiones, los intereses y otras circunstancias, en parte extrañas a la guerra en sí, las que conducen a la realización de los más salvajes horrores de la misma. Para Cuba y España, fué un error costosísimo que Lersundi diera a los cuerpos de voluntarios el formidable poder irresponsable que llegaron a tener en la Habana y otros lugares. Lo fué, asimismo, que Valmaseda se apoyara en ellos y los halagara para tratar de satisfacer su ambición de ocupar el mando supremo de la Isla.

Los procedimientos de Lersundi y de Valmaseda no alteraron la política respetuosa del derecho de gentes de Céspedes. En 12 de noviembre, 1868, el jefe cubano dictó en Bayamo un decreto en el que incluyó una serie de medidas destinadas a impedir represalias y a evitar que las fuerzas cubanas se dejasen arrastrar a procedimientos en pugna con los principios y los ideales de una noble y heroica lucha por la independencia. Todo soldado o jefe de las fuerzas insurrectas, dispuso

Céspedes, que faltando a su sagrada misión incendiase, robase o estafase a los ciudadanos pacíficos, o que se introdujese en las fincas, ya fuese para sublevar o para extraer las dotaciones de esclavos, sería sometido a consejo de guerra y castigado severamente. A los cubanos o peninsulares establecidos en el territorio insurrecto, que forzados o voluntariamente estuviesen sirviendo al enemigo, se les concedía una amplia amnistía si se presentaban a las autoridades de Cuba Libre. Todo soldado del ejército español que se presentase voluntariamente a los comandantes y jefes de las fuerzas cubanas, no sería molestado en forma alguna. A la terminación de la guerra se le entregaría en propiedad un lote de terreno, para que se dedicase a las faenas agrícolas. La severidad del gobierno provisional revolucionario sólo se haría sentir respecto de los espías y los "prácticos" de las fuerzas españolas, y para los que facilitasen a éstas cualquiera clase de recursos. A tales espías, prácticos o auxiliares, se les juzgaría en consejo de guerra verbal y se les ejecutaría militarmente. En cuanto a los cubanos o peninsulares residentes en el territorio insurrecto que no perteneciesen a las fuerzas organizadas de la República, en el caso de que cometiesen delitos de robo, incendio u otros de semejante gravedad, Céspedes mantuvo el fuero de los tribunales civiles. Esos delincuentes ordinarios serían juzgados por dichos tribunales y castigados con arreglo a la legislación vigente.

La parte de la política del Manifiesto del 10 de octubre, que sin ser alterada en lo fundamental hubo de ser modificada, fué la de respeto absoluto a las propiedades. A virtud de las incitaciones de Lersundi, los propietarios de fincas rústicas, —de ingenios principalmente— residentes en las más importantes poblaciones con guarniciones fuertes, no tardaron en comenzar a levantar fondos, en unión de los comerciantes, al objeto de sostener batallones de movilizados y guerrillas locales para ayudar a las tropas regulares a combatir a sangre y fuego los insurrectos. En Santiago de Cuba y en Puerto Príncipe, la aportación mensual reunida para el solo sostén de voluntarios movilizados, guerrillas y contraguerrillas, subió a miles de pesos, destinados a la alimentación, el vestuario y la paga de jefes y soldados. Era improcedente que a tales propietarios los insurrectos les permitieran continuar explotando las fincas de las cuales obtenían recursos, parte importante de los cuales se aplicaban a combatir abiertamente la insurrección. En diciembre de 1868, la zafra estaba en marcha, de manera que los hacendados podían obtener fondos de la venta de azúcar con los cuales servir la política de guerra de Lersundi. Tal cosa debía impedirse, aún cuando el prin-

cipio del respeto a la propiedad sufriese algunas restricciones, como ocurría necesariamente respecto de los esclavos. En la jurisdicción de Cuba, donde el número de los ingenios era grande y no pocos propietarios de los mismos, absentistas residentes en Santiago, figuraban públicamente en las listas de los contribuyentes para sostener fuerzas armadas, Félix Figueredo discutió el asunto con Máximo Gómez. De acuerdo con éste, decidido partidario de la medida, Figueredo transmitió instrucciones a los jefes a sus órdenes de que se trasladasen a las zonas de los ingenios y destruyesen por el fuego las casas de máquinas, los trapiches y demás partes de la maquinaria. Los sembrados de caña y de otros frutos debían ser respetados todos.

Al referirse a la destrucción de las fincas por el fuego, el historiador español Pirala imputa a los revolucionarios el haber sido los primeros en iniciar dicha práctica. Reproduce en prueba de su afirmación, párrafos de una circular del general insurrecto Federico Cavada, en la cual éste ordenaba a las fuerzas a su mando la destrucción de 23 ingenios de Las Villas (1). El hecho histórico cierto es que la circular de Cavada fué dictada en fecha muy posterior a aquella en que las columnas españolas iniciaron su obra de destrucción en Oriente y Camagüey. Los hacendados de Las Villas, después del alzamiento de la región, que no se produjo sino hasta 6 de febrero de 1869, comenzaron a establecer guarniciones y a fortificar sus respectivos bateyes. Cada uno de éstos vino a ser una seguro refugio de descanso y de abastecimiento para las columnas españolas; y lo que era más grave militarmente, un centro de operaciones de los voluntarios movilizados y las guerrillas locales, sostenidos aquéllos y éstas con fondos de los mismos ingenios. La obligación de respetar tales propiedades, puntos de apoyo en lo militar y en lo financiero del enemigo, no era admisible; su destrucción estaba plenamente justificada. Por otra parte, el hecho de que el general Cavada hiciese una relación de los ingenios que debían ser destruídos, prueba que la medida no fué inicialmente de carácter general, puesto que en Las Villas los ingenios sumaban varios centenares. Históricamente, es ocioso discutir el punto. Cada bando contendiente tenía razones militares superiores para no mantener un absoluto respeto a la propiedad, a causa de exigencias forzosas en la guerra. En lo que respecta a los prisioneros, la política de Céspedes y los jefes insurrectos no sufrió modificación por el momento, no obstante que en Puerto Príncipe, en cumplimiento de las órdenes contenidas en el bando de Val-

(1) PIRALA. Obra citada, tomo I, págs. 397-398.

maseda, comenzaron a efectuarse fusilamientos de prisioneros cubanos condenados en consejo de guerra verbal (1).

En sus procedimientos de humanidad y de respeto a los principios del derecho de gentes, Céspedes y los altos jefes insurrectos no introdujeron el menor cambio. La vida de los prisioneros de guerra fué respetada, y al fin y al cabo se les puso en libertad. Los casos referentes a Udaeta y demás rendidos en Bayamo, del teniente gobernador de Jiguaní, Capitán Federico Muguruza Lersundi, con los soldados de su mando, hechos prisioneros en la citada población, fueron ejemplos señalados de respeto a la vida de los prisioneros españoles y de posterior liberación de los mismos. Todo hecho aislado en sentido contrario fué severamente castigado. Céspedes facilitó, además, a los peninsulares residentes en el territorio insurreccionado el poder retirarse del mismo "si no estaban conformes con el nuevo orden de cosas". A ese efecto, en 4 de noviembre dictó una disposición ordenando a los jefes insurrectos que expidiesen un salvoconducto a todo el que lo solicitase (2). Al ocupar Félix Figueredo la villa de El Cobre, después del paso por la misma de la columna española de Cámara, un canario que había servido de práctico a la tropa española fué preso, sometido a consejo de guerra y ejecutado, caso único en las dos jurisdicciones de Cuba y Jiguaní (3). Un caso excepcional de violencia y salvajismo contrario a la política de guerra de la revolución en el período mencionado fué el del brigadier insurrecto Juan Monzón, canario. Este jefe, en el asalto con las fuerzas de su mando al pueblo de Mayarí, lanzó sus hombres al saqueo y al crimen. El cura párroco y los principales comerciantes fueron asesinados por su orden. El general Julio Grave de Peralta, jefe superior de Holguín, a cuya jurisdicción correspondía Mayarí, procedió al arresto de Monzón y lo sometió a un consejo de guerra. Condenado a ser pasado por las armas, fué fusilado. Los jefes responsables de la política de la revolución no podían impedir materialmente que en el torbellino de la misma se violaran sus principios y se cometieran crímenes aislados, pero éstos, una vez conocidos e investigados, fueron castigados invariablemente con la última pena. A la inversa, la revolución se ratificó en su política respetuosa del derecho de gentes, y la presentó en contraste con la del alto mando español.

(1) TEORRES LASQUETI, JUAN. *Colección de datos históricos de Puerto Príncipe*, Puerto Príncipe, 1888, pág. 302.

(2) PIRALA, ANTONIO. *Obra citada*, vol. II, pág. 324.

(3) "Fué aquel desgraciado el único que sufrió la última pena, mientras Figueredo estuvo al frente de dicha jurisdicción y de su cabecera, y eso que se repetían las denuncias contra cubanos y peninsulares..." PIRALA, ANTONIO. *IBIDEM*, pág. 327.

CAPÍTULO XII

PRIMEROS MESES DEL MANDO DEL GENERAL DOMINGO DULCE

ENERO-ABRIL, 1869

La sustitución del General Lersundi en la Capitanía General de Cuba, a quien el Gobierno provisional septembrista cuidó de no dar motivos de irritación y con el que le fué indispensable transigir y contemporizar, suscitó serias dificultades a los nuevos gobernantes metropolitanos. Requeríase para el mando en Cuba un general de la absoluta confianza del nuevo gobierno, de reconocida capacidad para ponerle término a la insurrección cubana mediante procedimientos que no fuesen los de una dura y sangrienta represión exclusivamente. Urgía concluir la guerra con la mayor rapidez, al menor costo posible. En graves apuros el tesoro español, exhaustas también las cajas de la Isla, casi en quiebra el Banco Español de Cuba, instrumento fiscal del Gobierno, era apremiante poner coto a los enormes gastos de la guerra. Había que evitar el agotamiento de la más pródiga fuente de ingresos del Fisco, prevenir la reducción del mercado cubano importantísimo para las exportaciones peninsulares e impedir que continuase la devastación del campo de más provechosas actividades lucrativas de los españoles fuera del territorio metropolitano. Sumábase a todo esto otra cuestión primordial, la de no despachar a Cuba tropas necesarias al gobierno septembrista en el territorio peninsular para consolidar la situación del nuevo gobierno, y para ahorrar vidas de la juventud española, causa de profundo descontento de miles y miles de familias.

"Liberales progresistas" como se llamaban a sí mismos los hombres del nuevo gobierno metropolitano, no se consideraban en condiciones de aplicar en Cuba medidas de fuerza únicamente, como habían hecho el derrocado gobierno isabelino y el General Lersundi. La acción represiva, en lo que fuese indispensable, debía ir unida a la promesa y la inmediata aplicación de amplias reformas en el régimen colonial. Estimábase esta la manera más hábil y efectiva de satisfacer la opinión

liberal cubana, francamente manifestada en las elecciones de comisionados o diputados a la Junta de Información y en los debates de la misma en Madrid. Sin la menor intención de transigir en la concesión de la independencia a Cuba, proclamada por Céspedes en La Demajagua, Serrano y Prim hallábanse dispuestos a concederle libertades y reformas administrativas y políticas a los cubanos, semejantes a las que se proponían instaurar en España, con representación cubana en las Cortes, dejando sin efecto la exclusión de los diputados de Cuba en 1837, estimada una gran injuria por la opinión liberal en la Isla. Respaldadas esas reformas por la fuerza y la acción militares que demandasen las circunstancias, los nuevos gobernantes españoles estimaban que, considerada Cuba como una provincia con igualdad de derechos a las demás, bastarían adecuadas reformas en el régimen para restablecer prontamente el orden y la paz sobre bases satisfactorias para cubanos y peninsulares.

Elegir un jefe militar de toda confianza, reconocido valor, bien acreditada capacidad, principios liberales y experiencia política y administrativa a quien confiarle la misión de poner en práctica el nuevo sistema de gobierno colonial, con miras a la rápida y permanente pacificación de Cuba, era la gran dificultad a resolver por Serrano y Prim, en la poco segura posición en que se hallaban todavía, reciamente combatidos por sus adversarios. El general más indicado por sus antecedentes liberales, su historia militar, su rectitud, su identificación con el nuevo gobierno y los buenos recuerdos que había dejado durante su mando en Cuba entre los reformistas y demás cubanos de ideas liberales, pareció ser a Serrano y Prim el teniente general Domingo Dulce. La caballerosidad de éste, su entereza de carácter y la forma amplia y sincera en que continuó y desarrolló la política conciliadora de Serrano al sucederle en la Capitanía General de Cuba, le habían granjeado a Dulce la simpatía y el aprecio de los reformistas cubanos. Nadie con más recomendables antecedentes que él para sustituir al reaccionario Lersundi.

Unido a los jefes de la Unión Liberal, Dulce había sido condenado con ellos a extrañamiento en las Canarias. Al tanto de los planes revolucionarios de sus compañeros, cuando el buque enviado por el Almirante Topete los transportó a Cádiz para encabezar el pronunciamiento de 18 de septiembre (1868), Dulce formó parte del grupo. Su firma apareció a continuación de las del Duque de la Torre y de Prim, seguida por las de Francisco Serrano Bedoya, Ramón Nouvilas, Rafael Primo de Rivera, Antonio Caballero de Rodas y el almirante Juan Bautista Topete, jefe de la escuadra fondeada en el puerto gaditano.

El manifiesto a los españoles lanzado en la ciudad el día 19, estuvo firmado también por Dulce.

Para el cumplimiento de la ardua misión que se deseaba confiarle en Cuba, mediaba una muy seria dificultad. De sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de vida militar, la salud de Dulce hallábase muy quebrantada a causa de las numerosas heridas recibidas en acciones de guerra. Esto era evidente; éralo, asimismo, que ningún otro jefe del ejército español reunía en aquellos momentos los antecedentes personales y políticos y la experiencia militar requeridos por los acontecimientos que se producían en la Isla, en igual grado que Dulce. Ninguno, tampoco, estaba en condiciones de poder contar con un apoyo más decidido y firme de Serrano y Prim. Uno y otro, por tanto, demandaron de Dulce, que aceptase el difícil cargo de Capitán General de Cuba, a título de ineludible deber militar y de miembro de la Unión Liberal. Por espíritu de disciplina y de lealtad a sus principios, Dulce no vaciló en aceptar, halagado con la confianza que en él depositaban los jefes de su partido al frente del nuevo gobierno.

Dados los antecedentes de su primer mando en Cuba, la noticia de la designación de Dulce fué recibida en la Isla de manera muy diversa por los distintos sectores de la opinión española y cubana. Entre los peninsulares existían dos tendencias claramente definidas. A los de ideas y principios más reaccionarios, identificados con el gobierno isabelino y con Lersundi, enemigos decididos de toda concesión de carácter liberal a los cubanos, el nombramiento de Lersundi produjo tan mal efecto como irritación, disponiéndolos a combatir al General Dulce y a toda reforma liberalizadora del régimen colonial. La otra tendencia peninsular estaba representada por españoles de antiguo arraigados en Cuba, vinculados por sus intereses, sus negocios, sus relaciones personales y de familia en no pocos casos a los cubanos. Estos españoles sentíanse inclinados a medidas de conciliación con la opinión cubana. Esas medidas, así lo reconocían, debían basarse en la concesión de ciertas libertades en la Isla que, sin poner en peligro la integridad nacional, diesen alguna satisfacción a las aspiraciones cubanas. Tales peninsulares —los que Morales Lemus, llamó *girondinos* y Carlos de Sedano y otros escritores cubanos denominaban “peninsulares ilustrados”— vieron con agrado la designación de Dulce y las informaciones dadas a la publicidad de que llevaría adelante la política de reformas y de conciliación del gobierno septembrista.

La opinión cubana dividíase también en dos tendencias. Existía la intransigentemente separatista, enardecida con la proclamación de la independencia por Céspedes y con la lucha que se lleavaba adelante en

Oriente y Camagüey. La política reaccionaria de Lersundi y la demora del gobierno metropolitano en sustituir a Lersundi y manifestarse dispuesto a una sustancial reforma del sistema colonial, habían llevado también a muchos de los principales jefes del reformismo de más influencia, a sumarse, después de la entrevista con Lersundi en 24 de octubre, a la causa separatista. Otros jefes del reformismo como José Valdés Fauli, el Conde de Pozos Dulces, José Ignacio Rodríguez, José Alfonso, influyentes también en cierta medida, no habían perdido la esperanza en las reformas. Sentíanse confiados en vista de la designación de Dulce y de los anuncios de importantes reformas llamadas a ser implantadas por éste, dispuestos a secundar en la Habana las gestiones que realizaban en Madrid Nicolás Azcárate, Calixto Bernal y otros distinguidos reformistas. Este grupo cubano inclinábase a tratar de lograr un acercamiento con los "peninsulares ilustrados" a fin de sumar sus fuerzas en apoyo de reformas aceptables para ambos grupos, y a apoyar y secundar la política del gobierno metropolitano y del general Dulce en su difícil misión.

Cadavérico, casi exánime, embarcó Dulce en Cádiz en el vapor Comillas, rumbo a la Habana, en 17 de diciembre de 1868. Hallábase en tan mal estado de salud, según el historiador Justo Zaragoza, uno de sus acompañantes en el viaje, que se pusieron despachos a Nueva York anunciando la probabilidad de la muerte del nuevo Capitán General antes de llegar al término de su viaje ⁽¹⁾. Acompañaban a Dulce en el Comillas, los altos funcionarios que el gobierno de la revolución de septiembre había designado para las Antillas: Don José Laureano Sanz, Capitán General de Puerto Rico, el director y los consejeros de administración de Cuba, el gobernador de la capital de la Isla, y muchos empleados de menor categoría, emisarios, a juicio de Zaragoza, del espíritu revolucionario y el estado político en la península.

El recibimiento a Dulce a su arribo al puerto de la Habana, el lunes 4 de enero (1869), fué extremadamente frío. Al fondear el Comillas, no hubo ninguna demostración ostensible de las que eran usuales a la llegada de un nuevo capitán general para asumir el mando, no obstante haber dictado Lersundi en la Gaceta Oficial, el 31 de diciembre, las reglas acostumbradas para recibir a la primera autoridad de la colonia. Los generales Lersundi y Espinar, la Audiencia, algunos altos funcionarios y un corto número de personas de representación, amigas o simpatizadoras de Dulce, formaban el reducido cortejo que abordó el

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, págs. 260-261.

Comillas (1). Otro testigo presencial, simpatizador de Dulce, Carlos de Sedano, ha dejado un testimonio de la frialdad del recibimiento. La recepción, hizo constar Sedano en una de sus obras, estuvo tan fría como el aire del norte que soplabá. A las doce del día (4 de enero), casi sin poder sostenerse, apoyado en el brazo del obispo Claret que regresaba con él del destierro, bajó Dulce las escaleras de la cubierta del vapor para tomar la falúa de la Capitanía General en dirección al muelle de caballería (2).

Enviado de paz del nuevo gobierno, con poderes extraordinarios y facultades discrecionales, en el curso del largo viaje de Cádiz a la Habana, Dulce había preparado algunas de las disposiciones que se proponía dictar a la mayor brevedad tan pronto asumiese el mando entregado por Lersundi. Dos días después de hallarse establecido en el Palacio de los Capitanes Generales, dió publicidad a una alocución encabezada significativamente con la palabra *CUBANOS*. El gobierno provisional de la nación, en uso de sus legítimas facultades, había dispuesto, decía Dulce, que se encargase por segunda vez del mando superior político de Cuba, porción integrante de la nacionalidad española. La revolución había barrido una dinastía y arrancado de raíz la planta venenosa que emponzoñaba hasta el aire, y devuelto al hombre su dignidad y al ciudadano sus derechos. En el ejercicio de su indisputable soberanía, no había querido que sobre la voluntad de los pueblos prevalecieran las imaginarias prerrogativas hereditarias y tradicionales. Quería que la legalidad política y administrativa llamada a fijar para lo futuro los destinos del país, arrancase de las entrañas más hondas de la sociedad por medio del sufragio electoral. Dentro de poco, decía Dulce dirigiéndose siempre directamente a los cubanos, éstos acudirían a los comicios a elegir los diputados que habrían de representarlos en las Cortes Constituyentes. Allí recabarían de dicho poder supremo nacional, las reformas que la legislación colonial exigía, las mejoras reclamadas por la administración, los derechos en el orden moral y político, conquistas de la civilización. Insulares y peninsulares, todos eran hermanos. Reconocían un sólo Dios, hallábanse unidos por el lazo de la misma religión, hablaban el mismo idioma, una misma bandera les daba sombra. Cuba, a partir de la fecha de la alocución, contábase ya en el número de las provincias españolas.

Una variación radical en la organización política agregaba Dulce, sería estéril y hasta peligrosa en sus resultados prácticos si no la prece-

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, pág. 261.

(2) SEDANO, CARLOS DE. Obra citada, pág. 366.

día el examen público, sosegado, de todo aquello que pudiera ser remedio de los males presentes y esperanza de mayor engrandecimiento en lo porvenir. De ahí, declaraba el capitán general, la necesidad de las grandes reuniones electorales, aconsejadas por el buen sentido y sancionadas por la costumbre; de ahí también la conveniencia de que los hombres de imaginación y de saber se consagrasen a la discusión prudente, razonada y fría, que hacía de la imprenta un elemento de vida para las sociedades modernas.

La posesión de los tres derechos —representación en las Cortes, reunión y libertad de imprenta— únicos, decía intencionalmente Dulce, que podía otorgar a Cuba la prudencia y la sabiduría del gobierno provisional, constituían por sí solos la verdadera libertad política de una país; pero —y aquí venía una terminante notificación a los separatistas— si las malas artes convertían la noble aspiración del siglo en una bandera de insurrección o en un grito de independencia, inflexible habría de ser el capitán general, y duro en el castigo. No había libertad sin orden y sin respeto a las leyes. Quien voluntariamente “abandonase el terreno legal con que por primera vez se le brindaba, era un malvado, a quien debían juzgar los tribunales de justicia”. Las últimas líneas de la alocución dirigíanse a “insulares y peninsulares” conjuntamente, manifestándoles que hablaba en nombre de España, madre de unos y de otros. Unión y fraternidad, olvido de lo pasado y esperanza en lo porvenir, eran las palabras de orden. Tres días después de la alocución, Dulce dictó dos decretos de mucha trascendencia. Por el primero suprimió la censura a la prensa y por el segundo suprimió las comisiones o tribunales militares.

Otros tres días más tarde, Dulce dió nuevos pasos en sus medidas pacificadoras destinadas a satisfacer la opinión cubana. En la Gaceta Oficial, dióse publicación a un decreto de amnistía en el que después de manifestar que si por el descreimiento de los menos y la impaciencia de los más había estallado la insurrección en Yara, y se había turbado con agresiones violentas la tranquilidad de Cuba, tiempo era ya de emplear todos los remedios que pusiesen término a tanta y tan lamentable desventura. No importaba que la parte oriental y central de la Isla se tremolase todavía el estandarte de la rebelión. El había venido a resolver dificultades de administración y de gobierno con el criterio liberal. Seguiría por ese camino hasta el desarrollo completo de la libertad en sus más necesarias manifestaciones, hasta que se fijase un cimiento sólido del gobierno del país por el país. No sería culpa del gobierno provisional de la nación, ni de la autoridad que en su nombre había devuelto ya importantes derechos políticos, si desgraciadamente conti-

nuaba por más tiempo la lucha fratricida. La amnistía era muy amplia. Por el artículo primero del decreto concedía a todos los que por causas políticas se hallasen sufriendo condena o estuviesen procesados y en prisión, los cuales serían puestos inmediatamente en libertad y podrían regresar a sus domicilios sin que se les molestase por sus hechos y opiniones anteriores a la publicación de la medida reparadora. Por el segundo, disponía que disfrutarían de igual derecho todos los que depusieran las armas en el término de cuarenta días. En el tercero, prescribía que las causas por delitos políticos, cualquiera que fuese el estado en que se encontrasen, se considerarían terminadas y se remitirían a la secretaría del gobierno superior de la Isla. Finalmente, los gobernadores y tenientes gobernadores darían cuenta al Capitán General del cumplimiento del decreto (1).

A las medidas anteriores sumóse otra de extraordinaria importancia. Dulce decidió tratar directamente con Céspedes el término de la insurrección. A ese efecto, dispuso el envío de dos comisiones formadas por cubanos, una a Camagüey y otra a Oriente, portadoras de una carta del Capitán General al jefe cubano en la que lo invitaba a negociar los términos de la supresión del alzamiento, a base de los derechos y las libertades ya concedidas a Cuba y de otras reformas que pudieran convenirse. La primera comisión, formada por Ramón Rodríguez Correa y Hortensio Tamayo, empleados de categoría algo elevada del gobierno, y José de Armas Céspedes, fué despachada para Nuevitas, acaso por existir en Camagüey un gobierno aparentemente separado del de Oriente, el 10 de enero; la segunda, compuesta por Francisco Tamayo Fleites, Joaquín Oro y José Ramírez Vila, para Manzanillo y Santiago de Cuba. Ambas debían pasar al campo insurrecto para el cumplimiento de la misión a ellas confiada.

La actuación de Dulce a partir del día mismo de su toma de posesión no había podido ser más rápida. Del 4 al 12 de enero, dictó un conjunto de disposiciones que sustituyeron el régimen ultraconservador y represivo de Lersundi por otro ampliamente liberal, con reformas por las cuales había clamado inútilmente la opinión cubana durante no poco número de años, además de dar el paso inusitado de dirigirse directamente a Céspedes, que en la fecha en que las dos comisiones despachadas por Dulce a Camagüey y Oriente, continuaba con su sede de gobierno establecida todavía en Bayamo.

La serie de disposiciones dictadas por Dulce en rápida sucesión no podía dejar de producir intensos y contradictorios efectos en los varios

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 745-746.

sectores en que se dividían peninsulares y cubanos, según la manera de pensar y de sentir de cada uno de ellos, en medio de la explosiva excitación creada por la sustitución de la política autoritaria y militarista de Lersundi por la de extremo liberalismo de Dulce. Los peninsulares partidarios de los procedimientos reaccionarios de Lersundi, los "buenos españoles", como se llamaban a sí mismos, dispusieron a oponerse enérgicamente a la política de Dulce, y a los "peninsulares ilustrados", y a sostener una implacable guerra a muerte contra los cubanos "laborantes" y todos los simpatizadores manifiestos o sospechosos, de la causa de la independencia. Estos acérrimos enemigos de Dulce y de los cubanos, éranlo a la vez muchos de ellos de la revolución septembrista en España, mientras que otros, aun cuando simpatizaban con ella, uníanse a los anteriores por un odio común contra Dulce y todo cubano de matiz liberal, fuese o no separatista. La libertad de imprenta, otorgada por Dulce en su decreto de 9 de enero, fué inmediatamente aprovechada por ellos para iniciar la publicación de periódicos de diferentes denominaciones para combatir la política de Dulce y la serie de periódicos dados a la publicidad también, en no pocos casos, por simpatizadores de la independencia, que aprovechaban la libertad de la imprenta para "laborar" públicamente a favor de la independencia por todos los medios imaginables. Los "buenos españoles", que adoptaron esta actitud combativa no fueron, según la autorizada opinión del historiador español Justo Zaragoza, secretario del Gobierno Superior Civil de la Isla, "los que brillaban a la sazón en los más elevados puestos de la propiedad, la industria o el comercio". Pertenecían en su mayoría "a lo que bien pudiera llamarse la clase media peninsular de Cuba". El periódico "que precipitó el perfeccionamiento de la organización de este grupo, organizador a su vez, del llamado Partido Español, no fué el viejo Diario de la Marina, representante de la clase oligárquica, sino La Voz de Cuba, creado para luchar sin contemplaciones y a brazo partido con los innumerables periódicos antiespañoles nacidos de la libertad de imprenta" (1). Los hombres de aquella clase media, según Zaragoza, llenos del vigor propio de los partidos nuevos, presentáronse entonces en la arena, a reclamar la representación política que les correspondía y las consideraciones debidas a toda agrupación social. Para ello tuvieron que hacer frente "desde el primer momento a los poderosos que, monopolizando la influencia oficial, se habían atribuido hasta allí el derecho de imponer su opinión a los demás, a punto de sufrir el peso de la animadversión de los potentados por haber tenido la osadía

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 284-287.

de desligarse de la obediencia de ellos para mantener su propia política de oposición a Dulce y su hostilidad cada día mayor a los cubanos".

Entre los peninsulares no todo era oposición a Dulce ni a la revolución septembrista, ni odio y animosidad contra los cubanos. Un número de peninsulares con arraigo en Cuba, no pocos de ellos bien relacionados o enlazados con familias cubanas, convenían en la necesidad, ya indicada, de reformas liberales en el régimen de la colonia, para dar satisfacción a las justas demandas de los "hijos del país", facilitar el fomento de la riqueza de éste, evitar los estragos de la insurrección y restablecer la paz a la mayor brevedad sin más derramamiento de sangre. La designación de Dulce para el mando en Cuba había sido bien recibida por ellos, y las primeras disposiciones dictadas por el capitán general les parecieron bien inspiradas, inclinados como se hallaban a las medidas conciliadoras.

En el sector cubano existía también una división fundamental aún cuando se procuraba que no se hiciese ostensible por diversos motivos. Un subsector, estaba formado por miembros del reformismo no totalmente decepcionados, dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad para reanudar una acción conjunta cerca del capitán general, del cual esperaban ahora tener buena acogida, a semejanza de la que fracasó con Lersundi el 24 de octubre del año anterior. Estos reformistas manifestáronse ahora dispuestos a secundar en la Habana las gestiones que continuaban realizando en Madrid Nicolás Azcárate, Carlos de Sedano y algunos otros cubanos más inspirados en los mismos propósitos.

Definitivamente pasados ya al campo separatista y revolucionario, otros muchos ex-reformistas entre los cuales contábanse algunos de los más respetados jefes del partido, José Morales Lemus, José Manuel Mestre, José Antonio Echeverría, Antonio Fernández Bramosio y menos ostensiblemente todavía Miguel Aldama y otros, dispusieron a contrarrestar todo movimiento de conciliación a base de mantener la integridad nacional, como había prevenido Dulce en su alocución del 4 de enero. Agrupados secretamente en la Junta Revolucionaria de la Habana, ésta, en sesión del día 8, cuatro días después de la alocución de Dulce, adoptó acuerdos reafirmando en sus propósitos de apoyar firmemente a Céspedes, a quien le fueron comunicados en extensa carta del 12, informándole de los planes que se proponían desarrollar dentro y fuera de Cuba a favor de la insurrección y de la decisión tomada del envío en fecha próxima de Morales Lemus a los Estados Unidos para practicar activas gestiones a favor del reconocimiento de la beligerancia y de la independencia de los cubanos.

Dispuestos a actuar los reformistas partidarios de la conciliación, aprovecharon la libertad de reunión concedida por Dulce para ponerse al habla con algunas personas influyentes del grupo español favorable a un entendimiento, con el propósito de explorar la posibilidad de realizar una acción conjunta en apoyo de la política de reformas en el régimen y de las medidas apaciguadoras del gobierno metropolitano y de Dulce. Satisfechos por la favorable acogida de los significados peninsulares a quienes se dirigieron, adoptaron la decisión de convocar una junta a la cual invitaría uno de los más destacados jefes del reformismo, José Valdés Fauli, marqués de Pinar del Río, en la lujosa residencia de éste en el Cerro. El objeto de la junta, según expuso Valdés Fauli en la carta invitación, era discutir la posibilidad de una fusión entre el partido peninsular "ilustrado y liberal", y los distintos partidos en que se hallaban divididos los cubanos, a fin de llegar a formular, después de una detenida, libre y serena discusión, un programa de acción conjunta, e invitar después a los "peninsulares ilustrados" a considerarlo, en caso de que se llegase a un acuerdo. Hecha la fusión, si los peninsulares ilustrados y liberales aprobaban el programa, someteríase a la aprobación de Dulce y del gobierno metropolitano. El programa basaría en la preservación de la integridad nacional, y "unidos insulares y peninsulares liberales, condenarían toda aspiración que comprometiese el verdadero progreso, es decir, el fomento de la riqueza y el desarrollo de la ilustración en la Isla" (1). En la carta invitación circulada por Valdés Fauli, fijóse la fecha del 13 de enero para la celebración de la junta.

Antes del día fijado para la reunión de la asamblea, produjéronse en la Habana hechos que aumentaron la efervescencia de los ánimos y obstaculizaron los propósitos conciliadores.

En la Habana, como ha quedado expuesto en un capítulo precedente, se trabajaba secretamente a favor de la insurrección. No sólo se habían levantado fondos, salido numerosos jóvenes para Nassau para unirse a Manuel de Quesada, y preparado los intentos de sublevación fracasados sin mayores consecuencias expuestos anteriormente, sino que se continuó la campaña de laborantismo y de tratar de incitar a la insurrección y promoverla en cualquier lugar donde fuese posible del Departamento Occidental. En los primeros días de enero, ya Carlos García, miembro que había sido de una partida de secuestradores en la parte oriental de la provincia de la Habana, habíase declarado a favor de la revolución, y establecido relaciones con la Junta Revolucionaria.

(1) SEDANO, CARLOS DE. Obra citada, pág. 373.

naria de la Habana y con cubanos separatistas en diversas poblaciones de la provincia, de su zona de operaciones. Uno de ellos, San Antonio de los Baños. En este lugar preparábase un movimiento revolucionario en el que tomarían parte vecinos del poblado y de los campos, en el momento en que se contase ya con armas y alguna organización para la lucha. Entre los grupos secretos constituidos en San Antonio de los Baños y en la Habana, figuraban en la capital los jóvenes revolucionarios Francisco León y Agustín Medina, operarios de una fábrica de tabacos situada en la calle de Figuras. El grupo a que pertenecían ambos jóvenes alquiló una casa cerca de la fábrica, en la cual comenzaron a depositar armas y municiones que iban reuniendo poco a poco (1). Denunciado el hecho a la policía, un comisario de barrio y algunos salvaguardias dirigiéronse a sorprender el depósito el día 10. Informados los dos jóvenes mencionados y algunos de sus compañeros del hecho, acudieron a la defensa de las armas depositadas, resistiendo con armas de fuego al comisario y los salvaguardias. Reforzados éstos con algunos soldados, no solamente lograron apoderarse de las armas, sino detuvieron a León Nuez y a Medina, acusándolos de infidentes, y de resistencia armada a la autoridad. Enfurecidos los voluntarios habaneros en el ambiente de excitación que prevalecía, requirieron que se formase consejo de guerra, se condenase a muerte y se ejecutase sin demora a los detenidos. Dulce dispuso que la causa se llevase adelante en la forma ordinaria por la Audiencia, con el resultado de aumentar el espíritu de violencia de los voluntarios y la enconada oposición de los "buenos españoles" (2).

En el ambiente más caldeado cada día por la violencia con que se combatían cubanos y españoles en sus periódicos respectivos y el incidente de la calle de Figuras, celebróse la junta convocada por Valdés Fauli el 13 de enero, en la que, después de discutirse in extenso, de acuerdo en principio los congregados, designóse una comisión, compuesta por el hacendado Juan Poey, el Conde de Pozos Dulces, Antonio Bachiller y Morales y Domingo Sterling, encargada bajo la presidencia de Valdés Fauli, de entenderse más adelante con los peninsulares partidarios del movimiento conciliador, una vez que hubiese llegado a un acuerdo sobre el programa que debía someterse a la consideración de los mismos, para la redacción del cual se designó ponente a José Ignacio Rodríguez, con el encargo de que preparara un documento con pro-

(1) VIVANCO, JULIÁN. *Estampas Antiguas de San Antonio de los Baños*, cuaderno VII, págs. 378-388.

(2) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 269-270.

posiciones concretas que sirvieran de base para la discusión en una próxima junta a la que se citaría mayor número de personas ⁽¹⁾. A esta nueva junta convocada para el 18, bajo la presidencia de Valdés Fauli en el mismo lugar, concurrieron varios significados jefes del reformismo ya pasados a la causa separatista, señaladamente Morales Lemus y José Manuel Mestre. Los peninsulares ilustrados habían designado también una comisión que permanecía en espera de ser llamada tan pronto como la de los cubanos adoptase acuerdos finales unánimes, pero no fué posible llegar a ésto. Morales Lemus, Mestre y otros más, de acuerdo con ellos, opusieron a las declaraciones favorables a la integridad nacional, de manera hábil, con el resultado de que se prolongase la discusión, y no se adoptase ningún acuerdo. Se pensó en volver a celebrar una nueva junta, sin que llegara a efectuarse, dado que muy pronto los hechos tomaron el carácter de la más desenfrenada violencia de los voluntarios en la Habana.

Dulce vino a encontrarse muy pronto, pues, frente a dos oposiciones, a cual más intransigente y resuelta. De un lado, los peninsulares más hostiles a los cubanos, en acción constante en sus periódicos y en las filas de los voluntarios, en permanente hostilidad contra Dulce y contra los cubanos "infidentes". Del otro lado, la de los cubanos partidarios de la independencia, resueltos a luchar hasta el fin por Cuba libre. Aislado en el palacio de la Plaza de Armas, sin tropas regulares o de línea a su disposición para mantener su autoridad frente a la irrespetuosidad y la indisciplina de los voluntarios, Dulce sólo pudo contar en lo adelante con el ineficaz apoyo que a distancia pudiera prestarle el inseguro gobierno metropolitano.

Los acontecimientos, mientras tanto, iban a continuar precipitándose en sentido desfavorable a los planes del capitán general. Forzados los pasos del Salado y del Cauto por Valmaseda, del 8 al 13 de enero, y prevista como hecho inevitable la toma de Bayamo por el jefe español, el incendio de la ciudad y del poblado del Dátil por los cubanos, puso de manifiesto la inquebrantable resolución de los insurrectos de mantener de un modo inflexible la lucha a muerte declarada en el manifiesto de 10 de octubre. Por otra parte, la victoria alcanzada por Valmaseda excitó el entusiasmo de los peninsulares intransigentes y los alentó y decidió a tomar la ofensiva contra la política de Dulce.

La salida el 14 de enero de las comisiones designadas por Dulce para entrevistarse con Céspedes, la consideraron los peninsulares más extremistas un acto de traición contra la integridad nacional, tal fué la

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida de Mestre*, pág. 120.

irritación que les produjo. La que partió para Nuevitas, conjuntamente con refuerzos militares al mando del brigadier Lesca, destinados al mismo puerto para pasar después a la Guanaja y marchar sobre Puerto Príncipe, prácticamente sitiado por los insurrectos camagüeyanos, no tropezó con mayores dificultades para entrar en contacto con las fuerzas cubanas de la zona de Nuevitas, gracias a la disposición favorable de Augusto Arango, sustituido ya en el cargo de jefe de Camagüey por Quesada. En el campamento insurrecto de Imías, después de haberse entrevistado previamente con Arango, los comisionados de Dulce celebraron una conferencia con el Comité Revolucionario de Camagüey, el 18 de enero. Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte y Eduardo Agramonte y Piña, opuestos, a la inversa de Arango, a todo arreglo con la Metrópoli que no estuviese basado en la independencia, manifestaron a los comisionados de Dulce que sin hallarse presente Céspedes no podían discutir ni aprobar acuerdo alguno ⁽¹⁾. Obrando por su cuenta, Arango, deseoso de continuar las negociaciones, solicitó del Comité Camagüeyano la celebración de una asamblea para discutir sobre el asunto. Por estimarlo inútil y perjudicial, el Comité negóse a convocarla, pero Arango no se dió por vencido. Provisto de un salvoconducto que le fué facilitado por el Teniente Gobernador de Nuevitas, pasó a la ciudad de Puerto Príncipe, al objeto de seguir las negociaciones con el brigadier Mena, acompañado de una sola persona, desarmada como también lo estaba Arango. A la entrada de la ciudad, fueron detenidos en el Casino Campestre y asesinados por Miguel Ibargaray, comisario de policía, a quien acompañaban varios agentes a sus órdenes, a la una de la tarde del día 26 ⁽²⁾. Los asesinos pasearon los ensangrentados cadáveres por las calles de la ciudad sin que la autoridad superior tomase medida alguna contra ellos ⁽³⁾.

En la Habana habíanse producido ya también en esa fecha actos de extrema violencia por los voluntarios. El ataque al teatro Villanueva, en la noche del 22, el del café Louvre, en la del 24, extendido por los voluntarios durante la misma noche a distintos barrios de la ciudad; el allanamiento y saqueo de la residencia de Leonardo del Monte en el Palacio de Aldama; los asesinatos y las detenciones de cubanos, encerrados éstos inmediatamente en el castillo de El Morro, violencias que continuaron produciéndose durante el 25. Transmitidas las noticias de estos hechos por telégrafo a las más importantes poblaciones de la Isla,

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. Obra citada, pág. 234.

(2) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, pág. 273.

(3) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, pág. 70.

soliviantaron a los "buenos españoles" y los incitaron al uso de iguales procedimientos. Los fuertes —dice Justo Zaragoza— creyeron llegada la hora de la lucha, aunque en el uso de la fuerza, de que se sirvieron con más instinto que prudencia, no calcularon las responsabilidades anejas a los partidos que han de ser juzgados por la historia (1).

El asesinato de Arango guardó estrecha relación indudablemente con los muy numerosos que se cometieron en la Habana del 22 al 25 de enero. Todos estos actos vandálicos constituyeron en su conjunto una reacción del llamado "partido español" contra la política de Dulce. Este hubo de entenderlo así al declarar a algunas personas de su confianza que el asesinato de Arango hacía fracasar todos sus planes de pacificación (2). En vista de los hechos expuestos, en 26 de enero ya Dulce se consideró obligado a dictar algunas disposiciones para evitar que los periódicos, haciendo un uso impropio de la libertad de la prensa, continuaran soliviantando los ánimos y concitando los odios. A ese efecto ordenó que los delitos comunes que se cometiesen por medio de la prensa quedasen sujetos a las prescripciones del código penal. A pesar de ello, los peninsulares extremistas continuaron realizando por medio de sus periódicos constantes y tenaces esfuerzos por empujar a Dulce a un sistema de rigor, el único que estimaban eficaz en aquellos momentos. Señalóse de manera muy destacada en su propaganda a favor de la política represiva, uno de los nuevos periódicos que habían aparecido al decretarse la libertad de la prensa, el mencionado ya anteriormente "La Voz de Cuba" dirigido por Gonzalo Castañón. En unas cartas suscritas por éste con la firma de Juan Fernández insistió en demandar de Dulce una política de la más enérgica represión. En la primera de dichas cartas aconsejaba a Dulce que hiciera desaparecer los periódicos cubanos que habían aparecido al decretarse la libertad de imprenta y que castigara sin miramientos a los que resultasen promovedores de los sucesos de la calle de Figuras o del Carmen, del teatro de Villanueva y del café del Louvre la responsabilidad de los cuales imputaba exclusivamente a los cubanos. En la segunda carta representaba a Dulce demasiado influído por el gobierno de Washington y le impelía a que se librase de tal influencia y sustituyese la política de

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, págs. 282, 283.

(2) "El que esto escribe acertó hallarse en el palacio del General Dulce en el momento en que éste recibió el telegrama de Puerto Príncipe que le anunciaba el fusilamiento de Arango, y de su boca oyó no sólo la calificación de "asesinato" para aquel atentado, sino también la amarga declaración, tan amarga como enfática, de que con él se significaba en absoluto el fracaso de su política." RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. Obra citada, pág. 121.

contemplación por medidas de rigor. En la tercera censuraba a Dulce por las negociaciones entabladas por los rebeldes. La hora de las vacilaciones había pasado ya, no estaban las cosas para andarse con paños calientes cuando lo eficaz y seguro era exterminar al enemigo antes de establecer en Cuba las necesarias reformas ⁽¹⁾. De esta manera Castañón y su órgano "La Voz de Cuba" asumían el papel de voceros de los "buenos españoles" y proclamaban el exterminio de los cubanos separatistas.

La comisión enviada por Dulce a Oriente llegó a Santiago de Cuba, portadora de una carta de Dulce, dirigida a Céspedes. El primer paso de los comisionados consistió en comunicarse con el general Donato Mármol, jefe de la jurisdicción de Cuba, quien había regresado a su zona después de los combates en El Salado y en el Cauto. Mármol se dispuso a recibirlos en la estancia de Giro, jurisdicción de Cuba, al suroeste de Palma Soriano, no lejos del ingenio Caney donde Mármol tenía un campamento. Mármol recibió a la comisión acompañado de Máximo Gómez, Félix Figueredo, Calixto García, Rafael Bárzaga, Pío Rosado, y otros jefes de distinción que servían a sus órdenes. La comisión española llegó acompañada de Delfín Aguilera, holguinero, quien se había incorporado a los comisionados de Santiago de Cuba y de tres peninsulares comerciantes establecidos en Baire que mantenían relaciones de amistad con Mármol ⁽²⁾. Los comisionados de Dulce, expuesta a Mármol el objeto de la misión que les había sido confiada, solicitaron de éste que les facilitase un salvoconducto y los medios de poder comunicarse personalmente con Céspedes, para quien eran portadores de la carta de Dulce. Antes de tomar decisión alguna, Mármol procedió a cambiar impresiones reservadamente con los jefes cubanos de su mayor confianza que le rodeaban. La conclusión a que se llegó fué unánime. Debía darse una respuesta negativa. Toda proposición de paz no basada en la independencia era inaceptable. El facilitar un salvoconducto a la comisión y el ofrecerle facilidades para llegar hasta Céspedes, eran medidas que no estaban comprendidas dentro de las facultades del mando. La concesión del salvoconducto equivalía en cierta medida una suspensión de hostilidades. Mármol y los jefes a sus órdenes no estaban dispuestos a acordarla por su propia cuenta. En cuanto al fondo del asunto, ni Mármol ni sus compañeros de armas estaban dispuestos a aceptar proposiciones de arreglo que no tuviesen por base la

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 284-287.

(2) PIRALA, ANTONIO. *Anales*, págs. 400-403.

independencia de Cuba, a la cual estaba adherida la abolición de la esclavitud (1). De resultados negativos la entrevista, tuvo para los cubanos un resultado útil imprevisto. Delfín Aguilera, el holguinero unido a la comisión en Santiago de Cuba, agente secreto de Morales Lemus, transmitió a Mármol las informaciones del próximo arribo de una expedición que conduciría la goleta Mary Lowell, con un gran cargamento de armas y municiones, cuyo alijo haría en algún lugar de la península del cabo Lucrecia.

En la fecha en que los comisionados de Dulce se entrevistaron con Mármol, Céspedes había recibido ya de la comisión enviada por Dulce a Camagüey, una carta fechada en Imías en 19 de enero expresándole el deseo de celebrar una entrevista con él para darle cuenta de la misión a ellos encomendada por el capitán general. Céspedes en carta al efecto accedió a la entrevista, fijó el lugar llamado Ojo de Agua de los Melones, jurisdicción de Tunas para celebrarla, y cuidó de adelantar a los comisionados que todo ofrecimiento de arreglo no basado en la independencia sería infructuoso. No había un solo soldado del Ejército Libertador, expresaba Céspedes, que no estuviese dispuesto a morir antes que deponer las armas y sujetarse de nuevo al yugo español. El incendio de Bayamo y de El Dátil por los mismos bayameses era prueba de ello. España debía convencerse de que no había poder alguno que ahogara las aspiraciones cubanas ni que paralizara el ímpetu de un pueblo deseoso de ser independiente, para entrar de lleno en el pleno goce de sus derechos. En el citado campamento de Ojo de Agua de los Melones, celebróse el 26 de enero la entrevista de Céspedes con los comisionados de Dulce, cortésmente recibidos. El mismo día acababa de ocurrir precisamente el asesinato de Augusto Arango a la entrada de Puerto Príncipe. Indignado ante el crimen, el Comité de Representantes del Centro rompió todo trato con los comisionados de Dulce, declarando que no cabía transacción alguna entre Cuba y sus tiranos e informó a Céspedes inmediatamente del asesinato de Arango y de la decisión tomada por el Comité. Recibida por Céspedes la comunicación y el informe del Comité de Representantes del Centro, dió por termi-

(1). La carta de Dulce a Céspedes estaba redactada en los siguientes términos: "Gobierno superior político — Secretaría — Sr. Don Carlos Manuel de Céspedes — Habana, 14 de enero de 1869 — Muy señor mío: Deseoso yo de que cese una guerra que destruye todos los elementos de riqueza de esta privilegiada Antilla, he autorizado a Don Francisco Tamayo Fleitas, que lleva mis instrucciones y toda mi confianza, para que celebre una conferencia con Ud. Pena da la sangre que se derrama en esta lucha fratricida, ojalá se encuentre una solución honrosa para todos, que devuelva a esta provincia española el sosiego que tanto necesita. Saluda a Ud. con la mayor consideración su affec. seguro servidor Q.B.S.M. Domingo Dulce". ZARAGOZA, Justo. Obra citada, vol. II, pág. 746.

nada en el acto la entrevista con los comisionados de Dulce, a quienes entregó una carta fechada y firmada el 28 de enero dirigida al Capitán General en la cual manifestaba éste que en los momentos en que oía sus comisionados se le había comunicado desde Guáimaro la noticia del asesinato de Arango. Ningún patriota podría prestarse a entrar en tratos con el gobierno representado por el Capitán General, le declaraba Céspedes a Dulce. Este se ratificó en su opinión de que sus planes pacificadores quedaban totalmente fracasados.

Ostensiblemente, el fracaso de Dulce debióse al asesinato de Arango. En el fondo, no podía dejar de producirse. La firme resolución de los cubanos en armas de no aceptar comisiones de paz sino a base de independencia, y la del gobierno de Madrid, con la cual se hallaba de acuerdo Dulce de no otorgar a la insurrección concesión alguna que significase el más mínimo menoscabo de la integridad nacional, hacían imposible toda transacción. En su proclama de 6 de enero, Dulce anunció el otorgamiento de libertades y derechos a Cuba. Según sus palabras, la Isla contábase ya en el número de las provincias españolas, pero el nuevo capitán general fué muy terminante y explícito en cuanto a la no concesión de la independencia a la Isla. Ante la declaración rotunda de Dulce de que habría de ser inflexible y duro en el castigo del separatismo y la rebelión, los insurrectos cubanos veíanse obligados a reconocer que sin hacer previa renuncia al ideal de la independencia, deponer las armas y someterse de nuevo a la autoridad española, no podían esperar nada de Dulce ni del gobierno de Serrano ni de Prim.

El plazo para deponer las armas fijado en el Decreto de Amnistía dictado por Dulce en 12 de enero, vencía en 20 de febrero. Diez días antes del vencimiento, el gobierno provisional madrileño y el General Dulce cambiaron radicalmente de política. Influyeron decisivamente en dicho cambio la violenta oposición de los voluntarios de la Habana y demás elementos peninsulares intransigentes, enardecidos por los artículos incendiarios de La Voz de Cuba, la recuperación de Bayamo por Valmaseda, la ruptura de las negociaciones iniciadas por los comisionados de Dulce, y muy particularmente y de manera decisiva el alzamiento de las Villas ⁽¹⁾. La insurrección villareña alarmó extraordinariamente al Gobierno provisional de Serrano. Informado del alzamiento en 10 de febrero, desde Madrid se ordenó al Capitán General de Cuba la suspensión de todas las garantías y la intensificación hasta

(1) "Más alarmado el gobierno de la metrópoli que los mismos habitantes de la Isla, al saber por telégrafo el levantamiento de las Cinco Villas, ofreció a Dulce cuanto necesitara, ordenándole con fecha 10 de febrero que suspendiese todas las garantías y resistiera a todo trance." ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 308.

el último extremo de las operaciones militares. Dulce, que expresó al gobierno metropolitano su conformidad con las instrucciones recibidas, dictó dos días más tarde (12 de febrero), dos drásticos decretos al efecto. El primero, con preámbulo algo extenso, restableció la previa censura para la prensa. El segundo, dispuso que los delitos de "infidencia" se sustrajesen al conocimiento de los tribunales civiles y fuesen juzgados por consejos de guerra ordinarios. Un artículo del segundo decreto, prescribió que toda agresión de obra o de palabra contra cualquiera de los delegados del gobierno, se consideraría como delito atentatorio a la autoridad, y su autor quedaría sujeto a los consejos de guerra (1). En aclaración oficial del siguiente día, se informó que bajo la palabra "*infidencia*" se comprenderían los delitos de traición a lesa nación; rebelión; insurrección; conspiración; sedición; receptación de rebeldes y criminales; inteligencia con los enemigos; coalición de jornaleros o trabajadores y ligas; expresiones, gritos o voces subversivas o sediciosas; propalación de noticias alarmantes; manifestaciones, alegorías y todo lo demás que con fines políticos tendiese a perturbar la tranquilidad y el orden público, o que de algún modo atacase la integridad nacional. Los robos en despoblado, fuese cual fuese el número de los ladrones, y en poblado pasando éstos de tres, serían juzgados por los consejos de guerra, lo mismo que los portadores de armas prohibidas.

La fecha de los decretos arriba mencionados testifica que la política de conciliación de Dulce duró cinco semanas escasamente. Conocedor Céspedes de las nuevas disposiciones de la Capitanía General, entendió que eran tanto más drásticas o severas que las de Lersundi, y que requerían alguna acción de su parte a fin de destacar el contraste entre los métodos de guerra españoles y cubanos. A ese efecto, en el campamento de San Hilario, jurisdicción de Bayamo, y en su carácter de general en jefe del Ejército Libertador, encargado del gobierno provisional, dictó en 21 de marzo (1869), un decreto por el cual concedió amnistía a todos los cubanos y extranjeros residentes en el territorio de la República —incluíase aquí a los españoles— que por cualquier motivo se hubieren acogido al indulto que concediera el enemigo en 12 de enero (decreto de Dulce), con tal que se presentasen a las autoridades y jefes de Cuba libre, bien entendido que con armas adquirirían un mérito para lo sucesivo. Dispuso, asimismo, que los procesados que estuviesen sufriendo prisión o condenas por causas políticas, fuesen puestos inmediatamente en libertad, y pudieran regresar a sus domicilios sin

(1) El texto de ambos decretos de Dulce puede verse en la obra de JUSTO ZAMBRANA ya citada. Vol. II, págs. 751 y 752.

que se les molestase por sus hechos u opiniones anteriores a la publicación de la amnistía, sobreseyéndose las causas pendientes que no fuesen por delitos comunes (1).

La supresión de las libertades primeramente otorgadas por el general Dulce, y su sustitución por una severísima política de represión, no bastaron para satisfacer a los extremistas del partido peninsular en la Habana ni a los voluntarios. Unos y otros eran dueños prácticamente de la situación, a virtud de que Dulce no disponía de tropas del ejército regular en la capital. Además, atribuían sólo a las terminantes instrucciones del gobierno metropolitano el cambio de política del capitán general. En tal virtud, los voluntarios extremaron sus violencias contra los cubanos supuestos auxiliares o simpatizadores de los "infidentes", o simplemente desafectos a la metrópoli. Cada día plantearon nuevas y más violentas exigencias de represión y de castigo a la primera autoridad, que había pasado a serlo casi de nombre únicamente (2).

El decreto de Dulce de 12 de febrero, sobre infidencia, aplicado en toda la Isla, llenó las prisiones de la Cabaña con centenares de cubanos pertenecientes a todas las clases sociales. En numerosos lugares las detenciones habían comenzado inmediatamente después del alzamiento, en la madrugada del 6 al 7, antes del decreto, tan pronto las autoridades españolas quedaron informadas de que los villareños, concentrados en San Gil, se habían lanzado a la insurrección el día 6 (3). La mayoría de los presos eran personas acomodadas y de distinción, blanco de los extremistas más iracundos, o sea de lo que llama Zara-

(1) El historiador español JUSTO ZARAGOZA, en su obra citada, (vol. II, págs. 314 y 315) comenta el decreto de Céspedes en los términos siguientes: "Respondiendo a este tiempo el jefe de los insurrectos a los decretos de Dulce sobre infidencia, y a la política de represión adoptada, y pretendiendo aprovecharse del mal efecto que suponía debían producir tales medidas en el elemento liberal cubano, expidió, el mismo día en que Dulce proponía la deportación, una amplia amnistía... En aquel documento, por el cual fueron muy pocos los peninsulares a quienes alcanzó la gracia de los infidentes, se extendía la clemencia de Céspedes lo mismo a los cubanos que a los extranjeros, o sea a los españoles... respecto de los cuales ordenaba que fueran puestos inmediatamente en libertad". (La deportación aludida es la de 250 cubanos "infidentes" a Fernando Poo.)

(2) "Tras estas y otras medidas que atendiendo a las exigencias de los más intransigentes del ya formado partido español, tuvo Dulce que adoptar, dejése conducir, como era lógico que sucediera, por la opinión de los más celosos defensores de España, y ofrecióse a usar toda la dureza que las circunstancias pidiesen. Comprendiendo los de este partido que la guerra, como de raza, debía hacerse sin cuartel, cual lo habían proclamado en sus escritos los caudillos insurrectos, y estimando que entre los españoles y los desafectos a España, en que figuraban la mayoría de los insulares, era ya toda avenencia imposible, pretendieron que como consecuencia obligada autorizase Dulce respecto de los cubanos, las represalias y el exterminio que aquéllos llevaban por donde iban." ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 321.

(3) BRAVO Y SENTIES, MIGUEL A. *Deportación a Fernando Poo. Relación que hace uno de los Deportados*, Nueva York, 1869, págs. 24-23.

goza "el partido español" y de los voluntarios ⁽¹⁾. Estos, en actitud más y más irrespetuosa y agresiva contra el capitán general, exigían los más severos castigos para los presos, y Dulce, para allanarse a dichas exigencias, y en parte acaso para evitar males mayores, se dirigió al gobierno metropolitano en 27 de febrero en solicitud de que por telégrafo se le concediese autorización para deportar los presos a Fernando Poo y a Ceuta ⁽²⁾. Recibida inmediatamente respuesta favorable del Ministro de Ultramar, Dulce comenzó a preparar la deportación de los "labo-rantes" detenidos a Fernando Poo, en el transporte "San Francisco de Borja", deportación dispuesta por una mera orden gubernativa, sin formación de causa ni investigación alguna sobre los motivos de la detención. El 21 de marzo, a la una de la tarde, salió el "San Francisco" del puerto de la Habana, escoltado por la fragata "Lealtad". Entre los 250 deportados figuraban muchas personas de avanzada edad, entre ellas una de cerca de 90 años, y otra, el presbítero Cándido Valdés, de Jaruco, de 70 ⁽³⁾. Congregada a lo largo de la salida del puerto, al zarpar el "San Francisco", una tumultuosa muchedumbre de voluntarios y otros elementos del partido español se entregó a actos de violencia salvaje, que costaron la vida a varias personas. Los hechos han sido descritos por un testigo presencial español, Justo Zaragoza, secretario del gobernador general político de la Isla, en términos que dan viva idea de la furia de los voluntarios. Según la versión de dicho testigo, al tiempo que el "San Francisco" salía a la mar, se oyeron descomunales gritos levantados junto a la Capitanía del Puerto y en una plazoleta inmediata, en lugares donde se apiñaba la muchedumbre. Causa de los mismos fué la furia contra un individuo joven, al parecer mestizo, que según unos había dado vivas a Cuba libre y según otros fué sorprendido en el acto de sustraer el bolsillo a uno de los espectadores de la salida de los deportados. . . El comisario de policía del distrito, con algunos voluntarios, llevóse al acusado al inmediato cuartel de La Fuerza

(1) Morales Lemus, más justo con los peninsulares que Zaragoza, distinguía entre estos dos partidos: los *jacobinos* voluntarios y los *girondinos*. En carta a Nicolás Azcárate, residente en Madrid, decía en 15 de mayo, 1869, desde Filadelfia: "La autoridad del capitán general, antes de hecho desconocida por los voluntarios, ha sido ostensible y públicamente vejada, insultada y arrollada en la persona del general Dulce. Los *jacobinos* voluntarios siguen sus proyectos; pero no faltan entre ellos *girondinos*; al contrario, hay muchos que, disgustados ya con tales excesos, están muy a punto de resolverse a contrariarlos". MORALES, VIDAL: *Iniciadores y primeros mártires*, vol. III, pág. 184.

(2) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 314 y 315.

(3) Las penalidades de toda clase sufridas por los 250 deportados y la vida de éstos en la horrible isla, han sido descritos por dos de los deportados, personas ambas de gran distinción. BALMASEDA, FRANCISCO JAVIER. *Los confinados a Fernando Poo e Impresiones de un viaje a Guinea*. La segunda edición en la Habana, 1899, y la obra ya citada de BRAVO Y SENTIES, MIGUEL.

para librarlo de la multitud dispuesta a darle muerte. El gobernador político, cuya casa estaba contigua al cuartel, dirigióse con su secretario, a toda prisa, al lugar, a fin de enterarse de la causa de los clamores y restablecer el orden. Un gentío inmenso, compuesto en su mayor parte de marinería mercante, patrones y boteros, y dependientes de los muelles y de las tiendas inmediatas, apiñados delante de la verja de la citada Fuerza, manifestaba con gritos amenazadores su decisión de arrollar la guardia de voluntarios para dar muerte al preso, si no se le fusilaba inmediatamente. Inútil fué cuanto hicieron el gobernador y su secretario para convencer a aquellas turbas, en la que muchos, beodos, no sabían de lo que se trataba, no era fácil que atendiesen a razonamiento alguno, ni cesaban de incitar a los demás y de pedir la muerte del preso. Oyéronse disparos en la plaza y el gobernador civil, impotente ante el motín, notificó al general segundo cabo, Ginovés Espinar, que correspondía a las autoridades militares proveer a la defensa del asediado cuartel o satisfacer a las masas ⁽¹⁾.

Informado el general Dulce por el segundo cabo de lo que ocurría, a pocos pasos del palacio de la Capitanía General, dirigióse a la Fuerza. Sólo pudo lograr aquietar a la turba manifestándole que el reo había sido juzgado en consejo de guerra verbal e iba a ser ejecutado en seguida, para lo cual se había ordenado llamar a un confesor. En medio del tumulto, el subcomisario de policía declaró que el preso no había dado voces subversivas ni había hecho otra cosa que substraer un bolsillo. Había sido recobrado y mostrábalo, agregando que era infame dar muerte a un hombre por tan pequeño delito. En contestación a tan "honrosa imprudencia", el subcomisario recibió un balazo en el cráneo que lo dejó cadáver inmediatamente. "Al reo concediósele apenas el tiempo preciso para reconciliarse y cumplir los deberes religiosos." Aprobada la sentencia de muerte, por el capitán general, que se hallaba presente, ejecutóse con la misma precipitación. La víctima infeliz fué fusilada a las 6 de la tarde, después de cinco horas de congoja, por un piquete de voluntarios, frente a la capitanía del puerto, en medio de una inmensa concurrencia de curiosos. En el curso del tumulto fueron muertas otras varias personas además del ajusticiado y del asesinado subcomisario de policía ⁽²⁾.

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 329-333.

(2) *IBIDEM*.

CAPÍTULO XIII

LA EXPOLIACION DEL EMBARGO DE BIENES CUBANOS DULCE DEPUESTO POR LOS VOLUNTARIOS

El General Dulce logró evitar mayor derramamiento de sangre el día de la salida de los deportados cubanos para Fernando Poo, 21 de marzo, 1869, a costa de la pérdida de su autoridad ya profundamente quebrantada (1).

Otro hecho que habría de agravar su situación material y moralmente prodújose casi de inmediato. Inconforme con la orden de traslado a la Habana de un preso político para ser juzgado en la capital, una compañía de voluntarios de Matanzas donde había sido detenido el preso, presentóse en masa en la ciudad habanera a exigirle al Capitán General la entrega del preso, pues temían que se le juzgase con lenidad, al objeto de devolverlo a Matanzas, someterlo a consejo de guerra verbal y fusilarlo. Irritado Dulce, llamó a su presencia a los jefes de la compañía, les hizo ver la grave falta de indisciplina que cometían y los increpó severamente, sin que depusiesen los voluntarios su actitud. Sólo con el auxilio de los altos jefes de los de la Habana, un tanto complacidos por las últimas medidas represivas del capitán general, pudo lograrse que los de Matanzas en rebeldía desistiesen de sus propósitos, regresasen a su ciudad a esperar el fallo de los tribunales. "Airoso pareció salir de aquel paso el principio de autoridad; como para mostrarse arrogantes con los voluntarios de Matanzas tuvo el capitán general que pedir la cooperación y la ayuda de los de la Habana, la energía mostrada con aquéllos a cambio de la debilidad con éstos, confirmó desde entonces el principio, funestísimo para la continuación de su mando, de que los voluntarios de la capital serían en lo sucesivo los árbitros de todos los asuntos de interés patrio y que puesto el capitán general a su

(1) Al siguiente día de los sucesos de la salida del San Francisco de Borja, Dulce publicó una proclama claudicatoria, calificada por Martí de "Pacto de sangre con los voluntarios". "Os he cumplido —decía Dulce a los voluntarios— mi palabra. Os ofrecí justicia, pronta justicia, y la población entera de la Habana ha presenciado ayer uno de esos espectáculos terribles que no porque estremezcan la humanidad dejan de ser necesarios en momentos dados, cuando la traición levanta la bandera de exterminio." ZABAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, páginas 34-35.

disposición, no tendría más remedio que atender a sus exigencias o marcharse (1).

El llamado "partido español" y los voluntarios, cuyas violencias homicidas y cuyo desacato a la primera autoridad española en la Isla fueron en lo sucesivo cada vez mayores, no se sintieron satisfechos con las medidas dictadas por Dulce ni con la deportación en masa de los doscientos cincuenta infidentes en el San Francisco de Boja. Dueños enteramente de la situación en la Habana, hicieron más intensa la presión sobre Dulce en los últimos días de marzo, a la cual terminó por rendirse el capitán general.

Entre las nuevas exigencias, demandaron de éste que se dictasen disposiciones para el embargo de los bienes de los alzados en armas y de todos los sospechosos de infidencia y de laborantismo.

La causa determinante que sirvió de pretexto para exigir medidas de tal naturaleza del capitán general, fué el decreto de abolición de la esclavitud dictado por Céspedes en 28 de diciembre de 1868, disposición a que se hará referencia más adelante. Justo Zaragoza explica los hechos desde el punto de vista español, con la declaración de que el decreto de abolición de la esclavitud, expedido por Céspedes tres meses antes, implicaba la confiscación de los bienes pertenecientes a los defensores de la integridad española. Irritados éstos y para contestar con la represalia, exigieron del Capitán General que privase inmediatamente de sus propiedades a los cubanos mantenedores de la lucha... El calor con que se trató este asunto... y lo mucho que se discutió de palabra y en los periódicos españoles de entonces, llevó al general Dulce, a pesar de que accediendo a aquellas pretensiones rompía sus compromisos de consecuencia con la historia de toda su vida, a comprometerse a satisfacer los deseos de sus más irritables gobernados (2). En presencia de las circunstancias creadas por la desgraciada política del general Dulce, según Zaragoza, y no teniendo más remedio que dejarse arrastrar por las exigencias de la opinión, el capitán general se prestó a todo. Para que no pareciese que eran sus actos consecuencia de la presión, esperó un motivo que le permitiese ceder, sin aparentarlo. En los primeros días de abril se lo proporcionaron los mismos disidentes, con la nueva de su imposible reconciliación con España (3). "Tomando como fundamento de sus acuerdos un impreso dirigido a los habitantes de las Antillas por la Junta General Republicana de Cuba y Puerto Rico, en el

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 349.

(2) ZARAGOZA, JUSTO. *IBIDEM*.

(3) *IBIDEM*, pág. 348.

que se pedían a todos los simpatizadores de la causa cubana recursos para satisfacer los gastos y acrecer las proporciones de la guerra, expidió Dulce los decretos de abril (1869) relativos al embargo de los disidentes" (1).

La versión de Zaragoza, conocedor directo del asunto, no deja duda alguna respecto a que Dulce se plegó a las exigencias de los voluntarios al dictar los decretos de embargo del mes de abril. El día 6, ya una circular del gobernador superior civil, dirigida a los gobernadores y tenientes gobernadores, pidió a éstos "notas conceptuadas de todos los que hubieran tomado una parte activa en el movimiento insurreccional, y de sus cómplices e instigadores presentes o ausentes", medida preliminar para expedir las disposiciones sobre embargo de bienes, que en aquellos momentos se estaban elaborando. El 14 de abril, el Consejo de Administración de la Isla, consultado por Dulce sobre la procedencia del embargo, emitió un voto "en un todo conforme con lo que la opinión pública pedía y el General deseaba". Llenado este trámite, Dulce expidió los decretos correspondientes para el embargo gubernativo de los bienes que pertenecían a los declarados enemigos de España (2). Al siguiente día, dictó la primera disposición específica sobre embargo, y el 17 firmó el decreto por el cual se creó el "Consejo Administrativo de Bienes Embargados". Constituido con gran premura, el Consejo celebró su primera sesión el 19. En disposición aclaratoria del siguiente día, Dulce informó a los delegados gubernativos en las jurisdicciones, que la penalidad del embargo comprendía a todos los que hubiesen tomado parte en la insurrección, dentro o fuera de la Isla, o que la hubiesen auxiliado con armas, municiones, dinero o artículos de subsistencia. En muchas jurisdicciones, los tenientes gobernadores procedieron inmediatamente, en primer término, al embargo de los bienes a los deportados a Fernando Poo y a todas las personas ausentes de las jurisdicciones, bajo el supuesto de que se hallaban en las filas de los insurrectos. Los incontables abusos y las acusaciones de infidencia contra todo cubano que poseía algunos bienes, crearon un estado general de pánico e intensificaron el éxodo al extranjero de toda familia que pudo obtener pasaje en cualquier tipo de barco (3). Para decretar un embargo, "fué suficiente a veces una simple comunicación elaborada por indicaciones perversas, fundada en hechos imaginarios o injustificados. Sabíase que en ciertas

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 357.

(2) *IBIDEM*, pág. 369.

(3) ZARAGOZA, JUSTO. Vol. II, pág. 374.

ocasiones, secretamente, los deudores contra personas acomodadas denunciaban a éstas para saldar la deuda. Denuncias anónimas, dictadas por el espíritu de venganza o para indisponer a señaladas familias, fueron motivos bastantes para que los gobernadores decretaran embargos (1). Estos constituyeron una expoliación en inmensa escala, para despojar de sus bienes a miles de familias cubanas, y traspasarlos a manos de gentes sin conciencia, que alardeaban de pertenecer al partido intransigente de "los buenos españoles". El gobierno metropolitano de la Revolución de septiembre dió carta blanca a Dulce para que procediese en la cuestión de los embargos "como mejor conviniese a la defensa de la integridad nacional" (2). Dulce, por su parte, usó de los embargos sin limitación, para ganarse algún apoyo de los voluntarios y del partido de los "buenos españoles".

Puestos en ejecución los embargos en 16 de abril de 1869, cinco meses más tarde, en 31 de agosto, el número de embargos sumaba 1,184. De éstos, 183 fueron dictados en dos meses por Dulce; 344 en los 26 días del gobierno interino de Ginovés Espinar que lo sucedió en la Capitanía General, instrumento de los voluntarios habaneros; y 657 durante el mando del general Antonio Caballero de Rodas. Este general continuó los embargos en grande escala, de manera que a fines de 1870 se habían elevado a no menos de 4,000.

El primer inventario de bienes embargados, comprendió sólo 177, de los que ya se tenían datos completos en 31 de agosto de 1869. Da idea de la magnitud del despojo. Los propietarios de los bienes embargados eran dueños de 319 casas en la Isla, que no importaban menos de tres millones de duros; de una riqueza fácil de hacer efectiva, en acciones, créditos y censos sobre fincas rústicas y urbanas que ascendía a más de otros seis millones; y de 196 fincas rústicas entre ingenios, cafetales, potreros, sitios, estancias y haciendas, en las que estaban ocupados 4,839 negros esclavos varones y hembras y 2,070 asiáticos. Esas fincas contenían numeroso ganado de todas clases, valioso material de industria agrícola, alguno marítimo, y bastante del destinado a almacenaje, conservación y transporte de los importantísimos frutos que rendían. Según los más reducidos cálculos, de todo lo que importaba lo embargado a esos 177 poseedores, en valores, productos, dotaciones, ganados, fincas, muebles propiedades especiales marítimas e instrumentos agrícolas, resultaba una cifra no menor en pesos fuertes de \$17,433,233.

(1) *IBIDEM*, pág. 375.

(2) *IBIDEM*, pág. 376.

Esta suma da idea de la cantidad a que podía ascender el importe total de los 4,000 embargos que habían sido dictados ya a fines de 1870 (1).

El embargo en grande escala de los bienes de infidentes, laborantes y sospechosos de desafección a la integridad nacional, decretado y puesto en marcha por Dulce a mediados de abril, no le granjeó a la rudamente combatida primera autoridad de la Isla, pasado el primer momento, la menor buena disposición de sus acérrimos y enconados adversarios. Creó, a la inversa, una mayor y más violenta hostilidad, a causa de las bajas pasiones que puso en juego, estimuladas por la codicia, la envidia, el odio y la venganza. En el ambiente de rivalidades, sospechas y recelos entre los que se disputaban los valores y las propiedades de los cubanos desposeídos por el embargo, los "buenos españoles" más extremistas iniciaron una ofensiva final contra Dulce, noticiosos de que en la metrópoli comenzaba a debilitarse la Unión Liberal y con ésta el gobierno septembrista. En 14 de mayo, prodújose fuerte excitación pública en la Habana con un motivo nada extraordinario: el haber sido sorprendida infraganti una mujer que, como otras muchas, gestionaba concesiones para los presos políticos, pagadas a un alto precio. La sorpresa fué hecha por el alcaide de la cárcel de la Habana en persona, en el momento en que la mediadora recibía de un preso la suma de dos mil pesos en billetes de banco, anticipo de una suma mayor, en pago de una orden de libertad que había asegurado podría obtener. Acusaciones de esta clase eran cosa corriente con motivo de los embargos. Las imputaciones se dirigían con frecuencia contra los tenientes gobernadores de las diversas jurisdicciones de la Isla y hasta contra los jefes militares en campaña. Los embargos no se habían traducido de inmediato en fuente de ingresos para el Fisco que aliviase al comercio del pago de algunos impuestos, ni proporcionado sumas en cantidades elevadas para ser distribuidas en compensación de los daños recibidos por los "buenos españoles".

Corrompida la Administración en la forma más escandalosa, lo méfítico del ambiente permitía las más infamantes y vergonzosas imputaciones especialmente dirigidas muchas de ellas contra los tenientes gobernadores y los jefes militares en operaciones que por honor propio,

(1) Los datos que anteceden y la explicación entre comillas en el texto son de absoluta autenticidad y de fuente no cubana ni revolucionaria. Son del historiador español Justo Zaragoza, Secretario del Consejo Administrativo de Bienes Embargados. En el ejercicio de la función que le correspondía como tal, Zaragoza dirigió la preparación del inventario, el cual fué ordenado por el Intendente de Hacienda José Emilio de los Santos. Así lo consigna Zaragoza, que era Secretario también del Gobierno Superior Civil de la Isla, en las páginas 508 y 509 del tomo II de su obra *Las Insurrecciones en Cuba*.

por honor del Ejército y de la nación española, no se prestaban a ser instrumentos del odio, la venganza y la torpe ambición de quienes procuraban crear por todos los medios, aún los más bajos y repugnantes, un estado de pánico que les facilitase apoderarse de los bienes de todo cubano poseedor de alguna riqueza.

Lanzados a la ofensiva contra Dulce y contra cuantas autoridades y jefes militares eran un obstáculo a sus planes de despojo y exterminio, en 14 de mayo circuló en la Habana y fué remitida a España, una hoja suelta encabezada con la palabra *¡¡¡Alerta!!!*, dirigida "A nuestros hermanos de la Península", en la que se hacían las más graves imputaciones a Dulce y algunos tenientes gobernadores y jefes militares. "La guerra se prolonga —decíase en la hoja— por el mal proceder de no pocos tenientes gobernadores que a trueque de un puñado de oro están vendiendo a la patria, alimentando la insurrección con su tolerancia y a la vez haciendo hacer a la tropa marchas inútiles. El Capitán General sabe perfectamente lo que pasa. Sin embargo, no pocos gobernadores y jefes de columna continúan en sus puestos, contándose entre ellos el general Modet (1). Indigna, que ciertos gobernadores y jefes de columna estén vendiendo los salvoconductos con los cuales se pasean libremente los más encarnizados enemigos de España" (2).

La hoja del 14 de mayo fué seguida el 15 de otra más extensa y de mayor virulencia titulada "La situación de Cuba en 15 de Mayo de 1869" (3). El General Dulce, decíase en esta nueva hoja, negación absoluta en lo físico y lo moral, no es el que ha de salvar la Isla del peligro que la amenaza. Ese peligro es tanto más grave, cuanto es más profundo el odio que profesa a la Milicia ciudadana (los voluntarios). Fuera de alguna que otra alocución oficial, no se le ha oído en público ni en privado, una sincera palabra de satisfacción y en cambio muchas ofensivas, para la más benemérita Milicia del mundo, a la cual y a nadie más que a ella, debe España la conservación de su magnífica provincia." A medida que habían ido llegando los refuerzos de la Península, agregábase, la insurrección se había ido extendiendo más y más por todo el ámbito de la Isla. Debíase esto, a que Dulce contestaba a las peticiones que se le dirigían de guerra sin cuartel a los rebeldes, labo-

(1) El encono contra el General Modet rayaba en odio mortal, porque Modet, militar pundonoroso, de ideas liberales, relacionado por vínculos de amistad con numerosas familias cubanas, habíase negado a ser instrumento de los más irresponsables extremistas de Cienfuegos, y condenado los abusos de que se habían hecho víctimas con motivos del embargo, a muchas familias cubanas, sin justificación de ninguna clase.

(2) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 402-403 y 777-78.

(3) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 403-404 y 778-79.

rantes y sus cómplices, dando salvoconductos a los más furibundos enemigos de la integridad nacional. El embargo mismo había sido dictado para cubrir un expediente en el que nadie veía otra cosa que una repugnante farsa, tanto más insultante cuanto que dada la orden de embargo con fecha 1º de abril, no se había publicado en la Gaceta hasta el 15 del propio mes, dando así tiempo de sobra a sus amigos cubanos desleales para que pusiesen a buen recaudo sus valores y sus bienes raíces por medio de ventas y traspasos simulados, que había que respetar porque habían sido hechos con las formalidades debidas dentro de la legalidad de la ley, que no tenía efecto retroactivo. Dulce amparaba el peculado de empleados corrompidos que eran sus aduladores. Los jefes de columna cometían los más bajos delitos de traición y peculado. A la absoluta nulidad de la superior autoridad, decíase en la hoja, agrégase la conducta infame de los generales Peláez, Buceta y Letona y de los brigadieres y coroneles del Ejército en operaciones, así como las de quienes desempeñaban las comandancias y capitanías de partido, todos los cuales ponían precio a su patriotismo de un modo escandaloso y cínico, manchando sus manos con el vil metal de la insurrección. Sólo se movía la Milicia ciudadana: su conducta, su abnegación y su patriotismo no tenían ejemplo en ninguna historia."

Todo hallábase corrompido hasta la médula, exponían los autores de la nota de los voluntarios contra Dulce. "La Aduana de la Habana, decíase textualmente, y otras de la Isla, habían sido siempre focos de corrupción, donde los empleados sin dignidad, sin honor y sin conciencia improvisaban fortunas fabulosas a costa de la honra del gobierno, que no había podido satisfacer sus compromisos sin apelar a ruinosas operaciones de crédito que pesaban inmensamente sobre él. Esa misma conducta estaban siguiendo bajo el gobierno de Dulce los empleados de las aduanas, pero con más cinismo todavía que los que los habían precedido en tan repugnantes operaciones de fraude, más criminales ahora que las hacían en circunstancias críticas en que el gobierno se veía agobiado por las necesidades de la insurrección." Hacíase solo una excepción. Se reconocía que el nuevo Superintendente de Hacienda, Joaquín Escario, era persona honrada.

El ataque contra el peculado y el fraude en las Aduanas iba dirigido por los autores de la hoja del 15, más que a los empleados mismos, al alto comercio peninsular, en el que figuraba la mayoría de los "peninsulares ilustrados", inclinados a medidas de conciliación que satisfaciesen en algo a la opinión cubana, personajes de influencia desde los tiempos de Tacón en la Capitanía General, defraudadores siempre del Fisco.

Los inspiradores y representativos de lo que Justo Zaragoza llama "la clase media peninsular" de aquella época en Cuba, aspiraban a que los "buenos españoles" intransigentes desplazasen a los "españoles ilustrados", haciéndoles perder la confianza en ellos a los voluntarios, de quienes eran los más altos jefes todavía. No reparaban en medios, por tanto, para desacreditarlos a los ojos de la "Milicia ciudadana".

No era posible exceptuar a la Administración militar, decíase en la hoja. "Esta, lejos de poner coto a la corrupción ya histórica de la institución, parecía que no se había saciado bastante en la guerra de Santo Domingo, durante la cual se enriquecieron fabulosamente cuantos intervinieron en aquellos manejos odiosos y repugnantes, los mismos que se estaban verificando ahora con motivo de la insurrección, y a costa del infeliz soldado, carente de todo, así en el cuartel como en el campo de operaciones."

Siete días más tarde de la publicación de la incendiaria hoja del 15, los enemigos de Dulce, considerando preparado el terreno, pasaron del insulto anónimo por escrito a la amenaza personal directa, con motivo de lo que consideraron un acto de traición de la primera autoridad de la Isla. En espera de ser trasladados al arsenal de la Carraca, en Cádiz, donde debían cumplir las penas a trabajos forzados que les habían sido impuestas, en la fortaleza de la Cabaña guardaban prisión los revolucionarios cubanos capturados en la segunda expedición de la goleta Galvanic. Lista para zarpar una fragata que debía conducirlos a España, dispúsose para evitar incidentes dada la excitación reinante, que fuesen embarcados de noche, orden cumplida por el coronel de voluntarios jefe del sexto batallón, de guardia en la fortaleza la noche del 22 de abril, Francisco F. Ibáñez. De acuerdo las autoridades de la Marina y los jefes de la guardia en la fortaleza, el traslado se efectuó con el mayor sigilo, en altas horas de la noche, después de recogidos los voluntarios en sus pabellones. Informados éstos de lo ocurrido en la noche por los que habían estado de centinelas, al formar para ser relevados por el batallón de turno, todos los voluntarios del sexto, prorrumpieron en grandes gritos de ¡mueran los traidores! que libraban en las sombras de la noche del castigo que debían sufrir en la Isla, a los enemigos de España. Mientras descendían por la falda de la Cabaña, durante la travesía del canal del puerto, al desembarcar en el muelle de Caballería y estacionarse en la Plaza de Armas, continuaron los mueras, dirigidos al general Dulce y al coronel Francisco F. Ibáñez, jefe del batallón, quien se apresuró a renunciar a su coronelato y fué sustituido inmediatamente.

Noticias recibidas telegráficamente desde Madrid por Dulce el día 23, informábanle del quebranto que comenzaba a hacerse visible, de la

Unión Liberal, hecho del cual hallábanse prevenidos los inspiradores y autores de las hojas sueltas del 14 y el 15, razón por la cual la primera había sido dirigida "a los hermanos de la Península". Dos días después, en casa del brigadier Malcampo, jefe de la Marina, celebróse una reunión privada a la cual asistieron el regente de la Audiencia Calvetón; el superintendente de Hacienda, Escario; el gobernador político de la Habana, López Roberts; los generales Espinar, segundo cabo; Venent, inspector de los voluntarios; Clavijo, inspector de la artillería, y otros jefes militares y autoridades, para considerar la situación que se agravaba por momentos y determinar una línea de conducta. Los reunidos acordaron que dos de los más autorizados de ellos se comunicasen con Dulce y le expusiesen la gravedad del momento, a causa de la excitación de los ánimos y de la gran intranquilidad reinante en la población. Entrevistados con Dulce, a indicación de éste celebróse una junta en la casa de gobierno, a la cual asistieron las autoridades civiles y militares representadas por los dos comisionados. Discutida extensamente la situación y los asuntos políticos, por la reticencia de los reunidos y la actitud general de los mismos, comprendió Dulce que a él le correspondía apreciar las cosas y ofrecer una solución. Sin medios de acción y recayendo sobre él toda la responsabilidad, Dulce llegó a la conclusión de que debía renunciar el mando, e informó a los reunidos de su decisión de enviar inmediatamente su renuncia al gobierno, con carácter irrevocable, con lo cual pondría término, por su parte, a la situación. Cablegrafióla, al general Prim, manteniendo la reserva de lo hecho durante los días 23 a 27 (1). Rumorándose que se producirían hechos de extraordinaria gravedad, la excitación pública y la intranquilidad iban en aumento. Recibida el 28 la respuesta del gobierno de que su renuncia, dados los términos de la misma, había sido aceptada, designándose para sustituirlo el general Antonio Caballero de Rodas, que arribaría a la Habana en 15 de junio, Dulce dió publicidad a lo resuelto en Madrid.

No era Dulce hombre que se amilanara ante ningún peligro y entendiendo quienes eran los inductores, promotores y principales responsables de la creciente indisciplina de los voluntarios y de la excitación de los ánimos, quiso imponerles el merecido castigo, demostrando la plenitud de su autoridad, y el mismo día 28 dictó una orden de que se dispusiesen a dejar la Isla y a embarcar para España en el correo del 30, bajo partida de registro, las cuatro señaladas personas siguientes: el oficial de voluntarios de artillería, antiguo funcionario en el gobierno superior civil, Eduardo Alvarez Mijares; el cura párroco de la ige-

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 779.

sia de Nuestra Señora de Monserrate, Anacleto Redondo; el director de La Voz de Cuba, Gonzalo Castañón; y el abogado Basilio Díaz del Villar.

La noticia de la renuncia y sustitución del capitán general, lejos de aquietar los ánimos, los excitó más todavía, perdida la poca fuerza moral que pudiera quedarle al general Dulce y lo dejó a merced de los victoriosos voluntarios, dueños de la situación, en abierto estado de rebeldía, y dispuestos a extremar su intransigencia hasta hacerlo cesar inmediatamente en el mando. El general Peláez, jefe superior militar de la zona de Cienfuegos, indignado a causa de las acusaciones que se le hacían en la hoja del 15, trasladóse a la Habana para exponerle al general Dulce la imposibilidad en que se hallaba de continuar en el mando, obtener de éste la inmediata aceptación de su renuncia y regresar a España. Informados los voluntarios habaneros por los de Cienfuegos, con los cuales estaban en constante comunicación, de la salida de Peláez para la Habana sin conocer la causa de la misma, tomaron la decisión de vengar y humillar al general dándole una cencerrada frente al hotel donde se hallaba alojado, en la noche del 30, a fin de imponerle un castigo humillante y forzarlo a renunciar sin demora. Otro tanto propusieron hacer también a la siguiente noche contra el general Modet, que se había trasladado también a la capital. El estado de efervescencia en la ciudad, dueños los voluntarios de la situación, era incontenible en las primeras horas de la noche del 1º de junio, convocándose a repetidos toques de corneta en todos los barrios, a los voluntarios a reunirse armados frente al edificio de la Capitanía General, para actuar ya contra Dulce directamente. Los grupos de voluntarios armados para dar la cencerrada a Modet, en esa noche del día primero, invadieron la Plaza de Armas por Obispo, dando estruendosos mueras a los traidores, Peláez, Modet y Dulce e hicieron amagos de invadir la casa de gobierno. La guardia de voluntarios a la entrada de la misma, mantuvo su disciplina, cruzó las armas cerrando el paso, manifestándose dispuesta a cumplir con su deber y contuvo a los que amenazaban atacar (1).

Aumentada la concentración de voluntarios más nutrida y amenazadora a cada momento, Dulce que había ordenado que el corto nú-

(1) El historiador Pirala refiere el siguiente suceso: "Intentaron otros disparar tiros al Capitán General, que presenciaba desde un balcón el alboroto, y al oír las voces de los que revólver en mano le amenazaban, se quedó solo en el balcón, encendió tranquilamente un fósforo y con él un cigarro para hacerse más visible, admirando todos el valor y serenidad de aquel hombre tan debilitado físicamente". PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. II, pág. 536.

Es posible que Dulce ofreciese tal prueba de valor en demostración de que no temía a sus enemigos o de que prefería la muerte a la humillación que se pretendía imponerle, en desacato, además de la alta autoridad y representación de la nación española que ostentaba.

mero de soldados de la guardia civil al mando del coronel Baile y un escuadrón de la Reina a las órdenes del coronel Franch, únicas fuerzas regulares conque contaba en la ciudad se situasen al costado de la casa de gobierno por el lado de la calle de O'Reilly, en vista de que el General Segundo Cabo, Genovés Espinar, y los generales Venent, Clavijo, y otros altos jefes militares y civiles de la ciudad, permanecían pasivos ante el motín, llamó a su presencia a los coroneles Baile y Franch, ordenándoles personalmente que con la corta fuerza de sus mandos respectivos cargasen contra los amotinados y despejasen la Plaza de Armas y las calles adyacentes, ocupadas todas por la hostil muchedumbre armada que exigía el inmediato cese de Dulce y la entrega del mando al general Espinar. Expresaron ambos coroneles al irritado Dulce que los soldados a sus órdenes parecía difícil que obedeciesen el mandato de hacer fuego y cargar contra los revoltosos, ordenándoles Dulce retirarse de su presencia.

Inminente la posibilidad de que la casa de gobierno fuese invadida de un momento a otro sin encontrar resistencia, Espinar, Venent, y Clavijo que habían bajado a la Plaza de Armas poniéndose al habla con los revoltosos, subieron al despacho del Capitán General con algunos delegados de los grupos de voluntarios, y le expusieron a Dulce la realidad de la situación y la pretensión de la muchedumbre armada de que resignase el mando inmediatamente. Negóse Dulce a acceder a ello bajo la presión de la amenaza, y aplazó su decisión final para las primeras horas de la mañana del 2, en la que formados los batallones de voluntarios en la Plaza de Armas, debían enviar sus representantes a la autoridad superior para la resolución definitiva de ésta. Aceptada la resolución y llenado el trámite en las primeras horas de la mañana, los delegados de los batallones, en presencia de los generales ya mencionados y otras altas autoridades militares, mantuvieron en firme las peticiones de la noche. Dulce los increpó con severidad, les manifestó que abusaban de la confianza en ellos depositada para poder mandar todas las tropas de líneas contra la insurrección, los acusó de proceder de manera peor y más grave para España que los cubanos insurrectos y terminó declarando que procedería entregar el mando inmediatamente al general Espinar, quien, con su silencio, manifestó su disposición a aceptarlo. Tres días más tarde, el general Dulce, de uniforme, con las más altas condecoraciones militares, que le habían sido otorgadas en más de cuarenta y cuatro años de servicio, marchó altivo y severo a través de las silenciosas filas de los voluntarios en formación, desde el Palacio de los Capitanes Generales hasta el muelle de Caballería. Una

falúa condújole a Guipúzcoa, buque destinado a transportarlo a España, que enfiló el canal a los pocos minutos en viaje a Cádiz. Cinco meses y veintiocho días había durado su segundo tormentoso mando en Cuba.

La acción violenta de los "buenos españoles" hízose manifiesta no sólo en la Habana contra Dulce, Peláez y Modet —contra los dos últimos instigada particularmente desde Cienfuegos. Hízose extensiva también a otros numerosos jefes acusados de no proceder con la implacable energía demandada por los "buenos españoles" contra los enemigos de la integridad nacional en diversos lugares de la Isla. El Gobernador de Matanzas, López Pinto, fué destituido. Igual suerte corrieron los tenientes gobernadores de Cárdenas y Güines y el general Buceta, quien en Santiago de Cuba fué objeto de los mismos ultrajes que se prepararon en la Habana contra Peláez y Modet, a la vez que se acusaba de lenidad o de traición a otros tenientes gobernadores y jefes de columnas, en otros lugares de la Isla, donde las cosas no pasaron a mayores porque los acusados disponían de tropas de líneas disciplinadas bajo su mando. Semanas más tarde, ya en posesión del mando Caballero de Rodas, el general Letona, que había servido en Las Villas y Camagüey, blanco también de similares acusaciones, resignó el mando y se retiró a España.

Tanto Dulce como los demás jefes militares defendiéronse energicamente de las infamantes acusaciones que les habían sido dirigidas. El Comandante, Jefe de Estado Mayor del general Peláez, Arsenio Martínez de Campos, en extenso comunicado a La Voz de Cuba, defendió con energía su jefe, quien rechazó indignado los cargos formulados contra él en un manifiesto a la nación dado a la publicidad por los voluntarios en la Habana el 10 de junio, con el propósito de justificar los actos que culminaron en la deposición de Dulce y demás jefes militares. Modet y Luceta defendiéronse en términos no menos enérgicos (1).

Ya en España, el general Dulce, en extensa comunicación de 28 de junio al Ministro de la Guerra que le pedía el esclarecimiento de algunos hechos, declaró recordar que el Superintendente de Hacienda, Joaquín Escario, una de las altas autoridades asistentes a la reunión privada de 25 de mayo en la casa del general Malcampo, Jefe de la Marina, le había manifestado que lo que se buscaba al tratar de que Dulce cesase

(1) Por desgracia de la nación y mía como de todos, estampó Peláez en el último párrafo de su escrito de defensa, he visto muchos motines y atropellos. Lo que no había visto hasta que me lo han hecho ver (sus acusadores) es tratar de justificar lo injustificable con torpes calumnias: es preciso tener para ello un corazón miserable lleno de cieno en lugar de sangre (subrayado del Gral. Peláez). PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. I, pág. 557.

en el mando, era una "interinidad", y que si esto sucedía él le acompañaría a España (1). Fundada o no la versión de Escario, las evidencias históricas son que los "buenos españoles" se apresuraron a aprovechar la interinidad de Espinar, instrumento suyo que se hallaba a merced de ellos, totalmente quebrantada la autoridad, y con menos medios de acción que Dulce, para afianzarse en el poder que habían conquistado e imponer en Cuba la política de exterminio por ellos preconizada.

(1) El honrado Escario, profundamente impresionado por los hechos del 1º y 2 de junio, murió de una congestión cerebral al impacto de tales hechos sobre su espíritu, según opinión general, en 8 de junio, mientras Dulce navegaba hacia España en el Guipúzcoa.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO XIV

LA REVOLUCION A PRINCIPIOS DE ABRIL DE 1869

En los primeros días de abril, mientras el General Dulce preparaba y dictaba las disposiciones sobre el embargo de los bienes de los infidentes, el partido de los "buenos españoles" arreciaba su oposición contra el capitán general, dispuesto a imponer la política de guerra de exterminio y de suplantar en la influencia hasta entonces ejercida, de los españoles ilustrados, y el General Valmaseda reforzado con tropas procedentes de la península se preparaba a lanzar una ofensiva exterminadora contra los insurrectos orientales precedida de su feroz proclama de 4 de abril, las operaciones militares procedían su curso en forma poco favorable para las fuerzas revolucionarias cubanas.

La pérdida de Bayamo, coincidente con las gestiones pacificadoras de Dulce, había sido en enero un rudo revés militar para los insurrectos, fuente de otras graves dificultades para el gobierno revolucionario, a la vez que facilitó, después del primer momento, la ejecución de los planes de guerra a muerte de Valmaseda en Oriente. Perdida Bayamo, a Céspedes no le fué posible el mantener la sede de su gobierno en un lugar fijo, hecho que además de otros muy serios inconvenientes, acarreó el de hacer irregular e insegura la comunicación de Céspedes con los jefes cubanos en operaciones. Quebrantos tan dolorosos como los del incendio de la ciudad y la dispersión de las familias en los campos, unidos al estar Céspedes errante de un lugar para otro, redundaron en menoscabo de la autoridad de éste y crearon un estado de incertidumbre y confusión muy grandes. El gobierno revolucionario parecía haber quedado destruído. Hacíase urgente adoptar medidas drásticas a fin de imprimir mayor vigor a la guerra, en evitación de un desastre total. Mármol parecía ser un jefe apto para tal misión. Su primo Eduardo y algunos opositores de Céspedes, creyeron que se presentaba una oportunidad para sustituir a éste, e instaron a Mármol a que asumiese la dirección suprema de la guerra, con poderes dictatoriales para salvar la revolución en Oriente.

Desde el estallido de la insurrección, Mármol había alcanzado una serie de resonantes éxitos militares. Estos realzaron su prestigio personal, destacándolo en primera línea entre los jefes cubanos. Santa

Rita, Baire y Jiguaní, fueron poblados ocupados por Mármol con otros jefes antes de la ocupación de Bayamo por Céspedes. Al frente de sus fuerzas, con alguna mejor organización que los demás, marchó a la ciudad a conferenciar con Céspedes, ocasión en que prestó su cooperación a Francisco Vicente Aguilera y Modesto Díaz para rechazar al coronel español Campillo. Eliminado el peligro de Campillo, marchó con gran rapidez a Jiguaní a contrarrestar el del coronel Quirós derrotándolo en Ventas de Casanova. Poco después ocupó con sus fuerzas el Cobre. Jefes a sus órdenes, se situaron en los pasos o "puertos" que comunicaban a Santiago con el interior del Departamento y llevaron la guerra a la vista de la ciudad santiaguera. Preparábase, según quedó expuesto en otro lugar, a extender la insurrección a Guantánamo, desde su fuerte y estratégico campamento de Sabanilla, cuando en acatamiento de instrucciones de Céspedes, aplazó la ejecución de su plan y realizó su gran marcha de más de 30 leguas para oponerse a Valmaseda con fuerzas absolutamente inferiores en armamento, disciplina y preparación militar a las del jefe español, en los pasos de El Salado y de El Cauto. Jefe de estado mayor de Mármol el general Máximo Gómez, junto a éste adquirirían experiencia militar Félix Figueredo, Calixto García, Rafael Bárzaga, Pío Rosado y otros valerosos jefes y oficiales. Al propio tiempo, de las filas de la fuerte y recia gente de campo, comenzaban a surgir en la jurisdicción de Cuba, de la cual era jefe y a la que Mármol había llevado la insurrección, jefes y oficiales salidos de la clase de tropa —Antonio y José Maceo, Flor Crombet, Guillermo Moncada, Francisco Borrero, José de Jesús Pérez, Camilo Sánchez, Silverio del Prado y otros— que se destacaban y empezaban a figurar no pocos de ellos en primera línea entre los más distinguidos frente al enemigo. En las jurisdicciones de Jiguaní y Cuba, Mármol había actuado por su propia iniciativa, en casi total independencia de Céspedes, aún cuando desde el primer momento reconoció y acató la superior autoridad de aquél. Dentro del extenso territorio de su mando, Mármol consideraba incluídas las jurisdicciones de Guantánamo y Baracoa, de manera que era jefe de un extensísimo territorio, la mitad o más de Oriente.

Después del revés, inevitable, dada la disparidad de fuerzas, en los pasos de El Salado y de El Cauto, no faltó quienes atribuyeron a la falta de experiencia militar de Mármol y al haberse separado éste de algunas instrucciones recibidas de Céspedes, la victoria de Valmaseda, erróneas versiones produjeron algún resentimiento en Mármol (1).

(1) Han sido repetidas sin fundamento por algunos historiadores.

Vuelto rápidamente Mármol desde el Cauto a la jurisdicción de Cuba, campamento del ingenio Caney, se suscitó, en condiciones un tanto similares en cuanto a incertidumbre y confusión a las de la primera semana del alzamiento, entre algunos de los jefes que rodeaban a Mármol, una cuestión semejante también a la planteada en Jiguaní en los días inmediatos al 10 de octubre, cuando ni Mármol ni sus compañeros tenían aún conocimiento del Manifiesto de Céspedes e ignoraban los propósitos y los planes de éste: la necesidad de darle una jefatura central y un gobierno efectivos y fuertes a la insurrección. Esta aparecía ahora, después de la caída y la destrucción de Bayamo, desprovista de una dirección capaz de hacer frente a la crisis. Frente a Valmaseda, era urgente crear un mando único, vigoroso, de indomable energía e ilimitados poderes para salvar la causa de Cuba Libre en Oriente. Eduardo Mármol y algunos otros de los jefes y oficiales a las órdenes de Mármol, instaron insistentemente a éste a que asumiese la jefatura suprema, prescindiendo de Céspedes, con poderes dictatoriales. Los demás, no muy de acuerdo con planes que les parecían aventurados y peligrosos, ante la insistencia de sus compañeros, se allanaron a secundarlos no sin cierta repugnancia. Hecha la proclamación de los poderes dictatoriales de Mármol, tratóse de justificar la medida con imputaciones de falta de eficacia del gobierno de Céspedes. Este creaba, fué la principal acusación, dificultades a las operaciones militares que ponían en peligro el triunfo contra España.

Mármol había recibido los informes de Delfín Aguilera, ya citados, sobre el próximo arribo a fines del mes a la bahía de Nipe, de la fuerte expedición de la goleta Mary Lowell, con un gran cargamento de armas y municiones. Vital la necesidad de armas y municiones para la prosecución de la guerra, resolvió trasladarse inmediatamente a la jurisdicción de Holguín, zonas de Tacajó y Bijarú. Calixto García, jefe de toda su confianza, se adelantó, por orden de Mármol a situarse en la península de Ramón, en constante vigilancia, para recibir los expedicionarios, ayudar el alijo del cargamento y trasladarlo a lugar seguro en el interior. El alejamiento de Mármol rumbo el norte, aumentó las dificultades ya existentes para mantenerse en comunicación con Céspedes, una circunstancia adicional favorable a los planes de quienes lo habían inducido a asumir poderes dictatoriales con entera independencia del gobierno revolucionario.

No era posible, sin embargo, que Mármol pudiera sostenerse en la posición de grave responsabilidad por él asumida, sin contar con el apoyo moral de otros jefes revolucionarios de autoridad y prestigio en Oriente. Por sus antecedentes, sus elevadas prendas de carácter y su

absoluta consagración a la causa de la independencia, Francisco Vicente Aguilera era una de las personalidades más respetadas de los revolucionarios. A Aguilera, pues, se dirigieron, en primer término, Mármol y los partidarios de la dictadura de éste. Aguilera hallábase en Guisa, al ser informado del paso dado por Mármol. Apreció la gravedad y lo aventurado del mismo, y actuó sin demora para evitar el cisma. Una división en Oriente constituiría un gravísimo peligro para la causa revolucionaria. Desde cualquier punto de vista que se la considerase, resultaba funesta en la difícil situación del momento. Decidido a tratar de contrarrestar la amenaza, se apresuró a informar a Céspedes de lo que ocurría. De acuerdo ambos, decidieron marchar inmediatamente a Tacajó a entrevistarse con Mármol, según quedó dicho en otra parte de esta obra. Recibidos con prevención, no hostilmente, en reunión privada celebrada al efecto se aclararon los hechos. Quedó sentado que el mando de Céspedes seguía en pie, discutiéronse las cuestiones relativas a la mejor dirección de la revolución, se convino en principio en la reorganización del gobierno, sobre una más amplia base en una fecha próxima, y Mármol desistió patrióticamente de su actitud. El peligro de división en Oriente quedó conjurado, con la ventaja de dejar preparado el terreno para la formación de un gobierno revolucionario único, a base de un entendimiento con los camagüeyanos (1).

Mientras se producían estos hechos, los jefes militares españoles se preparaban a batir sin tregua la insurrección cubana. A fines de diciembre (1868) y en enero (1869), arribaron a la Habana algunos de los refuerzos urgentemente solicitados por Lersundi primero, y por su sucesor, Dulce, después. Movilizáronse, además, batallones de voluntarios y de milicianos, y aumentóse el número de guerrillas y contraguerrillas sostenidas con fondos levantados por los comerciantes españoles y algunos hacendados, cafetaleros y terratenientes. Con tal aumento de fuerzas, las operaciones ofensivas del mando español no tardaron en multiplicarse y ganar en intensidad. Valmaseda, terminadas las obras que emprendió en Bayamo para alojar tropas, almacenar municiones de guerra y demás material indispensable para operaciones constantes en amplia escala, y con fuerzas numerosas situadas en Bayamo, Manzanillo, Cuba, Gibara, Holguín, y Tunas, extendió gradualmente la acción de sus columnas en todas las zonas mencionadas. Santa Rita, Baire, Ji-

(1) Versiones de estos hechos, con ligeras variantes, pueden verse en las obras siguientes: *Desde Yara hasta el Zanjón. Apuntaciones Históricas*, por Enrique Collazo, La Habana, 1893, págs. 15-16; *Francisco Vicente Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868*, por Eladio Aguilera Rojas, págs. 44-46; *Anales de la guerra de Cuba*, por Antonio Piralá, vol. I, págs. 438-443; y *Rafael Morales y González*, por Vidal Morales y Morales, págs. 146-153.

guaní, Palma Soriano y El Cobre fueron reocupados. Convertidos estos lugares en bases para operar en las zonas aledañas, el jefe español mantuvo una presión incesante sobre las fuerzas insurrectas, faltas de armas y de municiones para hacer frente a un enemigo cada vez más numeroso y envalentonado. Después de los descalabros de Mármol en los pasos del Salado y del Cauto, de la reocupación de la incendiada Bayamo, y de haber recibido refuerzos de tropas de línea, el Conde se reafirmó en la idea, base de su estrategia, de que, quebrantada la insurrección, le sería posible aplastarla en Oriente. Una política de atracción, combinada con una acción militar que estaba en condiciones de desplegar e intensificar en todo el Departamento, bastaría para lograr el objetivo perseguido. En tal virtud, procuró por todos los medios, simultaneando la amenaza y el terror con la persuasión, atraer a Bayamo y volver a reunir y establecer en la ciudad, las familias dispersas en campos y bosques, a la vez que multiplicó sus esfuerzos, para inducir a deponer las armas y "presentarse" a la autoridad española, al mayor número posibles de insurrectos. En medio de las graves dificultades a que hacían frente, éstos se mantuvieron en actitud inquebrantable. Ganaban en experiencia en el tipo particular de guerra que les era posible sostener, y se sentían dispuestos a proseguir la lucha hasta el último extremo. Abrumados por el número y los elementos de guerra del enemigo, acudieron al procedimiento de dividirse en pequeñas partidas, se mantuvieron en constante movilidad e impidieron la pacificación total del territorio. Las familias bayamesas refugiadas en los montes y las estribaciones de la Sierra Maestra, soportaron heroicamente los más penosos sacrificios en los campos, sin rendirse al hambre, a la desnudez, ni a los desmanes de la soldadesca y las guerrillas. Dióse el caso, reconocido en fuentes españolas, de que no pocas de las que fueron recogidas en Bayamo, tan pronto se aprovisionaron de algunos efectos escaparon de nuevo al campo, a aportar vestuario, medicinas y otros artículos de primera necesidad a sus familiares insurrectos.

Ensoberbecido e irritado el Conde ante el inquebrantable espíritu de rebeldía de los cubanos alzados en armas, abandonó, a fines de marzo, todo propósito de atracción, decidido a llevar adelante una implacable guerra de terror y exterminio. En 4 de abril (1869), dictó en Bayamo una proclama dirigida "a los habitantes de los campos", a quienes, por considerarlos auxiliares directos del Ejército Libertador, se proponía aterrorizar y destruir. A continuación de un preámbulo en el cual quedó de manifiesto el carácter de barbarie y de ferocidad que se disponía imprimirle a la guerra, expuso un conjunto de drásticas disposiciones para el logro de sus propósitos. Todo varón desde la edad

de 15 años, que se encontrase fuera de finca, a menos que acreditase un motivo justificado para haberlo hecho, sería pasado por las armas. Todo caserío que no estuviese habitado, sería incendiado por las tropas. Lugar o casa donde no campease un lienzo blanco, en forma de bandera, para acreditar que sus dueños deseaban la paz, se reduciría a cenizas. Las mujeres que no estuviesen en sus respectivas fincas o viviendas, o en casa de sus parientes, quedaban obligadas a reconcentrarse en Jiguaní y Bayamo, donde se procedería a su manutención. Las que así no lo hiciesen, quedaban notificadas por la proclama, de que serían conducidas a la fuerza. Las disposiciones contenidas en la proclama, empezarían a hacerse efectivas en el perentorio plazo de diez días, a partir del 14 de abril (1869).

El inquebrantable espíritu del insurrecto cubano en Oriente se manifestó no sólo en el empleo de la táctica antedicha contra la guerra de concentración y exterminio de Valmaseda. El libertador cubano no se rendía. Manteníase firme, indomable, con fuerza bastante para retar al jefe de operaciones español a continuar la guerra a muerte declarada en La Demajagua. En los primeros días de abril (1869), próxima la fecha en que debía celebrarse la Asamblea de Guáimaro con el propósito de aunar los pareceres de Oriente, Camagüey y Las Villas, y llegar a la unificación de los insurrectos bajo un solo gobierno, Oriente, tenaz y heroico, resistía sin flaquear ni debilitarse la moral del Ejército Libertador, todo el peso de las fuerzas enemigas en campaña, bajo el mando directo del jefe de operaciones español, Segundo Cabo de la Capitanía General de Cuba, Blas de Villate, Conde de Valmaseda.

No obstante el heroísmo de los orientales en esos primeros días de abril de 1869, cuando a virtud de su propia apreciación de la situación general revolucionaria y de las persistentes sugerencias y recomendaciones de Morales Lemus y sus colaboradores en la emigración, los cubanos alzados en armas se disponían a hacer un nuevo esfuerzo para unificarse y constituir un solo gobierno, representativo de la Isla, la marcha de la guerra era adversa, no favorable, para los insurrectos. Al estallar sucesivamente en los Departamentos de Oriente, Camagüey y Las Villas, la insurrección había desplegado una acción intensamente ofensiva en las tres más grandes comandancias militares españolas de Cuba. En Oriente, dominó con rapidez un extenso territorio. Bayamo y Jiguaní, cabeceras de jurisdicciones fueron ocupadas. Las fuerzas españolas en Santiago de Cuba, Manzanillo, Tunas y Holguín, la cabeceras de las otras cuatro jurisdicciones insurreccionadas, fueron puestas a la defensiva, a la vez que casi todo el territorio de las mismas, quedaba a merced de los cubanos alzados en armas. Los ataques a los poblados de

Tunas y Holguín no alcanzaron éxito, victoriosa la resistencia española, pero fué compensado el fracaso con la derrota de los coroneles Campillo y Quirós en el primer intento español de recuperar Bayamo y Jiguaní. En Camagüey, casi todo el territorio de la provincia pasó a manos cubanas. La ciudad de Puerto Príncipe, fué bloqueada estrechamente, al igual que los poblados de San Miguel de Nuevitas y Santa Cruz del Sur, en las dos salidas costeras de la capital principieña. Eliminada la labor divisionista de Napoleón Arango, Camagüey quedó fuertemente unido bajo la autoridad del Comité del Centro primero, y de la Asamblea de Representantes del Centro después. La falta de armas y de municiones y de jefatura experimentada, fué suplida por el general Manuel de Quesada, con la expedición del Galvanic. Esta aportó también el numeroso grupo de jóvenes habaneros que fueron valiosos auxiliares de los camagüeyanos en lo militar y lo político. El paseo militar de la columna de Acosta y Albear desde Sancti Spíritus a Puerto Príncipe, fué una operación limitada a levantar un tanto el decaído ánimo de los españoles en la sitiada ciudad principieña. El desembarco del brigadier Juan Lesca en La Guanaja para abrirse paso a través de la Sierra de Cubitas a la capital camagüeyana, tuvo el carácter de una expedición de socorro y de sustitución de Mena por Lesca, al frente de la comandancia del Centro. El mismo carácter tuvo la operación de Goyeneche, destinada a abastecer y a asegurar la estratégica posición costera de Santa Cruz del Sur. No obstante contar con mayor número de tropas, Lesca vióse obligado a permanecer en Puerto Príncipe en condiciones muy similares a las del brigadier saliente. En Las Villas, apercibidos los voluntarios, aumentadas en cifras crecidas las tropas de línea y previamente situadas en lugares estratégicos, la situación de los insurrectos fué difícil desde el primer momento, según se dejó expuesto en otro lugar. Sin embargo, como fué consignado también, los villareños extendieron ampliamente el campo de la insurrección; aumentaron en varios millares el número de los cubanos en armas; obligaron al mando español a destinar a Las Villas tropas que hubieran podido lanzar contra Camagüey y Oriente; irrogaron grandes gastos al agobiado Tesoro español en obras de fortificación de ciudades, pueblos, estaciones de ferrocarril, ingenios, etc.; mermaron los ingresos del Fisco y causaron considerables bajas a las tropas españolas, así en encuentros y ataques a poblados y otras posiciones, como en las grandes marchas a que se vieron obligados los batallones recientemente llegados de la Metrópoli, enviados al campo con gran urgencia, sin un período, ni aún el más corto, de descanso y aclimatación.

En Matanzas, la Habana y Pinar del Río, Occidente cubano en el cual los intentos de insurrección fueron débiles y quedaron frustrados, la guerra de nervios de los laborantes mantuvo sobreexcitados y en constante alarma a los peninsulares. Arrastró a los voluntarios a actos vandálicos en descrédito de la Metrópoli. A partir de fines de octubre, 1868, muchos de los exreformistas se declararon a favor de la independencia. Emigrados en su mayoría a los Estados Unidos, comenzaron desde febrero y marzo, 1869, a actuar de manera muy efectiva a favor de la revolución en el terreno diplomático. Además, levantaron fondos para enviar expediciones de hombres, armas y demás material de guerra a Cuba, con lo que el mando español quedó obligado a organizar la vigilancia en todo el extenso litoral cubano. Todos los buques de guerra disponibles en la Isla y otras embarcaciones armadas tuvieron que emplearse en esta labor de bloqueo, con el gasto y el empleo de hombres y de material consiguiente.

El favorable estado de cosas referido no tardó en cambiar. La agresividad revolucionaria menguó y se debilitó a medida que el capitán general Lersundi y el gobierno de Serrano en España, con el general Prim al frente del Ministerio de la Guerra, pasado el primer momento de desagradable sorpresa, se dieron cuenta de la gravedad de la insurrección cubana. Lersundi concentró sus esfuerzos en la recuperación de Bayamo y el aplastamiento de la revolución de Oriente, misión confiada a Valmaseda. Procuró, a la vez, por todos los medios, impedir que la rebelión se extendiese a Camagüey. En todo el resto de la Isla, tomó medidas de precaución, alentó y excitó a los voluntarios, además de solicitar urgentemente refuerzos del gobierno de Madrid. Convencidos Serrano y Prim de que Lersundi mantendría la causa española en la Isla, se apresuraron a otorgarle su confianza y despacharon con toda urgencia los refuerzos por él solicitados. Para sustituirlo, designaron a Dulce, por ser, además de un general, un adicto a la revolución septembrista, el más indicado para ocupar la capitanía general de Cuba y ofrecer a los insurrectos reformas en el régimen colonial, al objeto de que depusiesen las armas, según se ha expuesto. Al asumir al mando Dulce, habían arribado ya algunos de los refuerzos pedidos y Valmaseda proseguía su marcha de Tunas contra Bayamo. Sin suspender el avance de éste, Dulce comenzó a poner en práctica el plan de pacificación preparado de acuerdo con Serrano y Prim, fracasado en la forma en que se ha dejado expuesto en otro lugar. Después que la insurrección de Las Villas significó la total falta de efectividad de los intentos pacificadores, el gobierno metropolitano decidió en cuestión de horas a llevar adelante una guerra de exterminio. De acuerdo con ese tipo

de guerra a sangre y fuego, entregado Dulce por algún tiempo a los voluntarios de la Habana, puso en práctica las más duras medidas represivas, aplicadas implacablemente por Valmaseda en Oriente y por los tenientes gobernadores y jefes militares en todas las jurisdicciones de la Isla. Acosados por fuerzas superiores en número y armamento, los villareños volvieron por miles a sus hogares por falta de armas. Otros, en crecidas cifras, pasaron como se ha dicho a Camagüey y Oriente. Perseguidos incesantemente los pocos grupos que continuaron la lucha sin rendirse, afrontando las más cruentas dificultades, sufrieron bajas de consideración, constantemente a la defensiva. En el Occidente —Matanzas, la Habana y Pinar del Río— la brutal agresividad de los voluntarios fué violentísima y constante, sin consideración alguna de humanidad. La urgencia de emigrar impuso sufrimientos indecibles a miles y miles de familias. El laborantismo, si no desapareció por completo, perdió mucho de su efectividad ante el vandalismo cada día mayor de los voluntarios. En febrero y marzo nuevos refuerzos de España arribaron a la Isla. Dulce hallóse en condiciones de despachar numerosas tropas de línea, al mando de jefes militares de experiencia, ganosos de distinguirse, a Las Villas, Camagüey y Oriente. A fines de marzo y principios de abril, era un hecho que la revolución se hallaba a la defensiva, fuertemente atacada en todas partes. La recaptura de *El Comanditario* por un buque de guerra español, la pérdida de la segunda expedición de la goleta *Galvanic* y la de la cuantiosa cantidad de armas y municiones de la expedición conducida por la goleta *Mary Lowell*, detenida por los británicos en un puerto de las Bahamas y entregada a un buque de guerra español, fueron fracasos lamentables. Privaron a las tropas insurrectas del material de guerra conque hubieran podido restablecer un tanto la situación.

El gobierno español puso en práctica otras medidas muy efectivas contra la revolución antes de terminar el mes de marzo. Consistió una de ellas en sustituir al Ministro español en Washington por un nuevo funcionario de mayor actividad y experiencia, Maurício López Roberts, quien concentró sus esfuerzos tan pronto asumió el cargo, en el propósito de contrarrestar la labor de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico y en anular por todos los medios las gestiones iniciadas por Morales Lemus en Washington para tratar de obtener el reconocimiento de la beligerancia a los cubanos. En sus alegatos en contra, López Roberts hizo hábil uso de precedentes norteamericanos. Charles Francis Adams, Ministro de los Estados Unidos en Londres, dirigió en 1865 reiteradas notas diplomáticas a Lord Russell, a virtud de instrucciones recibidas del Secretario de Estado Seward, en las que especificó

detalladamente una y otra vez los requisitos que según el gobierno de los Estados Unidos debían llenarse para reconocerle la beligerancia a una parte de la población de un país en los casos de rebelarse contra el gobierno legítimo del mismo, sin violar con tal reconocimiento la ley de las naciones. El representante diplomático de España en Washington no tuvo más trabajo que el de copiar textualmente las notas diplomáticas de Adams en las que él dirigió a Hamilton Fish, cuidando de citar la fuente de donde tomaba sus argumentos. De esta manera, López Roberts colocó al Presidente Grant y al Secretario de Estado en situación embarazosa, con respecto al posible reconocimiento de la beligerancia a los insurrectos cubanos. Forzada la insurrección a colocarse a la defensiva y atacada rudamente dentro y fuera de Cuba, sólo Camagüey disfrutaba de la excepcional ventaja de una mucho menor actividad militar española. En los días en que se apresuró la reunión unificadora acordada por los jefes de la insurrección, Valmaseda, como un terrible azote, afligía y desconcertaba las comarcas orientales. En Las Villas, el alzamiento se desintegraba. Todo el Occidente, desde Matanzas a Pinar del Río, sufría los rigores de la guerra sin cuartel de los voluntarios. Sólo en Camagüey se hallaban los españoles a la defensiva, de acuerdo con la estrategia a que se ajustaban. Por esta razón y por su posición céntrica, equidistante de los extremos del territorio insurreccionado, escogióse para celebrar la Asamblea, acordada ya en principio, el tranquilo y apartado poblado de Guáimaro, en poder de los insurrectos desde el comienzo del alzamiento en Camagüey.

No obstante la situación penosa de la guerra, los cubanos tenían motivos para sentirse jubilosos al reunirse en Guáimaro. En los primeros días de abril, muy próxima ya la fecha en que debían congregarse los jefes en asamblea, convocada para el 10, Guáimaro parecía, según un testigo presencial verídico, "una nueva Icaria, un mundo de paz y de fraternidad soñado por algún fourierista o sansimoniano" (1).

Al aire libre, unas tras otras, efectuábanse reuniones en las que se ponían de manifiesto las grandes esperanzas de todos. Hacíase en ellas derroches de oratoria, peroraciones acogidas con gran entusiasmo por los insurrectos y las familias que habían ido concentrándose en el lugar. "Hubiérase pensado —escribió el mismo testigo— que era el tiempo de otro Evangelio en que se confiaba la conversión y dirección de las almas a la eficacia de la palabra" (2).

(1) SANGUILY Y GARRITTE, MANUEL. *Oradores de Cuba*, La Habana, 1926, págs. 72-73.

(2) *IBIDEM*.

El ambiente de regocijo que imperaba en Guáimaro y que en parte contribuyó, según se expondrá más adelante, a imprimirle determinado carácter a los trabajos y los resultados de la Asamblea, no correspondía a la dura realidad de la situación. La concentración de jefes revolucionarios se efectuaba en momentos difíciles, impuesta por los obstáculos con que tropezaba la insurrección, hostigada militarmente sin cesar en Oriente y en Las Villas, y con la población acorralada e indefensa en todo el Occidente cubano. Los momentos eran dolorosos, aún en Camagüey, donde se abrigaba la esperanza de poder evitar los estragos que la guerra causaba en el Departamento Oriental y la región villareña. Los camagüeyanos, aunque tenían confianza en el esfuerzo propio, apreciaban ya claramente las terribles dificultades de la guerra, y alentaban la esperanza de la pronta ayuda exterior para aminorar la pérdida de vida y la destrucción de todo el país. Para que esa esperanza fuese realizable, la insurrección debía asegurar firmemente su unidad interna y constituir un gobierno representativo. Patriotas de mucho peso, experiencia y autoridad, cuyos talentos, habilidades y posición económica y social los capacitaban para ser los llamados a realizar las gestiones para la indispensable ayuda exterior, aconsejaban insistentemente desde los Estados Unidos la unificación del frente interno y la constitución de un solo gobierno. Ambos requisitos estimábanse esenciales para tratar de lograr el reconocimiento, primeramente de la beligerancia, después el de la independencia. En el exterior era sobradamente conocido el hecho de la división interna del frente revolucionario y de la existencia de dos gobiernos insurrectos independientes. Los agentes del gobierno español encargábanse de propalar a todos los vientos en el extranjero la supuesta rivalidad de los jefes insurrectos, exageradamente expuesta uno y otro día por la prensa española en Cuba, por la de la metrópoli y por algunas publicaciones sostenidas por ésta en los Estados Unidos. Las menores discrepancias en el campo insurrecto, utilizábanse para presentar a los patriotas divididos en bandos irreconciliables, en descrédito de la revolución. La existencia de los dos gobiernos, el encabezado por Céspedes y el de Camagüey, indicaba indudablemente una situación interna anómala. Dentro y fuera de Cuba producía mal efecto. Determinaba un estado de perplejidad entre los mejores amigos de los insurrectos en el exterior ⁽¹⁾. Aún en el supuesto de que hubiesen Gobiernos —el de los Estados Unidos y los de algunas repúblicas latino-americanas— inclinados a reconocer la beligerancia a los insurrectos, la dualidad de gobierno exis-

(1) PORTELL VILÁ, HERMINIO. Obra citada, tomo II, págs. 242 y 243.

tente en Cuba creaba dificultades para que las Cancillerías extranjeras adoptasen determinaciones favorables a la causa cubana. Ningún Gobierno con autoridad e influencia en el orden internacional, se aventuraría a lanzarse al reconocimiento de la beligerancia a los insurrectos cubanos sin tener en cuenta los requisitos mínimos del derecho de gentes. La urgencia y la perentoria necesidad, señalada por los cubanos más capacitados en el exterior, de borrar la división interna para facilitar sus gestiones a favor del reconocimiento de la beligerancia, eran ya absolutamente manifiestas. La insurrección hallábase obligada a darse un solo gobierno acatado por todos. Era imperativo, asimismo, que ese gobierno se organizase de manera que llenara las condiciones esenciales para poder ser reconocido beligerante por cualquier gobierno extranjero en disposición de ayuda a Cuba.

Problemas de orden interno hacían no menos perentorios e indispensables la unificación del frente insurrecto y el establecimiento de un gobierno representativo. En el Manifiesto del 10 de octubre del 68, Céspedes planeó el gobierno de Cuba Libre a base de mantener en vigor la legislación española liberalmente interpretada, sustituyendo los tenientes gobernadores, los alcaldes y regidores de ayuntamientos, los capitanes y tenientes pedáneos, etc. Cuando fueron tomadas las poblaciones de Bayamo y Jiguaní, cabeceras de jurisdicciones, este sistema comenzó a implantarse no sin grandes dificultades. Una vez que Bayamo, Jiguaní y los demás pueblos con sus jurisdicciones respectivas pasaron otra vez a poder de los españoles, el sistema cespedita se desplomó de hecho, sin haber podido ser sustituido de inmediato por ningún otro plan, dadas la rapidez con que se produjeron los acontecimientos y las dificultades que tuvo Céspedes para proyectar otro programa y para comunicarse con los demás jefes de la insurrección. Extendida ésta al Camagüey y a Las Villas, resultaba de indispensable necesidad establecer algún sistema de gobierno en Cuba Libre, es decir, en los campos ocupados por la insurrección. Ese sistema debía incluir disposiciones precisas de validez y aplicaciones generales, para la organización del Ejército Libertador, nombramiento de los jefes, ascensos de éstos, dirección concertada de las operaciones militares y demás medidas encaminadas a establecer un orden adecuado a las condiciones en que la insurrección estaba obligada a desenvolverse. Sin un programa amplio, suficientemente comprensivo, aplicado y acatado en todo el campo revolucionario, la insurrección estaba llamada a permanecer en un estado caótico y a ir derechamente al fracaso, frente a la firme unidad española y a la superioridad de recursos de la metrópoli. La unidad revolucionaria y la constitución de un gobierno representativo eran tanto o

más urgentes, por motivos de orden interior, que por las cuestiones exteriores. Estas no podían ser resueltas sin la constitución de un gobierno cubano en condiciones de poder ser reconocido con alguna buena voluntad por las cancillerías inclinadas a hacerlo.

Fuera de toda duda la imperiosa necesidad de la unidad del frente interno, ante la realidad de los inmensos peligros de la desunión, el deber de reunirse para ponerle término a ésta se hizo imperativo e inaplazable para los jefes cubanos. Los más altos representantes de la revolución asumieron la responsabilidad histórica de borrar las diferencias entre ellos, en la medida indispensable para constituir un gobierno verdaderamente representativo del pueblo cubano en armas. El lugar escogido para la celebración de la gran asamblea, Guáimaro, bien podía estar de fiesta por tal motivo. Había la certidumbre de que pasaba a ser un lugar histórico.

En el mismo Camagüey, donde la situación presentaba al observador superficial, desconocedor de los términos en que estaba planteada la guerra a muerte con España, un aspecto casi risueño, los jefes camagüeyanos de mayor responsabilidad y experiencia medían con toda claridad la formidable tarea que se tenía por delante y que se venía rápidamente encima de la revolución. La evidencia de esa realidad había movido ya en la región camagüeyana a la Asamblea de Representantes del Centro, a adelantarse en 6 de abril, cuatro días antes de la fecha fijada para reunirse los representantes de todos los Departamentos en Guáimaro, a dirigir una solicitud de auxilio al Presidente Grant. "Puestos en lucha los cubanos con un enemigo sanguinario, feroz, desesperado y fuerte, declaró la Asamblea de Representantes del Centro al Presidente de los Estados Unidos, si se consideran nuestros recursos para la guerra, vencerán, sí, los cubanos; que siempre vence el que prefiere la muerte a la servidumbre, pero Cuba quedaría desolada, asesinados nuestros hijos y nuestras mujeres por el infame gobierno que combatimos, y cuando según el deseo bien manifiesto de nuestro pueblo, la estrella solitaria que hoy nos sirve de bandera, fuera a colocarse entre las que resplandecen en la de los Estados Unidos, sería una estrella pálida y sin valor" (1). En Oriente, Las Villas y Occidente, los terribles estragos de la contienda eran mucho mejor conocidos que en Camagüey, a virtud de una trágica experiencia directa. Orientales, villareños y habaneros no abrigan duda alguna respecto a las amenazas de la situación.

Reunidos en Guáimaro, los altos jefes de la insurrección conocían claramente la responsabilidad que sobre ellos pesaba. No ignoraban

(1) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, págs. 98 y 99.

tampoco, lo que de ellos esperaban sus compatriotas en toda la Isla, ni desconocían la ansiedad con que en Nueva York y Washington aguardaban la noticia de la unificación los más significados y autorizados jefes de las emigraciones. La labor para la realización de la cual se congregaban estaba ya muy adelantada en algunos extremos. En las diversas entrevistas parciales previas celebradas en Oriente y Camagüey, habíanse examinado y discutido cuidadosamente las más importantes cuestiones que eran motivo de controversia. Hallábanse ya adoptados, en principio, acuerdos que sólo debían completarse en sus detalles y formalizarse pública y oficialmente. A Guáimaro se iba, de hecho, a dar su forma final, por los representantes de las tres organizaciones revolucionarias en reunión conjunta, a decisiones previamente convenidas.

La víspera de la primera reunión oficial de la asamblea, fijada ésta para el 10 de abril, en discusiones de a última hora, termináronse de ajustar los términos ya convenidos. Realizóse esa obra, en sesiones conjuntas preliminares y secretas, a la manera usual de las que se celebran en casos similares por jefes políticos que han resuelto entenderse. Dominados todos por el vivo deseo de dejar ultimado el plan a poner en práctica, a fin de que resultase fácil el proceder con extrema rapidez a la adopción de los acuerdos finales con carácter oficial y público, llegóse a transacciones aceptables para todos. La evidencia histórica es, no obstante, que las más sustanciales diferencias de criterio no pudieron quedar definitivamente zanjadas. Continuaron siendo tan profundas, en el fondo, como lo fueron desde el inicio de la sublevación. Ninguna de las partes pudo ser convencida o persuadida completamente por la otra. Ninguna renunció en su fuero interno a su propio modo de pensar ni dejó de creer que su política revolucionaria era la mejor. Los acuerdos a ultimarse no habrían de pasar de ser, en la realidad de las cosas, transacciones políticas circunstanciales. Hallábanse impuestas por las necesidades y las graves exigencias de la situación interna en el momento, y por consideraciones de política exterior, con la mira puesta principalmente en los Estados Unidos. Orientales, camagüeyanos, villareños y habaneros, pues estos últimos intervinieron activamente en las cuestiones que se debatían, actuaron inspirados noblemente, con el propósito de darle fin en la Asamblea, por motivos y fines elevados, reconocidos unánimemente de vital interés para la revolución, a la labor que había venido realizándose desde meses atrás. La conquista de la independencia se antepuso a las cuestiones personales y de partido. Sintióse la obligación de ceder cada parte lo que fuese indispensable; y si bien se defendió la opinión propia vigorosamente, todos hallábanse en el plano de transigir en alguna medida para asegurar en firme

la unidad del frente revolucionario en lo fundamental. Constituir un solo gobierno democrático representativo con la premura impuesta por las circunstancias: esa era consigna. La revolución marchó resueltamente a enfrentarse con la gran prueba política de conjunto que le salió al paso. La labor fué en extremo difícil, circunstancialmente. Carentes de experiencia política y parlamentaria, los insurrectos cubanos se hallaron por primera vez en condiciones de "hacer política" en Cuba Libre, sin ninguna de las restricciones del período colonial. La misión resultó particularmente ardua a realizar, a causa de que el ambiente de exaltación y excitación propio de la guerra, contribuía a hacer más agudo el choque de apasionadas opiniones, radicalmente contradictorias en algunos puntos. El factor decisivamente favorable estuvo constituido por la convicción de los altos jefes responsables, de que para lograr el éxito en sus propósitos de unidad, independencia y libertad, imponíase a todos el deber de dominar sus impulsos, refrenar sus pasiones y transigir en la medida indispensable para el logro del común ideal.

CAPÍTULO XV

LA ASAMBLEA DE GUÁIMARO

La gran convención política que pasó a la historia cubana con el nombre de Asamblea de Guáimaro, efectuóse en el pequeño poblado camagüeyano de ese nombre, con la concurcencia de representantes de los tres Departamentos alzados en armas, Oriente, Camagüey y Las Villas. De hecho, también de Occidente, porque un representante del Departamento Occidental, Antonio Zambrana, fué incluido en la delegación de Camagüey. Con Céspedes a la cabeza, la delegación de Oriente vino a quedar formada por Céspedes, Antonio Alcalá y Jesús Rodríguez, ambos de Holguín, y José María Izaguirre, de Jiguaní. Céspedes podía considerarse representante de todo el Departamento Oriental, pero muy en particular de Bayamo y Manzanillo. La delegación constituyó un grupo representativo débil, en comparación a la alta categoría revolucionaria de Oriente. Ninguno de los jefes de mayor prestigio y autoridad de la conspiración y de la revolución en el Departamento Oriental —Francisco Vicente Aguilera, Francisco Maceo Osorio, Pedro Figueredo, Donato Mármol—, ni otros igualmente significados figuró junto a Céspedes. La presencia de varios de algunos de ellos en Guáimaro puso bien de manifiesto, no obstante, el primer lugar de Oriente en la guerra.

En marcado contraste con Oriente, Camagüey contó con una representación muy fuerte, formada por Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte, Miguel Betancourt Guerra y Antonio Zambrana. Genuinamente camagüeyana por sus tres primeros miembros, estuvo reforzada con la adición de Zambrana, vocero, por el momento, de los jóvenes habaneros, estudiantes universitarios y profesionales casi todos, agrupados en torno de Agramonte, el compañero de estudios en la Universidad a quien admiraban, y con cuyas ideas hallábanse compenetrados con gran entusiasmo. De tal manera quedó compuesta la delegación camagüeyana, que en ella tuvieron voz, en igual proporción, revolucionarios altamente respetados por sus años y su autoridad —Salvador Cisneros y Miguel Betancourt— y jóvenes fogosos, llenos de ardimiento y acometividad —Agramonte y Zambrana— pertenecientes a una ge-

neración nueva, imbuída de las ideas en boga de la Revolución Francesa, magnificadas y popularizadas por los grandes escritores románticos franceses.

Los villareños tuvieron en Guáimaro una delegación fuerte también. Algunos de sus miembros eran personas de mucho arraigo, en particular el jefe nato de la delegación, el "respetable y honradísimo" Miguel Jerónimo Gutiérrez (1). Otros hallábanse en plena juventud, con la impetuosidad y exaltación de la gente moza —Eduardo Machado, Antonio Lorda, Honorato del Castillo... Compuesta de seis miembros, fué la más numerosa de las delegaciones concurrentes a la Asamblea. Unida ideológica y políticamente con la delegación de Camagüey, integró con ésta la mayoría absoluta de la convención, sin dejar de ejercer una influencia moderadora y apaciguadora entre camagüeyanos y orientales. Tres años mayor que Agramonte, y ocho que Zambrana, Eduardo Machado, hijo de padres acomodados, terratenientes, había permanecido ocho años en el extranjero. En los Estados Unidos, el primero, 1856; los otros siete años en Europa: Inglaterra, Francia, España, Alemania y Rusia. Viajero estudioso y observador, nutrió su espíritu y completó la formación de su carácter en el Viejo Mundo principalmente (2). Honorato del Castillo, que representaba a Sancti Spíritus, contaba treinta años de edad, como Eduardo Machado. Profesor y estudiante de Medicina, distinguíase por su palabra razonadora y su sentido práctico (3). Antonio Lorda, era un joven doctor en Medicina, de 23 años, "algo datoniano en sus ideas y en su manera de ser". Arcadio García y Tranquilino Valdés, miembros menos destacados de la delegación villareña, completábanla a título de personas de respeto, representantes de la clase media cubana.

El ambiente que se respiró en Guáimaro fué de entusiasmo y de regocijo, en los días inmediatamente anteriores a la reunión de la Asamblea y durante ésta (4). Debióse en gran parte a la actividad infatigable de Agramonte y sus amigos jóvenes, en particular los habaneros, con quienes congeniaban Eduardo Machado, Antonio Lorda y Honorato del

(1) Los calificativos son de Manuel Sanguily y Garritte, que conoció personalmente a Gutiérrez, lo estimó mucho, y de quien dijo: "Gutiérrez murió dos años después (de Guáimaro), víctima de una de las frecuentes traiciones que tenían lugar en el campo insurrecto, y es cosa que pasma en hombre tan generoso y de tan buena fe, que así se hubiera sacrificado por el amor platónico a un ideal antinatural y tan distante entonces, cuando menos, como el de la independencia de su país". *Oradores en Cuba*, pág. 81.

(2) CAMACHO, PÁNELO D. *Eduardo Machado, el legislador trashumante*, La Habana, 1943, págs. 26 y 29.

(3) SANGUILY GARRITTE, MANUEL. Obra citada, pág. ...

(4) Martí lo ha descrito con su estilo inimitable, en forma que hace vivir aquellos jubilosos días, llamados a ser seguidos de tan cruentos sufrimientos en Camagüey.

Castillo. Apoyados con calor por sus amigos, Agramonte y Zambrana, letrados ambos, pusieron todo su empeño en preparar y predicar una organización republicana democrática. A ese propósito, con anterioridad a la apertura de la convención y durante las sesiones de ésta, dedicáronse a celebrar reuniones públicas, en las cuales se pronunciaron "muchas hermosas arengas sobradas de lirismo y de espiritualismo político" (1). Muy adecuadas a su objeto y al carácter del entusiástico auditorio, alcanzaron un completo éxito e influyeron de la manera más efectiva en los debates y la obra de la Asamblea. En la atmósfera de excitación y fervor por ellos creada y mantenida, la debilidad, comparativamente hablando, de la reservada representación oriental, resultó más acentuada inevitablemente. Contribuyó a ello, asimismo, en no pequeña medida, la presencia en el poblado camagüeyano, sin ostentar el carácter de representantes oficiales de Oriente, de muchos jefes del Departamento, admirados y estimados por todos —Aguilera y otros—, reconocidamente inconformes con la política cespedita de una jefatura unipersonal fuerte, criterio que si no los inclinaba de manera pública a las ideas de la juventud camagüeyana y habanera, los mantenía en oposición al jefe oriental. Este, cuyo sistema de gobierno provisional revolucionario resultaba prácticamente inaplicable después de la pérdida de Bayamo, disponía, a pesar de todo, de una fuerte autoridad. Dábansela, su inquebrantable entereza de carácter, y el respeto y la admiración que inspiraba, en Cuba y entre los emigrados, el hombre de La Demajagua. El era el patriota que, cuando vacilaban los demás, había lanzado el reto a muerte a España, proclamado la independencia, ocupado a Bayamo —triumfo resonante y decisivo de la revolución en sus comienzos— y creado y dirigido el primer gobierno de Cuba Libre. Era, además, el jefe de Oriente, el Departamento donde radicaba la mayor fuerza de la revolución, el Departamento que resistía, con indomable valor, todo el peso de la fuerza española.

Fijada para el 10 de abril (1869), la apertura de las sesiones de la convención, ultimáronse la víspera los detalles del plan, la realización del cual se comenzó en la mañana del 10. Reunidas las delegaciones para constituir la Asamblea, otorgóse unánimemente la Presidencia a Céspedes, testimonio de la alta jerarquía revolucionaria que le era reconocida, persona la de mayor edad entre todos los delegados. Las dos

(1) "Esos actos (los mítines y las arengas), aquella carta constitucional (la Constitución que se aprobó en Guáimaro), así como la anterior organización del Camagüey y las Cinco Villas, hubieran hecho pensar a Lamartine que sus autores, por el intercambio de un libro suyo muy popular, se habían amamantado a los pechos de la Gironda revolucionaria." SANGUILY GARRITTE, MANUEL. *Oradores en Cuba*, pág. 80.

secretarías recayeron en Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, representantes de la juventud. El primer paso de la Asamblea al entrar de lleno en la realización de sus labores, después de las mencionadas designaciones, consistió en aprobar las bases de la transacción política a que se había llegado previamente.

Al adoptarse dichas bases, planteóse una cuestión fundamental: la de la representación en la Asamblea Constituyente de los cuatro departamentos en que estaba dividida la Isla: Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente. Oriente contaba con 264,000 habitantes en números redondos; Camagüey, con 71,000. La población de Camagüey fluctuaba entre 26 y 27% de la población de Oriente; de toda la Isla, la población de Camagüey era sólo un 5%. Es evidente que si se adoptaba el principio democrático de una representación proporcional a la población de cada Departamento, Camagüey tendría una corta representación en la Asamblea.

Sin embargo, los camagüeyanos, acaudillados por la Asamblea de Representantes del Centro, estaban decididos a ser los árbitros de todas las resoluciones en Guáimaro. A ese efecto, se habían adelantado a atraerse a la representación villareña, y se proponían darle representación al Departamento Occidental (Matanzas, Habana y Pinar del Río), contando como cuerpo electoral del mismo el cortísimo número de jóvenes habaneros que rodeaban a Agramonte, de entre los cuales se escogerían necesariamente los representantes del occidente cubano, adictos desde luego a las miras de los camagüeyanos. Para sostener esa solución antidemocrática, que lo llevaría a la Asamblea Constituyente de Guáimaro y a la Cámara de Representantes, Antonio Zambrana, hábil en sofismas y en una oratoria altisonante y efectista, proclamó la irreducible oposición de Camagüey a lo que llamó *la tiranía del número* (1).

Una población como la de Oriente, cuatro veces mayor que la de Camagüey, alzada contra España varias semanas antes que los camagüeyanos y que había hecho frente a Valmaseda y a casi todo el peso de la fuerza española durante seis meses, al reclamar una representación proporcional a su alta cifra y a su demostrada pujanza revolucionaria, ejercía *la tiranía del número*, según Zambrana. Camagüey, vocero de la democracia contra la dictadura, rechazaba dicha tiranía enérgicamente. Una población como la de Camagüey, la cuarta parte aproximadamente de la de Oriente, que exigía la misma representación que los orientales, no ejercía dictadura alguna; velaba por la pureza de los principios democráticos.

(1) ZAMBRANA, ANTONIO. *La República de Cuba*, pág. 33.

En realidad, la lucha no era de principios sino de qué Departamento había de dominar la Asamblea, si Camagüey u Oriente. Los camagüeyanos estaban absolutamente resueltos a que fuesen ellos. Antonio Zambrana, el mantenedor de la oposición contra *la tiranía del número*, no podía dejar de reconocerlo así; lo consiguió en una obra cuatro años después, en vida aún la mayoría de los testigos y contemporáneos. Las razones "para que los miembros de la Primera Cámara Legislativa que había de funcionar en la nueva república no fuesen elegidos con arreglo a la población", consignó en dicha obra, determinaron a la Constituyente a establecer una anomalía. Se quería sólo, al exigir que cada Estado enviase el mismo número de mandatarios a la Cámara Legislativa, impedir la preponderancia exagerada de alguna de las agrupaciones (*Oriente*) en que por virtud del curso de los acontecimientos se encontraba dividido el país, y tener una garantía, *para decir toda la verdad*, de que ciertos principios fundamentales no se conculcasen con el tiempo, ya que en esos distintos grupos no se había mostrado el mismo interés por su reconocimiento y observación" (1). Céspedes no podía dejar de comprender el objetivo perseguido por los camagüeyanos, cuyo vocero respecto del particular era Zambrana, al sostener éste su falaz oposición a la tiranía del número. No obstante, después de replicar a la misma alegando el derecho de una mayor representación proporcional de Oriente, Céspedes terminó por allanarse a la exigencia camagüeyana de igualdad de representación.

Adoptadas sin un voto de disenso las bases, éstas fijaron las grandes líneas de la política revolucionaria, y de la forma en que habría de constituirse el nuevo gobierno unificado de la revolución. Quedó de manifiesto de esa manera, el entendimiento previo de orientales y camagüeyanos, con el que se solidarizaron y al que contribuyeron anticipadamente también, habaneros y villareños.

En la histórica sesión mañanera, dado ese paso, dejóse abierto el camino para la adopción de todos los acuerdos posteriores de la Asamblea. En número de siete, las resoluciones fueron las siguientes:

(1) ZAMBRANA, ANTONIO. *La República de Cuba*, Nueva York, 1873, pág. 35.

Las palabras y las frases de Zambrana subrayadas en el texto, son del autor de esta obra no de Zambrana. Los camagüeyanos estaban movidos en el fondo por un sentimiento regionalista, que tomaba la forma de anticespedismo. El propio Zambrana lo declara así en su obra. "Había —dice (pág. 33)— intereses encontrados entre los dos Departamentos y por último Carlos Manuel de Céspedes, que era admirado y venerado por todos por su intrepidez, su patriotismo y sus nobles cualidades, no estaba siendo el elegido de un pueblo sino la expresión de una provincia, el eco de un partido."

1º Que los representantes reunidos en este lugar para establecer un gobierno general democrático y en virtud de las circunstancias que atravesamos, se consideran autorizados para asumir la representación de toda la Isla y acordar la guerra conducente al indicado objeto, con la reserva de que sus acuerdos serán sometidos para su ratificación o enmienda a los representantes de los diversos pueblos pronunciados, y de que más tarde cuando sea posible que el país se encuentre legal y completamente representado, establezca, en uso de su soberanía, la constitución que haya entonces de regir.

2º Que las discusiones que se han de verificar se sujeten a las formas habituales en los cuerpos parlamentarios.

3º Que la Isla de Cuba se considere dividida en cuatro Estados: el Occidente, Las Villas, el Camagüey y Oriente.

4º Que la Cámara Legislativa se constituya por el concurso de los representantes de los cuatro Estados.

5º Que la mayoría de los casos de votación se constituya por la mitad y un voto más de los que se dieren.

6º Que en virtud de no poder establecerse en las actuales circunstancias una representación enteramente legal del país, vengan a la Cámara en nombre de las Villas los miembros de la Junta Revolucionaria de Villa-Clara que se hallan en Guáimaro y en nombre del Occidente los que sean elegidos por los cubanos de aquel Estado que se encuentren en el territorio pronunciado.

7º Que todos los americanos que deseen nuestra ciudadanía quedarán equiparados a los naturales de la Isla de Cuba.

Se encomendó a los Secretarios la formación de un proyecto de "ley política", resolución con la cual terminó la histórica sesión de la mañana.

En la de la tarde, comenzada a las cuatro, después de abierta la sesión con una alocución de Céspedes sobre el objeto del acto, se dió lectura al proyecto de Constitución, se aprobó éste en conjunto, y se comenzó la discusión del articulado.

Los artículos primero a sexto, inclusivos, fueron aprobados por unanimidad (1).

(1) ART. 1º—El Poder Legislativo residirá en una Cámara de Representantes del Pueblo.

ART. 2º—A esta Cámara concurrirá igual representación por cada uno de los cuatro Estados en que se considera desde este instante dividida la Isla.

ART. 3º—Estos Estados son: Occidente, Las Villas, Camagüey y Oriente.

ART. 4º—Sólo pueden ser representantes los ciudadanos de la República mayores de veinte años.

ART. 5º—El cargo de representante es incompatible con todos los demás de la República.

ART. 6º—Cuando ocurran vacantes en la representación de algún Estado el Ejecutivo del mismo dictará las medidas necesarias para la nueva elección.

El artículo séptimo, referente a los nombramientos del Presidente de la República, del General en Jefe, del Presidente de la Cámara y de los empleados de ésta, todos los cuales debían ser hechos por el organismo legislativo, promovió el primer debate. Eduardo Machado y Miguel Jerónimo Gutiérrez propusieron que el General en Jefe fuese nombrado por el Ejecutivo. Rechazada esta enmienda por los votos de los demás representantes, Céspedes propuso en forma de enmienda que se agregase al artículo la siguiente adición: "El General en Jefe está subordinado al Ejecutivo y debe darle cuenta de sus operaciones". Aprobóse por unanimidad ⁽¹⁾. Los artículos noveno, décimo y undécimo, referentes a que la Cámara de Representantes podía deponer libremente a los funcionarios cuyo nombramiento le correspondía; que las decisiones legislativas de la Cámara necesitaban para ser obligatorias la sanción del Presidente; y que si no la obtuviesen volverían inmediatamente a la Cámara para nueva deliberación, aprobáronse por unanimidad. Al artículo doce, que concedía al Presidente el término de diez días para impartir su aprobación a los proyectos de ley o negarla, Cisneros Betancourt propuso la reducción del término a cinco días. Fué desechada. El artículo décimotercero, que hacía forzosa la sanción del Presidente una vez que la Cámara hubiese ratificado su resolución después de oír las objeciones del Ejecutivo, fué aprobada por la Asamblea, después de rechazar una enmienda de Céspedes que autorizaba un segundo veto del Presidente de la República. Los artículos catorce y quince fueron aprobados después de desecharse dos enmiendas de tipo federalista de Salvador Cisneros Betancourt. El artículo décimosexto, "El Poder Ejecutivo residirá en el Presidente de la República", fué aprobado sin discusión. Al décimoséptimo Céspedes propuso una enmienda: la edad para ser Presidente de la República debía elevarse a más de los 20 años propuestos por los ponentes de la Constitución, a 30 años. Además, Céspedes propuso que para poder ser Presidente de la República se exigiese la condición de haber nacido en Cuba. Ambas enmiendas dieron lugar a un largo debate. Al fin y al cabo las dos fueron aprobadas ⁽²⁾.

Los artículos dieciocho, diecinueve y veinte, referentes a que el Presidente de la República estaría facultado para celebrar Tratados que sometería a la aprobación de la Cámara; que designaría los Embajadores, Ministros y Cónsules de la República; que recibiría a los Embajadores, cuidaría de que las leyes se ejecutasen fielmente y expediría todos sus despachos a todos los empleados de la República, fueron aprobados

(1) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, pág. 109.

(2) MÁRQUEZ STERLING, CARLOS. *Ignacio Agramonte*, págs. 123-125.

por unanimidad. El artículo veintiuno del Proyecto de Constitución, "El Presidente nombrará los Secretarios del Despacho", quedó enmendado en la forma siguiente a propuesta de Céspedes: "Los Secretarios del Despacho serán nombrados por la Cámara a propuesta del Presidente". En el acta de la sesión hizo constar que la enmienda había sido acogida con general aplauso. El artículo veintidós, "El Poder Judicial es independiente, su organización será objeto de una ley especial", fué aprobado. Céspedes propuso que se le adicionase un párrafo reconociéndole al Presidente de la República la facultad de indultar a los delincuentes políticos, adición que no fué aceptada por la Asamblea después de largo debate.

Los restantes artículos, veintitrés a veintiocho, fueron aprobados sin cambio alguno. El artículo veintisiete, "Los ciudadanos de la República no podrán admitir honores ni distinciones de un país extranjero", fué adicionado al proyecto de los ponentes, pasando la Constitución a contar con veintinueve artículos en lugar de veintiocho.

La tercera y última reunión de la Asamblea Constituyente comenzó al siguiente día, 11 de abril, a la una de la tarde. Izaguirre, delegado oriental, propuso una enmienda al artículo tercero ya aprobado del proyecto constitucional, inspirada en un sentimiento regionalista. El orden en que se mencionaban los cuatro Estados en que se dividía la Isla, Occidente, Las Villas, Camagüey y Oriente, debía modificarse, fijándose según "la cronología de la revolución, o sea, Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente". El Departamento Oriental reclamaba de esa manera la primacía revolucionaria, aspiración satisfecha al quedar aprobada la modificación del artículo. Eduardo Machado propuso que el nombre del Estado de Las Villas, fuese cambiado por el de Cubanacán, enmienda no aprobada por la Asamblea.

Al final de la sesión, planteóse un problema que fué motivo de un largo y tenso debate: la elección de la bandera de la República. Esta cuestión trascendía al campo de las controversias políticas, a causa de que venían usándose dos banderas. En Oriente, se usaba la llamada "Bandera de Bayamo" compuesta y enarbolada por Céspedes al proclamar la independencia en La Demajagua. En Camagüey y Las Villas, la hecha flamear por primera vez en Cuba por Narciso López, en 19 de mayo de 1850, al desembarcar en Cárdenas ⁽¹⁾. Discutido el asunto ampliamente, la mayoría votó a favor de la bandera actual de la República, o sea de la imaginada por el general Narciso López, dibujada en Nueva York en el hogar del poeta, escritor y dibujante Miguel Teurbe

(1) MÁRQUEZ STERLING, CARLOS. *Ignacio Agramonte*, págs. 129-131.

Tolón, el año precedente. Orgulloso de su propia enseña, en el curso del debate Céspedes recomendó a la Asamblea "que no se olvidasen los triunfos de la bandera que se alzó en Yara, ingratitud que sería tan notable como la que los diputados Honorato del Castillo e Ignacio Agramonte temían, según habían expresado, que se cometiese con la de López y Agüero", y agregó "que no debían agravarse los títulos adquiridos por el Departamento Oriental". Al votar a favor de la bandera actual de Cuba, la Convención o Asamblea Constituyente dió por terminada su labor ⁽¹⁾. Acto seguido de haber concluido los convencionales la misión que les había sido encomendada, pasóse a constituir la Cámara de Representantes. La Presidencia y la Vicepresidencia recaeron en Salvador Cisneros Betancourt y Miguel Jerónimo Gutiérrez respectivamente. Las dos Secretarías y las dos Vicesecretarías, en Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana las primeras, y en Miguel Betancourt y Eduardo Machado las segundas. Camagüeyanos y villareños ocuparon, de esa manera, todos los puestos de la mesa de la Cámara de Representantes ⁽²⁾. El primer acto de ésta, una vez constituida, fué de conciliación política. Consistió en adoptar a propuesta de Antonio Zambrana la resolución siguiente: "Que el primer acuerdo de la Cámara de Representantes consista en disponer que la gloriosa bandera de Bayamo se fije en la sala de sus sesiones y se considere como una parte del tesoro de la República". Hábilmente encaminado a evitar resentimientos, el acuerdo fué un tributo de respeto a Oriente, tal como lo había pedido Céspedes, a quien alcanzó, asimismo, en el orden personal. Dado ese primer paso de cordialidad política, la Cámara, por aclamación unánime, nombró a Céspedes Presidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo. En igual forma, designó inmediatamente al general Manuel de Quesada, General en Jefe del Ejército Libertador. Quesada era camagüeyano y ocupaba el cargo de jefe militar superior de Camagüey. Fué designado primeramente para el mismo por el Comité del Centro, y ratificado posteriormente por la Asamblea de Representantes del Centro. En la fecha en que fué designado General en Jefe por la Cámara, Quesada no era aún pariente político de Céspedes ni se hallaba compenetrado con éste respecto a la manera de dirigir

(1) La bandera de Bayamo o de La Demajagua logró conservarse en la revolución y en cumplimiento del primer acuerdo de la Cámara se conserva en la actualidad en el salón de sesiones de la Cámara de Representantes de la República. Véanse CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y DE QUESADA, *Las Banderas de Yara y de Bayamo* y GAY CALBO, ENRIQUE, *El Centenario de la Bandera Cubana, 1849-1959*. Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1949.

(2) Martí comentó la constitución de la Cámara señalando que para la presidencia de la misma se designó "el que presidía la Asamblea de Representantes del Centro, de que la Cámara era *ensanche y hecchura*, a Salvador Cisneros Betancourt". *Obras Completas*, vol. I, página 537.

militarmente la revolución, como lo estuvo más tarde. Su designación fué obra de los camagüeyanos, apoyados por los villareños, sin reparo de Oriente. Aceptado por Céspedes el nombramiento conque la Cámara acababa de honrarle y enaltecerle, adelantóse a proponer la designación de Francisco Vicente Aguilera para la Secretaría de la Guerra, iniciativa cespedita encaminada a borrar diferencias, hacer pública manifestación de aprecio a los méritos personales de Aguilera, y de reconocimiento a éste por los servicios prestados a la revolución. La Cámara se unió unánimemente al tributo rendido por Céspedes a Aguilera. Aprobó la designación e hizo constar en acta que la proposición del Presidente de la República fué acogida con vivas demostraciones de aplausos, y aprobada por unanimidad. Otro hecho igualmente significativo del espíritu predominante en esa primera sesión, se consignó asimismo en el acta: el Presidente Céspedes, después de exponer en un breve discurso su amor y respeto al nuevo orden de cosas, "concluyó por desprender de su traje las insignias de su mando y las puso a disposición de la Cámara, con lo que quería demostrar que todos los jefes debían desnudarse ante ella de la autoridad que habían poseído hasta aquel momento, acto que produjo mucho entusiasmo" (1). La sesión terminó con un acuerdo, ratificación en ciertas medidas de otro adoptado cuatro días de comenzar sus sesiones la Asamblea de Guáimaro por la Asamblea de Representantes del Centro: el de tomar en consideración una solicitud presentada por un número de ciudadanos, en sentido anexionista a la República de los Estados Unidos. Esta grave cuestión no se aprobó ni se rechazó de plano. Sometióse al estudio de una comisión compuesta por los diputados a la Cámara Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Lorda, Miguel Betancourt, Jesús Rodríguez y Honorato del Castillo. Cuatro votos de la mayoría camagüeyano-villareña, y un solo voto, poco significado, de Oriente.

El 12 de abril fué el día de las investiduras. Céspedes quedó en posesión del cargo de Presidente de la República y entró en funciones; Manuel de Quesada asumió a su vez el de General en Jefe del Ejército Libertador; y la Cámara de Representantes, superior organismo revolucionario quedó constituida en sesión permanente. Céspedes formó su gabinete, sometido por él a la Cámara y aprobado por ésta, en la siguiente forma: Secretario de la Guerra, Francisco Vicente Aguilera, con Pedro Figueredo de Subsecretario; Secretario de Hacienda, Eligio Izaguirre; de lo Interior, Eduardo Agramonte y Piña; y de Relaciones Exteriores, Cristóbal Mendoza. Aguilera, cuya simpatía por los cama-

(1) Las palabras entrecomilladas se hicieron constar textualmente en el acta.

güeyanos y estrecha compenetración con Ignacio Agramonte eran bien conocidas, quedó, con Céspedes y Quesada, al frente de la dirección de la guerra. El Camagüey, con dos de los suyos, Eduardo Agramonte y Cristóbal Mendoza en el Gabinete, contó con mayoría en éste. Al constituirlo en esa forma, Céspedes fué consecuente con su criterio favorable al régimen parlamentario, expuesto en la Asamblea Constituyente, al proponer que los Secretarios del Despacho fuesen propuestos por el Ejecutivo y aprobados por la Cámara. De hecho, Céspedes no contaba sino con un oriental que podía considerar adicto a su política, Eligio Izaguirre. Los villareños y los habaneros, con posiciones en la mesa de la Cámara, no las tuvieron en el Gabinete.

Los dictados del patriotismo y el propósito de descargarse de la grave responsabilidad que sobre ellos pesaba, movieron a los representantes de la revolución a concurrir a Guáimaro. En la Asamblea de ese nombre, compaginaron sus diferencias, unieron la insurrección en un frente único y constituyeron un solo gobierno representativo de Cuba Libre. No hay evidencia histórica, sin embargo, ni testimonio alguno, que induzca a pensar que en la última entrevista celebrada por Agramonte e Ignacio Mora con Céspedes en Oriente, o en las conversaciones posteriores del mismo Mora y Francisco de la Rúa con Céspedes, después del regreso de Agramonte a Camagüey, los delegados camagüeyanos persuadieran o convencieran a Céspedes de que el sistema de organizar el gobierno revolucionario en Camagüey era más conveniente y más efectivo para la dirección de la guerra que el implantado por él en Oriente. No cabe admitir tampoco, por estar en contradicción con los hechos, que los razonamientos de Céspedes tuvieran fuerza persuasiva y convincente para inducir a los camagüeyanos a modificar sustancialmente sus propias ideas y aceptar las del jefe oriental. Todas las pruebas conducen a afirmar lo contrario. A Guáimaro no se fué a tratar de establecer un sistema ideal de gobierno para Cuba, ajustado a doctrinas y principios político-filosóficos mediante discusiones de tipo académico. Dadas las apremiantes circunstancias, túvose por mira el lograr un arreglo "funcional", meramente. Se proyectó y se concibió éste, para resolver el grave y urgente problema político, de primordial interés, de la unidad revolucionaria respecto a cuestiones esenciales de política exterior e interna. Aprobadas las bases del arreglo en reuniones preliminares, procedióse con extraordinaria rapidez a redactar, discutir y aprobar la Constitución, a designar el Presidente de la República después de constituir la Cámara, a nombrar al General de Jefe y a la formación del gabinete del Presidente, tan pronto tomó posesión del cargo. El carácter y el alcance de expediente político de la labor de la Conven-

ción Constituyente, fué causa de que ocurriesen omisiones, contradicción de principios, evasión de problemas y otros errores contenidos en el importante documento, si se le juzga desde un punto de vista estrictamente doctrinal. Una desapasionada, serena y prolongada discusión de hombres de estudio, en labor tranquila, con tiempo suficiente por delante, para tratar de realizar una obra ideal de supuesta perfección técnica en lo político y lo filosófico, era algo que hubiera podido ser más hacedero teóricamente, en circunstancias normales, que la confección de un plan político y la redacción de una ley fundamental de Cuba Libre en Guáimaro. El plan y la Ley Fundamental del Estado, acordados de manera festinada, por hombres apasionados y de firmes criterios, contradictorios en buena parte, y de muy distintas condiciones de carácter, aún cuando persiguiesen un ideal común, fueron lo que pudieron ser y respondieron a las graves necesidades de la hora. Diferentes en edad, posición y experiencia de la vida, los convencionales estaban envueltos en el torbellino de una revolución, en lucha a muerte con una nación guerrera poderosa, comparadas las fuerzas de ésta con las de la insurrección cubana. La obra realizada en Guáimaro estuvo y debió estar destinada al logro de objetivos políticos y militares específicos inmediatos. Iba a servir de instrumento, aún cuando fuese provisional e imperfecto, de unificación del frente interno revolucionario, la más premiosa necesidad del momento. Inexcusable fué el realizarla urgentemente, cualesquiera que fuesen las deficiencias que le impusieran la confusión de los problemas y las reservas mentales de las partes. El dar cima a empeño tan arduo, fué el mérito excepcional, en el orden patriótico y político, de la gran asamblea revolucionaria. Los defectos técnicos podían considerarse secundarios. El fin primordial perseguido quedó asegurado y eso era lo vital para la revolución cubana (1).

Las inflamadas arengas y peroraciones de Agramonte, Zambrana y sus jóvenes compañeros, en los días de la concentración revolucionaria en Guáimaro podían estar sobradas de lirismo y espiritualismo político, como expresara Manuel Sanguily. Podían rebosar de un idealismo cosmopolita, filantrópico y humanitario que hacía pensar en un mundo de paz y de confraternidad; en otro Evangelio, como escribiera el mismo historiador. Las evidencias históricas más convincentes son que, no obstante el lirismo, el espiritualismo y el idealismo de las arengas y las

(1) "En los modos y en el ejercicio de la carta, se enredó, y cayó talvez, el caballo libertador; y hubo yerro acaso en poner pesas a las alas, en cuanto a formas y regulaciones, pero nunca en escribir en ellas la palabra de luz." MARTÍ, JOSÉ. *Obras Completas*, La Habana, 1946, vol. I, pág. 532.

peroraciones, en Guáimaro se hizo política práctica, "realista", con los objetivos corrientes de las actividades de ese género: lograr posiciones y ventajas, hacer prevalecer criterios, ganar adeptos, asegurarse mayorías y asumir la máxima suma de poder posible. La gente joven, aparentemente la más susceptible a dejarse arrastrar por la idealidad y el ensueño, no perdió de vista en ningún caso, las cuestiones y las diferencias políticas que estaban planteadas. No relegó las unas ni las otras a un plano secundario. No hizo dejación de su dominante voluntad de poder. No refrenó el impetuoso deseo, con la intransigencia y el espíritu dogmático de la juventud, apenas atemperados por los convencionales de mayor experiencia y edad, de tomar en sus manos la dirección suprema de la revolución, como hubo de lograrlo. Agramonte, Zambrana y sus compañeros, procedieron de esa manera, arrastrados no sólo por su fervor juvenil, sino movidos también por el recelo que les inspiraba un hombre de las condiciones de carácter y de la inquebrantable voluntad de Céspedes. Ellos eran positivamente revolucionarios, imbuídos de las ideas y las doctrinas de la Revolución Francesa de 1789 y entusiásticos admiradores de los procedimientos drásticos de la misma. Hallábanse ansiosos de reformarlo todo, de legislar sin limitación alguna, de extirpar de raíz todo cuanto fuese tradición colonial, de echar los cimientos de una sociedad enteramente nueva, libre y progresista. En total desacuerdo con la mayor parte de los principios mantenidos por Céspedes en el Manifiesto de 10 de octubre, y con las normas puestas en práctica por él durante su mando en Oriente, repugnábales de una manera especial el criterio de Céspedes referente a la limitación de la acción revolucionaria durante la guerra. En abril de 1869, estaba comprobada la imposibilidad de regirse por la legislación colonial vigente hasta la expulsión de España de Cuba. Los opositores de Céspedes rechazaban de manera absoluta la concentración de los poderes civiles y militares en una autoridad unipersonal, sistema que calificaron lisa y llanamente de dictadura; y que, como tal, repudiaron y condenaron con la mayor energía. Revolucionarios en el completo y cabal sentido del término, Agramonte, Zambrana y sus amigos entendían y proclamaban que la revolución contaba con representación bastante no sólo para poder poner término a la dominación española, sino también para destruir el sistema colonial hasta sus cimientos y erigir sobre sus ruinas una organización republicana democrática, de acuerdo con los principios y el generoso idealismo de los girondinos. En la primera de las bases para la Constitución aprobada el 10 de abril, rindieron un testimonio verbal de respeto al principio mantenido por Céspedes de reservarle al pueblo cubano la potestad de resolver el sis-

tema permanente de Cuba soberana e independiente cuando pudiese estar más ampliamente representada, al declarar en dicha base que los acuerdos de Guáimaro serían provisionales y estarían sujetos a ser modificados cuando el pueblo cubano se hallase en las condiciones expresadas por Céspedes, pero cuidaron de darle a la Constitución aprobada en la histórica Asamblea, en la cual se aseguraron una mayoría, el más firme carácter de permanencia, al establecer en el artículo 29 y último de la Constitución, desconocedor del principio democrático del respeto a la mayorías, que para enmendarla se requeriría el voto unánime de los miembros de la Cámara. Mientras hubiese un solo partidario de sus ideas en el organismo legislativo, la Constitución no podía ser modificada. Ellos, los jóvenes, agrupados con Agramonte, el jefe indiscutido, abrigaban la convicción de que los hombres maduros y de condición templada eran útiles para el consejo y la determinación de ciertas orientaciones generales. Lo eran también para imprimir un sello de respetabilidad y de prestancia a los organismos del Estado; pero no reunían las condiciones requeridas para una acción renovadora radical de lo viejo y de lo caduco. Esa acción era indispensable confiarlas al ímpetu, al coraje, y al desinterés de la juventud, no cohibida por las obligaciones, los compromisos, las necesidades y responsabilidades, las dudas y las vacilaciones que atan por lo común a los hombres maduros, jefes de familia. Convencidos de la razón que les asistía y seguros de la rectitud de sus intenciones, se adelantaron a asegurarse el apoyo de los villareños tan pronto entraron éstos en Camagüey, contando, como contaban ya, con la simpatía, la aquiescencia y el respaldo de revolucionarios camagüeyanos y orientales de edad y de experiencia, inconformes con no pocos de los procedimientos de Céspedes. La mayoría absoluta de que dispusieron en Guáimaro les permitió de hecho y de derecho asumir la dirección de la revolución, objetivo por ellos perseguido. Colocaron a Céspedes, tratado con respeto, en una posición subordinada. Si persistía en su sistema y trataba de hacerlo prevalecer, en contravención de los acuerdos de la Asamblea Constituyente, podía ser removido de la Presidencia de la República sin dificultad. La Cámara, mientras tanto, se mantendría alerta, a la vez que tomaba a su cargo el dictar las leyes renovadoras, justicieras y democráticas de Cuba republicana independiente y libre.

El grupo camagüeyano-habanero-villareño de revolucionarios jóvenes, que con Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana a la cabeza logró la realización de sus propósitos en Guáimaro, no triunfó por sí mismo exclusivamente con sus propias fuerzas. Pudo asegurarse la mayoría en la Asamblea, gracias a que contó con el apoyo decisivo de

varios de los más ilustres patriotas presentes pertenecientes a la generación anterior. Estos, por sus años, su moderación, sus elevadas prendas de carácter, su experiencia y serenidad de juicio, su espíritu bandodoso y conciliador y sus firmes y arraigadas convicciones democráticas, gozaban de un bien merecido y bien ganado respeto, y ejercían una gran influencia moral sobre los jóvenes y sobre sus compañeros de la guerra. Distinguíanse especialmente entre esos hombres, Francisco Vicente Aguilera, de Oriente; Francisco Sánchez Betancourt, de Camagüey; Miguel Jerónimo Gutiérrez, de Las Villas; a distancia, desde Nueva York, José Morales Lemus, de la Habana, aunque era holguinero de nacimiento. Ignacio Mora y algunos otros, aunque algo más jóvenes que los mencionados, podían incluirse en el grupo de esas personalidades. Salvador Cisneros Betancourt, de convicciones personales y de carácter distintos en diversos aspectos, ejercía, asimismo, una influencia moral grande. Sus opiniones eran oídas con gran respeto, a título de alto representante de Camagüey, de su posición social, su acendrado patriotismo y su repulicanismo intransigente, marcadamente regionalista. Todas estas personalidades, a las que se unían otras menos destacadas y prominentes, simpatizaban en el orden personal con Agramonte y los suyos. Sentíanse compenetrados con la gente joven, contagiábanse con el entusiasmo fervoroso de ésta y aún cuando estimaban y respetaban a Céspedes y apreciaban sus méritos personales y revolucionarios, entendían que la autoridad unipersonal de que se había investido al alzarse en La Demajagua era excesiva y peligrosa. Un sistema de gobierno unipersonal, con poderes demasiado amplios como el establecido por Céspedes, lo consideraban inaceptable en un régimen democrático republicano. No se compaginaba con el espíritu y los ideales de la revolución, ni aún temporalmente, dentro de un estado de guerra. En las reformas de carácter político y social debía procederse con prudencia y avanzar con cautela, ciertamente. No se justificaba, sin embargo, el aplazar la sustitución del régimen colonial por el republicano hasta que terminase una guerra cuya duración no podía preverse. Además, el plan concebido por Céspedes era incompleto; los hechos habían demostrado que no se ajustaba a la situación que creaba e iba acentuando la guerra. La implantación de reformas de tipo social democrático, habría de ganarle simpatías a la revolución dentro y fuera de Cuba. Contribuiría a la más rápida y segura conquista de la victoria.

El apoyo desinteresado, sincero y bondadoso de Miguel Jerónimo Gutiérrez, aseguró a la gente joven el respaldo de Las Villas. El de Salvador Cisneros Betancourt, Francisco Betancourt e Ignacio Mora, el

de Camagüey. El de Francisco Vicente Aguilera, contrapesaba en buena parte la influencia personal de Céspedes en Oriente. Morales Lemus, desde la emigración, tenía en el justo aprecio que merecía, a la juventud, aunque era en un todo favorable a Céspedes. La opinión de todas esas personalidades, que lo trataban con toda consideración y respeto, no podía dejar de hacerse sentir en el ánimo de Céspedes y de sus amigos más adictos. Las evidencias históricas son que él continuó creyendo en las ventajas de una dirección centralizada de la guerra, provista de amplios poderes. Pese a ello, entendió, democráticamente, que debía acatar la voluntad manifiesta de la mayoría. A tal decisión ajustó su proceder en Guáimaro. Nada autoriza a pensar que abrigase el propósito de no proceder con lealtad respecto de esa fundamental cuestión.

El régimen establecido por la Constitución y el gobierno organizado en Guáimaro, fué positivamente, un régimen "mayoritario" en las circunstancias del momento. El gobierno que ocupó el poder fué un gobierno de mayorías también, y Céspedes contribuyó, en las discusiones de la Constitución y en la propuesta de los Secretarios del Despacho, a darle cierto carácter de gobierno parlamentario.

La transigencia de Céspedes al aceptar la sustitución de su programa político expuesto en el Manifiesto del 10 de octubre, por el planeado y establecido en Guáimaro, se explica no sólo por las convicciones republicanas democráticas de Céspedes y por el dominio que ejercía sobre sí mismo. El jefe oriental no podía dejar de reconocer que se encontraba en una posición débil al concurrir a Guáimaro, hecho que lo afectaba desfavorablemente a él mismo, y le irrogaba perjuicios a la revolución. El acatamiento final de su autoridad en Oriente, después del gesto audaz de La Demajagua, habíase debido a la gran victoria de la toma de Bayamo, Jiguaní, Baire y otros poblados, a la rápida extensión del alzamiento y a la liberación de una gran parte del territorio del Departamento Oriental. Triunfos tan resonantes, debidos en gran parte a su resolución y a su audacia, le dieron la razón frente a los que habían censurado su precipitación y su impaciencia; le ganaron la admiración de todos los cubanos desafectos a España y opuestos al sistema colonial y lo convirtieron, de un día para otro, en una de las grandes figuras de las guerras de independencia de las Américas. La marcada división regional de Oriente; las dificultades inherentes a los agitados y desordenados primeros meses de la insurrección oriental; la derrota de Mármol en El Salado, de la cual algunos de los opositores de Céspedes le imputaron a éste gran parte de la responsabilidad; el intento de dictadura de Mármol; la recuperación por los españoles de Bayamo, Jiguaní, Baire, El Cobre, Palma Soriano y otros lugares, fueron hechos

que hicieron imposible para los insurrectos el uso de la legislación colonial e hicieron impracticable la acción efectiva del gobierno cespedista. Las continuas y destructivas operaciones del Conde de Valmaseda en las jurisdicciones insurreccionadas de Oriente, bajo el mando de Céspedes, puestos todos los jefes cubanos a la defensiva, mermaron la autoridad del jefe oriental y aumentaron la fuerza de sus opositores en el Departamento de su mando. De manera que, según se dejó constancia en otra parte, la representación que llevó a Guáimaro fué débil, comparada con el empuje, la unidad de miras y la incontestable influencia entre los suyos, de las representaciones de Camagüey, Las Villas y la Habana (Occidente), en la concentración de Guáimaro.

La mayoría dominante en la Convención Constituyente, trató a Céspedes con respeto y consideración, aún cuando hizo prevalecer soluciones radicalmente contrarias, a las ideas de él, en lo cual dicha mayoría estaba en su derecho. Bien consideradas las cosas, Céspedes, en último término, no perdió, sino salió ganancioso en Guáimaro. Al llegar al poblado camagüeyano, él era el jefe del Departamento Oriental solamente, con sus poderes y su autoridad muy discutidos desde la hora misma en que hubo de asumirlos; con la popularidad ganada en los primeros momentos de la insurrección muy disminuída, a causa de la marcha adversa de la guerra en el territorio de su mando, y con la creciente oposición de muchos y muy reputados patriotas orientales. Al quedar establecida y en vigor la nueva organización política acordada por la Asamblea, Céspedes recibió la investidura de la Presidencia de la República de Cuba, con toda la autoridad constitucional y moral, y el prestigio de una elección absolutamente legítima, unánime y libre, de la representación del pueblo cubano en armas. Esa elección era, en esencia, una sanción favorable a su gesto audaz de haber precipitado el alzamiento en La Demajagua. Era, asimismo, la confirmación del jefe de Oriente en el más alto cargo ejecutivo de la revolución, para el que se le había designado en la Junta de El Rosario y en La Demajagua, con la aprobación, pocos días más tarde, de la Junta de Bayamo. Por otra parte, era admisible que la Cámara de Representantes, organismo legislativo con una amplia base de representación, ejerciera la suprema autoridad en el campo revolucionario como agente de la soberanía popular. La existencia de tres bien balanceados poderes —Ejecutivo, Legislativo y Judicial— llamados a funcionar independiente y armónicamente dentro de sus campos propios, era un sistema de tiempos de paz, imposible de mantener en un estado de insurrección y de guerra a muerte con la metrópoli. Reconocida, puesto que la imponían los hechos, la indispensable necesidad de que hubiese una autoridad suprema, en-

cargada en último término de la dirección de la República en armas, la mayoría estimó preferible que dicha autoridad fuese ejercida por un cuerpo colegiado compuesto por un corto número de miembros, la Cámara de Representantes, y no por una sola persona, el encargado del Poder Ejecutivo. Agramonte y sus adictos lograron hacer prevalecer esta solución que ponía, de hecho, la dirección de la revolución enteramente en sus manos. La transacción política fundamental, si así puede llamarse, a que se llegó en Guáimaro fué esa. Céspedes aceptó que la autoridad suprema fuese ejercida por la Cámara de Representantes, depositaria de la soberanía del pueblo cubano, sin compartirla con el Ejecutivo, que le estaba enteramente subordinado. La Cámara, a su vez, convino en nombrar a Céspedes Presidente de Cuba Libre, con poderes limitados, de acuerdo con la Constitución, sin peligro alguno, puesto que podía destituirlo en cualquier momento por un simple voto de mayoría. Fué éste un arreglo político sui géneris, distinto a los de todos los países de la América en el curso de sus guerras de independencia. Lo impusieron circunstancias semejantes, pero no idénticas, a las que en situaciones críticas y anómalas condujeron a la organización de los gobiernos revolucionarios unipersonales en el período de la lucha por la independencia, casi invariablemente, en todos los demás países de las Américas.

CAPÍTULO XVI

LA GUERRA, PROBLEMA MAXIMO DEL GOBIERNO CUBANO

El establecimiento de la República de Cuba, tal como quedó constituida en Guáimaro, significó el casi total abandono del programa de acción revolucionaria de Céspedes, expuesto en el Manifiesto del 10 de octubre de 1868. La autoridad suprema de un general en jefe revestido de poderes militares y civiles, con facultad para dirigir libremente la guerra contra la metrópoli, quedó sustituida por la de un cuerpo colegiado, la Cámara de Representantes, dotado de poderes más absolutos que los asumidos por Céspedes al proclamar la independencia. El objetivo inmediato de la guerra, circunscrito por el momento a la expulsión de Cuba de la metrópoli, fué ampliado ilimitadamente. Los cubanos en armas debían llevar adelante, junto con el propósito indicado, y en estrecho e indisoluble paralelismo, la sustitución del régimen político y social de la colonia por el de una república democrática, en la que estuviesen garantizados los derechos esenciales del hombre y del ciudadano, sin distinción de razas ni de categorías sociales. La legislación colonial debía ser barrida. Se la reemplazaría sin demora por un cuerpo de leyes que la Cámara debía aprobar a la mayor brevedad, basadas en los principios del sistema democrático republicano establecido. El procedimiento cespedita de abolición gradual de la esclavitud en el terreno legal, ya que no en el de los hechos, quedó anulado por el terminante precepto constitucional del artículo 25: "Todos los habitantes de la República se consideran enteramente libres". La política de Céspedes respecto de la Iglesia Católica, considerándola una institución universal religiosa, que no era parte integrante del sistema colonial y con la que Cuba independiente podía mantener relaciones según la práctica de otros Estados de población católica, se repudió constitucionalmente. El Catolicismo fué colocado en el mismo plano que los demás cultos, el libre ejercicio de los cuales no podía ser atacado por la Cámara de Representantes, según lo dispuesto en el artículo 28 de la Constitución.

Comenzadas sus labores, Cámara y Ejecutivo le dieron frente a múltiples y graves problemas; fundamentalmente, ante una realidad que dominaba toda la situación, porque los cambios antedichos no podían alterarla, la de guerra. Esta seguía, independientemente de los acuerdos de Guáimaro, su curso, inexorablemente determinado por nuevas fuerzas desatadas por la revolución y por nuevas circunstancias, en Cuba y en el exterior, imposibles de prever totalmente por ninguno de los dos bandos contendientes. A la guerra, por tanto, tuvieron que consagrarse ante todo, el Poder Ejecutivo, el Legislativo y el General en Jefe, con la agravante de que la guerra tomaba cada vez más el carácter feroz de una implacable lucha de exterminio.

Del lado cubano, la cuestión esencial respecto de la guerra era la del armamento y las municiones, en imprescindible necesidad de ser importados. La dificultad de esa importación sólo podía vencerse con la ayuda de la emigración cubana, principalmente de la radicada en los Estados Unidos. El auxilio de esa emigración, para poder alcanzar toda su efectividad requería el reconocimiento de la beligerancia y de la independencia. Obtenidos uno y otro, se facilitaría el levantar fondos en el extranjero, adquirir armas y demás material de guerra, disponer barcos para el transporte, y plantearle a la metrópoli el problema de sostener la guerra dentro de las normas generalmente aceptadas en el derecho internacional de la época. La posibilidad del reconocimiento de la beligerancia había demandado la unificación del gobierno revolucionario y la constitución de una república con todos los atributos del sistema democrático-representativo. Este hecho y las experiencias de los meses de guerra, obligaban a hacer reformas radicales en el régimen de administración y de gobierno interiores de la revolución, labor que requería no menor atención y vigilancia, y demandaba no menor urgencia, que las operaciones militares y las cuestiones de política exterior. Operaciones militares y labores diplomáticas, no podían dejar de estar afectadas, en bien o en mal, por la situación general interna de Cuba Libre.

La más pungente realidad, la que dominaba todo el cuadro de la insurrección, era, pues, la guerra a sangre y fuego con el español. Todo lo demás eran medios necesarios para sostener la lucha hasta alcanzar un final victorioso. En el ambiente de Guáimaro, hubo momentos en que esa terrible tragedia pareció pasarse un tanto por alto. Terminados aquellos días de patrióticas satisfacciones, los hechos volvieron a imponerse implacablemente. El gobierno de Cuba independiente hallábase constituido. Habíase dado un paso adelante de extraordinaria importancia. La meta, no obstante, estaba por alcanzarse. La existencia de las nuevas instituciones republicanas y la conquista final de la indepen-

dencia no habrían de lograrse, a menos que se pudiese sostener la guerra hasta acorralar y agotar los ejércitos españoles de operaciones. Largo era, por tanto, el camino a recorrer.

El cuadro de conjunto de la guerra perfilábase con claridad. En Oriente, Valmaseda continuaba el desarrollo de una ofensiva devastadora y feroz contra los revolucionarios y la población auxiliar pacífica de los campos. En Las Villas, los ataques españoles eran tanto o más violentos que en el Departamento Oriental. Sin armas ni municiones para resistirlos con efectividad, los villareños habíanse visto obligados a pasar, en grandes masas de gente casi inerme a Camagüey, con rumbo a Oriente. Desorientados e indefensos, vagaban por los campos camagüeyanos en demanda a Céspedes y a la Cámara, de medios con que batirse contra el enemigo, mientras en el territorio villareño, jefes y reclutas valerosos sostenían un trágico y desigual combate con el reforzado y ensoberbecido adversario. En Occidente, las duras medidas represivas de Dulce, unidas al vandalismo y al odio de los voluntarios, desorganizaban y hacían imposible todo plan de alzamiento. En condiciones menos desfavorables, Camagüey no podía desconocer la presencia del brigadier Lesca, sustituto de Mena, del coronel Zacarías G. Goyeneche y otros jefes en Puerto Príncipe, al mando de numerosos refuerzos. Perseguían el cuádruple objetivo de hacer inexpugnable la ciudad, restablecer y mantener la comunicación con Nuevitas, y reforzar a Santa Cruz del Sur, salida de Puerto Príncipe en la costa meridional para comunicarse con Batabanó y la Habana. Estos eran pasos previos para preparar el inicio de activas operaciones militares en toda la región camagüeyana, a la mayor brevedad posible.

Desplazado de Oriente a Camagüey el centro principal de acción revolucionaria, y variado a fondo el sistema político de Cuba Libre en casi todos sus aspectos esenciales, los problemas más arduos de la guerra, aunque en el fondo seguían siendo los mismos, presentaban varios aspectos fundamentales distintos. En posesión nuevamente los españoles de Bayamo, base principal de la acción revolucionaria en el período inicial de la guerra, la sede del Gobierno cubano pasó a ser Guáimaro, en posición estratégica más céntrica con respecto a todo el territorio insurreccionado, residencia del Ejecutivo y de la Cámara de Representantes, a distancia relativamente muy corta de la ciudad de Camagüey. La permanencia del gobierno revolucionario en Guáimaro, hacía del pequeño poblado la capital de la República. Daba la impresión, en Cuba y en el extranjero, de que el gobierno cubano se hallaba firmemente establecido en el lugar, requisito que podía estimarse indispensable para el reconocimiento de la beligerancia. El Capitán General

Dulce, hombre de guerra de larga experiencia, la cual se extendía también al campo político, no podía dejar de reconocer que así como por razones militares y de prestigio para la metrópoli había sido indispensable apoderarse nuevamente de Bayamo, en abril de 1869, cuando los cubanos hacían activas gestiones en Washington cerca de Grant para el reconocimiento de la beligerancia, hacíase igualmente indispensable desalojarlos de su nueva sede en Guáimaro. Camagüey, por tanto, iba a ser, junto con Tunas, un nuevo centro de actividad militar española, a la cual los cubanos habrían de verse obligados a hacer frente sin tardanza. Por lo demás, los objetivos, la estrategia y la táctica de los cubanos continuaron siendo, los mismos. El libertador continuó enfrentándose con las más tremendas dificultades. La metrópoli poseía una absoluta superioridad en armamentos y toda otra clase de material de guerra. Sus tropas disponían de numerosas y bien protegidas bases de operaciones, costeras y de tierra adentro, en lugares estratégicos, inexpugnables para los cubanos por el momento, a causa de carecer éstos de artillería, fusiles y municiones en la cantidad necesaria. Centralizado, con plena autoridad, respaldado en lo absoluto por el gobierno metropolitano, el mando español contaba con el completo dominio del mar. Esta primordial ventaja permitíale a Dulce recibir refuerzos y material de guerra de la metrópoli, mover sus unidades militares libremente, situarlas en los lugares de mayor urgencia según las circunstancias, y hacerlas operar con arreglo a un plan de conjunto. En una isla larga y estrecha, con excelentes puertos, a corta distancia unos de otros, en la banda del norte y en la del sur, tales operaciones se hacían fáciles. El ejército español, esto era un hecho, no podía ser vencido en batallas campales decisivas, ni expulsado de los principales campamentos y poblaciones fortificadas por la fuerza de las armas, en las condiciones prevaletientes. La toma de Jiguaní, Baire, Bayamo y algunos otros centros urbanos menores en los primeros días de la insurrección debióse al elemento primordial de la sorpresa. Apercebidos los españoles y reforzado su ejército en la Isla por voluntarios y soldados de línea, despachados éstos a toda prisa por la metrópoli, ninguna otra población importante cayó en poder de los cubanos, desprovistos de elementos ofensivos en cantidad suficiente. En marcado contraste, Valmaseda recobró a Bayamo, Jiguaní y demás poblados asaltados y ocupados por los cubanos en el mes de octubre. Para la insurrección, la guerra tomaba gradual e inevitablemente, la forma de una lucha de resistencia y de desgaste, impuesta por las circunstancias. Esa lucha ponía a prueba cuál de los dos adversarios podía hacer más daño al otro y sostenerse más tiempo.

España enviaba soldados a morir víctimas de la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales; de las agotadoras marchas continuas, con objetivos imprecisos; de combates casi a diario, sin resultados decisivos, en todo el territorio revolucionario. Gastaba sumas enormes comparadas con los ingresos del agobiado Tesoro español y de las cajas casi en quiebra de la Isla, no obstante continuar obteniendo grandes recursos del Occidente cubano. Internacionalmente, la guerra mantenía expuesta la metrópoli a graves complicaciones con los Estados Unidos. No era posible prever hasta cuándo y en qué medida, podría hacer frente a la pérdida de vidas de millares de jóvenes reclutas y al gradual agotamiento de sus recursos financieros. En su conjunto, estos eran los grandes problemas para el Gobierno de Madrid.

Lanzados al campo en un impulso de exasperación, las dificultades de los cubanos insurrectos no eran menores. A la intemperie siempre, hallábanse obligados a soportar las durezas del clima, a campo raso, escasos de alimentos, de vestuario, de medicinas y de todos los demás medios de vida y de resistencia en una guerra sin cuartel. El constante, desigual combate a causa de la inferioridad de armamento y de municiones, obligaba a los libertadores a suplir de mil maneras distintas, muy arriesgadas todas, la inferioridad en elementos de guerra frente al enemigo. Estaban forzados a vivir sobre el país, que las tropas españolas devastaban sistemáticamente hasta el último límite, en toda la extensión del territorio insurrecto. Con el extranjero, de donde podrían recibir armas y algún otro material de guerra, sólo les era dable mantener escasas, irregulares y riesgosas comunicaciones. Conocedor de su difícil situación, el cubano suplía la escasez e inferioridad de elementos de guerra, con su tenacidad, su coraje, su mayor movilidad, su poder de resistencia individual superior al de los españoles, firmemente convencido de que a la larga se produciría el agotamiento del enemigo antes que el propio. Confiaba también en que si llegaba a disponer de armas y municiones en cantidad suficiente, la guerra cambiaría de carácter; las fuerzas españolas podrían, ser entonces, batidas en campo abierto. Mantenido la guerra por tiempo indefinido, España veríase obligada a abandonar la Isla. Era lo más urgente sostener la insurrección y extenderla a toda Cuba, de un extremo a otro. A medida que el territorio insurreccionado fuese mayor, el desgaste español sería más intenso y más rápido. La ampliación del campo de la lucha exigiría de la metrópoli mayor número de soldados y la obligaría a gasto más crecido de toda clase de recursos. El mando español veríase obligado a una mayor dispersión en las furzas disponibles. Tendría que emplear éstas en mayor número de servicios de guarnición y de abastecimiento

de las bases, mucho más numerosas, a expensas del poder ofensivo y defensivo de las tropas. Por otra parte, al extenderse el territorio insurrecto, el Ejército Libertador se reforzaría con mayor número de reclutas conocedores de sus zonas respectivas. Estratégicamente, era esencial llevar la guerra con la mayor rapidez posible a todo el Occidente cubano. Resultaba imperativo, en vista de los objetivos mencionados, el mantenerla con la mayor firmeza e intensidad en Las Villas, dado que desde el territorio villareño podría lanzarse una invasión sobre Matanzas y la Habana. Una función bélica de primer orden correspondía a Las Villas en la lucha por la independencia. Cualquier avance villareño sobre el Oeste agravaría la situación española. Impedida dicha invasión por el mando español, bien penetrado del peligro que representaba para él, la prolongación de la lucha podría ser inevitable.

En abril de 1869, mientras los altos jefes cubanos se concentraban en Guáimaro para acordar los cambios políticos expuestos, el mando español elaboraba y ponía en práctica una manera propia de dirigir la guerra en oposición a la estrategia natural insurrecta. Para los generales españoles no se trataba de una guerra de desgaste. Hallábanse frente a una rebelión que debía ser aplastada implacablemente antes de que se extendiese y cobrase mayor fuerza. Ajustada a la configuración y extensión de la Isla y a los peligros inmediatos de la insurrección, desde el doble punto de vista militar y político, la estrategia española se delineó con claridad. El foco más temible de la insurrección era Oriente. Estratégicamente y por la alta cifra de sus habitantes, seguía en importancia el de Las Villas. Confiada al Conde de Valmaseda la misión, por Lersundi, de aplastar a Oriente, le fué ratificada por Dulce. Reforzado por tropas llegadas de España, en Bayamo, Manzanillo, Santiago, Gibara, Holguín y otros lugares de Oriente, el Conde había dado ya a las operaciones militares el carácter de una vigorosa ofensiva (1).

En 4 de abril, seis días antes de comenzar sus sesiones la Asamblea de Guáimaro, Valmaseda lanzó su bárbara proclama de exterminio y de implacable devastación del territorio insurrecto. Un tanto detenidas las operaciones militares, las del Conde a causa de la falta de tropas y del material hasta el momento en que recibió los refuerzos, y las de los cubanos a causa de la concentración de muchos de los jefes insurrectos de mayor influencia política en Guáimaro, la lucha asumió bruscamente a mediados de abril una gran intensidad del lado español. Los

(1) Los refuerzos militares procedentes de la metrópoli se elevaron, de 4 de diciembre de 1868 a 20 de abril de 1869, a 18,000 hombres. Sumados a las tropas de línea anteriormente existentes en Cuba, a los 40,000 voluntarios armados por Lersundi y a los movilizados y guerrilleros, formaban un ejército poderoso. ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, páginas 775-776.

insurrectos orientales viéronse obligados a hacerle frente al Conde en muy desfavorables condiciones. Junto con la acción militar más intensa, Valmaseda abrió su campaña para socavar la moral insurrecta, con el empleo simultáneo del terror y de las promesas de perdón, puesta la mira en forzar a los orientales a deponer las armas y "presentarse" a las autoridades españolas (1). Empleó, asimismo, los métodos más brutales para obligar a la población campesina a abstenerse de todo apoyo a los insurrectos e incapacitarla para poder hacerlo, si la contención del terror no era suficiente.

La forma en que se desarrolló la campaña en Oriente puso en evidencia la manifiesta dificultad en que se hallaba el Gobierno revolucionario para poder dirigir, y activar la guerra. Determinadamente, Valmaseda concentró la acción militar en las jurisdicciones de Bayamo y Manzanillo, tal como había venido preparándola desde la recuperación de Bayamo. Modesto Díaz, los hermanos Luis y Francisco Marcano, Manuel Calvar, Bartolomé Masó, Luis Figueredo, Jaime Santiesteban y otros jefes manzanilleros y bayameses, abrumados por constantes ataques de fuerzas superiores, apelaron al recurso de dividir sus fuerzas en partidas o unidades pequeñas, para eludir la persecución y mantener en jaque al enemigo. Para contrarrestar este procedimiento defensivo, Valmaseda redujo a su vez el número de soldados de cada columna o unidad española en campaña, con lo cual pudo aumentar éstas. Aseguróles una mayor movilidad, multiplicó las guerrillas al mando de jefes audaces conocedores del terreno y extendió la persecución a todos los lugares del territorio. Restablecidas en condiciones de relativa seguridad las comunicaciones entre Manzanillo y Bayamo, extendió sus operaciones a Jiguaní y Cuba, en combinación con el general Simón de la Torre, sustituto de Ravenet en Santiago. La Torre recibió instrucciones de multiplicar sus ataques contra Mármol y jefes y oficiales a las órdenes del jefe cubano. A fines de junio, después de tres meses de incesante campaña en la parte llana de Manzanillo y Bayamo principalmente, Valmaseda llevó sus ataques combinados al mando de los más reputados jefes de columnas, coroneles Ampudia, Campillo, Heredia, Buceta y otros, a los campamentos insurrectos establecidos por Modesto Díaz y Luis Marcano en las abruptas estribaciones de la Sierra Maestra correspondientes a Bayamo y Manzanillo. El principal efecto útil

(1) En Bayamo y Manzanillo hubo algunas "presentaciones" muy pocas en número, ninguna de jefes u oficiales importantes del Ejército Libertador. "Respecto a los jefes y principales comprometidos, fueron infructuosas todas las consideraciones, todos los consejos que se dieron en la profusión de hojas impresas que circuló el Conde de Valmaseda. Las desgracias no aterraban ni disminuían el entusiasmo de aquellos decididos y valerosos insurrectos." Las líneas entre comillas, se transcriben de *Los Anales de PIRALA*, vol. I, pág. 487.

de estas penosas y costosas operaciones para los españoles, consistió en aumentar la seguridad de las comunicaciones entre sus principales bases y puestos fortificados, y en restablecer, como propaganda de guerra, en parte, algunas capitanías y tenencias pedáneas en los partidos más inmediatos a las cabeceras de las dos jurisdicciones mencionadas.

En las zonas de Cuba, Holguín y Jiguaní, bajo el mando de Donato Mármol, la actividad y la violencia de la lucha no fué menor en abril de 1869 que en Manzanillo y Bayamo. Unas cuantas semanas antes, a mediados de enero, terminadas las entrevistas con los comisionados de Dulce en Giro, cerca del ingenio Caney, Mármol, fuertemente atacado, día tras día, celebró junta con los principales jefes a sus órdenes a fin de acordar un plan de operaciones frente a la intensa actividad española. La opinión de los reunidos se manifestó unánime a favor de las sugerencias de Mármol. En opinión de éste, debíanse concentrar todas las fuerzas, y proceder a la destrucción de los ingenios y demás fincas cuyos propietarios eran declarados enemigos de la revolución y obtenían de ella recursos que proporcionaban a los jefes militares españoles en Santiago para ayudarlos a sostener la guerra. Dado que según el aviso confidencial recibido por Mármol, la expedición de la goleta *Mary Lowell* estaba próxima a arribar a la bahía de Nipe, las fuerzas concentradas debían marchar rápidamente al norte, partidos de Tacajó y Bijarú, jurisdicción de Holguín, a aguardar la expedición citada, que vendría a remediar la necesidad más urgente, la de contar con armas y municiones. El coronel Calixto García, al frente de alguna fuerza, fué destacado anticipadamente para mantenerse en vigilancia en la península del Ramón, con instrucciones de ayudar al desembarque y alijo de la expedición y de transmitir a Mármol el aviso del arribo de ésta, a fin de acudir a protegerla contra cualquier ataque enemigo. Armadas y municionadas todas las fuerzas, éstas se hallarían en condiciones de volver al sur a enfrentarse con La Torre y Valmaseda. En ejecución el plan, inicióse la marcha de las brigadas a continuación de la avanzada mandada por Calixto García, cumpliéndose el acuerdo de destruir por el incendio algunos ingenios. Las fechas expresan la rapidez de los movimientos de los insurrectos. En 14 de enero, cuatro días después de la acción del Salado y del Cauto contra Valmaseda, Mármol celebró en Giro la conferencia con los comisionados de Dulce, en la cual se mantuvo inquebrantable el propósito de luchar por la independencia. Al siguiente día, el 15, ya en marcha hacia el norte, incendiáronse algunos ingenios, dándose muerte a los voluntarios que los guarnecían. El 16, se pernoctó en Cauto Abajo; el 17, en San Felipe y Hato del Medio; el 18, en Sojo. Desde este lugar

se expidieron órdenes para la investigación y el castigo de los hechos vandálicos cometidos por el jefe insurrecto Juan Monzón, canario, en la toma de Mayarí, poblado en el que asesinó a varias personas. El 19, se arribó a Tacajó, y el 20 se acampó en terrenos de la hacienda *Los Berros*, hasta la de *Samá*, sobre la costa, al oeste de Cabo Lucrecia. En este campamento las fuerzas permanecieron hasta el 28, en inútil espera de las noticias de la expedición de la *Mary Lowell*, sufriendo los efectos de una epidemia de cólera ⁽¹⁾. Sin noticias de los expedicionarios, pues la *Mary Lowell*, con un fuerte cargamento de armas y municiones fué detenida por las autoridades británicas en las Bahamas y entregada a las autoridades españolas, Mármol emprendió la marcha de regreso al sur. Súpose entonces en Bijarú, que Céspedes y Marcano, al frente de algunas fuerzas y acompañados por Francisco Vicente Aguilera se hallaban en Tacajó, con el propósito de conferenciar con Mármol. Efectuada la entrevista en este último lugar al siguiente día, quedaron aclarados los motivos de divergencia. Apremiados los jefes reunidos en Tacajó por la actividad militar española, Céspedes emprendió la marcha a la zona de Bayamo, y Mármol a la de Cuba, donde el general La Torre, secundado por Valmaseda, cuyas instrucciones seguía, activaba la ofensiva militar y política contra las fuerzas cubanas ⁽²⁾.

Vuelto a la jurisdicción de Cuba, Mármol vióse obligado a enfrentarse con la ofensiva pacifista de Valmaseda. Desde el lugar conocido por *Canoa de Cedeño*, donde visitaba a su familia, Mármol transmitió órdenes al brigadier Félix Figueredo y demás jefes, para una concentración en *Hato del Medio* y *Júcaro de Cauto*, lugar este último donde él se les reuniría para trazar nuevos planes frente a los ataques de La Torre. Llegado a Júcaro, su primer esfuerzo tuvo que dirigirse contra las maniobras desmoralizadoras del Conde de Valmaseda. En pliego muy urgente, llegaron a Mármol tres cartas abiertas, dirigidas una a Céspedes, otra a José Antonio Milanés, gobernador revolucionario que había sido de Bayamo, designado por Céspedes, y la tercera a él, Mármol. Suscribía las cartas Jorge Milanés, persona importante y de influencia, tío carnal de la esposa de Mármol. Manifestaba el firmante su convencimiento de que la revolución no podía proseguir la guerra con buen éxito. Ante la certidumbre de ese hecho, informaba haber celebrado una entrevista con Valmaseda para conocer la actitud del jefe español. Este habíale expresado que si Céspedes y Mármol depo

(1) *Diario de Campaña* del General Máximo Gómez, pág. 9.

(2) El itinerario seguido en la Marcha y las fechas de las diversas etapas están tomados del *Diario de Campaña* del General Gómez, Jefe del Estado Mayor de Mármol, que participó en la expedición, pág. 10.

nían las armas, "todo quedaría arreglado, y ventajosamente para los que más pronto lo hicieran". Indignado Mármol, envió secretamente copia de las cartas al general Máximo Gómez, acampado a cuatro leguas de distancia en *Canoa de Cedeño*. Las maniobras de Valmaseda se hacían sentir. Ya con alguna anterioridad, uno de los jefes a las órdenes de Máximo Gómez, destacado en los pasos de la Sierra que comunicaban a Santiago con el interior, había descubierto que algún miembro de las fuerzas de Gómez, en combinación con otras personas, se comunicaba secretamente con el coronel español López Cámara, jefe de una columna española de las que tenían su base en Santiago. Con su energía habitual, Gómez, investigado el caso, había impuesto la pena de muerte a los culpables (1). En sesión secreta con los principales jefes a sus órdenes, Mármol condenó enérgicamente la que calificó infame labor de los traidores, merecedores de ser castigados con la mayor severidad. Finalmente, en respuesta a las maquinaciones del enemigo, urgía retarlo al combate y atacarlo sin descanso. Acordes los jefes presentes con la actitud de Mármol, decidióse iniciar las operaciones con un asalto a Jiguaní, que se confió a los generales Máximo Gómez y Félix Figueredo, en combinación las brigadas de ambos. Jiguaní podía ser auxiliado desde Bayamo por Valmaseda. Para detener en su marcha cualquiera columna española de socorro, solicitóse la cooperación del general Vicente García, concurso que ofreció el jefe tunero, encargándose de cubrir el camino real. Como prevención, el coronel Calixto García fué destacado con una corta fuerza a vigilar el citado camino de Bayamo, en los pasos del río Cautillo.

Iniciado por sorpresa el ataque en 8 de febrero, los cubanos lograron penetrar en el poblado, defendido enérgicamente los por españoles desde sus cuarteles y fortines. Al cabo de tres días de lucha continua, próxima una columna española de auxilio procedente de Bayamo, no hostilizada por Vicente García, a la cual el coronel Calixto García con su corto destacamento no pudo detener, Gómez y Figueredo ordenaron la retirada, no sin haber obtenido las fuerzas muchos efectos en las tiendas españolas de Jiguaní y ocasionado bajas considerables a la guarnición. Mármol marchó a la jurisdicción de Cuba; el general Gómez se situó en la parte sur de Jiguaní, y Figueredo cruzó el Contramaestre y estableció un campamento base de sus operaciones en la finca *El Ramón*, junto al río Caney, algo al sureste de Palma Soriano.

Desde el 11 de febrero, fecha de la retirada de Jiguaní, hasta mediados de julio, el general Gómez mantúvose en su zona, constante-

(1) La versión de este hecho la ofrece PIRALA en sus *Anales*, vol. I, pág. 445.

mente atacado por Valmaseda, sin que éste lograra obligarlo a abandonarla (1). Sabedor el general La Torre de que Figueredo levantaba atrincheramientos y otras defensas en su campamento del Ramón, organizó en Santiago una columna fuerte de 2,500 hombres para caer en varias direcciones sobre el jefe cubano. Informado Mármol de los planes de La Torre, convocó a varios jefes que mandaban fuerzas propias, Antonio Maceo, Francisco Borrero, Limbano Sánchez y otros, para la defensa del campamento en peligro de ser atacado. La víspera del asalto español, cuando varias columnas españolas convergían sobre el lugar, Mármol dispuso el abandono del campamento y la retirada por el valle del río Aguacate, rumbo al Contramaestre. Era la experiencia de Mármol que carentes de artillería y de fusiles y municiones en la cantidad suficiente, los cubanos no podían resistir, sin exponerse a grandes pérdidas, en posiciones fijas, el ataque de fuerzas tan numerosas y bien equipadas como las que La Torre movía contra el campamento. Las columnas españolas ocuparon *El Ramón* sin combatir; por tanto, sin hacer daño alguno a los insurrectos. En la marcha de regreso al Cobre y Santiago, fueron fogueadas en diversos lugares y sufrieron bajas a causa del penoso y largo recorrido.

Celebrada en los mismos días en que La Torre regresaba a Santiago la Asamblea de Guáimaro, Mármol convocó los más altos jefes a sus órdenes en *Demajagua*. Era su propósito exponerles que marcharía a Camagüey a solicitar recursos del Gobierno, y quería asignarles las zonas respectivas de mando durante su ausencia. El general Gómez quedó encargado de jurisdicción de Jiguaní, excepto las zonas llamadas *La Vuelta Grande*, *Dos Ríos* y *Baire Abajo*, asignadas a Leonardo del Mármol. El brigadier Félix Figueredo con su brigada y las demás fuerzas de Cuba, recibió instrucciones de efectuar en todo el resto de la jurisdicción "cuantas operaciones pudiesen activar las comunicaciones con los agentes en las poblaciones, y organizar las partidas de Camilo Sán-

(1) "Mármol se retiró para Cuba (desde Jiguaní) y yo con mi columna acampé tres días en Monte Alto. Después pasé a ocupar posiciones en la parte sur de la jurisdicción, en Las Cabezas. Allí supe que el general Modesto Díaz empeñaba un ataque sobre Guisa y mandé al brigadier Calixto García a reforzarlo. Este jefe marchó y se batió en Loma de Tierra con el refuerzo que venía de Bayamo. A los dos días me uní yo con el resto de la gente, los españoles abandonaron a Guisa y yo pasé con mis fuerzas a tomar algún descanso en El Corojo, donde acampé. De allí hice una excursión sobre Valenzuela en auxilio del general Díaz, a quien atacó una columna enemiga. Le acompañé a hostilizarla, pues no podíamos prometernos otra cosa, pues carecíamos de parque. En estos movimientos se pasó febrero, y a fines de este mes volví a la jurisdicción de Jiguaní y ocupé posiciones desde Calabazar hasta Charco Redondo. Permanecí en aquella zona los meses de marzo, abril, mayo, junio y hasta el principio de julio, siempre a la defensiva, pues el enemigo me atacaba casi diariamente. Díaz había tenido que concentrarse sobre las sierras y Valmaseda se fijó en mí, mas no logró hacerme abandonar aquella zona, donde también se habían agrupado más de 2,000 familias." *Diario del General Máximo Gómez*, pág. 10.

chez, Antonio Maceo, Silverio del Prado, Pacheco, Guillermón, Pineda y otros jefes menos importantes, que debían operar por Cauto Abajo, Miranda, y Mayarí, en tanto que él, Figueredo, vigilaría los caminos de El Cobre, Cuba y Guaninao, hasta el Contramaestre" (1).

La lucha que libraban en las jurisdicciones de Manzanillo, Bayamo, Jiguaní, Cuba y Holguín los jefes cubanos de las mismas, con entera independencia, y sin auxilio alguno del Gobierno, contra la ofensiva combinada de Valmaseda, La Torre y demás jefes españoles, se efectuó desde mediados de enero hasta mediados de julio (1869), en el período de seca casi toda ella, el más favorable para las operaciones españolas. Testifica la marcha que siguió la guerra en Oriente, después del período inicial de tres meses de 10 de octubre del 68 al 10 de enero del 69, fecha la última en que ya los jefes españoles en la Isla habían recibido fuertes refuerzos de tropas y de material de guerra de la Metrópoli. Los jefes cubanos locales y jurisdicciones luchaban por su propia cuenta y su libre iniciativa, sin apoyo de Céspedes, imposibilitado de prestárselo y de mantenerse en comunicación regular con ellos. Otro tanto ocurría en Tunas, jurisdicción en la que el General Vicente García, secundado por Francisco Muñoz Rubalcava, y otros jefes tuneros, daba los primeros golpes al enemigo en un tipo de operaciones adaptado a la extensa, llana y poco poblada región tunera, en la forma de ataques por sorpresa a las columnas españolas que conducían convoyes de unas bases a otras, como en el caso de la destrucción de una columna española en *La Cana*.

Con fuerzas mucho más reducidas que las españolas y absolutamente inferiores en armamentos, los jefes de Oriente, que tampoco recibieron auxilio después de constituido el nuevo Gobierno, excepto el de las expediciones arribadas a las costas orientales, suplieron con su coraje, su iniciativa, su conocimiento del terreno, su extraordinaria movilidad y su mejor información gracias a los servicios de los "comunicantes" en ciudades y poblados, y de la gente campesina, las ventajas del número, el armamento, la mejor organización y disciplina de las tropas españolas, mandadas por los más reputados y experimentados jefes de éstas.

Esa era la realidad de la guerra en el Departamento Oriental, difícilmente modificable determinada como estaba por factores no dependientes, en lo fundamental, de los jefes insurrectos locales o jurisdiccionales, ni del Gobierno constituido en Guáimaro.

(1) PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. I, págs. 249-250.

CAPÍTULO XVII

INEFECTIVIDAD DE UN MANDO EN JEFE CUBANO

Mientras los españoles concentraban su acción contra Oriente, en Las Villas y Camagüey, la guerra presentó aspectos peculiares marcadamente distintos en el primer semestre de 1869, con un desarrollo diverso en una y otra región.

Sublevados los villareños en 6 de febrero en condiciones muy difíciles, y considerada la región desde el primer momento un foco revolucionario extremadamente peligroso por el alto mando español, fué atacada sin descanso. Dado el crecido número de la población villareña, la rebelión podía adquirir en el nuevo campo insurrecto, una temible fuerza. Si llegaba a convertirse en una zona de concentración de fuertes contingentes insurrectos, armados y reforzados los villareños por camagüeyanos y orientales, podrían colocarse en condiciones de lanzarse al ataque de la rica región azucarera de Colón, Cárdenas y Matanzas, y llevar la guerra al territorio habanero. Para prevenir esa peligrosa amenaza, la comunicación de Las Villas con Camagüey, y a través de éste con Oriente, urgía ser impedida a toda costa, según el criterio del mando español. La ofensiva contra los villareños debía ser también no menos activa, infatigable y a fondo que la llevada adelante por Valmaseda en el Departamento Oriental. Para el logro de ese objetivo de incomunicación villareña-camagüeyana, el alto mando español proyectó tempranamente la construcción de la llamada trocha de Júcaro a Morón, comenzada con lentitud a causa de las grandes dificultades que presentaba la obra en un terreno montuoso en algunas partes, pantanoso en otras y semi-despoblado en toda su extensión, del alto costo de la construcción, y de las numerosas tropas indispensables para guarnecerla. Mientras tanto, el general Dulce lanzó contra los mal organizados y peor armados villareños, todos los soldados de línea de que pudo disponer, mandados por el general Antonio Peláez, el brigadier Antonio López de Letona y otros reputados jefes, llegados con los refuerzos de las tropas enviadas por la metrópoli, auxiliados por miles de voluntarios, guerrilleros y grupos de movilizandos, sostenidos éstos por no pocos hacendados para la protección de sus ingenios. Era opinión del mando

español que una vez pacificadas Las Villas y quebrantado fuertemente Oriente, si no pacificado por completo, le llegaría su turno a Camagüey.

Corto el número de sus habitantes, concentrados en su mayoría en la ciudad de Puerto Príncipe, sin otras bases españolas en el interior de la extensa región, Camagüey fué considerado por el momento por los jefes militares españoles, como un puente y una zona intermedia de enlace entre las dos regiones particularmente peligrosas de Las Villas y Oriente. En el ínterin llegaba el turno a los camagüeyanos, las fuerzas españolas redujeron sus operaciones a los recorridos indispensables para evitar fuertes concentraciones de rebeldes e impedir que la región se convirtiese en centro de preparación y aprovisionamiento de refuerzos para orientales y villareños. Planteada la lucha en esos términos, los jefes insurrectos de Camagüey dirigieron sus esfuerzos a aislar a Puerto Príncipe de su base costera de Nuevitas, con la cual se comunicaba por ferrocarril; a aumentar la casi total incomunicación con la base sureña de Santa Cruz del Sur, y a mantener el bloqueo del enemigo en la ciudad principieña. A esta céntrica y estratégica base, creábanle toda clase de dificultades para el aprovisionamiento, a la par que obligaban al mando español a mantener el mayor número de tropas disponibles paralizadas en la ciudad para defenderla. El interior camagüeyano quedó casi totalmente en manos cubanas, situación de relativa calma que fué aprovechada para llevar adelante en Guáimaro los planes políticos de la revolución.

Bien definidos los proyectos militares de conjunto de los españoles, referentes a la totalidad del territorio revolucionario, y con un mando central único, a los cubanos les fué imperioso tratar de contrarrestarlos, llevando adelante con todo vigor los suyos de mantener activamente la guerra en todas las zonas donde se había producido la insurrección y de tratar de extender ésta a la mayor brevedad a todo el Occidente de Cuba. Para una acción militar coordinada y dirigida al logro de estos objetivos generales, el sistema de operaciones a cargo de jefes locales o regionales en actuación independiente por su propia iniciativa como en Oriente, aunque muy valioso en sí mismo, no era militarmente adecuado ni podía conducir a resultados satisfactorios. Céspedes previó la necesidad de un mando central único, director, coordinador y propulsor en toda Cuba Libre de la lucha armada. Empezó a ejercerlo desde Bayamo, no sin grandes dificultades y obtuvo algunos éxitos; pero perdida la ciudad, sede de su gobierno, no tuvo manera de coordinar una acción eficaz de conjunto contra Valmaseda. En Camagüey, menos aún podía intentar antes de Guáimaro, la dirección general de la guerra,

teniendo los camagüeyanos un mando enteramente independiente en lo político y lo militar, de los de Oriente y Las Villas, desde el momento en que los cubanos tomaron las armas el Departamento. A mayor distancia y en total incomunicación con Oriente, Las Villas no llegaron en ningún momento a recibir la menor ayuda ni la menor dirección de Céspedes.

Creada la República y designado un general en jefe, el problema de la dirección centralizada de la guerra volvió a plantearse con la misma agudeza que al producirse el alzamiento en La Demajagua. Bajo la fuerte presión española, era imperativo para el Gobierno de la República trata de crear un Ejército Libertador disciplinado, con la unidad de mando indispensable para coordinar la acción de las fuerzas cubanas desde Las Villas a Oriente y moverlas concertadamente con objetivos de estrategia general. No habría otra manera de contrarrestar el plan español de aislar y pacificar los focos más temibles de la insurrección, ni de llevar adelante una ofensiva cubana dirigida a sostener la insurrección en todas partes y a extenderla a todo el oeste de Cuba.

Dentro de la concepción de un plan militar de conjunto como el apuntado, urgía, en toda zona, pequeña o grande, imprimirle la mayor actividad a la guerra de desgaste contra España. La pacificación del más reducido sector del territorio de Cuba Libre, debía impedirse a toda costa. Ante todo, era esencial reforzar y sostener a Las Villas, paso previo para invadir e incendiar la zona azucarera de Matanzas y llevar la guerra a la Habana y Pinar del Río. Más de 230,000 esclavos trabajaban día y noche bajo el látigo en la parte más densamente poblada de Cuba, en la siembra de la caña y en la fabricación del azúcar y del aguardiente, el cultivo y la elaboración del tabaco y la producción de otros artículos exportables. La riqueza así obtenida con trabajo esclavo era la fuente principal de lucro del comercio español que integraba los cuerpos de voluntarios, pagaba movilizados, levantaba fondos en auxilio de las tropas españolas y sostenía el Banco Español, instrumento financiero de la metrópoli para sostener la guerra (1).

Percibidas y apreciadas las exigencias de la situación en Guáimaro, en cuanto a la guerra, acordóse la creación del cargo de general en jefe del Ejército Libertador, pero éste, sin contar con depósitos de armas, municiones, material sanitario, vestuario para las tropas, y demás materiales indispensables para abastecer un ejército numeroso en campaña,

(1) La zafra azucarera de 1869 en cajas y bocoyes fué equivalente a 3,129,747 cajas, cifra menor en 261,425 cajas a la de la zafra de 1868. La merma correspondía a reducciones en Camagüey y Oriente a causa de la guerra. Vendida a precios altos, la zafra de 1869 produjo, a un estimado de \$20.00 por caja, e incluidos cerca de \$2,000,000 de aguardiente, setenta millones en números redondos. *Diario de la Marina*, edición de 18 de febrero de 1870.

no tenía manera de suministrarlos a los jefes locales, única ayuda efectiva que hubiera podido prestarles, ni podía hacer uso de su nominal autoridad para ordenarles la práctica de operaciones coordinadas fuera de sus jurisdicciones respectivas, donde ellos se proporcionaban hasta donde podían, la manera de sostenerse y continuar la guerra. En tales circunstancias, la acción independiente de los jefes locales se imponía por sí misma. La experiencia así lo justificaba. Desde el inicio del alzamiento, Céspedes había seguido la práctica, impuesta por las circunstancias, de conceder altos grados en el Ejército Libertador a las personas de arraigo e influencia que levantarán partidas en sus localidades respectivas. Justificado el procedimiento en los comienzos, contribuyó a dar fuerza al "localismo", obstáculo muy grave para la formación de un verdadero Ejército de Cuba Libre, con unidad de organización, de disciplina y de mando, capaz de operar concertadamente bajo una jefatura central única. A virtud del ascendiente personal que tenía sobre los suyos, cada jefe local era, además de un jefe militar, una personalidad política, adscrita al territorio de su mando, representante del mismo. Por una y otra razón, cada jefe sentíase invenciblemente inclinado a operar sólo en su zona propia. Inducíale a proceder de esa manera, una serie de motivos muy reales, dignos de ser tenidos en cuenta. El mayor conocimiento del campo de sus operaciones, era una positiva ventaja. Las relaciones de conocimiento personal, compenetración y respeto recíproco entre el jefe y las fuerzas a sus órdenes, robustecían la autoridad militar de aquél con vínculos de orden moral que se sumaban a la lealtad, la obediencia y la disciplina. Los jefes locales mantenían también estrechas relaciones con su vecindario. Obtenían de éste el más decidido y leal apoyo en todas las cuestiones de la guerra y se les hacía fácil el contar con "comunicantes" secretos en las ciudades, campamentos, pueblos y puestos del enemigo. Gracias a dichos comunicantes, recibían confidencias y avisos valiosos, con respecto a los movimientos de las tropas españolas. Mediaba, además, la razón de que la bien establecida autoridad del jefe local o regional en un territorio donde se sentía apoyado por los jefes, oficiales y soldados a sus órdenes y por sus convecinos, robustecía su posición militar y política, en las relaciones con los otros jefes del Ejército Libertador y ante la autoridad central del Gobierno. El espíritu localista de jefes militares con arraigo político y personal en sus zonas respectivas, ofrecía, sumada a las ventajas ya enumeradas, la muy importante de la emulación. Esta les impulsaba a mantener activamente la guerra, aún cuando recibiesen poca o ninguna ayuda del Gobierno central, caso típico de Donato Mármol

y los jefes a sus órdenes en Santiago, Jiguaní y Holguín en los primeros meses de 1869.

Las apuntadas ventajas del localismo agravaban, sin embargo, la dificultad casi insuperable que éste constituía para la organización, la buena disciplina, la coordinación de las operaciones y la unidad de acción de un verdadero Ejército Libertador. En la práctica, fué también motivo de celos, reservas, rivalidades, y desconfianzas. Al quedar constituida la República, había jefes manzanilleros, bayameses, de Jiguaní, Cuba, Tunas, Holguín, Camagüey y Las Villas. Por excepción, podían citarse algunos jefes militares que sin matiz o ascendiente político alguno, pudieran calificarse estrictamente de soldados propiamente dichos, Máximo Gómez, por ejemplo, a cuyo lado formábase otro jefe, Antonio Maceo, no adscripto fijamente a ninguna localidad determinada, si bien por una razón fundamental distinta de la de Gómez (1). Modesto Díaz y Luis Marcano, dominicanos y con experiencia militar adquirida en su país, estaban tan arraigados en Bayamo y Manzanillo que, a diferencia del general Gómez, de hecho pertenecían a dichas dos jurisdicciones. Antonio Maceo, que desde el inicio de su carrera militar comenzó, con otros jefes de Santiago y Jiguaní, a distinguirse al lado de Gómez, inclinóse a ser un jefe militar esencialmente, sin fuerza política local a causa de su modesta posición social, disciplinado y dispuesto a luchar dondequiera que fuese necesario al mejor servicio de la revolución. Típicos jefes político-militares regionales, fueron Aguilera, Donato Mármol, y Vicente García, indisolublemente ligados a Oriente, en particular a Bayamo, Cuba y Tunas, respectivamente. Agramonte fué un jefe político-militar camagüeyano, con la ventaja que siendo Camagüey un Departamento completamente unitario, Agramonte resultaba ser el jefe indiscutible de todo Camagüey. Carlos Roloff y Juan Bautista Spotorno fueron jefes locales villareños. En Oriente, Calixto García no se destacaría hasta más tarde como jefe de Holguín y Cuba, después de la muerte de Donato Mármol. Cuando su reputación se extendió más allá de los límites de su jurisdicción nativa de Holguín, Calixto García fué un jefe oriental, tan oriental como Agramonte camagüeyano.

Bajo la hábil y firme dirección de los jefes locales, la guerra continuó su marcha en Oriente, después de constituida la República, en las mismas difíciles condiciones que desde enero de 1869, y en particular desde abril, frente a la constante ofensiva de Valmaseda. En Tunas, el 18 de abril, seis días después de la constitución del Gobierno cubano,

(1) Máximo Gómez por no ser cubano; Maceo, porque no tenía ni podía tener en 1869 ascendiente ni influencia política en ninguna localidad.

el general Vicente García, jefe de la jurisdicción, con su segundo, el general Francisco Muñoz Rubalcava, envolvió en un lugar llamado *La Cana*, una columna española que conducía un convoy, formada por 200 hombres, la cual quedó totalmente destruída al cabo de una hora de fuego. El jefe de la columna, cinco oficiales y 134 soldados y plazas quedaron prisioneros. El resto de la tropa española murió sobre el campo ⁽¹⁾. Semanas más tarde, el mismo general Vicente García, que se especializaba en esta clase de ataques, causó grandes pérdidas a otra fuerte columna de las tres armas, que al mando del brigadier Ferrer, conducía otro convoy de Puerto Padre a Tunas. La tropa española sufrió fuertes bajas en muertos y heridos y perdió gran parte de los pertrechos y alimentos que conducía. La destrucción de la columna española en *La Cana* fué la más decisiva victoria de los cubanos en campo abierto en lo que iba de guerra.

Casi al mes justo después de la reunión de la Asamblea de Guáimaro, en el estero de Canalito, península del Ramón, desembarcó la expedición del *Perit*, al mando de Thomas Jordan, conducida por Francisco Javier Cisneros, con 300 hombres, 4,000 fusiles, varios cañones y otra considerable cantidad de material de campaña. Preparada por la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, presidida por Morales Lemus, además del general norteamericano, Thomas Jordan, venían en la misma 80 norteamericanos, entre los cuales se encontraba Henry Reeve, famoso más tarde en Cuba, cierto número de venezolanos, colombianos, peruanos y naturales de otras repúblicas americanas, y un numeroso contingente de cubanos. La ventaja para los españoles de contar con el dominio del mar se hizo evidente en este caso. Noticioso del desembarco, el mando español lanzó contra los expedicionarios a las pocas horas, 1,400 hombres, transportados por el vapor *Guantánamo*, una columna de Gibara en el *Morella* y parte de un batallón de artillería en el *Africa*. En la primera fase de la acción, los expedicionarios se vieron abrumados por la superioridad numérica del enemigo, en cuyo poder cayó casi todo el material de guerra de la expedición. Reaccionaron vigorosamente, no obstante, bajo la dirección de Jordan y del coronel venezolano Acosta, rechazaron las fuerzas españolas, les ocasionaron fuertes bajas y recuperaron todo el material perdido ⁽²⁾.

(1) ZAMBRANA, ANTONIO. Obra citada, pág. 47. PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. I, pág. 565.

(2) PIRALA, ANTONIO, resume los combates de la Península del Ramón en los siguientes términos: "Grandes contratiempos experimentaron muchos de los nuevos adalides, sufriendo batidas y derrotas: bastante padeció Jordan desde su desembarco en la Península del Ramón, cuando tuvo ocasión de estrenarse y la satisfacción de recuperar el material de guerra de que se habían apoderado los españoles". Vol. I, págs. 514-515.

Accidentalmente en la zona de Holguín, el general en jefe Quesada, noticioso del desembarque de la expedición y de los ataques a ésta de los españoles, no pudo hacer otra cosa que marchar velozmente en auxilio de los expedicionarios con una corta escolta, acompañado del general Mármol, quien ya había visitado al Gobierno en Camagüey y regresaba con las manos vacías a Oriente. Quesada no llegó a entrar en acción. Cuando logró establecer contacto con los expedicionarios, ya los españoles habían sido derrotados. Cumpliendo las instrucciones de Morales Lemus, Cisneros entregó el maternal completo de la expedición bajo inventario a Quesada y se dirigió a la sede del Gobierno a entrevistarse con Céspedes y entregarle personalmente las comunicaciones de Morales Lemus. Recibida la parte de la expedición que le fué asignada, Mármol marchó al sur a asumir nuevamente el mando de la jurisdicción de Cuba. Designado Jordan jefe militar de Oriente por el Gobierno, dirigióse acompañado de Eduardo Mármol, su jefe de Estado Mayor, a la parte sur de Oriente, distritos de Cuba y Jiguaní, después de un infructuoso ataque al campamento español de *La Cuaba*, dos leguas al sur de Holguín, operación en que Jordan entendió no haber recibido la cooperación necesaria de Julio Grave de Peralta, jefe del distrito holguinero.

Secundado Jordan en el sur por Donato Mármol, Máximo Gómez, Félix Figueredo, Calixto García, Antonio Maceo y otros jefes de Cuba, Jiguaní, Bayamo y Manzanillo, los convocó a mediados de julio a una concentración en su campamento, situado en *Güira de Limones*. En dicho lugar les dió cuenta de un plan de operaciones sobre la zona de cafetales de *Brazo de Cauto*, jurisdicción de Jiguaní, aprobado no sin tener que vencer antes alguna oposición de los jefes cubanos, entre ellos la del general Gómez, quien juzgaba preferible un ataque a Baire. El hecho más importante de las operaciones planeadas por Jordan, fué el ataque al cafetal *Aurora*. Fuertemente fortificado, no logró tomarlo, no obstante que los jefes cubanos lo secundaron firme y disciplinadamente. El brigadier Félix Figueredo, que como los demás cooperaba lealmente con Jordan, logró considerables ventajas contra una columna española de auxilio, cumpliendo órdenes del jefe norteamericano (1). El ataque infructuoso al *Aurora*, demostró una vez más, lo que ya tenían sabido los cubanos, que sin artillería no era posible rendir una posición bien fortificada, guarnecida en número suficiente por tropas de línea. A fines de julio, Jordan marchó a la jurisdicción de Cuba a reunirse con Mármol, dejándole al general Gómez plena libertad de acción en Jiguaní. En cumplimiento de la orden de concentración tras-

(1) *Diario de Campaña del General Gómez*, págs. 10 y 11.

mitida por Jordan, el general Luis Marcano realizó el enorme esfuerzo de comparecer, con un resto de la fuerza de Bayamo y Manzanillo, en penosa marcha por lo alto de las mesetas y ríos de la Sierra Maestra. Carecía de municiones aún para defenderse, después de meses de haber sufrido la activísima persecución de las columnas y contraguerrillas de Veguitas, Vicana, Bueicito y otros lugares fortificados de los españoles, mandados por aguerridos jefes (1). Provisto de algunas armas y material de guerra, Marcano regresó valientemente al territorio de su mando (2).

A partir de agosto, hubo importantes cambios de mando en Oriente. El general Jordan, hecha renuncia previa de la jefatura oriental, se dirigió a entrevistarse con el Gobierno a Camagüey. Céspedes lo sustituyó con el general Francisco Vicente Aguilera. Donato Mármol continuó al frente de la jurisdicción de Cuba. El general Gómez, en 12 de agosto, después de un efectivo ataque a Baíre, recibió órdenes del nuevo jefe de Oriente, general Aguilera, de pasar a hacerse cargo de la jefatura militar de Holguín, al frente de 200 hombres escogidos de la fuerza de Jiguaní. Púsose en marcha Gómez sin tardanza, de manera que el 20, ya en Holguín, asumió el mando del distrito. Gómez consignó en su *Diario* que encontró a Holguín casi en completo estado de abandono y desorganización. Depuesto temporalmente, Peralta, el jefe político-militar holguinero, creó a Gómez, según versión de éste, dificultades muy serias en el cumplimiento de su deber, que agravaron la situación de Holguín.

Las operaciones en la zona de Holguín, de septiembre a fines de diciembre de 1869, fueron resumidas por el general Gómez en su *Diario*, en términos que ponen de manifiesto la forma en que se desarrolló la campaña de esos cuatro meses finales del año (3).

(1) PIRALA. *Anales*, vol. I, pág. 516.

(2) En agosto escapó, gravemente herido, de un intento de asesinato en las filas cubanas. Se recuperó y continuó la lucha contra el enemigo hasta caer víctima del mismo traidor del campo insurrecto.

(3) "Permanecí los meses de diciembre, octubre, noviembre, diciembre y hasta principios de enero sin que tuviera lugar ningún hecho de armas de importancia, pues no me fué posible dar a los españoles más que dos ataques a sus campamentos, de *Samá* y *Dos Bocas*. Hubo sí muchos encuentros a la defensiva, como sucedió en Bijarú, donde el coronel José Vázquez casi destruyó una columna enemiga, pues con un pedrerito que preparó en emboscada y con el cual logró hacer un disparo a quemarropa, le causó 30 bajas. La campaña de este invierno, la mejor que han podido combinar los españoles, la pasé en mi campamento de *Palmarito*, camino real de *Barajagua*, donde casi todos los días era atacado. No tenía pertrechos; pedí muchas veces al gobierno y no los hubo, pero resistiéndole a los españoles, ellos siempre dejaban muchas cápsulas que yo aprovechaba, y así me pude sostener, hasta que en esta situación recibí una orden del gobierno para que pasara a su residencia a recibir órdenes, dejando mi fuerza al mando del general Vicente García en las Tunas. Ya casi no contaba más que con los 200 hombres que había sacado de Jiguaní. La mayor parte de los holguineros unos se habían presentado a los españoles y otros habían desertado para el Camagüey." *Diario*, páginas 12 y 13.

En toda la parte sur de Oriente, desde Cuba a Manzanillo, la ofensiva de Valmaseda contra los cubanos fué terrible en los últimos meses del año y asumió formas de crueldad y ferocidad espantosas, sin que el Gobierno, con su sede en Camagüey, pudiese prestar ningún auxilio. El historiador español Antonio Pirala, que no puede ser considerado parcial a favor de los cubanos, sino a la inversa, las ha registrado para la posteridad en términos horripilantes (1).

En Las Villas, ausentes los jefes políticos que ocuparon importantes puestos en la Cámara de Representantes y en el Ejecutivo, los jefes militares villareños mantuvieron la guerra en sus zonas respectivas por su propia cuenta y con sus escasísimos medios exclusivamente, sin auxilio alguno del Gobierno revolucionario. El territorio quedó, de hecho, dividido en seis mandos independientes que correspondían a las seis jurisdicciones de la actual provincia: Santa Clara o Villa Clara, Remedios, Sagua, Cienfuegos, Trinidad y Sancti Spíritus. Estas jefaturas militares fueron tan marcadamente locales como las de Oriente. No tuvieron un mando central superior único, a semejanza de Camagüey, provincia fuertemente unificada por la influencia dominante de los príncipes, aún cuando los jefes villareños cooperaban unos con otros en muchas oportunidades convenientes. En Cienfuegos, la jefatura superior continuó a cargo del general Adolfo Cavada, trinitario, con el también general Juan Díaz de Villegas, terrateniente cienfueguero como segundo, y Carlos Cerice, Luis de la Maza Arredondo, habanero, procurador, arraigado en Cienfuegos, Rafael Fernández Bullón del Cueto, terrateniente, regidor del Ayuntamiento, estudiante que había sido de la Universidad de la Habana, Luis del Junco, y otros jefes de partidas locales importantes de la jurisdicción. El brigadier Antonio de Armas, el co-

(1) "Habiéndose ausentado para Holguín el General Gómez, Valmaseda desarrolló su campaña en el último tercio de 1869 con tanto vigor, que después de aterrar a los insurrectos en las jurisdicciones de Bayamo y de Manzanillo, pasó a la de Jiguaní, sin dejar montes, cuevas ni escondites que no registrara una y cien veces, persiguiendo sin descanso y con la muerte cuanto era insurrecto. El General Modesto Díaz, veterano de la guerra de Santo Domingo, tuvo que buscar su salvación retirándose a las sierras de Manzanillo para salir por los altos y faldas de la Maestra como lo había hecho antes su compañero Luis Marciano; en cuyas retiradas pereció lo mejor de la juventud bayamesa y de Manzanillo, contribuyendo a ello las fiebres perniciosas, el cólera, la viruela y el hambre. Es además notorio que tras la retirada de los dos jefes dominicanos, siguió la de las familias que se entregaron al destino, por no hallar quien las auxiliara, aumentándose los trabajos de todos, que imposibilitados de salir por la tierra baja en busca del Cauto para pasar a las Tunas, se vieron forzados a distribuirse por las riberas de los ríos Bayamo, Guamá, Los Negros y Tili."

"Como después de la salida de Gómez a operar en Holguín quedara sin defensores la zona del Cautillo, Los Negros, Contramaestre y el Mogote, se verificaron las terribles carnicerías por las guerrillas capitaneadas por el montañés Federico Echevarría, alias *Federicón*, y por las que servían a las órdenes del comandante Carlos González Boet. En una de las excursiones por la Loma del Infierno, entre Guisa y Cautillo, mataron a machetazos 26 mujeres, entre ellas algunas embarazadas." *Anales*, vol. I, pág. 660.

ronel José Inclán, Jesús del Sol y algunos otros jefes actuaron en la jurisdicción de Colón, adscripta militamente a Las Villas, por la parte de Cienfuegos principalmente.

En Trinidad, Federico Cavada contó como segundo a Juan B. Spoto con otros jefes trinitarios menos conocidos. Sancti Spiritus tuvo de jefe superior inmediatamente después de constituida la República, al representante espirituario en Guáimaro, Honorato del Castillo, quien abandonó las funciones legislativas para luchar al frente de sus contrarios. Muerto en una emboscada que le tendió el enemigo en 24 de junio de 1869, le sucedió al frente de la jurisdicción el valeroso Angel del Castillo Agramonte, uno de los 74 alzados en Camagüey en 4 de noviembre de 1868, jefe de los más distinguidos en las primeras luchas de la guerra en Camagüey. Angel del Castillo no tardó en morir heroicamente en el ataque al poblado de Lázaro López, en 9 de septiembre de 1869. Caídos los dos jefes antes mencionados, los espirituarios continuaron al mando de Marcos García, Serafín Sánchez, Diego Dorado, José Payán y otros jefes. En las jurisdicciones de Santa Clara, Remedios y Sagua, ausente en Camagüey el general Carlos Roloff, jefe del estado Mayor de Las Villas, que escoltó a los representantes villareños a Guáimaro y quedó en espera de obtener armas y municiones de guerra, hasta regresar en agosto de 1869, la lucha fué sostenida en las tres jurisdicciones por los generales Mateo Casanova, Salomé Hernández, Francisco Villamil y Antonio Callejas, los coroneles José González Guerra, Guillermo Lorda, Manuel Torres y otros jefes y oficiales distinguidos, como Aquilino Tuñón, José A. Boitel, Serafín García, Ramón Coca y Luis María Rojas, que se contaron entre los primeros alzados en las tres jurisdicciones mencionadas, y operaron también activamente en las mismas (1).

Para los insurrectos villareños las dificultades continuaron siendo las más graves de todo el territorio insurreccionado hasta fines de 1869, no sólo a causa de que la falta de armas y municiones se hizo sentir cada vez en mucho mayor grado que en Camagüey y Oriente, sino porque las operaciones militares españolas fueron tanto o más activas que en el Departamento Oriental. Mientras en Camagüey y en Oriente se recibieron fuertes expediciones, a Las Villas no llegó a arribar la prometida por Morales Lemus para producir el alzamiento, ni ninguna otra en el curso de año. Tampoco lograron los villareños obtener del Gobierno armas ni otro material de guerra del recibido del exterior en las expediciones mencionadas.

(1) ZAMBRANA, ANTONIO. *La República de Cuba*, pág. 95.

Dado que la insurrección en Las Villas era la que más preocupaba a Dulce, éste "fué reconcentrado en Las Villas cuantas tropas recibía de España", mandadas por jefes veteranos de valor y reputación, generales Peláez, Letona, Puello, Morales de los Ríos y coroneles Trillo Figueroa, Buceta, Herrera y otros (1).

Días antes de su destitución por los voluntarios habaneros en 2 de junio de 1869, Dulce, en cablegrama al gobierno de Madrid, alegó, entre otras razones justificativas de la dimisión que presentaba, el hecho de haber sofocado la revolución en Las Villas, cablegrama que fué una "insigne torpeza efecto de la obcecación", según un autorizado historiador español (2). Los insurrectos villareños, batidos fuertemente desde que se lanzaron al campo en 6 de febrero, después de haber pasado por un período de desorganización, lograron mantenerse en pie. "Se vió en Las Villas aparecer de nuevo la insurrección a mediados de mayo —dice un historiador peninsular— y en respetable número: sumaban algunas partidas de 700 a 800 hombres, y a cerca de 2,000 ascendían los insurrectos que volvieron a reunirse en La Siguanea. Una partida de 300 hombres, chocó en Sancti Spíritus con las fuerzas que guiaba el general Puello... se sufrieron desastres como el de la Loma de la Cruz, que demostraban cómo se hacía la guerra".

La táctica cubana adaptóse en Las Villas a la puesta en práctica en Oriente: asalto a pueblos y puestos fortificados españoles, Mayajigua, Lajas, Ranchuelo, Ciego Montero, Güinía de Miranda, Lázaro López y otros; acciones en campo abierto y ataques a convoyes; interrupción de comunicaciones telegráficas y ferroviarias; obstrucción de caminos a las tropas españolas en bosques y pasos de los terrenos quebrados y montañosos; concentraciones en la Siguanea y otros lugares para ataques al enemigo; frustración de operaciones combinadas españolas a campamentos o zonas insurrectas de recuperación o de refugio, particularmente en la Siguanea y Manicaragua. Entre los hechos de armas más destacados en Las Villas se contaron el ataque y toma de Mayajigua en los primeros días del alzamiento, y ya constituido el gobierno revolucionario, la destrucción en Loma de la Cruz, jurisdicción de Santa Clara, de un fuerte destacamento español, acción en la que fué muerto el valeroso capitán español Moyano, que lo mandaba, y todos los soldados a sus órdenes. En este ataque, agotadas las municiones de los cubanos, éstos prosiguieron la lucha a pedradas, hasta vencer la resistencia espa-

(1) PIRALA, ANTONIO. *Anales*, I, pág. 459.

(2) PIRALA, ANTONIO. *Anales*, I, pág. 512.

ñola. La destrucción de la columna del teniente coronel español Portal y la captura y fusilamiento de éste fué otro hecho de armas notable. Portal fué el jefe que preparó la emboscada en que murió Honorato del Castillo, entre Ciego de Avila y las Coloradas. En venganza de la muerte de un jefe que le era muy querido, los insurrectos espirituanos, preparados para atacar a Ciego de Avila, fueron avisados de que Portal marchaba de Júcaro a Ciego, al frente de una columna conduciendo un convoy. El asalto a Ciego fué sustituido por un violento ataque a la columna de Portal. Derrotada ésta desastrosamente, apoderáronse los insurrectos del convoy, inclusive de un cañón que conducía la columna. Prisionero Portal, fué fusilado en el campo de la acción ⁽¹⁾. En los últimos meses de 1869, con posterioridad a la muerte de Angel del Castillo, la situación fué haciéndose cada vez más difícil para los villareños, a medida que los jefes militares españoles multiplicaron sus esfuerzos para ayudar a los hacendados a hacer la zafra en los ingenios de Sagua, Cienfuegos, Trinidad y Remedios. Hacendados y comerciantes españoles contribuyeron con cifras crecidas a cubrir los gastos de la guerra en defensa de sus respectivos negocios. No menos de un millón de escudos fueron aportados por ellos con carácter extraordinario para cubrir los gastos de un nuevo "tercio" de la Guardia Civil, con el que la metrópoli reforzó los que ya se hallaban en Cuba. Los pueblos y los bateyes de los ingenios fueron fortificados en mejores condiciones, vigiláronse cuidadosamente las líneas del ferrocarril para mantener éste en actividad en toda la región, misión confiada por Dulce al brigadier de ingenieros, Juan Modet, y se organizaron contraguerrillas en todas las poblaciones y los ingenios, las cuales se sumaron a las numerosas fuerzas de voluntarios, y a las de línea acumuladas por el alto mando español. A fines del año, las autoridades y los periódicos españoles de la Habana daban a Las Villas por pacificadas casi totalmente. Tal pacificación distaba mucho de ser cierta, si bien era un hecho que la insurrección se debilitaba y los españoles podían operar más eficazmente subdivididas sus columnas en unidades más pequeñas. En los primeros días de enero de 1870, el brigadier Zacarías A. Goyeneche, ascendido de coronel por sus operaciones en Camagüey, designado para el mando en Sancti Spíritus, lanzó una proclama en la que declaró pacificada toda la extensa jurisdicción espirituanana. No obstante, el citado día, 6 de enero, los periódicos de la Habana insertaban, junto a la proclama, la relación de numerosos hechos de armas en Sancti Spíritus y otros lugares de Las Villas, aún cuando no fuesen de gran consideración ⁽²⁾. Al cerrarse el

(1) PIRALA, ANTONIO. *Anales*, I, págs. 606-607.

(2) *Diario de la Marina*, 6 de enero, 1870.

año 1869, la revolución estaba muy quebrantada en Las Villas; no vencida. En Trinidad, los ingenios del valle activaban la molienda, convencidos los hacendados de que en cualquier momento podría producirse una invasión insurrecta en la zona azucarera trinitaria. Otro tanto ocurría en las tres jurisdicciones de Cienfuegos, Sagua y Remedios. En la primera, la jurisdicción más rica de Las Villas, en la que los voluntarios españoles, muy numerosos, se habían mostrado más agresivos e implacables, las pérdidas materiales habían sido considerables. El jefe cubano de la jurisdicción, Adolfo Cavada, con la experiencia de los métodos empleados por el general Sherman contra los sudistas, no vaciló desde el primer momento en disponer el incendio de los ingenios que constituían bases de operaciones de columnas y guerrillas y eran fuentes de ingresos para el Tesoro español y para los peninsulares enemigos de Cuba libre. En la segunda mitad del año de 1869, en la jurisdicción cienfueguera quedaron destruidos por el incendio, total o parcialmente, 34 ingenios, 16 grandes potreros y 19 fincas de las más importantes de la región. La destrucción no fué menor en todo el resto del territorio de Las Villas. Las tropas españolas y contraguerrillas incendiaban, por su parte, los ingenios y las fincas pertenecientes a los insurrectos y a los "infidentes", cuando no las ocupaban y las fortificaban para utilizarlas como bases de operaciones locales. Lamentablemente, al comenzar el año 1870, numerosos jefes villareños continuaban todavía en Camagüey, Tunas y Holguín, al frente de partidas de hombres desarmados, las que se desintegraban poco a poco en espera de armas y de municiones para poder regresar a Las Villas. Los esfuerzos para insurreccionar la jurisdicción de Colón, iniciados con algún éxito por pequeños grupos casi totalmente carentes de armas, habían sido sagrientamente reprimidos por los voluntarios de la actual provincia matancera, que rivalizaban con los de la Habana y Cienfuegos en sus bárbaras violencias contra los cubanos.

Esas salvajes represiones se produjeron con mayor intensidad que en ninguna otra parte de la provincia, en la zona sur y sureste de la jurisdicción de Colón, especialmente en la comprendida de Jagüey Grande a Amarillas, Palmillas, La Macagua y los límites de la jurisdicción de Cienfuegos. Toda esa región de tierra llana matancera estaba poblada en 1868 y 1869 por gente labradora de posición muy modesta, dedicada a la producción de los llamados frutos menores, a la crianza de algún ganado mayor y menor y la saça de alguna madera. También había algunos ingenios, especialmente en los alrededores de Calimete y al norte de Palmillas hasta San José de los Ramos, La Macagua, Banagüises y las cercanías de Colón. Los voluntarios movilizados y los Cha-

pelgorris, con sus principales centros de operaciones en Colón, Banagüises y La Macagua, se ensañaron con los campesinos de esa zona. El procurador de Colón, Elías Guerra, reducido a prisión por considerársele complicado en el alzamiento de Jagüey Grande, mencionado en otra parte de esta obra, fué fusilado. Igual triste suerte corrieron numerosos habitantes de los campos de las zonas antes mencionadas del sur y suroeste de Colón, en las cuales las fuerzas irregulares españolas cometieron toda clase de actos vandálicos y asesinaron a multitud de vecinos pacíficos por el mero hecho de ser cubanos. Los crímenes más atroces realizados en esa extensa zona rural alejada de la gran área azucarera de la misma jurisdicción de Colón y de las de Cárdenas y Matanzas, han sido narradas por testigos presenciales, y reconocidos por los más autorizados historiadores españoles de la Guerra de los Diez Años. Un vecino de dicha zona, el profesor cubano Félix Ramos y Duarte, que tomó parte en la conspiración matancera y pudo escapar a México donde ejerció la enseñanza durante varios años, para regresar a Cuba al terminar la guerra de 1895 y servir en las escuelas públicas, publicó en México en 1896 un folleto titulado "Apuntes para la historia de la Guerra de Cuba", en el cual ha descrito con vívidos colores los actos de criminal barbarie realizados por los *Chapelgorris* y los voluntarios movilizados. Presas del pánico, muchas familias lograron trasladarse a San Luis y San Juan y Martínez en Pinar del Río. Los voluntarios habaneros de servicio en la región pinareña, avisados por los de Matanzas, fusilaron a diez de los fugitivos en San Luis. Justo Zaragoza comenta estos hechos en la siguiente forma: "El pueblo fué y será siempre el mismo cuando se le hace árbitro de la suerte de las colectividades sociales, pues verdadero monstruo jamás sacia la pasión que una vez le ha sido excitada con imprudentes concesiones. Bien se lo demostraron al primer gobernante de la Isla (Caballero de Rodas) algunos sucesos de doloroso recuerdo ocurridos aquel mes (diciembre, 1869), de los cuales bastan algunos ejemplos para indicar las dificultades con que tropezaba el general en su mando". A renglón seguido, Zaragoza menciona el fusilamiento de los diez fugitivos en San Luis y no pocas de las atrocidades cometidas en la jurisdicción de Colón (1).

En Camagüey, la guerra se desarrollaba en una forma distinta de la de Las Villas, en varios aspectos fundamentales. En primer lugar, Camagüey, sin jurisdicciones aisladas, con personalidad propia, como las había en Oriente y en Las Villas, continuó teniendo un mando central único. A la vez, por el hecho de la residencia del Ejecutivo y de la

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Vol II, págs. 499-500.

Cámara en la parte oriental camagüeyana o en la zona de Tunas, que en la división política y militar de entonces se consideraba parte integrante del Departamento Central, este fué el foco de la actividad política de la Revolución durante todo el resto del año de 1869, después de establecida la República. Céspedes propuso en Guáimaro, con la inmediata aprobación de la Cámara, a Ignacio Agramonte para jefe superior de Camagüey. Por su parte, preocupado el Capitán General Dulce, con el arribo de la expedición de Quesada al finalizar el mando de Lersundi y la situación general de Camagüey, decidió sustituir al brigadier Juan Mena por el de igual grado en la milicia española, el general Lesca, recientemente llegado de España con refuerzos. Transportado por mar a Nuevitas a mediados de enero, con una fuerte columna de las tres armas, Lesca consideró muy difícil la marcha de Nuevitas a Puerto Príncipe a lo largo de la vía férrea. Después de varios movimientos simulados, trasladóse por mar a la Guanaja, para marchar por un camino más corto, a la capital principieña. En el paso de Cubitas tropezóse con fuerte oposición de los insurrectos en 22 de febrero. Muy sangrienta y costosa la lucha por ambas partes, Lesca logró abrirse camino; arribó a la capital camagüeyana el 24 y asumió el mando del Departamento. Paralizadas las operaciones militares españolas después del arribo del nuevo jefe a Puerto Príncipe, se redujeron por el momento al despacho de una columna al mando del coronel Zacarías González Goyeneche a Santa Cruz del Sur, hostilizada tanto a la ida como a la vuelta por los camagüeyanos, sin que tuviese que librar ninguna acción de importancia.

El 14 de abril, reforzado Lesca con fuerzas desembarcadas en Santa Cruz del Sur, al mando del brigadier Ferrer, se halló en condiciones de tratar de restablecer la comunicación ferroviaria entre Puerto Príncipe y Nuevitas, donde se hallaba el brigadier Letona con numerosos refuerzos procedentes de la Habana. Proponíase reparar los desperfectos del ferrocarril y establecer puestos militares fortificados, a distancia adecuada para la defensa permanente del mismo. Al frente de una fuerte columna de tres mil hombres de las tres armas, acompañado del brigadier Ferrer y del coronel Goyeneche, partió el citado 14 de abril de Puerto Príncipe rumbo a Nuevitas, lugar al que logró llegar sin ser seriamente hostilizado por los insurrectos camagüeyanos. En marcha de regreso iniciada el 23, le cerró el paso el 3 de mayo en el lugar llamado Ceja de Altagracia, el Mayor General Ignacio Agramonte en sus funciones de jefe de Camagüey. En menos de una hora de recio combate, no obstante la falta de experiencia militar de los cubanos, éstos ofrecieron muy vigorosa oposición a la columna española, superior en nú-

mero y armamento. Lo rudo de la acción constituyó una desagradable sorpresa para Lesca, inspiró confianza en los cubanos y aumentó el prestigio militar de Agramonte, aún cuando Lesca pudo abrirse paso a la capital camagüeyana. El parte oficial del jefe español no silenció la habilidad, el valor y la tenacidad con que las bisonas tropas insurrectas se batieron en Alta gracia (1).

Las operaciones de Lesca, han sido descritas por un historiador español en términos reveladores de la difícil situación en que se hallaban los españoles en Camagüey. "Salió Lesca de la capital camagüeyana—dice el historiador citado— con cuatro batallones, seis piezas de montaña, una sección de caballería, cien ingenieros y quinientos o seiscientos negros para rozar y talar el monte, a fin de abrir camino, puesto que el antiguo estaba en muchos puntos completamente interceptado por los insurrectos y no podía utilizarse el ferrocarril. Acompañaban a Lesca, Ferrer y Goyeneche, fundándose en los tres tan justas como lisonjeras esperanzas. Todo se necesitaba para que terminase o se aliviara la aflictiva situación de Puerto Príncipe."

"Conocida por los insurrectos la importancia de las comunicaciones entre Puerto Príncipe y Nuevitas, trabajaron mucho para impedir las, efectuando trabajos importantes, de fácil defensa y difícil conquista. No sucedió así, sin embargo, porque se supo con sorpresa que todas las partidas habían abandonado la línea de Nuevitas dirigiéndose hacia Sibanicú. Aprovechando Lesca circunstancia tan ventajosa, dividió sus fuerzas en dos medias brigadas, marchando él con una a Nuevitas y mandando a Ferrer con la otra, para limpiar el camino de obstáculos, y de enemigos. No se presentaron éstos, y Lesca llegó a Nuevitas sin novedad. Ferrer, por su parte, destruyó activamente trincheras y parapetos formidables, blindados con los railes arrancados del ferrocarril y otras obras más. Lejos de impedir los insurrectos la importante tarea encomendada a Ferrer, conformáronse con ser testigos de ella y de sus consecuencias, pues se extendió a reconocer los puentes y alcantarillas del ferrocarril, con poner provisionalmente lo que estaba deteriorado y chapear el monte donde precisaba hacerlo. Si alguna partida se presentaba a impedir tales trabajos, se retira apenas empezaba el fuego."

"En las inmediaciones de Nuevitas hallábase el General Letona, como jefe de todas las operaciones, con el brigadier Escalante y unos tres mil hombres, incluso un batallón de voluntarios catalanes, recibido días

(1) Las versiones privadas españolas exageraban de tal manera las victorias reales o supuestas de sus tropas. Un informante del *Diario de la Marina* llegaba al extremo de afirmar que los cubanos habían tenido 2,000 muertos en Alta gracia.

antes en la Habana con grandes festejos. Cubrió el general con parte de estas fuerzas el camino, mientras los ingenieros con los negros componían provisionalmente los desperfectos que encontraban por aquella parte, lo mismo que hacía Ferrer por la suya. Facilitóse de esa manera el regreso a Puerto Príncipe de Lesca con el convoy, tirado por bueyes, de dieciocho vagones llenos aquellos de harina, arroz, bacalao y otros artículos" (1).

Restablecida la comunicación ferroviaria entre Puerto Príncipe y Nuevitas, las operaciones militares iban a revestir pronto importancia en Camagüey y a tener un particular significado. La continuada estancia del Presidente Céspedes y su Consejo de Gobierno en Guáimaro, donde la Cámara de Representantes se ocupaba en legislar sobre los asuntos de mayor interés revolucionario, afectaba el prestigio de la Metrópoli dentro y fuera de la isla, y el del ejército español en operaciones. Causaba, asimismo, violenta irritación a los voluntarios en la Habana, Matanzas, Cienfuegos y otros lugares, con fuertes censuras de los periódicos españoles en dichos lugares para el Capitán General Dulce y a los jefes militares en campaña. La permanencia del Gobierno cubano en Guáimaro, resultaba especialmente peligrosa para España, en momentos en que los emigrados cubanos con Morales Lemus a la cabeza, activaban el envío de expediciones a Cuba y multiplicaban sus esfuerzos en Wáshington para el reconocimiento de la beligerancia. El mando español, que no podía ser indiferente a los peligros externos e internos de la situación despachó una fuerte columna a desalojar a los cubanos de Guáimaro, al mes justo de haber terminado sus sesiones la Asamblea constituyente. Sin fuerzas suficientes a la mano ni el armamento necesario para contener la columna española, Quesada, de acuerdo con el precedente de Bayamo, dispuso el incendio y total destrucción del poblado, misión que confió a Bernabé de Varona. Retirados a tiempo el Ejecutivo, la Cámara y los vecinos, el enemigo ocupó sólo un montón de cenizas y regresó inmediatamente a Camagüey.

El desquite de la pérdida de Guáimaro, urgente para mantener el espíritu revolucionario y por sus efectos en el exterior, no tardó en producirse. En los mismos días de la marcha española sobre Guáimaro, desembarcaron las expediciones del *Perit* (11 de mayo) en Nipe y la del *Salvador*, en la Guanaja (13 de mayo), conducida esta última por el General Rafael de Quesada, con 27 expedicionarios y una considerable cantidad de armas y municiones.

(1) PIRALA, ANTONIO. *Anales*, I, págs. 507-508.

Armadas y municionadas las fuerzas de Camagüey con una buena parte del material de guerra de las dos expediciones, Quesada preparó y dirigió el ataque y asalto del puesto fortificado español de la *Llanada*, en Sabana Nueva, sobre la línea del ferrocarril, a corta distancia de Puerto Príncipe, puesto guarnicionado por cerca de 200 soldados de línea. Eran los objetivos de Quesada interrumpir nuevamente la comunicación con Nuevitas, hacer una demostración de fuerza a las puertas de la capital camagüeyana y obligar a Lesca a destinar la mayor parte de las tropas de que disponía a la custodia y protección de la vía férrea, paralizando las operaciones militares. Resistió valientemente el ataque la guarnición española, pero no logró impedir que la victoria cubana fuese completa, decidida por la acción personal de Quesada en lo más recio del combate. El campamento y puesto español fué tomado y destruído. Quedaron prisioneros cinco oficiales y 75 soldados; el resto de la guarnición murió entre las ruinas del campamento (1).

Escasamente un mes más tarde, en 19 de julio, Ignacio Agramonte, de acuerdo con Quesada, y autorizado por éste, realizó un ataque contra la ciudad de Puerto Príncipe. En la madrugada de dicho día, las fuerzas cubanas penetraron en la ciudad por varias partes y avanzaron hasta los lugares más céntricos. Lesca y Goyeneche no se hallaban ya en Camagüey. El primero había sido designado para el mando superior en Las Villas, en sustitución de Letona; el segundo, para el mando en Sancti Spíritus, ascendido ya a brigadier, en sustitución de Puello, nombrado jefe militar superior del Departamento Central. Puello, que al asumir el mando en Camagüey había lanzado una proclama anunciando muy activas operaciones militares, fué sorprendido por el asalto. Al frente de fuerzas de infantería de Marina y del batallón Unión, secundado por los jefes a sus órdenes en distintas partes de la ciudad, acudió a los lugares de mayor peligro. Una pieza de artillería de las fuerzas cubanas resultó muy poco efectiva, y después de escaramuzas en distintos lugares de la urbe, Agramonte dió la orden de retirada. Las bajas de ambas partes fueron de muy escasa consideración. Agramonte no parece haber tenido como objetivo el apoderarse de la ciudad, sino más bien demostrar agresividad y dar un golpe impresionante llamado a tener repercusión en lo interno y en el exterior, y un efecto paralizador con respecto a las operaciones que intentaba Puello. En relación a esos propósitos los resultados del ataque no fueron desdeñables. Con-

(1) "Se batían por primera vez entonces los expedicionarios del *Salvador*, conocidos por "Rifleros de la Habana"; portátonse con bizarría, pero a fuer de inexpertos andaban algunos indecisos, cuando Quesada, conociendo que podía flaquearse, se irguió sobre el caballo y metiéndose bien adentro de las filas enemigas y excitando con la palabra y con el ejemplo a los vacilantes, decidió la acción." ZAMBRANA, ANTONIO. Obra citada, pág. 85.

tribuyeron a aumentar la paralización española y a agravar la situación en Puerto Príncipe, muy difícil para Puello (1).

En el desarrollo de las operaciones militares de alcance político interno y exterior en Camagüey, Quesada proyectó otra de mayor importancia; el asalto al poblado de Tunas, con el objetivo de desalojar a los españoles de esa valiosa posición estratégica. Tunas constituía una base de primer orden para las columnas en operación entre Puerto Príncipe y Holguín. Podían aprovisionarse en ella de alimentos, efectos sanitarios y material de guerra; descargarse de los heridos y los enfermos, más numerosos y de más difícil transportación en las largas marchas; reponerse de las fatigas de éstas, y adquirir informes de los hechos ocurridos y de las órdenes superiores indispensables de tener en cuenta. Era Tunas, además, un centro de numerosos caminos para operar en la jurisdicción, e impedir que fuese un centro de aprovisionamiento de ganado y de concentración y organización de fuerzas de los insurrectos. Sin Tunas, una vasta extensión de Camagüey y de Oriente quedaba casi totalmente en poder de los cubanos. Por todas esas razones, era una posición de gran valor para ambos bandos contendientes. Versiones de fuente española atribuyen el propósito cubano de tomar las Tunas, a un plan de hacer de la población la sede del gobierno revolucionario, desalojado de Guáimaro. Aislada, distante de Manatí, su puerto del norte, de Holguín y de Puerto Príncipe, Tunas sería de mucho más fácil defensa por los insurrectos que Guáimaro, a distancia bastante corta o accesible de la capital principieña.

Quesada reunió para el ataque, por sorpresa, cuidadosamente planeado, 1,200 hombres, con una pieza de artillería, la tomada por Angel del Castitillo en el combate en que destruyó la columna española del teniente coronel Portal cerca de Ciego de Avila. Población de unos 6,000 habitantes, Tunas estaba defendida por 500 soldados de línea y voluntarios protegidos por trincheras, parapetos, cuarteles y fuertes edi-

(1) Una carta del coronel Francisco de Arredondo y Miranda al Presidente de la Cámara, Salvador Cisneros Betancourt, fechada en 5 de agosto, que cayó en manos de los españoles y fué publicada por el *Diario de la Marina* en 19 de febrero del siguiente año (1870), proporciona interesantes noticias relacionadas con el ataque de Agramonte y la situación prevaleciente en Camagüey: "Por conducto de personas fidedignas de Camagüey, escribía el coronel Arredondo y Miranda, se me dice: Han muerto de cólera y vómito 1,200 soldados, siendo el máximo 57; ahora se ha calmado bastante; y paisanos más de 1,060 de la clase baja. El ataque a Camagüey no ha causado daño de consideración... El pueblo está bastante abastecido de víveres. Los comerciantes continúan yéndose para la Habana y para España. Las tropas están quietas y por este motivo no mueren en mayor número. La guarnición es de 700 u 800 hombres de todas las armas, del modo siguiente: 500 hombres de infantería con fusiles Remington, 100 hombres de caballería o poco más; 100 de artillería con seis piezas de a lomo y dos rodadas; además los voluntarios, 400 ó 500, y 100 milicianos de color. La vía férrea está guarnecida por 2,000 hombres, divididos en varios campamentos y con artillería en Las Minas".

ficios de mampostería. En la casi seguridad de alcanzar la victoria, Quesada invitó a presenciar el asalto al Presidente de la República y a los miembros de su Gabinete.

Las versiones del ataque varían mucho, según la fuente informativa. Una versión cubana hace constar que los insurrectos lograron penetrar en la ciudad, trabándose una lucha cuerpo a cuerpo, con numerosas bajas de ambas partes. La pieza de montaña de que disponían los insurrectos, no resultó bastante efectiva para destruir las trincheras españolas y la torre de la iglesia, que resistieron victoriosamente la acometida de los invasores. "Ante la resistencia heroica de los defensores y la falta de una artillería adecuada para destruir las obras de defensa de los españoles, Quesada tuvo que deponer sus designios de tomar Las Tunas" (1). La versión española, que concede una gran importancia al ataque, atribuye la victoria de los defensores, principalmente, a que faltó, por una circunstancia fortuita, el factor de la sorpresa que contaba Quesada (2).

Los opositores de Quesada, no cortos en número, desde fecha anterior a su designación para el cargo de general en jefe, aprovecharon la oportunidad del revés de las Tunas para acentuar y multiplicar sus censuras y ataques contra aquél. Por su propia determinación o atendiendo a las quejas de los descontentos, la Cámara de Representantes citó a Quesada a comparecer ante los legisladores, explicar los hechos determinantes del fracaso e informar sobre otros cargos que se le hacían.

(1) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, págs. 141-142.

(2) "Guarnecían a Las Tunas unos 500 hombres, en su mayoría voluntarios. A recolectar ganado para la plaza salieron el 16 de agosto (día del ataque) unos 200 hombres, y encontraron cerca dos partidas que les inspiraron serios temores respecto a la población, a la que se avisó. El jefe de la fuerza española, coronel José Vicente Valera dispuso regresar por otro camino, sintió a poco fuego de fusilería y grande gritería, comprendió el ataque a Las Tunas y retrocedió en auxilio del resto de la guarnición. Con grande ímpetu atacaron los insurrectos por cuatro lados sosteniendo el encuentro las avanzadas y los defensores de las trincheras; contuvo a los invasores en el punto más débil, que lo era la segunda avanzada el capitán Abranco; el comandante Enrique Boniche acudió con su gente a donde creía ser más necesario; llegó en tanto Valera por el potrero, sorprendió al enemigo por la espalda y le hizo desalojar aquel sitio, no sin combatir cuerpo a cuerpo, jugando más el arma blanca que la de fuego, lo que produjo numerosas bajas, mayores en las de los insurrectos, por haber sido sorprendidos por falta de previsión, pues sabían que Valera estaba cerca y había de acudir en ayuda de los atacados... Por la parte del hospital el capitán La Torre rechazó a los invasores hasta el límite de la población, costando la vida a La Torre el defender después una trinchera. En la loma de Mercader, una pieza de montaña de los insurrectos destruyó un ángulo y pilar de la torre de la iglesia, e hizo buenos blancos en las principales casas de la población; avanzó la pieza con numerosa escolta de caballería, dirigió tres cañonazos a la trinchera de la casa de Gobierno, secundando cada disparo una carga de los invasores de a pie y de a caballo... El capitán Antón y Díaz defendió la Casa, que era cuartel de infantería y depósito de los prisioneros de guerra y punto bastante avanzado, hasta que se le ordenó su abandono, retirándose a la plaza con los heridos. Empeñóse allí porfiado bregar que duró más de nueve horas, en las que no faltó el incendio, el saqueo y la muerte por todas partes; porque si era valerosa la acometida de los insurrectos no lo era menos la defensa." PIRALA, ANTONIO. *Anales*, I, pág. 612.

Hízolo así Quesada, y la Cámara, aparentemente satisfecha, no le imputó falta ni responsabilidad alguna, exonerándolo de toda culpa.

Otras operaciones menores se desarrollaron también en Camagüey antes y después de que Lesca reconstruyese la vía férrea para atender a las necesidades de Puerto Príncipe y conducir convoyes desde Nuevitás en el norte y Santa Cruz en el sur. Bloqueadas ambas posiciones por tierra, de las mismas salían a distancias cercanas guerrillas, voluntarios y algunas unidades de tropas de línea, para procurarse forraje y viandas en los alrededores. En unos y otros casos, los destacamentos cubanos, en constante vigilancia, atacaban a los forrajeadores con decisión y les ocasionaban considerables bajas. Los más importantes de esos combates fueron los de Imías y el Corajo, ordenados por Quesada. Para esas operaciones de conducir forrajes y viandas llegaron a formarse en Puerto Príncipe, cuerpos de voluntarios con el nombre de "movilizados". Los jefes cubanos, coronel Cornelio Porro, Julio Sanguily, Juan y José Recio Betancourt y el mismo Ignacio Agramonte, pasaron a degüello frecuentemente grupos de esos movilizados (1). También se libraron algunos combates al conducir el brigadier Ferrer en dos distintas ocasiones convoyes de Puerto Príncipe a Tunas.

Sustituído Lesca, designado por Dulce para el mando de Las Villas, le sucedió el brigadier Letona como quedó dicho. Al pasar éste a Camagüey, las operaciones españolas no pudieron activarse en el Departamento Central, a causa de la aparición del cólera morbo asiático, que sumado al "vómito" o "fiebre amarilla" produjo grandes estragos entre las tropas españolas. La nueva plaga fué llevada a Nuevitás por un batallón procedente de Puerto Príncipe. Se extendió por la línea del ferrocarril a los campamentos faltos de lo necesario, y se agravó en la capital, para hacer más apurada la situación. Empeoraba ésta para España en el Departamento Central, y cuando le era más urgente a Letona el aumento de las tropas bajo su mando, estimadas en siete mil hombres, después que con Lesca habían pasado a Las Villas el batallón de Chiclana, uno de negros, otro de artillería y los voluntarios catalanes, de la Habana pedían que se desprendiese de más. Letona declaró no poder acceder a tal demanda. A la inversa, necesitaba miles de hombres para atender, sumados a los que ya tenía, a indispensables y apremiantes servicios. Dos mil hombres precisaba la custodia del ferrocarril; mil quinientos para guarnecer Puerto Príncipe; dos batallones empleaba el brigadier Ferrer para producir convoyes sin que hubiese soldados para guarniciones y destacamentos en lugares estratégicos. Las

(1) ZAMBRANA, ANTONIO. Obra citada, pág. 83.

bajas por enfermedad eran enormes. En consecuencia, las operaciones militares españolas estaban casi totalmente paralizadas en cuanto a acciones ofensivas en el Departamento Central.

En julio, Letona fué sustituido por el brigadier Eugenio Puello, jefe no bien recibido en Camagüey, por el hecho de pertenecer a la raza "de color". No le parecía bien a los peninsulares que presidiera el Ayuntamiento un hombre de la raza negra. Estimaban, además, que no habrían de rendirle a gusto el homenaje debido, el Presidente ni los Magistrados de la Audiencia Camagüeyana. En 13 de julio, Puello, ya en posesión del mando, lanzó la proclama usual en esos casos, exponiendo su programa gubernativo y militar para restablecer "la tranquilidad en el territorio de su mando" (1). Seis días más tarde, los insurrectos camagüeyanos le contestaron con el ataque a Puerto Príncipe mencionado. Por el momento, comenzado ya el período de los calores y las lluvias, Puello no pudo emprender operaciones militares. Los caminos, intran-sitables en todo el Departamento Central, hacían extraordinariamente penosa la marcha de las fuerzas españolas, que sufrían numerosas bajas en cualquiera expedición, aún a corta distancia, a causa de extrema fatiga y de enfermedades. Breve tiempo antes de la toma de posesión de Puello, al regresar Letona de una salida de Puerto Príncipe, los batallones de La Unión y de La Reina quedaron reducidos a la mitad. El cólera continuaba haciendo estragos. Disminuído diariamente el Ejército por la guerra, el cólera y las enfermedades propias del clima, el Capitán General Caballero de Rodas, sustituto de Dulce, vióse obligado a abrir un alistamiento de voluntarios en la Habana, a fin de movilizar 500 hombres con destino a Nuevitas y Puerto Príncipe. De manera que, hasta bien entrado el período de la seca, no pudo Puello anunciar, en 13 de diciembre, 1869, que se abrían las operaciones militares en Camagüey, repuesta la división de su mando y reforzada con las tropas ya recibidas y las que arribarían con la debida regularidad (2).

(1) PIRALA, ANTONIO. *Anales*, vol. I, pág. 649.

(2) *IBIDEM*.

CAPÍTULO XVIII

LA CAMARA, PODER SUPREMO DE LA REVOLUCION

En Guáimaro se fió la dirección suprema de la revolución a la Cámara de Representantes. En las circunstancias del momento, ello equivalía a ponerla en manos de Camagüey, ya que la Cámara, como acertadamente dijera Martí, era "ampliación y hechura de la Asamblea de Representantes del Centro" (1). Cisneros Betancourt, Presidente de la Asamblea de Representantes camagüeyana, pasó a la Presidencia de la Cámara; y como Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana lograron establecer en la Constitución la igualdad de representación por Departamentos, y que se otorgase la representación del Occidente (Matanzas, la Habana y Pinar del Río) al cortísimo grupo de jóvenes habaneros adictos de Agramonte, compenetrados con éste, Camagüey, sumados dos votos villareños —Honorato del Castillo y Eduardo Machado señaladamente— se aseguró la mayoría, es decir, el dominio de la Cámara. La mesa de ésta quedó cubierta con camagüeyanos en los cargos de Presidente y secretarios; y con villareños en la vicepresidencia y las vicesecretarías, de manera que Camagüey asumió, de hecho y de derecho, la jefatura de la revolución; Oriente, en minoría, quedó excluido de la mesa cameral. La Constitución no establecía el equilibrio y la independencia de los Poderes Legislativo y Ejecutivo, de modo que aunque Céspedes fué elegido Presidente de la República, pesaba sobre él la autoridad suprema de la Cámara dentro del Estado. Por un solo voto de la mayoría del quorum, la Cámara podía pasar sobre el veto del Ejecutivo, e inclusive destituir al Presidente en cualquier momento, tal como estaba constitucionalmente facultada para designar, y separar de su cargo, con entera libertad de acción en las mismas condiciones, al general en jefe del Ejército. Oriente, había lanzado la revolución. Durante seis meses había sostenido casi totalmente el peso de la guerra. Era, en verdad, el Departamento donde radicaba, por múltiples razones, la mayor potencialidad de la revolución. No obstante, quedó supeditado y subordinado a Camagüey.

(1) MARTÍ, JOSÉ. *Obras Completas*. Edición conmemorativa del Cincuentenario de su muerte. La Habana, 1946, vol. I, pág. 537.

El régimen establecido en esa forma en Guáimaro, adolecía, a causa del hecho arriba apuntado, de una debilidad fundamental. Los camagüeyanos y sus aliados dominaron, circunstancialmente, en la Asamblea de Guáimaro y en la Cámara de Representantes, por ellos erigida en poder supremo revolucionario. Ello no significaba, sin embargo, que Camagüey contase con fuerzas y medios para resistir el peso de la guerra frente a España, como Oriente; ni para asumir con éxito la responsabilidad de dirigir con autoridad suprema la revolución, como había contado con un número de votos para ejercer la supremacía en Guáimaro, donde Oriente, dividido, regional y políticamente, hallóse en condiciones accidentales de inferioridad, frente a un Camagüey siempre unido regionalmente, dada la absoluta hegemonía de la ciudad de Puerto Príncipe sobre todo el Departamento.

El régimen organizado en Guáimaro era congénitamente débil, en tal virtud. Llevaba en sí factores contradictorios y fuerzas en acción opuestas, capaces, potencialmente, de promover y ahondar diferencias y divisiones mucho mayores de las que se trató de zanjar en el histórico poblado camagüeyano. Poder supremo de mando y dirección, requiere fuerza material para hacer efectivas las decisiones. La Cámara carecía de ella. Constitucionalmente suprema, no lo era en la realidad, a menos que los jefes militares respaldasen e hiciesen efectivas sus resoluciones. Céspedes, a su vez, con sus poderes limitados, era un ejecutivo sin fuerza para dirigir y ejecutar, a merced de la Cámara, privado del mando del ejército, una vez que se creó el cargo de general en jefe de éste.

Constituido en la forma expresada, con un latente peligro de graves divisiones, el gobierno de la República, Ejecutivo y Cámara de Representantes, hallábase frente a múltiples y urgente problemas, obligados a atenderlos sin demora; en primer término los de la guerra.

Por el momento, sin embargo, ambos poderes no podían hacer sentir su acción de una manera efectiva ni aún con respecto a las más apremiantes operaciones militares. En Oriente y Las Villas, dicha acción no llegaba, ni podía llegar sino de un modo muy débil. Reducíase casi exclusivamente a la designación de algún alto jefe en las zonas o jurisdicciones insurrectas. Aun limitada a ese extremo, los nombramientos recaían, por fuerza, en las personalidades más destacadas de cada zona o jurisdicción, a virtud de razones expuestas en otras partes de esta obra.

En Camagüey hubo que atender, a diversas cuestiones esenciales, además de las de la guerra. Ya en funciones la Cámara de Representantes, sobre ésta pesaba la enorme responsabilidad de llevar adelante su difícil tarea legislativa, referente no sólo a la guerra, sino a las cuestiones civiles y a la organización de todos los servicios en el territorio

de Cuba libre. Pero, no obstante la urgencia de atender a dicha legislación, la primera cuestión que se vió forzada a considerar la Cámara, no caía dentro de los campos mencionados más arriba. Tratábase, de una iniciativa ciudadana, encaminada a lograr que la Cámara diese un paso de extrema gravedad, inspirado en el temor a los horrores de la guerra, con el peligro de desviar a ésta de su objetivo inicial primordial: la conquista de la independencia de Cuba. La cuestión fué planteada por un numeroso grupo de personas firmantes de una petición dirigida a la Cámara, a instancias de entusiastas damas camagüeyanas, el mismo día de la constitución de ésta, el 11 de abril. Solicitábase en el escrito, que la Cámara acordase dirigir una exposición en sentido anexionista, a la república de los Estados Unidos ⁽¹⁾. Tomada en consideración la solicitud, la Cámara designó una comisión para el estudio de la importantísima demanda. Dos días más tarde, el 13, sin que hubiese dictaminado aún la comisión, el miembro de la Cámara Antonio Zambrana propuso, y así lo acordó la mayoría, enviar una comunicación al gobierno de los Estados Unidos en la que se interesara su protección a la insurrección cubana. Este acuerdo parece no haber satisfecho a los peticionarios, pues tres días más tarde un diputado por Oriente, Fernando Fornaris, no conforme con que la Cámara aplazase por más tiempo su respuesta a la solicitud anexionista de los "varios ciudadanos" en espera del informe de la comisión cameral designada el 11, promovió la discusión del asunto en sesión del 16, con la proposición de que se adoptase un acuerdo inmediato favorable al escrito pendiente de ser resuelto.

Abierto el debate sobre la petición anexionista, el diputado Eduardo Machado se pronunció enérgica y elocuentemente en contra. La vehemencia de su palabra y la fuerza de sus razonamientos causaron muy fuerte impresión. Ante la inminencia de que la petición fuese desechada, Zambrana, vocero del Camagüey, a cuya región pertenecía la gran mayoría de los firmantes, usó de la palabra en apoyo del anexionismo. Los argumentos usados por él pusieron claramente de manifiesto una vez más, que Camagüey hallábase ansioso de asegurarle a la revolución el pronto y decisivo auxilio del presidente Grant, ocupante de la Casa Blanca desde el 4 de marzo. Respondiendo al estado de opinión prevaliente en el Departamento, la Asamblea de Representantes del Cen-

(1) El penúltimo párrafo del acta de la sesión de la Cámara del citado día 11 de abril se refirió a la petición anexionista en los siguientes términos: "Varios ciudadanos presentaron una petición relativa a que la Cámara de Representantes dirija manifestaciones en sentido anexionista a la república de los Estados Unidos, asunto que fué sometido al estudio de una Comisión compuesta por los C.C. Miguel Gutiérrez, Antonio Lorda, Miguel Betancourt, Jesús Rodríguez y Honorato del Castillo". BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, página 127.

tro, había dirigido ya, en 6 de abril, comunicación al Presidente de los Estados Unidos, en la que solicitaba su inmediato auxilio y hacía una clara sugerencia anexionista. Tratábase, por tanto, de que la Cámara de Representantes, a título de organismo legislativo y representativo de todo el pueblo cubano, ratificase y convalidase la solicitud de auxilio y la indicación anexionista de la Asamblea de Representantes del Centro. No se pronunciaba Zambrana, según sus palabras, a favor de la solicitud anexionista, porque desconfiase de la capacidad cubana para la vida independiente. Movíale el vivo deseo de evitarle a Cuba los horrores de la devastación de la guerra en todos sentidos, tal como estaban sufriendose en Oriente y Las Villas. La guerra habíase emprendido, fué el fondo de su argumentación, para realizar la libertad de Cuba, no para arruinarla. Si podía alcanzarse aquel objetivo sin asolar el país, logrando que Cuba entrase a formar parte de la esplendorosa constelación norteamericana, no debía continuarse luchando por una independencia que, al realizarse, dejaría la patria reducida a escombros y a la desolación más espantosa, propóstio que se revelaba en la orden general lanzada por Valmaseda desde las ruinas de Bayamo. Podría argüirse que acaso los Estados Unidos no tuviesen interés político en que Cuba entrase en la Confederación y rechazarían los votos de los diputados. En ese caso, antes que volver al yugo español, podría solicitarse, arguyó el legislador, el protectorado de la Gran Bretaña. Hizo Zambrana, como era su costumbre, citas de la historia de Francia y terminó su discurso con la petición de que se apartase al país de los desastres de una guerra de exterminio. "Víctor Hugo había dicho que así como el siglo XIX se horrorizaba al contemplar el quemadero de Sevilla, el siglo XX se horrorizaría también al recuerdo de la guerra" (1). La arenga de Zambrana decidió el resultado de la votación cameral, favorable a acceder a lo solicitado por los peticionarios y a que se dirigiese la solicitud de auxilio y de anexión al Presidente de los Estados Unidos.

(1) Habanero Zambrana, sus palabras no representaban la más alta expresión de opinión del Occidente cubano en cuanto a los sacrificios que exigía la guerra ni en lo referente al destino final de Cuba. Esa expresión de opinión la hizo Morales Lemus en su carta a Nicolás Azcárate, fechada en Filadelfia, breves días después, en 15 de mayo de 1869. A continuación de una serie de razones a virtud de las cuales confiaba en el triunfo de la revolución, decía Morales Lemus textualmente: "Creo que la revolución triunfará al fin, y aunque comprendo que será sobre un montón de ruinas, también tengo la persuasión de que la Isla a merced de un gobierno propio no sólo se repondrá, sino que acrecerá su riqueza muy en breve. La generación actual, y principalmente los ancianos, como yo, sufrirán sin esperanza de gozar el resultado de sus sacrificios; pero morirán con la satisfacción de haber llenado sus deberes hacia la patria y las generaciones venideras". RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida de Mestre*, pág. 219. Pensando de esa manera, Morales Lemus no dió curso a la petición de anexión.

El acuerdo de la Cámara recibió la sanción del Presidente Céspedes, no obstante no ajustarse al criterio personal ni a la política de independencia absoluta de Cuba de éste. En su Manifiesto del 10 de octubre, Céspedes declaró que Cuba se constituía en nación independiente "porque así cumplía a la grandeza de sus futuros destinos"; y al justificar en dicho documento la apelación de los cubanos a las armas, invocó el ejemplo de las más grandes naciones, que autorizaba el empleo de este último recurso. En el Manifiesto no hay mención directa ni indirecta de los Estados Unidos. Céspedes se dirigió a la opinión universal o internacional, a los pueblos civilizados, con la declaración de que a éstos tocaba interponer su influencia en la cuestión cubana. No hizo una petición expresa de auxilio a ninguno. Los cubanos fiaban en su propia fuerza. Consecuente con ese criterio, en su comunicación dirigida a Grant en 1º de marzo de 1869, cuatro días antes de que Grant tomase posesión de la Presidencia de los Estados Unidos, tampoco solicitó Céspedes la ayuda norteamericana. Limitóse a exponer una serie de razones a virtud de las cuales Grant debía acordarle los derechos de beligerancia y reconocerle la independencia al pueblo de Cuba. Los Estados Unidos, —expuso Céspedes a Grant—, eran la nación civilizada más cercana a Cuba. Sus instituciones encontraban un eco simpático en el corazón de los cubanos. Siendo los intereses comerciales y financieros de ambos pueblos casi idénticos y recíprocos en su naturaleza, Cuba ardientemente apelaba a su incuestionable derecho a ser reconocida. Estos argumentos, de igual validez en la actualidad para mantener relaciones de beneficio recíproco y hacer afirmación enfática de los derechos de Cuba, los formuló Céspedes en su comunicación a Grant, 34 días antes de la petición de anexión dirigida a éste por la Asamblea de Representantes del Centro. Al concurrir a Guáimaro, habían transcurrido ya seis meses, contados a partir de la fecha en que Céspedes había proclamado en La Demajagua la independencia de Cuba; y aunque llevaba adelante una implacable guerra de exterminio en el Departamento Oriental, Céspedes no había hecho petición alguna de auxilio a los Estados Unidos. En Oriente podía haber una cortísima minoría de anexionistas entre los revolucionarios. Colectivamente la opinión oriental fué siempre separatista en lo absoluto, empezando por la de Céspedes (1). Este aserto no está en contradicción con el hecho de que Céspedes sancionara la petición anexionista aprobada por la Cámara el 29 de abril. En Guáimaro, Céspedes se allanó a las decisiones de la

(1) "En el Departamento central ha habido siempre muchos anexionistas; pero en el oriental el objetivo principal ha sido siempre la independencia." (Palabras del Gral. Calixto García Iniguez.) O'KELLY, JAMES J. *La tierra del mambí*, La Habana, 1930, págs. 247-48.

mayoría de la coalición camagüeyano-habanera-villareña de una manera total para asegurar la unidad del frente revolucionario, e hizo renuncia, aparte de sus posibles reservas mentales, de sus propios criterios políticos. Designado Presidente de la República, constituyó su Gabinete con jefes revolucionarios adictos a la Cámara, de la plena confianza de ésta, no de la de él, en verdad. En tales circunstancias, adoptada esa línea de conducta, Céspedes no habría de sentirse dispuesto a romperla bruscamente para imponer su veto a una medida de la mayoría cameral que era la convalidación de un acuerdo de la Asamblea de Representantes del Centro, adoptado cuatro días antes de reunirse la Asamblea de Guáimaro, veto que la Cámara seguramente habría desechado dejando agriadas las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo, apenas constituido el gobierno.

Once días después de aprobada la petición anexionista, la Cámara vióse obligada a abandonar a Guáimaro bajo la presión española. Sobre el poblado avanzaba una columna enemiga con el objetivo militar y político de apoderarse de la sede del gobierno revolucionario, interrumpir las labores de éste y demostrar que no se hallaba en posesión de ningún poblado donde ejercer sus funciones, sino vagando por los campos. Quesada, el general en jefe, no disponía de fuerzas suficientes para oponérsele a la tropa enemiga con posibilidad de éxito. Siguiendo el precedente de Bayamo, ordenó la destrucción de Guáimaro por medio del fuego, misión que confió a Bernabé de Varona.

Trasladada la Cámara a la hacienda Santa Lucía, el 11 de mayo solemnizó la proclamación de la República con una amnistía general, que comprendió a los presos políticos y militares en arresto, no sentenciados todavía, medida de clemencia para la adopción de la cual estaba facultada por el artículo 22 de la Constitución. Dichos presos políticos, entre los cuales contábase Napoleón Arango, sumaban 150; de manera que, el mantenerlos bajo arresto cuando ya la Cámara había pasado a ser un organismo sin asiento fijo, requería un número considerable de custodios y constituía una seria dificultad. Además, la Corte Marcial designada por el Comité del Centro, puesta ya en vigor la Constitución, tenía que ser disuelta. El 12 de mayo, trasladada la Cámara a Berrocal, ésta pudo comenzar la preparación y discusión de las leyes orgánicas de Cuba Libre, entre otras la de Organización Militar, que se dejó aprobada en el ingenio Sabanilla, el 22 de julio ⁽¹⁾.

Indispensable para regular los servicios y las actividades del Ejército Libertador, la Ley de Organización Militar constó de 76 artículos.

(1) CAMACHO, PÁNFILO D. *Eduardo Mármol*, pág. 113.

Los dos primeros establecieron la obligación de todos los ciudadanos de 18 a 50 años, de tomar las armas, y encargaron a los funcionarios del Ejecutivo el hacer los alistamientos en el siguiente orden: primero, los solteros; segundo, los casados de 18 a 25 años; tercero, los no comprendidos en los dos grupos anteriores. El artículo tercero estableció los casos de excepción, los cuales se harían valer ante el Ejecutivo; el cuarto, autorizó a éste para dictar todas las disposiciones que creyese convenientes para el sostenimiento del Ejército. Los artículos 5 a 16, determinaron los institutos que comprenderían las fuerzas armadas: Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros, Estado Mayor, Inspección General, Administración, Sanidad y Policía; la división en cuerpos de ejército, divisiones, brigadas, etc.; los grados, desde el de Generalísimo nato, que correspondía al Presidente de la República, y el de Comandante General en Jefe, hasta el de soldado; y la forma de hacerse los nombramientos. El artículo 13, un precepto cuya aplicación acarrearía graves inconvenientes, disponía que "todo militar que no estuviese en actual servicio, no tendría derecho a categorías, sueldos ni preeminencia alguna". Otros artículos de importancia fueron los correspondientes a las facultades del General en Jefe, seis artículos en total, del 15 al 20 inclusivos. La Cámara no regateó los más amplios poderes al General en Jefe. El artículo 16, lo autorizó para nombrar y ascender, y también para suspender, en casos urgentes, a los jefes y oficiales, dando cuenta inmediata al Ejecutivo para la superior resolución de éste. El 18, lo autorizó para adoptar de momento las medidas que estimase convenientes, cuando las necesidades de la guerra lo exigiesen, aún en el caso que modificasen la Ley de Organización Militar, sin otro requisito que el de dar cuenta inmediata al Ejecutivo, como en el caso anterior. La libertad de acción del General en Jefe quedó asegurada en los casos de emergencia y en las circunstancias extraordinarias, previsión cameral muy justificada, dadas las condiciones en que se desarrollaba la guerra y la dificultad de las comunicaciones. Por otros artículos de la Ley, la Isla quedó dividida en cuatro Estados Militares, Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente, el mando de cada uno de los cuales correspondería a un lugarteniente general. Los Estados se subdividían en Distritos, cada uno al mando de un Mayor General. La Ley regulaba las funciones y los grados de los integrantes del Estado Mayor; los cuerpos de ayudantes de los jefes de distintas categorías; las de la Inspección General del Ejército y la de la Inspección de cada Estado. El resto del articulado reguló la Administración Militar, la Sanidad Militar y el Prebostazgo General, con especificación de las funciones y deberes del Preboste General. Los artículos 72 y 73, importantes en lo militar y lo

político, autorizaron al Presidente de la República para deponer libremente a todos los empleados incluídos en la Ley de Organización Militar, dando cuenta a la Cámara de Representantes con respecto a aquéllos en cuyos nombramientos tenía intervención la Cámara (1).

El artículo 73 prescribía que las atribuciones conferidas a todos los funcionarios militares se entendían ejercidas bajo las órdenes y dependencia del Ejecutivo, y de consiguiente, sujetas a su desaprobación, para el cumplimiento de lo cual debían dar cuenta de todo cuanto hiciesen (2).

El poner en vigor la extensa y complicada Ley de Organización Militar, aún simplificada hasta el extremo; el cumplirla y hacerla cumplir en todas sus partes en el dilatado territorio insurreccionado, resultaba ser una labor sobrehumana en 1869. Había que organizar los servicios de los diversos institutos del Ejército Libertador, establecer talleres y hospitales, proveer al reclutamiento militar, a la remonta de la caballería y al abastecimiento de todas las Fuerzas Armadas. Era indispensable el mantenerse en comunicación con los jefes de los cuatro Estados Militares y con los numerosos distritos en que se subdividían; el estar al tanto de las expediciones para recibirlas en la costa, ayudar al alijo y defenderlas; distribuir las cantidades de armas, municiones y demás efectos, siempre insuficientes, y dar cumplimiento a todas las demás funciones de un General en Jefe. Para poder atender a tan múltiples obligaciones, requeríase contar con abastecimientos y depósitos y talleres militares que no existían y con un Estado Mayor y una Dirección Central muy bien organizados, con personal técnico numeroso, especializado en las actividades bélicas esenciales, y recursos y medios de acción y de transporte suficientes. En una guerra como la que sostenía el Gobierno cubano, esa ímproba labor era imposible que pudiera ser realizada en Cuba Libre, donde todo faltaba en 1869. Sobre el General en Jefe recaían y pesaban, pues, responsabilidades que difícilmente un genio militar hubiera podido afrontar con buen éxito en igualdad de condiciones. Ejercidas tales obligaciones y deberes en Camagüey, en los meses subsiguientes a la constitución del Gobierno, el cumplirlas resultaba prácticamente imposible. Bloqueada la ciudad de Puerto Príncipe, las familias habíanse trasladado a sus residencias campestres en las haciendas de crianza y los ingenios, inclusive las de los más altos jefes camagüeyanos; y como durante meses las operaciones

(1) El artículo 11 de la Ley disponía que desde subteniente hasta coronel, exclusive, los nombramientos se hacían por el Presidente de la República, a propuesta del General en Jefe. De coronel en adelante, por la Cámara, a propuesta del Presidente.

(2) ZAMBRANA, ANTONIO. Obra citada, págs. 62 a 77.

militares españolas habían estado muy espaciadas, y habían sido más de carácter defensivo que ofensivo, en los campos del Departamento Central pudieron continuarse y se continuaron en gran parte, la vida de familia y no pocas de las actividades de la paz. Jefes y soldados menudeaban las visitas a sus familias y permanecían días en la residencia de las mismas, práctica contraria a las más elementales exigencias de la milicia en plena guerra a muerte. En el ambiente de libertad y democracia creado en el período preparatorio de la unificación del Gobierno, y por los preceptos de la Constitución, las perentorias exigencias de la ya dicha disciplina militar hallábanse en contradicción con el ejercicio a plenitud y sin limitaciones de las libertades y los derechos ciudadanos, tales como muchos lo entendían por inexperiencia en Cuba Libre.

Los esfuerzos del General en Jefe dirigidos a crear y organizar un Ejército Libertador que fuese un instrumento eficaz de acción militar, tropezaron, forzosamente, en razón de lo expuesto, con dificultades enormes. Sus órdenes para ejercitar y disciplinar los ciudadanos-soldados de todos los grados y categorías, y habituarlos a la vida del campamento, tenían que chocar y chocaron rudamente con las condiciones ambientes. La requisa de caballos para la remonta del Ejército; la de ganado y demás artículos de subsistencia, sin pago a los propietarios, y la rigidez de los métodos militares, provocaron quejas ante el Ejecutivo y la Cámara, poderes del Estado que estaban a la mano en Camagüey, y que no podían dejar de recibir las reclamaciones de la ciudadanía, tal como lo imponían las circunstancias. Ningún jefe en tales condiciones, debidas básicamente a la falta de medios, a la inexperiencia de los ciudadanos y sus familias, y a la manera que se había desarrollado la guerra hasta entonces en Camagüey, podía lograr el menor éxito en el mando supremo en 1869. Sus choques con una Cámara de representantes, igualmente inexperta y desconocedora todavía de los terribles horrores y las tremendas dificultades de la guerra, habrían de ser inevitables.

Resueltos los problemas de la petición anexionista, de la amnistía de los presos políticos y de la Ley de Organización Militar, la Cámara continuó activamente la labor de discutir, aprobar y someter a la sanción del Ejecutivo las demás leyes orgánicas indispensables para dar aplicación a los preceptos de la Ley Fundamental del Estado. Ya en 7 y 18 de junio, días antes de la aprobación de la Ley Militar, la Cámara había aprobado la ley de Libertad de Comercio y la de Matrimonio Civil respectivamente. Ambas respondían a necesidades reales en el campo revolucionario. El intercambio de productos y la compra y

venta de éstos, por poca que fuese, debían ser reglamentados en Cuba Libre, lo mismo que el intercambio que podía sostenerse con los centros urbanos ocupados por los españoles, y, en su caso, con el exterior por algunos lugares de la costa. En Cuba Libre era indispensable, asimismo, que existiese alguna autoridad civil a cargo de la cual corriese la celebración de matrimonios, dada la falta de sacerdotes en los campos y la neutralidad del Estado respecto de la religión. Esa función confiése a los prefectos.

Trasladada la Cámara al ingenio Sabanilla, el 4 de julio (1869) celebró sesión para conmemorar la fecha de la independencia de los Estados Unidos. La corriente de opinión favorable al anexionismo continuaba en vigor. Miguel Jerónimo Gutiérrez, uno de los representantes que hicieron uso de la palabra en la sesión conmemorativa, pronunció un discurso abiertamente anexionista. Se le dió publicidad en el periódico "El Cubano Libre", órgano oficial del Gobierno, sin que ningún miembro de la Cámara hiciese le menor objeción (1). Aprobada la Ley de Organización Militar el 22 del mismo mes, tres días más tarde, trasladada la Cámara a Sibanicú, Eduardo Machado, que actuaba de Secretario interino, quedó electo en firme Secretario de la Cámara. Además "para completar la representación de la Isla, y de conformidad con el espíritu abstracto y metafísico que dominaba en la revolución, ingresaron en la Cámara, como representantes del Occidente, que permanecía quieto y sumiso", Luis Vitcoriano Betancourt, Ramón Pérez Trujillo y Rafael Morales y González (2). Los tres habían sido miembros de la disuelta Corte Marcial. La representación de Occidente se completó con Luis Ayestarán y Moliner. Las miras políticas se sumaron al "espíritu abstracto y metafísico" para reforzar abrumadoramente en la Cámara la mayoría camagüeyana-habanera-villareña.

La permanencia en Sibanicú fué provechosa durante el siguiente mes de agosto para los trabajos de la Cámara. Del 5 al 31 de ese mes, quedaron aprobados el Reglamento de Procedimientos Militares, las leyes de División Territorial, Organización Judicial, y Organización Administrativa, y una adición, la primera, a la Constitución, por la que se dispuso que los representantes eran inviolables en el ejercicio de sus funciones. Aprobáronse también la Ley de Cargas Públicas, la Ley de Enseñanza Gratuita, y la ratificación de la Constitución por los cuatro diputados de Occidente arriba mencionados (3). En 8 de septiembre, todavía la

(1) SANGUILY Y GARRITTE, MANUEL. *Oradores de Cuba*, págs. 80 y 81.

(2) *IBIDEM*, págs. 81 y 82.

(3) CAMACHO, PÁNFILO D. *Eduardo Machado*, pág. 104.

Cámara en Sibanicú, aprobó el Reglamento de Libertos, referente a una cuestión político-social respecto de la que se manifestaron criterios disímiles. El artículo 1º del Reglamento, dispuso la creación de una Oficina Principal de Libertos. Prácticamente, dicha oficina no tenía manera de actuar con efectividad en todo el territorio insurreccionado, de modo que cuatro semanas más tarde, ante la evidencia de la impracticabilidad del Reglamento, la Cámara acordó, en 14 de octubre, trasladada a Sabanilla, que el General en Jefe debía entregar los libertos, provistos de sus instrumentos de labranza, a los prefectos de cada zona. Esta disposición dió motivo, poco después, a una acusación contra el prefecto de Maraguán, a quien se le imputó que devolvía los libertos a los antiguos amos, lo cual equivalía a reducirlos nuevamente a la esclavitud. En la misma fecha, la Cámara completó, por el momento, la extensa serie de sus medidas legislativas con la aprobación de La Ley de Deuda Interior de la República. Semanas más tarde, los legisladores se trasladaron a Palo Quemado.

Durante el período de siete meses en que la Cámara había estado entregada principalmente a sus labores legislativas, en Camagüey se había ido creando entre los miembros de la Cámara, y diversos elementos de la población civil, algún malestar y marcado disgusto por las disposiciones de Quesada en el ejercicio de sus facultades de general en jefe, que habían terminado por promover una fuerte oposición contra éste. En las condiciones en que marchaba la guerra en Camagüey, esa oposición era de hecho inevitable. En primer lugar, porque en el ambiente cameral y entre la población civil prevalecía un concepto de los derechos ciudadanos de tal amplitud, que no podía dejar de chocar con las exigencias de la guerra y de la preparación y la disciplina militares. En segundo, a consecuencia de que la Cámara, convencida de su falta positiva de fuerza propia en medio del torbellino de la revolución y de la guerra, era extremadamente celosa de sus prerrogativas y su autoridad. En tercero, porque aunque Quesada era hombre de valor y poseía experiencia militar, carecía de preparación y de determinadas cualidades de carácter para ejercer una positiva autoridad moral sobre sus conterráneos camagüeyanos.

Cuando Quesada asumió el mando en jefe de Camagüey por designación del comité revolucionario camagüeyano inmediatamente después de su desembarque en La Guanaja, mando confirmado más tarde por la Asamblea de Representantes del Centro, pasos previos para su exaltación al cargo de general en jefe por la Cámara en Guáimaro, reunía dos condiciones que faltaban a los improvisados jefes conterráneos suyos: experiencia de las cosas de la guerra, y reputación militar adquirida en

campanas contra jefes y soldados veteranos del Ejército francés. Grande al principio el entusiasmo a su favor en Camagüey a virtud de ser hijo de la región, de la feliz conducción de la expedición del *Galvanic*, de la valiente defensa por él dirigida contra los soldados españoles que la atacaron en el lugar del desembarque, y por la aureola de valor de que se hallaba rodeado, conquistada en México a las órdenes de Juárez, la admiración que inspiraba no tardó en comenzar a disminuir.

Nacido en la ciudad de Puerto Príncipe, en 1833, Quesada recibió una muy rudimentaria instrucción de primeras letras y pasó muy joven a criar ganado en un hato de la propiedad de su familia ⁽¹⁾. Antes de los veinte años, contrajo matrimonio, y según ciertas versiones familiares, se inició en los trabajos revolucionarios de la Junta Libertadora de Puerto Príncipe, presidida por Joaquín de Agüero. Disponíase, según dichas versiones, a incorporarse a éste el mismo día en que Agüero, prisionero de los españoles, fué fusilado en la sabana de Arroyo Méndez en las afueras de la ciudad ⁽²⁾. Acusado de "cuatrero" por las autoridades españolas, el joven Quesada, a causa, quizás, de ser mal visto por sus actividades políticas, logró evitar el ser reducido a prisión, escapó a los Estados Unidos, y pasó a México. En guerra civil los mexicanos, sentó plaza de alférez en las fuerzas liberales de Juárez; distinguióse por su arrojo en numerosos combates y llegó a alcanzar el grado de general de división. En posesión de ese grado, tomó parte en la sangrienta lucha dirigida por Juárez contra el Emperador Maximiliano, hasta el fusilamiento de éste en 1867 ⁽³⁾. Interesado en los planes revolucionarios del Comité de Patriotas cubanos y portorriqueños que trabajaban en Nueva York en relación con Vicuña-Mackenna, agente del gobierno chileno mientras éste participaba en la lucha contra los españoles en la Guerra del Pacífico, Quesada se trasladó a Nueva York sin que haya evidencia de que tuviese favorable acogida de parte del Comité, aun-

(1) El general Quesada pertenecía a una distinguida familia camagüeyana. Fueron sus padres Don Pedro de Quesada y Quesada y Doña María del Carmen Loynaz y Miranda. Los Quesada pertenecían, como los Céspedes, a la nobleza de Andalucía. Pedro de Quesada, guerrero y colonizador, fué el primero de la familia que vino a Cuba casi desde el inicio de la conquista de la Isla. En 1868, la familia poseía casa propia en Camagüey y extensas propiedades rústicas dedicadas a la ganadería. Los padres del general Manuel de Quesada tuvieron cinco hijas, una de las cuales, Ana de Quesada y Loynaz fué la que casó con el Presidente Céspedes en 4 de noviembre de 1869. Tres de los varones hijos del matrimonio, de Don Pedro de Quesada y su esposa eran militares, y habían peleado en México bajo las banderas de Juárez contra Maximiliano de Austria. CÉSPEDES Y DE QUESADA, GLORIA DE LOS DOLORES. *Céspedes visto por los ojos de su hija*. Publicaciones de la Academia de la Historia. La Habana, 1944, pág. 21.

(2) CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL. *Manuel de Quesada y Loynaz*. Segunda Edición, pág. 3.

(3) CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL. *Manuel de Quesada y Loynaz*, pág. 3, y págs. 44-47 respecto a la expedición del pailebot *Galvanic*.

que sí de algunos tenaces revolucionarios. Noticioso de que en Camagüey se conspiraba y se preparaba un movimiento revolucionario contra la metrópoli, se trasladó a Nassau y de allí ocultamente a su región natal, en 1º de septiembre de 1868. Conferenció con Napoleón Arango y otros conspiradores y en vista de que los camagüeyanos no se consideraban en condiciones de tomar las armas por el momento, regresó a Nassau. Estallada la insurrección en Camagüey el 3 de noviembre, con fondos proporcionados por Martín del Castillo y por la Junta Revolucionaria de la Habana, adquirió armas y municiones, y en el pailebot *Galvanic*, del cual era propietario y capitán Enrique Loynaz, condujo la expedición de la cual formaban parte numerosos jóvenes habaneros, desembarcada en La Guanaja, al norte de Camagüey, el 27 de diciembre del propio año.

Vuelto a Camagüey después de trece de ausencia, el general Quesada carecía de relaciones entre sus comprovincianos. La vida de guerrero que había llevado en México en las duras condiciones prevalecientes durante los años 1855-1867, no fué la más adecuada para permitirle al joven criador de ganado adquirir un tipo y nivel de cultura que le hiciese posible congeniar y alternar intelectualmente con Agramonte y el grupo de jóvenes universitarios y de profesores, camagüeyanos, habaneros y villareños que se reunieron en Camagüey, muchos de los cuales condujo él mismo en el pailebot *Galvanic*. A Quesada faltábanle además de relaciones en Camagüey, algunas de las condiciones de carácter que le resultaban indispensables para poder ejercer ascendiente moral sobre los legisladores integrantes de la Cámara, una vez que lo que llamaron sus opositores "inclinaciones militares", fueron siendo conocidas. El entusiasmo provocado por la afortunada expedición que aportó a Camagüey las armas y municiones conque se armó la región en los primeros meses de la guerra, y la admiración por el valor por él desplegado y las dotes de mando conque la defendió en La Guanaja, no tardaron en ir desvaneciéndose. Ocurría, a la par, que algunas personas muy significadas en el campo revolucionario no habían quedado favorablemente impresionadas de Quesada en entrevistas anteriores a la insurrección. Terminada la guerra en México contra Maximiliano, noticioso Quesada de que se conspiraba en Cuba a causa del malestar existente, entró en relaciones con Juan Manuel Macías, Juan Arnao y algunos otros inveterados separatistas en Nueva York, según se ha expuesto. Arnao arregló una entrevista de Quesada con Morales Lemus al paso de éste por la metrópoli neoyorkina, de regreso a Cuba de la Junta de Información celebrada en Madrid, desengañado, irritado y convencido de que nada podía esperarse de la metrópoli. La impresión personal de

Quesada recibida por Morales Lemus, y los planes que le expuso éste, no inspiraron confianza al reformista cubano, ya en camino del separatismo. Más tarde, la oculta visita de Quesada a Camagüey en primero de septiembre de 1868, fué considerada por Napoleón Arango y otros conspiradores camagüeyanos una comprometedora imprudencia, y el deseo manifiesto de Quesada de asumir la iniciativa y la autoridad en el movimiento revolucionario camagüeyano, parecieron impropios y sin fundamento y produjeron desagradable impresión y mucho descontento. Después de tratar de persuadirlos sin obtener de ellos el menor asentimiento, Quesada regresó no menos disgustado a Nassau, sin ceder en sus propósitos ni abandonar los preparativos de la expedición. Convencidos los camagüeyanos de que habrían de secundar el alzamiento de Oriente, enviaron comisionados a Quesada instándole a que condujese su expedición tan pronto se le avisase, y ya en armas Camagüey desde el 4 de noviembre, le notificaron la urgencia de su arribo. Por su parte, Quesada recomendó que se concentrasen dos o tres mil hombres en las cercanías de la Guanaja, donde se proponía desembarcar a fines de diciembre, tanto para que ayudasen al desembarque y al alijo del material de guerra, como para armarlos y entrar en campaña inmediatamente, pues Quesada asumía que él habría de ejercer el mando militar superior. A su arribo a la Guanaja, sólo encontró el corto número de 130 hombres, no todos hábiles para tomar las armas, hecho que le produjo fuerte disgusto y que puso en grave peligro la expedición, atacada inmediatamente por los españoles y salvada gracias al valor, las dotes militares de Quesada y el coraje de sus compañeros expedicionarios. En pronta comunicación con el Comité Revolucionario de Camagüey, Quesada, que había asumido el mando en jefe del Departamento Central, cargo que ocupaba Augusto Arango, fué confirmado en la jefatura superior por un voto de mayoría, con el consiguiente descontento de los hermanos Arango. El nuevo jefe camagüeyano estableció su cuartel general en *Tibisíal*, siete leguas al norte de Puerto Príncipe, y se dedicó a reunir tropas, organizarlas y disciplinarlas, y a proyectar planes para crear talleres de fabricación de pólvora, reparación de armas, fabricación de calzado y otros servicios de los que la técnica moderna de la guerra reciben el nombre de *logística*, intendencia en el vocabulario español.

Ignacio Agramonte, designado Mayor General y jefe superior de Camagüey, en Guáimaro, y la mayoría de los jóvenes expedicionarios de la Habana conducidos por Quesada, sirvieron a las órdenes de éste, y con él adquirieron la primera preparación militar. No obstante, ya en la fecha en que Quesada fué designado para su alto cargo, el 12 de abril,

circulaban versiones desfavorables sobre "sus cualidades militares" y su manera de proceder en general, rumores que habían llegado a trascender al exterior.

Pocas semanas después de la reunión de la Asamblea en Guáimaro, informado Morales Lemus por la prensa neoyorkina de los acuerdos adoptados, pero sin haber recibido todavía noticia oficial de los mismos, dadas la dificultad y la lentitud de sus comunicaciones con la Isla, en instrucciones reservadas que entregó a Francisco Javier Cisneros, encargado de conducir la expedición de *Perit* hasta entregarla a Céspedes, puso de manifiesto el conocimiento que tenía de las versiones contrarias a Quesada y las dudas que él y otros emigrados cubanos abrigaban respecto a las cualidades del General para tan alto cargo ⁽¹⁾.

Los opositores de Quesada, no cortos en número desde fecha anterior a su designación para el cargo de General en Jefe, aprovecharon la oportunidad del revés de Las Tunas, ya referido en otra parte, para acentuar y multiplicar sus censuras y ataques. La Cámara de Representantes por su propia determinación o atendiendo a las quejas de los descontentos, citó a Quesada a comparecer ante los legisladores y explicar los hechos determinantes del fracaso. Hízolo así Quesada, y la Cámara, aparentemente satisfecha, no le imputó ninguna falta o responsabilidad; de hecho, lo exoneró de toda culpa.

Quesada sintióse tranquilo por el momento, pero en los primeros días de octubre, el general Tomás Jordan dejó a Oriente y se trasladó a Camagüey. Muy bien acogido por Céspedes y por la Cámara, adoptaron la decisión de designarlo jefe de estado mayor, posición que legalmente hacía de él el primer asesor del gobierno en cuestiones militares. Bien informado de que se le seguía censurando acremente por sus opositores, a quienes quizá alentaba el hecho de que eliminándolo podía sustituirse por un reputado general de experiencia militar, Quesada intentó asegurar su posición con respecto a la Cámara, el poder

(1) En esas instrucciones, fechadas en 5 de mayo, decía Morales Lemus a Cisneros respecto a Quesada: "Algunos patriotas habrían preferido que el mando del Ejército hubiese continuado reunido con la Presidencia en el ciudadano iniciador de nuestra revolución, Carlos Manuel de Céspedes; pero esos patriotas saben que su primer deber es acatar los actos de su gobierno, y si el Congreso cubano, de acuerdo con Céspedes, hubiere dividido la Presidencia y el mando militar designando para éste al C. Quesada, convendría que se abstenga usted de toda indicación sobre ese punto y de dar paso o pronunciar palabra que directa o indirectamente pueda propender a introducir la discordia ni a producir descontento, ni aún a suponer desaprobación por nuestra parte". Y agregaba: "De parte mía y de otros muchos patriotas le diré a usted que tendremos la mayor satisfacción en ver acreditados los informes que últimamente se nos han dado respecto de sus cualidades militares, y desacreditados los rumores que contra él han propalado algunos que debo considerar como enemigos guiados por pasiones, u hombres buenos y crédulos extraviados por falsos relatos, si como no dudo resultan desmentidos por la noble conducta del General, aquellos pronósticos desanimadores...". CISNEROS, FRANCISCO JAVIER. *Relación Documentada de Cinco Expediciones a Cuba*, Nueva York, 1870, pág. 10.

más alto de la República. A ese efecto redactó una exposición para dirigirla a los legisladores, en la que expresaba ciertos temores que le asaltaban en su condición de general en jefe, los obstáculos con que tropezaba, y el apoyo que necesitaba del organismo legislativo. En la citada exposición, Quesada comenzó por recordar que en una de sus sesiones privadas, la Cámara de Representantes lo había oído, aceptando los descargos que él ofreció sobre su conducta hasta aquella fecha, especialmente en el frustrado ataque a Las Tunas. Se le había juzgado debidamente, complaciase en reconocerlo y declararlo. No obstante, no se sentía completamente tranquilo. Se había dudado de él; a la Cámara podían asaltarle nuevas dudas. A renglón seguido, y a vuelta de alabanzas a la labor legislativa, Quesada incurrió en la indiscreción de dirigir una mal velada censura a fondo a toda la legislación aprobada y puesta en vigor por la Cámara.

Ninguna revolución más brillante —decía el general en jefe— que la de Cuba, no sólo por las inmensas ventajas con que la naturaleza del país favorecía el triunfo cubano, sino principalmente por la rapidez con que se había procedido a legislar, sin mengua del acierto o del juicio. Pero después de haberse establecido y deslindado las funciones de los poderes del estado y de sus variadas ramificaciones conforme a los adelantos de la ciencia y las exigencias de la época, él había creído que la máquina del gobierno debía moverse a medida de las necesidades del momento. No desconocía que llamaría la atención de un modo extraordinario, ver un pueblo en armas gobernado en medio de los bosques por un organismo completo de autoridades en todos los órdenes administrativos. Debía reconocerse en la intimidad que sería una felicidad para los pueblos la aplicación estricta a la práctica, esencialmente movable, de las más bellas combinaciones. Por desdicha, eso originaba serios inconvenientes, y a veces evidentes y poderosos obstáculos al bien general (1).

A continuación de esta censura de tono sarcástico a la política de la Cámara, orgullosa de su labor legislativa, Quesada pasaba a considerar la cosas con respecto a la situación cubana. La solución de la contienda correspondía, de hecho, en el interior, a la guerra. Esto era un axioma. En todos los pueblos, en circunstancias como las que tenían enfrente los cubanos, se confió la salvación de la patria a la espada. Al jefe superior militar se le otorgaron siempre poderes discrecionales; en ocasiones omnímodos, porque también era axiomático que lo delicado de las operaciones militares exigía absoluto desembarazo como primera

(1) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. *Obra citada*, págs. 148-151.

condición de éxito. Una inoportunidad podía comprometer en los momentos críticos cualquier movimiento o actitud que tal vez llevara consigo un triunfo o una preparación ventajosa. No exponía estas ideas porque pretendiese arrancarle al gobierno una facultad más de las que se le habían conferido. Semejante propósito estaba lejos de él, pues precisamente su inconformidad, a pesar de la sesión de la Cámara en que se le había exculpado, solo provenía de que se figuraba que la Cámara no estaba completamente tranquila con respecto de él. En la mente de los legisladores no se había desvanecido la idea de que él aspiraba a facultades que la ley le había negado. Esto constituía un peligro serio con arreglo al sistema gubernativo establecido, peligro que él preveía que se habría de acrecentar con la repetición de hechos imposibles de evitar por él.

Nadie sufría más que él, en medio de sus sueños de bienestar para la patria, con las dificultades que a veces le obligaban a adoptar medidas impuestas por las circunstancias.

Agregaba que, sospechado de ambiciones ilegítimas, su nombre había sido, por desgracia, convertido en un fantasma por sus enemigos encubiertos. Los pasos que daba con la mejor intención se comentaban por algunos en menoscabo de su patriotismo, su reposo y hasta su honra. La carga que pesaba sobre sus hombros le era tan penosa, que quedaría agobiado si cayese sobre él todo el peso del gobierno. Rechazaba con toda energía las suposiciones que le ofendían. Sólo quería que en la órbita de sus atribuciones cualquier extralimitación que cometiese, y se vería forzado a cometerlas a cada paso, se juzgase con imparcialidad y se condenase o aprobase según el beneficio o trastorno que hubiera producido. No quería poder porque el poder abrumaba y él era un soldado rudo que necesitaba en alto grado de la cooperación de los hombres de corazón y de cabeza, para que pudiese tener la pretensión de llevar a término feliz por sí solo la obra que se le había encomendado. Rechazaba y despreciaba la concentración de mando. Lo que pedía, lo que quería, lo que le hacía suma falta era la confianza del gobierno, un poco de desembarazo para proceder. Fácil le era a cualquiera hacer apreciaciones sobre su conducta. No era lo mismo ver desde lejos que palpar los hechos y encontrarse, a causa de temores injustificados, con las manos atadas en todo instante, y no pocas veces, a pesar de todo, precisado a obrar sin temor a invadir ajenas atribuciones... La primera atención del gobierno, su más exquisita vigilancia, sus más solícitos cuidados debían ser para la guerra. Todo debía dedicarse exclusivamente al ejército, lo cual no significaba que serían desatendidas, en cuanto fuese dable facilitarles, las autoridades de orden civil y los mismos

individuos que se hallaban retirados al cuidado de sus familias. Conforme a lo que —obra de la Cámara— existía, cumpliase con la enseñanza de las ciencias; pero la elocuencia de los hechos, probaba que era sumamente poco lo que se realizaba. Multitud de datos demostraban los resultados satisfactorios de los trabajos ejecutados bajo la dirección del cuartel general. Siempre atento a la tropa, sin olvidar las operaciones militares, utilizaba como general en jefe, cuanto encontraba a su paso. Preveía y allanaba inconvenientes, y aún cuando se coartaban sus naturales atribuciones, no había dejado en realidad de extenderse con provecho en la administración general del ejército. Procuraba contentar al soldado, sin olvidar un momento que para obtener el triunfo, tan conveniente como el orden y la disciplina, era la satisfacción de las necesidades de la tropa. De los elementos civiles obtenía cuanto le era indispensable, sólo a costa de un poco de beneficiosa extralimitación. La mutua concesión entre las autoridades era lo que reclamaba la experiencia. La extralimitación era una falta, podía ser un crimen si se cometía gratuitamente y con torcidos deseos; pero era una necesidad en ciertos casos, aún en los gobiernos bien consolidados en épocas tranquilas, y una condición de vida en los días calamitosos.

Quesada terminaba su exposición con una proposición concreta a la Cámara, destinada a evitar desacuerdos, cooperar estrechamente y dar mayor impulso a la guerra. La Cámara había concebido y llevado a la práctica la idea provechosa de enviar diputados inspectores a los distintos distritos del territorio armado. Podía imitar a la república francesa, enviando al cuartel general, al lado del general en jefe, uno o dos representantes del pueblo que merecieran la más absoluta confianza del cuerpo legislativo. Con esa poderosa garantía el gobierno podría estar tranquilo; la guerra recibiría el refuerzo de consejos inteligentes y bien inspirados y el general en jefe podría contar personalmente con notable ayuda, resolver los casos en que chocasen contrarias atribuciones, y decir a la patria, por boca de sus elegidos, que los que juzgaban mal al general en jefe estaban equivocados. Las concesiones que pedía eran indispensables en un destino de tanta responsabilidad como el suyo. En todo ello, olvidábase de su persona; sólo atendía al general en jefe del ejército cubano. Esa misma responsabilidad le hacía pedir con instancia que el gobierno escudriñase sus actos y los juzgase (1).

Antes de darle curso a su alegato, que se proponía enviar a la Cámara por conducto del presidente de ésta, Salvador Cisneros Betancourt, Quesada estimó prudente consultar con Antonio Zambrana, cuya gran

(1) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. *Obra citada*, págs. 148-151.

influencia en la Cámara conocía, la procedencia o improcedencia de su exposición. Zambrana dió su respuesta en los términos explícitos que de él se demandaban. No debía dársele curso al documento. El, Zambrana, no lo presentaría a la Cámara. Creíalo inoportuno e inconveniente. Asemajábase, expresó haciendo una de sus citas de la revolución francesa a las que se hallaba siempre inclinado, a la proclama del general Bonaparte antes de disolver con las bayonetas el Consejo de los Quinientos. Los representantes Betancourt Guerra, Pérez Trujillo y algunos más, consultados también por Quesada, opinaron igualmente contra la presentación del documento. En vista de esas opiniones adversas, Quesada abstúvose de darle curso. No evitó con ello el conflicto que se aproximaba. Informados todos los representantes del escrito del general en jefe, quedó planteada una aguda divergencia entre éste y el cuerpo legislativo, no obstante la retirada de la exposición.

Semanas más tarde, el primero de diciembre, fecha en que la Cámara no había actuado todavía con respecto a las acusaciones contra Quesada, el representante por el departamento de Occidente Rafael Morales, el más vigoroso y tenaz opositor del general en jefe, inició la publicación en el campo insurrecto de un periódico, "La Estrella Solitaria", en abierta oposición contra Quesada y el presidente de la república. En varios artículos e informaciones del primer número, "La Estrella Solitaria" dió curso a noticias acogidas por su director, referentes a que los inspectores militares habían recibido órdenes del general en jefe de impedir que se hablase mal del presidente de la república, de la Cámara de Representantes y del propio general en jefe. En sus comentarios a tal noticia, Morales expresó no saber a virtud de qué facultades podían dictarse semejantes órdenes en una república, sobre todo por una autoridad militar. Sólo el despotismo español había llegado a tal extremo. "La Estrella Solitaria" atacaba al gobierno; continuaría efectuándolo si éste proseguía apartado del camino de la ley. Las columnas del periódico quedaban abiertas a todo ciudadano que con justicia, quisiera hablar mal de la Cámara de Representantes, del Presidente de la República, del General en Jefe y de los demás servidores del pueblo. En otro suelto del periódico, Morales se hacía eco de una información según la cual el prefecto de Maraguán devolvía los libertos que se le presentaban a sus antiguos dueños. Existía un reglamento de libertos; había sido vetado por el ejecutivo. Le había sido devuelto a éste, y hacía meses que se encontraba en poder del presidente, sin que los representantes del pueblo le hubiesen exigido enérgicamente su publicación y cumplimiento. De los perjuicios que se derivasen para la república a causa de ese hecho, sería responsable, a juicio de Morales,

la Cámara, que él trataba de incitar a actuar contra Céspedes y Quesada. "Un Ejecutivo que no ejecuta" y "Tenemos o no tenemos Ejecutivo", eran los títulos de otros artículos de "La Estrella Solitaria". Al General en Jefe se le acusaba de desatender las leyes de Organización Administrativa y Militar, al hacer de los inspectores del ejército, "unos funcionarios encargados del asunto de los libertos, de castigar a los que destruyesen las cercas de las fincas; de proceder al reclutamiento, la aprehensión de desertores", etc. En el segundo artículo, Morales consignó que se estaban cometiendo los más escandalosos atentados, en parte por disposición sin duda del ciudadano General en Jefe, quien tal parecía que se había propuesto pisotear todas las leyes. El escandaloso atentado consistía, al decir de Morales, en que recorrían al país multitud de oficiales reclutadores con orden escrita de apoderarse de los transeúntes que no llevasen salvoconducto. "¿Seguirá tolerando el Presidenciate la República", preguntábase Morales, "tales desmanes. Y si éste continúa pasivo permanecería impasible la Cámara de Representantes?"

Bien a causa de que los ataques de "La Estrella Solitaria" y sus incitaciones a la Cámara produjesen efecto, o bien porque en Camagüey se generalizaba la oposición contra el General en Jefe, en 10 de diciembre la Cámara recibió una instancia firmada por numerosas personas, entre ellas algunos militares, en la que a vueltas de una altisonante fraseología, pedían a la Cámara "que salvase al país de una tempestad próxima tal vez a desencadenarse, que precipitaría indefectiblemente el bajel de la revolución a los escollos temibles de la dictadura militar o a la hirviente vorágine de la anarquía". La medida salvadora habría de consistir en la destitución del General en Jefe, Manuel de Quesada. Entre otros motivos, con el de que "la honradez de la vida privada respondía a la honradez de la vida pública" y de que "no debían jamás ocupar los altos puestos del estado individuos en quienes no concurriesen las virtudes domésticas y cívicas al par que las dotes intelectuales adecuadas" (1). Los firmantes no tenían en cuenta que estas

(1) La Inspección General del Ejército, mencionada por Rafael Morales en *La Estrella Solitaria*, fué creada por el artículo 45 de la Ley de Organización Militar aprobada por la Cámara. Corría a cargo de la inspección, "format, instruir y disciplinar los cuerpos de infantería, caballería y artillería, y pasar cada dos meses por sí o sus subalternos, revista de inspección a plos campamentos, enterarse de sus necesidades, remitir informes al General en Jefe para que éste disponga lo conveniente". En cuanto al cargo contra Quesada del desmán del reclutamiento, la Constitución de la República establecía en su artículo 25 que "todos los ciudadanos de la República se consideran soldados del Ejército Libertador"; y el artículo 1º de la Ley de Organización Militar prescribía, de acuerdo con la Constitución, que "todos los ciudadanos estaban obligados a tomar las armas por ahora, siempre que estuviesen comprendidos entre las edades de 18 a 50 años". No parece, en vista de los preceptos mencionados, que el General en Jefe se excedía en sus atribuciones y se colocaba fuera de la ley al utilizar los inspectores del ejército para las funciones que censuraba Morales, ni tampoco al reclutar, llamándolos al servicio, a los ciudadanos dentro de la edad militar.

duras expresiones constituían un fuerte reproche a la Cámara, poder supremo de la revolución, que siete meses antes había designado por unanimidad a Quesada General en Jefe del Ejército Libertador, después de haber sido jefe de Camagüey por designación de la Asamblea de Representantes del Centro.

Dos cargos concretos se formularon en la instancia contra el General en Jefe. Uno, el de que "hollandando las prescripciones del gobierno, el General en Jefe había conservado con el nombre de "Inspecciones" las comandancias militares de distrito"; otro, "el escandaloso e inicuo reclutamiento que hacía días se estaba llevando a cabo de orden del mismo General en Jefe" (1). La instancia presentada a la Cámara contra Quesada terminaba con la expresión de que "si desoyendo la voz del pueblo, la Cámara se negaba a deliberar con la dignidad enérgica que las circunstancias reclamaban, sería responsable ante Cuba, ante América, y ante el incorruptible tribunal de la historia, de las desgracias que sobreviniesen".

Mayor cada día la preocupación de Quesada a causa de los ataques de Morales, representante de mucha influencia en la Cámara, y de la instancia contra él presentada a ésta en 10 de diciembre, decidió tomar alguna acción para buscarle salida a una situación para él insostenible, forzando una solución al inminente conflicto. A ese propósito, el 15 de diciembre, cinco días después de presentada la instancia a la Cámara, convocó una junta para el mismo día en su campamento, situado en el lugar llamado Horcón de Najasa. En dicha Junta solicitó mayor independencia e iniciativa para el poder militar, sin proponer la supresión del gobierno constituido. Ignacio Agramonte, quien entendió que el único propósito de Quesada era la solicitud de mayor independencia para el mando militar, juzgó conveniente la proposición y la defendió con ardor (2). En general, los jefes militares hallábanse en el fondo de acuerdo con las demandas de Quesada, razón por la que Agramonte defendiera la proposición con "entusiasmo juvenil". Se ajustaba a su programa de guerra "y guerra era lo que hacía falta para triunfar". La actitud de Agramonte llenó de valor a Quesada, quien citó a una nueva reunión más numerosa para el siguiente día (3). A la Junta del

(1) Para las acusaciones de Rafael Morales contra la Cámara, el Presidente Céspedes y el General en Jefe, puede consultarse la obra *Hombres del 68. Rafael Morales y Gonzáles*, por VIDAL MORALES Y MORALES, págs. 203-208. El texto de la instancia dirigida a la Cámara puede verse en la obra *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana*, por EUGENIO BETANCOURT AGRAMONTE, págs. 143-146.

(2) BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. Obra citada, pág. 147.

(3) MÁRQUEZ STERLING, CARLOS. *Ignacio Agramonte*, pág. 163.

15 no había asistido más miembro de la Cámara que el presidente de ésta, Cisneros Betancourt. A la del 16 asistieron, además de Cisneros Betancourt, Rafael Morales, Ramón Pérez Trujillo, Luis Ayestarán y Antonio Zambrana. Hallóse presente también en esta junta, "movida y borrascosa", Ignacio Agramonte. Tomaron parte en la discusión los representantes mencionados, todos en defensa de la Cámara, Rafael Morales, el más agresivo de todos.

En el curso del debate, los amigos del General en Jefe pidieron que se declarase al país en estado de sitio y se suspendiera la observancia de las leyes opuestas a la eficacia de la campaña. Rechazada la proposición, acordóse por mayoría de votos, casi por unanimidad, pedir a la Cámara que ampliase las facultades del Jefe del Ejército (1).

Los miembros de la Cámara presentes a esta segunda junta se retiraron de la misma fuertemente indignados contra Quesada, en disposición de adoptar inmediatamente medidas radicales contra éste, alentados por el hecho de que unas indiscretas e imprudentes palabras del General en Jefe le hicieron perder, al final de la sesión, el decidido apoyo de Agramonte. Convencido Quesada de que los resultados de las dos juntas volvíanse al fin y al cabo contra él, dió por perdida la cuestión y envió su renuncia a la Cámara al siguiente día, 17 de diciembre. La Cámara, mientras tanto, había procedido a reunirse con la mayor rapidez, y acordó, por aclamación, destituir a Quesada, a cuya comunicación dimitiendo el mando contestóle el 18 en los más duros términos (2).

Quesada acató, sin protesta, su destitución por la Cámara. En contestación del mismo día 18, dirigida al organismo legislativo, manifestó a éste haber dado cumplimiento al acuerdo de destitución, cesado en el mando del ejército y hecho entrega del archivo y demás dependencias del cuartel general, tal como había dispuesto la Cámara, al Jefe del Estado Mayor General, Tomás Jordan, comisionado al efecto.

Algunos jefes militares camagüeyanos partidarios de Quesada, mantuviéronse decididamente al lado de éste, aún después de la destitución. Varios de ellos llegaron a solicitar de Quesada autorización para disol-

(1) CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL. *Manuel de Quesada y Loynaz*, tercera edición, págs. 82 y 83.

(2) En su comunicación del 18 al presidente de la Cámara de Representantes, Quesada manifestó haber recibido dos comunicaciones bajo una sola cubierta, procedentes de la Cámara. En la primera, se le comunicaba el acuerdo de separarlo del cargo de General en Jefe; en la segunda, se le expresaba que al recibo de la renuncia, ya la Cámara había acordado destituirlo, pero que si la hubiera recibido antes de la destitución, dicha renuncia no hubiera influido en lo más mínimo en la determinación adoptada. BETANCOURT AGRAMONTE, EUGENIO. *Obra citada*, págs. 156 y 157.

ver de manera violenta la Cámara. A tal demanda opúsose Quesada, con la declaración de que las leyes de la república debían ser acatadas. Los más decididos de dichos jefes partidarios de las ideas de Quesada fueron los brigadieres Manuel Agramonte Porro y Carlos de Varona (Bembeta). Este último fué uno de los primeros alzados en Camagüey inmediatamente después de conocerse la proclamación de la independencia por Céspedes en La Demajagua. Agramonte Porro fué jefe del séptimo pelotón de los 76 jóvenes de Puerto Príncipe sublevados el 4 de noviembre (1).

Animados del deseo de no ahondar y hacer irremediables las divisiones en el campo revolucionario, algunos jefes, entre ellos Ignacio Agramonte y Tomás Jordan, practicaron gestiones con espíritu conciliador para lograr que la Cámara suavizase la forma de la destitución de Quesada. La negativa de la Cámara fué rotunda (2).

Planteada por Quesada la solución del latente conflicto con la Cámara, en la forma en que lo llevó a efecto en las reuniones de 15 y 16 de diciembre en el Horcón de Najasa, su caída fué un hecho inevitable. Ocho meses antes, en la Asamblea de Guáimaro, la política de guerra con un mando central fuerte, a favor de la cual abogó siempre Quesada, política mantenida por Céspedes desde el día en que proclamó la independencia en La Demajagua, había sido derrotada. Céspedes capituló en Guáimaro ante los mantenedores de un criterio diametralmente opuesto al suyo. Integrada por la misma mayoría que había dominado en la asamblea de Guáimaro, y que era conocedora de su debilidad esencial frente a los jefes militares, era evidente que la Cámara no habría de ser convencida por los argumentos usados por Quesada para reclamar una casi absoluta libertad de acción. Menos aún por

(1) "No se depone a Quesada tranquilamente. En el Ejército hay un movimiento de inconformidad. Manuel Agramonte Porro propone terminar con los chiquillos de la Cámara de una manera violenta, y el propio Carlos Manuel de Céspedes tiene que intervenir personalmente cerca de Bembeta para que éste no lleve a vías de hecho su propósito de disolver la Cámara." MÁRQUEZ STERLING, CARLOS. Obra citada, pág. 165.

El representante ANTONIO ZAMBRANA en su obra ya citada *La República de Cuba*, página 91, se refirió al hecho en los siguientes términos: "Quesada resignó el mando sin oponer inconvenientes ni provocar perturbacionese, aunque, dicho sea en honor suyo, no faltó quien se lo aconsejara, y el general Jordan fué señalado para sustituirlo en la jefatura del ejército".

(2) "Ignacio Agramonte estima exagerada la deposición cuando Quesada ha renunciado, y se encamina a la Cámara, en compañía del general Jordan, para que se revoque el acuerdo y le acepten la renuncia. Habla Agramonte a los legisladores con una cordura extraordinaria. Ya la crisis ha pasado. Mientras Quesada pretendía desconocer la autoridad de las leyes civiles, estaba bien el acuerdo, pero cuando volviendo sobre sus pasos presenta la renuncia, lo mejor es aceptarla y no exponer la revolución a la crítica de sus terribles adversarios, que habrán de sacar partido de todas estas cosas. Pero la Cámara no escucha a Agramonte. Celosa de su soberanía, mantiene inflexible la deposición del jefe citado." MÁRQUEZ STERLING, CARLOS. Obra citada, pág. 165.

aquellos en que trataba de que la Cámara aceptase la responsabilidad de allanarse a las medidas que él, por razones de urgencia tuviese a bien adoptar, aun en oposición a la ley. Si la Cámara se hubiese plegado a ello, muy tempranamente hubiera tenido que abdicar de su autoridad constitucional de directora suprema de la revolución. Las peticiones de Quesada, si hubiesen sido acompañadas desde un principio por la renuncia de su cargo acaso hubieran conducido a un resultado menos duro y violento. Formuladas en una asamblea pública, convocada en su campamento, con jefes y oficiales del ejército tomando parte de la misma, las demandas de Quesada a la Cámara constituían un acto de rebeldía punible contra el más alto poder del Estado; de hecho, una incitación al derrocamiento de la Constitución y la infracción de las leyes. La reacción de los diputados al tener conocimiento de las juntas en el campamento del Horcón fué la de que se enfrentaban con un gravísimo peligro inminente, contra el cual imponíase actuar de la manera más drástica con toda rapidez. La impetuosidad juvenil de Rafael Morales y la oratoria dantoniana de Antonio Zambrana hicieron lo demás.

Aunque el General Quesada aceptó sin protestas su destitución, en su respuesta de 18 de diciembre a la Cámara, incluyó una declaración reveladora de una posible acción futura de desquite. "Permitidme" decía Quesada a sus compañeros de armas, "que al despedirme de vosotros os encarezca que sigáis haciendo alarde de vuestro valor y abnegación, de vuestro amor al gobierno, y de vuestro respeto a las leyes: y yo os ofrezco en cambio, que el que os trajo las armas con que asegurasteis la revolución y regularizasteis la guerra, os traerá también aquellas con que habréis de conseguir la victoria y consolidar la paz".

Respecto de la medida en que las leyes aprobadas por la Cámara creaban dificultades a la dirección de la guerra por el general en jefe, pueden variar las opiniones, aun cuando la Ley de Organización Militar aprobada por la Cámara en 22 de julio de 1869, puede entenderse que daba al general en jefe las facultades indispensables para actuar en las cuestiones militares de urgencia imprevistas, en los casos de emergencia. En lo que corresponde al procedimiento empleado por el general Quesada para forzar la solución del conflicto, debe convenirse en que la convocatoria de ambas juntas en el campamento del Horcón y las manifestaciones hechas en el citado lugar a las personas allí reunidas por Quesada, tuvieron el carácter de un acto que bien puede calificarse de insubordinación militar. La Cámara vióse en la alternativa de abdicar sus poderes y allanarse a la reversión de la política que prevaleció en Guáimaro, u optar por destituir al general en jefe en los tér-

minos perentorios en que lo hizo. Los antecedentes personales y las condiciones de carácter de Quesada ejercieron indudablemente mucha influencia en el desarrollo del proceso que culminó en su destitución, sin subestimar los demás factores determinantes que contribuyeron a ello.

Para la revolución fué un hecho infortunado que el año 1869, crítico en muchos aspectos, se cerrase con una crisis interna, indicadora de una agravación de las divisiones entre los cubanos en armas, después que dichas divisiones parecían haberse zanjado en la asamblea de Guáimaro.

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO XIX

CONSOLIDACION DEL PODER DE LOS "BUENOS ESPAÑOLES"

Con la destitución inmediata de Dulce, buscábase, según versión del Superintendente Escario, una "interinidad" para realizar determinados planes antes de la llegada del nuevo capitán general, Antonio Caballero de Rodas, militar con una reputación bien establecida de valeroso y enérgico, de toda confianza del Gobierno septembrista. El corto mando del general segundo cabo en funciones de capitán general, tuvo el carácter de un mando interino, en momentos en que, triunfantes los "buenos españoles", éstos eran dueños de la situación, y el respeto a la autoridad superior de la Isla se hallaba profundamente quebrantado. Ginovés Espinar no pudo ser y de hecho no fué sino un instrumento en manos de los irresponsables directores de un intransigente partido, resuelto a imponer sus miras a título de estar formado por los más decididos y leales defensores de la "integridad nacional", muy por encima, a juicio de ellos, la "Milicia ciudadana", sobre el Ejército regular español, el gobierno superior insular y, en último término, el de la revolución septembrista. El nuevo ocupante por breves días, de la Capitanía General, no supo, o no quiso hacer otra cosa en sus veintiseis días de interinatura, que sortear las dificultades que le salían al paso, hasta la llegada de Caballero de Rodas, allanándose a las exigencias de los vencedores (1).

La primera medida adoptada por Ginovés Espinar el día 6 de junio, cuando ya libre de la presencia de Dulce en la Habana se consideró en condiciones de comunicarse con mayor libertad extensamente con el presidente del Poder Ejecutivo y los ministros de la Guerra y de Ultramar, fué excusarse de dar cumplimiento a la orden procedente de Madrid, de concentrar tropas de línea en la Habana para respaldar e imponer, si fuese necesario, la autoridad del Capitán General, representante en la Isla del superior gobierno metropolitano, en evitación de que pudiesen repetirse los hechos de la destitución de Dulce. Ginovés

(1) Véase el Cap. XIII.

Espinar no se hallaba en condiciones de dar cumplimiento a esa orden, que lo pondría frente a frente de su aliados de la víspera. No le era posible, según contestó, excusándose, disponer de un solo soldado sin debilitar el ejército en los lugares en que hacía frente a la insurrección, distribuido en 3,900 leguas cuadradas de territorio y diseminado hasta en destacamentos de 20 hombres. Para realizarlo se necesitaría, además no menos de un mes. Reinaba el orden, informaba a Madrid, si no toda la apetecible tranquilidad moral; y se daba el hecho de que el ejército y los voluntarios fraternizaban, lo que hacía muy difícil y peligroso el empleo de la fuerza, aunque fuese con tropas enviadas de la Península con tal misión (1). De esta manera, el capitán general interino evitaba el dar un paso, la concentración de tropas en la Habana, que los voluntarios españoles verían como una amenaza, y le concitaría la hostilidad y las inmediatas represalias de éstos. La consecuencia inevitable fué que los "buenos españoles", informados de la actitud de Ginovés Espinar, se considerasen seguros y dueños del poder por el momento.

Interesados en que no se produjesen hechos que obligasen al Gobierno metropolitano a disponer medidas represivas, los periódicos españoles de la Habana, más señaladamente que ninguno *La Voz de Cuba*, el más representativo e intransigente de los "buenos españoles", aconsejaron al unísono, cordura, sensatez y buen sentido, para asegurar la preservación del orden y la unión de los peninsulares, decían, prédica secundada por los periódicos de Matanzas, Cárdenas y otros lugares. Algunos impacientes extremistas de la "clase media", inconformes con permanecer inactivos sin aprovechar la interinidad, intentaron que se celebrase una reunión pública en el teatro de Tacón, el día 6, para llevar adelante el plan preconcebido de constituir el Casino Español de la Habana, proyectado para oponerlo a la camarilla tradicional de personajes adinerados usufructuarios de la influencia en la Capitanía General y en el Gobierno metropolitano. En el Casino de tomarían "ciertos acuerdos" en asuntos que llamaban "de interés público", para presentarlos "a la débil autoridad interina que debía aceptarlos, darles forma y ponerlos en práctica" (2). La intervención de los más prudentes, deseados de evitar motivos de desorden, logró el aplazamiento de la junta, sin que por ello se abandonase la idea.

Libres de la preocupación de que se concentrasen tropas de la Isla en la Habana, los vencedores plantearon a la autoridad interina, "algunas exigencias pacíficas de remoción de ciertos empleados" según co-

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 427-28.

(2) IBIDEM, pág. 430.

municó Ginovés Espinar a Madrid en cablegrama del día 8. Sin aguardar respuesta, accedió a dichas "exigencias pacíficas" de dos distintas maneras. La primera, consistió en la publicación de un decreto, sin hallarse revestido de autoridad para hacerlo, prometiendo empleos civiles a los militares, milicianos movilizados y voluntarios, inutilizados en campaña, o "que se hubiesen distinguido en señalados servicios contra los insurrectos". La segunda, fué dar colocación "a bastantes dependientes de comercio que, ya porque los asuntos mercantiles decayeran con motivo de la guerra, ya por la afición a desempeñar destinos que se iba despertando entre los defensores de la "integridad nacional", pretendían puestos en la administración. Para abrirles hueco, se destituiría a los hijos del país que no eran voluntarios y habían obtenido empleos por la intercesión de los reformistas inclinados últimamente al partido de la independencia, y a los peninsulares que debían sus nombramientos a la revolución de septiembre" (1).

Pese a estas y otras complacencias de Ginovés Espinar, que relevaba, a la par, autoridades militares en los distritos y funcionarios civiles para atender a las "exigencias pacíficas", solo existía la apariencia de un orden exterior que a nadie satisfacía ni a nadie engañaba. "Todos consideraban ese orden, si no estudiado fingimiento, consigna secreta circulada entre los vencedores, para seguir ocultos trabajos que sancionaran y asegurasen sin contrariedades violentas su conquistada influencia" (2).

El propósito de consolidar la posición y el poder de los "buenos españoles" acentuábase no solo por el deseo natural de disfrutar permanentemente de los gajes de la victoria, sino por la creciente preocupación que les producía el silencio del cable, con referencia a los asuntos de la Península, al viaje de Caballero de Rodas y a la política que llevaría el encargo de desarrollar. Conocida la tendencia del Gobierno septembrista a mantener el principio de autoridad, a toda costa, en la Península, y la designación hecha varias veces de Caballero de Rodas, a título de militar enérgico y de confianza del Gobierno para imponerlo, en diversos lugares del sur de España —Cádiz, Málaga y otros—, temíase que ateniéndose el gobierno metropolitano a la recomendación de Dulce de que Caballero de Rodas debía venir a Cuba acompañado de no menos de 2,00 hombres mandados por jefes y oficiales de reconocida lealtad, se tratase de restablecer el principio de autoridad en la Isla por los mismos severos procedimientos que en la Península (3).

(1) ZARAGOZA, págs. 431-32.

(2) IBIDEM, págs. 432-33.

(3) IBIDEM.

El 11 de junio, despachos cablegráficos de Madrid, desvanecieron las mayores aprensiones de los "buenos españoles": anunciaban la salida de Caballero de Rodas para la Habana sin acompañamiento de tropas. El Gobierno renunciaba a las medidas de severidad. Era evidente que tomaba un nuevo rumbo, distinto del que determinó la inmediata designación de Caballero de Rodas. Este quedaba obligado a seguir una política de contemporización con los "buenos españoles".

La primera y más inmediata consecuencia del despacho cablegráfico del 11, fué que los impacientes "redoblaran ciertas exigencias que Ginovés Espinar tuvo precisión de satisfacer, así en lo relativo a los cambios de personal como a otros varios asuntos" (1). Otra de mayor importancia, fué que se renovasen ya de una manera decisiva, los esfuerzos para constituir con el nombre de "Casino Español" un centro político autorizado oficialmente, donde los "buenos españoles" de la clase media, se reuniesen con el propósito de unirse, disfrutar algunas horas de recreo, y tratar entre sí sobre las cuestiones que tuviesen relación con los intereses de los asociados y *de los del país en general* (2).

La fundación del Casino perseguía, en efecto, una cuádruple finalidad: mantener la cohesión y la unidad de acción de los "buenos españoles"; promover y defender los intereses materiales de éstos, ante el gobierno insular y el supremo; contar con un centro de esparcimiento de la "clase media", que no tenían acceso a las sociedades y los salones semi-aristocráticos y de lujo de la "alta sociedad", de la cual formaban parte los "peninsulares ilustrados", y disponer de un centro de acción política para actuar sobre las cuestiones *del país en general*.

La exposición dirigida por los promotores de la fundación del Casino en 13 de junio, dos días después de recibido el despacho de que Caballero de Rodas había embarcado el 11 sin tropas, es una evidencia histórica concluyente respecto a los dos objetivos esenciales perseguidos para el logro de los cuales el Casino se consideraba un eficaz instrumento. "Los acontecimientos políticos que tienen lugar desde octubre último —decíase al principio de la exposición dirigida al gobernador político de la Habana, en solicitud de autorización para fundar la institución— han producido ya una situación difícil para el comercio y la industria de la isla, y muy especialmente en esta plaza, en donde, por su importancia comercial, están concentrados aquellos ramos de la riqueza pública. Ha, pues, llegado el caso de que pensemos seriamente

(1) *IBIDEM*, págs. 433-434.

(2) La frase subrayada aparece en esa forma en la obra de ZARAGOZA, vol. II, pág. 787.

en nuestros intereses, que son los de todos, salvándolos por medio de nuestra propia acción común, del tenebroso porvenir que los amenaza. Y en la imposibilidad de que esa acción tenga efecto y sea tan eficaz y salvadora como aquellos exigen, sin tener un punto de reunión para los acuerdos consiguientes"... los que suscribían, comerciantes en general, acudían al gobernador político en solicitud de permiso para la fundación del Casino. Concedida la autorización el mismo día de presentada la solicitud, cuyo objetivo esencial afirma Zaragoza era crear un centro político (1), dedicáronse los iniciadores a reunir los hombres más influyentes de la clase media y jefes de voluntarios, y a dar todos los demás pasos necesarios para la fundación del Casino, a fin de dejarlo establecido con su reglamento aprobado por Ginovés Espinar antes de la llegada de Caballero de Rodas. Activados todos los trabajos, siempre con la mira puesta a reducir la influencia de los "españoles ilustrados", el reglamento quedó aprobado después de varias juntas, el 26 de junio, (dos días antes del término de interinidad) y se procedió a la elección de la junta directiva, con la victoria de la clase media (2).

Además del no envío de tropas con Caballero de Rodas, otro hecho de importancia vino a crear en la Habana un estado de opinión que contribuyó a facilitarle a Ginovés Espinar la terminación de su interinidad sin mayores complicaciones. Las insistentes demandas del ministro español en Washington, Mauricio López Roberts, denunciando ante el Departamento de Estado la propaganda de los cubanos separatistas en los E. U., la constitución de juntas para recaudar fondos, comprar fusiles, cañones, y toda otra clase de material de guerra, y adquirir buques para enviar expediciones armadas a Cuba que condujesen el armamento y sirviesen de refuerzo a los insurrectos, y manifestándole a Fish que tales actividades en violación de los tratados y del derecho internacional debían ser evitadas. Efectuábanse contra una nación amiga con la cual los E. U. se hallaban en paz. Debían ser perseguidas y castigadas, y obligaron a la cancillería americana a dictar disposiciones para hacer cumplir las leyes prohibitivas de las actividades denunciadas, con prueba documental aportada por el cónsul español de Nueva York y dos de otros lugares. En cumplimiento de las órdenes del Departamento de Estado excitando el celo de las autoridades locales, éstas procedieron

(1) Obra y volumen citados, págs. 434 y 435.

(2) Desde el momento en que el *Casino Español de la Habana* se instaló, pudo ya considerarse como el verdadero guión del elemento peninsular de la isla y cual la primera avanzada de los que con más propiedad que nadie podían llamarse *buenos españoles*, y así lo pretendían, por hacer más desinteresados sacrificios y no recibir, en recompensa a sus actos patrióticos, ninguna de las ventajas que a los privilegiados de la camarilla o comité les proporcionaba su influencia oficial. ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 436.

en Nueva York a encausar y reducir a prisión a Morales Lemus, Basora, Mestre, Fesser y demás miembros de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico. Trasmitida oficialmente la noticia a la Habana por el ministro Mauricio Roberts en 17 de junio, Ginovés Espinar le dió circulación inmediatamente en una edición extraordinaria de la Gaceta de la Habana, reproduciéndola todos los periódicos, como un gran éxito de la diplomacia española. La buena impresión no tardó en desvanecerse. Los cubanos fueron puestos en libertad bajo fianza y absueltos más tarde, y Morales Lemus aprovechó la oportunidad para dirigir un manifiesto a los españoles, en el que después de declarar que los insurrectos cubanos continuaban su lucha por la independencia, expresó que tal vez a los patriotas cubanos "les estaría reservada la satisfacción de ofrecer en no muy remoto día un asilo y una nueva patria a los hombres honrados y liberales de la misma España" (1).

No obstante los hechos favorables a Ginovés Espinar, no le faltaron dificultades con los más intransigentes de los "buenos españoles". Estos insistieron en sus acusaciones contra el general Letona y en sus exigencias de que fuese separado del mando, a lo cual negóse el capitán general interino. Pretendieron también al llegar el brigadier Buceta a la Habana procedente de Santiago de Cuba, darle una cencerrada como las preparadas contra Peláez y Modet, evitada por el inmediato embarque de Buceta para la Península. El 27 de junio, la víspera de la entrega del mando a Caballero de Rodas, Ginovés Espinar, bien por su propia iniciativa o cumpliendo órdenes superiores, realizó el gran esfuerzo de relevar a los voluntarios del servicio de guarnición que durante seis meses habían venido prestando, en sustitución de fuerzas del ejército, en las fortalezas del Morro y la Cabaña. Falto de otras tropas, Ginovés Espinar los reemplazó con la marinería de las fragatas Gerona y Victoria. "Suprimió así el germen de muchos conflictos" y le evitó a Caballero de Rodas tener que empezar por hacerlo él mismo.

La interinidad de Ginovés Espinar, en los veintiséis días de duración de la cual los "buenos españoles" crearon las estructuras políticas materiales —los Casinos— en la Habana y muchos lugares del interior, para consolidar su poder y sostenerlo en lo adelante, fué para él una fuente de mortificaciones, humillaciones y desaires, con el final, más

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 438.

"El principal propósito de aquel hábil documento de los señores Lemus y Basora, como presidente el primero y secretario el segundo de la junta de Nueva York, era dividir a los peninsulares, que pronto comprendieron el peligro y estrecharon más sus filas. Los imposibilitados de tomar las armas, contribuyeron con gruesas sumas en favor de los voluntarios en activo servicio." PIRALA, ANTONIO. *Anales*, tomo I, pág. 562.

agbiador, de ser sustituido poco después en el importante cargo que ejercía en Cuba (1).

El general Caballero de Rodas desembarcó en la Habana el 28 de junio, 1869, con una aureola de gloria y de prestigio (2). Firmante con Serrano, Prim, Dulce, Topete y demás promotores de la sublevación de Cádiz, en 18 de septiembre, 1868, Caballero de Rodas era un miembro distinguido de la Unión Liberal en las filas del Ejército. Perturbado gravemente el orden en diversos lugares de España por distintos elementos reclamando derechos y rápida atención a sus necesidades, el Gobierno envió a Caballero de Rodas a restablecerlo por la fuerza de las armas, donde la amenaza era mayor, en Puerto de Santa María y otros pueblos de la provincia de Cádiz, lugares en que "no sólo pedían los jornaleros armados y tumultuariamente trabajo, sino mayor jornal y la destitución de las autoridades, levantando barricadas y luchando con las autoridades locales militares y civiles". Vencidos al principio los insurrectos, reforzaronse con los de otros pueblos inmediatos, "se enseñorearon de Cádiz, apoderaronse de los fusiles en depósito del ejército y se armaron en gran número", unidos trabajadores y republicanos. Serrano y Prim despacharon contra ellos a Caballero de Rodas al frente de numerosas fuerzas, quien anunció en una alocución, próximo ya a Cádiz, su propósito de suprimir la insurrección a toda costa. Los sublevados depusieron las armas, pero la rebeldía estalló con mayor fuerza en Málaga, ciudad a la cual se dirigió al frente de sus tropas Caballero de Rodas. Los malagueños combatieron reciamente en diversos barrios de la ciudad; al fin vencidos restablecióse el orden sin sangrientas persecuciones posteriores. Victorioso en Cádiz y en Málaga, Caballero de Rodas pasó a ser una figura nacional, en lo militar, de toda confianza del septembrismo (3). Indicado parecía que depuesto Dulce en Cuba, jefe militar también de toda confianza de Serrano y Prim, se le sustituyese por su émulo, general más joven, en la plenitud de su vigor

(1) Justo Zaragoza juzga en su obra con severidad a Ginovés Espinar por su conducta impropia como militar y segundo en el mando, en relación con Dulce, no obstante que Zaragoza es un fuerte censor de la política de éste. "La gobernación interina que ejerció —dice— no tuvo otro aspecto que el peculiar de los poderes usurpados, pues producto era de la violencia, y sabido es que los de este género, si algún momento satisfactorio proporcionan a los ambiciosos, no es sin hacerles sufrir antes la pesadumbre a que está condenado todo el que atropella los eternos principios del deber, cuyo espinoso límite nadie salva impunemente y sin recibir alguna dolorosa herida." ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 442.

(2) "Cual tipo de valor indomable y de honradez y energía inflexibles." ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 444.

(3) LA FUENTE, MODESTO. *Historia General de España. Desde los Tiempos Primitivos hasta la muerte de Fernando VII.* Continuada por VALERA, JUAN. Madrid, 1882, tomo VI, págs. 637-638.

físico, para poner término a la insurrección separatista y para reprimir la de los voluntarios en la Habana, restableciendo la superior autoridad del Capitán General de la Isla, representante del gobierno de la nación española. Dados los antecedentes expuestos, en la Habana temíase seriamente por todos, lo que pudiera ocurrir al entrar en acción el nuevo capitán general.

El hecho de que la nueva autoridad no llegase acompañada de fuerzas militares, cabía explicarlo por la premura del embarque, a fin de acortar la interinidad de Ginovés Espinar; pero era evidente que su salida de España había sido demorada algunos días después de la fecha anunciada, y que sin tropas a sus órdenes Caballero de Rodas no tendría manera de imponer el orden si resultaba necesario hacerlo. Esto último no podía dejar de haber sido advertido por el gobierno de Madrid, de manera que en la Habana era propio colegir que en los planes gubernamentales no entraba el empleo de la fuerza.

A falta de información documental sobre los motivos de la decisión del gobierno septembrista de temporizar con "los buenos españoles", en vez de proceder a reprimir enérgicamente los desacatos y la rebeldía de éstos, hay dos hechos que cabe colegir que ejercieron una muy efectiva influencia sobre la determinación gubernamental. En los días en que Caballero de Rodas preparábase a partir para Cuba, Serrano y Prim tropezábanse con dificultades políticas que debilitaban la posición del gobierno y condujeron a una crisis del Gabinete. A la par, aprobada ya y puesta en vigor la Constitución por las Cortes, Serrano había sido nombrado Regente del Reino, cargo sin efectiva autoridad, concentrándose en Prim, jefe del Gabinete, toda la que perdió el Duque de la Torre al asumir la Regencia, "jaula de oro" en que según los políticos de la época, hubo de quedar encerrado. El 19 de junio, habiendo salido antes el almirante Topete del Ministerio, encomendósele a Prim la formación de un nuevo gabinete, en la que sólo dos ministros fueron sustituidos, por Manuel Silvela y Cristóbal Martín de Harrera. Fuertemente combatidos estos nombramientos, provocóse una nueva crisis, encargándose Manuel Bacerra de la cartera de Ultramar y volviendo Topete al Ministerio de Marina. Enfrentado con una recia oposición en las Cortes, es posible que Prim no se decidiese a darle a sus adversarios armas contra el gobierno, con medidas de fuerza contra los "buenos españoles" de Cuba, apoyados por numerosos elementos políticos de diversos partidos en Madrid.

El otro hecho, tanto o más importante acaso, es que Prim hallábase informado, seguramente, por los despachos de Mauricio López Roberts,

desde Wáshington, de que el gobierno de Grant se disponía a actuar en la cuestión cubana, con un plan de mediación de los Estados Unidos proyectado por el Secretario de Estado Fish, a base de la independencia de Cuba, con una indemnización pecuniaria a España. Aparte de estas informaciones que el Ministro de España en Wáshington habría transmitido a Prim, ya Paúl S. Forbes, en sus conversaciones con Prim en Madrid, le había apuntado la idea de esa mediación, y partido para los Estados Unidos a tratar de activar las gestiones diplomáticas sobre el asunto entre Wáshington y Madrid. Con tan grave problema por delante, del cual si no tal vez informaciones completas, Prim las tenía en una medida suficiente para crearle un estado de preocupación y de alarma, en ningún sentido podía el Gobierno considerar oportuno enajenarse el apoyo y la buena voluntad en Cuba, de los más numerosos e intransigentes defensores de la integridad nacional, armados en número de más de cuarenta mil voluntarios, llegado el caso extremo de un conflicto con los Estados Unidos. Esta amenaza, en adelantado período de incubación, no se había traslucido al público en Estados Unidos, en España ni en Cuba, pero es muy dudoso que Prim no tuviese ya conocimiento del grave peligro que representaba.

Del proceso político en marcha en España, desde días antes de su salida, Caballero de Rodas no podía dejar de estar informado. De la amenaza americana, es posible que no lo estuviese, porque no se había formalizado todavía; pero como en los mismos días de su llegada a la Habana ya iba a comenzar a traslucirse, porque el 29 de junio, día siguiente al del arribo, Hamilton Fish informó a Morales Lemus, representante del Gobierno Revolucionario de Cuba, del plan de mediación, el nuevo capitán general tuvo desde el primer momento que ajustar todos sus actos a los diversos, complicados y contradictorios factores determinantes de la situación en que se encontraba.

Impacientes por tratar de descubrir las intenciones de la nueva autoridad, las "personas notables", se trasladaron inmediatamente en gran número a bordo del buque que conducía a Caballero de Rodas tan pronto echó anclas en la habia de la Habana. Desembarcado a las 12 del día, el nuevo capitán general prestó el juramento de ley en el municipio habanero, quedó hecho cargo del gobierno superior de la Isla y según costumbre establecida, dió publicidad a la alocución programa preparada durante el largo viaje. Tres palabras, decía en la alocución, lo sintetizaban: —España, justicia y moralidad—. Cada persona podía entender esos términos a su manera, pero lo esencial de la declaración estaba contenido en un párrafo dirigido especialmente a los voluntarios, en el que

les decía: "Con vuestra actitud, enérgica y decidida, habéis prestado eminente servicio a la causa del orden, de la justicia y del derecho. Por ello merecéis bien de la patria; y en toda su extensión resuena un grito de alabanza para los que, abandonando sus habituales ocupaciones, se han convertido en soldados, defendiendo la honra nacional" (1). Estas palabras había que considerarlas referentes a la obra de los voluntarios desde el estallido de la insurrección en La Demajagua, pero no se concebía que dadas al público, a título de "fiel intérprete de los sentimientos del gobierno de la nación y de los españoles todos", trajese Caballero de Rodas instrucciones de proceder contra los "buenos españoles". La satisfacción de éstos no pudo dejar de ser intensa.

Con respecto al cumplimiento de sus funciones al frente de la capitanía general de Cuba, Caballero de Rodas se enfrentó con dos cuestiones fundamentales y otra accesoria no menos importante. La primera, el restablecimiento y la afirmación del poder de la autoridad, quebrantado por los voluntarios. Una cosa era no usar de primera intención medidas de fuerza contra ellos; otra, ser un instrumento de los mismos, como Ginovés Espinar. La segunda, el imprimir el mayor vigor a las operaciones militares, a fin de aplastar la insurrección que amenazaba prolongarse y arruinar totalmente la isla. La cuestión accesoria, la de la mediación de los Estados Unidos.

Respecto de la primera de las tres cuestiones, Caballero de Rodas pudo apreciar inmediatamente que los voluntarios y los elementos civiles, que actuaban de común acuerdo con ellos, no se hallaban dispuestos a resignar el poder adquirido con la deposición de Dulce, y con la aquiescencia de Ginovés Espinar a las "exigencias pacíficas" de sus aliados de la víspera. En 2 de julio, cuatro días después de su toma de posesión, Caballero de Rodas aceptó la renuncia del mariscal de campo Antonio López Letona, gobernador del departamento del Centro; el día 6, confirmó y declaró vigentes los decretos de 12 y 13 de febrero (1869) sobre infidencia. Ambas medidas, reclamadas por los voluntarios, fueron aplaudidas por éstos. Las cajas del Fisco hallábanse en situación crítica, a causa de la baja de las recaudaciones, atribuida en parte a la insurrección, pero en parte importante también, al escandaloso contrabando del comercio, de manera que en su decreto del 6, Caballero de Rodas dispuso que los delitos de contrabando se sometiesen a los consejos de guerra. Todo acto contrario a la ley que mermase los recursos del gobierno, debía considerarse un delito de traición, dado

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 444 y 45, y 788-89.

el estado de insurrección en que se hallaba la Isla ⁽¹⁾. El comercio, en manos de los peninsulares, defraudador en grande escala, no podía dejar de recibir mal esa disposición del decreto. Lo más hiriente del mismo, para los influyentes defraudadores, motivo inmediato de recelo y desconfianza respecto de la nueva autoridad, fué que en el segundo de los tres artículos del corto decreto, el contrabando quedó colocado en el mismo plano que los delitos de "incendio intencional, asesinato y robo a mano armada" que se imputaban a los insurrectos. Caballero de Rodas tropezó también con los "buenos españoles" al querer humanizar un tanto la guerra. Tres días más tarde del decreto del 6, irritante para el comercio, el gobernador de Matanzas, maliciosamente o nó, dió a la publicidad una circular reservada de Caballero de Rodas a los comandantes generales de los distritos "en la que les dictaba prudentes y acertadas reglas para corregir los abusos que dificultaban la obra de pacificación, y para que la guerra se hiciese sin recrudecerla con venganzas ni con las arbitrarias prisiones preventivas de los sospechosos". Esto era más de lo que podían tolerar los partidarios de la guerra de exterminio; su indignación fué tan fuerte, "que estuvo a punto de abrir la sima donde el prestigio de Caballero de Rodas desapareciese" ⁽²⁾. La reacción opositora fué tan ruda, que Caballero de Rodas se creyó obligado a terminarla deportando a España inmediatamente un grupo de cerca de 40 "laborantes y simpatizadores" que guardaban prisión, sin hallarse sometidos a causa alguna. Pero "la semilla de la desconfianza, quedó sembrada" ⁽³⁾.

Después de estas primeras dificultades y manifestaciones de descontento, otras le surgieron al paso al nuevo capitán general. La práctica tradicional española era que cada jefe colonial, representante de un nuevo gobierno o de un nuevo ministro de Ultramar, trajese no sólo el alto personal de su administración, sino numerosos empleados meno-

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, págs. 448 y 78-790. El general Dulce, en comunicación al gobierno supremo cita el siguiente hecho, que pone de manifiesto cómo los buenos españoles trataban de obtener beneficios en contra del Fisco, a título de tales: Hay dos hechos —decía Dulce en su informe oficial ya en España— sin embargo, que por afectar a intereses particulares que entran por mucho en tiempos de revueltas, es preciso consignar. Días antes se me había presentado una persona en representación de algunos comerciantes de la Habana, en solicitud de que se rebajara un 25 por 100 de adeudo a los efectos de que estaban llenos los almacenes de la aduana, suponiendo que la situación de la plaza no les permitía sacarlos. A esta petición, que no era nueva, *por contar con un precedente favorable*, en daño de los intereses públicos y de la moralidad administrativa, hube de contestar que la gestión de la Hacienda correspondía al intendente, y que a él podían dirigirse; pero que tuvieran entendido que al remitir al Gobierno Supremo la petición, mi informe sería desfavorable. El otro hecho se relaciona con la cuestión de embargos, cuya tendencia, provechosa al interés común, se trataba de dirigir al lado del interés particular. PIRALA. Obra citada, págs. 547-48.

(2) ZARAGOZA, JUSTO. *IBIDEM*.

(3) ZARAGOZA. *IBIDEM*.

res a quienes favorecían personas influyentes en la Península por un motivo o por otro. Durante la interinidad de Ginovés Espinar, los vencedores contra Dulce habían incluido entre sus "exigencias pacíficas", una gran remoción de empleaados cubanos y españoles de ideas liberales, y con la muerte de Escario, el Superintendente de Hacienda, habían encontrado el campo libre para efectuarla en ese vital sector para el comercio y la empleomanía ansiosos de lucro. Caballero de Rodas designó un nuevo Superintendente de Hacienda, y no sólo un alto personal de su confianza, sino también abrió hueco a los recomendados y favorecidos para cargos menores por el gobierno, y por personas influyentes de Madrid. La mala impresión de estas medidas entre los "buenos españoles" habaneros fué muy intensa. Nuevamente trató Caballero de Rodas de atenuarla con otras a gusto de los intransigentes. Esta vez consistieron en ordenar el embargo de los bienes de los ricos hacendados Domingo y Miguel Aldama, quienes en los últimos días del mando de Dulce habían obtenido de éste pasaporte para pasar al extranjero.

Obligado a tomar drásticas decisiones para poner término al peculado y a la inmoralidad administrativa, que unidas a los estragos de la guerra tenían exhaustas las cajas del Fisco, depreciados los billetes del Banco Español y atrasados todos los pagos del gobierno, Caballero de Rodas tuvo que continuar sus medidas para poner coto a las evasiones fiscales y a las defraudaciones en las aduanas y otros departamentos de la administración, en complicidad contribuyentes y burócratas, creándose Rodas el odio de unos y de otros. Era evidente, sin embargo, que prolongada la guerra, al gobierno no le quedaría otra salida que la de extremar las medidas de vigilancia y severidad para aumentar las recaudaciones; que acrecentar las cargas y los impuestos sobre los españoles, los únicos contribuyentes, una vez embargados los bienes de los cubanos, y que demandar de los defensores de la integridad nacional mayores sacrificios. La creencia de que la insurrección quedaría aplastada en cuatro o cinco meses, estaba desvanecida en julio de 1869. La perspectiva inmediata era la de una progresiva ruina de la Isla, que afectaría a los peninsulares en progresión creciente, a pesar de la total expoliación de los hijos del país con algunos bienes. La insurrección, la guerra, era la causa fundamental de esa realidad cada día más grave, que afectaba por igual a "españoles ilustrados" y "buenos españoles", a "girondinos" y "jacobinos", sin excepción alguna. Había, pues, que terminar la guerra con la mayor rapidez a toda costa. La opinión peninsular se hizo unánime tocante al punto; toda línea divisoria al respecto quedó borrada. Y puesto que insurrectos, laborantes y simpatizadores no se rendían, sólo quedaba una solución: exterminarlos. "Convertida

en un abismo la línea divisoria entre disidentes y españoles por los excesos de unos y de otros, que aquellos con sus violencias provocaron —dice Justo Zaragoza— se hizo ya imposible un acuerdo entre ambos partidos; los cuales, a mediados de 1869, manifestaban la tendencia de exterminar a su contrario como único medio de poner fin a la sangrienta lucha, y de asegurar un dominio indisputable. O ellos o nosotros: fué el dilema que se planteó por las dos partes contendientes desde aquel momento" (1).

A esta situación se llegó por grados; Caballero de Rodas hubo de plegarse a ella, por la presión creciente de la intransigencia de los extremistas y por la causa accidental arriba expresada: el plan de mediación de Fish, a base de la independencia de Cuba. La presión de los "buenos españoles" se manifestó en una doble forma, de manera específica y directa. Fué la primera una "Carta manifiesto al general Caballero de Rodas", firmada por *Un voluntario*, documento que procedía, según Zaragoza, "de la fracción más ardorosa del elemento español". A vuelta de una serie de consideraciones, reducíase a reclamar las más drásticas medidas de fuerza y los más brutales procedimientos de exterminio para aplastar la insurrección. La segunda forma, consistió en otra hoja en verso, denigrando al general Dulce, calificado de traidor y de obrar en connivencia con los laborantes. La tal hoja, dirigida contra Dulce, apuntaba también contra Caballero de Rodas, tendiendo a fomentar un espíritu de rebeldía. La policía recibió orden de recogerla e impedir su circulación, pero la primera autoridad quedó doblemente notificada de la actitud de los exterminadores. Hallábase Caballero de Rodas firmemente dispuesto a cumplir el doble propósito de restablecer el principio de autoridad y de mantener en lo posible una política que dejase margen a la conciliación; pero se tropezó con la dificultad adicional imprevista de que el malestar y la intransigencia se agravaban a causa de haberse hecho públicas las negociaciones diplomáticas, que habían venido llevándose a cabo reservadamente, entre el gobierno de Prim y el secretario de Estado americano, Hamilton Fish, sobre el plan de mediación de éste, a base de la independencia cubana. Causa tan grave "le hizo disculpar la justificada excitación de los más impresionables". En estos términos eufemísticos expresa Zaragoza un hecho decisivo, resultado general de todo lo expuesto: Caballero de Rodas renunció a toda política de conciliación, y concentró todos sus esfuerzos en la acción represiva y militar para la más rápida terminación de la guerra.

(1) Obra citada, págs. 454.

Las operaciones militares, pese a las terminantes órdenes del capitán general y a los considerables refuerzos recibidos de España, no lograron, sin embargo, quebrantar la resistencia ni la agresividad cubanas. Al terminar el año 1869, la guerra se mantenía por los cubanos vigorosamente, con intentos de extenderla a Matanzas, donde fuerzas irregulares españolas —voluntarios, chapelgorris y movilizados— realizaron los actos de barbarie referidos en otro capítulo, y los voluntarios habaneros los fusilamientos en masa en San Juan y Martínez, de labradores que habían buscado refugio en tal lugar, huyendo de la furia de los sicarios de Colón, Jagüey Grande y otros partidos matanceros. Esa era la siniestra realidad seis meses después de la llegada del sucesor de Dulce.

CAPÍTULO XX

POLITICA REVOLUCIONARIA EXTERIOR

GESTIONES DE MORALES LEMUS EN LOS ESTADOS UNIDOS

En su lucha contra la metrópoli, los insurrectos cubanos dependían del extranjero para provisionarse de armas, municiones y demás material de guerra. Una acción en el exterior, al objeto de tratar de obtener el armamento indispensable, era una cuestión de victoria o de derrota para ellos.

Dadas las circunstancias, esa acción debía tener un doble aspecto. Cierta número de cubanos residía en los Estados Unidos y otros países de la América cercanos a Cuba. La mayoría de ellos eran patriotas emigrados que habían tomado parte en conspiraciones y tentativas revolucionarias. Perseguidos por las autoridades españolas, habían logrado escapar de la Isla y refugiarse en tierras extranjeras. Los menos, vivían fuera dedicados a negocios, a virtud de relaciones familiares o por otros diversos motivos. La revolución podía contar con el concurso de esos cubanos para una propaganda a favor del reconocimiento de la beligerancia y de la independencia (1).

Existían numerosos precedentes a favor de una demanda de ese género. La independencia de los Estados Unidos y la de todas las ex-colonias españolas de América estaba reconocida por todas las naciones civilizadas, inclusive España, en condición de naciones soberanas, en igualdad de derechos con todos los Estados civilizados, no obstante haber sido calificados los angloamericanos y los hispanoamericanos de criminales rebeldes en un principio. Cuba aspiraba legítimamente a la independencia también. El reconocimiento de la beligerancia a los cubanos era un acto de justicia y de respeto a la libre voluntad de los pueblos. Las naciones civilizadas debían considerarse obligadas a adoptar esa decisión que permitiría regularizar la guerra en Cuba con arreglo a los principios establecidos del derecho de gentes, y despojarla del carácter de una rebelión criminal castigable con la pena de muerte. Ase-

(1) Véase el Cap. X.

guraría, además, a los cubanos, los derechos que los Estados neutrales estaban en el deber de conceder, en igualdad de condiciones, a las partes contendientes en una guerra entre pueblos civilizados.

Conocedor en sus líneas generales de la situación política mundial en 1868, y en particular de las relaciones poco amistosas entre España y los Estados Unidos, y entre la ex-metrópoli y algunas de las ex-colonas españolas constituidas en repúblicas independientes, Céspedes, a quien sus viajes y sus observaciones en Europa le habían ampliado el horizonte mental con visión panorámica de las cuestiones internacionales, había cuidado en el Manifiesto del 10 de octubre, dirigido a sus compatriotas —y muy significativamente, “a todas las naciones”—, de dejar constancia del alto valor por él reconocido a la opinión pública internacional.

Aunque había viajado sólo por Europa, el jefe cubano no desconocía que las naciones a que Cuba podía dirigirse con mayores probabilidades de ser atendida, eran las repúblicas de las Américas. Entre éstas, los Estados Unidos figuraban en primer lugar, a virtud de una variedad de intereses y de motivos a cual más poderoso, según se ha expuesto en otro capítulo de esta obra. Consecuente con estas ideas, desde el primer momento de la insurrección, Céspedes atendió a tratar de obtener en alguna forma el apoyo del Gobierno de Washington, aún cuando en el Manifiesto, digna y prudentemente, así como con buen sentido político, se dirigió a todas las naciones y no a ninguna en particular. A ese efecto, tomado Bayamo por los cubanos y organizado un gobierno provisional, en medio del entusiasmo de la victoria, en 23 ó 24 de octubre (1868), firmada también por los altos jefes que le secundaban y formaban parte de su Gobierno Provisional, Céspedes dirigió su exposición a Seward, en la cual informaba al Secretario de Estado americano del inicio y de los primeros y grandes éxitos de la revolución cubana por la independencia, y solicitaba el reconocimiento de la beligerancia (1), con el apoyo, como esperaba Céspedes, de los emigrados cubanos, representados por la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, existente en Nueva Yor desde 1865. Constituida por Céspedes su representación a cargo de José Valiente y en Méjico de Pedro Santacilia y otros emigra-

(1) “Sólo nos falta para llevar a cabo nuestro propósito —había dicho Céspedes a Seward— que las naciones civilizadas y libres interpongan su influencia, a fin de que reconocidos como beligerantes, hagan respetar el derecho de gentes y los fueros de la humanidad para evitar medidas bárbaras que no son de estos tiempos y que un gobierno como el de España pueden muy bien llevar a cabo, obligándonos a usar represalias que nos repugnarían y mancharían la limpidez y la nobleza de nuestra causa.”

La exposición de Céspedes puede verse en PORTELL VILÁ, HERMINIO, obra citada, vol. II, págs. 215-217.

dos, el servicio diplomático de Cuba comenzó a existir y a actuar a favor de la causa de la revolución.

En rápido apoyo también a los insurrectos orientales, la Junta Revolucionaria de la Habana cooperó asimismo a esa labor en el exterior. Como primer paso, envió a Nueva York a Francisco Javier Cisneros, miembro de la misma, agente de la Junta, encargado de la compra de armas y pertrechos y de la remisión de los mismos a Céspedes, en acuerdo con el comisionado oficial, Valiente. Cisneros logró salir de la Habana ocultamente ⁽¹⁾ en un buque el 17 de noviembre. En diciembre hallábase ya en Nueva York, en activa labor, unido a Valiente y a la Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico. En efecto, desde su constitución en octubre de 1868, con el propósito de secundar a Céspedes, e integrada por cubanos de elevada posición, cultura, experiencia en los negocios y la política, conocedores de la situación y de los problemas internacionales, la Junta Revolucionaria de la Habana comprendió claramente, como Céspedes, la gran importancia y la urgencia de crear y organizar un frente de acción revolucionaria en el exterior. En tal virtud, establecida su comunicación con Céspedes, solicitó de éste, conocedora de la existencia de una representación cubana en los Estados Unidos a cargo de Valiente, la autorización procedente para constituir no solo en ese país, sino también "en las naciones extranjeras en que se creyera conveniente y en donde no existieran ya comisionados o agentes que representasen al gobierno provisional de Cuba libre, otros agentes más". Sería misión de los mismos, "negociar el reconocimiento de la independencia de la Isla y obtener auxilio moral y material para la revolución". Céspedes depositó una amplísima confianza en la Junta, y conocedor de los grandes servicios que ésta podía prestar a la causa cubana, concedió inmediatamente la autorización pedida. Pronto la Junta, en comunicación de 12 de enero, 1869, le informó detalladamente de los trabajos ya realizados al efecto, de los planes preparados y puestos en marcha susceptibles de mayores desarrollos ⁽²⁾, y de los medios más seguros y rápidos de mantener una comunicación regular entre el Gobierno Provisional y la Junta. Esta informaba en su comunicación del 12, su satisfacción por haber recibido la autorización solicitada. Estaba dispuesta a hacer los mayores esfuerzos para proporcionarle a él personalmente, y al Ejército Libertador, toda clase de apoyo material y moral. Con ese propósito, había remi-

(1) GÓMEZ, ALFONSO JAVIER. *Cisneros*. Imprenta Oficial, Medellín, Colombia, 1914.

(2) ARCHIVO NACIONAL DE CUBA. Donativo de la Srta. Luisa Carlota Párraga de documentos de la Junta Revolucionaria de la Habana y de la de Nueva York. Carta incompleta de la Junta Revolucionaria de la Habana a Céspedes.

tido ya fondos a los Estados Unidos. Continuaba recolectándolos, a fin de seguir enviándolos semanalmente. No excusaría medio alguno para que el triunfo de la revolución fuera completo.

Haciendo uso de la autorización que le había sido conferida, la Junta había considerado conveniente nombrar dos comisionados para Nassau, por ser éste el lugar llamado a servir de depósito de armas, pertrechos y hombres. Un comisionado había sido designado ya. Respecto del otro, la Junta había escrito a Valiente a Nueva York, por si conocía en la ciudad persona apropiado para misión tan importante. También habían sido designados otros dos comisionados que la Junta creía necesarios en Nueva Orleans y en Cayo Hueso.

Para Santo Domingo, habíase elegido una persona bien relacionada en el país en condiciones de obtener muchas ventajas. A este comisionado se la había prevenido que el Presidente dominicano Báez no era favorable a la causa cubana, a fin de que se resguardase de él. En clave, dábale cuenta a Céspedes del nombre del comisionado, al objeto de que pudiese ordenarle directamente lo que tuviese por conveniente. Ocupábase, asimismo, la Junta, en buscar personas que pudieran desempeñar iguales comisiones en Jamaica, Francia, Chile, Perú y Bogotá.

La iniciativa más importante de la Junta era que ésta había considerado oportuno designar un comisionado que pasase a Estados Unidos con la misión de que, de acuerdo con Valiente, se entendiese con el Gobierno norteamericano y ajustase las importantes negociaciones "que habrían de ser las que ayudasen a los cubanos a terminar la guerra y conquistar la independencia". El comisionado llevaría instrucciones para entenderse con el de México, al objeto de coordinar de común acuerdo los pasos para lograr los auxilios que de una y otra república podrían enviarse a Cuba. Al propio tiempo, habíase dirigido a Valiente, en solicitud de que éste manifestase a Céspedes que la misión del comisionado de la Junta no debía ser privada o particular, sino oficial. Esta petición fundábase en la elevada posición social, el prestigio y la respetabilidad del comisionado, que tenía buenas y grandes relaciones en los Estados Unidos, y en la influencia moral que su aparición en dicho país, en un cargo oficial, daría a la causa cubana y también a él mismo (1). La Junta se complacía en transmitir estos antecedentes a Céspedes a fin de

(1) Por obvias razones, la Junta no daba a Céspedes el nombre del comisionado, porque éste estaba todavía en la Habana y podía caer en manos de las autoridades españolas. Dicho comisionado fué el miembro del Ejecutivo de la Junta, José Morales Lemus, quien poco más de dos semanas más tarde logró escaparse de la Habana y aparecer en Nueva York trabajando activamente a favor de la independencia. La designación de Morales Lemus para comisionado en los E.U. la hizo la Junta en sesión de 8 de enero de 1869, cuatro días antes de la fecha de la carta a Céspedes. PIÑERO, ENRIQUE. *Morales Lemus...*, pág. 81.

que pudiese aprovechar los servicios del comisionado en la mayor medida posible.

Con respecto a España, la Junta hacía muy importantes manifestaciones en su comunicación a Céspedes de 12 de enero de 1869. Tenía decidido —decíale— nombrar un comisionado secreto en Madrid. Se le ordenaría que fuese antes a los Estados Unidos, al propósito de que de acuerdo con los otros comisionados y con el Gobierno de Washington, "tratase de escogitar los medios de conseguir de España el reconocimiento de la independencia de Cuba". La Junta no creía esto imposible si se manejaba bien el asunto y se hacía algún sacrificio no de momento, sino para pagar a plazos. Creía más aún. Si esto se hacía de acuerdo con el comisionado cubano en los Estados Unidos, casi seguramente podría obtenerse la garantía del gobierno americano, si ésta era exigida por España.

La Junta habanera adelantábase a declararle a Céspedes que la idea de tales gestiones en España, no se debía a que dudara ni por un momento del triunfo de las tropas republicanas ni a que se pretendiese excusar sacrificios personales. Sólo se inspiraba en la consideración de que mientras menos tiempo durase la guerra menores serían las pérdidas que se ocasionasen y menos tiempo se necesitaría para que la Isla se viese en la mayor prosperidad. Acerca de tal plan, aseguraba la Junta, nada definitivo haría ésta mientras no recibiese instrucciones de Céspedes y del gobierno provisional.

A renglón seguido, la Junta pasaba a ocuparse del plan de señales remitido a los Estados Unidos a Valiente y a Cisneros, para asegurar el desembarque de las expediciones. La Junta estimaba conveniente que Céspedes designase otros lugares de las costas además de los que ya había indicado, para que las expediciones de armas y demás efectos pudiesen desembarcar con mayor seguridad.

Uno de los miembros de la Junta, informaba también ésta, haría uso de sus buenas relaciones con dos excelentes abogados de la República de México, en puestos del gobierno de la misma, para establecer comunicación con el C. Pedro Santacilia, agente en dicha república. Lamentaba la corporación no conocer por el momento el comisionado designado por Céspedes para Venezuela; dadas las buenas relaciones que la Junta mantenía con el Cónsul venezolano en la Habana, éste podría recomendarlo y reforzar su propia recomendación con la de otras personas de mucha influencia en Venezuela que se hallaban en aquellos momentos en la ciudad. Esta era visitada muy frecuentemente por personas importantes de otras naciones, aparte de que en la Habana residían los Cónsules de muchas de ellas.

Como quiera que en todos los revolucionarios de la Isla debía existir un solo pensamiento, la Junta consideraba oportuno pedir a Céspedes una colección completa de los decretos que se hubieran dictado y que fueran de orden general del país, a fin de asegurar unidad de criterio en los bandos, proclamas y documentos que se publicasen en lo adelante. Para poder estar bien informada, la Junta estimaba indispensable establecer un sistema de comunicaciones entre la Habana y cualquier punto en que se encontrase el gobierno provisional. Aunque costase algún desembolso, debía duplicarse, por mar y por tierra. Con un solo individuo sería riesgoso; con cuatro o seis, sería más disimulado. La vía marítima resultaba ser la más fácil; la forma en que ya se estaba haciendo producía buen resultado. En cada vapor debía ir y venir un correo. La vía terrestre presentaba dificultades que podrían vencerse. Bueno sería, opinaba la Junta, que Céspedes estudiase el asunto y le informase lo que estimase más conveniente.

Con respecto al sistema de comunicación, la Junta tropezó con dificultades en Camagüey, que le pusieron agudamente de manifiesto las divisiones existentes en el campo revolucionario a los tres meses escasos de proclamada la independencia en La Demajagua. En contestación a una carta de la Junta habanera de 17 de enero enviada a la Junta a Camagüey, para tratar de establecer el sistema de correos secreto con Oriente, el Comité Revolucionario de Camagüey contestó a la Junta habanera, un mes más tarde, manifestándose altamente lastimado de que los habaneros creyeran que Camagüey dependía del gobierno provisional de Bayamo. El Comité, sin embargo, asentía a remitir las comunicaciones de la Habana a cualquiera de los jefes del Departamento Oriental (1).

Las actividades en Cuba y en el exterior de la Junta Revolucionaria de la Habana, estaban llamadas a hacerse muy difíciles días después.

El 21 de enero, se produjo en la Habana el ataque al Teatro Villanueva; en los siguientes días, hasta el término del mes, los actos de vandalismo de los voluntarios referidos ya en páginas precedentes. El

(1) La distinta actitud de la Habana y de Camagüey respecto de la unidad del movimiento revolucionario y de Céspedes queda agudamente puesta de manifiesto por el contraste entre la comunicación de la Junta habanera de 12 de enero a Céspedes, y la carta del Comité Revolucionario de Camagüey a la Junta de la Habana. En 17 de enero, ya la Junta de la Habana había ayudado con fondos a la expedición que al mando de Quesada se organizó en Nassau y desembarcó en la Guanaja, y de la Habana había salido el numeroso grupo de jóvenes que integraron la primera expedición del Galvanic. Estos jóvenes salieron teniendo fe en Céspedes. Lo indica el párrafo final del manifiesto redactado por Antonio Zambrana, uno de los del grupo, firmado en Nassau. Decía: "Hacemos libre y espontáneamente esta manifestación que firmamos con nuestros nombres y apellidos más o menos modestos, pero todos honrados y nos adherimos por completo al programa del Ciudadano general en jefe del Ejército Libertador, Carlos Manuel de Céspedes". MORALES Y MORALES, VIDAL. *Rafael Morales y González*, pág. 106.

30, escapó Morales Lemus de la Habana, e inmediatamente lo hicieron Antonio Fernández Bramosio, José Antonio Hecheverría y otros varios de los más significados miembros de la Junta, la cual, de hecho, se trasladó a Nueva York. La llegada de sus miembros a la ciudad neoyorkina, determinó un movimiento político importante, ya que en Nueva York, Valiente era comisionado oficial de Céspedes y actuaba apoyado por la Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico y por algunas otras organizaciones de emigrados. Reunidos muchos de éstos en asamblea, discutióse el problema de la disolución de la Junta habanera, y el de mantener, tal como se hallaba constituida, la representación revolucionaria de Nueva York. Morales Lemus se opuso a la disolución de la Junta. En su concepto, la Junta Revolucionaria del Departamento Occidental de Cuba no había perdido su carácter ni su representación, por el hecho de haberse visto obligada a salir de la Habana. No podía ni aún presumirse que a una junta de esa especie se le impusiese el deber de estar adscripta a determinada localidad. Los *laborantes* habaneros al elegir la Junta, no le impusieron condiciones de ninguna clase. La eligieron con el exclusivo objeto de que auxiliase la revolución, dejándola plenamente facultada sin limitación ni cortapisa alguna, para escogitar y plantear los medios y proceder en la forma que en vista de las circunstancias estimara más conveniente. Esa acción podía desarrollarse en el momento en Nueva York con esperanzas de buen éxito. Parecía, pues, incuestionable que no sólo estaba en las atribuciones, sino en el deber de la Junta, el continuar sus trabajos en la metrópoli neoyorkina, de la manera que más eficazmente pudiera conducir al fin de su creación: la libertad de Cuba. La disolución, además de inmotivada, sería perjudicialísima a la revolución. Hasta cierto punto le restaría prestigio y la privaría de los recursos que le estaban ofrecidos por conducto de la Junta, de los que podía y debía esperar de los patriotas que la eligieron, y de la representación que tan legítimamente tenía ésta, por la elección del Departamento Occidental y por la autorización del Gobierno de Céspedes. Finalmente, Morales Lemus sostuvo que en los críticos y supremos momentos en que la salvación de Cuba dependía de la rapidez y eficacia de los auxilios que se diesen a la revolución, lejos de propender a debilitar la acción de los elementos patriotas, ni de abandonar el puesto en que más poderosa y efectivamente podían desenvolverse, todos se hallaban en el caso de esforzarse para agruparse en un centro común. Al unificarse la acción y concentrarse todos los esfuerzos y recursos, garantizábase el buen éxito de la causa cubana. Por lo menos, inspiraríanse fundadas esperanzas de triunfo y se alejaría de los cubanos la inculpación de que no sabían o no querían reunirse

para tan santo fin, ni sacrificar vanos escrúpulos ante la salvación de la patria. En Nueva York había un Comité que había trabajado con laudable celo en auxiliar la revolución. Encontraban felizmente en la ciudad otras personas que por sus relaciones con Céspedes y con el Comité Revolucionario del Camagüey o por otros motivos, tenían gran significación política. Lo procedente era que se reuniesen todos en una junta central deliberativa, la cual se dividiría en comités, para los diversos ramos que requiriesen un estudio y una preparación especial.

Sin desconocer la importancia de las declaraciones de Morales Lemus y fundándose en las mismas, la asamblea indicó la necesidad de que toda la autoridad y las facultades relativas a los asuntos de la revolución se entendiesen concentradas en el representante del gobierno de Céspedes, José Valiente, quien en su carácter de presidente de la Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico, debía proceder a organizar las juntas o comités que estimase necesarios para consultarle y auxiliarle. Morales Lemus, reconoció la conveniencia y aún la necesidad de la concentración en una persona de todas las facultades resolutivas y ejecutivas para facilitar y asegurar el secreto y la rapidez de acción. Esto, a su juicio, no se oponía a la formación de la asamblea o junta en los términos antes expuestos. Podía también acordarse la elección de dos miembros de la asamblea, quienes en unión del presidente formarían la comisión directiva y ejecutiva de la revolución, sirviendo de auxiliares y consultores al referido presidente. Lo que urgía era dejar concentradas de hecho y de derecho en el presidente, todas las facultades ejecutivas y las de resolución en los casos urgentes que exigiesen mucho sigilo, o que por cualquier motivo no se creyese necesario o conveniente someter a la discusión y consulta de la junta o del comité ejecutivo. Por unanimidad así lo acordaron los reunidos. Definitivamente, la Junta quedó constituida en esa forma. Se eligieron los comités de guerra, recaudación de fondos, auxilio, etc., y para el comité especial consultivo y auxiliar del presidente, se designaron a los C.C. Hilario Cisneros y Ramón Fernández Criado (1).

La organización del frente cubano en los Estados Unidos establecida de la manera que se deja expuesta, con el C. José Valiente a la cabeza, no tardó en ser sustituida, aún cuando Valiente, "cubano de buen juicio y de patriotismo reconocido" que había conspirado a favor de la independencia desde 1849, secundado por los Comités de Patriotas, prestaba servicios prácticos de notable importancia (2). Pero Valiente y

(1) ARCHIVO NACIONAL. Donativo de la Srta. Luisa Carlota Párraga de documentos de la Junta Revolucionaria de la Habana y de la de Nueva York.

(2) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida de José Manuel Mestre*, págs. 131-132.

el Comité, con elevado criterio y desinterés personal decidieron, Valiente, resignar su empleo y sus poderes y facultades en Morales Lemus, y el Comité de Patriotas, desaparecer de la escena, para refundirse en una corporación de campo más vasto y carácter más regular y permanente, a que se dió el nombre, bajo el cual ha pasado a la historia, de Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico. Céspedes, quien sin duda influyó en el cambio mencionado, conocedor de los grandes servicios que Morales Lemus y los demás miembros de la también refundida Junta Revolucionaria de la Habana podían prestar a la revolución, designó a Morales Lemus Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba en los Estados Unidos de América, Apoderado General del Gobierno de la misma, Agente de la Revolución, y Presidente de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico que acababa de nombrarse (1).

Si en la primera de estas denominaciones pudo haber alguna irregularidad, por virtud de que en aquella fecha todavía no se había efectuado la unificación de las unidades políticas que habían surgido en Cuba, el defecto, si lo hubo, se subsanó muy pronto, pues en seguida de adoptarse la Constitución de Guáimaro y de elegirse a Céspedes para Presidente de la República, la Cámara de Representantes ratificó los nombramientos de Morales Lemus (2).

En el ejercicio de sus variados e importantísimos cargos, Morales Lemus contó con el apoyo no sólo de los emigrados que se hallaban ya en Nueva York, sino también de los que en gran número fueron arribando de Cuba a causa de las salvajes persecuciones de los voluntarios. Entre éstos se destacó José Manuel Mestre, que logró escapar de la Habana en 13 de marzo (1869). Establecido Mestre en Nueva York, Morales Lemus lo propuso como miembro de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, que lo aceptó por unanimidad, extendiéndosele el nombramiento el 10 de abril, día de la constitución de la

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida de José Manuel Mestre*, pág. 132.

(2) *IBIDEM*.

La conducta de Valiente al renunciar su representación para que ésta pasase a Morales Lemus fué muy aplaudida en el campo revolucionario. El general Donato Mármod, conterráneo de Valiente, por ser ambos de la jurisdicción de Santiago de Cuba, en carta de 2 de abril, 1869, decía a Valiente: "El acto generoso y patriótico que usted refiere sencillamente, de haber resignado sus poderes y facultades en manos del C. José Morales Lemus por considerarlo superior en inteligencia e instrucción es no sólo digno de elogio, sino una prueba satisfactoria de que existen entre los hijos de Cuba verdaderos republicanos. Esta bellísima acción debe servirnos de ejemplo para que nunca pongamos en peligro nuestra República naciente por necias ambiciones personales. Yo me complazco en hacerla pública, tanto porque sirve de lección, cuanto por el honor que recibimos los que tenemos la dicha de ser amigos de usted". CISNEROS, FRANCISCO JAVIER. *La Verdad Histórica sobre los Sucesos de Cuba*, págs. 21 y 22.

Asamblea de Guáimaro. Fernández Bramosio, José Antonio Echevarría, Enrique Piñero, Francisco Fesser y otros miembros de la Junta Revolucionaria de la Habana, arribados a partir de enero, 1869, se fueron sumando también, como Mestre, a la Junta Central Republicana y cooperaron activamente con Morales Lemus, a quien estaban unidos por antiguos vínculos de amistad, respeto, consideración personal y compañerismo en servicios prestados a Cuba en diversas formas durante años.

Al asumir Morales Lemus y el grupo de amigos ligados con él en la labor de "El Siglo", en la del movimiento Reformista y en la de la Junta de Información, la representación cubana en Nueva York, declaráronse abierta y públicamente separatistas, consagrados por entero a la lucha por la independencia contra la Metrópoli. En la fecha en que tomaron ese camino, muchos de ellos eran personas de larga experiencia y de responsabilidad; algunos de edad avanzada, como el mismo Morales Lemus, Hilario Cisneros y Carlos del Castillo, que se les unió algo más tarde en Nueva York, después de fugarse de Fernando Poo. Todos, sin excepción, medían las consecuencias, terribles en sus efectos destructivos de vidas y haciendas, de una larga y enconada guerra contra España. Inconformes con el régimen colonial y desafectos a la metrópoli, a causa del trato injusto que daba a Cuba, procuraron resolver el problema cubano primeramente por la anexión no pocos de ellos, o por un entendimiento con España para la reforma substancial del sistema de la Colonia. Desengañados por el resultado de la Junta de Información, la gran mayoría se vió constreñida al fin y al cabo, pese a sus anteriores temores y vacilaciones, a sumarse a la causa de la independencia. Comprendían que la victoria no habría de asegurarse sino sobre un pavoroso montón de ruinas, pero estaban persuadidos de que Cuba, teniendo a su frente un gobierno propio, no sólo se repondría sino acrecentaría su riqueza muy en breve ⁽¹⁾.

Consagrados a multiplicar sus esfuerzos al servicio de la revolución, Morales Lemus y sus compañeros entendieron que debían poner en jue-

(1) "Creo que la revolución triunfará al fin, y aunque comprendo que será sobre un montón de ruinas, también tengo la persuasión de que la Isla, a merced de un gobierno propio no sólo se repondrá, sino que acrecerá su riqueza muy en breve. La generación actual, y principalmente los ancianos como yo, sufrirán sin esperanzas de gozar el resultado de sus sacrificios: pero morirán con la satisfacción de haber llenado sus deberes ante la patria y las generaciones venideras." (Carta de José Morales Lemus a Nicolás de Azcárate, fechada en Filadelfia a 15 de mayo de 1869.) MORALES Y MORALES, VIDAL. *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, La Habana, 1931, tomo III, págs. 179-180.

go todos los medios para establecer relaciones entre la revolución cubana y el gobierno de los Estados Unidos, aprovechando al efecto el estado de opinión favorable a Cuba y los motivos de resentimientos del gobierno de Wáshington con España. A la vez, dedicáronse a continuar levantando fondos, para comprar buques, armas y pertrechos y enviarlos con expediciones de voluntarios a Cuba.

El primer objetivo en cuanto al establecimiento de relaciones con el gobierno americano era lograr el reconocimiento oficial o por lo menos oficioso de la representación del gobierno revolucionario cubano, paso previo para el de la beligerancia y el de independencia. La administración del presidente Johnson, próxima a terminar su difícil y agitado período, nada favorable a Cuba había realizado, pero la toma de posesión del presidente electo, General Ulises Grant, estaba próxima. Se efectuaría el 4 de marzo y la oportunidad parecía muy propicia para tratar de obtener del nuevo gobierno ayuda oficial a los cubanos en su lucha por la independencia.

No obstante la inclinación favorable de la opinión pública y las manifestaciones de simpatía de los legisladores, Morales Lemus y sus colaboradores, muy esperanzados, como se hallaban, no se hacían exageradas ilusiones. Comprendían que habrían de tropezar con muy serias dificultades para la realización de sus propósitos y el cumplimiento de sus múltiples y complicados deberes. De inmediato, era aventurado cifrar demasiadas esperanzas en lo que pudiera hacer Grant una vez que tomase posesión de la presidencia el 4 de marzo. Abrigábase la convicción, desde luego, con sólidas razones aparentemente, de que el nuevo ocupante de la Casa Blanca, apoyado por la opinión popular, concordante con sus propios sentimientos personales de hostilidad a España, estaría dispuesto a apoyar a los revolucionarios cubanos. Era no menos cierto que había serios obstáculos de por medio. Grant no podía de dejar de pensar, ciertamente, que España merecía una dura represalia, pero las circunstancias, sin embargo, forzaban al Presidente Grant a prestar atención a otros problemas y a otros desquites de mayor urgencia e importancia. Las cuentas pendientes con los británicos eran de mucho mayor cuantía para Grant, quien se inclinaba a darles la primacía.

Entre las partidas de las cuentas inglesas, figuraba en primer lugar, la ya mencionada de los daños causados por el crucero sudista *Alabama* a la Unión, todavía pendiente. Grant compartía la opinión de personalidades prominentes en el Congreso y entre los expansionistas de la época, de que los daños ocasionados por el crucero sudista habían contribuido a la prolongación de la guerra. Difundida y arraigada esa

creencia en el pueblo americano, facilitóse que los senadores adoptasen la resolución de no otorgar su aprobación a las convenciones firmadas con la Gran Bretaña en 14 de enero de 1869, pendientes aún de ratificación en el Senado.

Seward, en los últimos meses anteriores a Grant, sumamente satisfecho con la firma de la convención Johnson-Clarendon, se había dado cuenta de las dificultades acumuladas en el camino de la ratificación. Más impopular cada día la administración de Andrew Johnson, Seward compartía en gran medida esa impopularidad. En la fecha en que Reverdy Johnson fué enviado a Londres en sustitución de Charles Francis Adams, el pueblo americano no tenía la menor noticia de un cambio de actitud en sentido conciliador del nuevo gobierno británico que se hallaba en el poder, favorable a un arreglo con los Estados Unidos. La cordialidad de los discursos del nuevo ministro americano a su arribo a Inglaterra, sorprendió y disgustó a sus conciudadanos, que la interpretaron muy desfavorablemente. Según escribió Seward a Reverdy Johnson, los discursos de éste pronunciados en Inglaterra con la mejor buena fe, habían caído en los oídos del pueblo americano en una hora en que el espíritu del partido se hallaba altamente enfurecido (1).

Los tratados —pues fueron varios— laboriosamente hechos, tuvieron una mala suerte mucho peor que la prevista por Seward. Cuando los términos de la convención Johnson-Clarendon se hicieron públicos, sobre el ministro en Londres lanzóse la agria acusación de que había caído bajo la influencia de simpatizadores del vencido Sur. El público, sintióse doblemente enojado. Primero, porque se subordinase la reclamación de los daños del *Alabama* a una comisión internacional de arbitraje; segundo, a virtud del fracaso de no haber quedado incluida la reclamación de los daños nacionales, junto con la de los daños al comercio privado. Sometida a aprobación del Senado la ratificación del Tratado Johnson Clarendon el 13 de abril, poco más de un mes después de haber tomado posesión Grant, cincuenta y cuatro senadores votaron cerradamente en contra el Tratado que alcanzó un voto a su favor.

La nota sensacional del debate antes del conteo de los votos fué el discurso violento en contra del Tratado por el senador Sumner, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores. Pronunciado en una sesión secreta, fué dado a la publicidad, no obstante, por acuerdo del Senado. El alegato de Sumner, sin influir en cuanto al resultado

(1) LATANE, JOHN HOLLADAY. *A History of American Foreign Policy*, Garden City, New York, 1927, págs. 438-439.

de la votación porque ya la opinión contraria al Tratado estaba hecha, fué un factor importantísimo en las negociaciones subsecuentes con Inglaterra. Sumner revivió aumentándolas en cantidad extraordinaria, las reclamaciones "nacionales" de las cuales había prescindido Seward. Aceptó el avalúo de los daños directos al comercio en quince millones de dólares, pero agregó dos partidas más. La convención firmada con Inglaterra —sostuvo—, había dejado sin reconocer los enormes daños "indirectos" al comercio americano, arrojado del océano por los ataques del *Alabama*. Había ignorado también aquellos otros daños, inmensos e infinitos, causados por el cruce a virtud de haber prolongado con sus ataques la duración de la guerra. Estas dos partidas de daños eran "nacionales", en contraste con los daños directos a los traficantes. El daño indirecto al comercio americano lo justipreció Sumner en ciento diez millones de dólares, cantidad que era una sola partida de la cuenta americana. La rebelión, proclamó, había sido suprimida a un costo de más de cuatro mil millones de dólares. La guerra había durado el doble de lo que hubiese podido prolongarse sin la intervención de Inglaterra; de manera que Inglaterra era responsable del gasto adicional, dos mil millones de dólares, además de las dos partidas antes mencionadas. El primer deber del pueblo de los Estados Unidos era cobrarle a Inglaterra íntegramente los daños que había hecho. El asunto podía transarse o arreglarse por un número mayor o menor de millones de dólares, o mediante compensaciones territoriales, o por otros medios. Eso era una cuestión a ser discutida, dado que todo podía considerarse. Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, Sumner echó una tremenda responsabilidad sobre la Gran Bretaña, a causa de un hecho que iba a tener conexión con Cuba: el haber reconocido la beligerancia del Sur, sin justificación para ello. La enorme suma de dos mil y tantos millones de dólares podía liquidarla con tierras: la cesión del Canadá a Estados Unidos. Tomados los votos en el Senado inmediatamente después del discurso del Sumner, el alto cuerpo, al acordar darle publicidad al discurso de éste, apareció proclamando su conformidad con las opiniones de Sumner ante los pueblos de los Estados Unidos y la Gran Bretaña ⁽¹⁾.

La aplastante votación y el acuerdo de la publicación del discurso se efectuaron el 13 de abril (1869) ya citado. La víspera, acababa de constituirse en Guáimaro, el gobierno de la República de Cuba, sin que la noticia de esa constitución hubiese llegado oficialmente a conoci-

(1) LATANE. Obra citada, págs. 440-41.

miento de Morales Lemus, representante del Gobierno Provisional de Céspedes, terminado el 12. La Cámara de representantes cubana no había procedido todavía, como lo hizo más tarde, a ratificar los actos del gobierno cespedita, entre los cuales estaba comprendida la misión diplomática de Morales Lemus en los Estados Unidos como agente oficial del nuevo gobierno de la República de Cuba. El agente cubano debió, pues, aguardar la información oficial de Cuba y la ratificación de sus poderes para proseguir con mayor fuerza y autoridad sus gestiones diplomáticas con el General Grant, que llevaba sólo cinco semanas en la Casa Blanca, pero adelantó sus trabajos mientras permanecía en espera de sus poderes. En 28 de marzo, Morales Lemus había alcanzado un éxito muy satisfactorio. Había sido recibido privadamente por Grant y posteriormente por el Secretario de Estado Hamilton Fish, en la misma forma, en la residencia particular de éste (1). Estos eran prometedores comienzos.

Pero la realidad era que las gestiones de Morales Lemus a favor del reconocimiento de la beligerancia a los cubanos estaban llamadas a tropezar con el invencible obstáculo de la gigantesca reclamación de los Estados Unidos a Inglaterra por los daños del *Alabama*. Basada esa demanda precisamente en el hecho de que el gobierno de Washington condenaba el reconocimiento de la beligerancia al Sur por el gobierno inglés como un acto en abierta contradicción con las disposiciones del derecho de gentes, érales imposible a Grant y a Fish invalidar sus propios argumentos reconociéndole a los insurrectos la beligerancia en condiciones inferiores a las que habían servido de fundamento a Inglaterra para reconocérsela a los Estados Confederados del Sur.

La repudiación del Tratado Johnson-Clarendon por el Senado de los Estados Unidos en 13 de abril, 1869, con la que estuvo de acuerdo el Presidente Grant, puso término a la obra de acercamiento amistoso entre Estados Unidos y Gran Bretaña, laboriosamente llevada adelante por Seward y por el Secretario de Relaciones Extranjeras británico. El efecto inmediato fué hacer más peligrosa la situación de tirantez existente entre ambos países. Grant declaró públicamente que la desaprobación del Tratado había sido seguida de un sentimiento público en

(1) La Cámara de Representantes cubana, en sesión de 19 de abril, 1869, acordó unánimemente aprobar y ratificar todos los actos del Gobierno Provisional de la Isla, haciéndose especial mención de las diversas autorizaciones otorgadas a Morales Lemus, con el carácter de Ministro Plenipotenciario así como del de Representante, Agente General y Apoderado de la República y de su Gobierno. RODRÍGUEZ, *Vida de J. M. Mestre*, pág. 187.

ambos lados del océano, que no resultaba favorable para un intento de renovar las negociaciones a corto plazo. De acuerdo con ese criterio, envió instrucciones al Ministro de los Estados Unidos en Londres de que las mantuviese en suspenso. A su manera de ver las cosas, entendía que el Gobierno británico participaba de la misma opinión.

Cuando dos gobiernos que sostienen una agria controversia sobre cuestiones de interés nacional en la que resulta afectado el orgullo de cada parte, logran un acuerdo, éste se rompe de una manera ruda, y ambos convienen en la existencia de un sentimiento público desfavorable a todo intento inmediato de continuar la controversia para tratar de llegar a un arreglo amistoso, el camino que peligrosamente se deja abierto es el del uso de la fuerza, la apelación a la guerra. Tal fué la situación creada entre los Estados Unidos y Gran Bretaña a consecuencia de la votación de 13 de abril en el Senado americano y del respaldo y la publicidad dados por éste al discurso de Sumner.

La opinión de Grant sobre los términos del problema creado, expúsola pública y solemnemente al Congreso, en mensaje anual de 6 de diciembre de 1869, fecha en que las relaciones británico-americanas continuaban en igual o mayor grado de tirantez que en el mes de abril. Hacia el término de la última administración firmóse, decía Grant, una Convención en Londres para el arreglo de todas las importantes reclamaciones de los Estados Unidos a la Gran Bretaña, documento que no recibió el consejo y el consentimiento del Senado para ser ratificado. El tiempo y las circunstancias en que se efectuaron las negociaciones de dicha Convención fueron desfavorables para poder ser aceptadas por el pueblo de los Estados Unidos, y las provisiones de la misma, inadecuadas para la reparación de los graves perjuicios recibidos por los Estados Unidos, tal como la demandaban el Gobierno y los ciudadanos americanos. Los daños sufridos a causa del curso seguido por la Gran Bretaña durante la guerra civil, fueron considerables y de varias clases: aumento del tipo de los seguros; disminución de las exportaciones y las importaciones con otras obstrucciones a la industria y a la producción americanas; paralización del comercio extranjero del país; decrecimiento y traspaso a Gran Bretaña de parte considerable de la Marina mercante americana; prolongación de la duración de la guerra; aumento del costo en dinero y en vidas de la supresión de ésta. Tales y tan grandes daños, no podían ajustarse y satisfacerse a la manera de las reclamaciones mercantiles ordinarias que continuamente surgen entre las naciones comerciales. No obstante, la Convención repudiada por el Senado, trató esos daños como si fuesen reclamaciones de tipo corriente, a pesar de que diferían profundamente de ellas, más aún por la gravedad de su carác-

ter que por la magnitud de su cuantía, con ser ésta enorme. En el Tratado o Convención no había una sola palabra, ni de su texto podía derivarse tampoco ninguna inferencia destinada a remover el sentido de enemistad de la política seguida por la Gran Bretaña, en la lucha de la Unión por la existencia, hecho que profunda y universalmente había quedado impreso en el pueblo americano. Una Convención tan mal concebida en su alcance e inadecuada en sus provisiones, no habría de producir el arreglo sincero y cordial de las cuestiones pendientes, el único, declaró Grant, que deseaba establecer entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. Por tales motivos, consideraba que la acción del Senado al rechazar la Convención había sido tomada sabiamente en interés de la paz. Un pueblo sensible, consciente de su poder, como el de los Estados Unidos, prefería hallarse bajo el peso de una gran injusticia pendiente de reparación, que descontento de un arreglo que no satisfacía sus ideas de justicia, ni su grave sentido del derecho a la reparación que demandaba. Las terminantes palabras de Grant significaban que Inglaterra debía ofrecer las reparaciones pedidas por los Estados Unidos, sin términos medios. De otra manera, no habría arreglo posible. La peligrosidad de la situación, descrita en el mensaje, era la misma que existía en toda su fuerza, desde abril de 1869.

El Gobierno inglés, por su parte, convenía en la gravedad de la situación y en las lamentables causas de la misma. Altas autoridades británicas en historia diplomática convinieron posteriormente en declarar que fué un hecho infortunado que los estadistas de su país no hubieran percibido en el caso de la guerra secesionista, la línea existente entre el deber de un Gobierno neutral de no intervenir en la guerra, y el derecho de los nacionales de ese mismo Gobierno, a intervenir a su propio riesgo; y otro hecho más deplorable todavía: que la Cancillería británica hubiera confundido las nociones de un buque como artículo de contrabando, y un buque como expedición militar ilegal. La línea de distinción era suficientemente clara, a juicio de dichas autoridades, en el caso del *Alabama*. Si los estadistas británicos, agregaron también, hubieran conocido la historia de la política y de la doctrina que estaban en el deber de aplicar, habrían percibido dicha diferencia, sin posibilidad de errar.

La reafirmación del principio de la Unión en Norteamérica, a un inmenso costo en vidas y en riquezas, creó una gran potencia, consolidada, robustecida y segura de su fuerza en la fragua de la guerra fratricida. La moderna América surgió de la triunfante emergencia de los "re-unidos" Estados; de una cruenta lucha que amenazó la vida de la Unión americana. Esta emergió victoriosa con un vivo y profundo sen-

timiento, extendido a toda la nación, de mala voluntad y de enconada irritación respecto de la Gran Bretaña, de la madre patria, que le había fallado al pueblo de los Estados Unidos en su terrible crisis. La vacilación de Lord Russell y el imperfecto conocimiento de éste de la historia, produjeron amargos frutos. Maduraban todavía en 1914 —han reconocido los ingleses—, pero una parte de la cosecha alcanzó súbito desarrollo al ocupar Grant la presidencia en marzo de 1869. La prensa, el Congreso y los estadistas americanos, hallábanse decididos a hacer del caso del *Alabama* y de sus buques hermanos la piedra de toque de las futuras relaciones entre los dos países. Engreído por la victoria, un numeroso partido, en rápido aumento, hallábase no sólo tentado, sino ansioso de llegar a una conclusión con la madre patria mediante la guerra. Un historiador británico, Lucien Wolf, en su obra "Life of the First Marquess of Ripon", llegó tan lejos como a decir que "la guerra con América había llegado a ser una cuestión de oportunidad, y que esa oportunidad estaba, ominosamente a la mano" (1).

En esa altamente desfavorable situación de tirantez de relaciones entre americanos y británicos, ratificado en su cargo de representante oficial de la revolución cubana en los Estados Unidos, por la Cámara de Representantes de Cuba, prosiguió Morales Lemus, gestiones en Wáshington para el reconocimiento de la beligerancia de la independencia a Cuba en armas.

Las evidencias históricas son que tanto el Presidente Grant como el Secretario de Estado, Hamilton Fish, en la fecha en que Morales Lemus recibió su confirmación oficial de Ministro Plenipotenciario y Enviado Especial del gobierno de la República de Cuba en los E. U., se hallaban frente a un dilema desagradable: de un lado, estaba la reclamación pendiente a Inglaterra; del otro, la solicitud cubana de reconocimiento de la beligerancia y el interés americano en la cuestión de Cuba. Grant mostrábase decidido a mantener con la mayor energía y la más inquebrantable firmeza la reclamación de daños y perjuicios de carácter nacional a Gran Bretaña, por haber violado el Gobierno inglés, la ley de las naciones al reconocer la beligerancia al Sur, al permitir de una manera o de otra la salida de buques armados de los puertos ingleses destinados a los Estados Confederados, y al dar a la Marina de éstos igual trato en los puertos de las posesiones británicas que a los de la Unión reconociéndoles los mismos derechos. Detrás de la fabulosa suma

(1) WARD, SIR A. W. AND GOOCH, G. P. *The Cambridge History of British Foreign Policy*, vol. III, págs. 63-64.

a que se elevaba la reclamación, estaba el propósito americano de que Inglaterra, al no disponer de medios pecuniarios para el pago de la misma, liquidase ésta en tierras, transfiriendo su soberanía sobre el Canadá a los Estados Unidos. En orden de importancia, la reclamación a los británicos se anteponía a la solicitud cubana del reconocimiento de la beligerancia. En contradicción manifiesta dicha solicitud con los argumentos en que el Departamento de Estado americano basaba su imputación al Gobierno inglés de haber violado los principios y las prácticas de las naciones en cuestiones de reconocimiento de beligerancia y de neutralidad, es vidente que la demanda de Cuba debía diferirse. La prelación correspondía al caso británico. La Administración de Grant ajustó a esa decisión la política a seguir respecto al reconocimiento de la beligerancia a Cuba.

CAPÍTULO XXI

PROMESA FALLIDA DEL PRESIDENTE GRANT

Para Cuba fué un hecho infortunado que el discuso de Sumner, la repudiación del Tratado Johnson-Clarendon por el Senado americano, y el respaldo público de este alto cuerpo a Sumner, presidente de la Comisión de Relaciones Extranjeras, el 13 de abril (1869), coincidiesen, con pocas horas de diferencia, con la terminación de la Asamblea de Guáimaro y la entrada en funciones del Gobierno de la República de Cuba el día 12 del mismo mes. Morales Lemus, Enrique Piñeyro, José Manuel Mestre, José Ignacio Rodríguez, José Manuel Macías, y otros contemporáneos, conocedores como ellos de la situación internacional, lamentaron el infortunio de la coincidencia mencionada, aún cuando no perdieron totalmente la esperanza de que la beligerancia pudiese serle reconocida al fin y al cabo al pueblo cubano en armas por su independencia.

La Cámara de Representantes americana, inspirándose en la fuerte corriente de la opinión pública nacional, se manifestó favorable a los cubanos; por tanto, a la gestión que iniciaba Morales Lemus. Los representantes estaban convencidos de que España, impotente para contener el avance de los cubanos, casi desarmados y sin ejército regular, no intentaría medirse con una nación mucho más poderosa que ella, si el Presidente Grant, haciendo uso del apoyo que la Cámara le brindaba, juzgaba oportuno reconocer la independencia a Cuba ⁽¹⁾. En el Senado, la situación era distinta. El proyecto de reconocimiento tenía en su contra un enemigo poderoso, Sumner, quien en su discurso contra Inglaterra "por haber ésta reconocido demasiado pronto el carácter de beligerantes a los Estados Confederados del Sur", arrastró tras sí la opinión e hizo imposible que Grant procediese con los cubanos de una manera que, aparentemente al menos, podía considerarse semejante a la tan vituperada conducta de Inglaterra con los ex-rebeldes americanos" ⁽²⁾. Ya desde noviembre de 1868, "para evitar dificultades en el problema de la reclamación a Gran Bretaña, las autoridades de Wásh-

(1) MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *La Diplomacia en Nuestra Historia*, Valencia, España.

(2) PIÑEYRO, ENRIQUE. *Morales Lemus y la Revolución Cubana*, pág. 146.

ington habían tenido que ocuparse en tomar medidas para que el pueblo de Nueva York y de otros lugares inmediatos no quebantasen las leyes de neutralidad, y envolviesen al Gobierno federal en dificultades serias, no precisamente por lo que respectaba a España, sino por lo que podía perjudicar a los Estados Unidos en las pretensiones que entonces acariciaban en tan alto grado, de castigar a la Gran Bretaña por su conducta en favor del Sur durante la guerra de Secesión" (1).

Las gestiones de Morales Lemus, muy difíciles ya de por sí, lo fueron en grado sumo a causa de las circunstancias antedichas. No reconocida la República cubana por los Estados Unidos, su agente diplomático carecía de virtualidad, puesto que no fué aceptado ni recibido y no se le concedieron las inmunidades señaladas por el derecho de gentes (2). La historia debe reconocer, en justicia, no obstante, que tanto el Presidente Grant como el Secretario de Estado Fish, mostraron interés a favor de la causa cubana al iniciar Morales Lemus sus gestiones, bien fuesen guiados por sus propias ideas y sus sentimientos, o por entender que debían actuar de conformidad con las simpatías de la opinión americana hacia Cuba. Esa opinión reflejábase repetidamente en las proposiciones de ley que de acuerdo con el sentimiento público y a virtud de las gestiones del propio Morales Lemus y de los emigrados que le secundaban, continuaron presentándose en ambas ramas del Congreso después de la toma de posesión de Grant (3). Instado, además, por algunos amigos que sirvieron de mediadores, Fish recibió en su residencia particular a Morales Lemus y habló con él largamente. Poco antes, el presidente Grant le había concedido al ministro cubano, sin que lo fuese todavía, una audiencia en la Casa Blanca. Ambas entrevistas fueron interpretadas, una vez que se hicieron públicas y las comentó la prensa, como una prueba de consideración al vecero de Cuba y de simpatía a la causa por la cual abogaba éste y se peleaba en la Isla. El excelente efecto que produjeron entre los emigrados y en Cuba libre estos hechos, solo era comparable con los celos y temores que preocuparon al Ministro español en Wáshington, al general Dulce, a los voluntarios en Cuba, y al Gobierno de Serrano y Prim en Madrid.

Tuvo Morales Lemus, desde el primer momento, asimismo, el buen tacto de acercarse al general Rawlings, Secretario de la Guerra en el

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida del Dr. José Manuel Mestre*, pág. 143.

(2) MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *IBIDEM*, pág. 67.

(3) En el Congreso 41º de los Estados Unidos de América, desde el 4 de marzo de 1869 hasta junio 14 de 1870, se presentaron en ambas ramas legislativas 20 proposiciones de ley al efecto. Véase RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida de Mestre*, págs. 150-151.

Gabinete de Grant, y de estrechar con este sincero amigo de Cuba, lazos de simpatía personal y política que llegaron a ser muy estrechos (1). "Conversaban, en sus frecuentes entrevistas, de cuanto con la Isla se relacionaba, y el consejero de Grant daba alientos y esperanzas al diplomático cubano, entregado, sin poderlo impedir, al flujo y reflujo de los acontecimientos. Así llegó a saber Morales Lemus que en las reuniones del Gabinete de Grant el problema de la Gran Antilla era objeto de animadas y variadísimas deliberaciones, y que, a despecho de la resistencia pasiva de Fish, pensaba el Gobierno "hacer algo" en beneficio de la libertad escarnecida en Cuba, mártir de los desafortados voluntarios" (2). Desde antes, el día que Morales Lemus vió abrirse las puertas solemnes de la Casa Blanca, y sin titubear penetró en el salón, severamente decorado, en donde Grant despachaba los negocios de la República, y escuchó de labios del Presidente de los Estados Unidos la frase histórica "Sosténganse ustedes y alcanzarán mucho más de lo que desean", el corazón de Morales Lemus se deslizó, ensanchado, por las vías de la credulidad (3).

La declaración de Grant, muy esperanzadora para los cubanos, hacía patente, sin embargo, que por el momento él no habría de tomar acción alguna. El Presidente de los Estados Unidos les notificaba que debían "sostenerse", es decir, mantener la lucha por sí solos, hasta que él se encontrara en condiciones de poder actuar. Había, pues, obstáculos que le impedían hacerlo en el momento. Respecto a qué obstáculos eran esos y por cuanto tiempo era indispensable que los cubanos se sostuviesen sin armas, pertrechos ni otros medios de hacer la guerra, frente a un enemigo superiormente armado y municionado, nada se traslucía en la declaración de Grant. El sentido particularmente favorable de las palabras presidenciales era que Grant, taciturno, y muy parco en el hablar, distaba mucho de ser un demagogo habituado a hacer promesas a la ligera, sin sentido de su responsabilidad. Apreciándolo así Morales Lemus, tomó la indicación de Grant como expresión positiva de un propósito ulterior favorable a la revolución cubana y a la independencia de la Isla. Esa interpretación, la propia del caso, constituía un sólido motivo para confiar y esperar.

Fuerzas poderosas se hacían sentir, pese a las favorables intenciones de Grant, en oposición a las miras personales de éste, dentro y fuera de los Estados Unidos. El centro de convergencia de dichas fuerzas hallá-

(1) MÁRQUEZ STERLING. Obra citada, pág. 78.

(2) IBIDEM.

(3) MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. Obra citada, pág. 79.

base en el Gabinete del Presidente Grant, marcadamente divididos sus miembros respecto a ciertas cuestiones de política general, estrecha y directamente relacionadas con la cuestión cubana. El Secretario de la Guerra, General Rawlings, compañero de armas y amigo del Presidente, era un decidido partidario, según todas las evidencias históricas, del reconocimiento de la beligerancia a los cubanos. El de Estado, Hamilton Fish, responsable de la política exterior, se manifestaba opuesto a un paso precipitado en la cuestión cubana.

Fish no era un agente activo de la expansión como lo había sido Seward en la Administración de Johnson. Tampoco era un demagogo mal dispuesto hacia Grant, como Sumner. Hombre cauteloso y paciente, sin experiencia diplomática ni ambiciones personales, hallábase ligado al jefe del Gobierno por un fuerte sentimiento de lealtad, hasta el extremo de sacrificar a veces sus opiniones propias para seguir las inspiraciones del Presidente. Dueño de una fortuna considerable heredada de sus mayores, la había manejado desde temprana edad en estrecha asociación con hombres de negocios muy conservadores como él, la influencia de los cuales se hizo sentir a veces sobre sus determinaciones (1). Al asumir las funciones y responsabilidades de jefe de la Cancillería, se enfrentó con tres cuestiones de gran importancia: la reclamación a Gran Bretaña por los daños del *Alabama*, detrás de la cual se hallaba la aspiración de los expansionistas anglófobos a apoderarse del Canadá; la cuestión del reconocimiento de la beligerancia a los revolucionarios cubanos, y el asunto de la anexión de Santo Domingo, auspiciada por la Marina y por Grant (2).

Durante la guerra de Secesión, los viejos rencores con el Canadá, que databan de la guerra de independencia de los Estados Unidos, se habían avivado. En el curso de la guerra sudista, el Canadá había proporcionado asilo a muchos confederados, como lo hizo en la guerra de independencia americana con los habitantes de las trece colonias que se mantuvieron leales a Inglaterra. En el territorio canadiense se tramaron complots contra la Unión y en algunas ocasiones sirvió de punto de partida para incursiones armadas a los Estados de Vermont y Nueva York. La cuestión de Cuba había tomado un carácter de urgencia a causa de las salvajadas y violencias de los voluntarios a partir de fines de enero de 1869, de las deportaciones en masa a los presidios de Africa, de la confiscación de los bienes de los infidentes decretada por Dulce, de la constitución de un gobierno representativo, republicano democrá-

(1) BEMIS, SAMUEL FLAGG. *The American Secretaries of State and their Diplomacy*, Nueva York, 1928, vol. VII, pág. 131.

(2) MORISON, S. E. *The Oxford History of the United States*, vol. II, pág. 380.

tico en Guáimaro, de las crecientes simpatías que ganaba la causa de la independencia de Cuba en los Estados Unidos y de las proposiciones de ley que de acuerdo con ese estado de opinión presentábanse repetidamente por legisladores americanos en la Cámara y el Senado. En el problema dominicano, la Marina continuaba expresando el deseo y encareciendo la necesidad de que se adquiriese la bahía de Samaná. En el grado extremo de pobreza en que vivían y de inseguridad con la amenaza de una invasión haitiana, los dominicanos inclinábanse en buen número a la anexión a los Estados Unidos, retirada España de la Isla, anexión a la cual se mostraban favorables intereses mercantiles y financieros de Nueva York. Grant había sido persuadido sin gran esfuerzo de que el territorio dominicano era de un valor incalculable, por su posición estratégica y su riqueza potencial. Reanudadas por el Presidente General Báez las proposiciones de anexión a los Estados Unidos que en otras ocasiones habían sido hechas, sin ser aceptadas, Grant entendió llegada la oportunidad de incorporar el territorio dominicano a la Unión. Las tres grandes cuestiones inglesa, cubana y dominicana, en el primer plano de la atención del Gobierno debían llevarse de frente. Fish deseaba resolver pacíficamente la controversia con Inglaterra, apoyándose en los principios y las prácticas del derecho internacional vigente en la época, política pacifista con la cual estaban de acuerdo los elementos conservadores y los estadistas más responsables y sensatos de una parte y de la otra. Sentíase inclinado también, cualesquiera que fuesen sus sentimientos y sus ideas, a apoyar la independencia de Cuba, dado el interés de Grant, la disposición resueltamente favorable de Rawlings al reconocimiento de la beligerancia, las simpatías de la opinión pública y el deseo de todo americano de reducir las posesiones y la influencia de los poderes europeos en la América, en particular hasta el Istmo de Panamá y las tierras vecinas, sin descontar la posibilidad de la anexión de Cuba en un futuro más o menos próximo. Respecto de la de Santo Domingo, aceptó secundar a Grant.

La cuestión cubana requería, a juicio de Fish, ser tratada con mucho tacto. La guerra con España debía evitarse tanto como con Inglaterra, por los perjuicios que irrogaría en las condiciones prevalecientes en la Unión y porque era prudente prevenir una coalición de británicos y españoles, a los cuales podrían sumarse otros poderes de Europa contra los Estados Unidos, en proceso de reconstrucción. La política de paz con España era fuertemente apoyada por las clases conservadoras y mercantiles. El Tratado de Navegación y Comercio firmado en 1795 a presión americana sobre el Gobierno español, concedía a los Estados Unidos el derecho de visita a los barcos españoles en caso de guerra, lo

mismo en alta mar que en las aguas jurisdiccionales de Cuba y Puerto Rico. En reciprocidad, para lograr la firma del Tratado, el Gobierno de Wáshington reconoció el mismo derecho a los buques españoles respecto al registro de los americanos, si España se veía envuelta en un conflicto bélico. El reconocimiento de la beligerancia a los cubanos, tenía que basarse en la existencia de un estado de guerra en Cuba. Daba, por tanto, a España, la oportunidad de que su Marina ejerciese ese derecho de registro sobre los barcos mercantes de los Estados Unidos. Los marinos americanos de ningún modo consentirían verse constantemente molestados; se levantaría en el país una algazara ensordecedora contra tales pretensiones por parte de España y no habría más remedio que ir a la guerra, con aumento de la deuda pública en instantes en que la política del Gobierno se inspiraba en el propósito de disminuirla ⁽¹⁾. Fish actuaba, además, inspirado en el propósito de no colocarse personalmente en una posición falsa. Como otros muchos hombres del Norte, él había atacado a los del Sur acusándolos de querer promover una guerra contra España para lograr la anexión de Cuba. En la campaña electoral de 1856, había calificado de "empresa pirática" el empeño de querer lanzar los Estados Unidos a la guerra con el pretexto del incidente del *Black Warrior* ⁽²⁾. Al frente del Departamento de Estado, Fish no quería restarse autoridad y fuerza moral para tratar con los poderes extranjeros, incurriendo en las mismas faltas que le había reprochado a los sudistas ⁽³⁾.

La situación, tal como se deja expuesta, era muy difícil y delicada para Fish. Grant era un soldado; y un soldado que según se le ha juzgado generalmente por los contemporáneos y por la gran mayoría de los americanos hasta hoy, era de escasa cultura. Se caracterizaba por su ingenuidad y su sencillez, verdaderamente candorosas. Su íntimo amigo Rawlins era un soldado también, desconocedor, tanto como Grant, de los principios de la ley de las naciones, de la historia de las aplicaciones de éstos y de las responsabilidades de la diplomacia. Ninguno de los dos se hallaban, como Fish y los funcionarios del Departamento de Estado, en aptitud de apreciar y juzgar las dificultades de la situación internacional, frente a estadistas de la experiencia y habilidad de los

(1) Véase MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *La Diplomacia en nuestra Historia*, págs. 72 y 73; y PIÑEYRO, ENRIQUE, obra citada, págs. 146 y 147. MÁRQUEZ STERLING se apoya en la autoridad de PIÑEYRO, Secretario de Morales Lemus en Washington, que conocía los hechos directamente.

(2) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, págs. 500-502; ETTINGER, A. A. *The Mission to Spain of Pierce Soule*, págs. 246-247; BECKER Y GONZÁLEZ, GERÓNIMO. Obra citada, págs. 304-310, y 327-335.

(3) BEMIS. Obra citada, vol. VII, pág. 138.

británicos. Dada la cuestión planteada con éstos, Fish no podía proporcionarles un arma decisiva contra los Estados Unidos, reconociendo la beligerancia a los cubanos como Inglaterra se la había reconocido al Sur. Hacerlo era convenir en que el reconocimiento de la beligerancia por el gobierno inglés a los Estados Confederados, había sido imperativo y se ajustaba al derecho internacional vigente. Por otra parte, Fish tropezaba con la dificultad adicional de que no quería establecer principios demasiados estrechos respecto de la beligerancia, deseoso como se hallaba de tener en cuenta las ideas y los sentimientos de Grant y de dejar siempre una puerta abierta a la acción de los Estados Unidos, según las circunstancias, en la cuestión de Cuba.

Incidentes y hechos referentes a la cuestión dominicana no tardaron en venir a robustecer la posición de Fish en el Gabinete y ante Grant. Sin consultar a Fish ni a ninguno de los miembros de su Consejo de Secretarios, Grant, persuadido de la conveniencia de que los Estados Unidos se anexasen a Santo Domingo por razones militares y económicas, logró un Tratado de anexión con el presidente dominicano General Báez. Fué firmado por éste y por Orville E. Babcock, Secretario nominal privado de Grant, sin representación diplomática ni poderes de ninguna clase para suscribir un convenio, en relación con hombres de negocios americanos.

Grant, en una reunión de su Consejo de Secretarios, comenzó por exponerles en una sala de la Casa Blanca una serie de muestras de las riquezas minerales y de otros productos del territorio dominicano, y ya comenzada la sesión del Consejo, dió cuenta a éste del tratado de anexión firmado con Báez, y expresó con gran sorpresa de los miembros del Gabinete, que aunque reconocía que el tratado carecía de los requisitos diplomáticos necesarios, él entendía que éstos podrían llenarse sin dificultad para dársele validez efectiva al convenio. En posición desairada ante sus colegas, Fish presentó su dimisión terminado el Consejo. A ruegos insistentes de Grant, formulados con la mayor ingenuidad y el mayor encarecimiento, no sólo la retiró y accedió a continuar en el Gabinete, sino se consideró obligado a apoyar a Grant en el plan de anexión de la República Dominicana. Otorgó poderes en debida forma a Babcock, lo envió a Santo Domingo y legalizó y firmó un nuevo convenio de anexión. Después de una visita que se allanó hacerle a Sumner en la propia casa de éste para pedirle su apoyo al convenio, Grant creyó que el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado ayudaría a obtener en el alto cuerpo votación favorable al Tratado anexionista; pero Sumner, enemigo en el fondo de Grant, se opuso al Tratado y logró una votación contraria a la ratificación. La

irritación de Grant, que se estimó burlado, fué muy intensa; su rompimiento con Sumner y los senadores que seguían a éste, violento y completo. Fish, que en contraste con Sumner había apoyado lealmente a Grant en el asunto de Santo Domingo, aún cuando no participaba completamente de las ideas de Grant sobre la anexión, se ganó el agradecimiento del Presidente, quien, por un sentimiento de gratitud a Fish, se creyó obligado a dejarle a éste manos libres en el problema cubano, complicado, como repetidamente se ha expuesto, con la cuestión pendiente con Inglaterra ⁽¹⁾.

Cerrado el camino del reconocimiento de la beligerancia a juicio de Fish, éste, después de su entrevista con Morales Lemus se decidió, con el asentimiento de Grant y la aprobación del Gabinete, a favor de un plan de mediación de los Estados Unidos entre España y Cuba insurrecta, con el objetivo de lograr la independencia cubana. El plan parecía hacedero. España reconocería la independencia de Cuba. Esta pagaría a España una suma en compensación del completo abandono por la Metrópoli de todos sus derechos sobre la Isla, inclusive de las propiedades públicas de todas clases. Los Estados Unidos actuarían como mediadores. Sin más derramamiento de sangre y destrucción de riquezas, la independencia de Cuba quedaría asegurada. Evitaríase la guerra con España, los honores del arreglo corresponderían a la Administración de Grant y Cuba quedaría obligada por el servicio recibido.

Según una versión histórica merecedora de ser tomada en consideración, el plan fué llevado a la mente de Fish por un cubano, Domingo Ruiz, residente en Wáshington, de larga tradición anexionista y separatista desde 1848, persona acomodada, que mantenía relaciones de amistad con el Secretario de Estado y era amigo también de Morales Lemus ⁽²⁾. Los motivos que indujeron a Fish a decidirse a favor de la mediación, hay que encontrarlos en el fondo conservador de su política y en el propósito de atender a los deseos de Grant, inclinado a favor de Cuba, y a los insistentes deseos de la opinión pública, con repercusión en el Congreso. Carlos del Castillo, a quien puede suponerse conocedor de los hechos, ofrece la versión de que Domingo Ruiz influyó considerablemente en la decisión de Fish ⁽³⁾. Según Enrique Piñeyro, Paul S. Forbes, hombre de negocios amigo de Grant, de Fish y de otros personajes políticos americanos, que en un viaje por Europa estableció relaciones personales con Prim en España, ejerció mucha influencia tam-

(1) RHODES, JAMES FORD. Obra citada, vol. VI, pág. 460; BEMIS, SAMUEL. Obra citada, vol. VII, pág. 147.

(2) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. Obra citada, págs. 146 y 147.

(3) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 801 y 802.

bién. Extendidas las relaciones de Forbes a otros miembros del Gobierno español, dedujo de algunas impresiones recibidas por él, que a Prim y a varios de sus colaboradores en el Gabinete no les repugnaba la idea de desprenderse de la Isla de Cuba mediante una fuerte indemnización. Reconociendo la importancia del asunto, Forbes comunicó la deducción que había hecho a sus amigos del Gobierno en Wáshington. Una mediación de los Estados Unidos para asegurar la independencia de la Isla a base de una indemnización de Cuba a España, podía ser, a juicio de Fish, realizable sin gran dificultad. Sometió el asunto a la consideración del Presidente Grant y del Gabinete y obtuvo la aprobación de ambos. El historiador español Pirala ofrece la versión de que la presencia de Forbes en Madrid se debió, desde el primer momento, a haber sido enviado como agente secreto con respecto a la mediación por el Gobierno de los Estados Unidos. La revolución efectuada en España en 1868 fué considerada por la República norteamericana, como una buena oportunidad para el logro de sus constantes aspiraciones respecto de Cuba. En tal virtud, el Departamento de Estado envió de agente confidencial del Gobierno para explorar el ánimo de los gobernantes españoles a Forbes, comerciante que no habría de despertar sospechas, amigo de Grant y de sus ministros (1). Las versiones anteriores no aclaran de qué manera sugió la idea de la mediación en el ánimo de Ruiz y en el de Forbes, en el supuesto de que éste no hubiese ido a España desde el principio con el carácter de agente secreto. Ruiz y Forbes, intervinieron sin duda en el asunto, pero la idea originaria difícilmente es admisible que partiese del uno o del otro.

El plan de conquistar la independencia por medio de una indemnización de los cubanos a España, parece que indudable que tenía raíces más profundas que las que sugieren las versiones anteriores. Anteriormente a la salida oculta de Morales Lemus para los Estados Unidos en 30 de enero de 1869, era natural que en la mente de muchos cubanos hubiese surgido la idea de alcanzar la independencia por el medio indicado. Existía un antecedente que hacía admitir dicha posibilidad. En 1866, Prim, Olózaga y otros "progresistas" peninsulares exilados en París, procuraron obtener apoyo financiero de los reformistas cubanos para la causa de la revolución española en preparación. Por diversos conductos, entre ellos el de José Antonio Saco, con quien los desterrados españoles del "progresismo" estaban en contacto en París, propusieron a Morales Lemus y a otros comisionados cubanos a la Junta de Información, que los liberales de Cuba contribuyeran a financiar la revolución en proyecto, con la suma de \$ 500,000. En correspondencia a este

(1) PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. i, págs. 787 y 788.

servicio, una vez asegurado el triunfo de la libertad en España, el Gobierno que los exilados habrían de constituir quedaría de antemano obligado a cederle a Cuba las más amplias libertades políticas y una completa autonomía en el manejo de los asuntos insulares (1). No asintieron los reformistas a la petición, muy peligrosa en el momento en que se dirigían a Madrid para la celebración de la Junta, en la que se cifraban no pocas esperanzas. En el poder los progresistas, a virtud de la Revolución de septiembre (1868), cabía pensar en la posibilidad de un más amplio arreglo con ellos, ya que Serrano y Prim hallábanse en necesidad de consolidar su victoria, no muy firme en España. Una larga y costosa guerra en Cuba, podía hacer fracasar o hacer mucho más difícil la consolidación del Gobierno progresista, obligándole a distraer grandes fuerzas en Cuba e incurrir en gastos considerables en la difícil situación en que se hallaba el Tesoro español. La concesión de la independencia a Cuba pondría término inmediatamente a la revolución en la Isla, aseguraría una fuerte indemnización al Gobierno progresista y, además de ser un testimonio del verdadero espíritu liberal de éste, redundaría en gloria y honor de España (2).

En Cuba, donde todavía en los primeros días de enero de 1869, al sustituir Dulce a Lersundi el día 4, la guerra no había tomado el carácter horrible que asumió después, Céspedes conservaba aún la sede de su gobierno en Bayamo. No parecía quimérico, enviado Dulce a la Isla con planes de pacificación por los progresistas, entrar en arreglos del tipo mencionado. La Junta Revolucionaria de la Habana, en la que figuraban personas de mucha capacidad, experiencia y elevada posición social, como Morales Lemus, José Manuel Mestre, José Antonio Echeverría, Antonio Fernández Bramosio y otros —inclusive Miguel Aldama—, creyó en la posibilidad del plan mencionado. En sesión de 8 de enero, 1868, discutió el asunto, lo consideró realizable y designó a Morales Lemus para que pasase a los Estados Unidos a gestionar la realización del plan, de acuerdo con Valiente, inclusive la mediación del Gobierno de los Estados Unidos (3). Cuatro días más tarde, en doce de

(1) GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de Historia de Cuba*, pág. 643.

(2) Diplomáticamente, Céspedes, en su Manifiesto del 10 de Octubre, 1868, hizo una sugerencia de arreglo con España, con la declaración de que si la Metrópoli se allanaba a reconocer la independencia a Cuba, ésta le abriría los brazos como hija de una buena madre. Céspedes no podía esperar que el Gobierno español se decidiese a seguir tal política sin compensación financiera.

(3) PIÑEYRO, ENRIQUE. *Morales Lemus y la Revolución Cubana*. "En la última junta secreta de los Laborantes en 8 de enero, se acordó que Morales Lemus, miembro de su Comité Ejecutivo, saliese para Nueva York", pág. 81. El nombre de Morales Lemus no se consignó en la carta del 12 a Céspedes por el natural temor de que cayese en manos de los españoles, estando todavía Morales Lemus en la Habana.

enero, en una extensa comunicación a Céspedes, la Junta dió cuenta a éste del plan mencionado y solicitó que invistiese al comisionado de la Junta en los Estados Unidos de los poderes necesarios para que sus gestiones tuviesen carácter oficial. En esa misma comunicación, ya citada en otra parte de esta obra, la Junta informó a Céspedes que nombraría un comisionado para Madrid. Se le ordenaría que fuese antes a los Estados Unidos, a fin de que, de acuerdo con los otros dos comisionados, Valiente y Morales Lemus, y con el Gobierno de Grant si fuese posible, tratase de escogitar los medios de conseguir el reconocimiento por España de la independencia de Cuba. La Junta, decía ésta a Céspedes, "no creía esto difícil si se manejaba bien y si se hacía algún sacrificio". Si la gestión se hacía con acuerdo del comisionado en los Estados Unidos, "podría obtenerse la garantía del Gobierno americano si España lo exigiese".

Para evitar susceptibilidades de los revolucionarios en armas, la Junta manifestaba a Céspedes, que no dudaba del triunfo de las tropas republicanas ni pretendía excusar sacrificios personales; pero consideraba que mientras menos tiempo durase la guerra, menores serían las pérdidas, y menos largo el periodo que se necesitaría para que la Isla se viese en la mayor prosperidad. En 8 de enero, fecha en que la Junta discutió y aprobó el plan, cuatro días después de haber desembarcado en la Habana y asumido el mando el general Dulce, escogido exprofeso por el gobierno de Serrano y Prim para sus propósitos pacificadores, y el día 12, fecha en que la Junta escribió a Céspedes, las circunstancias parecían propicias para un entendimiento con España a base de la independencia. Los acontecimientos, sin embargo, habrían de precipitarse y hacerlas cambiar con rapidez en sentido desfavorable. En primer lugar, prodújose la victoria de Valmaseda sobre los cubanos en el Salado y en el Cauto, del 9 al 14 de enero; en seguida, la ocupación de Bayamo, destruída por el incendio, testimonio de la decisión de los insurrectos de no reparar en sacrificios de ninguna clase para la conquista de la independencia. En segundo lugar, el 22 de enero ocurrió el ataque al teatro Villanueva por los voluntarios de la Habana, seguido de las sanguinarias violencias de éstos en los restantes días del mes. En tercero, el asesinato de Augusto Arango en Puerto Príncipe, el día 26, con el consiguiente fracaso final de los comisionados de Dulce enviados a Camagüey y a Oriente, el día 28. Antes de escapar a los Estados Unidos el 30, Morales Lemus acordó con Miguel Jerónimo Gutiérrez y Eduardo Machado el alzamiento de Las Villas, que se efectuó el 6 de febrero. La noticia de la insurrección villareña provocó en el Gobierno de Madrid, todavía esperanzado en un arreglo pacífico, una impresión pro-

funda de ira y de soberbia. Incontinenti, dictó las drásticas órdenes a Dulce, citadas en otro lugar, transmitidas por cable, de hacer la guerra a muerte a la revolución y de dejar sin efecto todas las libertades ya concedidas, medidas con las cuales manifestó su entera conformidad el Capitán General ⁽¹⁾.

En efecto, Dulce, por decreto de 12 de febrero, 1869, inició una política de extrema represión, más dura y severa que los procedimientos puestos en práctica por Lersundi de 10 de octubre a 4 de enero ⁽²⁾. Todos estos hechos sucedieron con rapidez vertiginosa en cuestión de una quincena. Transformaron la situación radicalmente, y desvanecieron las posibilidades inmediatas del plan de la Junta Revolucionaria de la Habana, de tratar de obtener la independencia de Cuba mediante la compensación a la Metrópoli de 100 millones de pesos, cifra que parece haber sido el cálculo inicial. Ya en los Estados Unidos Morales Lemus, investido de amplísimos poderes de la revolución y de la presidencia de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, concentró entonces sus esfuerzos, de acuerdo con sus amigos y colaboradores de la emigración y de Cuba, en lograr que se unificase el centro revolucionario en la Isla y se constituyese un Gobierno representativo del pueblo cubano en armas. Estimábalo un requisito previo esencial para gestionar el reconocimiento de la beligerancia tan pronto tomase posesión Grant de la presidencia de los Estados Unidos en 4 de marzo. Si se obtenía el reconocimiento de la beligerancia, al Gobierno cubano se le facilitaría intensificar y hacer más efectiva la acción militar, vencer a España y echarla de la Isla, o crearle una situación que la obligase a la renuncia de su soberanía en Cuba mediante una compensación financiera.

Aún después de concentrar todos sus esfuerzos en lograr el reconocimiento de la beligerancia y en continuar el envío de expediciones a Cuba, Morales Lemus no renunció a la idea de un arreglo con España a base de la independencia. Uno de sus destacados amigos y compañeros del reformismo, Nicolás Azcárate, quien siguió creyendo en las ventajas y la posibilidad de un régimen ampliamente autonómico para Cuba, sin romper los vínculos con la Metrópoli, residía en Madrid y mantenía relaciones con Serrano, Prim y otros ministros y personalidades políticas españolas, decidió escribirle a Morales Lemus respecto del particular. El representante de la República de Cuba en los Estados Unidos, contestó a Azcárate en carta fechada en Filadelfia a 15 de mayo de 1869. Expúsole en la misma detalladamente las razones que hacían imposible

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 308.

(2) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 751-752.

todo arreglo con España que no estuviese basado en el reconocimiento de la independencia, solución ésta estimada por Morales Lemus igualmente favorable para España que para Cuba. Bastaba ya de recíprocas inculpaciones, a juicio del Agente cubano. No debían concitarse más los odios ni exaltarse los ánimos con invocaciones fuera de propósito al honor nacional. La honra de una nación, no consistía en obstinarse en un sistema errado. No se cifraba en mostrarse rebelde al progreso de los países que había poblado, ni contraria en ellos a los principios que para sí misma proclamaba. No debía parecer injusta con sus propios hijos, ni agotar sus recursos para sostener en lejanas tierras una guerra fratricida, en defensa de un régimen despótico y de aspiraciones e intereses bastardos. La honra, la gloria de un gobierno consistía en ser justo, en reconocer las señales de los tiempos. Glorioso sería para España y los hombres que regían sus destinos, demostrar al mundo que, en efecto, había pasado ya la época de su dolorosa regeneración, y que al surgir de su última transformación, salía de ella embellecida con los brillantes colores de la justicia, la inteligencia y la civilización, que el despotismo se había afanado tanto en manchar para siempre, al dirigir la nave del Estado. Honroso sería para la nación española, y glorioso para sus gobernantes, el ofrecer al mundo el testimonio de que la antigua hidalguía castellana, y la inteligencia y rectitud de sus prohombres no se extraviaban por las sugerencias de un falso orgullo o de un interés mal entendido, ni se dejaban dominar por vulgares preocupaciones. Con el reconocimiento de la independencia, España se levantaría a gran altura y atraeríase la gratitud y el amor de sus hijos cubanos. Obtendría además todas las ventajas comerciales, políticas y sociales que naturalmente le corresponderían por los vínculos de familia y por su noble y cuerdo proceder. Sus relaciones con Cuba lograrían mucho mayor provecho, en una vía más grata y estable. Urgía ocuparse en salvar la honra y los intereses bien entendidos de España, otorgando a Cuba su independencia con un tratado decoroso para todos (1). Fechada la carta a 15 de mayo, la conclusión final arriba expresada, la consignó Morales en una post-data de 4 de junio.

Dados los antecedentes expuestos, no es de extrañar que Morales Lemus, aunque excéptico en cuanto al buen éxito del plan de Fish, por ser conocedor de la psicología española, y a causa del cambio radical que se había operado en Cuba desde fines de enero, se allanase a aceptar y secundar el proyecto de mediación del Secretario de Estado americano, una vez que éste le expresara, en entrevista privada de 29 de junio,

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ LEONARDO. Obra citada, págs. 298-292.

la imposibilidad, por el momento, de acceder a reconocer la beligerancia a los insurrectos cubanos.

Por las explícitas manifestaciones de Fish y por el tenor de los párrafos de las instrucciones por él leídos a Morales Lemus, preparadas para el General Sickles, que acababa de ser nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos en Madrid para llevar adelante el proyecto de mediación, Morales Lemus comprendió que ésta era cosa resuelta, definitivamente decidida por el Gobierno de Wáshington. Era inoficioso oponerse a ella. Parecía indudable, además, que si cuajaba el proyecto habría de ser inmensamente beneficioso para Cuba. Si no, nada se habría perdido ⁽¹⁾.

La realidad era que el Gobierno de los Estados Unidos seguía su propio curso, de conformidad con sus miras, sus intereses del momento y el propósito de evitar una posible guerra con España, a la cual se opondrían en los Estados Unidos los elementos conservadores y los liberales, conjuntamente. Los primeros, por consideraciones de orden económico, referentes a la interrupción del tráfico mercantil y al aumento de los impuestos. Los segundos, porque confiaban en que el gobierno de la revolución de septiembre podría llegar a establecer y consolidar el régimen republicano en España, obra a la cual no deseaba la opinión liberal americana que se le creasen dificultades en los Estados Unidos.

Los razonamientos de Fish convenían, sustancialmente, con las arraigadas ideas de Morales Lemus. Conforme le había manifestado a éste el Secretario de Estado americano, los cubanos peleaban contra los españoles para conseguir la independencia. Dispuestos los Estados Unidos a echar en la balanza el peso inmenso de su intervención para ayudarlos a que la obtuviesen, era muy inconveniente plantear exigencias y provocar conflictos que no podrían conducir sino a la prolongación de la guerra en Cuba. El reconocimiento de la beligerancia llevaría a ese resultado, a juicio de Fish, y haría, desde luego, imposible la mediación ⁽²⁾.

Inseguro respecto del éxito del plan de Fish, dado el cambio de la situación en Cuba, Morales Lemus entendió, no obstante, que era su deber aceptarlo y suscribió, en consecuencia, en su carácter de "Agente autorizado del Partido Revolucionario de Cuba", como lo llamó Fish, el plan de mediación.

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. Obra citada, pág. 149.

(2) MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *La Diplomacia en nuestra historia*, págs. 80 y 81.

LIBRO SEXTO

CAPÍTULO XXII

EL SOMETIMIENTO CUBANO: SOLUCION UNICA DE ESPAÑA

Morales Lemus conocía mucho mejor que Hamilton Fish el carácter español; la debilidad inherente, pese a todas las apariencias en contrario, de los gobiernos españoles, apoyados no en la voluntad de una mayoría firme y consciente de la nación, conocedora esa mayoría de la gravedad de ciertos problemas y de los insuficientes medios efectivos disponibles para hacerles frente en cada caso, sino obra de pronunciamientos militares, intrigas paciegas, confabulaciones políticas de personalidades influyentes y de grupos interesados solo en sus objetivos particulares; gobiernos sin verdadera fuerza, sin elevado sentido moral, ni concepto de su responsabilidad, respecto a las cuestiones vitales de la nación. Con gobiernos de ese tipo —y el que era producto de la revolución de septiembre no pasaba de ser uno de tantos—, resultaba empresa vana esperar un proceder elevado de estadista y gobernante con coraje suficiente para exponer realidades desagradables al sentimiento español y correr el riesgo de la impopularidad y el descrédito ante las imputaciones de los adversarios políticos. A España, desgraciadamente, en la cuestión de la independencia de Cuba, aún concediéndola en las mejores condiciones para los intereses vitales permanentes del pueblo español, sólo podía hacérsele entrar en razón constriñéndola por medio de una presión y una fuerza exteriores ante las cuales a los gobernantes españoles no les quedase más alternativa que exponer los hechos a la nación y aconsejarle a ésta el proceder más sensato y razonable dadas las circunstancias, o decidirse a abandonar el poder. No era, por cierto, un gobierno como el septembrista, el que podía afrontar un dilema como el expuesto, a menos de verse forzado a hacerlo por una fuerza exterior incontrastable. Pensando y sintiendo de esa manera, Morales Lemus entendía, a la inversa de Fish, que el reconocimiento de la beligerancia debía ser un paso previo a la oferta de buenos oficios, único modo de que España la tomase en serio y apreciase los firmes propósitos del go-

bierno de los Estados Unidos. No obstante, no se sintió moralmente autorizado para rechazar la mediación americana, según se dejó expuesto en otro lugar.

El plan de Fish se ajustaba a las siguientes bases:

- I. España reconocerá la independencia de la Isla de Cuba;
- II. Cuba pagará a España, en la forma y plazos que se acuerden una suma equivalente al completo y definitivo abandono, por parte de la segunda, de todos los derechos sobre la Isla, incluyendo propiedades públicas de toda especie. Si Cuba no pudiese pagar la suma al contado, de una vez, los plazos futuros, sus intereses se asegurarán con los productos de las aduanas conforme al convenio que acuerden las partes;
- III. Se decretará la abolición de la esclavitud en la Isla de Cuba;
- IV. Se hará un armisticio durante las negociaciones.

Aprobadas por Morales Lemus estas bases, Fish le pidió también la firma de un escrito en el que se fijaba la suma de 100 millones de pesos como cifra máxima de la indemnización.

En la misma entrevista, el Secretario de Estado norteamericano **dió** a conocer al agente de Cuba insurrecta las instrucciones ya preparadas para el general Sickles. Lo esencial de esas instrucciones era la declaración de que los Estados Unidos proponían su mediación a España para poner término a la *guerra civil* que asolaba la Isla. La expresión guerra civil, decíase a Sickles en las instrucciones, no implicaba reconocimiento público de los insurrectos cubanos como beligerantes. Usábase, sí, premeditadamente, para significar un estado y condición de la lucha, que harían injustificado el retardo, por mucho tiempo más, de la concesión de derechos de beligerantes a los cubanos en armas. Si los españoles oponían reparos a la frase, Sickles debía declararles que se usaba con premeditación, y añadir que en caso de larga demora o de negativa por parte de España, la consecuencia lógica sería el inmediato reconocimiento de la beligerancia como una necesidad, probablemente, para los Estados Unidos.

Con el orgullo del poderío de su país, Fish se sentía optimista respecto del éxito completo y rápido de su plan, según manifestó a Morales Lemus. Los emigrados, díjole a éste, podrían celebrar la cena de Navidad en Cuba libre.

Resuelta por Fish la mediación y obtenido el asentimiento de Morales Lemus, el Secretario de Estado despachó a Forbes para Madrid, provisto de una carta en que se le acreditaba como enviado confidencial. Forbes debía hacer uso de sus relaciones amistosas con Prim y sus

ministros, para preparar el camino a la gestión diplomática oficial encomendada a Sickles.

A su arribo a Madrid, el mediador oficioso pudo apreciar muy pronto que una cosa era cambiar ideas en privado con Prim y otras personalidades españolas sobre los problemas y las dificultades de la Metrópoli en Cuba, grave complicación para el Gobierno septembrino, y otra muy distinta el tratar de formalizar en principio un plan de mediación de los Estados Unidos, a base de la independencia de Cuba. En efecto, Forbes advirtió al iniciar sus gestiones en Madrid, que Prim (lo mismo que los Ministros de su Gabinete) manifestábase mucho menos franco y abierto que antes y no recibía con favor la mediación sobre tal base. Inexperto en los procedimientos diplomáticos, Forbes, sorprendido desagradablemente, vióse forzado a paralizar sus gestiones en espera de Sickles, el enviado oficial, a quien Prim y sus ministros no podían excusarse de recibir para discutir todas las cuestiones ⁽¹⁾.

A su llegada a la capital española en 27 de julio, informado por Forbes del aparente cambio de actitud de Prim, Sickles resolvió no presentar desde el primer momento la oferta de buenos oficios en forma de nota formal al gobierno español.

Ya él había adelantado al Subsecretario de Estado, Davis, en telegrama del mismo día 27 de julio, que el Regente, Serrano, se hallaba en La Granja; que él presentaría sus credenciales al siguiente día; y que solicitaría inmediatamente una entrevista con el Ministro de Estado, e informaría. La disposición era buena. El hacer cumplir las leyes de neutralidad y abstenerse de reconocer los derechos de beligerancia a los cubanos, habían conciliado al gobierno español, a la opinión y a la prensa ⁽²⁾.

Impaciente Fish, cablegrafió a Sickles el 29 instruyéndole de que una pronta decisión sobre la propuesta de mediación era extremadamente importante. Debía apresurarse. Las autoridades de Cuba eran impotentes para proteger la vida de los ciudadanos americanos. Para no complicar las cosas, al someter la propuesta o al negociar, no debía

(1) En comunicación de Sickles a Fish, fechada en 12 de agosto de 1869, aquél le informaba lo siguiente: "A mi llegada, Forbes me informó, que no había presentado su carta al Ministro de Estado; que el General Prim, a quien había informado del propósito de las proposiciones contenidas en sus instrucciones, no lo había recibido favorablemente; y que, como el Presidente del Consejo, según tenía entendido Forbes, era más inclinado a las miras americanas que sus colegas, el enviado oficioso había determinado esperar a la llegada de él, Sickles, antes de tener ninguna comunicación con el Ministro de Estado". "Correspondence between the Department of State and the United States Minister at Madrid and the Consular Representative of the United States in the Island of Cuba, and other papers relating to Cuban Affairs transmitted to the House of Representatives and obedience to a resolution." Washington, Government Printing Office, 1870.

(2) *IBIDEM*, págs. 17 y 18.

establecer conexión alguna entre Cuba y Puerto Rico ⁽¹⁾. Apremiado Sickles en esta forma, en cablegrama del 31 informó que había ofrecido los buenos oficios del Presidente Grant al Ministro de Estado, Silvela. Este le había replicado que consultaría con sus colegas. La entrevista había sido cordial, si bien el Ministro la había limitado a los preliminares. Prim lo recibiría al siguiente día.

Los posteriores despachos de Sickles a Fish, son muy importantes históricamente. Fijan la actitud de los ministros españoles desde el primer momento como los anteriores fijan la de Fish. El mismo día de su entrevista con Prim (1º de agosto), Sickles informó por cable a Fish haberle comunicado a Prim, informalmente, las bases de la convención. Este había insistido en que le dijese cuanto darían Cuba y Puerto Rico. Contestó él que no tenía instrucciones, pero sugirió que podrían ser 125 millones de dólares. España, le replicó Prim, podría arreglar los preliminares con los Estados Unidos y conceder, la *autonomía* a Cuba y a Puerto Rico, por un equivalente satisfactorio, tan pronto cesasen las hostilidades. Prometiéndole Prim, además, dar cuenta de todo al Consejo de Ministros en la noche del mismo día; el ministro de Estado, Silvela, le transmitiría a él, Sickles, lo que resolviese el Consejo. Conocedor de la impaciencia predominante en Wáshington, Sickles cablegrafió el 6 a Fish, que Prim le había informado que una súbita enfermedad del ministro de Estado era la causa de la demora de la respuesta española a la oferta de buenos oficios.

La enfermedad "diplomática" de Silvela —subterfugio para ganar tiempo— duró nueve días. Al cabo de ellos, Sickles logró entrevistarse con el ministro de Estado español. Muy poco satisfactoria la entrevista, Sickles se dirigió nuevamente a Prim, de quien obtuvo una audiencia para el día 10, pospuesta para el 12 ⁽²⁾. En cartas del 12 y del 14 de agosto, Sickles transmitió a Fish información detallada de sus entrevistas con Silvela y con Prim, pero antes de que las cartas hubiesen podido llegar a Wáshington, anticipó a Fish por cable, el día 13, la respuesta española. Prim, informó Sickles a Fish en la carta del 12, expresóse con mucho calor, "protestó que España no aceptaría la sugestión de un armisticio con los insurgentes, ni consideraría la cuestión de independencia de Cuba, mientras los insurgentes se mantuviesen en armas contra el gobierno"... El, Sickles, sondeó a Prim entonces sobre la proposición de una conferencia en Wáshington, en la cual España, Estados Unidos y Cuba podrían estar representados, pero Prim rechazó inmediatamente la sugesión, manifestando "que Cuba sólo podía ser oída

(1) *IBIDEM*, pág. 18.

(2) "Correspondence, etc.", págs. 19 y 20.

por España, mediante diputados electos para representarla en las Cortes; que España podía tratar con los Estados Unidos, no con Cuba" (1).

Las contraproposiciones españolas eran las siguientes: *Primera*. Los insurgentes depondrían las armas. *Segunda*. España otorgaría simultáneamente una plena y completa amnistía. *Tercera*. El pueblo de Cuba votaría, con sufragio universal, sobre la cuestión de su independencia. *Cuarta*. Si la mayoría se declarase por la independencia, España la concedería, "si las Cortes lo consintiesen". Cuba pagaría un equivalente satisfactorio garantizado por los Estados Unidos (2).

Tan pronto como los preliminares quedasen arreglados, se concederían salvoconductos a través de las líneas españolas, para la comunicación con los insurgentes. Prim, terminaba Sickles, quería que se guardase el mayor secreto respecto da ésta y de todas las demás comunicaciones (3).

En la fecha en que Fish recibió el cablegrama de Sickles, con las bases, no se hallaba en Wáshington, sino en una casa de campo de su propiedad en las orillas del río Hudson, donde debían enviársele inmediatamente cuantas comunicaciones se recibiesen de Madrid. El 14 (agosto) llegó el cablegrama con las bases a su poder, y el 15 citó a Morales Lemus para informarle de las mismas y resolver sobre la contestación. Ambos convinieron, sin necesidad de discutir el asunto, que las proposiciones de Prim eran un subterfugio o un engaño. Apreciada en esa forma la respuesta de Prim, Fish contestó inmediatamente a Sickles, rechazando las bases españolas como impracticables (4). En cablegrama de 16 de agosto, instruyó al ministro americano en Madrid de que urgía la aceptación de las bases propuestas por los Estados Unidos. Debía notificar al Gobierno español que si la situación se prolongaba y la mediación no se hacía efectiva, el Gobierno de los Estados Unidos podría verse conducido a reconocer la beligerancia a los cubanos. Al mismo tiempo, Fish llamó a López Roberts, Ministro de España en Wáshington, y le manifestó que a menos de aceptar España inmediatamente lo propuesto por el Gobierno americano, seguiría el reconocimiento de los insurrectos de Cuba como beligerantes (5).

En las cartas de Sickles a Fish, de 12 y 14 de agosto ya mencionadas, recibidas en Wáshington con posterioridad al telegrama del 13, el

(1) "... that Spain might treat with the United States, not with Cuba." Correspondence ..., pág. 21.

(2) IBIDEM, pág. 22.

(3) IBIDEM.

(4) PIÑEYRO, ENRIQUE. Obra citada, págs. 95 y 96.

(5) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, pág. 793.

Ministro en Madrid ofreció al Secretario de Estado una amplia relación de sus entrevistas con Silvela y Prim. En su primera visita a Silvela, el 31 de julio, Sickles abordó inmediatamente, después de las cortesías preliminares, el asunto para el cual había solicitado la entrevista, manifestándole al Ministro español que deseaba una amplia y franca conversación respecto de Cuba. La inmediata respuesta de Silvela fué que la cuestión cubana era una de las más graves que preocupaban al gobierno en el momento; que él había hablado con el presidente del Consejo de Ministros sobre el asunto, y se hallaba preparado para escuchar las miras que Sickles le presentase.

El Ministro americano procedió a manifestar que el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos sentían una viva simpatía por los esfuerzos recientemente hechos por el pueblo de España en la gran labor de reorganización nacional y que era el más ardiente deseo del Presidente Grant evitar todo cuanto pudiera crearle dificultades al Gobierno de España en el momento. Como prueba de ello, mencionó la escrupulosa observancia por el Gobierno de los Estados Unidos de todas sus obligaciones internacionales, y el estricto cumplimiento de las leyes de neutralidad en lo tocante a la insurrección de Cuba. Señaló al propio tiempo las estrechas relaciones de la población de los Estados Unidos en conexión con Cuba, el vecino más próximo, y las relaciones comerciales y de intercomunicación entre ellos. Añadió que era natural que en los Estados Unidos se hubiera desarrollado una profunda simpatía por el pueblo cubano, particularmente porque muchos de los ciudadanos de los Estados Unidos veían que los cubanos estaban luchando por los mismos principios de gobierno propio adoptados por los norteamericanos.

Si era verdad, como se creía, que una mayoría del pueblo de Cuba deseaba terminar su relación de dependencia con la madre patria, al Presidente Grant le parecía que en esto los cubanos estaban siguiendo el curso general de los acontecimientos en todo el Continente Americano desde el establecimiento de la independencia de los Estados Unidos. Esta manifiesta e inevitable tendencia, había sido reconocida por los poderes europeos, incluyendo no sólo a España misma, sino a Gran Bretaña, Francia, Rusia y otras naciones.

Considerando, por consiguiente, las antiguas e íntimas relaciones de amistad con España, y los lazos de interés y simpatía que unían los Estados Unidos con Cuba, el Presidente Grant juzgaba oportuno el momento para ofrecerle al gobierno de España los buenos oficios de los Estados Unidos, con respecto a todos los esfuerzos dirigidos a poner término al deplorable conflicto de que la Isla había sido teatro en los últimos meses.

El Presidente apreciaba muy altamente el sentido del honor nacional y el legítimo orgullo que eran distinguidos rasgos del carácter español; absteníase de hacer una sugestión cualquiera que pudiera despertar la justa susceptibilidad del gobierno de Su Alteza, el Regente, pero en nombre de la humanidad y en el interés de ambas naciones, el Presidente Grant esperaba que en el más breve tiempo posible podrían determinarse algunos medios de arreglar las cuestiones planteadas (1).

El alegato de Sickles, justificativo de la lucha de los cubanos por su independencia y de la legitimidad de su causa, colocadas ambas en el mismo plano que la guerra sostenida por el pueblo de los Estados Unidos contra Inglaterra y por las ex-colonias españolas convertidas en repúblicas independientes contra la propia España, era más de lo que el Ministro de Estado español podía oír. Interrumpió a Sickles como si éste hubiese ido demasiado lejos, según la versión del ministro americano, y después de mostrarse satisfecho y agradecido por la manera leal de llenar el gobierno de los Estados Unidos sus deberes respecto de la insurrección cubana, y de declarar que desde la victoria de la causa nacional en la gran guerra, el pueblo liberal de España había llegado a mirar a los Estados Unidos como su natural amigo, manifestó a Sickles que la cuestión cubana era de las más delicadas y de mayor gravedad. Era la intención de los liberales españoles que habían planeado y ejecutado los movimientos revolucionarios que habían dado a España su nueva vida política, el dictar disposiciones para concederle el gobierno propio a Cuba. Pero la fatal insurrección de Cuba estalló en el momento preciso en que estaba llegando a ser posible el darle a Cuba todos los derechos que deseaba. El grito de "Mueran los españoles!" había sido oído en España. Frente a la guerra civil, "era imposible llevar adelante el benéfico plan que había sido formado". El partido liberal en España se encontraba él mismo, lamentándolo infinito, "forzado a una aparente simpatía con el partido reaccionario de Cuba"; y los liberales de Cuba, quienes debían ser los más firmes amigos de los liberales españoles, "habíanse convertido por la fatalidad de la situación, en sus enconados enemigos". "No había sentimiento más arraigado en el corazón de los jefes liberales que el de la libertad de todos los hombres; sin embargo, aparecían ante el mundo en el conflicto cubano, opuestos al gobierno propio y a la abolición de la esclavitud." Silvela consideraba insurrección como el más deplorable error e infortunio, para Cuba y para España (2).

(1) "Correspondence, etc.", pág. 19.

(2) "Correspondence ..., etc.", pág. 20.

Si fuese posible, agregó Silvela, encontrar algún medio para arreglar todas esas cuestiones de manera que se hiciese justicia a Cuba sin lastimar "el honor de España", el gobierno se sentiría muy complacido. No había intención ni deseo entre los liberales de España, de volver a explotar nunca a Cuba, como en el viejo sistema egoísta. Había sido su constante esperanza y su deseo, el otorgar a los cubanos la administración de sus propios asuntos y los frutos íntegros de su propio trabajo, preservándoles sus conexiones comerciales y alguna sombra de sus relaciones políticas. Finalmente, Silvela declaró que informaría a sus colegas de lo sustancial de la conversación en la primera reunión del Consejo. Demasiado grave era el asunto para darlo por terminado en una sola entrevista. Señalaría en breve un día para una segunda conferencia, en la que esperaba estar preparado para pedirle a Sickles que le expusiera de manera más definitiva las miras del gobierno de los Estados Unidos sobre el asunto (1).

No pudo escapársele a Sickles que a vuelta de mucha retórica, el Ministro de Estado español guardó absoluto silencio respecto de la cuestión esencial, "el derecho de los cubanos a la independencia y la oferta de mediación de los Estados Unidos". Silvela había hecho protestas de los buenos deseos de los liberales españoles hacia Cuba, dispuestos a concederle "algunas libertades a la Isla", y culpaba a los cubanos, con su grito de "Mueran los españoles!" y su fatal insurrección, de que los liberales españoles (que se hallaban en el poder gracias a una insurrección y a una guerra civil), tuviesen que aparecer aliados con los reaccionarios de Cuba y no pudieran otorgarle las libertades en proyecto ni abolir la esclavitud. El "honor de España" estaba de por medio; veíanse obligados a proceder de esa manera. El General Sickles, en vista de las manifestaciones negativas y evasivas de Silvela, solicitó y obtuvo la entrevista con el Presidente del Consejo de Ministros General Prim para el siguiente día, 1º de agosto.

Según el texto de la comunicación del 12 del General Sickles a Fish, en el acto de la conferencia, después de las cortesías de estilo, previa la solicitud de la venia de Prim y obtenido el consentimiento de éste, Sickles introdujo o planteó la cuestión de Cuba. El Gobierno de los Estados Unidos, le había confiado una importante comunicación, respecto de una solución de la cuestión cubana; estaba ansioso por presentarla tan pronto fuera posible. Prim preguntó a Sickles si las instrucciones a que se refería eran las mismas o sustancialmente las mismas que le había anticipado Forbes. Contestó afirmativamente Sickles, y el Ge-

(1) *IBIDEM*, págs. 20 y 21.

neral Prim, dió la ya dicha respuesta "muy vivamente, y en cálidos términos, de que España no aceptaría la sugestión de un armisticio con los insurrectos ni consideraría la cuestión de la independencia de Cuba mientras se mantuviesen sobre las armas contra el Gobierno español". España concedería una amnistía general y completa "tan pronto como los insurrectos depusiesen las armas". "Una vez hecho esto", el asunto sería sometido a consideración. El estaba dispuesto a abordar la cuestión franca y prácticamente. Quizás él tenía ideas más avanzadas sobre el asunto que sus colegas, pero no tenía dudas de que ellos abrigaban unánimemente la esperanza de que la influencia de los Estados Unidos podría ejercerse con éxito para despejar la cuestión de los embarazos que la rodeaban. Añadió que con respecto a la emancipación, España preferiría dejar este asunto a los cubanos mismos, diciéndoles: "Esta es vuestra gloria en América, el premio de vuestra filantropía y no queremos privaros de ella".

Todavía Sickles sondeó a Prim sobre la proposición de una conferencia en Wáshington, en la que los Estados Unidos, España y Cuba estarían representadas. Prim objetó a esto inmediatamente, en la forma que ya ha sido expuesta: "Cuba sólo podía ser oída en España a través de sus diputados electos para las Cortes". "España podía tratar con los Estados Unidos, con Cuba no." Sickles, finalmente, refirióse a la entrevista por él celebrada con el Ministro de Estado el día antes, y añadió que urgía resolver la cuestión porque cada día que el conflicto se prolongase aumentaría el peligro de las complicaciones. Para colocar a los Estados Unidos en condiciones de ejercer sus buenos oficios con ventaja para todas las partes, era esencial que no se perdiese tiempo. La entrevista terminó manifestando Prim que estaba informado de la conversación de Sickles con Silvela y que en la noche del mismo día sometería el asunto a la consideración del Consejo (1).

Las palabras de Prim eran terminantes. De ninguna manera conveniría en un armisticio ni en considerar la cuestión de la independencia mientras los cubanos se mantuviesen en rebeldía. En España podían hacerse revoluciones para conquistar libertades y derrocar la monarquía. En Cuba, luchar por la libertad y la independencia era un crimen. Los cubanos estaban obligados a deponer las armas, a someterse a España. Una vez sometidos, ésta, magnánimemente dictaría una amnistía perdonándoles su rebelión y su deslealtad. Prim negábase, asimismo, a abolir la esclavitud. Su declaración sobre este extremo era sarcástica. No quería privar a América "de la gloria de hacerlo, premio de su filantropía".

(1) *IBIDEM*, págs. 21 y 22.

Nada de conferencias en que estuviesen representados los cubanos. Estos no podían ser oídos sino mediante sus diputados a las Cortes, de las cuales España los había echado en 1836, sin que se les hubiese vuelto a otorgar el derecho de elegirlos. España podía tratar con los Estados Unidos; con Cuba, renuientemente, no. Por último, como Silvela, Prim daba largas al asunto para ganar tiempo con la declaración de que lo sometería a la consideración del Consejo (1).

Con sus manifestaciones a Sickles, es evidente que Prim procuró cubrirse, en primer término, de cualquier ligereza en que hubiera podido incurrir en sus conversaciones con Forbes respecto a haberse manifestado dispuesto a desprenderse de Cuba mediante una compensación financiera. En segundo lugar, fijó "un punto de honor" que hacía imposible la mediación. Era absurdo pensar que los insurrectos cubanos habrían de deponer las armas sin un arreglo previo con España. Absurdo también, que E. U. iban a sacarle las castañas del fuego al Gobierno español, induciendo a los cubanos a rendirse aceptando una amnistía que significaba "el perdón de una culpa". Igualmente absurdo era convenir en una elección que necesariamente demoraría en poder realizarse, y las disposiciones legales para la cual las dictaría España libremente. Los insurrectos debían someterse de antemano a lo que resolviesen las Cortes, en las que los representantes cubanos separatistas, si llegaban a ser electos al cabo del tiempo, se hallarían en ínfima minoría en un ambiente hostil, sin fuerza moral, por haber depuesto las armas y haberse declarado culpables, con la aceptación de la amnistía. Tales proposiciones eran más que un subterfugio y un engaño, como las calificaron Fish y Morales Lemus desde que tuvieron conocimiento de las mismas, una burla en realidad.

Recibido por Sickles el cablegrama de Fish de 16 de agosto urgiéndole insistir en la aceptación de los términos de la mediación en la forma propuesta por los Estados Unidos, el Ministro americano solicitó y

(1) Silvela y Prim pasaban por alto las atrocidades de los voluntarios en la Habana y otras partes de Cuba a partir del 12 de enero (1869), el asesinato de Augusto Arango, la orden transmitida desde Madrid a Dulce de hacer la guerra implacablemente al sublevarse Las Villas, la bárbara proclama de 4 de abril de Valmaseda contra la que protestó por humanidad el Gobierno de los Estados Unidos, los continuos fusilamientos en consejo de guerra, verbal de los cubanos, la deportación en masa de éstos a Fernando Poo, el decreto de confiscación de bienes, la deposición de Dulce, y el permanente terror implantado por los voluntarios en la Isla. De todo esto eran responsables únicamente, según las manifestaciones de ambos a Sickles, los insurrectos cubanos, en lucha por su independencia como habían batallado por la suya los Estados Unidos contra la Gran Bretaña y las ex-colonias españolas contra la Metrópoli, forzada al fin y al cabo a reconocerles la independencia. "El honor de España" le impedía tratar con los cubanos rebeldes y desleales, la obligaba a hacer causa común con los reaccionarios de Cuba y los voluntarios en sus más repugnantes atrocidades, y a despoblar y arrasar a Cuba antes que reconocerle la independencia, a la cual el gobierno septembrista se oponía invocando falsamente un honor que debía llevarlo a seguir un proceder enteramente contrario.

obtuvo una nueva entrevista con Prim. Sickles reiteró sus alegatos a Prim, quien se mantuvo en la misma posición de su primera entrevista: Aparecer como más inclinado que sus Ministros, quienes a su juicio no se daban cuenta de las dificultades de mantener una guerra en América, a acceder a los buenos oficios de los Estados Unidos a base del reconocimiento de la independencia de Cuba. Como la vez primera, atribuyó a sus colegas del Gabinete el ser más intransigentes y replicó a Sickles expresando con mucha vivacidad que la gran dificultad estaba en la actitud desafiante de los insurrectos; que el error de los Estados Unidos consistía en proponer un armisticio y pedirle a España que tratase sobre la base de la independencia con insurrectos con las armas en la mano, y añadió enfáticamente: "Estoy seguro de que ningún poder humano podrá obtener del pueblo español la más insignificante concesión, mientras la rebelión se mantenga en pie" (1).

En este plano de subterfugio o de engaño, repitió los pasos sucesivos a realizar para resolver la cuestión cubana, aceptables para España, en la forma siguiente:

1. Ajuste de una base para un acuerdo que le asegure al Gobierno de los Estados Unidos, las buenas intenciones y la buena fe del Gobierno español;
2. Los Estados Unidos aconsejarán a los cubanos que acepten **este** acuerdo;
3. Cesación de las hostilidades y amnistía;
4. Elección de diputados.
5. Acción de las Cortes;
6. Plebiscito e independencia.

Habría, según Prim, dificultades para la ejecución del plan, pero podría hacerse frente a las mismas y vencerlas.

Casi inmediatamente después, Prim y Silvela salieron de España a tomar vacaciones en diversos lugares de Europa y dejaron a Becerra, Ministro de Ultramar en funciones de Ministro de Estado, encargado de prolongar y finalmente de poner término a la negociación. Becerra no se había visto obligado con anterioridad a hacer manifestaciones amistosas a los Estados Unidos ni inclinado a aceptar en principio los buenos oficios. Podía mantener cerradamente las bases españolas, en una posición de menor compromiso.

La respuesta de Fish a Sickles no se hizo esperar. Las proposiciones de España, comunicó por telégrafo a Sickles, en 24 de agosto, eran in-

(1) "Correspondence..., etc." "I am sure no human power could obtain from the Spanish people the most insignificant concession as long as the rebellion maintains its footing", págs. 25 y 26.

compatibles con cualquiera negociación práctica. "Los representantes del gobierno insurrecto tenían que ser parte necesariamente en una negociación." La libre comunicación a través de las líneas españolas era indispensable inmediatamente. Los Estados Unidos no podían pedir a los insurrectos que depusiesen las armas, a menos que los voluntarios fuesen simultánea y efectivamente desarmados y desbandados de buena fe. Esto, caso de ser practicable, requeriría tiempo. El gobierno de los Estados Unidos actuaba con el propósito de detener la destrucción de vidas y de propiedades y poner término a los ultrajes y las molestias a los ciudadanos americanos. Un armisticio lograría esto inmediatamente; los términos de la compensación a España por Cuba podrían arreglarse entre ambas partes bajo la mediación de los Estados Unidos. Sickles podía afirmar que el gobierno de los Estados Unidos consideraba un armisticio indispensable para el éxito de cualquier negociación. España podía conceder esto con honor, a petición de los Estados Unidos, en deferencia los deseos de un poder amigo, cuyos buenos oficios estaba dispuesta a aceptar. Hecho esto, las negociaciones podrían abrirse inmediatamente, de lo cual había la probabilidad de que resultaría la paz, recibiendo España una adecuada compensación.

Radicalmente incompatibles los dos criterios, era imposible llegar a un acuerdo. Recibidas las informaciones completas en forma de cartas de Sickles por Fish, éste cablegrafió nuevas instrucciones a Sickles en 1º de septiembre. Los Estados Unidos estaban dispuestos a mediar entre España y Cuba en los términos propuestos. Primero, inmediata armisticio; segundo, Cuba recompensará a España por las propiedades públicas tomadas; los Estados Unidos no garantizarían un arreglo a menos que el Congreso lo aprobase; la destrucción diaria estaba disminuyendo constantemente el valor de las propiedades por las cuales se ofrecía el dinero en pago; tercero, las personas y las propiedades de los españoles que permaneciesen en Cuba serían protegidas, pero se les reservaba el derecho de retirarse. Para prevenir dificultades y para detener el derramamiento de sangre y la devastación el Gobierno de los Estados Unidos necesitaba una decisión prontamente. Estas ofertas serían retiradas a menos que se aceptasen antes del 1º de octubre. Exprésese, decía Fish a Sickles, que la anarquía prevalece en gran parte de la Isla. Se cometen asesinatos de ciudadanos americanos por los voluntarios. Se intenta la confiscación de sus propiedades por las autoridades españolas.

Conminado en estos términos, el día 4 Sickles informó por telégrafo a Fish haber transmitido formalmente y de una manera completa en una nota, al Ministro de Estado ad ínterin, Manuel Becerra, las proposiciones del Secretario de Estado y las miras de éste con respecto a

Cuba, y había demandado una pronta y decisiva respuesta ⁽¹⁾. Prim y Silvela, que se hallaban en balnearios de Francia continuaban ausentes.

El 5, Sickles, en comunicación a Fish, le transmitió informaciones más detalladas. Había presentado formalmente las proposiciones de Fish. Había tenido el 4 una entrevista con Becerra a petición de éste. Pasando de la defensiva a la ofensiva, Becerra le había hablado de la detención de las cañoneras españolas en los Estados Unidos por orden del Presidente Grant, y se quejó de la medida como poco razonable y que evidenciaba sentimientos poco amistosos hacia España. El, Sickles, lo había interrumpido haciendo observar que no tenía instrucciones ni información oficial sobre el asunto, y que Becerra podía pedir información a Wáshington a través del Ministro español, que sin duda tendría respuestas satisfactorias.

Becerra declaró que el Presidente del Consejo, Prim, le había informado de las conversaciones mantenidas con éste con respecto a Cuba, que él casi convenía con las miras que Prim había expresado en relación con el futuro de la Isla, pero que España "no podía tratar con honor" con insurrectos que tenían las armas en la mano contra ella. Sickles le había hecho saber a Becerra que había estado en disposición de comunicarle formalmente al Gabinete de Madrid las proposiciones del Gobierno de los Estados Unidos en relación con el conflicto en Cuba, y que solamente había demorado la presentación de las mismas al ser informado oficialmente de que Becerra había asumido interinamente la cartera de los asuntos extranjeros; pero que en vista de las declaraciones que acababa de oír no perdía tiempo en colocar ante él las miras del Presidente Grant; y que él esperaba vivamente que serían aceptables para el Gobierno español y producirían el resultado de un rápido y sa-

(1) En las instrucciones de Fish se contenía el siguiente párrafo transcrito por Sickles en su nota a Becerra: "Desde hace casi un año Cuba es teatro de una guerra que tiene por objeto librar a sus habitantes de las relaciones coloniales con España y establecer en ella un Estado independiente. La lucha ha despertado atención y no poca parte de simpatía en Europa y en América. Devastación y ruina son las huellas de su marcha: ciudades saqueadas, habitaciones incendiadas, fincas destruidas y vidas perdidas. Una y otra parte dejan todo desolado; su continuación dará por resultado la aniquilación de la Isla y un sacrificio inmenso de vida humana. Si se calcula el valor de la insurrección por el tiempo que ha durado y los medios que se emplean para combatirla, es realmente formidable. España ha enviado grandes y poderosos recursos de hombres, buques y armas para vencer los insurgentes, y ellos, sin embargo, se mantienen fuertes y dominan una porción considerable de la Isla. Podrá ser que al fin resulten derrotados, pero no serán nunca más súbditos fieles, felices o contentos de España; podrá sofocarse al cabo la insurrección, pero quedará un suelo devastado y habitado por un pueblo descontento. Es verdad que si se compara la guerra de Cuba con las guerras coloniales anteriores, no ha durado aún demasiado; pero si en cambio se tienen en cuenta la gran facilidad de las comunicaciones transoceánicas que hay hoy y los infinitos adelantos realizados en el arte de la guerra, que hacen ahora las contiendas tan cortas y decisivas, la lucha se está acercando en Cuba al período en que, según la práctica de las naciones, no es posible ya negar por más tiempo a las partes el reconocimiento de beligerantes". PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*, vol. I, págs. 798-799.

Véase también PIÑERO, obra citada, págs. 98 y 99.

tisfactorio arreglo de la cuestión en su totalidad. Añadió que parecía no haber razón alguna para que dos gobiernos liberales, animados por la más amistosa buena disposición el uno hacia el otro, no conviniesen en un practicable medio de acción para resolver la cuestión de la guerra en Cuba, la cual, en verdad, debíase sólo a la aspiración de los cubanos de libertades de que gozaba España, deseadas todavía con más intensidad por el ejemplo y la experiencia de los Estados Unidos.

Tres días después, Sickles informaba a Fish de una novedad inesperada. Becerra había dejado trascender al público la presentación de la nota de los Estados Unidos y los propósitos de la misma, como indicación de que los Estados Unidos reconocerían muy pronto a los cubanos como beligerantes si la mediación no era aceptada, motivo por el cual se había producido mucha excitación pública y circulaban rumores de todas clases. El Gobierno español, a fin de que no cupiese duda respecto de sus propósitos, comenzó a enviar numerosos refuerzos a la Isla.

El 11, Fish telegrafió a Sickles que tenía la esperanza de que no fuese verdadero el rumor de que España enviaba tropas adicionales a Cuba. Esto sería una demostración de falta de confianza en la negociación pendiente, hecho que podía compeler al retiro de la oferta de buenos oficios del Gobierno de los E. U., presentada como una tentativa de reconciliación. Esto podría prolongar la lucha y la destrucción de vidas y de propiedades, con una dudosa influencia en el resultado. Crearía complicaciones a las negociaciones. Sickles debía informar por telégrafo sobre el envío de tropas adicionales. Sickles contestó en sentido afirmativo el día 14. Se habían enviado y se anunciaba que se enviarían más tropas. La versión de que los Estados Unidos reconocerían como beligerantes a los insurrectos había producido además de excitación, mucha irritación. La prensa de todos los partidos urgía al gobierno que enviase grandes refuerzos de hombres y de buques de guerra a Cuba inmediatamente.

La Comisión permanente de las Cortes, reunida en sesión, representando todos los partidos, ofreció unánimemente al Gobierno todos los medios a su disposición para aplastar la rebelión en Cuba. La nota formal de Sickles fué contestada también formalmente por Becerra el día 16. Negábase en redondo a acceder al armisticio y declaraba que si los cubanos pedían la paz, la tendrían. Si no querían la paz, la guerra continuaría con energía y actividad por parte de España. Becerra pedía a Fish que retirase la nota formalmente presentada, a lo que no accedió el Ministro americano. Dicha nota, que transcribía todo lo substancial de las instrucciones de Fish junto con las bases americanas de la mediación, tenía por objeto fijar formalmente la posición de los

Estados Unidos y dejar constancia de la misma. El Ministro de Estado español intentó dar por entendido que la retirada de los buenos oficios significaba también la de la nota formalmente presentada por Sickles. Este protestó de tal interpretación, no ajustada a los hechos; en ningún momento había él retirado la nota. Becerra se vió forzado a reconocerlo así y varió los términos de una comunicación a Sickles, acusándole recibo de la retirada de los buenos oficios en una forma que el Ministro americano se había negado a aceptar.

El Gobierno de la Revolución de septiembre salió del paso en cuanto a las dificultades creadas por la propuesta de mediación de los Estados Unidos en la forma que ha quedado expuesta. Al hacerlo, dejó pendiente a España la cuestión cubana, que tanta sangre y tanta destrucción de riqueza habría de costar, lo mismo a España que a Cuba. Los grandes procesos históricos se desarrollan con lentitud en los problemas fundamentales de los pueblos. Cuba no alcanzaría su independencia sino treinta y tres años más tarde. Lo lograría, no con la mediación amistosa de los Estados Unidos entre España y Cuba, sino con la acción armada de aquellos contra la Metrópoli. Vencida por la fuerza de las armas, al uso de las cuales fió el aplastamiento de los cubanos, España renunciaría a su soberanía en Cuba, Filipinas y Puerto Rico, después de haber sacrificado inhumanamente centenares de miles de vidas españolas y cubanas, y de cargar al pueblo español con el peso abrumador de una ruinosa deuda pública de más de trescientos millones de pesos (1).

(1) Respecto del proceder de Prim en cuanto a su verdadera disposición a acceder o no al reconocimiento de la independencia de Cuba, se han expresado opiniones muy distintas y contradictorias. La del autor de esta obra, con el debido respeto a las opiniones de los demás, es la que a su juicio se deriva de los hechos. Prim, como jefe del Gobierno español, sea cuales hayan podido ser sus opiniones personales íntimas, desde el primer momento, fijó una condición que hacía imposible la mediación americana a base de la independencia de Cuba. Prim, además de político era un militar. Conocía perfectamente lo que significaba la deposición de las armas de un beligerante: reconocerse vencido y rendirse al enemigo. Esa fué la condición que fijó de mautera irrevocable desde el primer momento. Para mantener inquebrantablemente ese requisito, lo consideró desde el primer momento también, una cuestión de honor para España. Las cuestiones de honor no se discuten ni se transan. España, como terminaron los ministros españoles por declarar finalmente, convencidos por las vacilaciones iniciales de Sickles de que los Estados Unidos no se proponían llegar a la guerra con España por la cuestión de Cuba, *podía ser vencida pero no deshonrada, y era un deshonra para España concederle la independencia a Cuba*, mientras los cubanos no se rindiesen y aceptasen la humillación de una amnistía. Esa y no otra fué la actitud de Prim, desde el principio al fin. Sus enemigos, para capitalizar contra él en lo contemporáneo y lo histórico los sentimientos del pueblo español, le imputaron como una vergüenza el estar inclinado a reconocerle la independencia a Cuba. Sus admiradores, han tenido empeño a su vez, para ensalzarlo y glorificarlo, suponerlo inclinado a ese reconocimiento. El autor de este libro se atiene, objetivamente a los hechos. Enfrentado en una situación difícil con el grave problema de la mediación americana, Prim maniobró hábilmente de acuerdo con Silvela, para darle largas al asunto y evitar un brusco choque inicial que pudiera irritar a Grant y provocar un *casus belli*. Cuando habían "jaleado" lo suficiente a Sickles, y comprendieron que Fish no provocaría la guerra, confiaron a Becerra finiquitar la maniobra diplomática, con la amenaza de que España se resignaba a ser vencida antes que ceder. El pueblo español y el de Cuba pagaron las consecuencias, pero Cuba conquistó su independencia.

CAPÍTULO XXIII

EL PUEBLO DE CUBA FRENTE A FRENTE A LA METROPOLI EN LARGA GUERRA DE DESGASTE AL FINALIZAR EL AÑO 1869

El proceso general de la guerra alcanzaba quince meses de duración al cerrarse el año 1869, con cambios y alteraciones en la situación inicial que, sin variar en lo fundamental los términos del conflicto, marcaban ya una nueva fase de éste en determinados aspectos.

En el frente español, la creencia inicial de que la insurrección podía ser vencida y extinguida totalmente en dos o tres meses a lo sumo, había sido sustituida por la muy inquietante convicción de que la guerra amenazaba prolongarse años, a menos que se procediese con la mayor energía al casi total exterminio de los cubanos. En esta conclusión convenían los peninsulares en la Isla y el gobierno en la metrópoli. El primer batallón movilizado por el comercio español habanero, el del Orden, bajo el mando de Acosta y Albear, reclutóse y organizóse con fondos de los comerciantes y la cooperación de los voluntarios para una campaña de corta duración, calculada en unos tres meses. Al cabo de quince, la guerra ardía en Oriente, pese a la supuesta pacificación proclamada por Valmaseda. Hallábase extendida a Camagüey y Las Villas; producíanse peligrosos brotes en Matanzas, y manteníase un estado latente de peligrosidad en todo el resto del Occidente cubano. En los campos de Cuba libre funcionaba un gobierno revolucionario representativo constituido en Guáimaro. En la Habana, el laborantismo proseguía su labor revolucionaria, sin que los métodos terroristas puestos en práctica para extinguirlo hubiesen resultado suficientemente eficaces. En los Estados Unidos existía un frente muy activo auxiliar de la insurrección, dirigido por una Junta integrada por cubanos de gran prestigio y representación. La Junta recaudaba fondos, preparaba, equipaba y despachaba expediciones con armas y refuerzos para los insurrectos. En infatigable e intensa propaganda a favor de la insurrección y en contra de la metrópoli, denunciaba sin cesar ante el mundo los métodos de guerra contrarios al derecho de gentes empleados por ésta en Cuba. Procuraba a la vez por todos los medios ganarse el apoyo de las repúblicas americanas y crearle dificultades diplomáticas a España en todas partes.

Los peninsulares de Cuba y el gobierno septembrista de Serrano y Prim, estaban enfrentados a fines de 1869 con la realidad de una larga y costosa guerra. Esta, que devastaba los Departamentos de Oriente, Camagüey y Las Villas, hacía sentir sus terribles estragos en toda la Isla. Arruinábanse en primer término los cubanos por el incendio, el embargo, las deportaciones, y la emigración de millares de familias, pero al prolongarse meses y meses, extendíanse también inevitablemente sus destructivos efectos en progresión creciente sobre los peninsulares, irrogándoles pérdidas en su hacienda y sacrificios personales y pecuniarios, con la amenaza de mayores y más graves quebrantos. Al Tesoro español, siempre en déficit, imponíale onerosos gastos, a la par que la campaña militar en un clima tropical hostil, diezmaba las filas de batallones y regimientos procedentes de la Península, obligados a entrar en combate sin un proceso previo de aclimatación. El despojo de que el embargo hacía víctima a los cubanos, con el cual se contaba compensar las pérdidas españolas, si bien enriquecía a algunos promotores del mismo, en medio del tradicional desorden administrativo y de la concupiscencia coloniales, aumentadas escandalosamente por la guerra, no bastaba para equilibrar globalmente las pérdidas y los gastos de la lucha y era fuente de protestas e imputaciones de todas clases.

Destituído Dulce, terminada la interinatura de Ginovés Espinar, transcurridos ya varios meses del mando de Caballero de Rodas, los peninsulares enfrentábanse con la irritante evidencia de la prolongación de la lucha, amenazados en su privilegiada posición, su seguridad y su hacienda, llenos de encono y de odio contra los enemigos de la "integridad nacional". Los hechos, proclamaban los "jacobinos" y "buenos españoles" más extremistas en su política de subyugamiento cubano, les daban la razón contra los pocos "girondinos", inclinados ya a la intransigencia, rectificada su actitud de los primeros meses de la guerra. De una manera general y unánime, imputábase ahora a insurrectos, laborantes y simpatizantes, la responsabilidad de todos los males que azotaban y arruinaban la Isla e imponían a España cargas agobiadoras en su hacienda y la pérdida de millares de vidas de jóvenes peninsulares.

En su obcecación, los españoles no se daban cuenta de que se trataba de la misma, ominosa realidad, conque se había enfrentado la metrópoli algo más de medio siglo atrás en sus inmensas colonias del continente americano, y sólo dos o tres años antes en Santo Domingo, de donde habíase visto obligada a retirarse después de haber tratado de mantenerse por la fuerza. Irritado hasta el paroxismo, el peninsular de Cuba rebelábase contra ese destino inexorable. Ni en un solo momento pasaba por su mente la idea de que la dolorosa y trágica historia colo-

nial española estaba repitiéndose. No concebía que el problema cubano pudiera resolverse retirándose España de la Isla honrosamente, mediante un arreglo con los cubanos beneficioso para ella, a base de la independencia, como había apuntado Céspedes en su Manifiesto del 10 de octubre y reiterado varias veces Morales Lemus. Las palabras de Céspedes de que si España consentía en dejarla libre y tranquila Cuba la estrecharía en sus brazos como hija de una buena madre, no se tomaban en cuenta. Mucho menos las nobles, generosas y proféticas de Morales Lemus, muy "hispánico" culturalmente en el fondo, contenidas en la post-data de su carta de 4 de junio de 1869, dirigida a Nicolás Azcárate en Madrid. "Urge, escribía Morales Lemus, ocuparse en salvar la honra y los intereses bien entendidos de España otorgando a Cuba su independencia con un tratado decoroso para todos. Cualquiera demora, empeorará la situación para la Península, perjudicará mayores intereses e imposibilitará quizá todo arreglo. ¿Por qué no hacer ahora y de grado lo que más tarde habrá tal vez de realizarse en peores condiciones, lo que aún sin esa previsión demandarían siempre, la prudencia, el interés bien entendido y la justicia? Creo que todo español que ame a su patria debe empeñarse por alcanzarlo. Creo que al indicarlo sirvo a Cuba, que es mi patria; pero acredito, a la vez, que me intereso por el bienestar y la honra de los hombres de mi raza." A estas palabras añadió Morales Lemus meses más tarde, en carta de agosto, dirigiéndose al mismo Azcárate, estas otras: "Haga uso de su gran influencia y de sus eminentes recursos de persuasión para convencer a nuestros hermanos de la Península, de que la justicia exige y la conveniencia de todos aconseja, que en vez de agotar sus recursos y energías para esclavizar o exterminar a sus hermanos de Cuba, los empleen en consolidar sus propias libertades y dejen a éstos regir sus destinos. ¡Quién sabe si Cuba Libre no sería en época cercana un gran auxiliar para la causa de la libertad en la Península!" (1).

Todo inútil. La "integridad nacional", lema que encubría todos los bastardos intereses del coloniaje, era cosa sagrada. Quienes atentaban contra esa integridad eran criminales, traidores de la peor especie. Merecían ser exterminados sin consideraciones de ningún género. Céspedes era un traidor; Morales Lemus otro. Los mismos peninsulares que no lo viesen así, en Cuba, o en la Península, y que no procediesen en consecuencia, ya fuesen gobernantes o militares de las más altas categorías, funcionarios o empleados civiles, o simples particulares, eran traidores también; había que desenmascararlos y castigarlos. Generalizada más

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. Obra citada, págs. 221 y 228.

y más esta idea a partir de la destitución de Dulce, condujo a borrar la débil línea divisoria entre "girondinos" conciliadores y "jacobinos" extremistas. Los primeros se sumaron gradualmente a los segundos en la política de una guerra de exterminio, una vez que se vieron directamente atacados y amenazados en sus intereses.

El gobierno metropolitano de Serrano y Prim, y su representante en Cuba, Caballero de Rodas, habían llegado en la segunda mitad del año, frente a la tenacidad cubana, a la misma conclusión de Lersundi y Valmaseda. Era indispensable la más dura represión, sin detenerse ante la necesidad de una guerra llevada hasta el último límite, conclusión reafirmada en una serie de impulsiones sucesivas. La primera sacudida que los movió en esa dirección, recibieronla los supremos gobernantes septembristas al sublevarse Las Villas el 6 de febrero. La reacción de los mismos fué la orden a Dulce de suprimir de inmediato toda política de libertades y reformas y sustituirla por otra de inflexible represión, parecer con el cual coincidía el general Dulce, quien, como había prevenido en su alocución de 4 de enero, procedió a "ser duro e inflexible en el castigo", sin que lograrse satisfacer a los extremistas. Enviado a Cuba para restablecer el principio de autoridad vulnerado y quebrantado peligrosamente por los voluntarios, y a ensayar una política de relativa humanización de la guerra, a fin de hacer menos irremediable el conflicto y de evitar quebrantos a España en el campo diplomático, acusada de inhumanidad, como en el caso de la feroz proclama de Valmaseda de 4 de abril, Caballero de Rodas, antes de finalizar el año 1869 hallábase convencido también de que la única solución para el caso de Cuba era la continuación de la guerra, con máxima energía, hasta el aplastamiento total de la insurrección. Borradas las diferencias iniciales, y unidos los peninsulares de Cuba, la primera autoridad de la Isla y el gobierno metropolitano, en la renuente negativa a aceptar la mediación americana a base de la independencia, el apresurado envío de numerosos refuerzos militares en los meses de octubre y noviembre de 1869, constituye la evidencia histórica de que la única línea de política a seguir por los peninsulares de Cuba y de España al cerrarse el año, era el aplastamiento total de la insurrección cubana.

No contradice lo expuesto el hecho de que durante el proceso de la mediación de los Estados Unidos hiciese el gobierno en Madrid mucha propaganda sobre reformas liberales en las colonias, Cuba inclusive, si se dominaba la insurrección. El plan de esas reformas hízose público en determinado momento de las gestiones del general Sickles en Madrid, con todas las apariencias de una mera maniobra diplomática española, y de política personal del ministro. El jefe del Gabinete, general

Prim, el Ministro de Estado, Silvela, y el de Ultramar, Becerra, tuvieron cada uno un papel propio a desempeñar en las negociaciones con el Ministro americano. Apremiado el gobierno español por la insistencia del general Sickles en cumplimiento de órdenes de Fish, llegó un momento ya adelantado septiembre, en que Becerra, con la justificación de sus antecedentes liberales, inició con gran ruido unos proyectos de reformas judiciales, administrativas y políticas para ser implantadas en Cuba y Puerto Rico, las cuales ofrecían a Becerra la ventaja personal de dar cierto lustre a su gestión en el Ministerio, e importancia al grupo político por él representado en el Gabinete. A ese efecto, dictó en 10 de septiembre, cuando Sickles mostraba más insistencia, dos decretos por los cuales creaba sendas comisiones encargadas de preparar dichas reformas, copias de cuyos documentos transmitió al Ministro americano, quien con no poco candor las envió inmediatamente a Fish en Wáshington (1).

La publicación de estos planes del Ministro, respaldados por el gobierno, unidos a algunas disposiciones administrativas que dictó en los mismos días en buena parte a favor de funcionarios y empleados de su grupo político, produjeron mucha alarma en Cuba, donde se desconocía la verdadera razón por la cual Becerra daba tanta publicidad a sus proyectos, aún cuando el mal efecto atenuóse un tanto "con el incesante envío de tropas para combatir la insurrección" (2). El representante en Madrid de los hombres del Comité Español habanero, o sea, de los que habían sido españoles ilustrados, coempresarios no pocos de ellos de la compañía de vapores Antonio López, la Trasatlántica Española, de poderosa influencia en el gobierno metropolitano por el gran capital de la empresa, el número de accionistas de la misma en altas posiciones en España, y el papel fundamental que le correspondía en la intercomunicación marítima, de España con Cuba, era un importante accionista de la Compañía, de gran influencia, Manuel Calvo. Ocupóse éste activamente en informarse con Becerra y el gobierno respecto del alcance y los propósitos de los planes del Ministro, a la vez que gestionaba con encarecimiento el envío de refuerzos militares a la Isla, con lo cual obtenía beneficios la compañía de vapores por él representada y y tranquilizaba a los alarmados peninsulares de la Habana. En cablegrama de 25 de octubre, Calvo dió cuenta del resultado de sus gestiones en términos muy explícitos y satisfactorios. "Nada grave resolverá el Señor Ministro de Ultramar —decía— sin oír a los interesados. Me autoriza para comunicarlo así. Pronto saldrán muchos refuerzos. Ma-

(1) *Correspondence between the Department of State and the United States Minister at Madrid*. Obra citada, págs. 42-46.

(2) ZARAGOZA, JUSTO. Págs. 485-488.

nuel Calvo." Las gestiones de Calvo le hicieron acreedor a grandes aplausos en la Habana, tributados al unísono en la prensa y en reunión en el Casino Español, de 8 de noviembre de 1869, especialmente convocada al efecto (1). No había peligro de reformas. Los interesados serían oídos antes de resolver nada grave. La respuesta de éstos, era evidente, no sería dudosa. El envío de "muchos refuerzos" probaba el carácter de la política a seguir por el gobierno, aún cuando por circunstancias del momento tuviese, en el curso de la mediación americana, que aparentar otra cosa. El camino de todo posible entendimiento entre Cuba y España a base de la independencia, estaba, pues, definitivamente cerrado del lado español.

En el frente insurrecto, los quince meses de guerra, sin debilitar al cubano en el propósito básico ante la horrible y trágica realidad de la lucha, ni hacerlo cejar en la determinación inicial de conquistar la independencia en una guerra a muerte, prevista desde el 10 de octubre al lanzarse el reto armado a la Metrópoli, se acusaban algunos cambios de trascendencia.

Vencidas numerosas y graves dificultades, la revolución mantenía un frente unido al cerrarse el año, aún cuando el preservarlo demandase extremada prudencia y no fuese empresa fácil, en las condiciones en que se desarrollaba y proseguía la guerra y funcionaban la Cámara y el Ejecutivo. Además algunos problemas de los primeros meses de la insurrección, no lo eran ya a fines de 1869. La corriente de opinión anexionista que movió a la Asamblea de Representantes del Centro, en Camagüey, a adoptar los acuerdos de 6 de abril y dirigir las cartas al Presidente Grant y al Senador Banks, manifestada con fuerza en los días de la Asamblea de Guáimaro, hasta culminar en la petición de anexión acordada por la Cámara de Representantes, no condujo a nada, en último término. Poco antes de iniciarse la gestión diplomática de mediación americana a base de la independencia, después de los inútiles esfuerzos de Morales Lemus para lograr el reconocimiento de la beligerancia, se produjeron todavía en la Cámara de Representantes algunas manifestaciones anexionistas, señaladamente el 4 de julio de 1869 (2). Con posterioridad no fueron ya procedentes esas manifestaciones. El sentimiento cubano a favor de la independencia se generalizó y arraigó, por los sufrimientos, sacrificios y heroísmos de la guerra y la actitud negativa americana.

(1) ZARAGOZA, JUSTO. Obra citada, vol. II, págs. 484-89 y 797-98.

(2) El vice-presidente de la Cámara, Miguel Jerónimo Gutiérrez, pronunció un discurso francamente anexionista que fué aplaudido. Terminó con vivas a los Estados Unidos de América y a Cuba, libre y esplendorosa en la Constelación Americana. SANGUILY Y GARRITI, MANUEL. *Oradores de Cuba*, págs. 80-81.

Al conmemorarse en 14 de octubre de 1869 el primer aniversario de la proclamación de la independencia, reunidos Gobierno y Cámara, en el caserío de Guaimarillo, paseóse la bandera cubana, se celebró una misa y el Presidente Céspedes pronunció el único discurso del acto, corto y conciso como todos los suyos. En su breve oración, no hay el más leve matiz de anexionismo; sólo una vehemente expresión de fe en el triunfo cubano y una enérgica incitación a perseverar en la lucha hasta la conquista de la victoria (1).

Dos meses más tarde de la conmemoración del primer aniversario del 10 de octubre, el presidente Grant, en su mensaje anual al Congreso, fechado en 6 de diciembre de 1869, pocas semanas después de retirada por Fish la oferta de mediación entre España y los insurrectos cubanos, expresó con la solemnidad del caso, su posición respecto de la insurrección de Cuba, disipando toda esperanza de reconocimiento de la beligerancia y de la independencia. Los Estados Unidos, afirmaba Grant, eran la más libre de todas las naciones, de manera que el pueblo americano simpatizaba con todos los pueblos que luchaban por la libertad y el gobierno propio. Pero aún sintiendo esa simpatía, el honor le obligaba a abstenerse de imponer sus miras a naciones que no lo desearan, y a no tomar parte, *sin invitación* (palabras subrayadas en el mensaje), en los conflictos entre las diferentes naciones, o entre los gobiernos y sus súbditos. El proceder de los Estados Unidos se ajustaba estrictamente a la justicia y a la ley, internacional y local. Tal había sido la política de la Administración al tratar de esas cuestiones. Durante más de un año, una valiosa provincia de España, vecina próxima de los Estados Unidos, respecto de la cual todo el pueblo americano no podía dejarse sentir un profundo interés, venía luchando por su independencia y su libertad. El pueblo y el gobierno de los Estados Unidos experimentaban los mismos cálidos sentimientos y simpatías por el pueblo de Cuba en la lucha que sostenía, que los manifestados en las luchas previas entre España y sus antiguas colonias respecto de éstas. Pero la guerra no había asumido en ningún momento las condiciones propias de la guerra en el sentido de la ley internacional, o que mostraran la existencia *de facto* (cursiva en el Mensaje) de una organización política de los insurgentes, suficiente para justificar el reconocimiento de la beligerancia.

No tenían los Estados Unidos, agregaba Grant, el propósito de interferir en las relaciones existentes entre España y sus colonias del hemisferio americano. El pueblo de los Estados Unidos creía que a su

(1) *IBIDEM*, págs. 82-84.

debido tiempo España y otros poderes europeos, comprenderían que era su interés terminar dichas relaciones y establecer sus dependencias coloniales como comunidades independientes, miembros de la familia de las naciones.

A fin de poner término al derramamiento de sangre en Cuba, continuaba Grant, y en interés de un pueblo vecino, los Estados Unidos habían ofrecido sus buenos oficios para concluir la contienda. La oferta no había sido aceptada por España sobre las bases que el Ejecutivo americano creía que podían ser aceptables para Cuba. Por tal motivo, la oferta de buenos oficios había sido retirada, aún cuando era de esperar que pudiese llegar a ser ventajosa para la solución del desgraciado conflicto. Mientras tanto, un número de expediciones ilegales contra Cuba había sido impedido. Firme empeño de la Administración era el hacer cumplir las leyes de neutralidad de buena fe, por desagradable que fuese la tarea, pues el pueblo de los Estados Unidos no olvidaba los sufrimientos que había tenido que soportar por la falta de buena fe hacia él de otras naciones (1).

La política de Fish, política nacional americana con miras a los intereses americanos y a las reclamaciones por los daños del Alabama, triunfaba plenamente. El camino del reconocimiento de la beligerancia y de la independencia quedaba cerrado para los cubanos. La revolución, al finalizar el año 1869, veíase entregada a sus propias fuerzas en su lucha a muerte por la independencia. Esta fué una de las grandes experiencias de los insurrectos en los primeros quince meses de la Guerra de los Diez Años. La reacción natural de los cubanos fué imputar a Fish y el gobierno de los Estados Unidos intenciones aviesas, en concordancia con las ambiciones de no pocos estadistas americanos de ocupar a Cuba, incorporándola de una manera o de otra a los Estados Unidos (2). Seis meses más tarde, poco después de mediados de 1870,

(1) RICHARDSON, JAMES D. *A compilation of the messages and papers of the president 1789-1902*, vol. III, págs. 31-32.

(2) El proceder de Fish ha sido censurado acremente por muchos escritores cubanos, considerándolo determinado por móviles mezquinos y hasta inconfesables. El Dr. Manuel Márquez Sterling, una reconocida autoridad en la materia, no participaba de esas ideas. "La conducta del gabinete de Grant —dice— fué, si se quiere, excesivamente previsora, pero lógica y patriótica. El anhelo de fortalecer la República dominó al sereno vencedor de los ejércitos del Sur, y si bien no resultaba el torvo Fish, en concepto de los cubanos, émulo de un sistema glorioso para el objeto que a Grant desvelara, es axiomático que la cautela de su diplomacia, sobria y esquivia, sirvió, por manera admirable, a los intereses de la nación, cuyo desarrollo inmediato fué estupendo. Grant, en el poder, evolucionó hacia una política de templanza y contemporización, de la que antes no era partidario obsecuente." MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *La Diplomacia en Nuestra Historia*, pág. 74.

La lección a aprender por los cubanos en 1869, era que el gobierno de cada país mientras más clara conciencia tiene de sus obligaciones, más circunscribe su acción a servir los intereses de su pueblo, con exclusión de toda consideración de filantropía al servicio de los de otro.

Céspedes expresaba esa misma reacción en carta a José Manuel Mestre, al ocupar éste la presidencia de la Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico al fallecimiento de Morales Lemus (1).

Las repúblicas de la América que habían sido colonias españolas simpatizaban, en general, con la revolución. De ellas trataron de alcanzar alguna ayuda los emigrados cubanos; obteniéndola, aunque muy limitada porque dichas repúblicas no se hallaban en condiciones de poder prestarla más ampliamente. En 1869, el genio de la América hallábase en la plenitud de su trágica exhibición, escribió Manuel Márquez Sterling (2). "De un extremo a otro del Continente el humo de la pólvora asfixiaba al criollo; los heroísmos fascinaban los espíritus; la anarquía del sentimiento destruía seculares propósitos de orden y progreso; el concepto de la vida se supeditaba a un fetichismo patriótico improvisado por la demencia política; los derechos del ciudadano dependían de los cartuchos que llevaba al cinto; retóricos y leguleyos aspiraban a la omnipotencia militar, y las raíces descompuestas del sistema republicano producían fantasmas de poder divino en grotesco sueño de resurrección" (3). En circunstancias tales, poco podían hacer las repúblicas mencionadas en auxilio de la revolución cubana. No obstante, la guerra del Pacífico había revivido la hostilidad contra la Metrópoli, un tanto amortiguada por los años, de manera que un sentimiento de animosidad unido a la natural simpatía hacia un pueblo americano del mismo origen, en lucha por su independencia, movía a la ayuda a Cuba. Por otra parte, la guerra de Cuba "completaba el cuadro de la América en convulsión frenética; el instinto de rebeldía no se había disipado todavía como herencia de las campañas de Bolívar y San Martín; los ideales de libertad, con virtudes y también con engaños y tropelías, dominaban el espíritu de la raza y nutrían de dramáticas aspiraciones su pensamiento de poeta y miliciano, y la justicia por Céspedes perseguida, encontró cultivada el alma hispano-americana para despertar un anhelo de identificación con sus dolores y designios (4).

En la reacción de la América española, débil a causa de la situación general arriba expuesta, se sumaron la simpatía popular y la acción de

(1) RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. Obra citada, pág. 243.

(2) MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *La diplomacia en nuestra historia*, Valencia (sin fecha), pág. 101.

(3) IBIDEM.

(4) IBIDEM, pág. 106.

los gobiernos en algunos casos. "En un circo mexicano, el diputado Joaquín Baranda entonó desde la tribuna un himno a los emancipados de Cuba, las damas se despojaron de sus alhajas para que se convirtieran en cápsulas para los cubanos y en 6 de abril, 1869, la Cámara mexicana autorizó al Presidente Juárez a reconocer la beligerancia a Cuba. El 30 del mismo mes, la república de Chile hizo efectivo ese reconocimiento, y otro tanto el Perú, que en 13 de agosto, no contento con esa nobleza, la aumentó reconociendo como entidad nacional la nación cubana y contribuyendo con \$ 80,000 a la colecta universal en auxilio de las legiones insurrectas, suma que recibió el primer agente cubano en Lima, Ambrosio Valiente, y llegó a las manos de Miguel Aldama, ya en los Estados Unidos. La ola trepó los cerros, subió a las altiplanicies de los Andes, y Bolivia otorgó a la insurrección de Cuba su sanción el 30 de junio de 1869. Colombia lo haría meses más tarde, en 22 de febrero de 1870" (1).

La cooperación de las repúblicas hispano-americanas se produjo en otras varias formas. El gobierno español había contratado con una compañía de los Estados Unidos a un costo de más de \$ 700,000, la construcción de treinta lanchas cañoneras para vigilar las costas cubanas, cortar la comunicación de los insurrectos con el exterior, e impedir el desembarque de material de guerra y de hombres en las costas por las expediciones enviadas desde Estados Unidos, Venezuela u otras partes. Para los cubanos era muy importante detener la entrega de las citadas lanchas, empeño para lo cual Morales Lemus obtuvo el apoyo del gobierno peruano a través del ministro del Perú en Wáshington. Con arreglo a la ley internacional, el Perú se hallaba todavía en guerra con España, porque aunque las hostilidades de la llamada del Pacífico habían terminado, Perú y España no habían suscrito todavía ningún tratado de paz ni reanudado sus relaciones diplomáticas. El gobierno del Perú hallábase, pues, en condiciones de reclamar, como reclamó del de los Estados Unidos, que a título de país neutral impidiese la salida de las lanchas cañoneras, las cuales podían ser usadas contra el Perú, o sustituir y relevar en Cuba buques de guerra españoles destinados a atacar al Perú. Esta demanda, convenida o no previa y tácitamente con Fish, demoró la entrega de las lanchas durante algún tiempo; fué también un instrumento de acción diplomática de americanos y españoles durante el proceso de la mediación americana en la cuestión de Cuba.

Otra forma de cooperación de los pueblos de las repúblicas americanas, consistió en el apoyo a algunas expediciones. Obtúvolo muy es-

(1) MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. Obra citada, pág. 106.

pecialmente en Venezuela el general Rafael de Quesada (1). Con las expediciones vinieron casi siempre algunos hijos de dichas repúblicas, enrolados voluntariamente al servicio de la revolución. El Presidente Céspedes, y Morales Lemus y otros servidores de la causa en el extranjero, estuvieron muy al tanto de la posible cooperación de las repúblicas de la América española y trataron de promoverla por todos los medios, con frecuentes expresiones de agradecimiento. Valioso en sí, material y moralmente el auxilio que prestaban, no podía ser de mucha efectividad, dado el estado de cosas prevaleciente en la América española en 1869. Al final del año, la evidencia era, fuera de toda duda, que la guerra se libraba y continuaría librándose entre Cuba y la Metrópoli exclusivamente, proseguida por cada parte con sus propios medios y sus particulares métodos.

A pesar de los trastornos ocurridos en la Península y de las luchas políticas en que se veía envuelto, el gobierno septembrista había enviado y continuaba enviando fuertes refuerzos militares a Cuba y considerable cantidad de material de guerra. De 20 de noviembre de 1868, fecha del primer embarque de sólo 55 hombres, hasta el 24 de abril de 1869, no menos de 18,000 soldados habían sido enviados a reforzar los siete u ocho mil existentes en Cuba al estallar la insurrección en La Demajagua, sumando un total de 25 ó 26 mil soldados de línea. A esa cifra agregábanse 40 mil voluntarios armados por Lersundi, algunos batallones de "color" y las numerosas guerrillas sostenidas por el comercio de las ciudades y los pueblos y por no pocos hacendados. Como ha quedado expuesto en otras partes de esta obra, los voluntarios quedaron encargados de guarnicionar la capital de la Isla y las principales ciudades y pueblos de todo el territorio de los cuatro Departamentos en que estaba dividida, en todo o en parte, de manera que hasta el último soldado de línea podía mantenerse en operaciones contra los cubanos. El envío de soldados se continuó posteriormente, muy en especial en las últimas semanas de la mediación americana, de manera que a fines de 1869 las fuerzas que habían sido embarcadas para Cuba elevábanse a un total de 34,500 soldados de línea, más unos 1,500 marinos. Agregadas estas fuerzas a las que existían en Cuba al comenzar la guerra y a las guerrillas y grupos de movilizados sostenidos por hacendados y cafetaleros, sumaban no menos de 90,000 hombres, según algunos estimados. Habíanse enviado además 14 buques de guerra, entre ellos dos

(1) Hermano de Manuel de Quesada.

fragatas blindadas; un equipo completo para un regimiento de artillería de montaña con 24 piezas de ocho centímetros; 20 cañones Krupp de acero de ocho centímetros; 4,000 proyectiles para los mismos; 7,400,000 cartuchos de calibre catorce y medio; un millón de cartuchos metálicos para fusiles de aguja; 10,500,000 cápsulas; 15,000 kilogramos de plomo; 9,600 carabinas modelos 1857; 3,600 modelo 1869; 8,000 rifles Enfield; 3,000 rifles Berdan; 500 carabinas cortas; 1,000 lanzas, 2,000 sables, con más de 12,530 diferentes artículos, que consistían en medicamentos, camillas, colchones, etc.

Un estimado del ejército de Cuba, compilado por el periódico peninsular *La Iberia*, de 26 de diciembre de 1869, con datos tomados de fuentes semioficiales, daba un total de 107,400 hombres en el ejército de Cuba durante el año, en la siguiente forma: 56 batallones de infantería, 52,400 hombres; 4 batallones de artillería con 64 cañones, 2,000 hombres; 25 escuadrones de caballería, 7,500 hombres; un batallón de ingenieros, 1,500 hombres; 4 batallones de marinos, 4,000 hombres; y 40,000 voluntarios prestando servicio de guarnición.

Las condiciones en que se efectuaban las operaciones militares españolas han sido expuestas por numerosos jefes de mucha experiencia en el mando de las tropas en la Isla. Una descripción sumaria de dichas operaciones, fué hecha poco después de mediado el año, por el reputado general Letona, que ejerció el mando en Camagüey y en Las Villas, y fué blanco de imputaciones muy violentas de los voluntarios por no prestarse a los extremismos de éstos, hasta el punto de verse obligado a renunciar días después de haber sido destituido Dulce, ocupada ya la Capitanía General por Caballero de Rodas.

La insurrección de Cuba no se dominaba, a juicio de Letona, con el envío de 20 mil o más hombres, como se estimaba por algunos, porque la guerra no era un combate, sino todo un sistema general de coacción sobre los intereses, los propósitos, las intenciones y los deseos del enemigo a quien se hacía; una guerra total, diríase en el lenguaje de hoy. Los insurrectos de Cuba, con el conocimiento perfecto del país, habían estudiado y aprendido la organización militar, y la disciplina, de la tropa de línea española, y la superioridad que ambas le daban en los combates. Conocían, asimismo, el sistema más radicalmente auténtico que podían oponer al enemigo, o sea el que estaba más en armonía con sus circunstancias y su propia debilidad. Las ventajas que la naturaleza del terreno y de la causa determinaban en su favor, las explotaban los insurrectos con notable habilidad. Todo lo que constituían sus negociaciones, estaba excluido en su táctica y en su manera de operar. La tropa

española era dueña de las poblaciones; el insurrecto vivía en sus bosques. Estos consignaban en su sistema de guerra el principio de que no teniendo interés de guardar ni defender ningún punto determinado, sólo debían batirse cuando las circunstancias les presentaran ocasión de que el éxito no ofreciera ningún género de dudas. El arrojo del soldado español, decía Letona, (olvidaba la falta de armas y municiones de los cubanos), le daba la probabilidad del triunfo en una lucha de veinte contra ciento, por lo que los insurrectos no se batían sino cuando sus fuerzas estaban en una proporción que les fuera doblemente favorable. La actividad de las columnas españolas podía alguna vez, por más raro que fuese el caso, sorprender sus agrupaciones accidentales, pero los insurrectos dispersábanse inmediatamente en unidades y hacían desaparecer el blanco de la persecución; más que combatirlos, había que cazarlos. Auxiliados por la ligereza de sus caballos, reuníanse pronto y se hacían fácilmente, todos juntos, superiores a cualquier grupo español aislado. Cuando se salía a buscarlos, se ocultaban, y mortificaban desde largas distancias, satisfechos de causar algunas bajas a la tropa española. Estacionadas éstas en algún punto, el insurrecto se presentaba en lontananza para excitar el amor propio de aquéllas y obligarlas a perseguirlos, lo cual les daba siempre por evidente resultado, las bajas naturales que ocasionaba a la tropa española una operación impuesta por ellos y aceptada sin discernimiento por los jefes de las columnas. No se les alcanzaba cuando se les perseguía, porque iban a caballo y la tropa española a pie, la cual no podía ir a caballo porque el soldado no podía batirse así en un país montuoso, porque los caballos se perderían cada vez que la tropa tuviera que abandonarlos para batirse, y porque no se podría mantener la inmensidad de ganado requerida en las condiciones de cuartel, de campamento y de marcha en que vivían las tropas regulares, a menos de grandes dispendios y de constituir una impedimenta negativa para la actividad de las operaciones. Nada de esto estorbaba al insurrecto, que vivía en el campo, se hacía dueño de cuanto podía y lo que perdía era ajeno. En un territorio de más de 3 mil leguas cuadradas, sin caminos ni comunicaciones precisas para los habitantes de los campos, pero donde eran exclusivas las pocas que podían ser conocidas y aceptadas para la marcha de la tropa española, el efecto que producirían 20 mil soldados o más, sería muy poco efectivo si no se pensaba en modificar la guerra *en un sentido más filosófico y más racional*.

Como dato estadístico para apreciar las bajas españolas en las operaciones, sobre todo en épocas inconvenientes del año, como era la de las lluvias, Letona citaba que aún en la vida normal pasaban de un diez

por ciento las defunciones de los soldados que llegaban de España. Además, no había marcha en campaña que no dejara de producir diariamente cuatro o cinco por ciento de bajas accidentales, número que se aumentaba en las marchas en que había necesidad de acampar completamente al raso. No habiendo en el curso de las operaciones, pueblos en puntos seguros donde poder dejar los enfermos y heridos, no sólo se agravaban éstos sensiblemente haciéndoles continuar las marchas, sino que habiendo de ser transportados en camillas y a hombros de sus compañeros, cada enfermo o herido ocupaba cuatro soldados y otros cuatro de relevo. Por consiguiente, el sólo número de seis bajas absolutas representaba para la tropa española, relativamente, más de un cincuenta por ciento para el combate y la persecución, es decir, para el objeto de la operación de guerra. El sistema descrito constituía la táctica y las ventajas de los insurrectos. El número de éstos no era calculable porque nunca era preciso. Arrastraban consigo toda la población de los campos cuando les convenía para una operación dada, y volvían a diseminarla cuando el objeto cesaba. No necesitaban aprovisionamientos considerables, pues sobrios por costumbre, se alimentaban con la carne que encontraban en abundancia en todas partes, y de algunos plátanos o viandas como el boniato, la yuca y el ñame. El armamento y las municiones eran los que les costaba más trabajo adquirir, por la vigilancia que se ejercía en los puertos habilitados para el desembarque de los que les remitían de los Estados Unidos. Pero los buques menores hallaban siempre alguna cala o puerto natural por donde introducirse. A pesar de esto, hallábanse muy mal armados y municionados; sólo tenían algunas fuerzas escogidas con rifles de ocho tiros, que disparaban a caballo con bastante acierto. Por las condiciones topográficas del país, por su falta de organización y de táctica apropiada para mover grandes masas, por su ineptitud para dirigir las o por otras causas, podía considerarse en cuatro o cinco mil hombres en conjunto, el máximo de las fuerzas que entre buenas y malas habían logrado reunir en las ocasiones en que habían hecho mayor alarde de ellas (1).

Con posterioridad a la información de carácter general transcripta, Letona, vuelto a España, completó en carta de 20 de agosto de 1869, dirigida al jefe del gabinete General Prim, la exposición de la forma en que la guerra se desarrollaba en Camagüey, y explicó el efecto profundamente desmoralizador que ejercían sobre los jefes en campaña las críticas injustas de quienes los censuraban en la prensa, en los cafés y los

(1) PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. I, págs. 567 y 569.

casinos españoles, en la Habana y otras ciudades y pueblos, por no activar más la campaña, no perseguir más tenazmente a los rebeldes y no exterminarlos con la mayor rapidez, tanto a ellos como a los laborantes, simpatizantes y población campesina que ayudaba en todas las formas a los insurrectos. Las aviesas imputaciones a los jefes militares españoles, en particular a los de las columnas en operaciones, los inducían a faltar a sus más esenciales deberes militares con respecto a las tropas bajo su mando. Las gentes del país, escribía Letona refiriéndose a las operaciones en Camagüey, cruzan los bosques por veredas conocidas sólo de los que viven en la localidad. Reducidos a cenizas por los insurrectos los pueblos de Sibanicú, Guáimaro y Cascorro, no había en una distancia de más de sesenta leguas que separan a Puerto Príncipe de Bayamo, más vivienda ni albergue, ni recursos para los transeuntes, que los ingenios o fincas que, situados en lugares más o menos apartados de la vía, constituían la única población del país. El camino real era, en suma, preciso para las tropas, porque no tenían ni conocían otro. Por él, se llevaba la seguridad de no encontrar al enemigo, si éste no quería ser encontrado; de no hallar recurso alguno en los seis u ocho días de marcha que podía durar la expedición y otros tantos de regreso; y la de tropezar con una emboscada estudiada, escogida y hábilmente preparada en cada punto de difícil paso, donde las tropas recibían una descarga bien apuntada, con la evidencia de la impunidad, sin encontrar más que el sitio de donde la había sido dirigida. En una estación en la que, a pesar del cuidado y el esmero que había tenido por la salud de la tropa, los batallones de ochocientos hombres se le habían quedado reducidos a trescientos cincuenta y cuatrocientos por el vómito, el cólera y la disentería, con el dato fijo de que cada día de jornada le había costado el diez por ciento de enfermos, que no podían dejarse en los caminos, que producían una baja de ocho hombres por cada camilla, y que estaban condenados irremisiblemente a la muerte si se les hacía seguir en esta disposición cuatro o cinco días, el curso de las operaciones ante un enemigo invisible que no presentaba nunca blanco al ataque; que no era sorprendido en ningún caso porque el país vigilaba por él, y que, por último, tenía como plan de guerra el de inquietar y hacer moverse las tropas para diezmarlas con las bajas que les ocasionasen las marchas, los campamentos y el rigor del clima. El, Letona, había considerado no sólo torpe, sino criminal, el abusar de las tropas imponiéndoles operaciones constantes y estériles a sabiendas, y había limitado sus trabajos en el último período, con raras excepciones, a la protección de la vía férrea (de Puerto Príncipe a Nuevitas), a la

fortificación de los puertos y a la exploración de las comarcas inmediatas para conocerlas, sacar recursos de ellas y proteger a las pocas familias que habían permanecido en la insurrección por no tener medios de venirse a las poblaciones (1).

El sistema de guerra como el seguido y recomendado por Letona, resultaba odioso para los "buenos españoles" y los estrategas de café, que no concebían cómo los insurrectos no eran destruidos en unas pocas semanas. El efecto desmoralizador de esas críticas, lo exponía el general Letona en los siguientes términos: "Yo no censuro la facilidad conque la mayoría de los jefes de tropa en las operaciones se han atemperado a las exigencias de los vocingleros de café, queriendo al propio tiempo improvisar glorias y adelantar carreras, a ejemplo de lo sucedido en la guerra desgraciada de Santo Domingo; pero necesito justificar la austeridad de mis partes, la seriedad de mis operaciones y la conducta de las tropas que han servido a mis órdenes, y no puedo hacerlo sin dejar transparente la ridícula exageración, la falsedad y hasta el crimen militar de la generalidad de los partes y de los combates conque los

(1) El general Letona no llegaba a la conclusión, al apreciar las condiciones de la guerra de Cuba, de que España no podría triunfar en el conflicto, sino que éste tenía que llevarse adelante en lo que llamaba en su informe "un sentido más filosófico y racional". Lo primero, según el general español, era definir el objeto de la guerra de Cuba y los enemigos. Era preciso que cayera todo el rigor de la guerra sobre los que fuesen criminales, a la vez que precisaba emplear toda la energía de la autoridad para proteger al que no fuera delincuente. Podía hacerse la guerra sin cuartel, pero de la vida al amparado de la autoridad, debía responder la del que atentara contra ella, desacreditando la dignidad y la conciencia nacional. Lo mismo que las vidas inocentes debían considerarse las propiedades en una guerra que no era de exterminio. Las necesidades accidentales de campaña forzaban a apelar a recursos extraños, de manera que el aprovechar o destruir los del enemigo, no sólo era lícito sino hasta preceptivo. De este principio elástico se abusaba por haberse desnaturalizado el carácter de la lucha y haber inspirado a todos los propietarios rurales la triste convicción de su ruina, persuadidos de que lo que no destruían los insurrectos era por ese sólo hecho condenado a ser destruido por los peninsulares. En las poblaciones, ya que en el campo no se dominaba más terreno que el que pisaban las tropas, era indispensable que la ley fuese garantía sagrada para el que vivía a su amparo, pues mal abandonaría las filas de la insurrección el infeliz que arrastrado a ella ante la perspectiva de una pena de muerte o una muerte sin amenaza por cada ciudadano armado que encontrara a su paso hasta llegar a la autoridad, y lo que era peor, después de haber sido por ella recibido y amparado. Ningún cubano que no estuviera imposibilitado de marcharse, podía permanecer en las ciudades, cuando la palabra más conciliadora que sonaba en sus oídos, era la de que era preciso acabar con todos. Esta política de exterminio considerábala Letona favorable a la insurrección y entendía que no podía esperarse el término de la guerra, si no se empezaba por enfrenar aquel desbordamiento o decretar paladinamente la destrucción de la raza. Letona no ponía en duda el valor, la perseverancia en medio de los sufrimientos, ni los inmensos peligros y penalidades que soportaba el ejército de Cuba, sino que presentaba aquella campaña como la más mortífera, trabajosa e ingrata de cuantas se habían hecho en el siglo, considerando dignos de recompensa aquellos soldados, oficiales y muchos de sus jefes que pasaban meses en movimientos continuos, acechados a cada paso por el enemigo, sufriendo escaseces inconcebibles bajo la acción de un clima mortífero, en medio de constantes epidemias, siempre animosos, contentos, o cuando menos resignados. PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. I, pág. 570-71.

periódicos de toda la Isla vienen, desde el principio de la campaña, extraviando la opinión y la conciencia pública. Todas las acciones que se han librado pueden ser juzgadas, sin pecar de severidad, con el siguiente criterio: Hay unas, en que, después de un nutrido fuego, terminado con la correspondiente carga a la bayoneta, fué dispersado el enemigo, sin causarnos bajas, *debiendo por su parte haber sufrido muchas aunque no se pudieron contar* (subrayado en la carta de Letona). Lo del fuego es verdad; la carga una figura-retórica y los muertos causados un cálculo fundado en la ilusión de que las balas que se tiran, sin apuntar, a un bosque en que se supone gente, han de haber producido muchos heridos. Hay otras, en que se encuentra al enemigo atrincherado en una posición inaccesible; se le ataca de frente, tenemos más o menos bajas, y el enemigo huye, retirando, por supuesto, sus heridos y sus muertos. Las bajas nuestras son verdad, y nadie las oculta, porque ellas son precisamente las que dan autenticidad e importancia al hecho de armas. Ni ellos aguardan nunca para huir a tener bajas, ni el que huye precipitadamente tiene serenidad para enterrar ni llevarse los muertos. Hay algunos, por último, en que habiéndose alcanzado o sorprendido al enemigo se le hacen muchos muertos, que se ven y se cuentan, sin que por parte de las tropas haya apenas que lamentar desgracia alguna. Estos llamados combates imaginarios, son verdaderamente criminales" (1).

La carta del general López Letona de la cual se extraen estos párrafos, fué dirigida al general Prim, presidente del gabinete español, en los mismos días en que se desarrollaba el proceso de la mediación americana para poner término, con indemnización a España y un tratado honroso, a la guerra de Cuba. El general Prim no tomó en consideración la exposición de hechos de Letona; y como dueños del poder en la Isla los "buenos españoles", continuaron sus imputaciones contra los jefes militares más celosos de su honor, con una conciencia más aguda de su responsabilidad respecto de los soldados bajo su mando, y con una visión más clara de los fundamentales intereses de España, y lograron expulsarlos de Cuba, vejados con cencerradas y difamados en la peor forma, la desmoralización militar que Letona reiteradamente califica en su carta de criminal, comparándola con la de Santo Domingo, continuó acentuándose, hasta convertirse la guerra cubana, como la de Santo Domingo, en una oportunidad para "improvisar glorias y adelantar carreras", a base de partes militares falsos como los denunciados por Letona. En tales condiciones, la prolongación de la guerra, desastrosa para el pue-

(1) PIRALA, ANTONIO. Obra citada, vol. I, págs. 572-573.

blo español en todos sentidos como para el de Cuba, y para el soldado, víctima de los gobiernos peninsulares, pasó a ser una fuente de provechos y de granjerías ilegítimas, no sólo para los "buenos españoles" en ciudades y pueblos, sino también para jefes y oficiales en campaña sin la suficiente capacidad para resistir el conjunto de circunstancias que los inducían a incurrir en las faltas que Letona, con su severo concepto del honor, no vacilaba en calificar de crímenes, ante el más alto jefe de la milicia y del gobierno de España. Este era el sesgo tomado por la guerra del lado español, a fines de 1869.

Los insurrectos cubanos, cuya táctica aprendida en la dura experiencia de una guerra desigual a virtud de la falta de armas y de municiones, describía el general Letona, tropezaban esencialmente con la carencia de material de guerra para el sostenimiento más vigoroso y efectivo de la lucha. Parece razonable concluir que si la inferioridad en armamento de los insurrectos no hubiese sido tan desastrosamente extrema, las bajas españolas en los combates habrían podido ser tan crecidas que hubieran sido insostenibles para el ejército español, en las adversas circunstancias en que se veía obligado a luchar. El insurrecto cubano tenía la conciencia de ese hecho, uno de los más sólidos fundamentos de su tenacidad y su confianza en la posible victoria.

Mientras se mantenía la esperanza de llegar a contar con armas y municiones procedentes del exterior en cantidades adecuadas, la carencia de ellas y de casi todo otro artículo del equipo, de facilidades para el abastecimiento de elementos de subsistencia y de medios de hospitalización, unido todo ello a las circunstancias señaladas en otras partes de esta obra, creaban obstáculos insuperables para la acción efectiva de un mando central, y con ésta, para la coordinación de las operaciones y el planeamiento de éstas en una amplia escala. Esos obstáculos contribuían a acentuar el carácter localista o seccional de la guerra del lado cubano, con jefes político-militares de zonas circunscriptas, luchando con sus propios medios, en casi total independencia. Además de las ventajas militares que para esos jefes y los oficiales y soldados a sus órdenes tenía el operar en su zona propia, conocida palmo a palmo, y en la cual encontraban sus elementos de sostén y de vida, a fines de 1869 todavía el mayor número de las familias residía en los campos, en lugares más o menos retirados y seguros. Las fuerzas insurrectas de la zona no podían trasladarse a otras distantes sin abandonar y desamparar a sus familias, y sin privarse de recibir de éstas alguna ropa, medicinas, útiles



diversos, y sobre todo, los cuidados que nadie como ellas podían prestarles en caso de enfermedad o de ser heridos de alguna gravedad en los frecuentes combates con el enemigo. A menos que las condiciones de la lucha variasen radicalmente, y resultase posible que el general en jefe o el gobierno llegasen a recibir del exterior cantidades considerables de armas, municiones y todo otro material de guerra, y pudiesen distribuirlo en cantidad suficiente para combinar operaciones en vasta escala con arreglo a un plan de campaña de objetivos bien definidos, la guerra tenía que continuarse en la forma meramente local o seccional, con jefes político-militares, como se ha dejado expuesto en otra parte de este libro.

En Guáimaro, fué designado general en jefe de todo el Ejército Libertador el general Manuel de Quesada, que lo era en aquel momento de Camagüey, territorio que con su marcada unidad constituía una sola jurisdicción. De hecho, Quesada, sólo pudo ejercer las funciones que le fueron asignadas por la ley militar en el propio Camagüey. Combinó algunas pocas acciones, como el ataque de Sabana Nueva o La Llanada, que fué un éxito y el de Tunas, manifiesto fracaso, por la falta de alguna artillería suficientemente efectiva para destruir los atrinchamientos y casas fuertes de la guarnición. En razón de no ser Quesada un jefe camagüeyano de verdadero ascendiente político en el Departamento, sino simplemente, un militar, tropezó con obstáculos que culminaron en el acuerdo de destitución de la Cámara. Los jefes insurrectos de Camagüey, empezando por Ignacio Agramonte, hallábanse de acuerdo, casi sin excepción, con las medidas militares de Quesada, y con la demanda de éste de que se le concediese alguna mayor libertad de acción de la que la ley militar le permitía. Pero Quesada no tenía influencia política alguna en la Cámara, que se hacía eco de las quejas contra él, que quería poner a Camagüey en pie de guerra, mantener una firme disciplina militar, y obligar a jefes y soldados a hacer vida de campamento. La destitución de Quesada, debióse a que no era un jefe político militar. Las mismas exigencias militares, de Quesada, planteadas por Agramonte, que estaba de acuerdo con ellas, no hubiesen tropezado con la oposición cameral, ejemplo típico de que sólo el ascendiente de jefes políticos con gran arraigo seccional podían mantener su autoridad y sostener la guerra de manera efectiva en sus zonas propias. Antes de que se produjese el caso de la deposición de Quesada, el general Thomas Jordan, nombrado inmediatamente después de su desembarque en la península del Ramón jefe militar de Oriente, tropezó con dificultades, no obstante el importante refuerzo que aportó a la guerra

y la buena disposición con que fué recibido en Oriente, casi desde el momento en que tomó el mando. En Holguín no encontró la cooperación efectiva de los Peralta, jefes locales de la zona holguinera, en el ataque a La Cuaba; y aunque en el sur, jurisdicción de Cuba y de Jiguaní, tuvo el apoyo decidido de Donato Mármol, Máximo Gómez, Félix Figueredo, Calixto García, y demás jefes santiagueros y de Jiguaní, tropezó con dificultades tales, para dirigir operaciones concertadas con arreglo a un plan de campaña, que terminó por dejar en entera libertad al general Gómez en Jiguaní y a Mármol y los demás jefes en la zona de Cuba, renunciando al mando en Oriente y trasladándose a la sede del gobierno, entre Tunas y Camagüey. Destituído Quesada, en diciembre, Jordan fué nombrado en los primeros días de enero general en jefe del Ejército Libertador, pero en febrero hubo de presentar la renuncia convencido de que en las condiciones que prevalecían en Cuba resultaba imposible una jefatura central que no tenía medios efectivos de acción. Jordan, como lo acreditó su proceder posterior en los Estados Unidos con su apoyo decidido a la causa cubana, no salió descontento ni disgustado de Cuba, sino convencido de que era necesario obtener la suficiente cantidad de armas, municiones y demás material de guerra en los Estados Unidos, para mantener la lucha con efectividad y obligar a España a abandonar la Isla. Desdichadamente, el mensaje presidencial de Grant de 6 de diciembre ya citado, demostraba la escasísima probabilidad de que pudiesen organizarse expediciones que trasportasen a Cuba el material de guerra indispensable para proseguir la lucha y darle término en corto tiempo por la acción cubana. En este punto, la Guerra de los Diez Años se desarrollaba en circunstancias enteramente distintas de las libradas para la conquista de su independencia por las colonias españolas del continente. La inmensa línea de costas de éstas, lo mismo en México que en la América central y la del sur, hacían absolutamente imposible todo intento de bloqueo por la marina española. México podía recibir armas por su extensa frontera terrestre con los Estados Unidos y por sus costas del Atlántico y del Pacífico, lo mismo que ocurría en toda la América Central desde el istmo de Tehuantepec hasta el de Panamá. En la inmensa América del Sur, España nunca intentó bloquear las costas de Colombia, Venezuela, Uruguay y Argentina, porque no tenía medios de hacerlo del lado del Atlántico, ni del Pacífico, de Panamá al cabo de Hornos, costas en las que el almirante inglés Cochrane, con sus buques armados en corso, tuvo oportunidad de proveer de armas y de municiones las fuerzas revolucionarias de Chile y Perú. La situación de Cuba era enteramente distinta. España disponía

de barcos para vigilar, como en efecto vigiló todas las costas cubanas, logrando impedir el desembarco de las expediciones, o cooperar en el ataque de éstas apenas desembarcadas, y destruir no pocas antes de que pudiesen trasladarse a lugar seguro en el interior. La lucha cubana era un caso singular en la América. Al terminar el año de 1869, el cubano se enfrentaba con la realidad de continuar sosteniendo una guerra a base de las pocas armas que lograban introducirse por alguna expedición afortunada, de las que tomaba del enemigo en el asalto de algún convoy, de algún puesto fortificado, y de algunas guerrillas locales; o, como consignó el general Máximo Gómez en su Diario de Campaña, recogiendo en el campo de la acción, después de retirado el enemigo, algunas de las pocas cápsulas que dejaban los soldados españoles perdidas entre la yerba.

En una lucha sostenida en las condiciones dichas, las funciones de la Cámara de Representantes y las del presidente Céspedes y los miembros de su Gabinete eran muy reducidas. La Cámara tenía la misión útil, indispensable en la realidad de las cosas, de legislar para establecer una organización, sea la que fuese, de ciertos servicios en Cuba Libre, regular las relaciones de los ciudadanos unos con otros, trazar el cuadro de la organización general de Ejército Libertador, y fijar reglas, generales también, para ascensos, consejos de guerra, aprobación de disposiciones autorizando al Ejecutivo para emitir papel moneda, negociar empréstitos en el exterior, etc. Estas funciones legislativas, propiamente realizadas, no tenían por qué ser causa de conflicto con el Ejecutivo con los jefes militares, si a la Cámara no se le hubiesen asignado en Guáimaro facultades que la convirtieron en el órgano supremo de la dirección de la revolución, sin manera de poder ejercer esa dirección con efectividad por falta de medios para ello, en las condiciones prevalentes en Cuba Libre. La posición del Ejecutivo, de Céspedes, propiamente hablando, débil y precaria como la de la Cámara, era algo más fuerte por la investidura otorgada a Céspedes al designársele presidente de la República. Esa investidura hacía de él el representante individual supremo de la revolución. Unida al prestigio de ser el iniciador del alzamiento y al propio tiempo la más alta personificación y representación de Oriente, no obstante las limitaciones de la misma, hacía de Céspedes, en el campo revolucionario, para los emigrados cubanos en el exterior, para los españoles y para los Estados Unidos y las repúblicas españolas de la América, la figura cumbre de la revolución cubana. Pero

sin más autoridad efectiva que la de ser jefe legal y moral de la revolución, Céspedes no podía, en verdad, desarrollar más acción, que la de interponer su influencia personal y la de la alta magistratura que ejercía, para mantener una cierta subordinación y disciplina de los jefes y de las fuerzas insurrectas en todo el campo revolucionario, dirigir la política exterior y, en determinados casos, distribuir el material de guerra aportado por alguna expedición, con arreglo a una apreciación de las necesidades que debían ser preferentemente atendidas. Mientras la Cámara de Representantes, durante cortas semanas, pudo legislar más o menos tranquilamente en Guáimaro, su condición de poder supremo de la revolución tuvo una apariencia de realidad. Después que se vió obligada a retirarse de Guáimaro, incendiado antes de que lo ocuparan los españoles, y pasó a ser un organismo legislativo ambulatorio, la debilidad de la Cámara, en necesidad de ser protegida y resguardada por la fuerza militar, quedó de manifiesto, frente a una posición de alguna mayor autoridad del presidente de la República, que constitucionalmente le estaba subordinado, y la Cámara podía deponer por simple mayoría, el sistema, orgánicamente, en las circunstancias prevalecientes creadas por la guerra, ofrecía el peligro potencial de un conflicto casi inevitable y permanente de poderes. Ese peligro se hacía más agudo y más inminente, por la realidad de que Céspedes era, de una manera o de otra, la representación de Oriente, mientras que la Cámara, a virtud de ser los diputados orientales una corta minoría poco influyente, representaba a Camagüey, departamento dispar, en muchos aspectos fundamentales, de Oriente, con las Villas y el occidente cubano bajo la hegemonía indisputable de los camagüeyanos. La destitución de Quesada en 22 de diciembre, y la decisión de Céspedes de designarlo para una comisión de confianza en el extranjero, resolución del Ejecutivo de la que se resintió la Cámara como una medida que acusaba desconsideración por parte del presidente de la República, hacia el órgano legislativo, creó el primer motivo franco y abierto de distanciamiento, si no de abierta discordia todavía, entre las dos ramas del gobierno supremo de la revolución, grave peligro para la causa revolucionaria. Pero la guerra contra España, la lucha tenaz e indomable en cada jurisdicción sublevada, que era lo esencial, la revolución por la independencia, en sí, esa habría de continuar sostenida por el oscuro heroísmo insuperable, de las fuerzas insurrectas de cada zona, al mando de sus jefes naturales. La larga duración del conflicto, en lucha desigual por carecer de armas el cubano en una guerra de desgaste, con un carácter bien definido en tal sentido, era ya manifiesta, al cerrarse el año trágico de 1869,

con la amenaza de antagonismos en el campo revolucionario. Muy pronto, al abrirse el año 1870, la revolución comenzaría a sufrir las graves consecuencias de los mismos, con una crisis muy peligrosa en Camagüey, en los momentos en que Valmaseda extendía sus operaciones a Holguín y Tunas con el propósito de "liquidar" a Oriente, y Puello iniciaba sus anunciadas operaciones contra los camagüeyanos. La revolución superaría el peligro de un quebranto total en Camagüey durante los años 1870 y 1871, período final del mando de Caballero de Rodas y del mando en jefe, en condición de Capitán General, del Conde de Valmaseda, pero no sin pagar un alto costo de vidas, ruinas, lágrimas y sacrificios de todas clases.

INDICE ⁽¹⁾

NOMBRES DE PERSONAS Y LUGARES

A

- Acosta, coronel, expedicionario del "Perit", 238, 283, 385.
 Acosta y Albear, coronel Francisco, 103, 135, 138, 141, 385.
 Adams, Charles F., 174-175, 240-241, 349.
 Adams, Truslow, 169.
 Adriani, coronel, 119.
 Africa, 26, 146.
 Africa (vapor), 282.
 Agramonte, Ignacio, 87, 90, 95-99, 102, 105, 107, 112, 118, 120, 210, 247-250, 255, 257-260, 264, 281, 291-294, 299, 311-312, 319-321, 403.
 Agramonte Porro, Manuel, 321.
 Agramonte y Piña, Eduardo, 89, 95, 107, 118, 210, 256-257.
 Agua de los Melones, Ojo de, 213.
 Aguilera, Delfín, 212-213, 234.
 Aguilera, teniente coronel Francisco, 108.
 Aguilera, Francisco Vicente, 13, 17, 24, 39, 52, 56, 64, 113, 116, 120-124, 128, 147, 233, 235, 247, 249, 256, 261-262, 273, 281, 284.
 Aguilera, Manuel Anastasio, 124.
 Aguilera Varona, Antonio, 101, 117.
 Agüero Betancourt, Fernando, 101, 117.
 Agüero, Joaquín de, 62, 64, 116, 310.
 Agüero, Narciso, 255.
 Agüero y Arteaga, Francisco, 122.
 Alabama, crucero, 173, 348-354.
 Alacranes, 146.
 Alaska, 170.
 Alcalá, Antonio, 247.
 Aldama, casa de, 138-139, 158, 210.
 Aldama, Domingo, 335.
 Aldama, Miguel, 47, 129, 137, 206, 335, 394.
 Alemania, 34, 90, 92, 248.
 Alfonso, José, 201.
 Alienes, Julián, 1.
 Altagracia, Ceja de, 291-292.
 Alvarez de Lorenzana, 160.
 Alvarez Mijares, Eduardo, 227.
 Amarillas, 289.
 América, 5, 40, 63, 111, 114, 165, 172, 262, 264, 319, 338-339, 353-354, 378, 380, 393, 395, 405.
 América Central, 170, 404.
 América Latina, 178.
 América del Sur, 404.

(1) El lector puede apreciar que en este volumen no se han hecho más indicaciones bibliográficas que las anotadas al pie de las páginas en que aparecen. A reserva de ofrecer un resumen de las fuentes más importantes al terminar la totalidad de la obra, si el autor pudiese lograr como es su propósito, darle cima, hace constar que sin desdeñar ni omitir intencionalmente lo mucho y muy valioso publicado hasta la fecha, generalmente bien conocido, sobre el período cubierto por este tomo, se ha limitado a hacer referencias sólo sobre particulares dudosos, o no generalmente aclarados, o sobre los cuales se han expresado por personas autorizadas, opiniones disímiles o contradictorias. Útiles como son las citas bibliográficas hechas de buena fe, cuando son muy numerosas distraen demasiado la atención del lector, interrumpiendo a cada paso la ilación del relato, sin contar el aumento de las páginas del libro. En obras provisionales como ésta, sujetas a pronta revisión, no se justifica, además, la bibliografía de los trabajos eruditos, compuestos con la mira de asegurarles una larga duración.

Ampudia, coronel, 271.
 Andes, 394.
 Antillas, 172.
 Arango, Augusto, 102, 116-119, 139, 159, 188, 210, 213, 312.
 Arango, Napoleón, 32, 89, 100-104, 116-118, 211, 214, 238, 304, 311-312.
 Arango y Parreño, Francisco de, 8-10.
 Argentina, 178, 404.
 Armas, Antonio de, 140, 285.
 Armas y Céspedes, José de, 156.
 Armenteros, Isidoro, 64.
 Arnao, Juan, 149, 311.
 Arteaga, Gaspar de, 162.
 Arroyo Blanco, 135.
 Arroyo Méndez, 310.
 Asquerino, Eduardo, 133, 137.
 Atlántico, 404.
 Aurora (cafetal), 283.
 Australia (ingenio), 150.
 Austria, 35.
 Ayestarán y Moliner, Luis, 95, 308, 320.
 Azcárate, Nicolás, 95, 182, 201, 206, 367, 387.

B

Babatuaba, 57.
 Babcock, Orville E., 362.
 Bachiller y Morales, Antonio, 208.
 Báez, presidente de Sto. Domingo, 34, 360, 362.
 Bahamas, 240, 273.
 Bahía Honda, 3, 12.
 Baile, coronel, 229.
 Baire, 21, 54, 56, 87, 110, 128, 212, 233, 235, 262, 268, 283-284.
 Baire Abajo, 275.
 Banagüises, 289-290.
 Banks, senador, 110-112, 390.
 Baracoa, 3, 25, 27, 37-38, 113, 233.
 Baranda, Joaquín, 394.
 Barcelona, 34-35, 90, 191.
 Barrancas, 24, 54-55, 120, 124.
 Bárzaga, Rafael, 56, 212, 233.

Basora, Francisco, 329.
 Batabanó, 187.
 Batabanó, surgidero de, 267.
 Bayamo, 3, 10-27, 31, 34, 37-41, 54-65, 89, 105, 110-129, 138, 142, 147, 154, 157, 184-186, 194-215, 232-249, 255, 262, 268-283, 293, 302-304, 343, 399.
 Becerra, Manuel, 181, 331, 380-384, 389.
 Bécker y González, Jerónimo, 167.
 Beecher Stowe, Ana, 92.
 Bemis, Samuel Flagg, 359, 361.
 Bejucal, 3, 151.
 Bellido de Luna, 149.
 Bernal, Calixto, 182, 201.
 Berrocal, 304.
 Berros, Los, 273.
 Betancourt Agramonte, Eugenio, 100-101, 105.
 Betancourt Cisneros, Gaspar (El Lugareño), 47, 92, 114.
 Betancourt, Francisco, 261.
 Betancourt Guerra, Miguel, 112, 247, 255-256, 317.
 Betancourt, José Ramón, 95, 101.
 Betancourt, Luis Victoriano, 95, 308.
 Bijarú, 234, 272-273.
 Blanc, Luis, 36, 91.
 Bogotá, 341.
 Boitel, José A., 286.
 Bolívar, Simón, 99, 393.
 Bolivia, 172, 178-179, 394.
 Bonaparte, Napoleón, 317.
 Bonilla, 101, 103, 117-118.
 Borja, San Francisco de (vapor), 217, 220.
 Borrero, Francisco, 31, 233, 275.
 Bravo y Sentiés, Miguel A., 159.
 Brazo de Cauto, 283.
 British Foreign Policy, The Cambridge History of, 169.
 Brown, Juan, 92.
 Buceta, general, 225, 230, 271, 287, 329.
 Bueicito, 284.
 Bushnell Hart, Albert, 171.
 Butión, Nicolás, 161.

C

- Cabagán, 55.
 Caballero de Rodas, general, 163, 199, 222, 227, 230, 290, 298, 324, 326-336, 386, 388, 396, 407.
 Cabaniguán, 25, 120-124.
 Cabaña, fortaleza de la, 226.
 Cáceres, oidor Alonso de, 6.
 Cádiz, 117, 181, 199, 201-202, 226, 230, 326.
 Caimanera, 26.
 Calambrosio, 55.
 Calimete, 289.
 Calvar, Manuel, 24, 29, 55, 271.
 Calvetón, ministro, 227.
 Calvo, Manuel, 389-390.
 Callao, El, 178.
 Callejas, Antonio, 286.
 Camagüey, 3-5, 13-14, 24, 32, 34, 39, 62, 87-88, 99-105, 110, 114, 117-120, 129-130, 132, 136-137, 140-145, 147-148, 152, 154, 187, 193, 201, 204, 210, 213, 230, 237-245, 247-248, 250, 252, 254-255, 257, 260-263, 267-268, 275, 277-278, 281, 283-286, 288-290, 292-295, 297-301, 305-307, 309-313, 318-319, 321, 343, 345, 385-386, 390, 396, 398-399, 403-404, 406-407.
 Camajuani, 135.
 Camarones, 140-141.
 Campillo, coronel, 57, 233, 238, 271.
 Cana, La, 276, 282.
 Canadá, 350, 355, 359.
 Canalito, 282.
 Canarias, 199.
 Candelaria, 152.
 Caney, 19, 212, 234, 272, 274.
 Caonao, 13-14, 32, 87, 100, 116.
 Cárdenas, 3, 12, 37, 62, 64, 133, 137, 145, 150, 230, 254, 277, 290, 325.
 Cárdenas y Gassie, José de, 162.
 Caribe, mar, 170-171.
 Carlos X, 35.
 Carmen, calle, 211.
 Carraca, 226.
 Carrera, José Miguel, 63.
 Casanova, Mateo, 142, 286.
 Casanova, Ventas de, 233.
 Cascorro, 86, 89, 119, 399.
 Castañón, Gonzalo, 139, 211, 228.
 Castillo, Angel del, 101, 117, 286, 288, 295.
 Castillo, Carlos del, 149, 347, 363.
 Castillo de González, Aurelia, 100.
 Castillo, Honorato del, 141-142, 248-249, 255-256, 286, 288, 299.
 Castillo, Lucas del, 55.
 Castillo, Martín, 102, 311.
 Castro, Alejandro de, 7.
 Catalá, coronel, 141.
 Cataluña, 36.
 Cautillo, 21, 274.
 Cauto, río, 21, 108, 119, 124, 157, 209, 212, 233-234, 236.
 Cauto Abajo, 272, 276.
 Cauto, Embarcadero del, 54, 157.
 Cauto, Júcaro de, 273.
 Caureje, partido de, 13.
 Cavada, Adolfo, 141-142, 285, 289.
 Cavada, Federico, 141-142, 196, 286.
 Cayo Hueso, 341.
 Cayojo, Santa Ana del, 124.
 Cebreco, Agustín, 35.
 Cedeño, Canoa de, 273-274.
 Ceiba Mocha, 150.
 Centro, Departamento del, 3, 86, 148.
 Cerice, Carlos, 140, 285.
 Céspedes, Carlos Manuel de, 10-11, 17, 23-24, 28-29, 34-41, 45-49, 51-63, 65, 88, 100, 102, 104-109, 113-115, 117-126, 128-129, 137, 139, 142-143, 147, 152-154, 156-157, 159, 162, 164-167, 170, 172, 179-180, 183-184, 186, 194-195, 197, 199-200, 204, 206, 209-210, 212-215, 220, 232-235, 242-243, 247, 249, 251-257, 259-260, 262-265, 267, 273, 276, 278-280, 284, 291, 293, 299-300, 303-304, 313, 318, 321, 339-345, 351, 365-366, 387, 391, 393, 395, 405-406.
 Céspedes, María del Carmen, 34.
 Ceuta, 217.
 Chapelgorris, Los, 290.

Checoslovaquia, 92.
 Chile, 62-63, 169, 178-179, 341, 394, 404.
 China, 165.
 Ciego de Avila, 3, 86, 103, 135, 288, 295.
 Ciego Montero, 287.
 Cienfuegos, 3, 13, 63, 130-134, 136-138, 140-141, 157, 228, 230, 285-286, 288-289, 293.
 Cisneros Betancourt, Salvador, 89, 100-101, 112, 116-118, 210, 247, 253, 255, 261, 283, 299, 316, 320, 342.
 Cisneros, Francisco Javier, 95, 149, 152, 282, 313, 340.
 Cisneros, Hilario, 149, 347.
 Clarendon, Lord, 176.
 Claret, obispo, 202.
 Clavellinas, Las, 101.
 Clavijo, general, 227, 229.
 Cobre, El, 19-21, 27, 108, 154, 233, 236, 262, 275-276.
 Coca, Ramón, 286.
 Cockrane, almirante, 404.
 Collazo, Enrique, 29.
 Colombia, 63, 394, 404.
 Colón, 3, 145, 150, 277, 286, 289-290, 337.
 Coloradas, 288.
 Comanditario, El (vapor), 159-160, 240.
 Comillas, (vapor), 201-202.
 Contramaestre, río, 21, 275-276.
 Corojo, 297.
 Costa Rica, 179.
 Crombet, Flor, 233.
 Cruz, loma de la, 287.
 Cuaba, La, 283, 404.
 Cuba, capitania general de, 181, 198.
 Cuba, jurisdicción de, 10-11, 13-15, 18-22, 25-28, 32, 87.
 Cuba, La Voz de (periódico), 325.
 Cuba Libre, 29, 47, 60, 109, 195, 246, 257-258, 264, 267, 278, 280, 306-308, 405.
 Cuba, República de, 263, 265, 350-351.

Cubanacán, 254.
 Cubitas, sierra de, 104, 238, 291.
 Cullo, Shelby M., 111, 177.
 Culebra, 171.
 Culebrita, 171.

D

Dátil, El, 54, 209.
 Davis, Jefferson, 174, 372.
 Demajagua, 275.
 Demajagua, La, 10, 13, 26-29, 31, 34, 37-39, 45-48, 54-55, 60-63, 88, 106, 113, 116, 118-120, 124, 133, 138, 147, 154, 169, 183, 199, 237, 249, 254, 261-263, 279, 303, 321, 333, 343, 395.
 Despau, Manuel, 150.
 Destino, La, 188.
 Díaz de Cevallos, Brigadier, 133.
 Díaz, Modesto, 57, 233, 271, 281.
 Díaz del Villar, Basilio, 228.
 Díaz de Villegas, Antonio, 140.
 Díaz de Villegas, Juan, 140, 142, 285.
 Dinamarca, 171.
 Disraeli, 173.
 Dixon-Mason Line, 92.
 Demenech, José Gerardo, 162.
 Domínguez, Plácido, 286.
 Dorado, Diego, 286.
 Dos Ríos, 275.
 Duarte, 290.
 Dulce, Gral. Domingo, 103, 104, 131, 132, 135, 136, 138-142, 146, 150, 156, 157, 159, 160-162, 199-206, 209-232, 235, 239, 240, 267, 268, 270, 272, 277, 287, 288, 291, 293, 297, 298, 324, 326, 330, 335-337, 365, 366, 386, 388, 396.

E

Ecuador, 63, 172, 179.
 Echevarría, José Antonio, 137, 149, 183, 206, 344, 347.

Eufield, 162.
 Enramadas (barrio de Stgo de Cuba),
 19, 27.
 Entenza, Eduardo, 140.
 Entenza, Miguel 140.
 Escario, Joaquín, 225, 227, 230, 231,
 324, 335.
 Escalante, brigadier, 292.
 Escambray, 132.
 Esparta, 30.
 Espartero, Baldomero, 36.
 Espinar, Dulce, 222.
 Espinar, Genovés, 201, 218, 227, 229,
 231, 324-329, 331, 333, 335, 386.
 Estados Confederados, 174.
 Estados Unidos, 10, 17, 62-64, 92-94,
 109-111, 141, 143, 146, 147, 149,
 155, 160, 164, 166-172, 174, 177-
 180, 188, 191, 206, 239, 241, 242,
 244, 245, 248, 256, 266, 269, 298,
 301-303, 308, 310, 328, 332, 333,
 338-342, 345, 348-355, 357, 358,
 360, 362, 367, 371-381, 383-385,
 388, 391, 394, 398, 404, 405.
 Europa, 5, 34, 35, 46, 90, 92-94, 164,
 165, 180, 191, 248, 339, 360, 380.

F

Fé, La, 188.
 Fernández, Juan, 211.
 Fernández Bullón, Rafael, 140, 285.
 Fernández Bramosio, Antonio, 137,
 139, 149, 159, 183, 206, 344, 347.
 Fernández Criado, Ramón, 345.
 Ferrer, brigadier, 282, 291-293, 297.
 Felipe, Luis, 35.
 Fernando Poo, 159, 162, 217, 219,
 221, 347.
 Fesser, Francisco, 329, 347.
 Figueroa, Trillo, 287.
 Figuras, 208, 211.
 Figueredo, Félix, 29, 56, 153, 196,
 197, 212, 233, 273, 274, 283, 404.
 Figueredo, Fernando, 108.

Figueredo, Luis, 29, 128, 271.
 Figueredo, Pedro, 13, 17, 29, 55, 64,
 65, 120, 128, 147, 247, 256, 275,
 276.
 Filipinas, 384.
 Fillmore, 93.
 Fish, Hamilton, 160, 241, 328, 332,
 336, 351, 357-359, 361-363, 369-
 374, 377, 379, 380-383, 389, 391,
 392.
 Forbes, Paul S., 332, 363, 364, 371,
 372, 377, 379.
 Ford Rhodes, James, 170.
 Fornaris, Bernardo, 55.
 Fornaris, Fernando, 94, 301.
 Frauch, Coronel, 229.
 Francia, 8, 34, 35, 36, 64, 90, 92,
 110, 165, 169, 172, 179, 191, 248,
 375, 382.
 Franklin, B., 93.
 Freneau, 93.
 Fuerza, La, 217.

G

Galvanic, goleta, 102, 105, 238, 240,
 310, 311.
 Gálvez, José María, 162.
 García, Arcadio, 142, 143, 154, 248.
 García, Calixto, 29, 56, 128, 212, 233,
 234, 272, 274, 281, 283, 404.
 García, Carlos, 151, 207.
 García, Juan, 58.
 García, Marcos, 141.
 García, Martín (presbítero), 150.
 García, Serafín, 286.
 García, Vicente, 29, 56, 274, 276,
 281, 282.
 Gibara, 4, 13, 25, 27, 38, 119, 235,
 270, 282.
 Giro, 212, 272.
 Gladstone, Lord, 173.
 Gómez, Máximo, 56, 57, 153, 154,
 196, 212, 233, 274, 281, 283, 405.

González Guerra, José, 140, 142, 286.

González Muñoz, general, 119.

Gofi, ministro, 172.

Good, G. P., 174.

Goyeneche, coronel, 104, 238, 267, 288, 291, 292, 294.

Granja, La, 372.

Grant, presidente Ulysses, 110-112, 176, 177, 241, 244, 268, 301, 303, 332, 348, 349, 351, 359, 362-364, 373, 375, 376, 382, 390-392, 404.

Grave de Peralta, Belisario, 29, 56, 284, 404.

Grave de Peralta, Julio, 56, 128, 197, 283.

Guá, partido de, 23-24.

Guaimarillo, 391.

Guáimaro, 86, 104, 109, 111, 112, 119, 142, 144, 214, 237, 241, 242, 244, 245, 248, 250, 252, 257-268, 270, 275, 276, 278, 279, 282, 286, 291, 293, 295, 299, 300, 303, 304, 309, 312, 313, 321-323, 346, 347, 350, 390, 399, 403, 405, 406.

Guamacaro, 146.

Guamutas, 146, 150.

Guanabacoa, 3, 31, 153.

Guanaja, La, 102, 104, 210, 238, 291, 293, 309, 311, 312.

Guanajay, 3, 12.

Guaninao, 276.

Quantánamo, 3, 4, 12, 13, 20, 25-27, 32, 38, 113, 153, 187, 233.

Quantánamo, (vapor), 282.

Guatemala, 178.

Güeiva, 135.

Guerra, Almanzor, 99.

Guerra, Elías, 290.

Guerra y Sánchez, Ramiro, 8.

Guillermón, 276.

Güines, 3, 230.

Guipúzcoa, 230.

Güira de Limones, 283.

Guisa, 235.

Guridi y Alcocer, Miguel, 9.

Gutiérrez, Miguel Jerónimo, 136, 137, 139, 142-143, 154, 248, 253, 255, 256, 261, 308, 366.

H

Habana, 3-5, 8, 11-12, 19, 34, 87, 89-90, 96, 100, 102-103, 105, 109, 114, 116-117, 119, 129-130, 132-134, 137-138, 140, 142, 145, 148, 150, 154, 156-157, 162-163, 173, 181, 183, 185, 190-191, 193-194, 201-203, 206-211, 214-217, 219-220, 223-224, 227-228, 230, 235, 239-240, 261, 263, 267, 270, 279, 288-289, 291, 293, 297, 298-299, 311-312, 324-325, 327, 329, 331-332, 342, 344, 346, 385-390, 399.

Habana, Universidad de la, 96, 107.

Haití, 9, 172.

Hato del Medio, 272-273.

Hayes, Carlton J., 36, 91.

Heredia, coronel, 271.

Heredia, Francisco, 57.

Herrera, comandante, 134, 141-142, 287.

Hernández Abreu, José, 162.

Hernández, Salomé, 141-142, 144, 286.

Holguín, 3, 10-11, 13, 17, 24-27, 39, 56, 113, 119, 124, 197, 234-235, 237-238, 247, 270, 272, 276, 281, 283-284, 289, 295, 322, 404, 407.

Hornos, cabo de, 404.

Hudson, río, 374.

Hugo, Víctor, 94, 302.

Hungria, 92.

I

Ibargaray, Miguel, 210.

Ibáñez, Francisco, 226.

Iberia, La, 396.

Icaria, 241.

Iglesia, católica, 61.

Illinois, 111.

Imías, 210, 297.

Inclán, coronel José, 286.

Inglaterra, 8, 9, 34-36, 49, 90-92, 110, 160, 165, 167, 169, 172-173, 176, 179-180, 191, 248, 302, 349-351, 353-354, 356-359, 375-376.

Iriarte, coronel, 141.
Irlanda, 92, 94.
Isabel II, 36, 182.
Italia, 34, 90, 92, 94.
Izaguirre, José María, 247, 254, 256, 325.

J

Jagüey Grande, 149, 289-290, 337.
Jamaica, 341.
Jaruco, 7, 217.
Jiguani, 3, 11, 13-14, 17, 20-23, 25-27, 38, 41, 54, 56-59, 110, 113, 128, 157, 197, 233-234, 236-238, 243, 247, 262, 268, 271, 272, 274, 276, 281, 283-284, 404.
Jobabo (río), 24, 103.
Jobo (barrio de), 12.
Johnson, Andrew, 169-170, 172-173, 176, 348-349.
Johnson-Clarendon, 349, 351.
Johnson, Reverdy, 349.
Jordan, Thomas, 282-284, 313, 320-321, 403-404.
Jorrín, José Silverio, 95.
Jova, Federico, 162.
Juárez, Benito, 99, 310, 394.
Júcaro, 277, 288.
Junco, Luis del, 285.
Jutinicú, 19, 27.

L

Lagunillas, 146.
Lajas, 287.
Lamartine, 94.
Lamelas, coronel, 103, 135.
Larreintrie, cónsul, 173.
Lazaga, Virgilio, 162.
Lealtad, 217.
León, Francisco, 138, 157, 161, 208.
Lersundi, general, 6-7, 31, 40, 54, 60, 88-89, 101-103, 114, 119, 131-138, 140, 148-151, 153, 156-157, 181-184, 186, 188, 192-195, 198, 200-202, 205-206, 215, 235, 239, 270, 291, 388, 395.

Lesca, coronel Juan, 104, 210, 238, 267, 291-294, 297.
Letona, general Antonio López, 140, 225, 230, 277, 287, 291-292, 294, 297-298, 329, 333, 396-402.
Lima, 394.
Lincoln, Abraham, 10, 17, 48, 166, 169, 174, 176.
Liverpool, 174-175.
Londres, 168, 240, 349, 352.
Loño, general, 119.
López, Antonio, 389.
López Cámara, 274.
López de Ayala, 181-182.
López, Lázaro, 286-287.
López, Narciso, 37, 62-64, 254-255.
López Pinto, brigadier, 150, 230.
López Roberts, Mauricio, 160, 227, 240-241, 328, 331, 374.
Lorda, Antonio, 137, 139, 142-143, 248, 256.
Lord Clarendon, 160.
Lorda, Guillermo, 286.
Lorenzo, general, 34, 147.
Louvre, (sucesos del), 138, 139, 158, 210, 211.
Lowell, Mary (goleta), 213, 234, 240, 272-273.
Loynaz, Diego, 102.
Loynaz, Enrique, 102, 311.
Luaces, Joaquín L., 94.
Lucrecia (cabo), 213, 273.
Luz y Caballero, José de la, 10, 47, 114.
Lyons, Lord, 168.

LI

Llamada, La (destacamento español), 294, 403.

M

Macagua, 150, 289, 290.
Maceo, Antonio, 31, 153, 154, 233, 275-276, 281, 283.
Maceo, José, 31, 233.

- Maceo Osorio, Francisco, 17, 64, 121-122, 128, 247.
 Macías, Juan Manuel, 149, 161, 311, 356.
 Machado, Eduardo, 136-137, 139, 142-143, 248, 254-255, 299, 301, 308, 366.
 Madrid, 8, 10, 15, 34, 35, 104, 136, 137, 140, 168, 181, 190, 191, 199, 201, 214, 226, 227, 239, 269, 287, 311, 324, 325-327, 335, 342, 371, 372, 374, 375, 382, 388, 389.
 Manatí, 24, 119, 187, 285.
 Manicaragua, 132, 140, 247.
 Mangas, Las (ingenio), 13.
 Manzanillo, 3, 4, 10, 11, 13, 15, 17, 20, 23, 24, 26, 27, 34, 37, 38, 57, 61, 113, 114, 117, 119, 124, 187, 204, 235, 237, 247, 271, 272, 276, 281, 283, 284.
 Maraguán, 13, 32, 87, 309, 317.
 Marcano, Francisco, 56, 57.
 Marcano, Luis, 24, 55, 57, 271, 273, 281, 284.
 Mariel, 12.
 Mármol, Donato, 29, 56, 57, 128, 153, 166, 212, 213, 233-236, 247, 262, 271, 273-275, 280, 281, 283, 284, 404.
 Mármol, Eduardo, 232, 275, 283.
 Márquez Sterling, Manuel, 356, 351, 361, 369, 393.
 Marsellesa, La, 64.
 Masó, Bartolomé, 24, 29, 51, 271.
 Martí, José, 158, 159, 299.
 Martín de Herrera, Cristóbal, 331.
 Martínez Campos, comandante Arsenio, 230.
 Matanzas, 3-5, 12, 15, 109, 130, 132-133, 138, 141, 142, 145-150, 153, 154, 157, 219, 230, 239-241, 270, 277, 290, 293, 294, 325, 334, 337.
 Mayajigua, 135, 287.
 Mayarí, 197, 273, 276, 285.
 Maza Arredonde, Luis de la, 142, 285.
 Medina, Agustín, 131, 157, 161, 208.
 Mena, Julián, 88, 89, 101-104, 136, 238, 267, 291.
 Mendoza, Cristóbal, 89, 95, 256, 257.
 Mendoza, Tomás, 89-95.
 Menocal, Gabriel G., 150.
 Mestre, José Manuel, 129, 137, 149, 151, 152, 183, 209, 329, 346, 347, 393.
 México, República de, 94, 95, 99, 110, 169, 178, 179, 290, 310, 311, 339, 341, 346, 404.
 Milanés, José Antonio, 273.
 Milanés, Jorge Carlos, 58, 273.
 Mina, Las, 101, 102, 118.
 Miranda, Güinia de, 287.
 Modet, Juan, 183, 224, 228-230, 288.
 Moncada, Guillermo, 31, 233.
 Montaos, coronel, 135-136, 140.
 Monroe, James, 110, 167.
 Monzón, Juan, 197, 273.
 Mora, Ignacio, 257, 261.
 Morales Lemus, José, 117, 129, 137-139, 143, 149, 152, 154, 159, 162, 183, 192, 200, 206, 209, 213, 240, 261, 282, 283, 286, 287, 293, 311-313, 329, 332, 338, 344-348, 351, 354, 356, 358, 362-364, 365-369, 370, 371, 374, 390, 393-395.
 Morales de los Ríos, general, 140, 287.
 Morales y González, Rafael, 1, 95, 96, 150, 162, 308, 317, 318, 320, 322.
 Morales y Morales, Vidal, 102, 162.
 Morella, (población), 282.
 Morison, S. O., 359.
 Morón, 3, 103, 135, 277.
 Muñoz, (hacienda), 17, 39, 58, 104, 106, 116, 122.
 Muñoz, Manuel, 64.
 Muñoz Rubalcava, Francisco, 56, 282.

N

- Najasa, 87, 319, 321.
 Napoleón III, Luis, 92.
 Narváez, general, 36.
 Nassau, 99, 101, 112, 118, 148, 152, 159, 207, 311-312, 341.
 Navarra, 35.
 Nicaragua, 179.
 Nipe, 234, 272, 293.

Noda, Tranquilino Sandalio, 95.
 Novaliches, marqués de, 181.
 Nouvillas, Ramón, 199.
 Nueva Orleans, 341.
 Nueva York, 62, 64, 111, 139, 161,
 166, 169, 201, 245, 254, 261, 328,
 329, 339-349.
 Nuevitas, 3, 86, 101, 103-104, 118,
 119, 156, 187, 188, 210, 238, 267,
 278, 291, 294, 297-298, 399.
 Nuevo Mundo, 164-165.

O

Occidente, departamento de, 3-5, 14,
 15, 64, 114, 131, 143, 148, 153,
 154, 162, 244, 250, 252, 254, 267,
 270, 278, 299, 305, 308.
 Odio, Braulio (presbítero), 108.
 Odoardo, José Lorenzo, 162.
 O'Donnell, Leopoldo, 147.
 O'Higgins, Bernardo, 63.
 Ohio, 111.
 Organos, cordillera de los, 12, 13.
 Orleans, Felipe de, 91.
 O'Reilly, calle de, 229.
 Oriente, departamento de, 3-5, 7, 11-
 15, 17-19, 24-28, 31, 33, 34, 37,
 41, 47, 54, 58, 61, 86-88, 99, 100,
 103, 105, 106, 108-110, 113, 117,
 119, 120, 125, 129, 130, 132, 136,
 137, 142-145, 147, 153, 154, 182,
 185, 187, 193, 201, 204, 211, 232,
 233, 234, 236-240, 242, 244, 245,
 247, 249, 250-252, 254, 256, 257,
 261-263, 267, 270, 271, 276-279,
 281, 283-287, 290, 295, 299, 300-
 302, 305, 313, 385, 386, 403-405,
 407.
 Oro, Joaquín de, 156, 204.
 Osorio, Juan Bautista, 159.

P

Pacheco, 76.
 Pacífico, 62, 110, 310, 404.
 Palma, 27.

Palmas Altas, 55.
 Palma Soriano, 19, 37, 108, 110, 212,
 236, 262, 274.
 Palmillas, 289.
 Palo Quemado, 309.
 Panamá, 404.
 París, 34, 36, 168.
 Patiño, coronel, 141.
 Payán, José, 286.
 Peláez, general, 140, 141, 225, 228,
 230.
 Peláez, Antonio, 277, 287, 329.
 Pérez, Carlos, 55, 233.
 Pérez Luis Marino, 136, 139, 144.
 Pérez Trujillo, Ramón, 308, 317, 320.
 Perit (vapor), 282, 293, 313.
 Perú, 169, 172, 179, 341, 394, 404.
 Pezuela, Jacobo de la, 1, 19.
 Pichardo, Esteban, 20, 95.
 Pinar del Río, 3-5, 12, 37, 109, 130,
 138, 145, 148, 152, 154, 207, 240,
 241, 279, 290, 299.
 Pineda, Policarpo, 276.
 Piñeyro, Enrique, 95, 347, 356, 361,
 365.
 Pirala, Antonio, 6, 7, 29-31, 41, 88,
 101, 129, 148, 160, 285, 364.
 Poey, Juan, 208.
 Polonia, 92.
 Ponte Domínguez, Francisco J., 160.
 Porro, Cornelio, 297.
 Portal, coronel, 288, 295.
 Portel Vilá, Herminio, 34, 173.
 Pozas, Las, 62, 95, 137, 152, 201,
 208.
 Prado, Silverio del, 233, 276.
 Prim, general Juan, 156, 181, 182,
 184, 199, 200, 214, 227, 239, 330,
 331, 332, 336, 363, 365, 371-375,
 377-380, 382, 386, 388, 389, 398,
 401.
 Primo de Rivera, Rafael, 199.
 Proudhon, Pierre Joseph, 36.
 Prusia, 35.
 Puello, brigadier Eugenio, 287, 294,
 295, 298, 407.
 Puerto Padre, 282.

Puerto Príncipe, 3, 39, 86-90, 101, 103, 104, 116-119, 135, 159, 185, 188, 196, 210, 213, 238, 267, 278, 291-295, 298, 300, 308, 310, 312, 321, 399.
 Puerto Rico, 63, 167, 182, 195, 201, 220, 282, 339, 340, 344, 346, 361, 373, 384, 389, 393.

Q

Quesada, Ana de, 52, 108.
 Quesada, Manuel, 99-104, 118, 142, 148, 207, 210, 238, 255-257, 283, 291, 293-297, 304, 309-314, 316, 318-323, 403, 404.
 Quesada, Rafael de, 293, 395.
 Quimbo habanero (pseudónimo), 162.
 Quirós, 57, 233, 238.
 Quintana, coronel, 133.
 Quintero, José Agustín, 94.
 Quivicán, 151.

R

Rabí, Jesús, 35.
 Ramírez Vila, José, 156, 204.
 Ramón (partido), 234, 272, 275, 282, 403.
 Ramos, Félix, 290.
 Ramos, San José de los, 289.
 Ranchuelo, 140, 141, 287.
 Ranchón, El, 116, 122.
 Ranchón de los Caletones, 17, 39, 120.
 Ravenet, general Joaquín, 19, 271.
 Rawlings, general, 359-361.
 Rebello, Carlos, 13, 22.
 Recio Agramonte, Lope, 117.
 Recio Agramonte, Pedro, 101, 117.
 Recio Barrero, Lope, 101.
 Recio Betancourt, Juan, 297.
 Recio Betancourt, José, 297.
 Redondo, Anacleto, 228.
 Reene, Thomas, 282.
 Reina, la, 298.
 Reina Isabel II, 181.
 Reinoso, Alvaro, 95.

Reverdy, Johnson, 176.
 Remedios, 3, 13, 131-138, 140-142, 285, 286, 288, 289.
 República Dominicana, 57.
 Reyes Católicos, 36, 190.
 Río Grande, 165.
 Richardson, James, 171, 172.
 Roa, Ramón, 161.
 Roberts, Mauricio, 329.
 Robinson, Mr. W. E., 11, 117.
 Rochdale (población), 91.
 Rodríguez Correa, Ramón, 156, 204.
 Rodríguez, Jesús, 247, 256.
 Rodríguez, José Ignacio, 201, 368.
 Rojas, Luis María, 286.
 Roloff, Carlos, 141-143, 281, 286.
 Roma, 30.
 Roa, Raúl, 161.
 Rompe, El (hacienda), 104, 116.
 Rosado, Río, 212, 233.
 Rosario, El (hacienda), 45, 46, 106, 116, 120, 122-124, 263.
 Roque, El, 150.
 Rúa, Francisco de la, 257.
 Ruiz, Domingo, 363, 364.
 Russell, Lord, 168, 174, 175, 240, 354.
 Rusia, 35, 170, 248, 375.

S

Sabana Nueva, 294, 403.
 Sabanilla, 233, 304, 308-309.
 Saco, José Antonio, 10, 35, 46-47, 91, 114, 137, 147, 189, 364.
 Sagasta, Práxedes Mateo, 181.
 Sagua la Grande, 3, 13, 130-136, 138, 140-142, 285-286, 288-289.
 Salado, río, 108, 119, 157, 209, 212, 233, 236, 262.
 Salvador, El (colegio), 90.
 Salvador, El (república), 178.
 Samá, 273.
 Samaná, bahía de, 171, 360.
 San Antonio de los Baños, 3, 151, 208.
 San Cristóbal, 3, 152.
 San Felipe, 272.

San Gil, 216.
 San Hilario, 215.
 San Juan de los Remedios, 130.
 San Juan y Martínez, 290, 337.
 San Luis, 290.
 San Martín, 393.
 San Miguel del Rompe, 37, 39.
 Sánchez Betancourt, Francisco, 107, 112, 261.
 Sánchez, Camilo, 233, 276.
 Sánchez, Limbano, 275.
 Sánchez, Serafin, 141, 286.
 Sancti Spiritus, 3, 86, 103, 130-132, 135-136, 138, 141, 238, 248, 285, 287-288, 294.
 Sanguily, Julio, 297.
 Sanguily, Manuel, 95, 99, 258.
 Santa Ana del Cayojo, 56.
 Santa Catalina de Guasa, 26.
 Santa Clara, 3, 130-132, 135-137, 139-140, 285-286.
 Santa Cruz del Sur, 86, 89, 104, 118-119, 187, 238, 267, 278, 291, 297.
 Santa Gertrudis, 122-123.
 Santa Isabel, 188.
 Santa Lucía, 304.
 Santa María del Rosario, 3.
 Santa María, puerto de, 330.
 Santa Rita, 21, 54, 56, 128, 233, 235.
 Santa Rosa, Agustín, 149, 152.
 Santacilia, Pedro, 94, 339, 342.
 Santiago de Cuba (ciudad y jurisdicción), 3, 12, 20-22, 25, 37-38, 87, 116, 119, 133, 153, 187, 195-196, 204, 213, 230, 233, 237, 270-272, 274, 281, 329.
 Santiesteban, Jaime, 24, 55, 271.
 Santo Domingo (república), 6, 110, 169, 171-172, 178-179, 226, 341, 359, 362, 386, 400-401.
 Santovenia, Emeterio S., 96, 152.
 Sanz, José Laureano, 201.
 Sedano, Carlos de, 192, 200, 202, 206.
 Semmes, capitán, 176.
 Serrano, Francisco, 156, 181-182, 185, 199-200, 214, 239, 331, 372, 386, 388.
 Sevilla, 302.

Seward, William H., 169-173, 176, 240, 339, 349, 351.
 Sherman, general, 111, 177, 289.
 Sibanicú, 188, 292, 308-309, 399.
 Sickles, general, 369, 371-374, 376-379, 381, 383-384, 388-389.
 Sierra Maestra, 20, 22-23, 110, 236, 271, 274, 284.
 Siglo, El (periódico), 189, 347.
 Siguanea, 132, 140-141.
 Silvela, Manuel, 331, 373, 375-379, 382, 388.
 Sojo, 272.
 Sol, Jesús del, 286.
 Spotorno, Juan Bautista, 141-142, 281, 286.
 Sterling, Domingo, 208.
 Summer, senador, 170, 349, 352, 356, 362.

T

Tacajó, 234, 235, 272, 273.
 Tacón, Miguel de, 10, 34, 35, 190, 225, 325.
 Taguayabón, 135.
 Tamayo Fleites, Francisco, 156, 204.
 Tamayo, Hortensio, 156, 204.
 Tansil, C. C., 171.
 Taylor, presidente, 93.
 Tehuantepec, 404.
 Tennyson, 91.
 Terry, Tomás, 133, 137.
 Teurbe Tolón, Miguel, 64, 94, 255.
 Tetuán (fragata), 161.
 Texas, 63.
 Thomas St., 170.
 Tibisial (campamento), 312.
 Tío Tom, cabaña del, 92.
 Topete, almirante Juan Bautista, 181, 199, 330, 331.
 Torre, duque de la, 181, 199, 331.
 Torre, general La, 275, 276, 372, 373.
 Torres Lasquetti, Juan, 87.
 Torres, Manuel, 286.
 Torre, Simón de la, 271.
 Trelles y Govín, Carlos M., 150.
 Trillo Figueroa, coronel, 134, 141, 142.

Trinidad, 3, 13, 63, 130-132, 135, 136, 138, 140, 141, 285, 286, 288.

Trujillo, José, 151.

Tunas, 3, 10, 11, 13, 15, 17, 24-27, 39, 56, 88, 89, 103, 113, 119, 213, 235, 237-239, 268, 281, 282, 289, 291, 295, 296, 313, 314, 403, 404, 407.

Tuñón, Aquilino, 286.

Turba, Leopoldo, 94.

Turnbull, David, 36.

U

Udaeta, Julián (gobernador), 58, 64, 197.

Uruguay, 404.

Urrutia, Carlos, 151.

Utretch, Paz de, 8.

V

Valdés, Cándido, 217.

Valdés Fauli, José, 201, 207-209.

Valdés, Tranquilino, 142, 143, 154, 158.

Valdés, Manuel de Jesús, 101, 117.

Valdés Urra, José, 103.

Valiente, José, 166, 179, 339-342, 345, 346, 366, 394.

Valmaseda, general Conde de, 101, 103, 110, 115, 117, 119, 138, 157, 162, 188, 194, 197, 209, 214, 232, 235, 237, 239, 241, 263, 267, 268, 270, 278, 281, 285, 302, 366, 385, 388, 407.

Varona, Bernabé, 59, 101, 293, 304.

Varona, Carlos de, 32.

Varona, Enrique José, 1.

Veguitas, 284.

Venent, brigadier, 227, 229.

Venezuela, 63, 178, 342, 394, 395, 404.

Vicana, 23, 24, 284.

Vicuña, Mackenna, Benjamín, 62, 63, 310.

Villamil, Francisco, 286.

Villanueva, teatro de, 138, 157, 210, 211.

Villas, Las, 3-5, 13-15, 32, 109, 114, 129, 130-133, 136, 137, 139-145, 152, 154, 162, 185, 196, 214, 230, 237-244, 247, 250, 252, 254, 261, 263, 267, 270, 277-279, 281, 285-290, 294, 297, 300, 302, 305, 366, 385, 386, 388, 396, 406.

Villaurrutia, Wenceslao de, 162.

Vives, Dionisio, 35.

Voz de América (periódico), 63.

Voz de Cuba (periódico), 205, 211, 212, 214, 228, 230.

Vuelta Grande, La, 275.

W

Walf, Lucien, 354.

Ward, Sir A. W., 174.

Washington (ciudad), 110, 211, 240, 241, 245, 248, 293, 328, 332, 339, 342, 373, 374, 378, 382, 384.

Washington, Jorge, 99.

Welles, Gideón, 173.

Willerforce, Samuel, 9.

Y

Yaguajay, 135.

Yaguas, partido de, 19, 27.

Yara, 24, 29, 62, 104, 151, 203, 255.

Yaribacoa, partido de, 23, 24.

Z

Zanja, La, 123.

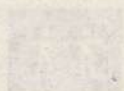
Zanjón, 29.

Zambrana, Antonio, 107, 112, 247, 251, 255, 258, 260, 299, 301, 316, 317, 320, 322.

Zaragoza, Justo, 29, 41, 55, 151, 155, 157, 163, 173, 201, 211, 217, 220, 221, 226, 290, 336, 367.

Zarragoitia, Leopoldo, 149.

Zulueta, Julián, 146, 150.



LIBRARY OF THE
INTERNATIONAL RED CROSS

THE LIBRARY OF THE
INTERNATIONAL RED CROSS
IS OPEN TO ALL
WHO ARE INTERESTED
IN THE STUDY OF
THE HISTORY OF THE
RED CROSS

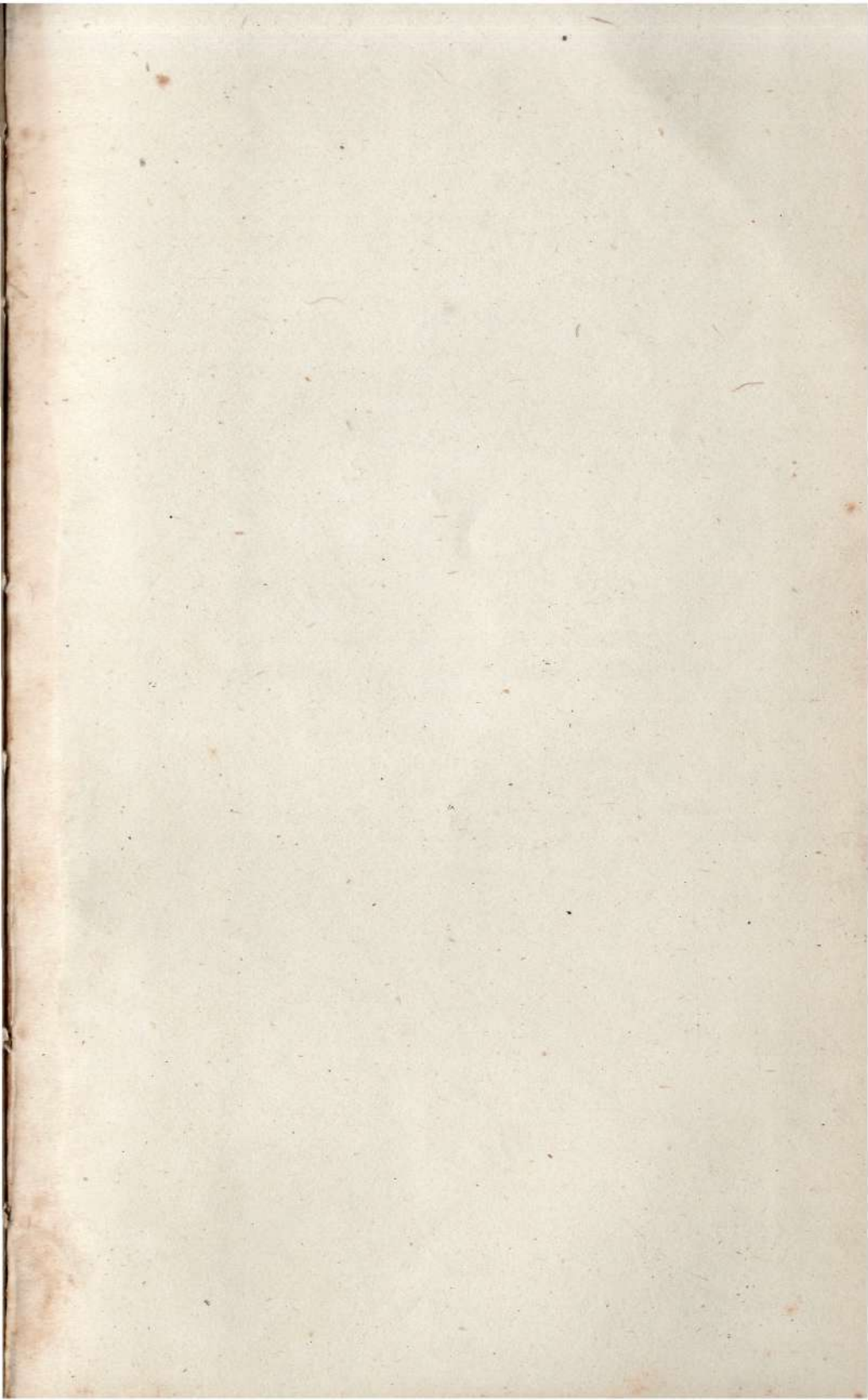


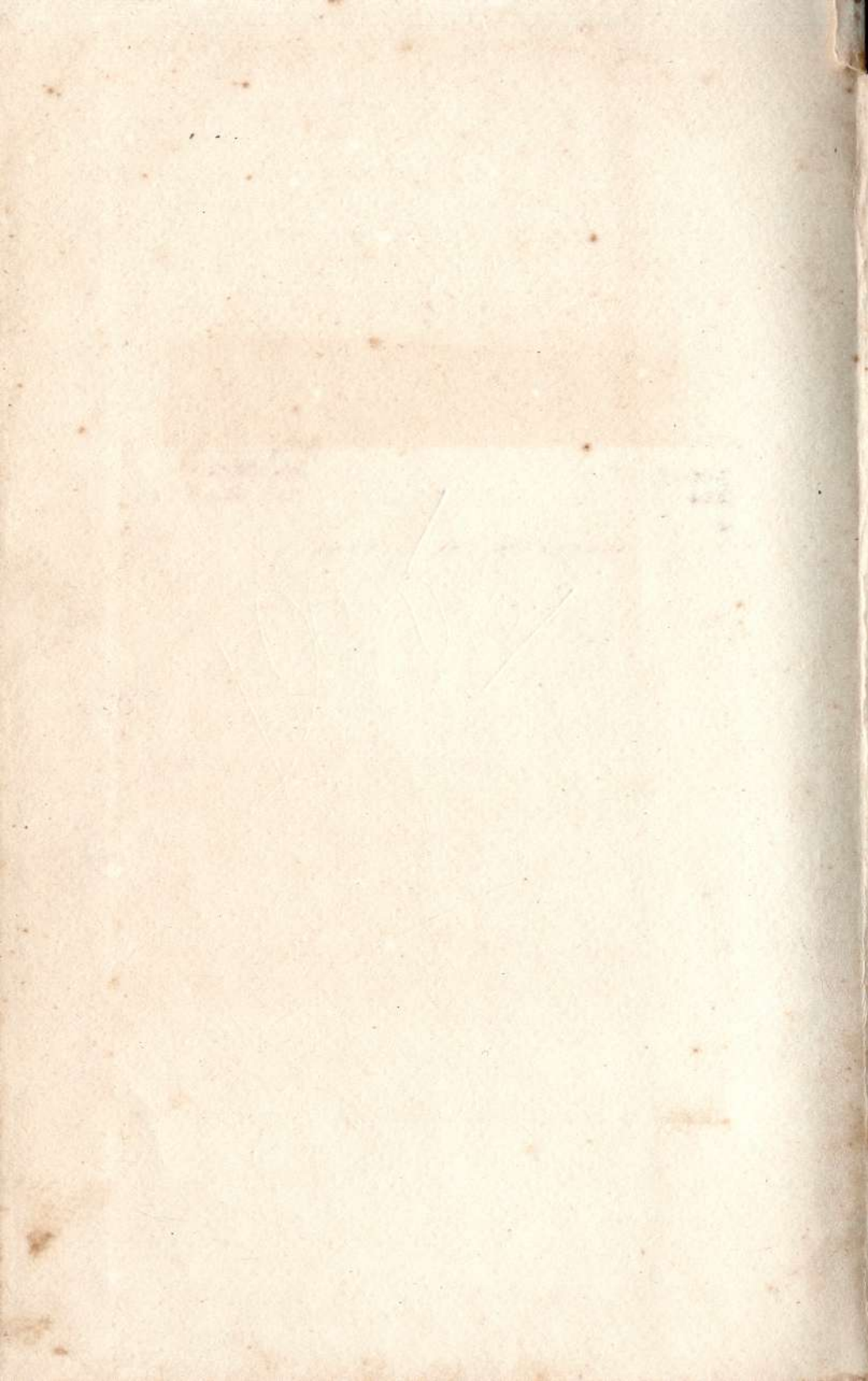


**LIBROS PARA TODOS
AÑO INTERNACIONAL DEL LIBRO**

Este libro ha sido impreso en la
Unidad Productora 03, «Evelio
Rodríguez Curbelo», del Instituto
Cubano del Libro en el mes de
julio de 1972.







9-052
Gue
G

H-12056
T.1 Ej. D

Guerra de los 10 años

4/11/11 - 12 - 23 -

